P. ANTONIO PACIOS, M. S. C.

MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

EDICIONES ACERVO
Julio Verne, 5-7 - Apartado 5319
BARCELONA, 6

© ANTONIO PACIOS, 1977

NIHIL OBSTAT: Manuel Vega, Censor
IMPRIMATUR: Juan Blanes, Provincial
8 diciembre 1977

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

I. S. B. N. 84-7002-237-7
Depósito Legal: B-9.596-1978

Artes Gráficas Rafael Salvá — Casanova, 140 — Barcelona-11

PROLOGO

En esta obra contemplamos a María desde su Maternidad virginal hasta su asunción a los cielos, cerrando el ciclo de su vida en la tierra. De la Asunción misma, así como de la realeza y dominio universal que la subsigue, no tratamos aquí, por haberlo ya expuesto en LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS (Cap. IX, nos. 10-13).

En LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS se expusieron las relaciones de María con el Corazón de su Divino Hijo, como el prisma bajo el cual queríamos estudiarla y contemplarla: como AMADA, como AMANTE, como DADORA a nosotros de ese mismo Corazón, en el que asociados y unidos a Sí como hijos suyos nos introduce.

Aunque esas tres relaciones se implican siempre mutuamente, en LA AMADA y en MADRE VIRGEN se contempló primariamente la primera relación: el amor del Corazón de Jesús a Ella, manifestado en el don de Dios a Ella. En la presente obra, MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA, contemplamos en primer plano la segunda relación: el amor de María al Corazón de Jesús y su asociación en todo a El, lo que la convierte en modelo perfecto para cuantos deseen practicar la devoción al Corazón de su Divino Hijo. Finalmente, en MADRE CELESTE, ya en prensa, nos centramos en las relaciones de la Virgen María con nosotros: tanto el cuidado que como Madre tiene desde el cielo de nosotros mien-

tras peregrinamos, insertándonos en su Divino Hijo, como su acción materna con los bienaventurados en el cielo por toda la eternidad. Aunque concebida MADRE CELESTE como tercer Libro de la presente obra, decidimos publicarlo aparte para que el presente volumen no resultara en demasía extenso.

Consta así MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA de dos Libros.

El Libro I echa las bases, estudiando los textos evangélicos que nos hablan de María, pero destacando principalmente aquellos en que María se nos muestra claramente consciente de su Maternidad divina con relación a Jesús, o bien de su Maternidad universal sobrenatural con relación a nosotros.

El Libro II se centra todo él en la contemplación del amor de la Virgen a su Divino Hijo, a la vez que progresivamente se va insinuando su amor materno a nosotros.

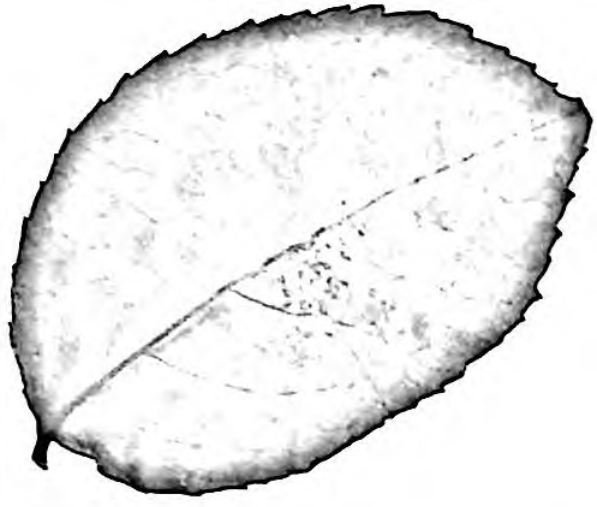
Amor que consideramos en tres aspectos convergentes y mutuamente implicados, que nos den visión más plena de él: amor de contemplación extática, con la perfección de la consagración interna (cap. II); amor de servicio, con la totalidad de la consagración externa (cap. III); amor de renuncia y sacrificio, con la reparación e infalible intercesión a favor nuestro en su asociación al sacrificio de Cristo en su pasión (cap. IV-VIII).

Estos cinco capítulos de la asociación de María al sacrificio de su Hijo tratan de necesidad la misma materia que el Libro IV de EL AMOR. Pero la abordan de modo diferente, y a una luz totalmente distinta: no hay así repetición, sino complemento y no pequeño enriquecimiento, cual el lector comprobará.

Finalmente, el capítulo IX y último, *La Madre tras la resurrección*, trata ya de la actuación materna de María con relación a nosotros mientras vivió en la tierra hasta su Asunción, sirviendo así de puente e introducción para MADRE CELESTE.

LIBRO I

LA MADRE EN EL EVANGELIO



Capítulo primero

MARIA TIENE CONCIENCIA DE SU MATERNIDAD DIVINA

María sabe, desde el momento mismo de concebir a su Hijo, que es verdaderamente «Madre de Dios», que el Hijo que Ella engendra es Dios.

Conocimiento que informa y matiza todas sus relaciones con su Hijo, en un ansia de adoración y servicio que compense el desconocimiento en que están los hombres con relación a la dignidad divina de Jesús. Ella es la gran adoradora del Corazón de Jesús en su vida terrena.

Conocimiento que la hace entender la sublime dignidad y grandeza a que Dios a Ella misma la ha elevado, y el poder omnímodo de que la ha dotado ante su Hijo Divino.

Conocimiento, en fin, que ya desde el principio le va desvelando su maternidad con relación a nosotros, futuros miembros de su Hijo Unigénito.

1. Conocimiento en la anunciación

El ángel es explícito en sus palabras: «Concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, y llamarán su nombre Jesús: éste será grande, y *se llamará Hijo del Altísimo*, y le dará el Se-

ñor Dios el trono de David su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin» (Lc. 1,31-33).

Siendo Dios veraz, si El le llama, por boca del ángel, «Hijo del Altísimo», es que verdaderamente es Hijo del Altísimo, Hijo de Dios.

En todo el contexto bíblico del Antiguo Testamento, en que se formara María, el Rey de Israel es Yahvé mismo, Dios mismo.

Si Jesús va a ser Rey de Israel, y no rey temporal, sino rey *eterno*, cuyo reino *no tendrá fin*, es evidente que no usurpa su realeza eterna suplantando a Dios, sino que viene a ejercerla como Dios (cf. Jo. 13,36.37).

Frecuente es que los exégetas, influidos de espíritu racionalista, y con olvido de lo que entrañan las comunicaciones místicas divinas, tiendan a minimizar la profundidad del conocimiento recibido por María al oír estas palabras.

Olvidan que cuando Dios se comunica por palabras a las almas místicas les da un conocimiento inefable de lo que esas palabras entrañan, hasta el punto de quedar sin relevancia la palabra misma ante la inundación de la comunicación divina que la acompaña. De esto hallarán, si quieren, testimonio abundante en todos los místicos.

Y no vamos a pensar que Dios fuera más parco en su comunicación inefable a la Virgen, al hacerla su Madre, que con las almas místicas ordinarias por elevadas que estén.

Las palabras del ángel sirven así para darnos a conocer en algún modo a nosotros el misterio de la encarnación; pero en modo alguno bastan a sugerirnos la amplitud y profundidad de comunicación y conocimiento que recibió la Virgen María, incomparablemente superior a cuanto a través de los siglos podrán alcanzar todos los Santos y Doctores, y aun la misma Iglesia en su conjunto.

Tal fue la claridad de la iluminación divina recibida por la Virgen acerca del Hijo que va a concebir, que no sintió necesidad de pedir a ese respecto aclaración alguna.

La pidió en cambio, solamente, acerca de la colaboración

que a Ella se le pide para esa concepción. Sabe perfectamente lo que ha de concebir: en eso muestra tener claridad total. Lo que aún ignora es el *cómo* Ella lo ha de concebir: «¿Cómo será hecho esto, pues no conozco varón?» (Lc. 1,34).

Igual que pregunta acerca del modo de su colaboración, por todavía desconocerlo, hubiera preguntado acerca del Hijo que se le anuncia, si alguna ignorancia o duda le quedara acerca de su Persona, de su ser y naturaleza.

La respuesta del ángel, a la vez que aclara su duda acerca de lo que Dios pide de Ella, insiste y profundiza todavía más en la naturaleza del Hijo que va a tener.

Precisamente por ser verdaderamente Hijo de Dios, por tener a Dios por Padre verdadero, no tendrá padre humano que pueda como hacer sombra a la paternidad eterna divina: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Y por eso el Santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios» (Lc. 1,35).

Por eso, cuando María dice: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38), sabe perfectamente quién es Aquél a quien acepta concebir en su seno comunicándole naturaleza humana: el «Santo» (epíteto de Dios), el Hijo de Dios, Dios verdadero.

La riqueza infinita de que se ve inundada al tenerlo en su seno comunicándole su ser humano, y la adoración humilde y enamorada con que en adelante ya siempre lo envolvió, es misterio que supera toda nuestra comprensión.

Misterio que Ella misma nos va en parte a desvelar, cual al resplandor de un relámpago que nos hace asomar al secreto de su alma, con ocasión de su visita a Santa Isabel.

2. Conocimiento manifestado en la Visitación

Al visitar a su prima Santa Isabel, María va como anegada en el conocimiento, la dicha, el amor y la adoración de ser Madre de Dios.

Y ese conocimiento irradia de Ella a Santa Isabel, que como Madre de Dios la reconoce no más verla: «¿De dónde a mí que venga a mí la Madre de mi Señor?» (Lc. 1,43).

La palabra «mi Señor» traduce la palabra hebrea *Adonay*, que era la forma en que leían los judíos el nombre divino de Yahvé, por no osar pronunciarlo.

Para Isabel, esposa de un sacerdote y habituada a las expresiones sacerdotales, «el Señor» es lo mismo que Yahvé, Dios.

Esto mismo viene corroborado por el conocimiento que tiene Isabel de la dignidad incomparablemente superior de María con relación a ella: «¿De dónde a mí que venga a mí la Madre de mi Señor?» (Lc. 1,43): se siente totalmente indigna de que María la visite, porque Ella es la Madre de «su Señor».

Considerada María en sí misma, es inferior a Isabel. Esta es anciana, aquella joven. Y es la joven quien debe visitar y honrar a la anciana, y no a la inversa.

Pero como Madre del fruto divino que ya lleva en su seno, María es incomparablemente superior a su prima Isabel: su maternidad supera toda maternidad. Esto es lo que ve Isabel, y por eso se maravilla de que con tanta sencillez y afecto se abaje a visitarla.

No se trata de que sea Madre de un hombre extraordinario. Esto también lo es Isabel, y ella sabe que lo es: madre de un profeta similar a Elías —el mayor de los profetas en la tradición judía— (Lc. 1,17), de un profeta del Altísimo, que precederá al mismo Altísimo en su venida al mundo (Lc. 1,76), y que por eso será el mayor de los profetas (Mt. 11,9; Lc. 7,28).

Si, pues, Isabel, conociendo la excelencia de su propio hijo, siente como nada su propia maternidad ante la de María, es porque ve que el Hijo por Esta concebido supera la excelencia de todo orden humano, de toda santidad y perfección creada. Ese Hijo de María es «Mi Señor», «Mi Dios».

Por eso se maravilla de la grandeza y dicha de María:

«Dichosa Tú, que creíste, porque se cumplirán en ti cuantas cosas te han sido dichas por el Señor» (Lc. 1,45).

El Señor aquí es evidentemente Dios. Si Isabel no quiere jugar a equívocos, es evidente que a Dios se refiere cuando inmediatamente antes la llama «la Madre de mi Señor» (Lc. 1,43).

Por eso la dice, llena del Espíritu Santo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre» (Lc. 1,42): toda maternidad natural puede admitir superior; sólo la maternidad divina no admite superior. Por eso María es y será bendita entre todas las mujeres. Ninguna alcanzará la dicha y perfección de su maternidad; ningún hombre nacido podrá alcanzar la perfección de Dios que nace de Ella, es el fruto de su vientre.

Zacarías, mudo tras su visión primera (Lc. 1,20), conservaba la capacidad de comunicarse por escrito (Lc. 1,63), e indudablemente había comunicado por escrito a Isabel su primera visión: así se explica el empeño de ésta en que el hijo se llamara Juan (Lc. 1,60).

Ambos sabían así que Aquel cuyos caminos su hijo había de preparar era Dios verdadero hecho hombre: «Y a muchos hijos de Israel convertirá al Señor, Dios de ellos, y él mismo *caminará ante El* en el espíritu y poder de Elías... preparando *al Señor* un pueblo perfecto» (Lc. 1,16.17).

«Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor a preparar sus caminos... por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por las que nos visitó *viniendo de lo alto*» (Lc. 1,76-78).

Aquel cuyos caminos va a preparar el Bautista, es Dios; y el mismo es el Hijo de María, Dios que nos visitó viniendo de lo alto, haciéndose hombre. Dios con nosotros, Emmanuel, en el seno de la Virgen.

Si, pues, la Divinidad de Cristo, cuyos caminos preparará el Bautista, fue revelada a Isabel y a Zacarías, mucho más ha de afirmarse se reveló a María: no podía negar Dios a

su Amada una comunicación que tan generosamente hizo a otros, y más siendo Ella la principal interesada.

Por eso María no se sorprende de las palabras de Isabel, pues no le dan conocimiento alguno nuevo que Ella ya no tuviera desde el momento de la anunciación y encarnación.

Sólo se limita a desvelar un tanto en el *Magnificat* las disposiciones en que se hallaba.

3. El Magnificat como revelación del alma de María

Es de notar que para que Isabel conociera que la Virgen María era Madre de Dios, hubo de ser «llenada del Espíritu Santo» (Lc. 1,41).

E igualmente hubo de ser llenado del Espíritu Santo Zacarías, para entonar el cántico en que expresa los destinos de su hijo y la Divinidad de Cristo, cuyos caminos deberá su hijo preparar: «Y Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó diciendo...» (Lc. 1,67).

Ambos, pues, reciben, cada uno en su caso, el conocimiento de la Divinidad del Hijo de María, por comunicación actual maravillosa del Espíritu Santo.

Mas María entona su *Magnificat* sin necesidad de ninguna comunicación nueva *actual* del Espíritu Santo, que con toda plenitud había descendido a Ella, y en Ella moraba como de asiento, desde la Anunciación (Lc. 1,35). María no expresa en el *Magnificat* conocimientos nuevos que antes no poseyera, sino que simplemente declara externamente lo que internamente ya sabía desde el momento de la Anunciación: rebosa algo de aquello de lo que ya está llena.

Por eso no se nos dice, como de Isabel y Zacarías: «Y se llenó María del Espíritu Santo, y dijo», sino simplemente: «Y dijo María: Engrandece mi alma al Señor...» (Lc. 1,46).

No podía indicársenos más claramente que cuanto va a decir María no es fruto de una comunicación nueva actual del Espíritu Santo, sino simple manifestación externa de lo que ya inenarrablemente sabía desde la comunicación tenida

en la encarnación. No hay en el *Magnificat* conocimiento alguno nuevo, sino simple manifestación externa de él por parte de María.

«Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu exulta de gozo en Dios mi Salvador» (Lc. 1,46.47).

El paralelismo muestra que «el Señor» y «Dios mi Salvador» es la misma cosa.

El Señor a quien Ella engrandece y glorifica es su Hijo del que acaba justamente de decir Isabel: «De dónde a mí que venga a mí la Madre de mi Señor?... Se cumplirá cuanto te ha sido dicho por el Señor» (Lc. 1,43-45). Por consiguiente, ese Señor es el mismo Dios.

Pero un «Dios Salvador», y para eso hecho hombre en su seno. Cuando María exulta de gozo en «Dios mi Salvador», es en el Hijo que lleva en su seno en quien exulta, con quien se goza.

Es ese Hijo, Verbo encarnado, el «Dios Salvador». Es en ese Verbo encarnado donde «apareció —o se manifestó— a todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro» (Tit. 2,11), enseñándonos a vivir debidamente «mientras aguardamos anhelantes la bienaventuranza esperada, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo» (Tit. 2,13). Donde, al poner el original griego artículo en «*el* gran Dios», y omitirlo en «Salvador nuestro Jesucristo», claramente nos dice que es Jesucristo «el gran Dios Salvador».

Es, pues, evidente, que cuando María «exulta en Dios mi Salvador» es en su Hijo en quien exulta, en El se alegra, en El goza: el Señor de quien es Madre (Lc.1,43), y a quien alaba (Lc. 1,46), no es otro que «Dios mi Salvador» (Lc. 1,47).

Por lo demás, el nombre de «Salvador» dado a Dios en el Antiguo Testamento (Sal. 24,5; 61,7; Job. 13,16; Sab. 16,7; Oseas, 13,4; Is. 12,2; 26,1; 43,3; 45,15, etc.) se aplica en el Nuevo de un modo exclusivo a Jesucristo (Lc. 2,11; Jo. 4,22; Act. 5,11; 13,23; Tim. 4,10; Tit. 3,6; Filip. 3,20; 1 Jo. 4,14, etc), lo que igualmente concluye que Jesús es Dios.

Cuando, al nacer Jesús, los ángeles anuncian a los Pastores: «Os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo Jesús» (Lc. 2,11), hacía ya nueve meses que María sabía que ese Cristo Jesús es «Dios, mi Salvador», y como a tal lo adoraba.

«Engrandece —canta las grandezas, alaba— mi alma al Señor; y mi espíritu exulta de gozo en Dios mi Salvador» (Lc. 1,47).

María se centra totalmente en su Hijo divino —el Señor, Dios mi Salvador—, absorbida en adorarle, gozando inenarrablemente en esa adoración.

Y se siente a su vez infinitamente amada por ese Hijo, que se ha abajado hasta su pequeñez, tomando carne en su seno, recibiendo de Ella su Humanidad, queriendo ser de verdad Hijo de Ella.

Y sabe que esa elección de amor por la que el Hijo la quiso Madre suya, le confiere una dignidad y grandeza imperecederas, ante las cuales se pasmarán todas las generaciones (Lc. 1,48).

Y esa comunicación divina de conocimiento, de amor y adoración gozosa, llena toda la tierra de su ser, no quedando en Ella cosa alguna sin ser transformada, deificada. Dios ha declinado a Ella como «torrente que inunda gloria, y como río que anega en paz» (Is. 66,12): todo su ser está anegado en Dios, gozándose con el gozo divino, sumergido en la adoración y servicio del Dios que ha concebido, de Dios su Salvador.

Es esa plenitud la que indica María con el paralelismo de alma y espíritu: «Mi alma engrandece —canta las alabanzas, alaba— al Señor, y mi espíritu exulta en Dios mi Salvador».

4. Alma y espíritu: su diferencia

Alma (psyjé) y espíritu (pneuma) son sinónimos, pero difieren, cual sucede en los sinónimos, en el matiz.

Esa diferencia de matiz nos viene señalada en el Nuevo Testamento, así como en las descripciones de los místicos (puede verse, por ejemplo, la descripción que hace San Francisco de Sales en su *Tratado del amor de Dios*).

Dentro de la unidad del alma humana, hay en ella dos aspectos: El alma como principio de vida del cuerpo, al que informa, con el que actúa, del que usa incluso para sus funciones cognoscitivas espirituales o intelectivas —pues normalmente *entiende* con el acompañamiento de las imágenes de la fantasía—, y en consecuencia volitivas: es el alma (o *psyjé*) del Nuevo Testamento y de los místicos: la etimología misma de *alma* mira a la animación del cuerpo: es la que anima lo que sin ella estaría sin vida.

Y el alma como ser puramente espiritual, independiente del cuerpo en su ser, y por lo mismo también, al menos radicalmente, en su obrar: es el *espíritu* (o *pneuma*) en el Nuevo Testamento y en los místicos. Espíritu que no discurre, sino que ve, contempla, goza.

La experiencia puramente natural sería incapaz de testificarnos claramente esta distinción de matiz en una misma alma. Y la razón es que, mientras permanece unida al cuerpo, nada hace, nada entiende, nada naturalmente obra o padece, sino asociándose al cuerpo, y al cuerpo asociada.

Mas la experiencia sobrenatural es frecuente, especialmente en los místicos: Dios puede actuar el conocimiento en el entendimiento, y la volición en la voluntad del alma-espíritu, con independencia total de su unión con el cuerpo, sin que el cuerpo coopere ni aun con acompañamiento paralelo a ese conocimiento y volición: tales son las comunicaciones puramente intelectuales de que nos habla San Juan de la Cruz.

Y tales comunicaciones son del todo inefables, es decir, intraducibles en términos de locución humana, precisamente por no haber imagen alguna sensible que las acompañe o limite y pueda dar origen a la palabra. Ni el mismo sujeto de ellas puede formulárselas: simplemente se limita a te-

nerlas, intuirlas, contemplarlas y gozarse en ellas, en pura intuición, sin discurso o razonamiento alguno. Por eso, su efecto en la voluntad es el puro gozo o exultación; no la alabanza que *enumera* las grandezas de Dios: la enumeración es función discursiva, propia del alma como *alma;* la exultación y la visión toda a la vez es propia del alma como *espíritu* o *pneuma,* independiente del cuerpo en su ser y en su obrar.

Por eso la Virgen María distingue tan bien: «Engrandece —*enarra las grandezas,* alaba— mi alma al Señor; y mi espíritu *axulta* de gozo en Dios mi Salvador» (Lc. 1,46.47).

Con esas palabras nos muestra la plenitud de comunicación que del Verbo, en sus entrañas concebido, recibe: comunicación intelectual pura, de ciencia infusa *per se* —es decir, sin imagen alguna que la acompañe—, por la que conoce la Divinidad de su Hijo, y de la que sólo puede indicarnos y como traducirnos su efecto: la inundación de gozo: «exulta de gozo mi espíritu en Dios mi Salvador».

Y comunicación normal por vía de conocimiento en imágenes, ciertamente inferior, pero que hace que todo su ser pueda participar y participe en esa comunicación divina y en ese gozo, y la permite enarrar discursivamente las grandezas de Dios y como multiplicar su alabanza, y rendir en adoración todo su ser, hasta los últimos repliegues y rincones de él: nada de Ella queda sin consagrar a la contemplación y adoración de su Hijo, «su Dios Salvador».

Y ese fue el estado habitual de la Virgen María mientras vivió en este mundo.

Esa totalidad de comunicación es lo normal en las comunicaciones divinas. Dada la unidad del hombre, es consecuente que la comunicación intelectual inefable hecha al alma *como espíritu,* redunde en el alma *como alma* que anima el cuerpo, y así incluso en el mismo cuerpo redunde el conocimiento y gozo: es ésta redundancia la que ya no es inefable, la que se puede ya en algún modo describir.

5. La división de alma y espíritu ayuda a entender la futura pasión de Cristo

Pero Dios puede también hacer división entre el alma y el espíritu: entre el alma como animadora del cuerpo, y la misma alma como independiente del cuerpo en su ser y operar radical. Comunicar el conocimiento y gozo puramente espiritual, y aislarlo de tal modo que en nada redunde en el alma como animante al cuerpo. Y en ese caso, el alma *como alma*, enamorada totalmente de Dios, y no percibiéndolo ya ni en modo alguno experimentándolo, se siente de verdad morir, porque ha gustado ya que su Vida es Dios, y al sentirse sin El se siente sin vida.

De esa separación hecha por Dios nos habla San Pablo en su Carta a los Hebreos: «Pues la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y llega hasta la división del alma (*psyjé*) y del espíritu (*pneuma*)» (Hebr. 4,12).

Puede imaginarse fácilmente el dolor de muerte, y agudísimo, que producirá esa espada del decreto divino, al separar y como cortar lo que substancialmente es uno: al aislar de toda comunicación divina al alma *en cuanto alma*, aunque siga comunicándose al alma *en cuanto espíritu*.

Eso nos explica en algún modo —sólo en algún modo— la pasión acerba de la Virgen María, cuando en la pasión y muerte de su Hijo se oscureció completamente su alma *en cuanto alma*, sintiendo lejano, apartado, y como enemigo, por los pecados de que su Hijo se ha cargado, al Dios que era toda su vida; aunque lo siguiera contemplando y gozando su alma *en cuanto espíritu*: mas ya nada de ese gozo redundaba, por el corte dado por el decreto divino, en su alma en cuanto alma, en cuanto animadora del cuerpo.

Ese es precisamente el dolor que le anuncia Simeón cuando le dice: «Y una espada atravesará tu misma alma (*psyjé*), para que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones» (Lc. 2,35).

Si una espada que atraviesa el cuerpo vivo causa tanto dolor, ¿cuál no será el dolor cuando esa espada traspasa la misma alma, que es la vida de ese cuerpo; cuando la espada atraviesa, no a lo que es vivo, sino a la *vida misma* por la que el vivo vive?

Sirva esta interrogación para darnos a entender lo acerbo de la pasión de la Virgen María, y la realidad de ella, que de otro modo nos es totalmente inasequible. Y sirva igualmente para introducirnos en la realidad y acerbidad de la pasión de Cristo.

Mas adviértase que no dice Simeón: «una espada atravesará tu mismo espíritu (*pneuma*)» sino «una espada atravesará tu misma alma (*psyjé*)». Porque el alma de María *en cuanto espíritu* estaba en la misma pasión inundada de luz y de gozo, uniéndose a la luz y gozo que inundaba al alma de Jesús *en cuanto espíritu*, que en cuanto tal seguía gozando de la visión divina beatífica.

Pues ese corte que el decreto del Padre hizo entre el alma de María *en cuanto alma*, y el alma de María *en cuanto espíritu* para asociarla a la pasión de su Hijo, ese mismo corte hizo en Jesús: entre el alma de Jesús *en cuanto alma* y el alma de Jesús *en cuanto espíritu*. Si en la primera todo fue tinieblas, abandono y muerte en su pasión, en la segunda todo fue gozo y contemplación divina.

Por olvidar esta distinción, y este corte obrado por la espada de la voluntad divina, algunos han incurrido —creo que sin darse perfecta cuenta— en el error de negar a Cristo la visión beatífica en la cruz.

No obstante el Evangelio es bien explícito para el que quiere mirarlo.

Jesús, al llegar el instante de su muerte, entrega a Dios su alma *en cuanto espíritu*, es decir, el alma en cuanto capaz de existir y de operar sin el cuerpo —tal es el alma separada, después de la muerte, pues de lo contrario no sería inmortal—: «Padre, en tus manos encomiendo o pongo, o entrego, mi espíritu (*pneuma*)» (Lc. 29,46).

Mas nunca nos habla Jesús de la pasión de su *espíritu*, sino de la pasión de su *alma*, es decir, del alma en cuanto vivificadora del cuerpo y con él actuante, lo que concuerda con la expresión dogmática «passus in carne», «padeció en la carne».

Así, cuando ve inminente su pasión, exclama: «Mi alma (*psyjé*) está del todo turbada» (Joan. 12,27). No dice «mi espíritu (*pneuma*) está turbado», sino «mi alma (*psyjé*) está turbada».

E igualmente, en la agonía del huerto, en la que anticipadamente experimenta y gusta los dolores de su pasión: «Triste está mi alma (*psyjé*) hasta la muerte» (Mt. 26,38; Mc. 14, 34), es decir, con una tristeza tal que sería en sí suficiente para causarme la muerte.

Nos habla de la tristeza de su alma *en cuanto alma*, es decir, en cuanto relacionada al cuerpo en su ser y operación, como principio de vida de ese cuerpo. Nada nos dice de tristeza de su alma en cuanto espíritu —en cuanto radicalmente independiente del cuerpo en su ser y su operar—, porque ahí no había ni tenía lugar tristeza alguna, inundado como estaba de la visión divina.

Igualmente, siempre que habla de su muerte sacrificial por nosotros, nos habla de que da su alma (*psyjé*) por la redención de muchos, por sus ovejas, por sus amigos, por nosotros (cf. vgr. Mt. 20,28; Joan. 10,11-15-17; 15,13; 1 Joan. 3,16, etc.). Nunca nos habla, en este caso, de su espíritu (*pneuma*), es decir, de su alma en cuanto independiente del cuerpo en el ser, y en el obrar. Ese espíritu lo pone en manos de su Padre al morir, pero no nos dice que lo dé por nosotros.

Y en efecto, la muerte, como tal, incluye la anulación del alma en cuanto forma vivificadora del cuerpo y con él actuante y paciente, es decir, en cuanto *alma* o *animadora* de un cuerpo: toda esa actividad cesa con la separación del cuerpo. Mas el alma *como espíritu* —imperecedera e inmor-

tal— sigue perfecta tras la muerte, con el ser y operaciones, que en modo alguno dependen del cuerpo.

En su resurrección, es el alma *en cuanto alma,* y que en cuanto alma ha entregado Jesús por nosotros, lo que Jesús reasume al vivificar de nuevo el Cuerpo glorioso. Por eso Jesús nos dice: «Yo doy mi alma para de nuevo tomarla. Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de mí mismo, y *tengo potestad* para darla, y tengo potestad para *de nuevo tomarla*» (Jo. 10,17.18).

El alma *como espíritu* es inamisible —independiente del cuerpo en su ser y en su obrar radical, y por eso imperecedera e inmortal—. Lo que el alma pierde al morir es su actividad con el cuerpo, su vida en cuanto relacionada con el cuerpo y de él dependiente, como vivificadora de él, quedándose sólo en alma como espíritu; y por la resurrección es esa vida y actividad relacionada con el cuerpo lo que el alma recobra, volviendo nosotros a poseer el alma *como alma* y *como espíritu.*

En nosotros, esa diferencia de matiz en una misma alma es escasamente perceptible o experimental, pues durante la vida lo normal es que los mismos actos espirituales —como son entender y libre querer— vayan paralelamente acompañados de imágenes y resonancias sensibles a las que parecen como indisolublemente vinculados; aunque por la nota de espiritualidad e inmaterialidad que tales actos revisten podemos deducir con certeza que tales actos podrán seguir haciéndose sin el cuerpo, bien que de otro modo, es decir, sin el paralelismo corpóreo. En una palabra, sabemos, por la espiritualidad radical de esos actos, que nuestra alma, siendo ontológicamente *una,* funcionalmente no sólo es *alma* —es decir, animadora de un cuerpo y su vivificadora—, sino también *espíritu* —es decir, radicalmente independiente en su ser, vida y obrar del cuerpo al que anima—.

Pero la experiencia de esos dos matices diferentes de una misma alma —alma y espíritu a la vez— se da frecuen-

temente en los místicos, según vimos, especialmente en las comunicaciones divinas puramente intelectuales.

Y por esa experiencia de los místicos, podemos deducir la perfección de la experiencia de Cristo —cuyo entendimiento humano gozó de la visión beatífica desde el primer momento de la encarnación, es decir, desde el primer momento de su existencia como entendimiento humano (cf. Denz. 2289)—, y la experiencia de María Virgen, asociada en todo a su Divino Hijo, penetradora de sus más íntimos secretos, y partícipe a su modo de todas sus experiencias.

Mas podría decir alguno: si ni el alma de María *como espíritu*, ni el alma de Cristo padeció *como espíritu* en la Cruz, dada la visión divina de que gozaba, parece que Jesús, y consecuentemente la Virgen María a sus dolores asociada, padeció menos que nosotros.

Tal suposición es gran error, pues tanto Jesús como su Madre padecieron todos los dolores de los hombres todos de todos los tiempos, y aún muchos que nunca los hombres padecimos.

Mas explicar cómo esa suposición sea falsa quizá no sea tan fácil dado nuestro modo de ser y conocer en la presente vida.

Mas si no es fácil de explicar, es sumamente fácil de entender.

Es evidente que la espada que divide la substancia de una única alma, aislando su función de alma y su aspecto de espíritu (Hebr. 4,12), no sólo deja sufrir al alma como aislada de toda consolación cuanto tormento es capaz de padecer en el cuerpo y con el cuerpo, y sumergida en oscuridad y privación de toda luz divina en cuanto con ese cuerpo está el alma relacionada, y así casi sujeta a desesperación, sino que el dolor mismo de la separación y disyunción interna en su ser ontológicamente *uno*, que esa espada de la voluntad divina opera, es inmensamente más acerbo que cuantos dolores pudieran llegar al alma afectando al cuerpo.

Los agentes externos producen dolor en cuanto afectan a

un cuerpo *vivo* —ningún dolor es capaz de sentir un cadáver—. Pero mucho más inaguantable será el dolor que no afecta directamente al cuerpo vivo, sino directamente a la misma Vida de ese cuerpo, que se siente herida por esa espada, y como desgajada de la Vida inmortal que le pertenece, al como separarla y aislarla de su ser de espíritu inmortal y del cuerpo independiente.

Si sufrimos por estar vivos, tanto mayor será el sufrimiento cuanto más directamente afecte a la Vida misma nuestra.

Por eso la pasión de María, al atravesar su alma una espada de dolor, es completa y total: nada añadiría en realidad a su dolor una pasión corpórea, a la que Jesús no quiso asociarla precisamente porque nada añadiría a su dolor, y así no era necesario para hacerla en todo socia y compañera inseparable suya.

Y hecha por Dios esa como separación y aislamiento, nada estorba toda la pasión del cuerpo y del alma *como alma*, ni todas sus tinieblas y abandonos divinos, a la inundación de luz y de gozo en Dios y en el cumplimiento de su divina voluntad que el alma *como espíritu*, ya aislado por la voluntad divina, disfruta en la comunicación del don de Dios —en el caso del espíritu de Cristo, en el seno de Dios—.

Si queremos una ilustración de ese estado de sufrimiento y gozo, de tinieblas y de luz, en una misma alma —como alma y como espíritu—, quizá podamos hallarlo, aunque harto pálida, en la Noche del espíritu que nos describe San Juan de la Cruz.

En ella, todo es tinieblas, aflicción y desesperación en el alma del que está sujeto a esa purificación. Y es tal el dolor, que el morir mismo se le presenta como liberación. Y no obstante, el alma, en ese estado, aunque no experimente el gozo de la fe, tiene verdaderamente fe, conocimiento sobrenatural de Dios, luz deslumbradora; pero esa fe radica en el alma como espíritu —y como tal goza y ama y se sabe unido a Dios—, y no se refleja o redunda en el alma *como alma*,

ni en ninguna de las actividades, pasiones y experiencias que como alma, vida del cuerpo, tiene. De ahí el dolor acerbo, y la oscuridad total en que el hombre, como compuesto de alma y cuerpo, se halla inmerso. Y de ahí que, a pesar de todo, en lo más profundo del alma, en el alma *como espíritu* perenne e inmortal, destinado a la contemplación divina, siga brillando la luz inextinguible de la fe y el calor del amor divino, que la llena de consuelo.

Hay otra ilustración por la que todos hemos de pasar, aunque poco nos sirve, por no haberla todavía experimentado: es nuestra propia muerte individual.

El dolor de la muerte no es principalmente el sufrimiento físico corpóreo que pueda acompañarla. La prueba es que todo dolor lo damos por bien empleado si nos evita el morir.

El verdadero dolor de la muerte, es la división de alma y espíritu, en que incurrimos por la sentencia divina dada en el paraíso. Y en esa separación o división sufre el alma como alma, y sufre también el alma como espíritu —si éste no goza de la visión divina—.

En efecto, la realidad ontológica del alma es *una*: la división obrada por la espada de la sentencia divina no escinde al alma en dos partes —ella es simple e indivisible—, que serían alma y espíritu: hace algo mucho peor: la mutila, dejando sólo lo que es espíritu, o mejor, dejando sólo al alma en cuanto es espíritu —independiente del cuerpo en el ser y el obrar—, pero despojada y como inutilizada en todas sus operaciones que miraban al cuerpo, con el que se expandía y florecía.

Por eso el alma separada del cuerpo —el alma como espíritu—, sufre tormentos inenarrables en el purgatorio. Y sufría también en la espera inaguantable en el seno de Abrahám.

Sólo la visión divina quita del todo ese sufrimiento: no hay nada que el cuerpo pueda dar o completar en la actividad del alma y su expansión, que no dé sobreabundante y eminentemente la visión divina; por eso el alma separada,

una vez goza de la visión divina, ya no se siente mutilada ni limitada, sino totalmente completa, enriquecida y feliz. Por eso, como más adelante veremos, psicológicamente la resurrección gloriosa del cuerpo la tiene el alma no más ver a Dios: pues la visión divina participa de la eternidad divina —es vivir la misma vida divina—, y así por ella no pasa el tiempo, ni conoce espera: para ella, como para Dios en cuyo seno está y cuya vida vive, mil años que todavía hayan de pasar en nuestro tiempo son «como el día de ayer que ya pasó» (Sal. 89,4), y «cien, como abrir y cerrar de ojos» (Sal. 89,9). Ni son en realidad más diez millones de años que un solo segundo.

No hay, pues, mutilación ni carencia en la posesión de Dios en la visión beatífica.

Y a medida que Dios se va comunicando al alma *como espíritu*, por irse éste depurando y capacitando para recibir la comunicación divina, en esa medida va disminuyendo y desapareciendo el sufrimiento de la mutilación, e incluso la mutilación misma.

La purificación es continua y progresiva en el purgatorio: por eso cada vez más las almas allí gozan más y sufren menos, cada vez más la presencia divina de Dios en ellas va disminuyendo el ámbito de su mutilación. Y así acaban por no tener otro sufrimiento que el de la espera, cual lo tuvieron los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento en el seno de Abrahám. Es la purificación ya de sólo amor, del amor puro. El sufrimiento de puro amor que capacita al alma para ver a Dios. Inundada ya de Dios el alma-espíritu, y experimentándolo y gozándolo cada vez más, goza inefablemente en esa comunicación y entrega, y a la vez sufre de ausencia de amor, porque al que siente y presiente cada vez más claramente presente, todavía no lo ve, y desfallece en ansias de contemplar su faz. Y consumida el alma en el fuego de ese amor y ese deseo, pasa, ya olvidada del todo de sí misma por el amor que la devora, a contemplar a Dios en la visión beatífica.

Visión que tenía en la cruz Jesús —la tenía desde el momento de su encarnación—; visión que llena de luz a su alma como espíritu, que hace incluso que no le afecten los dolores de la pasión, aunque por su infinito amor pensamos quizá quiso asociarse a los dolores de la mutilación, haciendo que esa visión no impidiera su participación en el dolor de la escisión. Y si lo quiso lo pudo, y lo sufrió. Pues como dice Fray Luis de Granada, Cristo sufrió cuanto quiso sufrir: para eso es Dios omnipotente.

Y tanto en sus dolores como en sus gozos, se asoció a la inseparable Virgen María.

6. El Magnificat y la plenitud de comunicación divina al alma y al espíritu de María

Lo que de presente queríamos destacar, es que la revelación y comunicación de la Divinidad de su Hijo llena por entero a María, anegándola como río desbordado, cual mar que en Ella se vuelca, sumergiendo todo su ser —alma y espíritu— en adoración gozosa: que tiene comunicación intelectual pura y no limitada por imágenes sensibles de esa Divinidad y de ese Hijo suyo; y que también la conoce por imágenes o conocimientos discursivos acompañados de imágenes; que esa experiencia divina redunda en todo su ser, sin excluir el mismo cuerpo informado y vivificado por su alma.

Nada hay en Ella, ni cuerpo, ni alma como alma, ni alma como espíritu, que no se entregue a Dios, a Dios sirva, a Dios adore, en El se goce, «amando a Dios con todas sus fuerzas, con todo su corazón, con toda su mente, con todo su ser» (Dt. 6,5; Mt. 22,37; Mc. 12,30; Lc. 10,27). Nada hay en María que no se refiera y se consagre a su Hijo como Dios y en El se goce, nada que no sirva a su Hijo como Hombre y en El se goce. Su Jesús es su todo, lo único que cuenta para Ella: ese Jesús Dios y hombre verdadero, ese Jesús «Mi Dios salvador».

Grande e inconcebible es en Ella la presencia e insesión del Verbo, hecho carne en su vientre. Pero, como dice San Agustín, más es todavía lo que tiene en su mente que lo que tiene en su vientre: y no sólo en su mente, sino en todo su ser.

Todo su ser lo llena el Verbo de Ella engendrado, sin que quede reconditez alguna que ese Verbo Hijo suyo no llene y anegue en gozo, o misterio alguno que no le revele y haga gustar según la capacidad de las diferentes facultades de María. Conocimientos y experiencias del Verbo, que en Ella habita, variadísimas según la riqueza del ser de María; pero en cada aspecto de ese su ser se siente María tan llena de la presencia y comunicación del Verbo encarnado, Hijo suyo, que en ningún aspecto podría desear más, fuera de la simple intuición beatífica de su Persona divina y de su esencia, que indudablemente muchas veces le fue también concedida.

Por eso sabe que la grandeza y dignidad que el Verbo le confiere, al haberse hecho Hijo suyo, llenará de pasmo a todas las generaciones venideras, pues ni apareció nadie antes de Ella que se le parezca, ni aparecerá ya más después en toda la eternidad, según canta la Liturgia de la Iglesia: «nec primam similem visa est, nec habere sequentem».

De ahí que exclame: «Miró la pequeñez de su esclava: por eso desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones». (Lc. 1,49).

Por eso se pasmarán ante Ella todas las generaciones: porque en su pequeñez de creatura ha sido hecha Madre del Señor, Madre de «Dios mi Salvador».

Madres de profetas, patriarcas, santos y hombres extraordinarios ha habido muchas, y las seguirá habiendo; y entre ellas no es la menor Isabel, ante la que está María.

Madre de Dios no ha habido ni habrá más que una, que ni tuvo ni tendrá a Ella semejante: la Virgen María. Por eso es «bendita entre todas las mujeres»; por eso será pasmo de todas las generaciones.

Madre verdadera, ama a «Dios mi Salvador» como a su

Hijo; creatura verdadera, lo adora como a su Dios y Señor: «adoró al mismo que engendró (*ipsum quem genuit adoravit*)» (Liturgia).

El equilibrio perfecto entre ese amor materno y esa adoración de creatura es obra misteriosa del Espíritu Santo que la llena y guía. Nosotros sabemos que en todo y siempre lo ama y cuida como a Hijo, y en todo y siempre lo adora y sirve como a Dios. Mas no alcanzamos a comprender esa armonía maravillosa, ni acaba de entrar en nuestra comprensión que verdaderamente mande y ordene a su Hijo como Madre, y simultáneamente en todo le obedezca y se someta a El como a Hijo Dios.

Lo que para nosotros es misterio insondable, es del todo connatural a la Virgen María por la moción del Espíritu Santo que la guía, y por su humildad abisal de creatura que en todo la hace dócil a esa guía.

7. María se vuelve al Padre Eterno

Hasta aquí la Virgen sólo se absorbe en su Hijo, que por completo la llena, inundándola de gozo. En lo que sigue del *Magnificat* pensamos se vuelve al Padre Eterno, por cuyo designio inescrutable su Hijo divino se encarnó en su seno, haciéndola así Madre verdadera del que El es Padre eterno. Por eso dice:

«Me hizo grandes cosas el que es Poderoso, y santo el nombre suyo» (Lc. 1,49).

Las últimas palabras recuerdan las del Padrenuestro «santificado sea tu nombre», mostrándonos así que aquí María ya se refiere al Padre.

Las cosas grandes e inauditas que el Padre ha hecho en Ella hasta manifestar toda su Omnipotencia —«el que es Poderoso»— son su Maternidad divina, con cuanto la precede como preparación a esa elevación, y cuanto la sigue

como su consecuencia. El mismo Padre Omnipotente no podía comunicar grandeza mayor a una pura creatura.

Sigue luego la visión gozosa de la extensión de su dicha a todos sus hijos: la gracia de la salvación a los humildes, a cuantos sienten su pequeñez y miseria, y acuden a Ella para ser sobrenaturalmente engendrados en su seno, y así participar de la salvación traida por su Hijo, y como anegarse en ella.

Aparece aquí claro cómo la Virgen María se sabe, a raíz de la misma encarnación del Verbo en sus entrañas, no sólo Madre de Dios, sino también Madre nuestra. Mas prescindimos de ello, para centrarnos en su Maternidad divina.

Baste decir que, desde el mismo momento de concebir a su Jesús, nos ha sentido y amado como hijos suyos, y se ha dedicado a atesorarnos y merecernos bienes.

Capítulo II

LA MADRE EN EL NACIMIENTO E INFANCIA DE JESUS

1. Adoró al mismo a quien dio a luz

Vuelta María a Nazaret, y revelado a José el misterio de su Hijo (Mt. 1,20.21), es evidente que la conversación entre María y José tenía como objeto principal y casi exclusivo el misterio de ese Hijo divino, a quien no solamente amaban y servían atendiendo a todo lo necesario para su próximo nacimiento, sino también rendidamente adoraban como a su Dios.

El encargo que en su Inmaculada Concepción recibiera la Virgen, de sustituir en el mundo al Padre en el amor a su Hijo, María lo cumple ahora con todas sus fuerzas, con todo su ser, asociando en ese amor a San José, como más tarde asociará a los pastores y a los Magos, y finalmente a todos sus hijos: todos ofrecemos a Jesús un amor grato a sus ojos, si le amamos unidos a Ella, sirviéndonos de su mismo amor, acompañándola en su amor y adoración.

Por eso, al nacer Jesús en Belén, María no sólo lo ama, sirve y atiende como a Hijo recién nacido, sino que también lo adora como a Dios: no sólo en nombre propio, sino en nombre de todo el mundo, a quien lo da; de toda la creación a la que lo entrega, pero que todavía lo desconoce.

Ella es desde entonces la Gran Suplente, asociando con gozo en esa su suplencia a San José, ya iniciado en el misterio, y deseando desde entonces asociar en su oración y adoración a todas las creaturas, supliendo por sí misma cuanto en ellas sea deficiente.

Suplencia de nuestras deficiencias que se actúa ya con los pastores.

A éstos no parece habérseles revelado claramente, al menos de modo inicial, la divinidad de Cristo, sino sólo que era el Mesías Salvador (Lc. 2,10-13).

Si no hubo en ellos revelación interna más profunda —cosa probable en algunos o muchos de ellos— lo natural es lo concibieran según el modelo de la tradición judía *entonces ambiente*, y no cayeran en la cuenta de su Divinidad, aunque sí en la de su superioridad absoluta sobre todos los hombres —esto estaba explícito en la tradición judía de entonces—, y aún sobre los ángeles, que bajan del cielo a hacerle corte (Lc. 2,13).

Le rinden así homenaje como a Mesías y Salvador, le entregan su corazón y su amor, se alegran y exultan en El como en su Salvador, aunque quizá no —al menos muchos de ellos—, como «en Dios mi Salvador» (Lc. 1,47).

María suple con su adoración la deficiencia del homenaje de ellos —como suple con su delicadeza la rudeza con que ellos lo toman en sus brazos y acarician—, respetando la variedad de los designios divinos, que revelaron claramente la Divinidad de su Hijo a Zacarías, Isabel y José, y la semioculta por ahora a los pastores.

Por eso, «María conservaba o retenía en su memoria todas estas cosas y sucesos, comparándolos en su corazón» (Lc. 2,19), penetrando cada vez más en los variados designios de Dios, para totalmente adaptarse a ellos y con ellos conformarse.

Es la misma maravilla admirativa que sienten Ella y José, al ver cómo Dios revela la grandeza de su Hijo a Simeón y Ana (Lc. 2,33).

Mas cuando Simeón anuncia directamente a María la misión de su Hijo y los acerbos dolores que Ella misma había de soportar (Lc. 2,34.35), María no muestra sorpresa alguna ante la noticia, precisamente porque ya sabía mucho mejor que Simeón lo que éste públicamente le anuncia.

Lo que sí les maravilla son los varios modos, y maravillosos, con que Dios va desvelando a otros la grandeza del Hijo que ellos tan bien conocen.

Por eso, cuando los magos, con revelación más plena de su Divinidad, «entrando en la casa, se encontraron al Niño con María su Madre, y postrándose en tierra *le adoraron*» (Mt. 2,11), María no muestra sorpresa alguna, ni mucho menos se opone a esa adoración, que sabe es plenamente debida a su Divino Hijo, sintiendo gran alegría de ver crecer el número de quienes lo adoran como a «su Dios Salvador».

Si la Virgen María no supiera que su Hijo es Dios verdadero, digno de toda adoración y todo obsequio, al ver a los Magos postrarse en tierra para adorar a su Divino Hijo —no a Ella, que lo llevaba en brazos—, y ofrecerle, además de oro y mirra, incienso como a Dios, hubiera indudablemente corregido su error, apartándolos de una adoración sólo a Dios debida, como más tarde harían Pablo y Bernabé en un caso similar, cuando a ellos los tomaron por dioses y quisieron adorarles (Act. 14,10-17).

El conocimiento expreso y clarísimo que María tiene de la Divinidad de su Hijo y de la adoración que como a Dios se le debe, vuelve así a manifestarse patente, como antes en la anunciación y en la visitación.

2. El testimonio de la liturgia

Creemos haber mostrado de modo más que suficiente que la Virgen María tuvo, desde el principio de su maternidad, es decir, desde el momento de la anunciación, conocimiento perfecto de que el Hijo que engendró era Dios verdadero,

al que rendidamente adoraba, primero en su seno, y luego nacido.

Pero como al pueblo cristiano lo turban hoy tantas opiniones erróneas acerca de la Inmaculada y Santa Virgen María, difundidas no pocas veces por quienes se atribuyen a sí mismos el nombre de teólogos, y entre esos errores difundidos por doquier no es el menos frecuente el que afirma que la Virgen no conoció la verdadera naturaleza y ser divino de su Hijo —a cuyo conocimiento llegó, si es que llegó, muy tardíamente—, podrían los lectores, pese a toda la evidencia aducida, quedarse con la duda de si nuestro aserto no pasa de ser una deducción meramente racional con más o menos fundamento. Si tantos dicen lo contrario, ¿cómo podemos estar seguros?

Es de advertir que no pocos de estos seudoteólogos, dicen igualmente con no menor osadía que ni el mismo Cristo conoció que era Dios, al menos hasta su bautismo en el Jordán —otros, hasta su resurrección—, lo cual es error en la fe y verdadera herejía repetidamente condenada por la Iglesia.

Para el caso presente, bástenos decir que teólogo será el que verdaderamente explique y sistematice la doctrina y enseñanza de la Iglesia. El que de esa doctrina se aparta, no es teólogo en modo alguno —no sabe hablar de Dios, sino que se equivoca y yerra cuando habla de Dios—; será un pseudoteólogo, falso teólogo, equiparable a tantos falsos profetas como ha habido y habrá, de los que hay que huir como de la peste. Sirve al demonio, no a Dios.

El demonio necesita de esos pseudoteólogos y pseudoprofetas, hasta el punto de que el mismo Anticristo no tendrá éxito sino gracias al Pseudoprofeta que le ayudará. (cf. Ap. 19,20; Ap. 13,11 ss.; Mt. 24,11.24; Jo. 4,1).

El signo, pues, de que uno sea verdadero teólogo, es su conformidad con la doctrina de la Iglesia. Si de esa se aparta, ningún caso debe hacerle el fiel. Y si por seguirle pierde la fe, suya es la culpa, que prefirió las opiniones de los hom-

bres —aunque sean sacerdotes u obispos— a la enseñanza de Dios y de su Iglesia.

Ahora bien, la Iglesia profesa explícitamente que la Virgen conoce la Divinidad de su Divino Hijo, ya desde que lo engendra. Y lo que es más, obliga a todos los sacerdotes a profesarlo al rezar el Breviario. Y precisamente, para prevenir los errores actuales, insiste en este conocimiento de la Virgen en el Nuevo Breviario promulgado por Pablo VI el 1 de noviembre de 1970, mucho más de lo que lo hacía la antigua liturgia.

No es, pues, enseñanza *anticuada* de la Iglesia, sino con todo ahínco actualmente inculcada. Enseñanza que evidentemente la Iglesia no inventa, sino que la saca de la Escritura y de la Tradición.

En la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, 2 de febrero, nos hace orar así:

«Sión (litúrgicamente: alma), adorna tu lecho nupcial, y recibe al Rey Cristo: al cual la Virgen concibió, Virgen parió, y Virgen después del parto *adoró* al que engendró» (Adorna thalamum tuum, Sion, et suscipe Regem Christum: quem Virgo concepit, Virgo peperit, Virgo post partum, quem genuit adoravit).

«El anciano (Simeón) llevaba al niño, y el niño dirigía (guiaba, gobernaba) al anciano: (al Niño) a quien la Virgen parió, y después del parto Virgen permaneció; al mismo al que engendró, *adoró*».

Si algún fiel, pues, oye a algún sacerdote, o a algún obispo —por muy teólogos que los repute el mundo—, negar o poner en duda que la Virgen adoró, y por tanto reconoció como Dios, al Niño que engendró y parió, sepa que no sólo se aparta de la doctrina de la Iglesia, sino también que, o no reza el Breviario como la Iglesia le manda, o si lo reza es un mentiroso, pues dice con los labios lo contrario de lo que su corazón siente.

Sabemos que el diablo es el padre de la mentira (Joan. 8,44): en cuanto así mienten, son hijos y emisarios del dia-

blo, a quienes ningún caso debe hacer el fiel, si no quiere ser también hijo del diablo en vez de hijo de la Mujer, y hermano de Jesús. Y lo mismo valga de cuantos nieguen o pongan en duda la virginidad de la Virgen María, sea antes del parto, sea en el mismo parto, sea perpetua después del parto.

3. Jesús recuerda su misión divina a la Madre, cuando ésta lo reencuentra en el templo

María, como siempre, secunda a la perfección el designio divino, que quería mantener oculta la divinidad de su Hijo, sometido a ellos y obediente en todo (Lc. 2,50), como todos los demás hijos de los hombres.

Si internamente lo adoraba, amaba y servía como a Dios, externamente lo cuidaba, protegía, sustentaba, amaba, e incluso mandaba como a hombre. Y lo mismo hacía, asociada a Ella, San José.

Mas sin apartarse un ápice del comportamiento externo de unos padres ordinarios con sus hijos, sabían muy bien ambos que el Hijo de María era Dios, y como a tal rendidamente lo adoraban y honraban en su interior.

Sabían también perfectamente que había de llegar la hora en que Jesús, iniciada su misión pública entre los hombres, había de manifestar a todos su Divinidad, procediendo entonces con independencia de toda sujeción.

Es lo que Jesús recuerda a su Madre María y a José, llegado a los doce años, en el episodio del templo.

Al encontrarlo, tras tres días de angustiosa búsqueda, hablando con los doctores del Templo, «díjole su Madre: Hijo, ¿por qué nos hiciste así —por qué te comportaste con nosotros de esta manera, dejándonos sin avisarnos? —He aquí que tu padre y yo afligidos te buscábamos. Y díjoles Jesús: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que debo estar en las cosas que son de mi Padre? Y ellos no entendieron la pala-

bra que Jesús les dijo —la respuesta que les dio—. Y descendió con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sometido. Y su Madre conservaba en su corazón todas estas palabras y sucesos» (Lc. 2,48-51).

La pregunta de María muestra que Ella misma sospecha un misterio, para Ella todavía desconocido, en la desaparición de su Hijo.

Por eso pregunta, como primera Discípula del Corazón de su Divino Hijo, deseosa de aprender, de asociarse activamente en todo a sus planes.

No hay reprensión alguna en su pregunta: sabe que su Hijo es Dios, aunque hasta ahora le haya estado sometido y se lo seguirá estando mucho tiempo después. (Lc. 2,51).

Ella es la esclava del Señor (Lc. 1,38), cuya voluntad quiere siempre cumplir, no imponerle la propia. Si hasta ahora le ha mandado es porque tal era la voluntad de su «Dios Salvador».

No pregunta: «¿Por qué has hecho esto?», pues sabe puede hacer cuanto le dé la gana sin dar razón a nadie. Sólo pregunta: «¿Por qué lo has hecho *así?*», es decir, sin prevenirnos, sabiendo bien el dolor e inquietud que nos iba a causar tu desaparición sin previo aviso.

Y lo pregunta, no reprendiendo delicadamente a su Hijo, o quejándose de El y de su modo de actuar, sino simplemente deseosa de saber cómo mejor cumplir por su parte la voluntad de Dios, y conformar sus propios sentimientos a los de su Hijo. Con el mismo espíritu con que en la Anunciación preguntara: «¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón?» (Lc. 1,34), no resistiendo a Dios, sino deseosa de saber cuál ha de ser su propia colaboración en el plan divino.

«He aquí que tu padre y yo llenos de dolor te buscábamos» (Lc. 1,48). Estas palabras de la Virgen declaran lo que Ella conocía como plan divino sobre su Hijo: quería pasar como hijo de San José, aunque bien sabían los tres que no lo era; y quería que San José lo cuidara, protegiera, amara y tratara como a verdadero hijo.

Quería igualmente comportarse en todo como Hijo de María, cuyo hijo verdaderamente era, y que María lo tratara en todo como Hijo, de El cuidara, y de El se preocupara como de Hijo, prescindiendo de su Divinidad y de su infinito poder. Jesús no ha querido servirse hasta ahora de su poder infinito para cuidarse de sí mismo, antes todo su cuidado lo ha dejado en manos de José y de su Madre María.

Si se tiene en cuenta todo esto, cobra su pleno sentido la pregunta —no la queja, pues nunca se quejaría de tener que sufrir por su Hijo—: «Hijo, ¿por qué lo hiciste *así* con nosotros?».

Es claro espera una respuesta que le aclare si ha llegado ya la hora en que deba dejar actuar a Jesús-Dios sin interferir su actividad; si ha llegado la hora de que cese la custodia de su Divina Persona, que hasta el presente les ha sido totalmente confiada; aunque ciertamente no el amor, ni la unión afectiva y efectiva con los sentimientos y dolores de su Divino Corazón, que siempre perdurará entre Madre e Hijo.

Es evidente que si tal hora ha llegado, la conducta práctica de María, su Madre, así como la del mismo San José, con relación a Jesús, ha de variar totalmente en adelante. Y es esto lo que María quiere saber, para ajustar en todo su comportamiento de cada momento a la voluntad divina.

Jesús no responde a su pregunta.

Por una parte, no era necesario, pues el designio divino no ha cambiado por lo que mira al futuro inmediato, pues «bajó con ellos a Nazaret, y les estaba sometido» (Lc. 2,51), sumiso a ellos como el hijo más obediente. La actitud de la Virgen y de San José con relación a El no debe, pues, cambiar. El paréntesis de los tres días en el Templo ya ha pasado: cuando Ella pregunta, ya no es así necesaria la respuesta, sino la simple aceptación de lo sucedido.

Por otra parte, al no dar explicación alguna de lo que ha hecho ni del modo con que lo hizo, les recuerda que lo ha hecho como Persona divina que a nadie, ni aún a su Madre

verdadera pero creatura, tiene que dar razón de sus actos.

Por eso, en su respuesta no hace más que recordarles que es Dios, que su Padre verdadero es el Padre Celestial, y que ha obrado como Hijo eternamente de El engendrado: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais ya que debo estar en las cosas que son de mi Padre?» (Lc. 2,49).

«Y ellos no entendieron la palabra que les habló» (Lc. 2,50).

La dificultad que ofrecen estas palabras del Evangelio es sólo aparente.

Jesús mismo indica claramente que no hace sino recordarles lo que ellos ya sabían perfectamente: «¿No sabíais acaso que debo estar —u ocuparme— en las cosas de mi Padre?».

San José sabía perfectamente que Jesús no era hijo suyo —por eso es la Virgen quien se atreve a preguntar mientras José calla—: no había sido engendrado por él, sino por obra del Espíritu Santo (Mt. 1,20), cual se lo revelara el ángel.

María sabe desde la misma anunciación que su Hijo es «Hijo del Altísimo» (Lc. 1,32), «Hijo de Dios» (Lc. 1,35). Sabía que su Hijo es «el Señor» (Lc. 1,43), a quien Ella alaba, y cuyas grandezas canta (Lc. 1,46), «su Dios Salvador», en quien exulta (Lc. 1,47), «nuestro Dios que nos visitó viniendo de lo alto» (Lc. 1,78). Y de todo esto habría hablado innumerables veces con San José.

Entienden, pues, perfectamente que Jesús habla de su Padre Celestial, que le engendrara de toda eternidad. Entienden igualmente la misión para la que ha venido al mundo, haciéndose hombre. Entienden perfectamente que es Dios verdadero, hecho hombre y como tal nacido de la Virgen, Emmanuel o Dios con nosotros al hacerse verdadero Hijo de María. Entienden igualmente que ellos no deben interferir en modo alguno su misión, u obstaculizarla ni aún con su cariño, sino sólo prepararla, acompañarle y ayudarle en ella.

Al insinuarles así Jesús su Divinidad, Jesús les recuerda

algo que perfectamente sabían; y lo hace para que no insistan en inquirir el por qué de su modo de proceder.

¿Qué es entonces lo que no entendieron, ni, dicho sea de paso, tampoco nosotros entendemos?

La consecuencia o ilación entre las dos partes de la respuesta de Jesús es lo que no entendieron ni vieron María y José, ni entendemos tampoco nosotros tras tantos siglos de meditación de la Iglesia.

En efecto, aunque sabían que Jesús había de cumplir en todo la misión asignada por su Padre Celestial, sabían también que ese Padre Celestial les había encargado de cuidarlo, protegerlo y defenderlo —como lo hicieron en la huida a Egipto—. Y ese cuidado implicaba la preocupación, el dolor, y sobre todo la búsqueda cuando durante tres días perdieron el tesoro que se les confiara, sin saber qué peligros le acechaban.

María sabía que llegaría la hora en que Jesús se entregaría al sacrificio, poniéndose en manos de sus enemigos: que Ella entonces no debería defenderlo, sino acompañarlo en su dolor y ofrecerlo por la salvación del mundo (Lc. 2,35; cf. Lc. 2,30).

De ahí la pregunta de María (Lc. 2,48), a la que Jesús no responde porque, como vimos, el episodio de su pérdida es como un paréntesis ya pasado; y las relaciones de dependencia, y por tanto el cuidado que sobre El han de ejercer, seguirán por ahora los mismos: «Y vino con ellos a Nazaret, y les estaba sometido» (Lc. 2,51).

Al no recibir contestación directa a su pregunta, se queda sin entender la relación o consecuencia entre las dos partes de las palabras de Jesús. En efecto, de que Jesús haya de ocuparse en las cosas de su Padre no se sigue que su Madre haya de dejar de cuidar de El, a no ser que haya llegado la hora señalada por el Padre para que independientemente de toda autoridad humana lleve a cabo su misión.

María no tiene conocimiento de que esa hora haya llegado. Por eso pregunta a Jesús. Tras la respuesta de Jesús,

sabe que en adelante deberá seguir cuidándolo, protegiéndolo, y hasta buscándolo, pues nada indica en la respuesta de Jesús y ulterior voluntaria sumisión a Ella que haya cambiado todavía cosa alguna en la naturaleza de las relaciones mutuas queridas por Dios.

Con relación a la conducta que en adelante ha de observar, todo se hace claro para María.

Mas queda para Ella un misterio el episodio —ya pasado— de la pérdida de Jesús, con la aparente falta de ilación de su respuesta. Misterio en que meditaba para desentrañarlo: «Y su Madre conservaba todas estas cosas —o palabras— en su corazón» (Lc. 2,51).

Es evidente que el Espíritu Santo, que la llenaba, le iluminó pronto este misterio.

Es también evidente que, dada la importancia del suceso y la agudeza del dolor que experimentó, el episodio se recordaría y comentaría no pocas veces en la Sagrada Familia, y que Jesús mismo lo aclararía a la Virgen en su conversación familiar, cosa que no convenía haber hecho ante los Doctores, ante quienes Jesús quería destacar, con sus palabras a la Virgen ante ellos, la sugerencia de su origen divino, para que meditaran sobre ella.

De todo esto nada nos dice el Evangelio, como nada nos dice de las conversaciones sostenidas por María y Jesús hasta la vida pública de Este. Nos supone dotados de razón e inteligencia para entenderlo sin que se mencione por escrito.

Quedó, pues, claro para María el episodio de la pérdida de Jesús en el Templo, e incluso la lógica trabazón de sus palabras. Aunque no haya quedado claro para nosotros, que tan sólo podemos adivinarlo como a tientas.

4. Motivos del comportamiento de Jesús

Personalmente pensamos que quiso hacer sentir a su Madre anticipadamente el dolor que había de experimentar al perderlo en la Pasión.

Primero, para prepararla gradualmente y como habituarla a ese dolor que la esperaba. Y en ese sentido, el perderse sin avisarles no es por falta de amor y delicadeza hacia su Madre, sino por exceso de ella, porque así convenía para mejor prepararla al dolor futuro.

Segundo, para asociarla desde ahora más estrechamente como Corredentora a los dolores de su Pasión, de modo que su vida, como la de su Hijo, «fuera toda ella cruz y martirio» (Kempis).

E indudablemente, en los numerosos recuerdos y comentarios que se harían en la Sagrada Familia sobre este episodio, Jesús se encargaría de aclarar a su Madre que tales dolores no eran sino anticipo de los que tendría en la Pasión.

Este episodio cambió así en cierto modo la vida de María, en cuanto la centró totalmente en la Pasión de su Hijo, y ocasionó que en adelante pudieran ya hablar libremente de los dolores redentores que les esperaban, y de los que probablemente no se había hablado hasta entonces con Jesús Niño, aunque María no los desconociera, cual nos consta por la profecía de Simeón (Lc. 2,35).

Supone, pues, la asociación activa, afectiva y continuada, de la Virgen María a la misión redentora de Cristo: antes estaba asociada, pero no hablaba de ella, por ser su Jesús aún niño. Desde ahora será la materia principal de su intercambio afectivo.

No podemos ni imaginarnos cuál debió ser la tortura de María, sabiendo los dolores que a su Hijo esperaban —ciertamente desde la profecía de Simeón, y seguramente desde la misma anunciación—, y no pudiendo comunicarlos con nadie, pues sabía que la voluntad del Padre era que tratase en todo a su Hijo como a un niño, y así no debía hablar con El de este futuro de dolor.

Como siempre, María no toma iniciativa alguna; deja que Dios las tome: «sea hecho en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Y su Hijo Dios Salvador toma la iniciativa, para romper la soledad del dolor acerbo de su Madre. Para ello le in-

flige el dolor de la pérdida del templo; y le recuerda la misión para que ha venido al mundo.

Es como decirle: en adelante, quiero que hablemos de ella, que no sufras más sola, sino unida a mí y conmigo; que tampoco yo quiero sufrir más solo sin comunicar contigo mi dolor. Respecto a esta comunicación he dejado ya de ser niño; podemos hablar libremente de cuanto nos espera. Respecto a lo demás, seguiré todavía siendo mucho tiempo niño con relación a ti, Madre mía: niño y dócil, y confiado a tu cuidado hasta que tenga treinta años: sólo entonces tendré que separarme materialmente de ti, para llevar a cabo la misión que el Padre me ha confiado. Pero será sólo separación material, pues cuento y contaré siempre con la compañía de tu corazón y con el calor y aliento de tu amor.

5. Jesús se fiaba totalmente de su Madre, contando en todo con Ella

A esta finalidad personal, que la Virgen María entendió muy pronto mucho mejor que nosotros, debe añadirse otra más bien externa, que no escapó a la penetración de la Virgen María.

Como veremos más adelante al tratar de los hermanos de Jesús, de tal modo se fiaba Jesús de su Madre, a El por entero consagrada, que a veces le dirige a Ella palabras aparentemente duras, pero que en realidad van dirigidas exclusivamente a la enseñanza de otros, poniendo delante a su Madre para no herirlos o provocar su resistencia.

Esto explica las palabras de Jesús: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que he de estar en las cosas que son de mi Padre?».

Si a estas palabras, según vimos, no les hallamos lógica ni consecuencia como dirigidas a la Virgen María, la tienen plena si vemos a Jesús dirigiéndolas a los Doctores a través de su Madre.

No podía decirles a ellos abiertamente que era Hijo de

Dios: se le hubieran inmediatamente enfrentado, y ese enfrentamiento lo tenía Dios dispuesto, no para ahora, sino para mucho más tarde. Ni podía, por el mismo motivo, decirles claramente que venía del cielo enviado por el Padre para cumplir su misión redentora.

Mas dirigiendo las palabras a su Madre, les sugirió a ellos su misión y naturaleza divina, para prepararlos a su manifestación pública, cuando ésta llegara. Se sirvió así de su Madre para sugerirles delicadamente el conocimiento de sí mismo que ahora eran capaces de recibir y asimilar.

Indudablemente, su Madre no pensó entonces en esto, y por eso no le entendió. Mas Jesús se encargaría luego de explicárselo, indicándole cuánto se fiaba de Ella, y cómo quería hacerla en todo su intermediaria y ayudadora para su comunicación con los hombres, especialmente cuando ello fuera necesario para disminuir sus libres resistencias.

Cosa que indudablemente llenó de gozo a la Virgen María, e hizo que en el futuro supiera interpretar rectamente todas las palabras de Jesús a Ella dirigidas, sin extrañarse jamás de ellas. Por eso no aparecerá ya en Ella extrañeza alguna, ni en las bodas de Caná, ni en el episodio de los hermanos de Jesús, sino paz y seguridad completa acerca del amor de su Hijo y de su deseo eficaz de en todo complacerla.

Los exégetas suelen dar otra explicación, que creemos complementaria, de todo el episodio. Jesús habría querido darnos a nosotros una lección, enseñándonos con su ejemplo que cuando Dios nos llama —especialmente por la vocación religiosa—, no hay que tener en cuenta relación alguna familiar de carne o sangre que pueda frenar o retardar nuestra entrega.

Esto podrá ser muy verdadero, y también aquí Jesús, fiándose totalmente de su Madre, se serviría de Ella para transmitirnos a nosotros su enseñanza. Pero no nos interesa directamente, pues aquí sólo buscamos descubrir y conocer más y más a nuestra Celestial Madre, destacando lo que a ello contribuya.

Capítulo III

LA MADRE EN LAS BODAS DE CANA

1. María se sabe Madre de Dios, y como tal actúa, en las bodas de Caná

En las bodas de Caná (Jo. 2), no sólo María se sabe Madre de Dios, sino que se comporta y actúa como Madre de Dios, que sabe se le ha dado todo poder sobre el Corazón de su Hijo. Y se sabe y actúa también como Madre nuestra, en cuyo favor quiere ejercer su poder.

«Y faltando el vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino» (Jo. 2,3).

Aunque su Hijo no ha manifestado todavía su poder divino, María sabe que lo tiene, que nada le es imposible, porque nada es imposible a Dios.

Su corazón compasivo quiere que ejerza ese poder. Y tan segura está de ser atendida por ser Madre de Dios, que ni siquiera pide, ni mucho menos suplica. Simplemente expone su deseo: «No tienen vino»: sabe que con eso basta.

La respuesta de Jesús es para nosotros desconcertante, por parecer, y ser en realidad, una negativa: «Dícele Jesús: ¿Qué nos va a ti y a Mí, Mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Joan. 2,4).

Las palabras de Jesús muestran que ha entendido clara-

mente que su Madre desea remedie la situación, manifestando su divino poder.

Al mismo tiempo indica que no está en su mano complacerla: tiene que cumplir la voluntad de su Padre, manteniendo oculto ese poder divino hasta la hora que su Padre señale para manifestarlo. Y esa hora no ha llegado todavía en los designios misteriosos del Padre Celestial.

Por lo demás, da por supuesto que María sabe de qué hora se trata, por haber indudablemente hablado ambos de ella innumerables veces. (Probablemente: la de su pasión y muerte redentora, a la que Jesús, en el Evangelio de San Juan, suele referirse como a «mi hora»: en ella se manifestará su amor a los hombres).

La respuesta de Jesús, aunque negativa, dista mucho de ser dura o de rechazo. Es la excusa y como justificación de un hijo amante, que quisiera complacer a su Madre, pero no puede hacerlo en virtud de una obediencia de orden superior: manifiesta a María con ella que, aunque no pueda complacerla, todo su deseo sería hacerlo.

La respuesta no desconcertó a María como a nosotros. Llena de gracia, ningún deseo puede surgir en Ella sino movido e impulsado por la gracia.

Llena del Espíritu Santo, por quien en todo se dejaba conducir, los deseos que brotaban en Ella surgían a impulsos de la acción de ese mismo Espíritu.

Por eso sabe que su deseo es conforme a la voluntad del Padre. Que el Padre quiere honrarla como Madre de Dios, mostrando que nada le negará jamás a Aquella «en cuyos labios derramó la gracia» (Sal. 44,3) y para ello anticipando incluso, por complacerla, la hora de la manifestación de su Divino Hijo.

Sabe que el Padre no hubiera excitado un deseo en la «esclava del Señor», si no deseara complacérselo y llenárselo.

Siente que así como el Padre dio a su Hijo al mundo por medio de Ella, así por medio de Ella quiere manifestarlo al

mundo, como por Ella lo ofrecerá por el mundo en la cruz.

Precisamente para eso excita su deseo, para que Ella sea la determinante de que Jesús manifieste al mundo su gloria, para así mostrarnos a todos que ninguna comunicación de su Hijo hace al mundo, ni hará a alma alguna, si no es por medio de María, bajo la intercesión y súplica de María. Y que ninguna comunicación o don divino nos será negado, si logramos que María, nuestra Madre, lo desee para nosotros.

Y el Padre Celestial, para cumplir el deseo de María que El mismo excitara, y no menos para cumplir los secretos deseos de su Hijo de agradar a la Madre, anticipa la hora de la manifestación de su Divino Hijo para que complazca a la Madre.

2. María actúa como Madre nuestra en las bodas de Caná

Y en verdad convenía esa anticipación. Porque si bien podía haber esperado a excitar el deseo de la Virgen hasta el momento de la hora establecida para la manifestación de su Hijo, y entonces igualmente se manifestaría por medio de María, a instancias de María, destaca mucho más la eficacia de su influjo materno al anticipar la hora de su manifestación.

Y convenía igualmente para excitar nuestra confianza en nuestra Madre. Pues así vemos que Dios no limita sus sentimientos maternales con relación a nosotros. Que tras hacerla Madre nuestra, Dios no subordina sus sentimientos con relación a sus hijos a los designios divinos, sino que hace que sus mismos designios divinos sirvan, y como se subordinen, a los sentimientos maternales de María. Que así supiéramos que si sabemos conquistar a nuestra Madre, ninguna resistencia encontraremos en la voluntad divina para ser por Ella complacidos y enriquecidos.

Aun en el caso extremo de que Dios me revelara que me

condenará, siendo ya inútil cuanto haga para evitarlo, no por eso perdería la esperanza. Tal revelación, sólo indicaría que Dios se me ha cerrado; pero me indicaría a la vez misericordiosamente la vía por la que con seguridad puedo alcanzar mi salvación: si voy a la Madre de Dios, si la invoco, se conmoverán sus entrañas de Madre, y me obtendrá infaliblemente de Dios una salvación que yo hubiera sido incapaz de alcanzar recurriendo directamente a Dios.

Sólo teniendo en cuenta este conocimiento profundo de los designios del Padre Celestial que la Virgen María poseía, y la docilidad y eficacia con que se sentía impulsada y actuada por el Espíritu Santo —que, al hacerla Madre nuestra, la mueve cual corresponde a sus sentimientos y amor de madre nuestra, no según las exigencias justicieras de la Majestad de Dios ofendida por nosotros—, dejará de extrañarnos la seguridad absoluta que, tras la negativa y excusa de su Hijo, sigue teniendo la Virgen de que se accederá a su deseo.

Seguridad que la hace decir a los criados: «Haced cuanto El os diga» (Jo. 2,5). Y adviértase que nada les hubiera dicho Jesús de no mediar el deseo de su Madre; como, en el caso extremo que pusimos de que Dios me revelara mi futura condenación, ninguna iniciativa tomaría ya Dios para excitar en mí el vino del amor salvador, *si no mediara el deseo que de mi salvación tiene mi Madre.*

A la seguridad de María, responde el Padre anticipando la hora de la manifestación de su Hijo. Jesús hace su primer milagro (Jo. 2,11), al que luego seguirían innumerables más, «y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en El» (Jo. 2,11).

3. Por María se origina la fe de cuantos creen en Cristo

Así es la acción de la Virgen la que determina la manifestación de la gloria de su Hijo al mundo, y es esa misma

acción la que origina la fe de los discípulos, como la originará en cuantos lleguen a creer en Cristo, pues «nadie nace a la vida sobrenatural, ni se desarrolla en esa vida, si no es por Ella» (Credo del pueblo de Dios).

Por eso San Efrén la llama con toda verdad la «esperanza de los desesperados».

Si ya, por mi ingratitud, se me ha cerrado todo, y es segura mi condenación, queda Ella como esperanza firme: si a Ella acudo en mi desesperación, se conmoverán sus entrañas de Madre al ver mi desgracia, llorará por mí, y Dios, para secar sus lágrimas, me concederá la gracia del amor que ya me tenía denegada: y a continuación, para más complacerla, se verterá en mí como un río que ininterrumpidamente fluye, para transformarme y conformarme en todo a la imagen de su Madre, para hacerme cual Ella me desea. Como aquí su deseo no sólo hizo que Jesús mostrara su poder, sino que desató la manifestación de ese poder en la multitud de milagros que luego se seguirían.

4. Presencia activa de María en la unión de cada alma con Cristo

Por lo demás, toda la narración de las bodas de Caná está llena de un sentido típico profundo, que hemos visto comprendía exhaustivamente la Bienaventurada Virgen.

El matrimonio es signo de la unión de Cristo y la Iglesia, de Cristo y el alma: «Este sacramento es grande; mas yo lo digo en cuanto se refiere a Cristo y a la Iglesia» (Efes. 5,32; cf. Efes. 5,22-30; 2 Cor. 11,2).

María asiste a las bodas (Jo. 2,1), y se preocupa de la dicha temporal de los contrayentes, como Madre solícita y vigilante. Pero su preocupación y cuidado va mucho más allá: prepara, protege y cuida los desposorios espirituales de las almas con su Divino Hijo.

Por eso la conclusión del relato no es la dicha temporal

de los esposos, sino la fe de los discípulos, por la que se unen, vinculan y desposan a Jesús: «Y manifestó su gloria, y creyeron en El sus discípulos» (Jo. 2,11).

Ese es el fin principal y como término último a que se ordena toda acción materna de María: manifestar a las almas la gloria y el ser de su Divino Hijo, y unirlas a El por la fe y el amor en matrimonio indisoluble.

Y en ese desposorio sobrenatural, María precede siempre a Jesús, preparándole y como allanándole el camino: «La Madre de Jesús estaba allí» (Jo. 1,2), antes de que Jesús haya llegado. Y la razón de que se invite a Jesús a las bodas, así como de que El acepte la invitación, es la presencia de su Madre en ellas.

Si, pues, un alma entroniza a María en su corazón, pronto Ella la moverá a que invite también a Jesús para con El unirse y desposarse.

Mas si un alma quisiera unirse a Jesús sin encargar a su Madre que prepare esa unión, será «cual ave que pretendiere volar sin alas» (Dante): nunca llegará a la unión. Ni ella será capaz de invitar a Jesús de tal modo que le atraiga, ni Jesús aceptará una invitación para residir en unión permanente donde no encuentre a su Madre, donde no sienta el amor de su Corazón Inmaculado, que constituye todas sus delicias.

Y esta, y no otra, es la razón de que comencemos y fracasemos tantas veces en nuestra unión con Cristo: no contamos debidamente con su Madre, ni nos servimos como debiéramos y pudiéramos de nuestra madre Celestial.

Por eso todos los santos tuvieron tanta devoción y tierno amor a María: jamás hubieran podido ni aun iniciar el camino de la santidad y enamoramiento de Cristo, de no ser con Ella y por Ella.

Y María sigue en las bodas cuando Jesús ya está en ellas como Esposo. Sigue vigilante para que no falte nunca el vino del amor; para transformar la frialdad del agua de nuestro egoísmo en ardor de vino de generoso amor; para

hacer, con su omnipotencia suplicante, que no decaiga nunca el enamoramiento entre Cristo y el alma.

¡Cuántas veces el alma, en sus desolaciones, tropiezos y caídas, siente que lo que creía antes generoso vino de amor se le ha convertido en agua! ¡Cuántas que es incapaz de amar con perseverancia y generosidad al Amado que por amor eligió!

Cuán más breves y raras serán esas desolaciones, más infrecuentes los desfallecimientos, menos perjudiciales los tropiezos, más rápidos los levantamientos de las caídas, si recurre a la Virgen María, mimada como Madre en su propio corazón, para que Ella supla lo que al alma falta, para que Ella ponga a su disposición, del abismo infinito de Amor de que Ella es fuente, cuanto amor necesite en su trato con Jesús.

No es Ella Madre que pueda aguantar largo tiempo la desolación de sus hijos sin acudir a consolarlos, la pobreza de sus pequeñuelos sin correr a enriquecerlos, las heridas y dolor de sus caídas sin venir a levantarlos y a sanarlos.

Y cuando Dios la ve llorar nuestra desgracia, sufrir por nuestro infortunio, en seguida se ofrece a perdonarnos, a remediarnos, para que vuelva la sonrisa a sus labios, la alegría a su Corazón de Madre: para hacerla a Ella feliz, Dios ansía perdonarme.

Por eso observamos que los santos, cuanto más crecen en santidad y unión con Cristo, más manifiestan y muestran de mil modos su ternura y cariño a la Virgen María. Es que sienten que nadie puede perseverar en el amor, ni mucho menos crecer en él, sino es reclinándose sobre el pecho de su Madre, para como mamarlo de su Corazón.

Por eso dice el alma que lo ha experimentado: «¿Quién me dará a Ti, hermano mío, que te encuentre mamando en los pechos de mi Madre, y allí te bese, y ya nadie me desprecie?» (Cant. Cant. 8,1).

Por eso también dice: «Cuando encontré a quien ama mi alma, lo así y no lo solté, hasta haberlo conducido a la casa

de mi Madre, a la alcoba de la que me dio a luz» (Cant. Cant. 3,4): sólo cuando nuestra unión con Jesús se hace en los brazos, y en el seno de nuestra Madre celeste, es definitiva y sin posible ruptura.

Es entonces, cuando Jesús nos ve como hijos de María, nacidos de Ella, reposando confiados en su seno, cuando de verdad nos reconoce como hermanos, de verdad se enamora de nosotros, viéndonos envueltos y como transfigurados en el amor y hermosura de su Madre. Sólo a esa alma dirá: «Una es mi paloma, mi pura e inmaculada; única es ella de su Madre, la preferida de la que le dio a luz» (Cant. Cant. 6,8).

Cuando a veces contemplamos la apostasía y ruina de quienes parecían columnas de santidad, o simplemente el retroceso o paralización de almas fervorosas, podemos estar seguros de que, si se nos diera penetrar el secreto de su corazón, veríamos que han olvidado a la Virgen, la rechazaron de su corazón, no la mantuvieron presente en su unión con Cristo, dejaron de hacerla partícipe de sus esponsales con el Cordero.

Nuestra flaqueza natural, nuestra pobreza radical de creatura, agota pronto el vino del amor, quedando sólo el agua de nuestro frío egoísmo. Y si por haberla rechazado u olvidado, no está con nosotros nuestra Madre, única a cuyas súplicas se puede convertir el agua en vino, nuestro egoísmo en amor, ¿qué quedará de nuestro primer enamoramiento, sino la frialdad del egoísmo y el amargo recuerdo de una unión incipiente y deliciosa, ya irremediablemente rota?

Sólo si entonces volvemos a invitar y llamar a nuestra Madre, Ella, pronta a olvidar toda nuestra ingratitud, remediará nuestra situación, volverá a traernos a Jesús y lo hará otra vez nuestro.

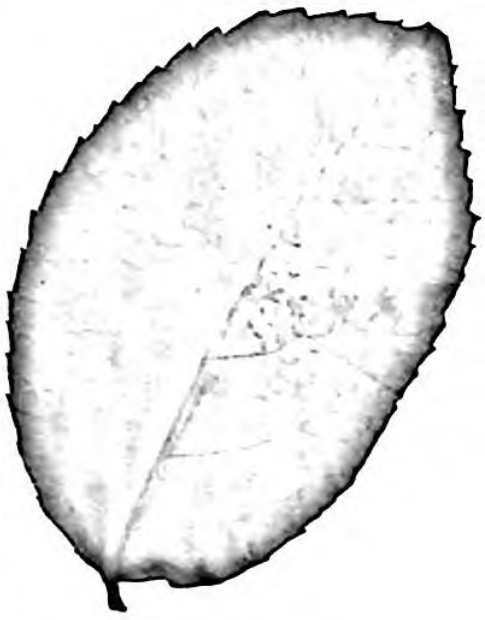
Y lo hará de nuevo nuestro con un amor más perfecto y generoso que el que nosotros, por estupidez e ingratitud hacia Ella, perdimos: el vino de amor que cada vez Ella

nos logra, siempre es mejor y más generoso que el que nosotros antes poseímos (Jo. 2,10).

5. Acción protectora de María en los esposos cristianos

Recordemos finalmente que esta acción vigilante y protectora de la Virgen se extiende también al amor natural de los esposos, como se extendió en las bodas de Caná. Si los esposos encomendaren a María la custodia de su amor, y se lo confiaran todas las noches, Ella les hará superar con creces todas las crisis por las que necesariamente han de pasar.

También aquí la rotura y desgracia de tantos matrimonios no tienen en su raíz última otra causa que su olvido de la Virgen María.



Capítulo IV

LA MADRE Y LOS HERMANOS DE JESUS

1. Textos evangélicos que nos hablan de esa relación

He aquí, reunidos, los textos evangélicos que nos hablan de esa relación:

«Pues ni sus hermanos creían en El» (Jo. 7,5).

«Y acudió de nuevo a El la muchedumbre, de modo que no tenían ni tiempo para comer pan. Y habiéndolo oído los suyos, salieron para apoderarse de El, pues decían: Se ha vuelto loco» (Mc. 3,20.21).

«Y llegan su Madre y sus hermanos; y permaneciendo en pie fuera (de la casa), enviaron quienes le llamaran, y la multitud estaba sentada en derredor de El (escuchándole). Y dícenle: He aquí que tu Madre y tus hermanos están fuera y te llaman. Y El, respondiéndoles, dijo: ¿Quién es mi Madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados en derredor, dijo: He aquí a mi Madre y a mis hermanos. Pues el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mc. 3,31-35).

«Y vinieron a El su Madre y sus hermanos, y no podían llegar a El por causa de la muchedumbre de la gente. Y le fue anunciado: Tu Madre y tus hermanos están fuera, deseando verte. Y El, respondiendo, díjoles: Mi madre y mis

hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 8,19-21).

«Todavía estaba hablando a las multitudes, cuando su Madre y sus hermanos aparecieron fuera, buscando hablarle. Y díjole uno: He aquí que tu Madre y tus hermanos están fuera buscándote. Y El, respondiendo al que le hablaba dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia los discípulos, dijo: He aquí a mi madre, y a mis hermanos. Pues todo el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre» (Mt. 12,46-50).

«Y ese mismo día, saliendo Jesús de la casa, se sentó junto al mar. Y vino a El mucha gente, por lo que subió a una barca, y se sentó en ella» (Mt. 13,1.2).

« Y sucedió que estando hablando Jesús, una mujer de entre la multitud levantó la voz y dijo: Dichoso el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Mas El dijo: Mejor aún, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 11,27.28).

2. Ocultación de la Madre, y su unión espiritual con el Hijo

Iniciada en Caná la obra divina de Jesús, María se esconde y como desaparece para no interferir en nada la misión que el Padre encomendara a su Hijo.

Ella misma hizo, con su plegaria en las bodas de Caná, que la hora de esa obra se anticipara. Mas luego, desde Caná al Calvario, solamente *una vez* aparece María en el Evangelio. Y *sólo otra vez* se la menciona indirectamente, y como algo anónimo, con ocasión de la alabanza que le dirige, hablando con Jesús, una mujer del pueblo, no menos anónima.

Es evidente que en todo ese tiempo de la vida pública de Jesús se vieron y hablaron no pocas veces María y su Hijo, y que Ella muchas veces le escucharía confundida entre la muchedumbre.

Jesús predicó en Nazaret mismo, y en los pueblos vecinos. Su centro de irradiación en la predicación de Galilea fue Cafarnaúm, a una sola jornada de Nazaret. Jesús subía las principales fiestas a Jerusalén, y cabe suponer lo hacía también María con sus parientes, según la costumbre de la gente piadosa, que Ella seguía, según nos consta por Lucas, 2,42: si antes solía subir para la fiesta de la Pascua, mucho más lo haría ahora, cuando sabía vería allí a su Hijo y oiría sus palabras.

Pero una cosa parece cierta: María, consciente de que ha llegado la hora de que su Hijo se manifieste como Hijo del Padre, como Hijo de Dios, como Dios verdadero, esconde y como disimula su propia Maternidad, a fin de que no haga sombra y como ofusque o vele ante los demás el origen divino eterno de su Hijo.

Sabe que El es Dios; y no quiere que su presencia pueda servir a otros para disimular o desconocer su origen divino, que ya bastante costaba aceptar a sus oyentes.

Ella le acompaña así siempre afectivamente y en espíritu, siendo el gran consuelo del Corazón de Jesús, que siempre encuentra en Ella la plenitud de la fe, del amor, de la adoración y de la entrega que El desea, el incendio en que ansía abrasar al mundo.

Pero expresamente permanece alejada en el cuerpo. Y aunque sin duda muchas veces le oyera, siempre lo hizo en el anonimato, como uno más de la multitud. Nunca alegó o usó su condición de Madre para acercarse a El con preferencia a los demás, como exigiéndole en particular parte del tiempo que a otros —a todos— dedicaba.

3. María y el clan de los parientes de Jesús

Por eso, la única vez que busca hablarle en público, alegando su condición de Madre, fue un suceso tan extraordinario y anómalo, que los tres Evangelistas Sinópticos lo con-

signan con todo detalle, como algo verdaderamente singular (Mt. 12,46-50; 13,1.2; Mc. 3,31-35; Lc. 8,19-21).

Para entender bien ese episodio, así como la delicadeza de María y su entrega total, con perfecto olvido de sí misma, al triunfo de la misión de su Hijo, hay que partir de Juan, 7,5, y Marcos, 3,20.21.

«Ni sus mismos hermanos —o parientes— creían en El» (Jo. 7,5).

Hemos demostrado la conciencia clarísima que de la Divinidad de su Hijo tenía María, ininterrumpida desde la anunciación hasta las bodas de Caná.

Pero el clan de los parientes no compartía esa fe. Y ese clan, cuando se entera de que Jesús es seguido por grandes muchedumbres, que de tal modo lo veneran y acosan que ni aun para comer le dejan tiempo, decide que Jesús se ha vuelto loco, y que han de ir a apoderarse de El y retenerle aunque sea por la fuerza:

«Y acudió de nuevo a El la muchedumbre, de modo que no tenían tiempo ni para comer pan. Y habiéndolo oído los suyos, salieron para apoderarse de El, pues decían: Se ha vuelto loco» (Mc. 3,20.21).

La decisión del clan de parientes, aunque incrédula, no nos parece humanamente hostil a Jesús. Antes bien es el desviado amor humano lo que pensamos les impulsa.

No creyendo en su misión divina, lo único que pretenden y buscan al secuestrarlo es impedir que acabe de muerte violenta, como otros pseudomesías de quienes habían oído hablar (cf. Act. 5,36-39): la futura muerte de Jesús en la cruz demuestra que su temor *humano* por El no carecía de base.

Pero su actitud descreída, aunque bien intencionada, caso de llevarse a cabo, hubiera humanamente frustrado la misión de Jesús.

Dada la autoridad reconocida al clan familiar en el Oriente antiguo, su decisión sería universalmente acatada. Si declaraban a Jesús loco, y como a tal lo retenían, nadie iba a protestar por ello. Y los enemigos de Jesús, que ya abunda-

ban, no desaprovecharían la ocasión para denigrarle, extendiendo entre sus todavía vacilantes seguidores la idea de que efectivamente estaba loco.

En nuestro ambiente occidental acentuadamente individualista se nos hace incomprensible esta fuerza del clan sobre el individuo adulto. Pero aun es fácil observarla hoy en Palestina. Allí traté a musulmanes casados con cristianas en su período de emigrantes, tras haberse ellos mismos bautizado. Vueltos a su tierra, habían de llevar nuevamente vida musulmana —aunque su conversión había sido sincera—, por presión del clan, que también vigilaba estrechamente a sus esposas para que no practicaran el cristianismo. Estas lo hacían ocultamente, aprovechando incidentales viajes a Jerusalén; y el marido, que las quería y respetaba, hacía como que nada sabía cuando los parientes le presionaban. E incluso ellos mismos, cuando volvían a emigrar dejando allí a sus esposas e hijos, no tenían inconveniente en volver a vivir como cristianos, libres de la presión del clan.

4. María convierte a la fe a los hermanos de Jesús

Es ante el peligro que se cierne sobre la misión de su Hijo cuando María sale de la oscuridad y sombra en que voluntariamente se ha sumergido, apareciendo como socia, aliada y defensora de su Hijo, alegando por primera y única vez sus derechos de Madre para acercarse a El.

Va a El sin ser llamada; pero va porque su Hijo la necesita, no por desahogo o satisfacción del propio afecto.

Se une a los parientes para disuadirles de su plan. Y para, caso de no lograrlo, ponerse decididamente de parte de su Hijo, con lo que haría fracasar los designios del clan de sus parientes. Nadie creería que Jesús estaba loco, si su Madre se ponía de su parte y aprobaba su conducta; nada podrían hacer ya contra El.

¿Qué hizo la dulce Virgen con sus parientes, qué cambio

logró en el corazón de ellos, durante la larga jornada que separa Nazaret de Cafarnaúm?

El Evangelio lo silencia: pero podemos deducirlo por el resultado. Los que salieron de Nazaret para apoderarse de Jesús por creerlo loco (Mc. 3,21), cuando llegan a Cafarnaúm ya sólo pretenden verlo en visita de amigos: «Tu Madre y tus hermanos están fuera, *deseando verte*» (Lc. 8,20).

Y ya no son los parientes los que se ponen en primer plano, sino María. Ella es la que quiere verle, y con Ella sus parientes, que en todo han aceptado su decisión materna.

¡Oh eficacia del apostolado de María, con que transforma y acerca a Jesús las almas que con Ella tratan!

Bastó un día de trato íntimo con Ella, obligado por la convivencia del viaje, para que los corazones de los parientes incrédulos cambiaran sus disposiciones con relación a Cristo.

Sabemos incluso que dos de los parientes o hermanos de Jesús acabaron siendo apóstoles suyos: Santiago el Menor, obispo de Jerusalén, que según San Pablo (Gál. 1,19; 2,9), había de ser considerado por los primeros cristianos como una de las columnas de la Iglesia, junto con Pedro y Juan; y San Judas apóstol, hermano de Santiago.

¡Qué pronto conoceríamos a Jesús, y nos enamoraríamos de El, si tratáramos un poquito más con su Madre! ¡Cuán rápida y definitivamente se cambiarían nuestras disposiciones interiores con relación a El, al contacto y como contagio con el Corazón de nuestra Celestial Madre!

Contemplada la delicadeza y total consagración de la Madre a los intereses de su Divino Hijo, la conducta y palabras de Este no dejan, al primer impacto, de sorprendernos: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 8,21).

Mas la sorpresa desaparece cuando cuidadosamente se contempla y estudia la actitud y palabras de Cristo. Entonces se ve claramente que no tienen otro objeto que confirmar los frutos ya logrados en el corazón de sus parientes

por su Madre. Jesús secunda a maravilla la acción de su Madre, para darle eficacia divina, y llevar a madurez los frutos que Ella hizo germinar.

5. La actitud de Jesús

No interrumpe la acción apostólica que estaba llevando a cabo, ni aun para atender a su Madre y a sus parientes.

Así convenía para mostrar a todos, y especialmente a sus parientes, que ningún lazo de sangre puede interferir u obstaculizar en modo alguno el cumplimiento de su misión divina.

Esto no molestó en lo más mínimo a la Virgen, que ya sabía de antemano las condiciones en que se desarrollaba la misión divina de su Hijo. Era Ella la primera que no deseaba en modo alguno que Jesús interrumpiera su predicación para recibirla.

La actitud de Jesús se conforma aquí en todo con lo que El sabe es el deseo de su Madre. Madre que se sabía tan amada que su Hijo, de los treinta y tres años de su vida, le dedicó exclusivamente a Ella treinta, empleando sólo tres para la fundación y formación de su Iglesia.

Así la molestia que esta actitud pudiera causar a sus parientes venía disminuida y suavizada al contemplar cómo su Madre la aprobaba y veía natural, y así pudieron asimilar sin tanta resistencia la lección que Jesús quería inculcarles.

6. Las palabras de Jesús

Aparentemente son duras, incluso para su Madre. Era menester incluirla a Ella para que sus parientes no se ofendieran, y asimilaran de una vez la necesidad absoluta en que se hallan de creer en Jesús, escuchar su palabra y seguirla.

Jesús sabe que cuenta con su Madre y su colaboración. Y por eso, con extremada delicadeza en la corrección de sus parientes, envuelve aparentemente a su Madre en esa corrección para que ninguno pueda ofenderse. Ninguno de ellos podía pretender que lo atendiera con más consideración que a su Madre: su posible herida quedaba suavizada al ver la alegría de la Madre.

Respecto a María, Ella sabe que las palabras de Jesús no encierran reprensión alguna para Ella, sino aprobación de cuanto Ella, como Madre nuestra y suya, deseaba, asegurándole con ellas que todos sus deseos serán cumplidos.

Por lo que mira a su propia persona, sabe que es Madre de Jesús, que se hizo Madre de Jesús por su inefable conformidad con la voluntad del Padre, que la hace participar de su misma fecundidad divina. Sabe que Ella, por su perfecta asimilación a la voluntad del Padre, es con toda propiedad Madre física de Jesús, y fuente para todos de toda maternidad y parentesco espiritual que con su Hijo podrán tener las almas.

Al oír a Jesús: «El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos... ése es mi Madre» (Mt. 12,50), sabe que su Hijo está haciendo de Ella la mayor alabanza que hacerse pueda: la está diciendo que de tal modo ha hecho como nadie la voluntad del Padre, que no sólo ha merecido ser por ello Madre de Jesús singularísimamente, y de modo propio y físico, sino que ha merecido también ser la fuente de todo parentesco con Jesús para cuantos, aunque de lejos e imperfectamente, imiten y copien su entrega a Dios.

Si María es inconmensurablemente grande como Madre real y verdadera de Dios, en sentido totalmente propio, Jesús la dice con sus palabras que todavía es más grande porque de tal modo está de Dios enamorada, y de tal modo agrada a Dios ese enamoramiento, que Dios no pudo resistirse a hacerla Madre suya.

Todo esto lo ignoraban los oyentes, lo desconocían los mismos parientes. Pero qué bien lo sabía la Virgen María,

que leía en el Corazón de su Hijo la complacencia que sus palabras expresaban de tenerla por Madre, de verla como la enamorada de Dios, de mirarla como la Amada del Padre. Y porque infinitamente amada por su Padre, también infinitamente Amada por el Corazón del Hijo, que en Ella tiene puestas, igual que el Padre, todas sus complacencias.

Por eso precisamente sus palabras la certifican de que, por ser la Amada de Dios, se cumplirán todos sus deseos.

En efecto, hecha Madre nuestra, desea hacernos partícipes de todo lo suyo: que todo lo suyo, incluso su divina Maternidad, pase en lo posible a ser nuestro; y desea especialmente que, siendo nosotros hijos de Ella, Jesús nos reconozca como verdaderos hermanos, nos ame como a hermanos.

Y Jesús le da ahora la certeza de que así será: de que cuantos crean en El, y cumplan lo que El dice como Palabra del Padre, serán verdaderamente hermanos suyos, engendrados por la misma Virgen María; y con la ayuda de esa misma Virgen engendrarán a Jesús en sus corazones, convirtiéndose espiritualmente en su madre.

Esta comunicación entre el Corazón de Jesús y el de su Madre, tan maravillosamente clara para Ellos, y aun para nosotros al contemplar sus palabras en el contexto de todo el Evangelio, quedó entonces un misterio para los oyentes, y especialmente para los parientes, porque así convenía para que asimilaran la lección que Jesús y María querían darles: a saber, que no bastaba para salvarse el parentesco de sangre con Jesús, sino que era también necesario creer en El como «Dios nuestro Salvador» (Lc. 1,47).

7. El recibimiento de Jesús

El Evangelio, consignada la enseñanza de valor universal que Jesús quiso inculcar, silencia el recibimiento que Jesús hizo luego a su Madre y parientes, como silencia en general

las innumerables conversaciones particulares entre Madre e Hijo durante los treinta años de su vida privada.

Pero San Mateo nos sugiere con toda claridad que ese recibimiento tuvo lugar, y que fue totalmente amistoso y en privado, cuando continúa la narración diciendo: «Y *en ese mismo día*, saliendo Jesús de la casa, estaba sentado junto al mar. Y vino a El mucha gente, por lo que se subió a una barca y se sentó en ella» (Mt. 13,1.2).

Llegó, pues, un momento en que, despedida la muchedumbre, Jesús quedó prácticamente solo en la casa, hasta el punto de que pudo salir después hasta la playa, y sentarse allí durante un tiempo —«estaba sentado»—, hasta que la multitud volvió a congregarse para escucharle, y hubo de subir a la barca para hablarles desde ella.

Y es también evidente que la Virgen María, al serle referidas sus palabras que tan bien comprendía como respuesta a los deseos de su Corazón, permaneció esperando hasta que se disolvió la muchedumbre, y pudo llegar hasta su Hijo, y con Ella sus parientes, que no iban a dejarla sola volviéndose ellos a Nazaret. Conversaron, pues, todos con Jesús, que acabaría de instruirlos en la gran lección. Y seguramente también con El comieron.

Y la instrucción fue bien recibida, y sumamente eficaz, cual no podía ser menos, habiendo sido la Virgen quien los llevó y presentó a Jesús.

Los que fueron sin fe con la intención de apoderarse de El, volverán a Nazaret tras aprobar la actividad de Cristo, y con la fe ya encendida en sus corazones.

Este es el momento decisivo en el clan de Jesús, que alumbra el nacimiento de la fe en sus corazones, gracias a la acción de la Virgen que los ofrece a su Hijo.

Sabemos que ese clan acabaría siendo fiel a la fe, hasta constituir el grupo, sumamente venerado por los primeros cristianos, de los llamados «hermanos de Jesús».

Dada la hospitalidad oriental, es indudable comieron todos con Jesús, y que, tras la comida, saldrían junto con El

hasta la playa, para continuar sentados allí la conversación, hasta que al acudir de nuevo la multitud a oírle, hubo de dejarlos para subir a la barca.

E indudablemente, por deseo de la Virgen, permanecieron todavía en la orilla, escuchándole cada vez más subyugados la exposición de las parábolas (Mt. 13), volviéndose luego con María a Nazaret, y aclarándoles Ella en el camino lo mismo que en el lago aclaraba al mismo tiempo Jesús a sus apóstoles.

Todo el episodio nos muestra cuán fácil y eficazmente cambia Jesús las disposiciones de las almas que le son más adversas, cuando es su Madre quien se las presenta, tras haberlas Ella misma preparado con su trato y conversación.

8. Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que mamaste

María ya no necesitó en adelante proteger a Jesús de las maquinaciones del clan de sus parientes, y así no volverá a aparecer más en la vida pública de Jesús, hasta el momento de la Crucifixión, en la que su Hijo volverá, como nunca, a necesitarla.

Mas la lección dada a los parientes la repetirá Jesús una vez más para todos, estando ausente la Virgen, cuando una mujer, levantando su voz de entre la muchedumbre, le dice: «Dichoso el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste» (Lc. 11,27).

Jesús le respondió: «Mejor aún: dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 11,28).

Ciertamente tampoco aquí disminuye a su Madre. Sabe muy bien —y es el mismo Lucas quien lo narra—, que Ella «es la bendita entre todas las mujeres» (Lc. 1,28-42), y que «todas las generaciones la llamarán dichosa» (Lc. 1,48).

Lo que quiere, pues, es incitar a esa mujer a penetrar más en la hermosura de su Madre: que no se pare en la con-

sideración de su maternaidad material, sino que contemple la hermosura y santidad que movieron a Dios a hacerla Madre suya, y que moverán a Dios a complacerse en cuantos imiten su generosa entrega y docilidad al beneplácito divino.

9. Palabras de San Juan Crisóstomo

Bellamente comenta esta lección San Juan Crisóstomo diciendo:

«Cuando oyeres a esa mujer decir: dichoso el vientre que te llevó, y los pechos que tú mamaste; y después al Señor responder: Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen; no creas que con esa respuesta menospreciaba Jesús a su Madre, sino que de ninguna utilidad le hubiera sido llevar el nombre de Madre, si no fuera tan excelente en bondad y fe. Y si a María nada le hubiera aprovechado el amor natural materno sin la virtud, mucho menos nos aprovechará a nosotros la bondad del padre, de la madre, del hermano, del hijo, si nosotros nada propio aportamos. Pues, después de la divina gracia, nadie debe esperar su salvación de nada ajeno, sino de sus propias virtudes.

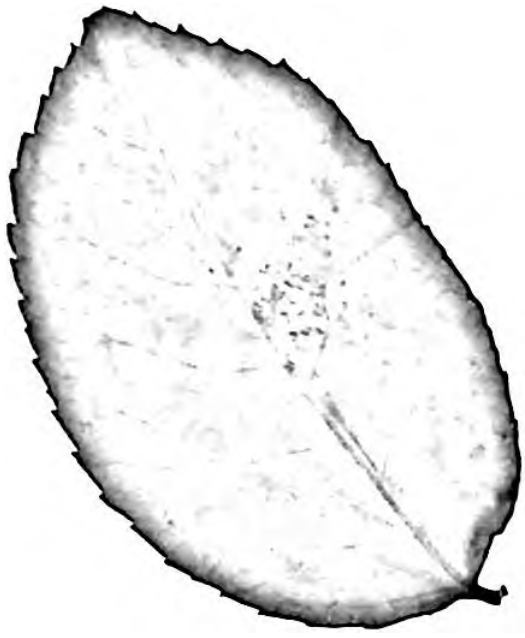
«Pues si esto (la bondad de Jesús) hubiera por sí mismo aprovechado a la Madre, también hubiese aprovechado a los judíos, cuyo consanguíneo era Cristo según la carne; hubiese aprovechado a la ciudad en que nació; hubiese aprovechado a sus hermanos o parientes. Mas en tanto sus hermanos o parientes sólo tuvieron preocupación de sus cosas terrenas, nada les aprovechó su parentesco, antes estaban condenados con el restante mundo al que aún pertenecían. Y sólo entonces comenzaron a ser de verdad admirables, cuando resplandecieron por su propia virtud. Mas en tanto su patria, no aprovechando nada de El, pereció, y fue consumida por el fuego; sus conciudadanos perecieron míseramente asesinados, y los que según la carne eran consanguíneos, faltándoles el patrocinio de la virtud, nada que a su salvación condujese

obtuvieron de esa consanguinidad. Mientras los Apóstoles se hicieron más que todos ilustres cuando por la obediencia buscaron la verdadera familiaridad y trato con El. Por donde entendemos que siempre necesitamos de la fe y de una vida que resplandezca en virtudes: pues sólo la fe y virtud nos podrán salvar» (San Juan Crisóstomo, in Joan. cap. 2, Homilia 20, *circa finem*: la Iglesia lo usó antes como lectura de Maitines en la Víspera de la fiesta de la Asunción).

Si la consanguinidad con Cristo bastara para salvarse, todos los hombres se salvarían, pues todos son consanguíneos suyos, en grado más o menos remoto.

No es la consaguinidad corpórea las que nos hace partícipes de la salvación, sino la consaguinidad espiritual: la que se basa en la filiación sobrenatural, por la que somos engendrados hijos de Dios, Padre de Jesucristo, por la gracia, y generados a la vida sobrenatural por la misma Madre de Jesús, a la que El quiere hacer de verdad Madre nuestra.

Que tanto amó Jesús a cuantos le reciben, que nos da por Padre propio a su mismo Padre, por Madre propia a su misma Madre.



Capítulo V

LA MADRE AL PIE DE LA CRUZ

1. Cristo quiere asociar a la Madre a su pasión

«Y junto a la cruz de Jesús estaba en pie su Madre» (Jo. 19,25).

Vimos cómo María salió de la penumbra en que se recluía en su humildad cuando Jesús la necesitó para deshacer las maquinaciones que contra El urdían sus parientes.

Menos podía faltarle la ayuda de su Madre cuando los enemigos de Jesús, como jauría de perros (Sal. 21,17) le acosan y se apoderan de El, clavándole en la Cruz.

No para deshacer ahora las maquinaciones de sus enemigos —pues no era tal el deseo del Padre, que a ellos quería entregarlo (Lc. 22,53)—, sino para acompañarlo y consolarlo en su dolor, sustituyendo con la suya la consolación del Padre Eterno, que no quiso en esa hora otorgársela a su Hijo (Mt. 27,46; Mc. 15,34).

Sabe que el Hijo, clavado en la cruz, es «Dios Salvador» que se inmola por la salvación de los hombres.

Cuando, en medio del anonadamiento a que se ha abrazado (Filip. 2,7) y los oprobios que le rodean, falla la fe de todos sus discípulos, permanece firme como roca la fe de la

Virgen al pie de la cruz, consolando al Corazón de su Divino Hijo en tanto abandono.

Sabe que el Padre ama tanto al mundo que quiere entregarle a su Hijo Unigénito para que el mundo se salve por El (Joan. 3,16). Pero que desea que Ella, como Madre que también tiene sus derechos sobre el Hijo, no sólo consienta en esta entrega, sino que activamente, junto con el Padre y a su voluntad unida, lo entregue y lo ofrezca en sacrificio.

Por eso, sintiéndose siempre la «esclava del Señor», está al pie de la cruz, no para defender a su Hijo como lo hubiera hecho hasta el presente, sino para ofrecerlo y darlo por la salvación del mundo.

Si Jesús no cuenta con Ella para inmolarse, obediente sólo al mandato del Padre (Jo. 10,18; Filip. 2,8), el Padre sí cuenta con Ella, pidiéndole su consentimiento para la pasión de su Hijo, como se lo pidiera otrora para la Encarnación.

Está así María en pie junto a la cruz para, según el deseo del Padre, entregar a su Hijo a la muerte y ofrecerlo, en cuanto a Ella tocaba, como víctima por la salvación del mundo; cual, conforme en todo al mismo deseo del Padre, lo entregara otrora al mundo como esperanza del mundo —«en El esperarán todos los pueblos» (Is. 11,10; Mt. 12,21; Rom. 15,12)—, al darle ser humano en su seno y darle a luz en Belén.

Sabe María que su Hijo, clavado en la cruz, sigue estando, como «Dios verdadero de Dios verdadero», en el seno del Padre: «Llega ya la hora en que me dejaréis solo: mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jo. 16,32). Es esa Divinidad, e identidad substancial con el Padre, lo que precisamente da valor infinito a la redención de Jesús: «Yo y el Padre somos uno, o una misma cosa y realidad» (Jo. 10,30), «consubstancial al Padre» (Símbolo Niceno-Constantinopolitano, Credo de la Misa).

Pero sabe también que el Padre, y por consiguiente también su Hijo con su voluntad divina, quiere que la Divini-

dad de Jesús permanezca ahora como escondida, sin que redunde su consolación y dicha a la naturaleza humana de Cristo.

El entendimiento humano de Este sigue gozando de la visión divina, de la visión beatífica que siempre tuvo, desde el primer momento de su existencia creada. Pero ningún gozo resultante de esa visión intuitiva se comunica o redunda en la razón discursiva de Jesús, ni en su voluntad humana como ejecutiva y actuante —en lo que se guía por la razón discursiva, no por la pura intuición de la visión beatífica—, y mucho menos en su imaginación y sensibilidad. Diríamos, cual expusimos más arriba, que si el alma-espíritu de Jesús contempla la divinidad en la cruz, el alma como alma —en cuanto relacionada al cuerpo, y en todo lo que a éste la relaciona—, se siente totalmente alejada de esa misma Divinidad, como por ella abandonada.

Siendo la creación la pecadora, conviene que la Persona divina de Jesús merezca ante el Padre nuestro perdón por obra de su naturaleza creada humana.

2. El corte o división de alma y espíritu obrado por Dios en el Hijo y en la Madre

De ahí el como corte que se establece en la Pasión de Cristo. Corte no total —«no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jo. 16,32)—, porque nunca se rompió ni debilitó la unión ontológica de la Humanidad de Cristo con su Divinidad en unidad de Persona, siempre en el seno del Padre (Jo. 1,18): si así no fuera, ningún valor redentivo tuvieran los dolores que Cristo en y con su Humanidad padeció.

En virtud de esa unidad, siempre, incluso en la cruz, tuvo el entendimiento humano de Cristo contemplación intuitiva de la Persona divina a la que pertenece, y por tanto también del Padre, en cuyo seno está esa Persona; y su voluntad hu-

mana gozó de la dicha sin mudanza que a esa contemplación intuitiva, igualmente fija y sin sucesión, acompaña.

El corte se hace a un nivel inferior de la naturaleza humana —en la división entre el alma y el espíritu (Hebr. 4,12).

Ese gozo fijo y sin mudanza o sucesión redundaba ordinariamente —más o menos, según el querer del mismo Cristo— en toda la actividad discursiva del mismo entendimiento humano de Jesús, en toda actividad sucesiva y variante de su voluntad humana, que tiene por objeto el mundo al que, por su naturaleza humana, Cristo pertenece y en el que ha querido como injertarse, y aun a su misma sensibilidad que tiene por objeto al mundo material.

Es esa redundancia, siempre existente, aunque variable en intensidad —no nos parece fuera la misma en el Tabor, o cuando por las noches se retiraba a orar, que en la actividad normal cotidiana—, la que, por imperio de su voluntad divina, común al Padre y al Espíritu Santo, y por tanto por voluntad del Padre —de quien la reciben y poseen, como su misma naturaleza divina, el Hijo y el Espíritu Santo—, se cortó totalmente en su pasión.

El resultado es que la naturaleza humana de Cristo, en cuanto mira a su actividad y pasividad en el mundo y con relación al mundo, en todo lo que es actividad o pasividad sucesiva y cambiante, como sucesivos y cambiantes son los objetos mundanos en que obra o que en ella influyen, se sintió, aunque ontológicamente unida como siempre a la Persona del Verbo, destituida en absoluto de su consuelo, y como experimentalmente privada de su presencia, alcanzando el sufrimiento máximo de que era capaz el Corazón humano de Cristo, tan enamorado de su Padre, y ahora privado de su consuelo, y aun de la manifestación de su presencia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34), es decir: ¿por qué no dejas que refluya en todo mi ser y naturaleza humana el torrente de dicha que lo embriagaba, derivado de tu presencia, al ser este ser y naturaleza ser y naturaleza de tu Hijo?

Así puede decirnos San Ignacio que la Divinidad de Cristo «como se esconde en su pasión», en cuanto no actúa ni se manifiesta en su contacto con la humanidad sino en el estrato más profundo de ésta, es decir, en la contemplación intuitiva de su entendimiento humano que ve al Padre, y en el gozo inmutable que en su voluntad humana produce esa contemplación.

Por lo que mira a su relación con la Divinidad, la unión permanece, y es manifiesta y consciente.

Por lo que mira a su relación con el mundo, con todo lo creado —incluidos los elementos de su ser humano racional discursivo y sensitivo—, la únión ontológica permanece, pero se oculta, no se manifiesta ni es experimental o consciente, para que Jesús pueda sufrir cuanto deseaba para mostrar su amor al Padre; para que pudiera beber hasta las heces el cáliz que nos había de redimir (Jo. 18, 11).

3. María asociada al dolor y al gozo de su Hijo en la pasión

María, unida en todo a la voluntad del Padre, sabe y quiere los dolores de su Hijo. Pero sabe también cuánto cuesta al Padre dejar a su Hijo sumergido en esos dolores sin consolarlo.

Para saberlo, le basta mirar a su propio Corazón de Madre.

Sabe también que si el Padre deja así sin consuelo a su Unigénito para mostrar al mundo con cuanta plenitud y amor se lo entrega para su salvación (Jo. 3,16), ansía que la misma creación a la que lo entrega lo consuele y como lo sustituya. Y que el oficio consolador de esa creación ha de ser asumido por Ella, flor, perfección y remate del universo creado, en esta hora de desolación.

Sabe que para eso le ha dado el Padre Corazón de Madre de su Hijo, para que la consolación que Ella le dé, en representación de la creación entera, compense en cierto modo

proporcionado el abandono en que el Padre ha de dejarle para la salvación del mundo, y para gloria y triunfo del mismo Cristo (Lc. 24,26; Filip. 3,8-10).

Por eso está María al pie de la Cruz como consoladora de su Hijo, y verdadera sustituta consciente del Padre Eterno.

El encargo que en su Concepción inmaculada recibiera de sustituir al Padre, amando a su Hijo en el mundo como el Padre eternamente lo ama en su seno (cf. LA AMADA, lib. III, 5), cumplido siempre por María, alcanza ahora su cenit, la cima máxima de sustitución.

Y lo consuela con su amor y entrega total; con su docilidad para recibir en nombre propio y de sus hijos los frutos de su redención, que no sólo no quedarán baldíos, sino que se recibirán todos plenamente, exhaustivamente, en la «llena de gracia», en la Madre Amada, de la que derivarán a raudales en todos sus hijos.

Lo consuela también, no quitándole sus dolores —que no lo quiere el Padre, ni tampoco la Persona divina de su Hijo—, sino acompañándole en ellos, sufriendo todos ellos con El, reflejándolos y como copiándolos en su Corazón como en tersísimo espejo.

Si Jesús sufre en la Cruz los dolores todos de todos los hombres de todos los tiempos —secuela todos del pecado original para cuya destrucción muere—, también con El los sufre la Virgen Madre como dolores que son de su Hijo.

No está así Jesús solo en su pasión, sino estrechamente unido a su Madre, asociado a su Madre en la magna obra, y con Ella y por Ella, asociado a toda la creación.

Convenía, en efecto, para la gloria divina y la reparación de la prevaricación de la creatura, que no sólo la creación reparara a Dios mediante la sumisión, sufrimientos, sacrificio y muerte obediente de Cristo en su naturaleza humana y creada, sino que toda la creación se incorporara y asociara activamente a esa reparación dada al Padre por Cristo mediante esa naturaleza humana.

Así lo quiere el Padre, y así lo quiere el mismo Jesús, que

sin esa asociación sentiría como incompleta su obra reparadora; que por eso nos dice San Pablo: «Yo cumplo en Mí *lo que falta* a la pasión de Cristo» (Col. 1,24). Y hasta tal punto es absoluta esa voluntad de asociación, que sólo los que se asocien serán salvos, participarán de la redención: «Seremos glorificados con El, mas sólo si con El compadecemos» (Rom. 8,17), «Dios, a los que predestinó, determinó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo» (Rom. 8,29).

Por eso dice Jesús: «Cuando Yo fuere elevado sobre la tierra —y esto decía indicando el género de muerte de que había de morir—, atraeré a Mí todas las cosas» (Jo. 12,32.33), asociándolas y como incorporándolas a su pasión redentora.

La Virgen sabe que Dios ha puesto en Ella toda la perfección y el amor que la creación entera es susceptible de recibir; que Ella es como el compendio y personificación de la creación. Por eso, al estar Ella al pie de la cruz, maravillosa e inconmensurablemente asociada a la pasión de su Hijo, Jesús siente de verdad asociada a su pasión la creación entera, y el Padre se siente propiciado por el sacrificio de la creación entera, unida en y por María a la pasión de su Hijo.

Y también Ella, con su fidelidad, garantiza que ninguno de los frutos de la pasión de Cristo se perderá: todo lo merecido por Cristo es recibido por María, personificación y síntesis de toda la creación.

Por eso María está al pie de la Cruz, ofreciéndose en sacrificio y muerte con su Hijo —«una espada atravesará tu alma» (Lc. 2,35)—, sufriendo gozosa todos sus dolores, sus mismos dolores y angustias, que en Ella se reflejan como eco perfecto de cuanto pasa en el Corazón de su Jesús.

Dolor y gozo de que nos habla el Papa Pío X: «Estaba en pie, junto a la cruz, María, su Madre, no solamente absorta en el cruel espectáculo, sino *del todo alegrándose* de que su Unigénito se ofreciese por la redención del género humano, y, al mismo tiempo, padeciendo tanto con El que, si hubiese sido posible, todos los tormentos que el Hijo pa-

deció, con mayor gusto Ella misma los hubiera soportado» (*Ad illum diem*, 2 febrero 1904).

Como en su mismo Jesús, gozo en el espíritu, dolor en el alma, separada del espíritu y como de él escindida por la espada de dos filos de la voluntad divina (Hebr. 4,12): «una espada atravesará tu misma alma» (Lc. 2,35).

La intensidad de ese dolor y gozo sólo podrá saberla quien conozca la intensidad del amor de la Virgen Madre, es decir, sólo su mismo Hijo, que con Ella quiso sufrir esos dolores, compartir ese gozo. Pues igual que de Este dice Fray Luis de Granada que sufrió todo cuanto quiso, igual la Virgen María padeció cuanto quiso.

La medida de ese su querer viene dada —como en el mismo Cristo—, por la medida sin medida de su amor, que sólo Dios conoce y sondea, pues en Ella está cuanto pueda caer bajo definición de amor creado o participado, tal como en otro lugar dijimos al hablar de su gracia (cf. LA AMADA, lib. II).

4. María asocia a todos sus hijos a ese dolor y gozo

Hasta aquí los dolores de María con su Hijo, y porque son de su Hijo: el sacrificio de María asociado al de Cristo, constituyendo ambos en realidad un mismo sacrificio, padecido y ofrecido por dos Corazones que siempre latieron al unísono, amaron al unísono con un mismo amor, como dos cuerdas que dan el mismo sonido.

Pero convenía dejar bien explícito que María, en su pasión, nos representaba a todos nosotros, asociándonos consigo a la pasión y muerte de Cristo, dignificando con los suyos, y dando valor, a todos nuestros dolores.

Por eso Jesús dice, señalando al «discípulo» —y con él a cuantos habían de ser discípulos suyos—: «He aquí a tu hijo». Y luego al Discípulo —y con él a cuantos habían de serlo en el futuro—: «He ahí a tu Madre» (Jo. 19,26.27).

Desde ese momento, ya no sólo sufre María los dolores todos de todos los hombres de todos los tiempos por ser dolores de su Hijo Jesús —«Cordero de Dios, que carga sobre sí los pecados del mundo» (Jo. 1,29)—, sino también por ser dolores nuestros, pecados nuestros: dolores y pecados de todos sus hijos.

No aumenta esto ni la extensión ni la intensidad de su dolor y pasión. Pero los reviste de un matiz nuevo, de una grandeza como cósmica nueva, de una agudeza nueva, y sobre todo de un anonadamiento nuevo, pues no puede menos de sentir *como propios* los pecados y miserias de sus hijos.

Anonadamiento que la asimila ya en todo al anonadamiento de su Hijo, que poco después exclamará: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34). También Ella se siente abandonada, con el mismo abandono de su Hijo, cargada como El y con El con los pecados del mundo, que, unida a El y a nosotros, siente como propios, por ser de sus hijos.

Mas, sobre todo, queda María, la Madre de Dios, convertida en lazo de unión entre nuestra pasión y la de Cristo.

Todos nuestros dolores, por ser dolores de su Madre como Madre *nuestra*, los acepta Jesús, incorporándolos a los suyos, haciéndolos así verdaderamente redentivos y transformadores para gloria, y ofreciéndolos al Padre como de El, pues no puede dejar de hacer suyo lo que es de su Madre.

Todos hemos de padecer con Cristo si hemos de llegar a participar de su gloria (Rom. 8,17), pues Dios, a quienes predestinó a salvación «determinó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo» (Rom. 8,29).

Pero esta nuestra pasión *con* Cristo sólo la logramos por medio de la Virgen María, quien, como Madre *nuestra*, hace suyos todos nuestros dolores, ofreciéndolos a su Hijo para que también los haga suyos, y como suyos meritorios.

Para todo eso, para completar y hacer perfecta la pasión de Cristo, «está María en pie, junto a la Cruz», y Ella lo sabe.

Y porque todos sus hijos han de padecer con Cristo para

salvarse, pero no todos han de llegar a morir por Cristo —aunque sí con Cristo: «dichosos los muertos que mueren en el Señor» (Apoc. 14,13)—, por eso María, aunque sufriendo más que todos los mártires y elegidos juntos, sufre sólo muerte en su alma y no en su cuerpo.

Para que no vacilemos en asociarnos a Ella, no sólo en el martirio, sino también en los pequeños dolores y angustias cotidianas, en los dolores e inquietudes del alma, que debemos dejar confiados en sus manos.

5. Ultima mención de la Madre: María en Pentecostés

«Todos éstos —los apóstoles— perseveraban unidos en la oración, junto con mujeres, y con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de Este» (Act. 1,14).

Es la última vez que el Nuevo Testamento nos habla de la Virgen María. Es como el complemento y ejecución de las palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu Madre.»

Acercándose el nacimiento de la Iglesia con la venida del Espíritu Santo, ahí está María como Madre que la ha de engendrar —Madre de la Iglesia—; como Esposa del Espíritu Santo, que se lo ha de comunicar como principio de vida divina; como dispensadora de todas las gracias sobre las que, según nos decía San Bernardino de Sena, se le ha dado jurisdición y poder.

Con Ella están también «los hermanos de Jesús», el clan de los parientes —nunca se les llama hijos de María—, sobre quienes bajará también el Espíritu Santo, pasando a ser de los primeros miembros de la Iglesia naciente.

Así quiso San Lucas mostrarnos la eficacia de la acción de María, declarándonos su dichoso término, tras habernos descrito sus comienzos (Lc. 8,19-21; véase más arriba, cap. IV.)

María va al Cenáculo con los Apóstoles y discípulos —unos ciento veinte en total (Act. 1,15)—, plenamente consciente de su misión de Madre nuestra, sabiéndose a la vez Madre

de Dios y Esposa del Espíritu Santo, que sobre todos sus hijos va pronto a descender.

No se prepara Ella para recibir el Espíritu Santo enviado por el Padre y el Hijo. Ella ya lo ha recibido con plenitud tal (Lc. 1,35) que ninguna nueva recepción podrá aumentarla.

Si la recepción ha de medirse por la eficacia de su acción en el alma, nada puede añadirse a la eficacia con que el Espíritu Santo la hizo Madre de Dios; como nada hay o puede haber mayor que el Jesús que la Virgen engendra; ni hay más virtud y perfección en Jesús y todas las creaturas juntos que en Jesús solo, sino sólo multiplicación más varia de los reflejos de una misma perfección.

Se reúne así María con los Apóstoles, y ora con ellos. Pero Ella llena ya del Espíritu Santo, que ellos, secundados por María, se preparan a recibir.

6. La Madre prepara e impetra a todos sus hijos el don del Espíritu Santo

Es así Ella quien los prepara, quien con su oración les merece y apresura su venida.

Es Ella —la administradora de todas las gracias del Espíritu Santo, sobre las que se la ha dado jurisdición, y por consiguiente la dadora de ese mismo Espíritu, Esposo suyo, a las almas—, quien cuando los ve ya preparados para que fructuosamente lo reciban, les da ese mismo Espíritu de parte del Padre y del Hijo, de quienes Ella misma lo recibiera, y según cuyo deseo ahora lo comunica.

Y siendo ese Espíritu Santo la Vida sobrenatural del alma en la que habita, es María, al dárnoslo, dadora de esa vida, como la Madre es dadora y transmisora de la vida natural de sus hijos.

Y esto es lo que sin duda quiso indicarnos San Lucas, al decirnos que estaba con los apóstoles, perseverando con ellos en la oración, en espera de la venida del Espíritu San-

to, que el mismo San Lucas cuidara de advertirnos que ya había descendido sobre Ella con toda plenitud, cuando la hizo Madre de Dios (Lc. 1,35): Que María es Madre de la Iglesia; que por Ella comunica Dios el Espíritu Santo a cuantos lo reciben, para vivir, por su inhabitación, la vida sobrenatural y divina.

Comienza así María a palpar los frutos de su pasión con Cristo, a gustar los goces de su Maternidad actual en orden a nosotros.

Y sabe que si los mismos Apóstoles, a quienes Jesús enseñara, quiere su Hijo que de Ella como de Madre verdadera reciban la vida divina, igualmente querrá la reciban de Ella cuantos por la predicación apostólica han de creer hasta el fin de los tiempos.

Y a todos y a cada uno de ellos prodigará María el mismo amor, el mismo cuidado y desvelo, la misma protección, que prodigara a Jesús en la cuna (Pío XII), que prodigara a Jesús en Nazaret.

Los treinta años de contacto con su Hijo en su vida oculta fueron así como un aprendizaje práctico de María para que sepa en todo momento cómo amarnos, cuidarnos, mimarnos, protegernos.

En adelante, toda la acción de María será oculta, como la del mismo Espíritu Santo, su Esposo; pero no menos real que la de El.

Como Madre de Dios, ansía estar con El, ver y contemplar su rostro. Como Madre nuestra, permanecer con nosotros, unida a todas las miserias de sus hijos (cf. Filip. 1,23).

La oposición trágica de esa doble tendencia se resuelve en armonía, cuando de tal modo crece el número de los hijos por Ella engendrados que, por más que se dilate su corazón, acaba por serle imposible estar con todos, sentir con todos, sentir las miserias de todos, compadecer con todos y cada uno en total detalle. Es entonces cuando su misma misión de Madre nuestra la hace ya sólo desear el cielo, y la mueve a ir a él, para en la visión divina, y viviendo experimental-

mente de la misma vida infinita de Dios, ser en El capaz de llegar hasta las últimas reconditeces de cada uno de sus hijos, sin que se agote su capacidad, por mucho que esos hijos se multipliquen.

Mientras su Maternidad terrena pudo llegar a todos sus hijos, no quiso privarnos de su presencia sensible, aunque con ello no gozara la visión de Dios.

Cuando su Maternidad terrena se vio ya incapaz de dilatarse lo suficiente para estar presente a todos sus hijos, y con todos sentir, se fue a los cielos, para empezar su Maternidad celeste, que no conoce limitación de espacio ni de tiempo.

Porque se siente Madre de todos, y quiere ser Madre de todos, por eso quiso dejarnos: ser la Madre Celeste.

LIBRO II

AMOR DE MADRE

Capítulo primero

EL AMOR DE LA MADRE

1. Por qué nos ceñimos al amor

Pasamos ahora a describir la actividad de María como Madre de Dios y Madre nuestra.

La reducimos toda a su actividad de amor. Porque nada desea Dios de la creatura, sino el amor; y nada puede la creatura darle en realidad, sino es su correspondencia de amor.

Y esto vale también, y aún más, de la Virgen María, de la Madre de Dios.

Es verdad que, hecho Dios hombre, y encarnado el Verbo, puede Dios verdaderamente *recibir en su Humanidad* servicios nuestros, beneficios nuestros: podemos *hacerle bienes* en su Humanidad, cosa del todo imposible en su Divinidad, por ser bien y dicha infinitos, incapaces de aumento.

Y esos servicios se los presta sobremanera la Virgen María, colmándolo de atenciones, cuidados y beneficios, no menos, sino mucho más que cualquier madre al hijo que ha engendrado. Y bajo ese aspecto bien podríamos describir y contemplar la acción materna de María con relación a su Divino Hijo, así como el agradecimiento que por tanto obsequio, servicio y beneficio, su Hijo le tiene.

Mas no lo haremos sino indirectamente, es decir, en cuanto esos servicios van informados por el amor, derivan del amor de la Madre de Dios, procurando en todo contemplar los matices variadísimos de la riqueza inagotable de su amor materno virginal.

El motivo de así ceñirnos al amor es doble.

Primero, porque la Persona divina del Verbo, que en su humanidad recibe los servicios y cuidados de María, *no cambia* por hacerse hombre. Si antes de encarnarse *sólo el amor* le agradaba, sólo en él se complacía, lo mismo sucede tras encarnarse: sólo el amor le complace.

No es que no quiera el servicio de su Madre. Lo quiere. Pero sólo le agrada ese servicio en cuanto procede del amor y manifiesta el amor.

El mismo Jesús cumple *por amor* el mandato de su Padre, entregándose a la muerte para manifestar al mundo ese amor: «Mas, para que conozca el mundo que amo al Padre, hago según el mandato que el Padre me dio. Levantaos, salgamos de aquí (para entregarme a la muerte)» (Jo. 14,31; conf. 10,18).

Segundo, porque aunque Cristo *quiso necesitar* de su Madre —e incluso de nosotros— en su humanidad, lo quiso, no por necesidad, sino por amor. Quiso, porque nos ama, que nosotros pudiéramos desahogar en El nuestro amor del modo que a nosotros conviene, con manifestación externa y sensible, y con la satisfacción que todo amante ansía, de *poder* en verdad hacer bien al Amado, hacerle feliz. Con ello nos hace a nosotros más dichosos, pues «mayor dicha es dar que recibir» (Act. 20,35).

Mas siendo Persona divina, tenía poder para cuidar de su Humanidad sin ayuda de nadie, ni aún de su Madre. Si quiso renunciar a usar de ese poder —renuncia que hizo con perfección inigualable—, y así *necesitar* verdaderamente de su Madre, a cuyo cuidado en todo y enteramente se remite, es porque la amaba y deseaba satisfacer el amor de Ella.

Es así evidente que lo que verdaderamente en Ella le

agrada no es formalmente el servicio externo, sino el amor que lo informa y del que procede; y del que en tal modo se fía su Persona divina que del todo se le confía en su humanidad, dejándose totalmente en sus manos, entregado a su cuidado y protección.

Y aún podríamos añadir, como justificación de este nuestro ceñirnos al amor de María, que gran parte de los cuidados que Ella prodigó a su Hijo, o no son imitables por nosotros, o lo son sólo de un modo muy analógico y remoto. Mas el amor que informa esos cuidados lo podemos y debemos imitar siempre, y como copiar, aplicándolo a los servicios que a cada uno de nosotros Jesús pide. Y así, contemplando el amor de la Virgen, veremos siempre como en un espejo el amor que nosotros debemos tener a Cristo.

Por eso, sin duda, al formularnos Jesús el primer mandamiento, no menciona el servicio, —aunque ciertamente lo incluya el mismo amor auténtico—, sino sólo el amor: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser, con todas tus fuerzas» (Mt. 22,37; Mc. 12,20; Lc. 10,27; Dt. 6,5).

2. Intensidad y cima suma del amor de María en su Maternidad divina

Vimos en LA AMADA (Lib. II, cps. 6 y 7) cómo María para llegar a ser Madre de Dios, hubo de ser elevada «al solio mismo —confín o límite— de la Divinidad» (San Gregorio), alcanzando así cuanta gracia pueda ser comunicada a la creación, cuanto amor natural y sobrenatural pueda darse en lo creado.

De ahí que su gracia y su amor, ambos «como infinitos —*quasi* infinitos»—, cual repetidamente nos dicen los Papas, no pudieron crecer en adelante. En el momento en que su plenitud de gracia y su acto de amor la llevan a constituirse en Madre de Dios han alcanzando la cima ab-

solutamente insuperable, incluso para la omnipotencia divina por lo que mira a su acción y donación a la creatura.

En efecto, es absolutamente imposible a la creatura tener un término de fecundidad que sobrepase o sea superior al Verbo encarnado.

Todo amor es fecundo; toda gracia operante. Si el amor de la Virgen pudiera hacerse mayor tras su Maternidad divina hubiera, en su fecundidad, alcanzado un término más alto que la generación del Verbo encarnado, lo cual es absolutamente imposible.

Y lo mismo se diga de la gracia: si hubiera crecido hubiera tenido un término de su actividad superior a la misma Maternidad divina.

Todo amor concebible, toda gracia absolutamente posible, son así alcanzados por María en su Maternidad divina.

3. Manifestaciones variadísimas y efectos inagotables del amor de la Madre

Pero esa cima absolutamente posible de riqueza de amor alcanzada por María en su maternidad, se irá desplegando en efectos siempre nuevos, en manifestaciones variadísimamente fecundas, en aplicaciones más y más sorprendentes a las situaciones prácticas, guiada y orientada en todo por el Espíritu Santo, por quien con docilidad absoluta, y *siempre la misma*, se deja conducir y guiar.

Es en este sentido, sólo en este sentido, en el que puede decirse que el amor de la Virgen —y lo mismo vale de su gracia— crece tras su Maternidad: no en la intensidad, perfección y totalidad de ese amor, ya por siempre el mismo e inmutable, sino en la manifestación siempre creciente de su riqueza y eficacia inagotables, en la extensión de aplicación a nuevos objetos de su actividad, en la diversificación de matices de su actuación, en la multiplicación de los frutos que la fecundidad de ese amor hace germinar por doquier,

según los designios del Espíritu Santo, que lo orienta, guía y aplica.

Crece así en el mismo sentido en que se afirma el crecimiento de la gracia de Jesús (Lc. 2,52), también *en sí misma* incapaz de todo aumento desde el primer instante de la encarnación del Verbo.

O, si se prefiere, crece como crece la acción creadora, conservadora y santificadora de Dios, eternamente inmutable en sí misma —Dios no se muda—, pero continuamente mudándolo todo, transformándolo todo, en una carrera prodigiosa de multiplicación de efectos que en toda la eternidad no tendrá fin. Efectos que no aumentan ni cambian la acción divina, sino que tan sólo van manifestando más y más su riqueza o fecundidad infinita, inagotable.

Es María fuente de amor y gracia: «Fuente de los jardines (de todo el universo, natural y sobrenatural), pozo de aguas vivas (que nunca interrumpen su fluir, derivando de la altura inaccesible de la divinidad con la que está en contacto)» (Cant. Cant. 4,15).

Esa Fuente alcanza su plenitud absoluta cuando de sus entrañas fluye el mismo Verbo, cuando en sus entrañas Dios se hace hombre, Dios se hace su Hijo y mana de Ella, para de Ella fluir, y por Ella comunicarse al mundo.

«El que cree en Mí, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas» (Jo. 7,38).

De María, Madre de Dios, no fluyen *ríos*: De ella fluye «el Río» de la Divinidad, de cuyas aguas toman y derivan las suyas todos los demás *ríos* en plural.

Una vez que *el Río* de la Divinidad, el río infinito del Verbo encarnado, está fluyendo de Ella al ser Madre de Dios, es evidente que ningún aumento podrá ya experimentar el caudal infinito que de Ella fluye. Ni su amor ni su gracia podrán crecer jamás: su caudal es en adelante inmutable, absolutamente sumo e insuperable.

Mas ese *Río* no sólo mana *en* la fuente. Fluye también,

siempre el mismo, *de* esa fuente para darse al mundo comunicándole vida divina.

Y la misma es el agua de ese Río que mana en María, que la de ese Río en cuanto fluye de Ella para vivificar al mundo: no hay en el Río otra agua que la que en la fuente mana, al hacerlo brotar María como Madre de Dios.

Ni el Río al fluir de esa fuente para darse al mundo en realidad se separa de la fuente que lo origina. María, como socia y compañera de su Hijo, lo acompaña con su amor y actividad en todos sus andares, se une a la producción de todos sus frutos de vida: Ella, la compañera inseparable, la aliada fiel del Corazón de su Divino Hijo.

Y así como el río, al aplicar la fecundidad de sus aguas a tierras nuevas y parajes distintos, va produciendo frutos variadísimos, transformaciones diferentes de yermos antes sin él estériles, sin que por eso su agua sea distinta o diferente, así el amor de María, acompañando a su Hijo en la obra santificadora, tiene manifestaciones tan varias que fácilmente las juzgaríamos fruto de un amor, de un agua diferente, aunque bien sepamos que es la misma.

Y es el Espíritu Santo quien guía, orienta y aplica en el mundo el Río infinito del Amor divino que es el Verbo encarnado (cf. Mt. 4,1 —«Fue Jesús llevado al desierto por el Espíritu»—, e Isaías, 11,2 —«y reposará sobre El el Espíritu del Señor»—; Jo. 7,39: es el Espíritu Santo quien hace fluir los ríos de aguas vivas en la entrañas de quienes creen en Jesús).

Y es el mismo Espíritu Santo quien asocia el amor casi infinito de María a la actuación del Verbo, y lo aplica a los terrenos que le place, para producir frutos de vida siempre varios.

Es esa manifestación varia, y como expansión continua del amor de María, que aquí queremos contemplar: contemplarlo, más que en sus frutos —esto será objeto del Libro siguiente—, en su relación con su Divino Hijo: su amor como

Madre de Dios, su relación con el Verbo encarnado, su total polarización a El en cada momento.

Manifestaciones variadísimas e inagotables, como variadísima e inagotable —por ser infinita— es la acción del Verbo encarnado a la que en todo se asocia.

No pudiendo recorrerlas todas, nos ceñiremos a algunas especialmente típicas y dominantes, seleccionando aun entre éstas aquellas que más puedan servirnos de modelo en nuestras relaciones con el Corazón de Jesús.

María, la Amante del Corazón de su Hijo, es en efecto el modelo egregio que hemos de copiar, la Maestra maravillosa que nos ha de introducir en la práctica auténtica de nuestra correspondencia de amor a su Divino Hijo, a la vez que la Suplente de nuestras deficiencias.

4. En cada manifestación y en cada efecto está todo su amor de Madre de Dios y Madre nuestra

Mas en cada una de esas manifestaciones del amor de María a su Divino Hijo, que vamos a contemplar, debe tenerse siempre bien en cuenta que se halla presente todo el amor de María, con toda su intensidad y perfección suma, pues María amó siempre y en cada instante a Dios «con todas sus fuerzas, con todo su corazón, con toda su mente, con todo su ser». Nada escatima nunca de su radical e insondable capacidad de amar en su consagración al Amado.

En cada manifestación o aspecto de su amor, está *todo su amor,* tal cual mana de la fuente: amor virginal cual lo describimos en MADRE VIRGEN; amor de Madre de Dios; amor de Madre nuestra. Siempre ama como Madre de Dios y Madre nuestra, con amor incomprensiblemente íntegro y virginal, sin la más leve o fugitiva sombra de egoísmo.

Por lo mismo, cada nueva faceta de su amor siempre incluye a las otras: la diferencia está sólo en la acentuación peculiar de un matiz, no en la exclusión de algunos de ellos.

Capítulo II

AMOR DE CONTEMPLACION EXTATICA GOZOSA

1. Inhabitación activa del Verbo en quien le ama

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (Jo. 14,23).

«El que me ama a Mi, será amado por mi Padre; y Yo le amaré, y me manifestaré a Mí mismo a él» (Jo. 14,21).

El amor a Dios le atrae al alma, que se convierte en su morada.

La inhabitación de Dios en nosotros no es ociosa, sino activa, traduciéndose en manifestación de Sí mismo a aquél en quien mora.

Y esa manifestación engendra en el alma la contemplación maravillada y extasiada de la hermosura divina, que la llena de dicha, absorbiendo todas sus potencias cognoscitivas y apetitivas, con lo que se lleva a cabo la *consagración interna* de todo nuestro ser al Amor.

La consagración *externa* de toda actividad exterior vendrá después como simple fruto de esa consagración interior, de la que brotará espontáneo el servicio al Amado.

Mas hay una diferencia radical, preñada de consecuencias, entre la inhabitación del Verbo encarnado —y su consiguien-

te manifestación— en el alma que le ama, y la que tiene en la Virgen María por su maternidad virginal, aunque ambas inhabitaciones procedan en realidad *del amor* con que el Verbo se siente amado.

Si yo amare a Dios, ciertamente Dios Uno y Trino vendrá a mí, y morará en mí como en su mansión, es decir, de modo permanente. Y en mí actuarán, transformándome, informándome y divinizándome, las Tres Divinas Personas. Y especialmente actuará en mí el Verbo encarnado —la segunda Persona, por la que Dios se da y comunica a lo creado—, que se manifestará a Sí mismo (Jo. 14,21), y con El al Padre y al Espíritu Santo, con quienes tiene idéntico ser y perfección.

Se manifestará, *no desde fuera,* sino *desde dentro,* constituyéndose en vida mía y principio de todas mis acciones, que así a la vez que mías serán divinas, y las sentiré como divinas por ser de El: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jo. 6,58). No sólo se nos manifiesta así Jesús en nuestro interior, donde mora, *sino desde nuestro interior.*

Esto nos muestra en algún modo cómo mora en el alma que le ama.

No es cual presencia local del inquilino en la casa, de Dios en su templo, en que se mantiene distinción perfecta y adecuada entre el inquilino y la casa, entre el templo y Dios: la casa permanece simplemente casa con inquilino o sin él; el templo, templo, con Dios o sin El.

La presencia y actuación es aquí mucho más íntima: en modo misterioso e inefable, la casa se convierte en el inquilino que la habita, el templo en Dios que mora en él.

Tal sucedería si al entrar el inquilino en la casa, ésta se *animara* en todas sus partes con la misma vida del inquilino, viviendo de su vida, y haciendo vitalmente con él sus mismas acciones; si al entrar Dios en su templo no sólo lo revistiera de gloria y esplendor, sino que lo animara con su misma vida divina, haciéndolo capaz de hacer con El sus

mismas acciones. Mientras tal animación se diere sería imposible distinguir adecuadamente, o estrictamente separar o delimitar, ni aun mentalmente, la casa y el inquilino, Dios y su templo.

Y tal sucede precisamente con esa inhabitación divina en el hombre que ama. Es animado por la vida divina, *vive por la vida de Jesús*, que es la Vida misma de Dios, la Vida trinitaria. Y todas sus obras proceden de esa Vida, sin que haya modo de separar, ni aun adecuadamente distinguir en mí o en mis obras lo que *es mío* y lo que *es de Jesús*. Pues nada hay mío solo, ni nada de Jesús solo: todo es de los dos, aunque bajo matiz y aspecto diferente.

La inhabitación divina no es así mera presencia, sino verdadera animación divina, información divina, transformación divina, divinización. Penetra así vital y totalmente todo el ser creado en el que habita, convirtiéndolo en «nueva creatura» (2 Cor. 5,17; Efes. 4,24).

Esto cuando el amor *es perfecto*, y así *nada sustrae* nuestra libertad a la acción divina vitalizadora. Cuando algo sustraemos por nuestra libre resistencia, ese algo queda sin vida divina, acusando nuestra mísera condición de creatura, como el miembro no activamente vitalizado testifica la inoperancia del cuerpo sin el alma, aunque todavía esté unido a un cuerpo vivo.

2. Transformación y deificación que causa

Esta inhabitación transformante, divinizante de la morada que elige, se nos hace del todo inefable, inexplicable, por carecer de términos creados que debidamente la ilustren.

Un diamante sin luz es simple carbón negro cristalizado. En un diamante iluminado por la luz, todos sus reverberos y reflejos son a la vez e inseparablemente, reverberos del diamante y reflejos de la luz. Y si la luz se pusiera *dentro* del diamante ya no habría medio de distinguir el diamante

de la luz, aunque ontológicamente siga habiendo dos realidades bien distintas: el diamante y la luz.

Así Dios está presente en el alma, penetrándola toda, y por ella actuando y manifestándose. Mas el diamante es puramente pasivo a la acción de la luz. El alma es *también* activa con la acción divina.

Por eso, aunque el símbolo de la Luz haya sido escogido en casi todos los pueblos para derivar de él el nombre de Dios (el mismo nombre «Dios» significa «luminoso»: como la luz, real, impalpable e invisible en sí; saca a la luz del ser y hace visibles todas las cosas, como la luz educe de ellas toda la potencialidad de sus colores y las hace *aparecer* a nuestros ojos), quizá nos ilustre mejor esa transformación divina el símbolo de la Vida, a cuyo uso nos induce el mismo Jesús cuando nos dice: «Yo soy la Vida» (Jo. 14,6), y también: «Así como Yo vivo por el Padre, así quien me come a Mí vivirá por Mí» (Jo. 6,58).

Principio y fuente de nuestra vida natural es el alma. El cuerpo sin el alma es cadáver, materia inorgánica sujeta a desintegración, incapaz de todo acto vital.

El alma lo hace *cuerpo vivo*. Y en el cuerpo vivo ninguna parte puede señalarse en él que sea cuerpo y no vida, o vida y no cuerpo. Y todas sus acciones vitales son a la vez indisolublemente acciones del cuerpo y acciones del alma: ni el alma ve sin los ojos, ni los ojos sin el alma; ni el alma siente si no es en y con el cuerpo, ni el cuerpo privado del alma y de la vida puede tener por sí solo sensación alguna.

Tal es la simbiosis de Jesús con el hombre en quien mora, y del hombre con Jesús por el que vive.

Jesús es como semilla —«la semilla es la Palabra de Dios» (Lc. 8,11)— sembrada en la tierra de nuestro ser. Cuando la semilla empieza a manifestarse, empieza a actuar, va absorbiendo y vivificando la tierra en que se ha sembrado, que pasa a incorporarse a la semilla en desarrollo participando de su vida. Así Jesús, sembrado en nosotros por la

Virgen María nos va absorbiendo e incorporando a Sí, produciendo en y con nosotros sus frutos divinos.

El alma siente esta transformación, se maravilla de ella y goza en ella. Se siente como la Mujer del Apocalipsis (Apoc. 12,1), vestida de sol, con Jesús, luz del mundo, en su interior, que en ella irradia luz, íntimamente la transforma en luz, se comunica en y a través de todo su ser como luz del mundo.

3. Características únicas de la inhabitación del Verbo en el seno de María

Pero por maravilloso que sea el estado transformante que opera en nosotros la inhabitación de Jesús, difiere radicalmente de la inhabitación del Verbo en la Virgen María por su maternidad.

Nuestra única cooperación activa es dar el «Sí» a la iluminación de Jesús, a la vitalización de Jesús, a la absorción e incorporación en Jesús. Puesto ese «sí», Dios se da, y nos transforma; nosotros nada damos a Dios.

Por nuestro «sí» le hacemos —mejor: le dejamos o permitimos— ser *en nosotros;* pero no le damos ningún nuevo ser en nosotros —divino o humano—, que no tuviera ya. Nos dejamos penetrar de El como el hierro del fuego, adquiriendo en su unión las calidades, brillo, eficacia y actividad del fuego; pero no cambiamos ni damos nada al ser de Aquél que así nos penetra, y por el que nos dejamos penetrar.

En cambio, la Virgen María, por el amor que la hace «Madre de Dios», no sólo hace que el Verbo —y con El el Padre y el Espíritu Santo—, inhabiten en Ella como en su morada y la transformen, sino que verdaderamente *da un nuevo ser* al Verbo, un nuevo ser a Dios.

Un ser que, aunque dado por María, de tal modo pasa a ser propiamente ser de Dios, que ya Dios nunca dejará de tenerlo y poseerlo.

Esto confiere a la unión de María con el Verbo características únicas, de las cuales sólo podemos enumerar algunas.

1. Nuestra unión con el Verbo por inhabitación de amor es, por lo que toca a la presente vida, disoluble. Si retraemos el amor que le hemos dado —cosa siempre posible mientras vivimos—, Jesús, libremente rechazado por nosotros, deja de inhabitar en nuestra alma. Por eso insistente nos recomienda: «Permaneced en mi amor» (Jo. 15,9.10).

La unión del Verbo con María es absoluta y ontológicamente indisoluble. Recibiendo en Ella y de Ella el Verbo un nuevo ser que ya nunca abandonará, ni dejará de ser suyo, queda ontológicamente unido a la Virgen María por ese ser que de Ella recibe; y no puede separarse de Ella, de quien ese ser recibe, como no puede separarse de la humanidad que de Ella ha tomado.

Así como el Verbo no puede separarse del Padre, de quien recibe por generación su ser divino, así, analógica y proporcionalmente, no puede separarse de la Madre, de quien recibe por generación su ser humano.

Sólo perdiendo su ser divino se separaría el Verbo del Padre. Sólo perdiendo su ser humano se separaría de la Madre. Lo primero es metafísicamente imposible. Lo segundo es igualmente imposible por voluntad absoluta del Verbo, que nunca dejará lo que asumió.

La unión indisoluble de María y el Verbo sólo puede así ilustrarse con otra unión todavía más misteriosa, testificada por la fe: la unión del Verbo con su Padre.

2. Toda comunicación de Dios a las creaturas se hace por medio del Verbo, «por quien todas las cosas fueron hechas» (Jo. 1,3), «por Quien (Dios) hizo los siglos» (Hebr. 1,2).

Por lo que mira a la Humanidad caída, es de fe que toda comunicación divina de orden sobrenatural, toda dación de gracia y de vida eterna, se hace por medio del Verbo *encarnado*, hecho hombre, y como tal Salvador y Redentor nuestro.

Al darle María ese ser humano que le hace Verbo *encar-*

nado, María se convierte en medio de toda comunicación divina al hombre, en dadora de toda gracia y vida sobrenatural al darnos la Vida, que es el Verbo hecho hombre en sus entrañas por obra de su acción generadora.

Toda dación divina se nos hace por Ella, y nada nos da o comunica Dios si no es por Ella. Por eso, al engendrar a su Jesús, automáticamente engendra también en El y con El a cuantos han de recibir la vida sobrenatural, a cuantos han de gozar de vida eterna.

Es así conclusión de fe que María es Madre nuestra, Madre de los hombres redimidos, desde el momento que es Madre de Jesús. Y Ella, que comprendió cual nadie todo el alcance de su Maternidad, se supo y sintió Madre nuestra desde el instante mismo de la Anunciación.

Aunque no claramente de fe, parece teológicamente cierto, e incluso como explícitamente contenido en las fuentes reveladas, que toda dación sobrenatural de Dios a cualquier creatura —no sólo al hombre caído y redimido— se hace por el Verbo *como encarnado,* se debe al Verbo *encarnado.*

Respecto a los ángeles, esto aparece claro en Apocalipsis, 12,1-10, donde los ángeles deben su salvación al Verbo encarnado en el seno de María: lo que separa y distingue a ángeles y demonios, constituyéndolos en su estado definitivo, es la adhesión o el rechazo del Verbo en el seno de la Mujer (Cf. LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS, cap. 2).

Y respecto al mundo en general, es decir, a toda la creación, sin limitación alguna afirma Jesús que toda salvación se debe a El como Verbo *encarnado* —Hijo de Dios *enviado al mundo*—: «De tal modo amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito... Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16.17).

Y por si alguno pudiera restringir el significado de *mundo,* pensando se refiere sólo a los hombres, explica y remacha San Pablo esa universalidad total cuando nos dice: «Porque en El (en Cristo) tuvo a bien Dios que morase toda

la plenitud, y por medio de El reconciliar *todas las cosas* consigo, haciendo las paces *mediante la sangre* de su Cruz; por medio de El, así las que están sobre la tierra, como las que hay en los cielos» (Col. 1,19.20). Es evidente que las paces hechas *por la sangre* de su Cruz sólo pueden ser obra del Verbo encarnado.

Parece, pues, claro que todo don de salvación deriva del Verbo *encarnado*, que todo el orden sobrenatural del universo —visible e invisible, terreno y celeste— se asienta sobre el Verbo Encarnado, que por su encarnación se inserta en el mundo y lo santifica, y con su humillación lo eleva.

Y siendo la Virgen María quien en ese mundo lo inserta, haciéndolo *encarnado*, es de Ella de quien deriva toda salvación al mundo.

Dando un paso más, parece evidente que el orden natural del mundo, —creado por el Verbo *antes* de encarnarse— se ordena en el plan divino a su ulterior elevación sobrenatural por la inserción en él del Verbo *encarnado*, que ha de ser su Rey y como su corona y su Cabeza, y por el que únicamente podrá dar a Dios la gloria que a Dios se debe. Es esa ordenación ulterior al orden sobrenatural —que capacitará a la creatura para glorificar a Dios debidamente— lo que justifica la creación del mundo, y sin ella no parece lo hubiera Dios creado, por incapaz de alcanzar adecuadamente su fin de glorificar a Dios.

Es aquí también San Pablo quien nos inculca este designio divino, que ordena a Cristo *todo lo creado*: «Notificándonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se propuso en El, en orden a su realización en la plenitud de los tiempos de recapitular (incorporar como a Cabeza) en Jesucristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra» (Col. 1,9.10; Cf. EL AMOR, lib. III, cap. 9).

No es así el Verbo *como encarnado* causa eficiente de la creación. Pero sí es, como encarnado y hecho hombre, su *causa final*, sin la cual jamás Dios la hubiera hecho por medio de su Verbo eterno.

Y así, la existencia de los seres se debe al Verbo encarnado y hecho hombre de María, sin el cual jamás hubieran sido creados.

Y así a María, como dadora al Verbo de su ser humano, se debe también la existencia de cuanto ha sido creado.

Vistas las características de perfección indisoluble y de universal eficacia de la unión de María con el Verbo, miremos ahora algunas características que singularmente cualifican su amor materno.

4. Características que cualifican el amor materno de María con relación al Verbo

«Mayor dicha es dar que recibir» (Act. 20,35), dice el Señor. Siendo el amor la dicha del hombre, más amor será *dar* que no *sólo recibir*. El amor de María en su Maternidad llega a tal altura —hasta el solio mismo de la Divinidad—, que no sólo recibe gozosa a Dios, sino que a ese Dios, fuente y origen de todo, verdaderamente le da el ser: no el ser divino —cosa imposible—, pero sí el ser humano, que verdaderamente da al Verbo, y que el Verbo quiere de Ella verdaderamente recibir.

Si esto destaca la altura y perfección ontológica del amor de María, en cierto modo asimilado al amor generador del Padre, no destaca menos el amor de Dios a Ella.

Tanto la ama Dios, que tiene gozo, El, que de nadie depende y de todo es fuente y origen, en recibir de Ella el ser de Ella, a la vez que le da su propio ser eterno.

Sabido es que fomenta más el amor el dar que el recibir: porque al dar nos encontramos y nos amamos en aquellos a quienes nos damos, mientras al recibir más bien sentimos humillación. Y tanto deseó Dios el amor de María, que quiso recibir de Ella cuanto Ella tenía —su mismo ser—, para que María se sintiera necesitada al amor al encontrarse a sí misma en Dios.

Si el amor de María se asimila así en cierto modo a la eficacia de la fecundidad del Padre, no menos se asimila al Padre en el amor que tiene a la creación, como obra y gloria del Padre:

«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16.17).

María se une a ese amor del Padre al mundo. Llegada al mismo umbral de la Divinidad, y pudiendo entrar en ella definitivamente, prefiere renunciar al gozo y gloria de ella, abajándola al orden mundano, dándola al mundo, para llevar consigo a todo el mundo a la visión de Dios y al gozo de su gloria (cf. LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS, cap. 10, nos. 8.9, 10, 12, 13, y LA AMADA, libr. III, cap. 5,5).

María no se sumerge en la gloria divina, olvidada de las creaturas. Prefiere dar Dios a las creaturas, como rebajándolo a nuestro nivel en su anonadamiento; y en ese anonadamiento —y no en su gloria—, contemplarlo, y guiarnos por el amor a su Humanidad visible hasta la visión de su Divinidad, siéndonos Ella misma guía, maestra y compañera en ese itinerario que nos lleva junto con Ella a la vida eterna.

Bien podemos, pues, decir de María, como del mismo Dios: «Tanto amó la Virgen María al mundo que le dio su mismo Hijo Unigénito para que el mundo se salve por El». Es así el amor a su Hijo la medida del amor que a mí me tiene, pues que por mi salvación me lo entregó. No exageraba así Pío XII cuando decía que nos ama con el mismo amor, y nos cuida con el mismo desvelo y ternura, con que amó y cuidó a su Hijo cuando estaba en la cuna y aún mamaba (*Mystici Corporis*).

No quiere así María sumergirse y anegarse en Dios, contemplándolo en su gloria, por mucho que su amor lo ansiara. Quiere, por el contrario, que Dios se sumerja en Ella, se haga cuerpo y mundo en Ella, para que en Ella more y habite como salvación y luz del mundo, riqueza y hermosura del mundo.

Ni se contenta con que Dios habite en Ella, se injerte en

Ella por comunión de una misma naturaleza y ser humano. Quiere también darlo al mundo, insertarlo en el mundo, para que lo lleve a Dios junto con Ella, sumergiéndolo en Dios, anegándolo en su gloria.

Al Dios hasta entonces transcendente, lo hace María inmanente al mundo, para que eleve a ese mundo al plano divino, lo anegue en la misma dicha y vida divina.

De todo ello tiene conciencia clara la Virgen María en su Maternidad. Y también conciencia de las consecuencias dolorosas de esa entrega de su Unigénito al mundo. Pero todo dolor queda ahora como anegado en el gozo de su maternidad espiritual, de la fecundidad inagotable de su amor.

Sabe cuánto sufrirá para darnos a luz como hijos suyos. Mas ahora sólo contempla el gozo de sentirnos sus hijos, y de llevarnos consigo a la visión divina, participando de la herencia natural del Verbo, hecho ya Hijo suyo y nuestro hermano. También la madre sueña con puro gozo en los hijos futuros, aunque no ignore el dolor que le costará el tenerlos.

Indiquemos aún una última característica que matiza el amor materno de María, por cuanto no sólo hace que el Verbo more en Ella, sino que da en Ella verdaderamente un nuevo ser al Verbo.

En nuestro amor a Dios, que en nosotros habita, acecha siempre la posibilidad de enfrentamiento, total o parcial, entre el amor que a Dios tenemos, y el amor a nosotros mismos o egoísmo. Ello hace fácilmente lábil y precaria la inhabitación de Cristo en nosotros, si el egoísmo extingue el amor. O, al menos, casi siempre es imperfecta esa inhabitación por nuestras resistencias parciales y reiteradas, que no le dejan totalmente informarnos y transformarnos. Siempre hay en nosotros puertas y compuertas interiores cerradas a su divina acción.

Mas en María tal enfrentamiento es total y absolutamente imposible, por lo que la acción del Verbo que mora en Ella totalmente la penetra y transforma, cual luz a diamante perfectamente lúcido.

En efecto, al dar María su propio ser al Verbo, al transmitirle por generación virginal su ser humano, no puede haber ni surgir oposición alguna entre el ser que Ella posee y el ser que a su Hijo comunica. El único verdadero modo de amarse ya a sí misma, es amarse *en el ser* que comunica al Verbo y es del Verbo. Es en ese ser humano del Verbo en quien Ella se ve y se encuentra a sí misma, en que Ella se ama a sí misma.

Como el Padre se conoce, ve, contempla y ama en su Hijo, a quien comunica su mismo ser divino, y que es el conocimiento que de sí mismo tiene el Padre, así María, enamorada y por amor Madre fecunda y virginal, se conoce, ve y contempla en su Divino Hijo, al que comunica su mismo ser humano, en el que a sí misma se ve, conoce y ama.

Por eso, todo su amor se centra en el Hijo, en El tiene toda su complacencia, y en El encuentra el objeto capaz de agotar todo posible amor a sí misma.

No hay así en Ella oposición posible entre amor y egoísmo. Su amor es así del todo virginal, sin mezcla de egoísmo. Y virginal por verdadera necesidad intrínseca, entrañada en su misma Maternidad divina virginal.

Su amor era ya antes, y fue siempre, desde su misma Inmaculada Concepción, absolutamente virginal. Pero lo era por decisión libre y total de su voluntad, por renuncia libre a sí misma para que sólo Dios contara.

Mas con la Maternidad se hace virginal por necesidad intrínseca. En esa Maternidad se halla a sí misma, tras haberse renunciado.

Se halla a sí misma, pero *no en sí misma,* sino en Dios; y por eso con perfección y seguridad inamisible verdaderamente divina.

En esa Maternidad se cumplió así en Ella de modo inefable la promesa de Jesús: «Quien al hallar su alma quisiere ponerla a salvo, la perderá; mas quien por mí la perdiere y a ella renunciare, la encontrará» (cf. Mt. 10,39; 16,25; Mc. 8,35; Lc. 9,24).

María se perdió a sí misma, se olvidó a sí misma por Dios; ni de sí misma tuvo cuidado alguno, sino sólo de Dios. Y así se encontró a sí misma en Dios, al ver su propio ser en el Verbo, que de Ella lo asume y toma en la Encarnación.

5. La primera etapa del amor materno

Mas pasemos ya a contemplar la primera etapa del amor materno de María, teniendo en cuenta que en ella, como en todas las subsiguientes, ama María a su Hijo con todo su amor, «con todas sus fuerzas, con todo su ser»: con amor de Madre de Dios, con amor de Madre nuestra, con amor virginal: en cada manifestación o actuación del amor de María se halla presente *todo su amor.*

Llegada María al umbral o confín de la Divinidad, encuentra al Verbo que se le entrega, con todas sus divinas riquezas. Mas no son las riquezas del Verbo las que la atraen, sino el Verbo mismo.

Renuncia, por amor al mundo y a la salvación del mundo, a todas sus riquezas, y totalmente del Verbo enamorada, atrae al Verbo enamorado también de Ella a vivir anonadado en el mundo, afectado de las miserias de las creaturas, para vivir con Ella. Es como la prueba de amor que le pide: que se abaje a compartir la miseria y condición de Ella. Ella misma le inserta en el mundo dándole ser humano y creado, y en ese ser humano se une con El y lo posee (cf. LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS, cap. 10, n.º 12).

Por eso dice: «Encontré al Amado de mi alma; le sujeté y no le dejaré, hasta que le introduzca en la casa de mi madre, en la misma habitación de la que me engendró» (Cant. 3,4).

Parécese a un pueblo de esclavos, reducidos a la más dura servidumbre por rebeldía contra su Rey y Señor.

María, «la esclava del Señor» (Lc. 1,38), de familia de esclavos, y nacida en familia de esclavos, aunque graciosísi-

ma Ella misma, e incomparablemente más hermosa que todos los familiares del Rey, conquista y enamora al Hijo Unigénito y Heredero del Rey de la Gloria, y a su vez también Ella se enamora y consagra totalmente a El.

Suya es ya la realeza, y puede entrar a formar parte de la familia real, cual Reina verdadera con el Hijo Unigénito. No será «la esclava», sino la Esposa del Rey.

Mas prendada del Amado por sí mismo y no por su gloria, ansiosa de su amor y no de sus riquezas, le pide como prueba de ese amor, no compartir Ella su realeza, sino que comparta El su esclavitud, para sentir con Ella las miserias de los esclavos, y así, compadecido de ellos, redimirlos.

Ella misma le proporciona vestido de esclavo, cuerpo de esclavo, condición de esclavo (Fil. 2,7), y así, convertida en Madre por esta donación, lo introduce en el mundo de los esclavos, apareciendo en todo y ante todos como un esclavo más, por amor a Aquella que así lo ha enamorado.

Y María, Esposa y Madre, se extasía ante ese amor de un Dios que se abaja a compartir su esclavitud, y que, para por amor de Ella redimir y rescatar a los esclavos, va a compartir en todo la condición de esclavo, hasta someterse al tormento y a la muerte, y muerte de cruz.

En cada una de esas manifestaciones serviles verá María el infinito amor con que es amada, y adorará al Rey bajo el disfraz de esclavo, y le rodeará de toda su ternura, toda su consagración, todo su amor, para hacerle amable su anonadamiento. Para estar con Ella y amarla a Ella se anonada: ni Ella ni su amor le faltarán jamás.

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jo. 1,14). «Siendo Dios por esencia, no se aferró cual a botín de guerra a su *ser igual a Dios;* antes (sabiendo que, si bien puede perderse lo adquirido por derecho de conquista, jamás podrá perder lo que tiene por su misma esencia) se anonadó a sí mismo tomando forma o esencia de siervo hecho a semejanza de los hombres, y hallado en vestido de

hombre. Y (en ese estado) se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le exaltó (en ese su ser de siervo que tomara y del que se revistiera), y le dio el nombre que es sobre todo nombre (reconociéndole como Hijo Unigénito en su disfraz de siervo, y en ese disfraz haciéndolo adorar por toda creatura): para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los seres celestes, terrestres e infernales, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo (en su ser de siervo, pues en su ser de Dios nunca dejó de estarlo) está en la (misma e idéntica) gloria del Padre» (Fil. 2,6-11).

Gran humillación del Rey de la gloria por amor a su Madre, en cuyo seno «exulta como gigante fortísimo para emprender el viaje de retorno» (Sal. 18,6), para llevar consigo a Dios, en condición de hijos, a aquellos entre quienes quiso convivir como esclavo: al revestir de gloria en El el ser de esclavo, lo revistió de esa misma gloria en todos nosotros, los esclavos.

Mas necesitaba gustar las delicias del amor humano, para animarse a redimir a los humanos. Necesitaba gustar el *amor servil* de creatura, para no desmayar en la obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz, para redimir a los siervos.

Y el tiempo de gustarlo en toda su pureza y hermosura, sin mezcla de egoísmo, ruindad o ingratitud, son los nueve meses que pasa en el seno de María, a solas con Ella, protegido y como aislado por Ella del frío e ingratitud del mundo, amado por Ella con un amor en el que ve la imagen y como reflejo perfectísimo del amor del Padre.

Por eso dice el Salmo: «Exultó como gigante para recorrer su camino, y como Esposo que se levanta de su lecho nupcial» (Sal. 18,6).

Tálamo nupcial es el seno de la Virgen en que se hace hombre y siervo, en que es amado por Ella con cuanto amor la creación es susceptible de dar.

6. Gozo del Verbo hecho siervo en los nueve meses de unión en soledad con su sierva María, en cuyo seno mora

Nueve meses de soledad con María, la Esposa virginal y Madre amada, para que sienta vale la pena pasar por todo para redimir la raza y la familia de esposa y Madre tan amada.

Nueve meses en que el Verbo encarnado exulta de gozo de haberse hecho hombre y siervo para gozar del amor de la Virgen Madre.

Nueve meses en que adquiere fuerza de gigante para recorrer el camino redentor, al salir del seno de la Virgen Madre como Esposo que se levanta del tálamo nupcial para emprender la tarea dura del día, a que el amor le impulsa.

Sólo teniendo en cuenta esos nueve meses, en que Jesús se ve envuelto en un amor sin mezcla, podemos comprender que Jesús llevara luego a cabo su obra redentora, sin que su flaqueza humana desfalleciera en ella. El perfume del amor ahí recibido, la delicia sin nubes de que lo impregnó, le hizo ligera toda cruz y muerte, llevadera toda ingratitud. Si como Dios no podía defraudar al Padre, como hombre no puede defraudar a la Madre. Todo le parecerá poco para mostrarles su amor: tanto su amor divino como su amor humano.

Anonadado el Verbo por amor, y tomada forma de esclavo y naturaleza humana de la Virgen por el amor que la tenía, abajándose a Ella y recibiéndose de Ella para a solas estar con Ella, todo fue gozo para Jesús en esos nueve meses.

Como todo es gozo y sorpresa para el Príncipe enamorado que pusimos durante el período en que vive en soledad con su Elegida, antes de ser presentado a su familia y tener que tratarla y experimentar su rudeza.

Quiso así el Padre Celeste hacer tan grata y amena la primera estancia de su Hijo amado en el mundo, inserto en el mundo, que de tal modo le agradara esa inserción que ya

jamás se lamentara de ella, por terriblemente dolorosas que hubieran de ser sus consecuencias.

Quiso enseñarle y hacerle gustar en el gozo del amor de María, ya desde el principio, el gozo terminal hermosísimo de toda su obra redentora.

Quiso, en esos nueve meses, que sólo amor recibiera del mundo, en contacto exclusivo y singular con Aquella en cuyo corazón el Padre puso todo el amor, toda la delicadeza, toda la hermosura del mundo.

Gozo son para el Verbo encarnado, hecho esclavo, esos nueve meses que pasa en el seno de María.

Gozo de desposorio con la humana naturaleza que de María recibe, y a la que en su seno, como en lecho florido (Cant. 1,13), indisolublemente se une, y en la que experimenta continuas y maravillosas sorpresas. Tales como, siendo Dios, palpar la creación y el amor creado desde el lado de la creación; conocer y amar a Dios, no sólo desde Dios mismo, sino desde la creación, desde su ser creado, con su conocimiento humano, con su amor humano, y hacer y sentir suyas y divinas esas impresiones, conocimientos y amores creados. Como el Príncipe hecho esclavo por amor ve con luz distinta y nueva su condición de Príncipe, y se hace más cargo de la condición de esclavo.

Gozo de estar a solas con la Virgen María, la Esposa y Madre por El elegida, y con la que personalmente se desposa, sumergido en su amor, como olvidado de su condición y dignidad divina, experimentando la dulzura de recibir y dar un amor creado perfectísimo.

En esa unión a solas, en esa entrega mutua plena, ciertamente no pudo lamentar Jesús su anonadamiento. Prendido de tanto amor, se sintió del mundo, y amó al mundo como algo suyo, sin que por ello dejara de sentirse Dios. Desde ese momento, como piedra angular, decide «hacer de dos uno» (Ef. 2,14): unir en Sí mismo Dios y la creación, reconciliar y unificar lo que parecía irreconciliable e inarmonizable.

Y a todo eso le mueve el gozo y novedad de sentirse

amado por María, la visión y experiencia en Ella de lo hermoso que es el amor creado que ha venido a incorporar a Sí, a injertar en su Divinidad, en su mismo amor divino.

Cuando más tarde tropiece con nuestras resistencias y egoísmos —al ponerlo la Virgen en contacto con su raza y familia humana—, jamás se desanimará, ni cejará en su obra de conquista y reconciliación. Porque en mi egoísmo no verá mi egoísmo actual; verá sólo el amor de su Madre, con toda su belleza y atractivo, y sabrá que ese egoísmo mío llegará, por obra de su paciencia, a revestir un día ya para siempre la hermosura y pureza virginal del amor de su Madre.

Ha gustado de tal modo en su Madre la delicia de ser amado por amor creado, que ya nada le detendrá hasta obtener de mí esa misma delicia. Y para más ayudarse a no desfallecer ante nuestras resistencias, usó de su poder de Dios, para darme a su Madre por verdadera Madre mía: así, cada vez que me contempla, sabe que está en mí, aunque oculta, la semilla del mismo amor con que le ama su Madre.

Todo es así gozo en Jesús mientras está en el seno de su Madre. Gozo que enormemente necesitaba para sentir siempre, como hombre, la hermosura y atractivo del término de su obra redentora.

Gozo que nos describe el Salmo: «Como Esposo en su tálamo nupcial» (Sal. 18,6). Gozo que engendra fortaleza en su Corazón humano para aguantarlo todo: «Exultó de gozo como gigante que se dispone a recorrer su camino; como esposo que alegre y optimista se levanta de su lecho nupcial para emprender su trabajo» (Sal. 18, 6).

7. Aprendizaje del Verbo hecho siervo en esos nueve meses

Y es también tiempo de aprendizaje para el Verbo encarnado.

Hecho hombre, *tenía que aprender* a conocer como hombre, a amar como hombre, a sentir como hombre, a comportarse en todo como hombre. Príncipe divino, tenía que aprender en soledad con la Virgen *a saber comportarse* como esclavo.

A nadie extrañe este aprendizaje (cf. Hebr. 5,8). *Como hombre* —hecho en todo semejante a los hombres, excepto el pecado—, aprendió a andar, aprendió a hablar, aprendió a mamar y a comer, aprendió a tratar con los hombres, ante los cuales, y entre los cuales «crecía en edad, sabiduría y gracia» (Lc. 2,52).

Y como hombre —hecho esclavo— aprendió a amar a Dios con amor humano, a conocerlo con conocimiento humano, a acariciarlo y servirlo con ternura y delicadeza humanas, pues «crecía en edad, sabiduría y gracia» no sólo delante de los hombres, sino también «delante de Dios» (Lc. 2,52).

Es cierto que Jesús tiene conocimiento humano perfectísimo de Dios desde el primer instante de su existencia en el seno de la Virgen, pues goza de la visión beatífica (Denz. 2289); y que ama a Dios con amor humano tan perfecto que jamás podrá crecer. Es igualmente cierto que desde ese primer instante de su ser humano tiene en esa visión conocimiento humano de todas las cosas, a las que también conoce en sí mismas por ideas sobrenaturalmente infusas (cf. EL AMOR, libr. II, caps. 5, 6 y 7).

El aprendizaje está en la adecuación, correspondencia y resonancia de esa plenitud inigualable e incapaz de crecimiento en lo más profundo de su ser humano a todas las esferas de ese mismo ser humano, especialmente a sus aspectos discursivos y sensitivos, y a cuanto toca a la experiencia externa y a su contacto con el mundo.

Dos ejemplos nos ayudarán a entenderlo.

Jesús, desde su concepción en el seno de María, sabía perfectamente *cómo se anda, cómo se habla,* y *cómo se abraza y besa* a la Madre. Y, no obstante, hubo de *aprender a andar,* a hablar, a abrazar y besar a su Madre.

Y sus primeros pasos fueron torpes y vacilantes; sus primeras palabras balbucientes; indecisas sus primeras caricias a la Madre.

Sabía perfectamente cómo todo eso se hacía; pero *no sabía* hacerlo. O mejor: *no quiso saber hacerlo,* para hacerse en todo semejante a nosotros. Quiso tener que aprender a hacerlo... y lo aprendió a hacer de su Madre, al contacto de su Madre.

Por lo que toca al aprendizaje de Jesús en el seno de María, en soledad absoluta y total con Ella, destaquemos su formación en el amor humano: amor humano a Dios, amor humano a los hombres; junto con el aprendizaje en el conocimiento del que ese amor procede, al que presupone, en el que se funda como en condición previa.

Por lo que mira al amor simple, fijo, inmutable, propiamente espiritual y sin sucesión, que parte de la intuición de la visión beatífica, es evidente que Jesús no tuvo ni aprendizaje, ni crecimiento. Amó a Dios con toda la intensidad, radicalidad y fijeza de que es capaz una naturaleza humana que es con toda verdad naturaleza del Verbo, naturaleza de Dios: con amor filial fijo, sumo e inefable.

En esto no tuvo otro maestro que la misma Persona del Verbo, que se ha dado a esa naturaleza humana todo de una vez y para siempre. Y con ese mismo amor conoció y amó a cuantos habían de ser sus miembros, y por ellos se ofreció (Denz. 2289).

Pero ese conocimiento y amor —en su doble objeto: Dios y creaturas—, precisamente *por ser humano,* no puede permanecer contento en la simple intuición y fijeza. Busca formularse en ideas y conceptos discursivos *variantes,* en afectos y palabras internas *múltiples* de amor, de modo que en el conocimiento enamorado tomen parte todas las facultades y potencias humanas, todo el ser del hombre; de modo que no sólo el alma en lo que tiene de espíritu, sino también en lo que tiene de alma, todo el ser humano, se sienta y viva impregnado en conocimiento y amor.

Es en esta manifestación y formulación en la que Jesús es discípulo de María, como lo fue para aprender a hablar con los hombres y a andar entre los hombres.

Ella le enseñó a hablar al Padre y a los hombres con palabras *múltiples* y *sucesivas*, a amar al Padre y a los hombres con afectos y actos expresivos *múltiples* y *varios*. Tal solemos los hombres conocer y amar, y así queremos —al menos *también*— ser conocidos y amados. Y así tenía que aprender Jesús a hacerlo para de verdad enamorarnos y arrastrarnos en pos del perfume de su amor (Cant. 1,3).

Y de ese modo quería el Padre ser *también* amado por su Hijo, para recibir por medio de El toda la variedad y riqueza que pueda darse en el amor creado.

Precisado así el alcance y los límites del aprendizaje de Cristo, diríamos que si el Verbo quiso tomar de María su ser humano, su ser hombre, igualmente quiso aprender de Ella a comportarse y actuar como hombre, a conocer como hombre, a amar como hombre, tanto en sus relaciones con los hombres como en sus relaciones con el Padre, dentro siempre de los límites que expusimos.

Cuando Jesús nace, tiene ya su Corazón humano material perfectamente formado. Ello nos indica que también tiene perfectamente formado y modelado ya su amor humano, por tal Corazón simbolizado. Y que como se formó su Corazón material a expensas y bajo la acción de la Virgen María, así el amor humano de que ese Corazón es como sede y símbolo se formó a expensas y bajo la acción, y a imitación, de la Virgen María.

Ella fue, para el Jesús que en su seno se va como hombre desarrollando y formando, la Maestra y el modelo que Jesús contempla, y en el que se inspira para copiar todas las manifestaciones y facetas del amor humano.

Diría incluso todas las imperfecciones y limitaciones *ontológicas* del amor humano, cuales son la sucesión, la multiplicación y variedad de afectos, la pasión y la sensibilidad. Limitaciones ontológicas del amor, que lo hacen a nuestra

medida, y así más apetecible, por más comprensible a nuestro propio corazón.

Por eso, en el amor de María —a Dios y a los hombres— puso el Padre toda la perfección y riqueza absolutamente posibles al amor creado, porque de Ella había de tomar ese amor su Hijo Divino.

Por eso de verdad el amor de María y el amor humano de Cristo —al Padre y a nosotros— son como *un mismo amor* que mana de dos Corazones: el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre. Por eso, quien conozca el Corazón de la Madre conocerá el Corazón del Hijo; quien conozca el Corazón del Hijo, conocerá el de la Madre.

De María aprende Jesús su modo *típicamente humano* de amar al Padre, a quien le vemos luego en su vida dirigirse con palabras *distintas,* con afectos *diversos,* con alabanzas y acciones de gracias *varias.*

De María aprendió a amarnos a nosotros con amor *típicamente humano,* con las limitaciones entitativas para nosotros deliciosas de su amor humano: la paciencia, el aguante, la compasión inagotable por nuestras miserias; los cambios de humor en su amor, que reprende, anima, mima, exhorta, avisa, excita, se aíra momentáneamente, corrige, acaricia, se muestra duro para luego ser tierno, se enfada y sonríe ante nuestra debilidad.

Y en todas esas manifestaciones acierta siempre en cada instante con cada uno de nosotros a elegir y sentir aquello que en ese instante conviene al amor inefable que nos tiene, como acierta su Madre, a la que copia, guiada por su instinto maternal hacia nosotros.

Podemos y debemos así contemplar a Jesús en esos nueve meses a solas con su Madre, copiando a su Madre, lleno de agradecimiento a Ella, y a cuanto de Ella recibe en su aprendizaje de esclavo.

Agradecimiento de que le enseñe a amar perfectamente al Padre *como simple hombre;* de que le enseñe a amar a

los hombres como simple hombre para llegar así a los corazones de los hombres.

Por amor toma de María vestido y ser de siervo para vivir como siervo entre los siervos; por amor copia de María el comportamiento de siervo, pendiente enamorado de Ella para copiar en todo su comportamiento de esclava. Ella es «la esclava del Señor» (Lc. 1,38). Y su Jesús, hecho esclavo en su seno, es «el Siervo de Yahveh» (Is. 41,9; 42,1; 42,19; 49,6; 53,11), el esclavo de Dios, aunque sea también Dios verdadero.

La intimidad de ese aprendizaje podemos sugerirla y como contemplarla desde fuera. Sólo en el cielo la comprenderemos *desde dentro*. Sólo allí alcanzaremos a vislumbrar el agradecimiento de Jesús a su Madre por haberle iniciado en el comportamiento de siervo «hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» para glorificar debidamente al Padre desde la creación y en nombre de la creación, y para redimir y llevar al Padre esa misma creación.

8. Aprendizaje de la Madre con su Maestro Jesús

Mas también Jesús es el Maestro de su Madre. El es siempre «El Maestro», aun cuando se hace aprendiz y discípulo. Maestría inevitable, dada la riqueza infinita de su Persona.

Si de la Virgen recibe cuanto hay de mudable y variante en el amor humano en inagotables reflejos sucesivos, cada uno con su encanto peculiar característico, la hace a su vez participar y copiar la fijeza e inmutabilidad divina de su amor humano intuitivo —al Padre y a los hombres—.

Y María, la Discípula predilecta del Corazón de Jesús, es como espejo que refleja la fijeza, perfección e inmutabilidad de ese amor, revistiéndose de divinidad hasta el fondo de su ser —la Mujer vestida de sol—, como es reflejo de la

Divinidad ese amor humano fijo, estable e inmutable del Corazón de Jesús.

Ni con ello aumenta la intensidad, perfección y riqueza del amor de María, sumo ya desde el momento de su Maternidad. Sólo se despliega esa riqueza en su manifestación cada vez más divina, como se despliega el amor humano de Jesús, sin por ello crecer, en su manifestación humana variante.

Así se asocian más y más en todo, y van como al unísono, el amor de la Madre y el del Hijo, en todas sus manifestaciones y actividades, comunicando la Madre al Hijo lo típicamente humano, y el Hijo a la Madre lo típicamente divino, lo que en su amor humano es participación, reflejo y reverbero como infinito de su Persona divina.

Por eso María, al contacto con su Hijo, halla la paz —«me hallé en su presencia cual quien halla la paz» (Cant. 8,10)—, al encontrar en El y con El la fijeza absoluta del amor, por la que suspiraba.

Así, en lo típicamente humano del amor —sucesión, variedad, mutabilidad, pasión—, Jesús *aprende* a reaccionar como María. Y en lo humano que en El específicamente deriva de la unión personal con el Verbo, cuyo es ese amor y naturaleza, María *aprende* a reaccionar como Jesús. A lo cual también la induce de continuo el mismo Espíritu Santo, que en Ella habita, cuyo ser y operación son idénticos a los de la Persona del Verbo.

De donde se sigue una unión total y asociación perfecta, en todo y en cada momento, entre María y su Divino Hijo.

9. Fijeza y variedad del amor extático de María, a solas con el Verbo encarnado

Mas dejando ya de mirar el comportamiento del Verbo en el seno de María, contemplemos a la misma María extasiada en el Verbo, envolviéndolo con la variedad inagotable-

mente rica de su amor de creatura —Ella es la «vestida de variedad» (Sal. 44,10)—, y con la fijeza inmutable de ese mismo amor con que el Verbo encarnado la reviste.

Fijeza y variedad que afecta a todo su amor: tanto su amor al Padre, como su amor al Hijo, como el amor a nosotros, sus hijos.

Llegada María al solio de la Divinidad, atrae hacia sí al Verbo, bajándolo consigo a condición de esclavo para darlo al mundo. Lo inserta en el mundo, vistiéndolo de siervo en su seno: «Lo así, y no lo soltaré, hasta que lo introduzca en la casa de mi madre, en la habitación misma de la que me engendró» (Cant. 3,4).

El Rey de la gloria, heredero actual en todo del Padre, copartícipe de su mismo ser divino, poseedor por herencia de su mismo esplendor, enamorado de su esclava María, se hace esclavo para vivir y estar con Ella, compartiendo su condición de esclavitud.

De Ella misma quiere tomar y recibir, de la Amada de su Corazón, el vestido y naturaleza de esclavo, para más a Ella identificarse, convirtiéndola así en Madre suya.

Al así abajarse, y por amor a Ella anonadarse, quiso, en la primera etapa de su inserción en el mundo en condición de esclavo, estar a solas con Ella para gozar del amor que le ha movido a ocultar su gloria, para habituarse, en esa unión gozosa de amor a solas, a su nuevo género de vida propio de esclavo.

Pues, en su vida entre los hombres, aunque no deje de seguir siendo el Rey de la gloria, en todo adoptará el comportamiento de esclavo, incluso en sus relaciones con el Padre.

Las mismas cartas de petición que le envíe, llevarán firma de esclavo. Aunque el Padre las reconocerá siempre como de su Hijo, y así le concederá siempre cuanto pide, no como quien otorga algo de gracia, sino como quien da a su Hijo lo que es propio de El, aquello de que como de cosa propia puede disponer.

Por eso Jesús dice: «Padre te doy gracias, porque siempre me oíste. Yo *ya sabía* que siempre me oyes; pero lo dije a causa del pueblo que me rodea —y entre el que vivo como uno de ellos—, para que crean que Tú me enviaste» (Jo. 11,41.42). Sabe Jesús que de todo dispone a su beneplácito como Hijo; pero quiere pedirlo todo como esclavo, para que en su estado de esclavo le vean los hombres como enviado del Padre, y se dejen salvar por El.

Y así, como esclavo que pide y obtiene resucita a Lázaro ante los hombres, aunque en realidad lo resucite como Dios, con su propio poder, que siempre, aunque ocultándolo a los hombres, ha conservado. Así lo expresa la Iglesia en el prefacio del Domingo 5.º de Cuaresma, cuando dice: «Cristo, nuestro Señor, que, como hombre mortal lloró a su amigo Lázaro, y *como Dios* y Señor de la vida, lo levantó del sepulcro, hoy extiende su compasión a todos los hombres, y... los restaura a una vida nueva».

Aun lo que como Dios obra, lo reviste así con su comportamiento de esclavo, para más enamorar de El a los esclavos, haciéndose en todo como uno más de ellos.

Por eso, aunque en su mismo estado de esclavo le propuso el Padre poseer siempre el gozo que le pertenece como Hijo, El prefirió elegir la cruz, y abrazarse a la confusión, para servirnos a nosotros de modelo: «Contemplad... a Jesús, que, ofreciéndosele el gozo, eligió soportar la cruz, teniendo en nada por amor nuestro la confusión de su voluntario abatimiento» (Hebr. 12,2).

Por eso mismo, siendo y sabiéndose siempre Hijo de Dios, quiso aprender en los sufrimientos cuánto cuesta la obediencia, para mejor compadecer a los esclavos, y más moverse a remediarlos convirtiendo su obediencia servil dolorosa en gozosa obediencia filial.

Mas ese comportamiento de esclavo había de aprenderlo de la Virgen María, «la esclava del Señor»; y en su seno había de hacérsele amable y deseable, al gustar allí puro y sin mezcla el amor creado cuya correspondencia buscara al ano-

nadarse como esclavo. Es en esa soledad con Ella donde siente que bien vale la pena hacerse esclavo para poder sentirse así por Ella amado.

Y en esa soledad de amor goza Jesús, el Príncipe revestido de esclavo y hecho esclavo.

Y en esa soledad de amor goza María, maravillada y transida de adoración enamorada, sabiendo tiene en sus entrañas al Rey de la gloria, tanto más merecedor de honor y adoración, cuanto más por amor la oculta hecho esclavo por amor. Y se pasma de la inmensidad del amor con que es amada, tal que por Ella, y para mejor estar con Ella, ese Rey se hace esclavo, y en todo aparece como esclavo, aunque Ella lo sepa Rey.

Mas por ahora, en el mundo, sólo Ella lo sabe, y así en nombre de todos quiere amarlo y adorarlo.

Sabe también que cuando lo presente a su raza y familia, lo tendrán todos como simple esclavo, y como a tal lo menospreciarán. Por eso tarda nueve meses en presentarlo, para prepararlo con su amor y adoración a los desprecios futuros, y aun para retardárselos en cuanto está en su mano.

En esa soledad, sólo Ella en el mundo tiene con El contacto, para que la estancia en el mundo le sea desde el principio agradable, recibiendo de Ella el amor puro y sin mezcla que al mundo le atrajo. Así quiso también el Padre facilitarle el camino, cuando, proponiéndole el gozo, su Hijo eligió la cruz.

10. Descripción que de ese amor en soledad nos hace la Escritura

Intentaremos desentrañar el misterio del gozo de esa unión de amor a solas, sirviéndonos primero de algunas expresiones de la Escritura, que nos orientarán, para luego contemplarla en sí misma y gozarnos en ella: gozándonos por ser gozo del Verbo encarnado y hecho esclavo; por ser gozo de

María, que con su amor lo atrajo a compartir mi condición de esclavo para poder estar conmigo.

«Yo la amamantaré, y la llevaré a la soledad, y hablaré a su corazón» (Os. 2,14).

Palabras del Verbo a María, y también de María al Verbo hecho esclavo. María no quiere las riquezas del Verbo en el esplendor de su gloria; quiere al Verbo mismo en la soledad del amor, en la ausencia de toda gloria y esplendor, abajado a su propia pobreza, para que en Ella y con Ella eleve a los pobres y esclavos a su gloria. Quiere que así abatido «exalte a los humildes, y derribe de su trono a los soberbios y poderosos» (Lc. 1,52), a las potestades infernales que nos habían esclavizado.

María, aunque totalmente enamorada de Dios, jamás olvida a los de su raza: no quiere salvarse sola, ni sola ser glorificada, sino haciendo partícipes a todos, y poniendo al alcance de todos la salvación que a Ella se le ofrece.

Y el Verbo accede. Y se le entrega a sí mismo: «Yo la amamantaré», es decir, no le daré mis cosas y mi gloria, ni algo externo a mí, sino sólo a Mí mismo. Y empieza a vivir con Ella en soledad, cual si ya para ellos no existieran ni los cielos ni la tierra. Y le habla al corazón, entreteniendo con Ella comunicación continua de amor, que eso es hablar al corazón.

Baste decir que esa comunicación de amor entre María y Jesús, ya en el seno de su Madre, es tal y de tal modo deliciosa que Dios mismo no vaciló en hacerse esclavo para gozar de Ella. Y si tan deliciosa es para el Verbo, ¿quién podrá ni siquiera columbrar la delicia que es para María?

Y dada la asociación y comunión perfecta en todo, esas mismas palabras son también de María, dirigidas al Verbo, para que se haga esclavo en su seno, al Verbo que es ya esclavo en su seno. Es la esclava enamorada la que se dirige al Verbo, también por enamoramiento hecho esclavo: «Yo te amamantaré, y te llevaré a la soledad, y allí hablaré a tu corazón.»

Yo te daré mi ser para que con toda verdad sea tuyo. Si me has amado, no temas, que jamás te fallaré o defraudaré; te tendré siempre en soledad conmigo, podrás refugiarte siempre en mí, que seré siempre toda y sólo para Ti; y hablaré a tu Corazón, en comunicación ininterrumpida y total de ese amor cuyo goce y posesión buscaste al hacerte esclavo.

«Huyendo me alejé, y permanecí en soledad» (Sal. 54,8).

Así habla a su Madre el Verbo, ya hecho esclavo en su seno.

Como deseabas y pediste para salvación del mundo, me alejé de toda mi gloria y esplendor, y como hui del honor divino que me es debido. Y aunque por mi misma naturaleza sigo de necesidad siendo el Rey de la gloria, permanezco en soledad contigo, ocultando mi gloria para gozar de tu comunicación de amor, de la conversación del corazón.

Y así habla la Virgen a su Hijo: Huyendo me alejé, y permanecí y permaneceré en soledad contigo. Huí y me alejé del cielo que me ofrecías, para permanecer contigo en soledad. Huí y me alejé del mundo, del que nada deseo —fuera de que Tú lo salves—, del que nada me atrae, para estar contigo en soledad. Huí y me alejé de mí misma, pues ya no tengo más vida que la tuya, ni más amor que el tuyo. Y en esa soledad, en que sólo yo sé que eres el Rey de la gloria, planearemos juntos la ejecución de lo que yo más deseo, y que sé también es tu deseo: la sumisión libre y amorosa de todos los esclavos a Ti, Rey de la gloria hecho esclavo para enamorarlos, y así incorporados a Ti por el amor, llevarlos e introducirlos en tu gloria, de esclavos hechos ya contigo hijos de Dios.

Al planeamiento en soledad de esa empresa podemos aplicar las palabras del Deuteronomio, 8,15.16: «El fue tu guía en soledad grande y terrible... y te alimentó con maná en la soledad.»

Soledad *grande*: ni cuentan los cielos, ni cuenta la tierra o el universo mundo: todo yace como olvidado en la unión

mutua de amor de «la esclava de Dios» y de «Dios hecho esclavo» en su seno.

Soledad *terrible*: porque en ella se proyecta el plan de redención que, unidos y solos, han de llevar a cabo. El Verbo hecho esclavo tomará sobre sí todos los pecados e indignidades, todos los dolores y sufrimientos de los esclavos. Y la esclava y la Amada del Señor hará igualmente suyos y sufrirá como suyos todos esos dolores, y sufrirá como propia la afrenta de todos esos pecados e indignidades, por serlo de su Hijo y de su Amado.

Y en esa soledad grande y terrible, el Verbo hecho esclavo es guía de María, comunicándole todo el plan divino, y amorosamente enseñándola cómo secundarlo. Y la alimenta y fortalece para la magna obra comunicándole el simplicísimo maná de conocimiento y amor fijo, estable e inalterable que resplandece en su vestido y naturaleza de siervo, derivado de su ser y Persona divina. Ese conocimiento y ese amor de la Virgen será así, como el del Verbo hecho esclavo, siempre fijo, estable e inalterable: ninguna sombra lo oscurecerá, ninguna prueba lo hará desfallecer; nada podrá en modo alguno velarlo o disminuirlo.

Y en esa soledad grande y terrible, es también María guía para el Verbo *hecho esclavo*: Ella le enseña, con su ejemplo, cómo comportarse como esclavo, cómo sentir y expresarse como esclavo, cómo sufrir como esclavo y compadecer con los esclavos, ocultando y como olvidando su comportamiento de Rey.

Y Ella le alimenta y conforta en ese su comportamiento y ser de esclavo con el maná simplicísimo de su amor virginal inmaculado, que le hace confortable y grato ese su comportarse y sentirse como esclavo.

Cada uno enseña así al otro los caminos de Dios, para del todo asociarse indisolublemente en la misma obra redentora de toda eternidad planeada en el seno de la Trinidad Beatísima.

Por eso dice: «Haced rectas en la soledad las sendas o caminos de nuestro Dios» (Is. 40,3).

En esa soledad, el Príncipe hecho esclavo hace rectas las sendas de María, mostrándole y declarándole todo el plan divino, cuanto Dios espera y quiere de Ella, que a todo dirá sin vacilar: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Jesús da así orientación divina a María en todas las sendas que ha de recorrer.

Y María da a Jesús orientación humana, enseñándole a caminar por las sendas de los hombres, a andar y transitar por ellas como hombre y como esclavo.

Es Ella quien, en esa soledad de intimidad inefable de amor, hace rectas en el aspecto humano las sendas o caminos de nuestro Dios, que, hecho esclavo por nosotros, *quiere* aprender de su esclava y Amada, de su Esposa y Madre, a caminar entre los hombres, a comportarse entre ellos como esclavo, amar como esclavo, sentir como esclavo: no sólo en su relación con los esclavos-hombres, sino en su misma relación con el Padre que le ha enviado, para debida y proporcionalmente honrarle en nombre de los esclavos, entre quienes ha querido convivir, mostrándose como uno de ellos.

Mas esa sombra del plan de redención, que forma parte no pequeña de la comunicación amorosa entre María y su Hijo, hecho esclavo en su seno, y se proyecta en esa soledad grande haciéndola terrible a nuestros ojos, creemos no empañó nada el puro gozo de amor en que, durante esos nueve meses, se alegran el Corazón de la Madre y el del Hijo.

Los esposos recientemente unidos sólo gozo y alegría experimentan cuando piensan en los hijos futuros, aunque no ignoren los dolores y fatigas que les han de traer. Mas la previsión y aceptación de esos dolores y fatigas en nada empañan ni disminuyen el gozo presente.

Tal, y mucho más, hubo de suceder en esa intimidad y soledad entre «la esclava del Señor», y el Señor «hecho en su seno esclavo» por amor a Ella.

Por eso sólo amor gozoso hemos de ver en esos nueve meses.

Y sólo como gozo se nos describe: «Y exultó de gozo en soledad, y florecerá como un lirio» (Is. 35,1).

En esa soledad, María exulta de gozo, florece como un lirio.

La exultación no tiene descripción: es el amor fijo, inalterable, intuitivo, propio del alma *como espíritu*. El florecimiento es expanderse, manifestar la hermosura y fecundidad en numerosos pétalos, figuras y colores, en un despliegue vario y maravilloso de la vitalidad interna del amor: es la participación del alma de María *como alma*, de todo su ser anímico y corpóreo, en la exultación de gozo del espíritu, que se derrama como en cascadas de aguas vivas para totalmente anegarla, llenando todas sus potencias y sentidos.

Y así exulta de gozo en el Señor, hecho esclavo en su seno; y para El florece como un lirio, multiplicando las facetas y afectos de su amor, deleitándolo y como embriagándolo con la variedad de su perfume.

Y en esa soledad también Jesús, el Príncipe hecho esclavo, exulta de gozo y florece como un lirio: El es la flor que germina de María (Is. 11,1), El «la flor del campo y el lirio de los valles» (Cant. 2,1).

Exulta de gozo al poder, El que, como Príncipe, era y es en todo igual al Padre, someterse ahora como esclavo, como esclavo obedecerle, como esclavo y en nombre de todos los esclavos amarle, y así honrarle.

Exulta de gozo al poder amarlo con el simplicísimo, intuitivo y total amor humano, que deriva inalterable y fijo de su ser Persona divina, así como de la visión humana intuitiva y beatífica que, por lo mismo, de la Divinidad tiene.

Y exulta de gozo al poder, con ese mismo amor humano fijo, inalterable y plenísimo, amar a la Madre como ama al Padre, obedecer a la Madre como obedece al Padre, copiar a la Madre como copia al Padre.

A ambos los amaba eternamente con amor divino, infinito y eterno, en el que no cabe sumisión, obediencia o inferioridad. Pero ahora exulta de gozo al poder amarlos *también* con un amor creado, con un amor humano, por el que puede sometérseles y obedecerles, haciéndose por él obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Si el amor goza en someterse, servir e incluso ser esclavo del amado, podemos en algún modo comprender la exultación del Verbo hecho esclavo, al sentir en sí un amor humano que le posibilite todo eso con relación al Padre, y con relación a la Madre. E igualmente podremos atisbar el agradecimiento que hubo de sentir hacia la Madre, que ese gozo suyo hizo posible al vestirlo de esclavo.

Y florece como un lirio. Porque no sólo ama al Padre y a la Madre con ese amor humano intuitivo, fijo y estable, sino que ese mismo amor se expande y desborda a todo su ser humano, imitando a la Virgen, multiplicando en variaciones hermosísimas, que como le llenan de sorpresa, las manifestaciones, afectos y palabras de amor, en una expresión típicamente humana, que le hace sentir y gozar más vivamente su condición de esclavo, que por amor tomó: por amor a su Padre, por amor a su Madre, por amor a nosotros los hombres.

Y sigue ponderando el gozo de esa soledad: «Y pondrá su desierto como paraíso de delicias, su soledad como jardín del Señor. Gozo y alegría habrá en Ella, acción de gracias, y voz de alabanza» (Is. 51,3).

Asociados en todo María y su Divino Hijo, también el contenido de estas palabras se verifica en los dos.

El desierto es María, que había clamado: «Dios mío, Dios mío, a Ti yo velo y estoy atenta, deseándote desde el amanecer, desde el alborear primero de mi existencia. Tuvo sed de ti mi alma, y mi misma carne de cuán varios modos te anhela a Ti. En una tierra *desierta, sin camino,* y *sin agua,* me mostré a tu santidad, ansiosa de contemplar tu poder y tu gloria» (Sal. 62,1-3).

Dios no sólo le hace contemplar su poder y su gloria, sino que le da su mismo Poder y Gloria, que es el Verbo, «esplendor de su gloria, y figura de su substancia, que todo lo sustenta con la Palabra de su Poder» (Hebr. 1,3), para que revistiéndolo de su naturaleza de esclava, por ella lo retenga, posea, goce y haga suyo, hecho por Ella esclavo.

«Y el Verbo —Dios eterno (Jo. 1,1)— se hizo carne, y habitó o puso su morada entre nosotros» (Jo. 1,14).

Se hizo carne en el seno de la Virgen María, y de Ella quiso tomarla y recibirla, y a Ella eligió como su morada para siempre (Sal. 44,7; 131,13.14), vinculándose y asociándose eternamente, indisolublemente a Ella.

Entonces el desierto de María se transforma en paraíso de delicias, su soledad como jardín del Señor: «Y pondrá (Dios, al encarnarse en Ella) su desierto como paraíso de delicias, su soledad cual jardín del Señor» (Is. 51,3).

El paraíso es el lugar donde Dios se manifiesta, se comunica íntimamente con el hombre, conversa con él como de tú a tú.

Si María, al engendrar al Verbo encarnado, se convierte en paraíso de delicias, es porque es la sede, el sujeto y el objeto de todas las comunicaciones divinas. La inhabitación del Verbo en Ella no es estancia de inquilino extraño e indiferente, sino abrazo y comunicación de enamorado, que transfunde su mismo ser a María, como Ella le transfunde también a El todo su ser humano.

Y esa transfusión y comunicación mutua total, es delicia inefable para Ella —paraíso de delicias, que tanto suspirara por Dios y ansiara a Dios—; y no es menos paraíso de delicias para el Verbo hecho esclavo en su seno, quien, por el gozo que en su trato e intimidad tiene, ha llegado a poner sus delicias «en conversar y estar con los hijos de los hombres» (Prov. 8,31).

Por eso añade: «Su soledad como jardín del Señor», porque el Señor mismo tiene su recreo, y como encuentra y reconoce su propia hermosura, recorriendo y gozando esa

su posesión inagotable de María, «jardín cerrado, y fuente sellada» (Cant. 4,12), que a solas y del todo se le entrega, como El, también a solas, se da a Ella.

Y el sentir que es capaz de llenar de gozo al Verbo hecho esclavo en su seno, el ver y palpar que en nada le ha defraudado de cuanto esperaba de Ella, redunda en gozo inefable de la Virgen, cuyo gozo ni es ni puede ser otro que el de ver y contemplar el gozo del Verbo hecho esclavo en su seno.

Por eso se nos dice: «Gozo y alegría habrá en Ella, acción de gracias y voz de alabanza» (Is. 51,3).

Gozo y alegría del espíritu, por su simplicidad inenarrable, inefable, indescriptible, según vimos más arriba.

Gozo simplicísimo que redunda y deriva en su alma y en todo su ser, floreciendo como un lirio en acciones de gracias variadísimas, en voces múltiples de loa y alabanza, cual rumor de límpido torrente, que luminoso se despeña inagotable. Gozo en el Verbo hecho esclavo en su seno, y pasmo de adoración enamorada en su presencia; canto continuo, y nunca repetido, maravilloso himno de gracias, enarración inagotable de alabanzas a su Divino Hijo.

Y también Jesús, el Verbo hecho esclavo en el seno de María, en soledad con Ella, desierto y despojado de las manifestaciones de su grandeza divina, es paraíso de delicias —«Dios con nosotros»—, en que se maravilla, pasma y goza María, en que se maravilla y goza el Padre Celestial: jardín plantado en el mundo, en que el Padre se recrea.

También El exulta de gozo y de alegría en su espíritu al poder sentirse esclavo obediente al Padre hasta la muerte, y su Corazón humano irrumpe en acciones de gracias y voces de alabanza múltiples en el trato con su Padre, y en la intimidad con su Madre María, de la que copia y aprende esa multiplicidad de inagotable variedad.

Y con la encarnación del Verbo, del desierto hecho paraíso de delicias, de la soledad convertida en jardín del Señor,

empiezan a manar ríos de aguas vivas, que ya jamás dejarán de fluir.

Por eso dice: «Brotarán ríos de agua en el desierto, torrentes en la Soledad» (Is. 35,6).

Ríos y torrentes en plural, pues es doble su fuente: María y el Verbo en su seno: ambos paraíso de delicias, ambos jardín de Dios.

Pero sus aguas se funden, ya en el mismo nacer, en una sola —asociados indisolublemente en todo—, comunicándoles María su sabor humano; el Verbo encarnado su sabor divino, su caudal infinito.

Ambos, asociados, constituyen como un solo paraíso, y un solo jardín.

Por eso se nos dice, en singular: «Una fuente brotaba de la tierra, regando toda la superficie de la tierra» (Gén. 2,6).

Y también: «Y un río manaba del lugar de delicias para regar —fecundar y dar vida— al paraíso» (Gén. 2,10).

Así la tierra *desierta, sin camino* y *sin agua* (Sal. 62,3) de la Virgen María, trocada en paraíso de delicias, se ha convertido en «la Fuente de aguas vivas» —«jardín cerrado, fuente sellada» (Cant. 4,12)—, de la que brota el Río mismo de la Vida, que es Cristo (Jo. 1,4; 14,6), y ese mismo Río que de Ella brota es Camino que nos lleva a Dios, suavemente arrastrándonos en el movimiento de sus aguas (Jo. 14,6).

Ahora es sólo Río de aguas vivas lo que de esa Fuente fluye. Pronto aparecerá que es Río de sangre que lava y purifica al mundo, para que todos sepamos y palpemos que en realidad es Río de amor, para por ese amor atraernos y arrastrarnos consigo: «Cuando Yo fuere elevado de la tierra —(significaba con ello el género de muerte de que había de morir)— atraeré a Mí todas las cosas» (Jo. 12,32).

11. Intimidad y comunicación de la Madre con el Verbo encarnado en su seno

Mas dejando las expresiones que nos brinda la Escritura para describir esa unión de amor, pasemos ya a contemplar directamente a nuestra Madre en esa su intimidad con el Verbo encarnado en su seno, con su Jesús.

Toda se vierte en El, se consagra a El. Le adora y le sirve.

Pero en realidad no hay aquí más servicio que el del amor; y sólo amor pide ahora el Señor a su esclava, y sólo amor le da Ella, amor gozoso.

El servicio *objetivo* que le presta, una vez lo ha vestido de esclavo, es servicio natural y como necesario: no ocupa para nada la voluntad, ni menos la distrae de su contemplación de amor.

La voluntad puede *interrumpir* el servicio, desechando al hijo concebido, que en el seno de la madre vive por la Madre, depende en su vida de la Madre. Mas no se requiere en la madre voluntad *positiva actual* para prestar el servicio de la conservación de la vida y del desarrollo del hijo.

María ha concebido a su Hijo por un acto de su voluntad virginalmente enamorada. En virtud de ese acto, que jamás retractará, el servicio a su Jesús sigue de modo automático: Jesús vive por Ella, y por Ella se desarrolla en su ser humano. Y María vive por Jesús en su vida divina, y en ella florece y se expansiona como lirio plantado en el paraíso de delicias.

La comunicación mutua de esas dos vidas implica en ambos comunicantes un acto de voluntad no retractado. Pero no una actualización presente tal que *ocupe* el entendimiento o la voluntad.

Todo está así en la Virgen libre y como ocioso para amar y ser amada.

Todo en el Corazón de Jesús está libre y como ocioso para amar y sentirse amado.

Por eso, toda la actividad consciente de María está en simplemente amar y sentirse amada, puesto que el servicio, *aunque se da*, no la ocupa ni la distrae en lo más mínimo de su contemplación de amor.

Y como el simple amar y ser amado es puro gozo, así es puro gozo ese ejercicio de amor para María.

Todo lo externo es para Ella como irreal, cual sueño sin consistencia.

Todo su ser está absorbido en el amor extático y contemplación del Verbo que, por su amor, ha atraído a habitar en su seno.

Jamás podremos llegar a entender la maravilla y el pasmo que embargan a María, al verlo y contemplarlo en su seno. Allí está, y allí lo mira Ella, con el vestido de esclavo que Ella misma le ha dado, y del que ya nunca se desprenderá. Mas Ella sabe bien que es el Rey de la gloria, por amor a Ella hecho esclavo. Y como a tal rendidamente lo adora, llena de maravilloso pasmo.

Y aún más la pasma ver que ese Rey de la gloria la va copiando en todo, para aprender de Ella a comportarse como hombre, como esclavo.

Inenarrable es su deleite al verse así copiada. Y aún mayor y más inefable es, si cabe, su deleite al copiar Ella a su Hijo, que le manifiesta y comunica el resplandor de la gloria divina que en su humanidad se refleja, y en su propia luz la envuelve a Ella y transfigura: a Ella, la «Mujer vestida de sol» (Apoc. 12,1).

Y es que por mucho que el Verbo se haga esclavo, jamás podrá disimular del todo que es el Rey de la gloria.

Vive así María la consagración total del propio ser como interno. Toda su hermosura y armonía es ahora interior (Sal. 44,14).

Consagración del alma *como espíritu*, que participa la fijeza e inmutabilidad del conocimiento y del amor que de la Persona divina del Verbo deriva a la Humanidad que de Ella ha tomado y hecho suya.

Consagración del alma *como alma,* como informante al cuerpo, actuante en el cuerpo y con el cuerpo, atrayéndolo todo a la contemplación y el gozo de Jesús, anegándolo y sumiéndolo en su adoración.

Consagración así de todos los pensamientos múltiples y sucesivos, que sólo a Jesús miran y contemplan, sólo a El se refieren; de los afectos que brotan y se multiplican cual las flores que en primavera cubren los campos, y sólo a Jesús se dirigen, sólo para El florecen; de la imaginación, que sólo en Jesús se ocupa, sólo a El representa y en El sueña; de los sentidos, que sólo en El descansan y en El gozan.

Contemplemos también su maravilla al verse acompañada e imitada en su consagración del alma *como alma* por su Divino Hijo, con lo que percibe cuánto le agrada y enamora esa consagración, pues que quiere copiarla, y hacerla también suya y divina. Su maravilla al verse unida a su Divino Hijo en la consagración del alma *como espíritu,* que es copia y reverbero de la de El. Su gozo inenarrable de sentirse en todo *una con El,* por cuanto El le comunica lo específico suyo, y toma y hace propio lo específico de Ella.

Y siempre en soledad con el Amado, gozando en y con el Amado, con transfiguración mutua en el Amado, «en soledad ha puesto ya su nido, y en soledad la guía, a solas su querido, también en soledad de amor herido».

Mas aquí es Ella guiada y guía. Su Hijo la guía en el comportamiento divino. Ella guía a su Hijo en el comportamiento humano. Y en ambos casos no se sabe qué es más de admirar: si lo experto y seguro de los guías, o la maravillosa docilidad de los guiados.

En esa soledad de amor hemos de mirar a nuestra Madre, y a Ella en todo unirnos: en su viaje apresurado a las montañas de Judá, en su estancia de tres meses en casa de Isabel, en los seis meses que con José pasa en Nazaret, en su viaje a Belén, a punto ya de dar al mundo, presentándolo a su familia y raza humana, al Amado elegido que hasta entonces guardara sólo para sí.

Afortunadamente, la misma Virgen María nos desvela un tanto ese estado de puro goce en el amor en su *Magnificat*, sobre el que no volvemos, por haberlo tratado más arriba.

Destaquemos tan sólo: la enarración gozosa y discursiva con que su alma contempla y recorre las grandezas de su Hijo; la exultación en El simplicísima, inefable de su espíritu; la conciencia y conocimiento claro de cuanto Jesús ha hecho y hace en Ella; el anonadamiento adorador de su pequeñez ante la majestad, gloria y poder divino de quien lleva en su seno; la alegría —ahora pura alegría sin mezcla de dolor— al saber las alabanzas que la dirigirán sus hijos por todas las generaciones; el gozo de la obra redentora que llevará a cabo la omnipotencia divina, sirviéndose, como de brazo para hacerla, de la humanidad que ha asumido de Ella —tampoco aquí aparece ahora el dolor, aunque bien sabe se realizará por la pasión y muerte de su Hijo—; la alegría de ver ya como cumplidas todas las promesas de salvación e intimidad divina hechas a la Humanidad.

Es así el *Magnificat* como un relámpago instantáneo de luz, que nos hace vislumbrar el estado interior de María. La meditación afectuosa nos hará contemplar de modo permanente lo que momentáneamente quiso la misma Virgen desvelarnos.

12. Correspondencia del corazón de Jesús, y unión operativa en la fecundidad

Insinuemos también la correspondencia del Corazón de Jesús a Ella, haciéndola sentir la dicha de la unión consigo en todo, en comunicación íntima y plena en soledad.

De la comunión ontológica ya hablamos: Jesús la copia en todo, y a la vez imprime en Ella el reflejo y redundancia divina que de la Persona del Verbo deriva en su humanidad.

Mas también hay la unión operativa, la unión total y plena en la fecundidad, que es la que da más gozo a los que se aman.

De esa unión en la fecundidad nos dice el mismo Jesús: «El que permanece en Mí, y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada» (Jo. 15,5).

En virtud de esa unión nuestra con Cristo, toda la obra de transformación del alma, su divinización, es indisolublemente obra mía humana y obra divina de Jesús. Ese es mi gozo; ése es también el gozo del bienaventurado: mi transformación, siendo mía, es divina, es de Jesús. Y toda proyección mía exterior, toda fecundidad externa de apostolado, toda fecundidad externa mía, hecha por Jesús en mí y por mí, es mía y de Jesús, es humana y divina.

Pero hay una diferencia entre nosotros y María en esa unión misteriosa de fecundidad en el amor.

Si en mi transformación interna nada puedo hacer yo sin Jesús, y nada puede hacer El sin Mí —«quien te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín)—, en la fecundidad de proyección externa, que mira a la santificación ajena, yo nada puedo sin Jesús, pero Jesús puede perfectamente prescindir de mi cooperación concreta. Su fecundidad se extiende a un ámbito infinitamente más amplio y dilatado que aquél al que se extiende mi cooperación con El.

Mas con María no sucede así. El ámbito de su cooperación fecunda coincide en todo con el de la fecundidad de su Jesús.

Si Jesús con toda verdad le dice a Ella: «Sin Mí nada puedes hacer», también le añade, con la misma verdad: «Y sin ti nada quiero Yo poder hacer.»

Ninguna acción salvadora, ninguna fecundidad quiere tener el Verbo encarnado sin María, sino en y con María, asociándosela en todo. Toda obra de Jesús es obra de Ella; toda obra de Ella es obra de Jesús.

En eso radica precisamente su plena Maternidad universal: todos sus hijos salen así a la vez hijos de Dios; todos los hijos de Dios salen y son hijos suyos. Y todos los frutos de ellos son a la vez, y simultánea e indisolublemente, frutos de Jesús y frutos de María, pues todos nacemos a la

vida por Ella, y por Ella nos desarrollamos y crecemos en esa misma vida (Credo del Pueblo de Dios).

Mayor unión con su Hijo en toda actividad no puede soñarse; mayor unión y conjunción exclusiva y total de fecundidad no puede concebirse.

Jesús la inicia en el gozo inefable de esa Maternidad, de esa unión total con El en la fecundidad, desde el primer instante en que existe en su seno.

Desde ese primer instante Jesús, con su entendimiento humano, distintamente conoce y singularmente ama a cuantos han de ser miembros suyos (Pío XII, *Mystici Corporis*, Denz. 2289). Y comunicando a la Virgen María, según vimos, cuanto en su humanidad reverbera de la divinidad del Verbo, comunica también ya desde ese instante a María el conocimiento y el amor de cuantos, por haber de ser miembros suyos, serán también hijos de Ella.

Por eso nos dice San Bernardo que desde el momento en que concibió en su seno al Verbo, desde ese mismo momento de modo misterioso nos llevó en su seno a todos nosotros.

Desde ese momento me conoció y amó la Virgen, y se gozó en mí como en su hijo.

Esa iniciación en su Maternidad universal es ahora puro gozo para María, aunque no ignore los dolores que le costará más tarde.

Como sólo gozo tiene la madre el pensar en los hijos futuros, aunque no ignore el dolor que comportará su alumbramiento, ni los desvelos y cuidados que su crianza implicará.

Como sólo gozo experimenta la esclava recientemente desposada con el Príncipe, hecho esclavo por amor a ella, cuando a solas dialoga con El sobre los hijos futuros con que sueñan.

Y aunque esta iniciación de puro gozo a la Maternidad futura llena estos nueve meses, también durante ellos quiso Jesús discretamente iniciarla en el gozo y dolor de la Ma-

ternidad *actual*, haciéndola comenzar el ejercicio actual de su fecundidad con el Bautista e Isabel, así como con San José.

Su primera actuación fecunda es con el Bautista e Isabel, en quienes siembra y hace nacer a su Jesús. Su Maternidad aquí sólo gozo reviste: a su sola presencia, Jesús como se anticipa a sembrarse por medio de Ella para ahorrarle dolor.

En ese alumbramiento gozoso de María parece prenunciarse el que tendrá con algunas almas que parecen como no resistir nada a la Virgen ni a su materna acción —piénsese en Teresita de Lissieux, Estanislao de Kostka, Juan Berchmans, Luis Gonzaga, y tantas otras almas inocentes y dóciles que nos son desconocidas, a las que podría aplicarse lo que Santo Tomás decía de San Buenaventura: que parecía como si en él no se notaran las consecuencias del pecado original.

Gozo y dolor, en cambio, reviste su maternidad sobrenatural con relación a San José. A nadie naturalmente debió desear tanto María comunicar su Jesús, en ningún corazón deseó tanto sembrarlo. Mas entre el deseo y la ejecución de él se extiende y prolonga el dolor, la angustia acerba del alumbramiento, en el que María ha de esperar pasivamente hasta que Jesús, para abreviar su dolor, se comunica a San José y se deja nacer en su corazón. Tras lo cual, todo será ya gozo para María en José. Como, olvidada de todo dolor pasado, sólo gozo tiene la madre tras el alumbramiento (cf. Jo. 16,21).

San José había de ser modelo eximio y patrón universal de cuantos aman al Corazón de Cristo, de cuantos por amor se le incorporan como miembros suyos por obra de María, y así son también hijos de la Virgen. Por eso creemos convino que en él se prefigurara el dolor y gozo que ordinariamente se combinan en la Maternidad normal de la Virgen con relación a casi la totalidad de sus hijos.

Y también, prefigurando lo que hará con sus hijos futuros, María asocia a su amor e intimidad con Jesús a los hijos que va engendrando. Primero a Isabel. Luego, y especialísimamente, a San José: cuanto Ella siente con relación al Verbo encarnado lo comunica gozosa con José. Y lo asocia gustosa a su adoración, a su amor, a su trato con El.

No es María celosa, ni exclusiva. Verdadera Madre nuestra, quiere que todo lo suyo sea también de sus hijos. Por eso su mayor deseo y gozo es imprimir en nuestros corazones y hacer nuestro el mismo amor e intimidad que Ella con Jesús tiene. Si al recibirse en nosotros se limita, no es porque Ella limite su don, sino porque nosotros lo limitamos al recibirlo.

Y todo lo de Ella podemos y debemos usar nosotros como propio, para como propio ofrecerlo a Jesús: su amor, su inocencia, su pureza, su adoración, su humildad, su pena y dolor por mis pecados, son más verdaderamente míos, y como míos los puedo dar a Jesús que si de mí mismo procedieran.

Como es más del hijo pequeñito la riqueza y los bienes de su madre, que no la monedilla que como suya lleva en el bolsillo, que para bien poco ha de llegarle, si es que antes no la pierde por el agujero que siempre suele aparecer en sus bolsillos.

Si supiéramos usar como nuestro el tesoro que en María nos dio Jesús, al dárnosla por Madre, cuán pronto llegaríamos a su Corazón y se nos abrirían todas sus puertas.

Qué seguros estaríamos de nuestro total perdón, si le ofreciéramos como nuestro, cada vez que pecamos, el dolor de su Madre, y le instáramos a perdonarnos para consolarla a Ella, para transformar en gozo el dolor que por nosotros padece.

Qué ricos y confiados nos sentiríamos, al acercarnos totalmente pobres a Jesús, sin nada que darle u ofrecerle, si vamos a El en brazos de nuestra Madre, ofreciéndole todo lo de Ella como nuestro.

Si así lo hacemos experimentaremos de seguida que no hay para nosotros en el Corazón de Jesús puerta cerrada, porque tampoco la hay para nuestra Madre.

13. María, nuestro modelo en el trato con Jesús

Si María es mi verdadero y único tesoro para ofrecer a Jesús, también es igualmente mi modelo para tratarlo y amarlo.

A su contacto prende en nosotros el enamoramiento previo que, como en Ella atrajo al Verbo a tomar carne en su seno, así ahora atrae al Verbo encarnado, a su Jesús, a elegirnos a nosotros por morada: «Si alguno me ama, será amado por mi Padre: y Yo le amaré, y me manifestaré a mí mismo a él... Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (Jo. 14,21.23). Con cuánto más gozo vendrá a nosotros, si en nuestro corazón encuentra ya el paraíso de delicias que es su Madre.

Al venir Jesús a nosotros, y morar en nuestro interior y manifestársenos, nos convertimos en verdadera copia de nuestra Madre con Jesús en su seno; y nuestras relaciones con El son como reflejo de las de Ella, que con nosotros las mantiene, supliendo nuestras deficiencias.

Por eso, al sentir esa inhabitación se maravilla el alma, y goza exultante en las primeras fiestas de su amor. Siente necesidad de aislamiento y soledad, como María, de contemplar a solas a Jesús, y de gozar de El en soledad. Jesús mismo irresistiblemente la atrae, absorbe y lleva a soledad, dándole tedio de cuanto no sea estar con El.

Esa soledad de amor es necesaria al alma, para que en su trato adquiera fuerzas para más tarde servirle con sus obras y con su actividad. Por eso el mismo Jesús quiso darnos de ella ejemplo retirándose cuarenta días al desierto antes

de comenzar su vida pública. Por eso aun en ésta solía retirarse por las noches para pasarlas en oración de soledad.

Sin contar con su soledad total de nueve meses en el seno de la Virgen, y su recogido retiro de treinta años antes de comenzar su actuación pública. ¡Cómo nos enseñó a no tener prisas para actuar, hasta que El nos compela, descansando en tanto tranquilos en su amor y en su trato!

No tengamos, pues, prisas por salir de ese aislamiento y soledad de amor, so pretexto de la urgencia de apostolado. El alma aún no está fuerte en el amor: las obras serían demasiado pesadas para ella; el mundo en que habrá de actuar la seduciría y apartaría de Jesús, extinguiendo con su frialdad el amor de El, todavía incipiente y vacilante.

En esa soledad se va transfigurando el alma, transformándose en Jesús, junto con El en el seno de María, desarrollándose, cogiendo fuerzas, formándose en su nueva vida, llevando a cabo su consagración *interna* total, para que luego el servicio y la actividad externa salgan como fruto connatural del amor y de la vida en Cristo que la anima.

No olvidemos que no sale el niño del seno de su madre por propia iniciativa, sino sólo cuando *le obligan* a salir. Ni se imponen al pequeñín (ya nacido) cargas pesadas, ni aun ligeras, antes sólo se le colma de caricias hasta que se le vea ya fuertecito.

Esa intimidad en el amor es tiempo de delicia, maná que cría y robustece al alma.

Olvidada de todo, es cual sueño reparador reclinada en el Amado, del que no se debe despertarla, o sacarla con exigencia alguna que no sea la del amor.

Por eso Jesús dice: «Os conjuro... que no despertéis, ni en nada desveléis a la amada, hasta que ella por sí misma lo haga» (Cant. 2,7). El despertarse y salir de ese estado ha de ser connatural y no forzado: ni forzado de fuera, ni forzado de dentro.

Todo es soledad y gozo en ese estado. No es un sueño inconsciente, sino un olvido de cuanto no sea la unión de

amor. Por eso, lo que el Amado llama sueño, lo describe el alma enamorada como unión absorbente de amor, en soledad total con el Amado, en que todo, si no es El, desaparece: «Me senté a la sombra del que mi alma deseara... me introdujo en su mismo Corazón, sede de todo amor (si el vino es el amor, la bodega del vino es la sede y como residencia del amor, el Corazón de Cristo), hizo brotar en mí la caridad... desfallezco de amor, mientras El con su izquierda sostiene mi cabeza —remediando con su humanidad mi debilidad y pequeñez—, y me abraza su diestra —comunicándome su Divinidad—» (Cant. 2,3-6).

Gozo que, como en María, no excluye preanuncios pasajeros de la fecundidad operante, dolorosa, que nos espera después en el servicio de Jesús cuando El nos vea ya fuertes en su amor. Mas no los busque el alma: ya Jesús se los comunicará y hará sentir como anticipo cuando quiera.

Y cuando llegue el tiempo de servicio —de obediencia incluso hasta la muerte, y muerte de cruz—, no olvide que jamás debe olvidar la unión a solas, volviendo a ella en cuantos momentos tenga libres, pues sólo así hallará alimento y fuerzas para sin desfallecer perseverar.

Especialmente ha de buscarla en cada comunión, para en ella reanimarse y fortalecer su debilidad.

Es, en efecto, en la comunión —y consecuente inhabitación *física* interior de Jesús en nosotros— donde mejor copiamos a la Virgen con Jesús en su seno; donde más se echa de ver que, como en verdad hijos suyos, somos también verdadera y como exacta copia suya.

Y si físicamente la copiamos, no menos hemos de imitarla en sus disposiciones durante esos nueve meses, asociándonos en todo a Ella, y tomándola como maestra y guía.

¡Cuántas veces desfallecemos en el servicio divino por no imitar en la comunión su unión de amor en soledad, o no reactualizarla luego a lo largo del día!

Como niños pequeños, pongámonos en sus brazos, reclinados en su seno, para amar a Jesús con Ella y desde Ella.

Y si aun así nuestro corazón se encuentra frío, y no puede concentrarse en el amor, invitémosla y pidámosla a Ella para que ame por nosotros y en nosotros. Y contemplándolos amándose en nuestro corazón, unámonos a Ella, y estemos seguros de que Jesús está ahí contento, y derramará sobre mí cuanto don, misericordia y amor Ella le pida.

Capítulo III

AMOR DE SERVICIO

Con el nacimiento de Jesús comienza en María el amor de servicio, se inicia y lleva a cabo la consagración de su actividad externa, que sólo a Jesús mira, sólo a El se dedica.

No es que el servicio externo no empezara antes. Es evidente que de meses atrás María y José se afanaron en disponerlo todo amorosamente en Nazaret, para hacer grata allí a Jesús su morada, aun materialmente, cuando naciera.

Pero este servicio fue casi del todo *ineficaz*: de él sólo llegó a Jesús *el amor* con que se hizo, no el servicio mismo. El nido con tanto esmero preparado, no quiso Jesús ocuparlo.

Partiendo hacia Belén, no pudieron trasladar allí otras comodidades que las que un asnillo podía llevar. Asnillo que hubo de cargar también con la Virgen María y con parte de las herramientas de San José.

Así nos enseña Jesús a no anticiparnos al día de mañana con nuestros servicios materiales de actividad externa, y a dar siempre la primacía a la unión afectiva de amor en la que El se deleita.

Así nos induce a no hacer planes de futuro, ni para el futuro, sino a amarle de presente, y de presente cumplir su voluntad, estando dispuestos a hacer en cada momento «lo que El nos diga» (Jo. 2,5), según la misma Virgen nos inculca.

Así el servicio a Jesús recién nacido prácticamente ha de partir de cero, ha de ser todo nuevo, improvisándose sobre la marcha según las exigencias del amor. Diríase que Jesús lo quiere todo siempre nuevo, recién brotado del alma: tanto el amor, como el servicio externo.

En la contemplación de ese amor de servicio, prestado continuamente por María, asociándose a Ella San José, que pasa a ser así nuestro modelo egregio, debemos prenotar algunas cosas.

1. Continuidad de la consagración interior

Aunque a nuestros ojos predomina el servicio externo, que es también el que primaria y principalmente Jesús percibe con sus sentidos y su experiencia externa, sigue igual e inalterable la unión de amor y afecto en soledad interior, que impregnaba el período anterior.

Es de esa unión de amor de la que procede y se origina el servicio; es ese amor el que hace sumamente grato al Corazón de Jesús el servicio externo que recibe.

No desdoblemos, ni separemos nosotros, lo que Dios unió, lo que nos muestra tan maravillosamente armonizado en María. No independicemos ni separemos el servicio externo de la contemplación amorosa interior, de la oración.

En el momento en que, bajo el pretexto de la actividad externa en servicio de Dios, empecemos a descuidar la contemplación interior de Jesús por la oración amorosa, nuestras obras de servicio externo se harán cuerpo sin alma, y acabarán siendo cadáver corrompido que no puede deleitar a Jesús, antes le contristará y hará llorar como Lázaro en el sepulcro, porque al que por el amor era su amigo lo contemplará ahora y verá muerto y sin amor.

Que María, y con Ella José, conservaran esa unión interior de amor en soledad, es de por sí evidente. Y también fácil para ellos, pues el Jesús que externamente cuidaban

era incluso materialmente el mismo que sentían morar en su interior.

Mas nosotros, en nuestro servicio, *experimentamos* una disociación que continuamente nos hemos de esforzar en evitar y superar. Pues aunque *por fe* sé que lo que hago a uno de mis prójimos lo hago al mismo Jesús (Mt. 25,40), el prójimo se presenta *a mi experiencia* como algo muy distinto de Jesús, y así me distrae de El.

Sólo la oración intensa y continua me hará superar *en fe* esa distinción, armonizándola en la unidad de un mismo amor: a Jesús en sí, y a Jesús en sus miembros, sintiéndolo así en todo y siempre como amor a Jesús.

2. Continuidad testificada por la Liturgia

Dada la evidencia de la perseverencia de María en esa unión de amor en soledad —de la que emanan todos sus servicios externos a Jesús—, sólo la corroboraremos por dos consideraciones: una litúrgica, y otra bíblica.

En las siete jornadas que preceden a Navidad, que conmemoran el viaje de María y José a Belén, la Iglesia ansía el nacimiento de Jesús, para que visiblemente inicie la obra redentora. Y así ora:

«Oh Sabiduría, que saliste de la boca del Altísimo, alcanzándolo todo desde un confín al otro, disponiéndolo todo con fortaleza y suavidad: ven a enseñarnos la vía de la prudencia. Oh cielos, enviadlo como rocío desde lo alto, y que las nubes nos lluevan al Justo: ábrase la Tierra Virgen, y germine al Salvador.»

«Oh Señor, Guía y Jefe de la Casa de Israel, que te apareciste a Moisés en el fuego de la llama de la zarza, y en el Sinaí le diste tu Ley; ven a redimirnos con el poder de tu brazo extendido. Cielos, enviadlo como rocío desde lo alto, lluevan las nubes al Justo; ábrase la Tierra y germine al Salvador.»

«Oh Raíz de Jessé, que estás enhiesta como bandera de los pueblos, ante el cual enmudecerán los reyes, y a quien suplicarán las naciones, ven de una vez a liberarnos; por favor, no tardes. Enviádnoslo, oh cielos, como Rocío desde lo alto, lluevan las nubes al Justo; ábrase la Tierra, y germine al Salvador.»

«Oh Llave de David, y Cetro de la casa de Israel: que abres, y nadie cierra; cierras, y nadie abre: ven, y saca de la mazmorra de la cárcel al encadenado, al que yace en tinieblas y en sombra de muerte. Cielos, enviadlo cual Rocío, lluevan las nubes al Justo; ábrase la Tierra y germine al Salvador.»

«Oh Oriente, esplendor de la Luz eterna, y Sol de justicia: ven e ilumina a los que estamos sumergidos, sin posibilidad de movimiento, en las tinieblas, y en la sombra y oscuridad de muerte. Desde lo alto, oh Cielos, enviádnoslo como Rocío, y que las nubes nos lluevan al Justo; ábrase la Tierra Virgen de María, y alúmbrenos por fin al Salvador.»

«Oh Rey de las naciones, y el Deseado de ellas, y Piedra angular que haces de dos uno: ven y salva al hombre, que de barro modelaste. Cielos, enviad vuestro Rocío desde arriba, y que las nubes nos lluevan al Justo; que se abra la Tierra y germine al Salvador.»

«Oh Emanuel —Dios con nosotros—, Rey y Legislador nuestro, al que las naciones esperan ahelantes, y Salvador de ellas: ven a salvarnos, Señor Dios nuestro. Oh Cielos, desde lo más alto enviádnoslo pronto cual Rocío; nubes que ocultáis la gloria divina, hacedlo descender, llovednos al Justo que ansiosos esperamos; ábrase ya de una vez la Tierra Virgen de nuestra Madre, y alúmbrenoslo ya: háganos nacer al Salvador.»

Si tales son los deseos de la Iglesia, de necesidad hubieron también de ser los deseos de la Virgen María, pues siendo Ella «comienzo e imagen de la Iglesia» (Prefacio de la Inmaculada), nada puede desear sobrenaturalmente ésta, si no es copiando a su imagen y prototipo.

Igualmente, siendo María Madre de la Iglesia, ningún deseo bueno puede darse en ésta que no derive de su Madre, que antes no haya sentido su Madre.

Es, pues, evidente que María —y con Ella José— deseaba ardientemente el nacimiento de su Hijo para remedio y salvación del mundo, y liberación de tantos hijos suyos que contemplaba encadenados por la culpa, yaciendo impotentes en las sombras de la muerte.

Pero, enamorada como estaba, no hubiera podido nutrir ese deseo si el nacimiento —y consiguiente presencia externa de su Jesús— hubiera disminuido su inhabitación interior en Ella, su unión de amor en soledad con El.

No vio, pues, la Virgen, ni experimentó jamás, oposición entre el nacimiento de Jesús al mundo y su unión interior de amor en soledad con El; ni disociación o incompatibilidad alguna entre el servicio externo que en adelante de continuo va a prestarle, y la contemplación interior con que su amor le envolvía.

Así nos enseña la perfecta armonía que ha de haber entre el servicio exterior de nuestras obras, y la contemplación interior de amor.

3. Continuidad testificada por el Evangelio

Por eso San Lucas, en su Evangelio, *cada vez* que nos presenta a la Virgen en relación con un ambiente exterior que nos parecería debía absorberla, nos llama la atención sobre su *actual* vida *interior*, su siempre actual contemplación de amor.

Así antes en la Visitación, cuando nos describe en el Magnificat lo que su alma sentía (Lc. 1,46-55).

Así ahora, en el nacimiento. Tras describirnos el alegre tumulto de los pastores en la cueva de Belén, en el que necesariamente María debía atender a sus palabras, y estar solícita pendiente de todos sus actos mientras acariciaban

a su Hijo y se lo pasaban de mano en mano unos a otros, termina su narración conduciéndonos a la vida interior de María, a su contemplación de amor en soledad, enriquecida con nuevos materiales: «Y María conservaba todas estas palabras y sucesos, meditándolos en su corazón» (Lc. 2,19).

La segunda vez que nos la presenta en contacto con el mundo exterior es en la presentación de su Hijo en el Templo.

También en esta ocasión se forma una especie de tumulto y agitación por las palabras públicas del anciano Simeón, y las manifestaciones alborozadas y no menos públicas de la anciana Ana.

Pero vuelve a advertirnos que nada de eso distrae a María de su contemplación interior, antes de todo se sirve para darse más a ella: «Y su padre y su Madre estaban admirándose de cuantas cosas se decían de El» (Lc. 2,33). *Estaban admirándose*: estado interior de admiración de la bondad de su Hijo, que así se manifiesta y da a conocer a cuantos en El esperan, incluso revelándoles el secreto, que hasta entonces sólo Ella conocía, de los dolores futuros que la esperaban.

Y a El, en su unión interior, se vuelven sus miradas para en El extasiarse. Por eso también dejan con prisas ese contacto exterior para volver a su estado de retiro en Nazaret: «Y no más llevaron a cabo cuanto prescribía la ley del Señor, volviéronse a Galilea, a su ciudad de Nazaret» (Lc. 2,39).

Así nos enseña nuestra Madre cómo, no más cumplir lo que Jesús nos pide en nuestra actividad exterior y apostolado, hemos de apresurarnos a volver a la soledad interior en unión de amor con El, sin entretenernos en el mundo, ni gozarnos en su alabanza, sin esperar en él a comprobar el resultado de nuestra acción.

La tercera vez que nos presenta a la Virgen en público, en contacto con el mundo, es cuando encuentra al Niño entre los Doctores.

Mas, al igual que las veces anteriores, no sólo aparece María en contacto con el mundo *con* Jesús, y *por razón de*

su Jesús, sino que nada parece distraerse en él, antes todo ese contacto lo convierte en florecimiento y despliegue de su vida interior, de su contemplación de amor: «Y su Madre conservaba y meditaba todas estas palabras y sucesos en su corazón» (Lc. 2,31).

Su contacto con ese mundo de disputas y turbación es como vuelo de ave que no se detiene. Por eso Jesús, que no quiere turbar su soledad de amor, no más ser por Ella encontrado, y cambiadas las primeras palabras de saludo, «descendió con ellos —dejando plantados a los Doctores—, y vino a Nazaret, y les estaba sometido» (Lc. 2,51).

Si a veces quiere Jesús que le llevemos al trato con los hombres y lo metamos en sus disputas, no olvidemos que no más verificar por nuestro medio su labor de siembra, quiere enseguida volver a estar a solas con nosotros, y que todo lo olvidemos para estar con El y gozar de El, ricos con el infinito poder de su amor, que a nuestra disposición pone.

Pero creemos que quien mejor ha sabido describirnos la armonía que la Virgen María supo encontrar entre el servicio exterior y la unión interior es el Apóstol San Juan —que tan bien hubo de conocerla—, cuando por primera vez nos la presenta en las bodas de Caná.

Ahí podemos contemplar la atención vigilante que, como Madre nuestra, tiene sobre nosotros, sus hijos, sin que esa atención y cuidado exterior en nada impida, sino más bien fomente, su contemplación interior del Corazón de Jesús.

Como Madre que a todos atiende, de todo cuida, y nada le pasa inadvertido que a nosotros sus hijos se refiera, se da cuenta antes que nadie de que falta el vino —de la deterioración y muerte de nuestro amor en nuestra unión con su Hijo—.

Sirviéndose de su relación *externa* y sensible con Jesús, externamente le aborda, y como a desde fuera y por fuera conocido y tratado le pide el remedio: «No tienen vino» (Jo. 2,3).

La respuesta de Jesús a ese contacto *externo* de su Madre, bien que amable y cariñosa, no puede ser más desoladora para nosotros, cuando nuestro amor ha decaído y muerto, y Jesús no se nos muestra y resucita, aun recurriendo a su Madre: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a Mí? Aún no ha llegado mi hora» (Jo. 2,4).

Mas la Virgen nos muestra que además de ese trato *exterior* con Jesús, está *actualmente* teniendo otro trato interior con El en soledad a todos escondida: un Jesús muy distinto del que se le hace sentir fuera; un Jesús que le hace percibir que es *todo suyo* y que jamás negará ni podrá negar nada a su alma enamorada.

Es precisamente ese conocimiento del Jesús interior que la eligiera por morada, esa contemplación amorosa de El a solas en el interior de su corazón, lo que le hace decir a los criados, con seguridad total y paz absoluta, pese a la respuesta exterior de Jesús: «Haced cuanto El os diga» (Jo. 2,5).

Entre la respuesta de Jesús exterior a sus oídos y la respuesta interior a su corazón, Ella se quedó con la segunda.

Trataba, y amaba, y conocía al Jesús que fuera de Ella convivía con Ella. Pero, ¡cuánto más trataba, conocía y se entretenía en amor con el Jesús que vivía en Ella, que la había elegido por morada eterna, para eternamente allí manifestársele! (Cf. Jo. 14,21-23).

Los criados, dóciles a María, obedecen a Jesús; y la necesidad es con creces remediada, no con avaricia y ahorro de hombre, sino con magnificencia y largueza de Dios.

¡Qué dicha la nuestra al tener una Madre que así vela por nosotros y de nosotros cuida, y a la vez vive unida a nuestro Redentor!

Madre que, aunque a nuestros ojos se nos presenta externamente como distinta de su Hijo y para con su Hijo intercesora, es en realidad *una* con El, pues en su corazón se le está siempre del todo entregando y siendo suyo, como Ella se le entrega y es *suya*. Por lo cual, pareciendo a nuestros

ojos que intercede, en realidad dispone como de propios en favor nuestro de todos los tesoros del Corazón de su Hijo.

Gracias a Ella, por más veces que, por el pecado, extingamos nuestro amor, si a Ella vamos en busca de remedio siempre nos dotará de un nuevo amor más perfecto y más divinamente rico y sabroso que el que perdimos.

Por eso, cuando al cielo lleguemos, veremos, al contemplarla, cómo nada han dañado al amor eterno que Ella nos tiene reservado las muchas veces que en vida rompimos y derramamos el cantarillo que, como para confortarnos en el camino, tantas veces Ella nos llenó y nos volvió a dar.

4. La consagración exterior

A la consagración interior que, según acabamos de ver, seguirá siempre en María, se añade ahora la consagración exterior, la dedicación de toda su actividad exterior *al servicio* —tanto material como espiritual— de su Hijo que, nacido en la total impotencia propia de los esclavos, necesita de todos sus cuidados.

Cuidados y servicios que revisten de un matiz *nuevo* la intimidad e imitación que caracterizaban e informaban la unión anterior en total soledad.

Cuidados y servicios que añaden al gozo de la consagración de María un elemento nuevo, que inicia la actuación de la reparación: el elemento del dolor y sufrimiento que acompaña de modo casi permanente al servicio que con gozo presta.

Dolor por las humillaciones, desprecios y persecuciones de que su Hijo es objeto. Dolor por nosotros, sus hijos, al ver somos la causa y origen de esas humillaciones, desprecios y persecuciones. Dolor al contemplar cómo sus amados somos tan ingratos y fríos, apreciamos y aprovechamos tan poco el Don infinito de Dios, que Ella nos da.

Así ese dolor reparador, a la vez que es aprendizaje de Maternidad para Ella, es a la vez el elemento que desen-

cadena el ejercicio actual de esa Maternidad con nosotros: amando y adorando por nosotros, y atrayéndonos con su dolor, su plegaria y sus deseos al conocimiento y amor de su Jesús.

Queda así enumerado lo que principalmente hemos de considerar en esta etapa del amor de María —que se extiende desde el nacimiento hasta la vida pública de su Hijo—: la consagración externa de su actividad al servicio de Jesús; la nueva clase de intimidad con El; el modo nuevo de mutua imitación; el dolor que acompaña al gozo de esa su nueva relación con Cristo, y que la inicia en la reparación; el largo aprendizaje, en contacto con Jesús, para *aprender* a comportarse en todo como Madre nuestra; el ejercicio práctico y actual de esa Maternidad, por una intercesión admirable y eficacísima en favor nuestro ante el Corazón de su Divino Hijo y ante el Padre Celestial.

Y mirarla en todos esos aspectos como modelo nuestro en la devoción al Corazón de Jesús —con sus actos fundamentales: consagración, reparación, intimidad, imitación, intercesión—, a la vez que como maternal suplente de nuestras deficiencias en esa devoción. E ir aprendiendo, mirándola, a ser sus hijos y como tales comportarse, tal cual Ella va aprendiendo a ser y comportarse como Madre nuestra.

Todos esos motivos se interfieren, y, en cierto modo, en todo momento están presentes. Ello hace inevitables ciertas repeticiones al considerarlos por separado. Nuestro modo de ser y conocer exige esa contemplación por separado. Pero al alma enamorada no la molestarán repeticiones que la hacen sentir en cada contemplación toda la plenitud y unidad de la realidad que ella divide.

5. El servicio al Amado

La consagración interior de todo el ser de María se completa ahora con su consagración exterior. Toda su fuerza

y actividad la ha guardado y como contenido para volcarla en el servicio de su Jesús en el momento y desde el momento que se lo pida: «Toda mi fuerza he guardado para Ti» (Sal. 58,10).

Y ahora, esa fuerza contenida irrumpe, manando del amor interior, para manifestarse en toda clase de servicios, pequeños y grandes, fáciles y difíciles, a su Divino Hijo, según El los necesite.

Destaquemos algunos aspectos de esta nueva consagración.

En primer lugar, aunque no más intensa, sí es materialmente más completa que la sola consagración interior. Por eso también, en cierto modo, más deleitable. Aunque también más dolorosa, porque nunca satisface su ejecución. El simple amor no se siente nunca limitado ni coartado —ama cuanto quiere—; la ejecución del servicio siempre es limitada por nuestra incapacidad: quien de verdad ama nunca sirve, ni puede servir, cuanto su amor desea. El deseo no tiene límites; su ejecución sí los tiene, y el amor siente terriblemente esa limitación.

Es más completa: En la consagración interna toda la actividad externa se ordena por el amor para dar gusto al Amado; pero es una ordenación como extrínseca y accidental a la misma actividad, cuyo objeto material no es el Amado mismo, y así no puede debidamente descansar en El, satisfacerse en El, unirse a El.

Mientras María tenía a Jesús en su seno, caminaba, cocinaba, hablaba con las vecinas, contemplaba el paisaje. Es evidente que todo eso, así como cuanto hacía, lo ordenaba a agradar a su Jesús; y sólo porque le agradaba, y en cuanto le agradaba, lo hacía. Pero, en su estructura interna, ni sus pasos, ni su cocinar, ni su conversación, ni sus miradas, se ordenaban a Jesús, tenían como objeto a Jesús o en El se terminaban.

Mas luego de nacido, sus pasos tienen como objeto a Jesús: para acercarse a El y estar con El, o para alejarse

de El en su servicio; a Jesús habla y a Jesús escucha, y si lo hace a otros es porque Jesús se lo pide o lo desea, para servirle a El; si cocina, es para que Jesús coma; y si contempla un paisaje, no es sola, sino con Jesús, uniéndose a su mirada y al gozo que El mismo siente al contemplar la hermosura de que El vistió todas las cosas al crearlas.

Antes, los sentidos de María sólo tenían contacto con Jesús mediante la imaginación, de donde redundaba su presencia en las mismas impresiones sensitivas externas; pero directamente ni veía, ni oía, ni palpaba a Jesús en su seno. Mas ahora todos sus sentidos directamente lo alcanzan, y en El descansan y hallan su gozo. Y eso lo ansiaba Ella, y lo ansiaba el mismo Verbo, que para eso «se hizo carne» (Jo. 1,14), para estar en contacto con nuestra carne, hacerse accesible a nuestra carne y a nuestros sentidos.

No crece así en intensidad el gozo de la Virgen en su Hijo; pero sí crece en extensión, al redundar en todo su ser, como anegando su actividad externa, sus mismos sentidos exteriores.

Ni crece en intensidad el gozo de Jesús en su Madre, en sentirse amado por su Madre; pero sí crece en extensión, al sentirse amado y adorado por todos los sentidos de Ella, al establecer El mismo contacto sensible con todos los sentidos y ser externo de su Madre. Uno es el gozo de *saberla* sonriente, y otro muy distinto, aunque inferior complementario del primero, el *verla* sonriente, *verla* moviéndose, *verla* sirviéndole.

El amor mutuo es el mismo; distinta y diversa su floración maravillosa. La misma la vida más distintas y variadísimas las manifestaciones y actos exteriores de esa vida interior.

Delicioso es para el Hijo *saberse* amado por la Madre, y amar a la Madre. Delicioso es para la Madre *saber* que ama al Hijo y es por El amado.

Mas eso no quita que se sienta como delicia nueva en la manifestación de ese amar y ser amado en caricias exter-

nas y sensibles, que se desean y agradan como manifestación del amor, pues, si del amor no procedieran, en vez de agradar repugnarían.

Por aquí podemos ver el nuevo matiz que la consagración externa y de servicio añade al gozo de la unión interior en soledad tanto en el Corazón de la Madre como en el del Hijo.

Mas si el gozo del amor es *puro y simple gozo*, el gozo de las manifestaciones del amor, y sobre todo del servicio al Amado, nunca es puro, sino mezclado de dolor, de sufrimiento e insatisfacción.

Dejando de lado, por ahora, otros motivos de dolor que se tratarán más adelante, destaquemos aquí el que proviene en María del sentimiento de deficiencia en su servicio, de su insuficiencia radical para servir a su Hijo *cual su Hijo merece.*

Sabe que lo cuida y sirve *como El quiere* por Ella ser cuidado y servido: no hay así ni es posible sentimiento alguno de culpabilidad en la que Dios hizo toda santa y toda pura. Pero sabe igualmente que es y será siempre incapaz de cuidarlo y servirlo *cual El merece.* Y así nunca pudo sentirse enteramente satisfecha del servicio prestado.

Su amor a Jesús no tiene límites. Su servicio externo a El, en cambio, se ve afectado por todas las limitaciones inherentes a una creatura ordinaria, a una mujer pobre y débil.

Y Ella sabe que su Hijo es Dios, y que el servicio de toda la creación sería como nada para lo que El merece.

Cuanto más comprendamos el enamoramiento total de María, mejor entenderemos su pena e insatisfacción profunda al verse tan limitada para hacer materialmente deleitable a su Hijo la vida que con Ella quiere compartir.

Y aun sus mismas manifestaciones externas de cariño habían de dejarla insatisfecha, pues ninguna podía expresar debidamente el incendio interior de amor que la abrasaba: ni sus palabras, ni sus besos, ni sus caricias.

6. Insuficiencia y limitaciones de ese servicio, y asociación a él de San José

Para disminuir a su Madre la angustia de esa su insuficiencia, Jesús quiso asociarle en el servicio a su esposo José, para que la carga indivisa se apoyara en los dos, enseñándonos con ello que si quiere ser amado a solas, quiere en cambio ser servido *en compañía* (cf. Mc. 6,7; Lc. 10,1).

¡Qué descanso para María saber que contaba con la ayuda incondicional y total de su esposo José para el cuidado y servicio de su Jesús! ¡Que su limitación se remediaba así en parte, y su insuficiencia radical era compartida por otro en unidad de amor!

Aun así podemos imaginar la pena y humillación de ambos —más soportable porque *compartida*—, cuando con todo amor preparan su nido en Nazaret para el Verbo que va a nacer: nido que palpan ser tan indigno de El, pese a todos los esfuerzos y empeño de su amor sin límites.

Pena y humillación ciertamente endulzada al contemplar ese amor infinito de Jesús que *quiere*, por amor, compartir su pobreza y limitaciones.

El pasmo de contemplar tanto amor les llena de gozo. La vista de su limitación para servirle cual tanto amor merece, les llena de pena. La fe viva que les hace ver y como palpar a Dios en el Niño que va a nacer es así fuente tanto de su gozo como de su aflicción.

Esta aflicción y sentimiento de insuficiencia alcanza límites que apenas podemos imaginar, manteniendo a María y José en humildad profunda tal que jamás pudieron sentirse satisfechos ni de sus obras ni de su servicio, viéndose así obligados a continuamente como superarse en la correspondencia de amor, única en la que no se sentían limitados. Respecto a su servicio externo, cuántas veces, tras haber hecho cuanto Jesús deseaba de ellos, y ellos sabían y podían prestarle, dirían las palabras que Jesús recomendaría más

tarde a sus discípulos: «Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, eso hemos hecho» (Lc. 17,10).

Podemos fácilmente suponer la pena y desconcierto de ambos cuando, tras prepararlo todo en Nazaret para acoger al Verbo encarnado, se encuentran en definitiva con que no son capaces de ofrecerle en Belén como primer albergue más que una cuadra o establo de animales; y como cuna —¡siendo José carpintero!— un pesebre. Ni siquiera aquello en cuyo arte destacaba José le fue de utilidad alguna para servir a Jesús en su nacimiento.

Y cuando su amor se había ingeniado para hacer ya medianamente cómoda en Belén la estancia del Hijo Divino, nuevo desplazamiento a Egipto, para partir allí otra vez de cero en su servicio material a la Divina Persona de su Jesús.

Allí pasa Jesús los primeros años de su infancia —en los que aprende a hablar y a caminar—, rodeado de las privaciones inherentes a unos emigrantes pobres, que allí llegaron sólo con lo puesto.

Y cuando, tras el esfuerzo continuado y lleno de amoroso celo de María y José, la situación se estabiliza y empieza a hacerse llevadera, nuevo desplazamiento a Nazaret, para allí recomenzar de nuevo.

Parece como si Jesús les estuviera diciendo en su interior: «Vosotros os esforzáis en servirme exteriormente, y agradezco vuestro esfuerzo. Pero no es vuestro servicio el que me agrada, sino el amor con que me lo hacéis: por eso, cuando el servicio parece alcanzar un nivel externo decoroso, me complazco en volverlo inútil y hacerlo fracasar, para que sintáis que sólo me agrado y complazco en vuestro amor, en ese amor del que procede el servicio que me hacéis.»

¡Y cómo, y cuán sin límites, le daban ese amor! Cuanto más cortos e incapaces se sentían para el servicio externo, tanto más rodeaban de cariño y de ternura al Divino Infante, mimándolo con sus caricias. Y en la dación de ese amor gozaban ellos inenarrablemente, y en su recepción gozaba no menos su Jesús.

Y en su limitación en el servicio externo sufrían ellos y se sentían humillados; y ante esa limitación anegada en amor y en humildad sonreía complacido su Jesús, que «siendo infinitamente rico, quiso por nosotros hacerse pobre, para con su pobreza enriquecernos a todos» (2 Cor. 8,9).

7. María y José, modelos egregios que imitar en nuestro servicio a Jesús

En ese amor de servicio María y José, estrechamente unidos en íntima colaboración, nos son modelo egregio.

Si Jesús quiere de cada uno de nosotros el trato a solas por la oración —«Mi Amado para mí, y yo para El» (Cant. 2,16; 6,2; 7,10)—, no quiere el servicio a solas, sino en colaboración.

Tanto a sus discípulos (Lc. 10,1), como a sus apóstoles (Mc. 6,7) los envía de dos en dos a predicar. Y en los Hechos de los Apóstoles se nos presenta siempre, en los primeros capítulos, a Pedro y a Juan yendo y actuando juntos cual si fueran uno solo (Act. 3,1; 4,13; 8,14).

Y cuando en la Iglesia de Antioquía se inicia la primera misión formal entre gentiles, el Espíritu Santo pide que segreguen de la comunidad a Pablo y a Bernabé, para que juntos cumplan el objetivo de evangelización (Act. 13,2). Y el mismo Pablo, después, nunca iría solo, sino acompañado de uno o varios, lo mismo que Bernabé que, al separarse de Pablo, lleva consigo a Marcos.

Es indudable que los demás apóstoles, cuya actuación de detalle desconocemos, siguieron esta misma pauta, que Jesús les diera en su vida mortal (Lc. 10,1; Mc. 6,7).

Quiere así Jesús que sus mismos apóstoles —¡cuánto más nosotros!— se sientan de tal modo insuficientes para servir a Dios cual Dios merece, que experimenten la necesidad de contar con la ayuda ajena.

Así nos evita el desaliento en los fracasos, al repartirse entre varios la insuficiencia, y ser por varios compartida.

Así nos mantiene humildes en los éxitos, que nunca podremos atribuirnos a nosotros mismos, al ser logrados con cooperación ajena.

Así nos tonifica en el amor mutuo de caridad, a la vez que nos asegura su presencia, única que garantiza el fruto de nuestro apostolado: «Dondequiera que dos o más estuvieren reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt. 18,20).

Así nos cimenta en la humildad para asegurarnos el premio, enseñándonos a no estar nunca satisfechos de lo que por El y con El hacemos, en tensión continua de superación.

Humildad profunda que procede de la fe, en que nos son modelo egregio María y José.

Ellos servían a Jesús-Hombre: mas por la fe sabían que ese Jesús hombre es Dios, aunque no vieran su divinidad: esa fe les hace sentir así profundamente la insuficiencia radical de todos sus servicios.

Nosotros no solemos servir a Jesús en persona. Nuestro servicio es al prójimo. Mas la fe me dice, aunque yo ni lo vea ni lo entienda, que el prójimo es Jesús, y mi servicio al prójimo es servicio a Jesús mismo: «Lo que a uno de éstos hicisteis, a Mí me lo hicisteis» (Mt. 25,40-45).

Bajo esa perpectiva de fe es evidente que siempre nos sentiremos insatisfechos de cuanto hagamos por el prójimo, por cuanto siempre será poquísimo y deficiente cuanto por Jesús hagamos, si lo comparamos con lo que El merece. Por eso todo hombre de fe tiene verdadero horror a la alabanza, y nada le confunde, ni avergüenza tanto, porque ve la mentira de ella en su propia insuficiencia, y así le parece burla llena de sarcasmo.

Y su insatisfacción aumenta cuando oye a Jesús decirnos: «Amaos unos a otros como Yo os he amado» (Jo. 13,34; 15,12). Comparando su amor al prójimo con el amor con que él mismo se siente amado por Cristo, su entrega efectiva al

prójimo con la entrega de Cristo que «me amó, y se entregó por mí a la muerte» (Gál. 2,20), no puede menos de avergonzarse y confundirse de todo su servicio a Cristo en el prójimo, y así, tras haber hecho con todo empeño cuanto Jesús le pide, no puede menos de exclamar: «Siervo inútil de verdad soy; lo que debía hacer, eso he hecho» (Lc. 17,10).

8. Intimidad

La consagración exterior de María a su Hijo divino lleva consigo un nuevo género de intimidad con El: la intimidad externa, que completa a la interna, y es como su floración y manifestación exterior.

Si antes eran comunes los pensamientos y afectos de Jesús y María, ahora, para consuelo de ambos, es también total la unión por lo que mira a las impresiones y actividad de los sentidos.

Esta unión destaca especialmente en los primeros años de la vida de Jesús, en que éste contempla el mundo desde los brazos de María, y busca en Ella la explicación de cuantas impresiones nuevas del mundo recibe, cual hacen los niños pequeños con sus madres.

Unión que, aunque gradualmente modificada, se mantiene en los años sucesivos, en que igualmente busca en su Madre explicación de cuanto nuevo percibe, tomando a su Madre como Maestra en todo.

Unión que se modifica profundamente, mejorando en la dimensión espiritual, cuando quiere mostrar, a los doce años, su proyección consciente y personal a la obra redentora para la que el Padre le ha enviado al mundo, separándose así de su comportamiento infantil, que hasta ese momento quiso libremente observar.

Desde entonces, más que discípulo, es El Maestro de su Madre, comunicándole explícitamente los planes salvadores que Dios tiene sobre la creación, que desde entonces será

contemplada por María, asociada a su Hijo, bajo la misma luz divina a la que el Verbo encarnado la contempla.

A esa unión objetiva de proyección al mundo y receptividad del mundo hemos de añadir la unión subjetiva —mucho más importante— de convivencia íntima, de proximidad física en todo, en Belén, Egipto y Nazaret.

Unión de intimidad mucho más bella, apetecible y deliciosa para María que la anterior, pues continuamente contempla a su Hijo, le habla, le escucha y está con El. E igualmente deliciosa para Jesús, que está con su Madre, la contempla e imita, la habla, la escucha, y en Ella silenciosamente se extasía.

Ante esto, en verdad, es como nada la contemplación que, unidos, tienen del mundo. Pues María es para Jesús inmensamente más que el universo entero fuera de Ella. Y el universo entero es como nada para María en comparación de ese Jesús que con Ella está, al que continuamente contempla y trata, en cuyo trato y contemplación se goza extasiada.

Unidos a José, imitemos y copiemos nosotros esa intimidad.

Contemplemos el mundo en brazos de María y con la misma mirada de Jesús. Confiramos con ellos cuantas impresiones del mundo recibimos. Pidámosles nos lo den a conocer, y nos concedan mirarlo y contemplarlo, a la misma luz a la que ellos lo ven y lo contemplan, descubriendo en todo la providencia divina, que todo lo gobierna y suavemente dirige al fin de salvación.

Y, sobre todo, desde los brazos de María contemplemos a Jesús y gocémonos en El, que ha querido también morar en cada uno de nosotros y en nuestro interior manifestársenos: que abra nuestros ojos para que le veamos; que, como Vida nuestra, sea principio de todas nuestras acciones y pasiones, para que nada hagamos ni soportemos solos, sino en El y con El; nada recibamos o en nada seamos afectados solos, sino en El y con El.

9. Imitación

La intimidad y trato familiar lleva consigo la imitación.

Antes del nacimiento de Jesús, la imitación mutua de Jesús y María mira a la transformación de las disposiciones interiores.

Nacido Jesús, esa imitación interna se completa con la imitación externa, que hará que el comportamiento y reacciones externas de Jesús y María sean como una sola y misma cosa.

También aquí, al menos aparentemente, durante los primeros años de la vida de Jesús, la imitación corre más a cargo de Jesús que de María.

Jesús ha de aprender de María su comportamiento *externo* humano —el interno ya lo copió en su seno—. De Ella aprende y copia las expresiones y ademanes; de Ella los gestos expresivos de su rostro, su sonrisa, su mirada, su expresión, sus reacciones. De Ella aprende a hablar, imitando hasta las inflexiones de su voz. De Ella aprende a andar imitando sus pasos y apostura. De Ella aprende a coger y usar los primeros objetos.

Aprendizaje que muy pronto se completará con la imitación externa de San José. Pues si en su aprendizaje interno sólo María fue su Maestra, en su aprendizaje externo, para manifestársenos como más universalmente humano, quiso fueran múltiples sus modelos: primariamente, María y José; secundariamente, cuantos niños, y aun adultos trataba. Aprendizaje que pensamos todavía no ha acabado, pues sigue en cierto modo aprendiendo de cada uno de nosotros cuando nos trata en el Sagrario. Doquiera hay amor, no puede faltar la mutua imitación espontánea.

Pero al asimilar esos múltiples aprendizajes, y realizar esa imitación, Jesús les imprime —cual hacen todos los niños— su sello característico *personal.*

Ese sello característico es el propio de la Persona divina del Verbo. Cuanto Jesús hace, copia o imita, lo hace como

Hijo de Dios, con el sello de Hijo de Dios, vistiéndolo de perfección y encanto propiamente divinos, en que el Padre pone todas sus complacencias.

Mas ese sello —que todos a su modo advierten y admiran— para todos permanece misterioso e indescifrable, por desconocer la personalidad divina de que procede. Sólo para María —y, en modo diferente, para San José— no es indescifrable, pues Ella conoce la verdadera personalidad divina de su Hijo, y así advierte la hermosura y encanto de ese sello.

Y no sólo lo advierte, sino que, enamorada, se esfuerza en copiarlo y asimilarlo, divinizando más y más su propio comportamiento y actitud exterior, para que sea *una* con la de su Hijo.

E induce a su esposo José a participar en esa asimilación, con lo que, no teniendo como Ella la plenitud y totalidad de la gracia, le hace crecer también en la transformación interior, aumentar en gracia y en amor, cosa de la que Ella es ya radicalmente incapaz por la plenitud y totalidad que la llena.

Por eso dijimos más arriba que durante los primeros años de la vida de Jesús *aparentemente* la imitación corre más a cargo de Jesús que de María.

Solo aparentemente, en cuanto Jesús imita lo visible de María. Mas María copia de continuo el sello característico divino del actuar de su Jesús, visible para Ella, aunque invisible para los demás.

Y es tal la riqueza inagotable de ese sello divino que imita, que es mucho más lo que Ella de su Jesús copia que lo que Jesús copia de Ella, aunque cada uno copie exhaustivamente todo lo del otro.

El resultado será una semejanza y cuasi-identidad tal, que el que contemple a María en su actitud exterior estará viendo a Jesús; el que contemple a Jesús, estará viendo a María.

El mismo Padre Celestial se complacerá en cada uno de ellos totalmente, percibiendo a los dos en cada uno de ellos. Pues en María se cumplió exhaustivamente la petición de Jesús: «Padre, que sean *uno* como Tú y Yo somos uno: Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad» (Jo. 17,22.23).

Petición que aplicada a su Madre en esta mutua imitación y copia podríamos transcribir: «Padre, que mi Madre y Yo seamos *uno*, como Tú y Yo somos uno: Yo en Ella, y Tú en Mí, para que sea consumada en la unidad con nosotros.»

Estando así Jesús en Ella, como el Padre está en El, es evidente que al contemplarla a Ella el Padre, y hallar en Ella a todo su Jesús, hecho uno con Ella y Ella con El, en Ella pone el Padre todas sus complacencias.

Tras la afirmación de su personalidad de adulto a los doce años en el templo, Jesús, aunque siga sometido a José y a María, ha ya prácticamente acabado su formación humana, siendo capaz de actuar como hombre con propia iniciativa.

Por eso en adelante, aunque sin dejar de seguir copiando a su Madre y a José —la intimidad del amor no deja de llevar a la imitación del amado hasta la más provecta ancianidad—, es mucho más lo que es copiado por ellos que no lo que El los copia.

En efecto, empieza a *externamente* desvelarles —ya en el mismo episodio del templo— la riqueza y complejidad infinita de la obra redentora para la que ha venido al mundo. Y, en lo sucesivo, los asocia a esa obra, que indudablemente sería en adelante la materia más ordinaria de las conversaciones de Nazaret.

Así María puede hacer *externamente* suyos todos los sentimientos, deseos, preocupaciones, afanes y dolores de su Hijo Jesús, adquiriendo la actitud y porte exterior de redentora junto con El.

Si desde la encarnación se supo y sintió corredentora, y si hasta los doce años de Jesús sufrió sola y sin comunicación *externa* con El los dolores y angustias de esa futura redención —respetando la voluntad divina, que quería tratara a Jesús *como a niño*—, desde ahora ya no habrá dolor secreto, ni esperanza oculta a ese respecto que externamente no se comuniquen y no sientan en común.

Y así como Jesús, hasta los doce años, aprende de Ella a comportarse como hombre, sentir como hombre y actuar como hombre, así en adelante aprenderá Ella de Jesús a comportarse como corredentora, sentir como corredentora, actuar como corredentora, en todo asimilada y unida a la misión de su Hijo. La cruz no la tomará así de sorpresa; y al pie de Ella estará con su Hijo como verdadera y perfectísima corredentora de la Humanidad.

10. Reparación

En este período de consagración total externa, de servicio, intimidad e imitación mutua, se inicia y perfecciona en María su actitud y actividad reparadora al Corazón del Hijo, sintiendo y sufriendo con El, compensándole de todo desprecio y desamor con su entrega total.

El gozo de la consagración y el dolor de la reparación aparecen siempre unidos y juntos en María desde que Jesús nace hasta que muere.

Gozo por poder servirle, y en servirle. Gozo por los bienes del Amado y los progresos que en El observa de día en día. Gozo al protegerlo con éxito de sus enemigos. Gozo al ayudarlo en su misión, al presentarlo a los pastores, reyes magos, Simeón y Ana, y al verlo por ellos reconocido y amado.

Dolor por la limitación de que se ven aquejados en su servicio, de la que ya se habló. Dolor por los peligros a que lo ven expuesto, por la preocupación acerca de El, viendo que enemigos poderosos buscan su muerte.

Dolor, sobre todo, y continuo, al saberlo Dios verdadero con nosotros por amor, y verlo despreciado, desconocido, tratado con desacato por cuantos lo rodeaban.

Es sobre todo este dolor el que debemos contemplar, pues él funda, más que ningún otro, la actitud reparadora de María, que, asociando consigo a San José —como asociará en adelante a cuantos la amen como Madre—, se afana en compensar con su adoración y entrega el olvido y desacato de los hombres, para que esa adoración y amor suyo total le consuelen del desamor ambiente, haciéndole agradable y amable su estancia entre nosotros.

Ese dolor se acrece, y con él el ansia reparadora de María, porque Ella se siente ya Madre de los hombres, y ve esos desacatos y desamor como desamor y desacatos de sus hijos, por los que ansía reparar y compensar para que Jesús, no tomándoselos en cuenta, los perdone.

Por eso el dolor de esa reparación nos sirve como de puente para debidamente entender el desarrollo de la Maternidad universal de María.

Contemplemos, pues, ese dolor reparador, que va formando el Corazón de María como corazón de Madre nuestra, en una progresión siempre creciente desde el naciminto hasta la cruz.

El dolor de María, que empieza siendo sentimiento por los desprecios de su Hijo, va siendo cada vez más dolor de sentir que somos nosotros, hijos suyos, quienes le despreciamos. Dolor así por su Hijo. Dolor si cabe aún más acerbo por nosotros sus hijos, que despreciamos el don que Ella nos ofrece.

A esa luz de su doble Maternidad podremos alcanzar a penetrar en cierto modo su dolor, al ver cómo el mundo lo rechaza cuando por vez primera Ella lo ofrece al mundo: «Vino a lo que era suyo, y los suyos no lo recibieron» (Jo. 1,11).

Llega el día en que el Jesús, que hasta ahora a solas y en

secreto para sí se ha reservado, ha de ser presentado y dado al mundo.

¡Con qué amor e ilusión va hacia Belén a darlo! Y nadie halla en Belén que quiera recibirlo. Y hubo de darlo al mundo en un establo.

Si grande fue la alegría de María al verlo nacido y contemplar su rostro —sintiendo en sí «el gozo de la maternidad con el honor de la virginidad» (Liturgia)—, no menor debió ser su dolor al contemplarlo así abajado, rechazado, despreciado.

Dolor por su Hijo, que se entrega con amor sin ser amado; que por amor nuestro se somete a toda incomodidad sin ser correspondido.

Dolor por nosotros, sus hijos, pues en el abandono y desconocimiento del pesebre ve como en figura y preanuncio los abandonos e ingratitudes de que en adelante, hasta el fin de los siglos, haremos objeto a su Jesús.

Y con qué afán se esfuerza en suplir con la delicadeza e intensidad de su amor nuestra frialdad y desamor; con su adoración rendida nuestro desacato, sintiéndose ya Madre de todos, suplente de todos, para que su Jesús se sienta, gracias a Ella, contento y feliz en el pesebre, contento y feliz entre los hombres.

Con qué gozo también asocia a su amor y adoración a San José, ofreciéndolo a Jesús como primicias de su amor materno, como prenuncio de los frutos de amor que engendrará su redención. Como asociará siempre consigo hasta el fin de los siglos a cuantas almas reparadoras quieran acompañarla, ofreciendo como suyas y de sus hijos a Jesús todas sus reparaciones, para que le sean gratas y le consuelen.

Siendo el nacimiento puro gozo para nosotros, solemos contemplarlo también como puro gozo de María, que «reunió los goces de la Maternidad con la gloria y honor de la virginidad» (Liturgia).

Y gozo tuvo ciertamente, e inenarrable: gozo al ver el

fruto de su entrega al amor divino, gozo al contemplar su rostro, gozo al darlo al mundo para salvación nuestra.

Pero pensamos haríamos bien en no olvidar el dolor que a ese gozo se mezcla, uniéndonos así a Ella, ya desde el mismo nacimiento de su Hijo, a la reparación que Ella ofrece a su Corazón Divino.

Gozo y dolor irán ya siempre asociados en Ella al contemplar a su Jesús, como deberían asociarse en nosotros cuando lo contemplamos.

Gozo y dolor al presentarlo a los pastores: gozo de verlo por ellos reconocido y con alegría recibido y abrazado; dolor al ver cuán lejos estaban todavía de penetrar íntimamente el misterio insondable de amor que en sus brazos estrechaban; y dolor sobre todo al ver que sólo ellos acudían a recibir el don que Ella a todos traía.

Gozo y dolor al presentarlo a los Reyes Magos venidos de Oriente: gozo al verlo adorado por los grandes de la tierra, que le reconocen por su Rey, Señor, Dios y Redentor; dolor al verlo odiado y perseguido por Herodes, quien, debiendo el primero adorarlo, desoyó la invitación de los Magos.

Gozo y dolor al presentarlo en el templo: gozo de verlo reconocido, adorado, y entusiásticamente anunciado por Simeón y Ana; dolor al ver la frialdad ambiente con que este anuncio se recibe; frialdad que siente le atraviesa el alma como espada, pues ya desde ahora presiente el «signo de contradicción» que será su Hijo.

Gozo y dolor al llevarlo a Egipto: gozo de haber logrado seguro refugio contra quienes a su vida atentaban; dolor de verle allí crecer desconocido, en medio de los niños egipcios indiferentes a la presencia de su Dios entre ellos.

Gozo de allí servirle, y verle crecer, andar, hablar y convivir con Ella; pena de las pocas comodidades que podía proporcionarle, de las numerosas privaciones que le obligaba a compartir con Ella.

Gozo y dolor en Nazaret: gozo de ver sus progresos, de

tenerlo consigo de continuo, de adorarlo y amarlo, y de sentirse por El amada; dolor de ver el trato de indiferencia y desamor que de los nazaretanos recibe, del desacato con que le tratan, del total desconocimiento que del Don de Dios tienen.

Si el gozo lo exteriorizaba la Virgen María ante Jesús Niño, el dolor cuidadosamente se lo ocultaba, cual convenía a su infancia. Sólo con José lo comunicaba y compartía en parte, aunque lo más profundo de él lo ocultaba en su interior para no contristarle, comunicándolo sólo no con el Jesús exterior que palpaban sus manos, sino con el Jesús interior que en su seno vivía, según la promesa: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, y Yo le amaré, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada... y me manifestaré a Mí mismo a él» (Jo. 14,21-23).

11. Nuevo matiz que adquieren las relaciones de la Madre y el Hijo, al cumplir Este los doce años

Mas cumplidos por Jesús los doce años, y habiendo manifestado a María, al hallarlo en el templo, que no quiere ya ser tratado como niño, sino como quien tiene —y siempre tuvo— conciencia clara de la misión que le ha traído al mundo, ya ningún secreto hubo entre El y su Madre que no se comunicaran ya también *externamente*.

Desde entonces, el dolor de María está siempre, incluso externa y sensiblemente, asociado al del Corazón de su Hijo.

Desde los doce a los treinta años la hace Jesús partícipe de todos sus planes y proyectos de redención, asociándola activamente a ellos, y haciéndola sentir consigo su gozo y su dolor: el gozo de darlo al mundo para redención del mundo; el dolor por el que esa redención del mundo había de realizarse.

El gozo: «Con bautismo de sangre he de ser bautizado, y cómo me abraso y consumo en deseos hasta llevarlo a

cabo» (Lc. 12,50), «Con un deseo grande he deseado celebrar esta (última) Pascua con vosotros» (Lc. 22,15), «Cuando Yo fuere elevado sobre la tierra (sobre la cruz) atraeré a Mí todas las cosas» (Jo. 11,32.33). ¡Y cómo participa María de ese gozo, al contemplar cómo todos sus hijos serán atraídos por su Jesús!

El dolor: «Empezó Jesús a sentir pavor y tedio» (Mc. 14,33), «triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38; Mc. 14,34), «Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado» (Mc. 15,34; Mt. 27,46). ¡Y cómo participa María de ese dolor, pregustándolo ya desde ahora con su Jesús, y uniéndose a El!

Es evidente que en esos dieciocho años fueron esos planes y proyectos la materia ordinaria de las conversaciones de Jesús y su Madre, y de ellas deriva el gozo y dolor común que los anega.

En esos años acaba de preparar Jesús a su Madre como Madre nuestra, haciéndola sentir cada vez más el gozo y el dolor de su Maternidad espiritual, dilatando el Corazón de Ella al contacto con el suyo propio, universalizando el afecto que a El le tiene, para que se dirija, siempre el mismo, a todos cuantos han de ser hijos de Dios.

Y para que sienta en toda su viveza singular ese amor universal, termina desligándola de toda relación o vinculación particular: de la vinculación con su Esposo, que le arrebata por la muerte de San José poco antes de empezar El su vida pública; de la vinculación consigo mismo, al separarse de Ella para empezar su misión pública.

Hasta llegar al gozo y dolor máximo al pie de la Cruz. Gozo de dar a su Hijo para salvación del mundo —de cuantos hijos Ella irá engendrando—. Dolor acerbo de perderlo entre tantos tormentos: «Llena de gozo (*plane gaudens*) porque su Hijo Unigénito se ofrecía por la salvación del género humano; y junto con El tan dolorida que, si hubiera sido posible, con deseo ardiente soportara cuantos tormentos tomó su Hijo sobre sí» (Eadmero, *De Excellentia Virginis*

Mariae, cap. 9, citado por Pío X, Enc. *Ad illum diem*, 2-II-1904. AAS, 36, 1903-1904, p. 453).

Dolor acerbo de perder a su Hijo —el contacto físico y sensible con El—; gozo inenarrable de ver cómo empiezan a nacerle nuevos hijos del Corazón de Cristo abierto por la lanza, en inagotable fecundidad de amor.

Fue también en esas conversaciones, cuando al hablar de los nuevos hijos que la Virgen María ha de tener, sin duda perfilaron entre ambos con todo detalle el modo de cuidarlos, criarlos y alimentarlos.

Es entonces cuando se decide en sus detalles la institución del misterio de la Eucaristía, para que María no se halle pobre o desprovista de recursos cuando haya de cuidar y sustentar a sus hijos.

Detalles que por eso Jesús tenía presentes y que manifiesta, cuando, a poco de empezar su vida pública, anuncia esa Eucaristía (Jo. 6) como obra de tiempo atrás ya meditada y madurada en su Corazón divino.

Es así en el gozo del amor consagrado, y en el dolor de la reparación, como el Corazón de María, configurado ya como Corazón de Madre de Dios, se va también configurando a perfección como Corazón de Madre nuestra.

Mas pasemos ya a contemplar directamente esta configuración, llevada a cabo en esta etapa de su amor de servicio.

12. María aprende a ser Madre nuestra

La misma naturaleza parece dotar a la madre del amor con que ha de envolver y proteger al hijo que engendra.

Sin excluir ese amor natural, congénito a la misma maternidad natural y como implicado en ella, no olvidemos que en María no es el elemento principal.

Su amor a Jesús le viene enseñado y dado por el mismo Espíritu Santo, de quien concibe al Verbo encarnado: «El Espíritu Santo —Amor substancial infinito y personal divi-

no— vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra: por eso el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1,35).

Del Espíritu Santo aprende, recibe y deriva María el amor que tiene a su Hijo Jesús; amor que, por eso, es «cual compete o es debido al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jo. 1,14).

Y como el Espíritu Santo desciende en toda plenitud sobre Ella en la encarnación del Verbo, pleno es también, y sin posibilidad de crecimiento su amor a Jesús desde el instante mismo, y en el instante mismo, en que lo concibe.

Las manifestaciones de ese amor se multiplicarán y variarán, mostrándonos su riqueza inagotable; mas no variará ni crecerá la intensidad y perfección del amor mismo, que será ya siempre el mismo e inmutable.

El amor es vida: se multiplicarán y variarán los frutos y las manifestaciones de la vida; pero serán siempre manifestaciones y frutos de una *misma* vida.

El mismo amor natural de María a Jesús será como anegado, subsumido y absorbido en esa inundación e infinito anegamiento del amor divino que pasivamente recibe y activamente hace suyo, con su libre consentimiento, para con él dignamente amar a su Jesús. Y así anegado, todo ese amor natural queda sobrenaturalizado y transformado, como medio o instrumento en que se manifiesta, reverbera y resplandece la luz, a nosotros inaccesible (1 Tim. 6,16), de su amor sobrenatural infuso, que es el mismo Espíritu Santo dado a Ella para que conciba al Verbo.

Mas si María aprende y recibe del Espíritu Santo el amor con que ama a su Hijo Jesús, el amor a nosotros como a hijos suyos *lo aprende de Jesús*, aunque bajo la guía y orientación del mismo Espíritu: Jesús es su Maestro y su Modelo en ese amor.

Es amando a Jesús, practicando y ejerciendo su amor a Jesús, como María aprende a amarnos a nosotros, a tratarnos a nosotros, a cuidarnos y protegernos a nosotros, que

tanto lo necesitamos, e incluso a saber acertar cómo llegar a nuestro corazón atrayéndonos hacia sí y sumergiéndonos en las delicias de su amor.

Pues el amor con que María me ama como hijo suyo es *el mismo amor* con que ama a su Jesús, extendido a mí como a miembro y hermano verdadero de su Jesús, aplicado total y singularmente a mí como lo aplica a su Jesús: «Pues Ella, santísima Madre de todos los miembros de Cristo,... atendió al Cuerpo místico de Cristo, nacido del Corazón abierto de nuestro Salvador, con el mismo maternal cuidado, y el mismo amor del todo entregado, con que atendió y alimentó en la cuna al Niño Jesús cuando aún mamaba» (Pío XII, *Mystici Corporis,* Denz. 2291).

Difícilmente podría más claramente expresarse que el amor que María nos tiene, y los cuidados que nos prodiga, son los mismos que tuvo y prodigó a su Hijo Jesús, y por lo mismo *copia* de ellos, inspirados en ellos, aprendidos en el trato con su Jesús.

Si Jesús quiso desde su primera infancia verse sujeto a debilidades, privaciones, molestias y dolores físicos, y expuesto a persecuciones y peligros mortales, sin duda que uno de los motivos principales por lo que así lo quiso fue para mejor desarrollar en su Madre los sentimientos de protección, preocupación y angustia con relación a nosotros, cuando nos viera, no sólo expuestos a las mismas debilidades y peligros físicos de su Jesús, sino también muertos por el pecado a manos de nuestros enemigos espirituales, en medio de la angustia y dolor atenazante de su Corazón de Madre.

Para que cuando en esa angustia interceda al Padre y al Hijo por nosotros, «rogando por nosotros pecadores», eco perfecto del Espíritu Santo que «gime en Ella con gemidos inenarrables» (Rom. 8,26) nuestra muerte, logre *infaliblemente* para nosotros resurrección y vida.

Pues ni el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo pueden soportar esa angustia de su Amada, y así no tardan, por

verla alegre y Madre llena de contento, en conceder resurrección y vida a los que Ella contempla como hijos muertos por el pecado. ¡Con qué prontitud, facilidad y gozo nos concederá Dios el perdón, por graves y frecuentes que sean nuestras recaídas, si se lo pedimos cada vez para que consuele y llene de alegría el corazón de nuestra Madre!

Y tal fue el interés que Jesús tuvo en formarla perfecta Madre nuestra, como desde su encarnación la encontró ya perfecta Madre suya, que de los treinta y tres años de su vida quiso dedicar treinta de modo exclusivo para formarla Madre nuestra, enseñándola con su intimidad, amor y trato y reacciones, cómo debía amarnos, tratarnos, compadecernos, mimarnos y protegernos.

Así quiso inducir a sus ovejas a recurrir a Ella, a refugiarse confiadamente en Ella, «refugio de pecadores».

Así quiso asegurar que Ella infaliblemente lograría la salvación, con su amor y ternura, su cuidado y desvelo, su dolor y angustia, de cuantos a Ella recurran, de cuantos por Ella se dejen amar y cuidar, de cuantos quieran presentar a Dios las lágrimas por Ella derramadas, las angustias por su Corazón sentidas, como precio de nuestro perdón.

Madre nuestra es la Iglesia; pero aunque real, solamente en sentido analógico y metafórico. Jesús, para formarla para mí, dedicó sólo tres años: los de su vida pública.

Madre mía es María, no en sentido analógico y metafórico, sino tan propio y real, y, sobre todo, tan *personal*, individual y singular como lo es de su Jesús, extendiendo a mí la misma maternidad que la vincula a su Jesús. Por eso Jesús dedicó exclusivamente treinta años a formarla Madre mía; y aun en los tres restantes no interrumpió esa formación, que culmina al pie de la cruz.

¡Cuán bien sabía Jesús cuanto necesitaba yo de una madre así, de una madre como la que El tiene!

Nada como este empeño de Jesús en formarla como Madre mía puede indicarme la importancia que Jesús concede a esa Matrenidad en orden a mi salvación.

Nada como esto podría indicar al cristiano cuán arraigadamente debe depender de María y vincularse a Ella con amor fiel, si quiere asegurar su salvación.

El que halla a María acabará así hallando a la Iglesia —cuya Madre es María—, perteneciendo a ella.

Quien se separase de María, jamás hallará a la Iglesia: por más que jurídicamente actualmente perteneciere a ella, acabará rompiendo esos mismos lazos jurídicos para separarse definitivamente de ella.

O perteneceremos al único rebaño *como hijos de María*, o dejaremos de pertenecer a él si a nuestra filiación mariana renunciamos.

No se puede ser «hijos de Dios» si no se es a la vez «hijos de María»: quien renuncia a su filiación mariana, renuncia a su filiación divina.

Sólo «quien me encontrare a Mí hallará la vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov. 8,35).

13. María se inicia en el ejercicio y práctica de su Maternidad espiritual

Mas no sólo en ese trato con su Jesús va María aprendiendo a amarme, cuidarme, y desvelarse por mí, como ama y cuida a su Hijo, y por El se desvela, sino que también va ya gradualmente *practicando* la Maternidad fecunda con relación a nosotros.

Diría incluso que cada dolor suyo con Jesús se traduce maravillosamente en una práctica fecunda de Maternidad con nosotros, a veces inmediata y palpable, a veces de fructificación más remota.

Este ejercicio práctico de su Maternidad sólo podemos sugerirlo aquí. Pero la breve sugerencia bastará al alma para que a su gusto, y cuanto tiempo quiera, se recree en contemplarlo por sí misma, y vea la fuerza generadora de todo dolor reparador, animándose a ofrecerse generosamente al

Corazón de Jesús como víctima de amor en unión con su Madre.

En el nacimiento de Jesús solemos contemplar casi exclusivamente el puro goce de María.

Cierto que ese gozo es inenarrable e inefable. Puede imperfectamente contemplarse, no puede en modo alguno describirse: gozo de dar a Dios al mundo para salvación del mundo; gozo de ver con sus ojos corpóreos, y palpar con sus manos (1.ª Jo. 1,1) el rostro de Dios, pues ese rostro de Jesús que extasiada contempla con sus ojos, y enamorada acaricia con sus manos, y ese cuerpo que estrecha entre sus brazos, es con toda verdad y propiedad «rostro de Dios», «cuerpo de Dios», rostro y cuerpo del Verbo Unigénito del Padre.

Y lo que es, si cabe, aún más maravilloso y aumenta su deleite, ese rostro de Dios es «rostro de María», ese cuerpo del Verbo es «cuerpo de María»: de María lo ha recibido, María *de sí misma* se lo ha dado.

En ese «rostro de Dios» se ve, pues, a sí misma; en ese «cuerpo de Dios» se halla a sí misma, como reflejada y bilocada. Siendo verdad que se vive donde se ama (San Juan de la Cruz), María ya no vive en sí misma, sino sólo en su Hijo; ya no es en sí misma, sino en su Hijo: en su rostro, en su cuerpo, en su alma, en su Divinidad, en toda su divina Persona.

Pero si inenarrable e inefable es su gozo, no menos inenarrable e inefable es su dolor, que sólo podríamos medir y describir en el imposible de que fuéramos capaces de medir y describir su amor, del que manan tanto su dolor como su gozo.

Dolor de ver desconocido y rechazado por el mundo al Rey del cielo y tierra, Hijo suyo, que viene a lo que es su absoluta propiedad, sin que «los suyos» (Jo. 1,11) salgan a recibirlo y aclamarlo, cuando Ella va a entregárselo como su Salvador.

Dolor de que los betlemitas, a quienes honra especialmen-

te queriendo nacer entre ellos, no sólo lo desconozcan, sino que explícitamente lo rechacen, como avergonzados de recibirlo en el estado de humillación y pobreza a que se ha abrazado por su amor.

Dolor de verlo nacido en un establo, entre mudos animales que no pueden reconocerlo ni alabarlo, desconocido por todos, y por todos rechazado, como olvidado de cielos y tierra El que Ella sabe es Señor de cielo y tierra.

Sólo Ella y su José lo conocen. Sólo ellos dos le adoran en esa terrible soledad y abandono. Y ellos saben que por todos ha nacido, que todos los seres del universo deben su salvación o la posibilidad de ella a ese abatimiento del Verbo encarnado.

Sabe también María que es Ella la encargada de darlo al mundo, de darlo a las almas y ponerlo en contacto con ellas, de llevar y arrastrar consigo a El la creación entera. Si goza al poder adorarlo y amarlo en nombre de toda la creación, supliendo y compensando con su amor el olvido e indiferencia de ésta, sufre al verse sola, sin haber logrado todavía que la creación la acompañe y siga.

Y ese dolor desata la fecundidad de su Maternidad: a su deseo ardiente comienzan a insertarse en el Verbo encarnado, como hijos por Ella engendrados a la vida, tanto en los cielos como en la tierra.

A su deseo, el establo, los campos y los bosques se pueblan de multitud innumerable de ángeles, que vienen a adorar a su Jesús.

Estaba escrito: «Y adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebr. 1,6; Sal. 96,7). Mas no es Jesús quien los hace bajar: no necesitaba esa bajada para recibir su adoración y acatamiento, pues, como nos dice la Liturgia, el mismo Jesús «que yacía en el pesebre, refulgía en los cielos», recibiendo allí la adoración y homenaje de todos sus ángeles.

Es María quien necesita verlos adorarle en la tierra, quien ansía que le adoren en la tierra, para no hallarse sola y

como fracasada ante su Jesús, a quien sabe ha de llevar consigo toda la creación.

Y así a su deseo bajan los ángeles para acompañarla con amor filial, reconociendo, amando y acompañando desde ahora como a Madre a Aquella a quien saben deben desde el principio su salvación y vida (Apoc. 12,7 y ss.). Su bajada es como el reconocimiento gozoso de su Madre, el encuentro con Aquella a la que tanto deseaban conocer, la profesión expresa y gozosa de su filiación con respecto a Ella, acompañándola como hijos cariñosos y fieles en su adoración y amor al Verbo encarnado, y poniéndose alegres a sus órdenes.

Su gozo es cual de hijos que finalmente encuentran y conocen a su Madre, tras haber estado separados de Ella desde pequeños, pues sólo un momento la habían contemplado cuando se decidió su salvación.

Y su espíritu es de servicio, como la de los hermanos que se congregan en torno a la Madre para ayudarla a servir en todo al nuevo Hermano recién nacido. Solicitud que se repetirá con cuantos nuevos hijos engendre María: todos los ángeles se ofrecen a la Virgen para que quiera elegirlos como custodios de cada nuevo hijo de Ella.

Con respecto a los ángeles, la Maternidad de María ya está completa, pues todos están ya, gracias a Ella, salvados, imperecederamente engendrados a la vida eterna.

Con respecto a los hombres, su Maternidad espiritual no acabará hasta el fin del mundo, cuando todos los elegidos estén ya, gracias a Ella, también imperecederamente salvados.

Es, pues, respecto a los hombres que como se exaspera el ansia de María, impaciente por atraerlos a Jesús, por llevarlos a El, tras irlos engendrando como hermanos de El.

Esa ansia, y el dolor en ella entrañada, son siempre fecundos. Dios tiene, para calmarla, que ir dando hijos a María, pues Ella, mucho más que Raquel a Jacob, dice a su Dios: «Dame hijos, o moriré de pena» (Gén. 30,1).

Así el dolor de la Virgen, al verse sola ante el pesebre, y su deseo ardiente de verse acompañada en su adoración y amor, se traduce en la atracción de los pastores que, avisados por los ángeles como hijos y servidores de María, acuden a Jesús.

Es el dolor de María quien los atrae hacia Jesús, es el amor de Ella quien los engendra hijos de Dios asociándolos consigo a su Jesús, es su amor de Madre el que lo pone en sus brazos de modo transitorio, y lo siembra en su corazón de modo permanente, cuidando allí de El para que ya nunca lo pierdan.

Su corazón sufre por Jesús al ponerlo en sus brazos, y se angustia ante el temor de que lo dejen caer los pequeñitos, o lo traten con rudeza los mayores... como se angustia al ponerlo en nuestros corazones, al sembrarlo en ellos por la gracia o por la comunión.

Pero es tal el amor de Madre que nos tiene que puede aún más en Ella que la angustia de que tratemos mal a su Jesús. Ella cuidará de compensar con su delicadeza la grosería de nuestro trato, para que Jesús se halle contento en nuestro corazón, y no se aleje de nosotros, al verse *en nosotros* mimado y acariciado por su Madre.

Así el dolor y amor de María nos engendra hijos suyos, incorporándonos y uniéndonos a su Jesús. Y así, engendrados ya, su dolor se trueca en gozo, y su amor en desvelo por nosotros, en el dolor y angustia de irnos formando perfectos hijos de Dios.

Sólo cuando nos vea ya perfectos en el cielo, indisolublemente unidos y como asimilados a Jesús, cesará con relación a nosotros todo dolor, preocupación y angustia, para ser ya todo en Ella, en Jesús, y en nosotros, puro gozo.

¡Quién podrá describir el cuidado que María tuvo de los pastores mientras permaneció en Belén, y cómo los fue desarrollando desde la fe incipiente en que veneran a Jesús como Mesías Salvador, hasta la fe perfecta que lo adora y ama como a Dios!

Y cuando huyendo a Egipto se ve obligada a ausencia física, su Corazón de Madre siguió siempre cuidando de ellos, velando por ellos y protegiéndolos, hasta que los vio a todos en el cielo.

La Maternidad de María tiene con cada uno de nosotros un comienzo; pero una vez iniciada, ya no conoce término ni fin.

Y María sigue ejerciendo su Maternidad, vinculada siempre a su deseo de asociarnos consigo a su Hijo, y a su dolor de vernos lejos de El.

Gozo tuvo al presentar a su Jesús en el templo, ofreciéndolo oficialmente al Padre como víctima por la salvación del mundo.

Pero no menor fue su dolor al ver cómo el Señor del templo, y Rey de todo lo creado, es totalmente desconocido por sus creaturas en ese mismo templo, al que lo lleva para que por ellas se ofrezca al Padre. El templo es «la casa de su Padre» (Jo. 2,16): ¿qué mayor ignominia para un hijo que el ser desconocido en la misma casa de su padre?

Ese dolor de María ante la ignominia y afrenta de su Hijo mueve al Espíritu Santo que en Ella mora para que atraiga al templo al anciano Simeón, y a Ana, la profetisa vieja y charlatana, lo reconozcan Salvador y Luz del mundo, y lo anuncien a cuantos quieren oírles.

Así, en el dolor de su soledad con Jesús, María sigue engendrando, ejerciendo ya su Maternidad actual, incorporando como miembros de Jesús a Simeón y Ana, y a cuantos creyeron por la palabra de ellos. Y de todos cuidará ya siempre como Madre, hasta llevarlos con su Jesús al cielo.

Vuelta a Belén, crece el ansia de María. Tiene prisa por que en toda la tierra se conozca a su Divino Hijo, por pequeños y grandes. Quiere llevar a El todas las almas, para cuya salvación vino al mundo.

Ante ese deseo, aunque la redención todavía no ha sido hecha o consumada, quiso el Padre como hacerle pregustar las delicias de ella, y así, eficazmente atraídos por su amor

de Madre, vienen los Reyes Magos del lejano Oriente, que postrados ante Ella, adoran con Ella a Jesús en sus brazos, ofreciéndole dones como a Dios, como a Rey universal, y como a hombre que ha de inmolarse por nosotros: incienso, oro y mirra: «Y encontraron a María con el Niño, y postrados en tierra le adoraron, y abiertos sus tesoros, le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra» (Mt. 2,11).

¡Con qué gozo hubo de contemplar María a esos hijos lejanos que su amor y su deseo engendró! ¡Y con qué desvelo materno, y qué cuidado los atendió y protegió ya siempre, hasta llevarlos al cielo!

Cual también acontece en las madre naturales, según su Maternidad crece, y su fecundidad se multiplica, así también se va dilatando su Corazón para poder cuidar y amar particularmente cada nuevo hijo engendrado, dándole todo su amor como si él sólo existiera.

Atroz sobremanera hubo de ser la angustia de María al saber la inicua trama de Herodes contra la vida de Jesús. Y sintiéndose ya Madre de los hombres, en cuya función vemos se ha ya iniciado, a esa angustia se asoció el dolor por las persecuciones de las que sabe serán objeto todos sus hijos, de las insidias con que el poder maligno intentará separarlos de Ella, para arrastrarlos a perdición y muerte eterna.

De ese dolor sigue la generación ya perfecta de los santos Inocentes, asegurando la salvación y vida eterna de todos los coetáneos de su Jesús en la región de Belén.

Con la salvación de esos mártires, parece Dios decirle, para en su angustia tranquilizarla: «No temas, María (Lc. 1,30), que ante Mí has hallado tanta gracia que cuantos ames como ya hijos tuyos infaliblemente alcanzarán la salvación: nadie podrá arrebatarlos de tu mano, porque nadie puede arrebatarlos de la mía» (cf. Jo. 10,28.29). Por eso todo hijo de María se salva: Dios ni puede ni quiere permitir el dolor que sentiría la Virgen, su Amada, si viera que uno solo de sus hijos se condena.

Hasta aquí la Maternidad actual de María fue inmediata al acuciamiento y dolor de su deseo. En adelante, pregustadas ya las primicias y eficacia de esa su Maternidad fecunda, el fruto de sus deseos más bien, como siembra, se proyectará hacia el futuro, anunciando ubérrimas cosechas tras cumplida la obra redentora de su Hijo.

Así, al dolor que tiene en Egipto al ver desconocido a su Jesús, tratado como un niño más, y extranjero, por los niños egipcios, corresponderá más tarde la conversión de todos éstos con la maravillosa floración cristiana que seguiría a la primera predicación apostólica en el país, y que tanto maravilló al judío Filón.

El deseo que María tenía de que le adoraran y a El se unieran esos niños, dio su fruto cuando llegaron a adultos.

Así, al dolor de su pérdida en el templo corresponde la siembra que de sí mismo hace Jesús en los Doctores, profesándose veladamente *ante ellos* como verdadero y unigénito Hijo del Padre Celestial: «¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc. 2,49). Palabras que, aunque externamente dirigidas a la Virgen, no eran *para* la Virgen, que bien sabía que Dios era su Padre, sino *para* los Doctores, que totalmente ignoraban ese misterio. Por eso María no las entendió de pronto, precisamente porque Jesús no las dijo *para* Ella, sino sirviéndose, como siempre, de Ella, para comunicarse a los demás.

Y esa siembra sería eficaz más tarde, en la conversión de Gamaliel (venerado como santo por la Iglesia), defensor de Pedro y Juan ante el Sinedrio (Act. 5,34-39), maestro de San Esteban y de San Pablo (Act. 22,3), y con toda probabilidad uno de los Doctores que oyeron a Jesús a los doce años, pues aparece en los Hechos como varón venerable, de mucha más edad que Pedro y Juan, y por tanto de mucha más edad que Jesús mismo.

Esa ansia de la Virgen de atraer a El los Doctores de la Ley, prepara la conversión de Nicodemo, de José de Arimatea, de Gamaliel, de Esteban y Pablo, y de tantos sacerdotes

que en número crecido se convirtieron al cristianismo naciente (Act. 6,7).

Y a su dolor de verlo desconocido en Nazaret corresponderá primero, por su acción materna, la conversión de los «hermanos» o parientes del clan de Jesús, y, más tarde, de la masa de los habitantes del pueblo de Nazaret.

Y mientras esperaba la floración de esa siembra oculta, cada vez más, en Nazaret, la va instruyendo su Jesús en su oficio de Madre, y disponiendo con Ella los medios de que había de ser enriquecida para poder cuidar debidamente de cuantos hijos haya de ir engendrando hasta el fin de los siglos.

Es sin duda en esas conversaciones cuando entre ambos perfilan y deciden en todos sus detalles el alimento con que Ella habrá de sustentarlos una vez engendrados. Será el Cuerpo y la Sangre de su mismo Jesús, para que María sepa que acabará logrando hacerlos del todo semejantes a El, transformados en El.

No es así extraño que Jesús, a poco de iniciar su vida pública (Jo. 6) —cuando todavía le seguían las multitudes aun no alejadas de El por la calumnia y zapa de sus enemigos—, anuncie ya con todo detalle la Eucaristía, como obra de mucho atrás planeada y meditada, y ya totalmente decidida.

Y acaba esa etapa de formación materna en las bodas de Caná, precisando el alcance, extensión y eficacia infalible de lo que será su acción de Madre nuestra.

Alcanza y se extiende a todo lo de sus hijos, tanto material como espiritual: socorre la necesidad material —falta del vino—; les procura la fidelidad espiritual a su Jesús: «Y creyeron en El sus discípulos» (Jo. 2,11).

Y en ambos cuidados maternos, material y espiritual —que nada nuestro es ajeno al interés de la Madre—, su acción es infaliblemente eficaz. Ningún decreto divino se opone o puede oponerse a su deseo: «No ha llegado la hora» designada por el Padre; pero basta el deseo confiado de María para

que esa hora se anticipe. Ella, como Madre de Dios y Madre nuestra, lo sabe perfectamente. Por eso dice con total seguridad: «Haced lo que El os diga» (Jo. 2,5).

Y en toda esa su acción materna, María no es jamás celosa de sus hijos: nada desea tanto como hacerlos partícipes de su mismo amor, amando en ellos, con ellos y por ellos a su Jesús. No quiere a Jesús para sí sola, sino para sus hijos, con quienes lo comparte, entregándolo entero a cada uno. Por eso lo da gozosa a los pastores, a los Magos, a Simeón y a Ana. Si alguna limitación hay es de parte de quienes lo reciben, no de María que se lo da.

Su deseo más ardiente es que todos y cada uno le amemos y tratemos como Ella le ama y trata. Que todos seamos por su Jesús amados y acariciados, como Ella es amada y acariciada por su Jesús.

Esto aparece sobre todo en el modo cómo se asocia a San José, «modelo y patrón de cuantos aman al Corazón de Jesús», y por eso tipo perfecto de cuanto María quiere obtener de cada uno de nosotros.

Cuantos cuidados y caricias Ella prodiga a su Jesús, igualmente se los prodiga San José, y Ella se goza en ello, feliz de verse tan perfectamente acompañada en la adoración y servicio a su Amor.

Y cuantas caricias, atenciones y mimos Ella de su Jesús recibe, también en su medida los recibe San José, y Ella goza en ello y lo desea, y hasta lo exige a su Jesús.

Si aprendiéramos de San José a unirnos a Ella en el amor y en el servicio a su Jesús, y en el gozo de recibir junto con Ella sus caricias, ¡qué gozo tan grande le daríamos al contemplarnos unidos por amor a su Jesús como hermanos y amigos fidelísimos, tal cual Ella desea!

Pues nada puede agradar más a una Madre que ver a todos sus hijos estrecha y entrañablemente unidos.

Y unidos en el amor perfecto, cuya sede y fuente inagotable es el Corazón de su Jesús... el Corazón de *mi* Jesús, pues todo lo de *mi* Madre es mío.

Capítulo IV

AMOR DE RENUNCIA Y SACRIFICIO, QUE CULMINA EN LA CRUZ

1. La preparación al sacrificio y a la total renuncia

Vimos en la etapa anterior cómo María aprende a ser y comportarse como Madre nuestra en su trato sensible con Jesús, y en su servicio externo a El. El amor que a El le manifiesta, el servicio que le hace, los cuidados de que lo rodea, los aplicará luego íntegros a cada uno de nosotros, sus hijos, engendrados sobrenaturalmente de Ella.

Igualmente vimos el ejercicio y práctica progresivos de esa su Maternidad con relación a nosotros. Ejercicio que alcanza como su realización perfecta e ideal con relación a San José, con quien convive, y a quien asocia en todo a sus relaciones de amor y de servicio al Corazón de Jesús.

Siendo José «modelo de cuantos aman al Corazón de Jesús», es evidente que María quiere hacer en cada uno de nosotros lo mismo que hizo en él, en orden a insertarnos a su Divino Hijo como miembros, y a vincularnos con El en relación de amor y de servicio.

Si la Virgen nos hubiera de amar sólo con amor espiritual, no hubiera necesitado de tal aprendizaje. Ese amor espiritual a nosotros, como miembros de su Hijo, y así verdade-

ros hijos de Ella, fue perfecto y sin posibilidad de aumento desde el instante mismo de la encarnación del Verbo en su seno.

Mas a nosotros no nos bastaba ser amados por la Madre con amor espiritual. Necesitábamos también ser amados con amor sensible y pasional. Y este amor sólo puede aprenderse y ejercitarse al contacto con los objetos sensibles.

María aprende ese amor sensible de Madre nuestra al contacto sensible con Jesús. Lo ejercita al contacto sensible con los hombres, y especialmente, en ese período de formación, al contacto con su esposo José.

Era, pues, necesario el contacto de María con términos u objetos sensibles de su amor, para que ese amor *se sensibilizara*, adquiriera todos los matices y variedad cambiantes del amor sensible, que sus hijos necesitamos para que eficazmente nos atraiga.

Pero característica de lo sensible es *su particularidad* e individualidad, como es característica de lo espiritual *la universalidad*. Para que ese amor sensible nos alcanzase a todos era necesario que el amor sensible de María se universalizase, pues que como Madre de todos, a todos y a cada uno había de amar con amor sensible maternal.

Para esa universalización era conveniente, por no decir necesario, que una vez formado el amor sensible materno de María al contacto de su Hijo Jesús, e iniciado en su ejercicio con los hombres, especialmente en el trato con San José, fuera privada y como separada de los objetos concretos en que se formó y ejercitó, para que más fácilmente adquiriera vuelo y extensión universal, sin perder por ello nada de su sensibilidad y pasión.

De ahí que en esta etapa se la separe del contacto *sensible* con los dos objetos que principalmente contribuyeron a formarla en ese amor: de Jesús, en cuyo trato aprendió cómo ser Madre de los hombres; de José, en quien plenamente aprendió a ejercer con otros el amor materno en que la formara su trato con Jesús.

Separada de esos dos objetos, de necesidad su amor sensible materno, ya perfecto, cual río incontenible había de derivar a todos y cada uno de los hombres que en su Jesús creyeran.

Y decimos su amor sensible, porque por lo que mira a su amor espiritual fue del todo universal desde el momento de la encarnación del Verbo, alcanzando a todos y cada uno de los hombres. Pero a nosotros, sus hijos, no nos bastaba su amor espiritual de Madre: necesitábamos también su amor sensible.

En el proceso y modo de la universalización del amor sensible no insistiremos más, pues lo tratamos ampliamente en otro lugar (véase *El Orgullo colectivo*, en CRISIS).

Simplemente seguiremos los pasos de esa universalización en María. Comienza por una renuncia preparatoria y como previa: la muerte de San José, la separación de Jesús durante su vida pública. Se consuma en la renuncia total al contacto sensible con Jesús con su muerte en la cruz. Por eso sólo entonces, cuando Jesús va a morir, la declara públicamente como Madre de sus discípulos amados, como indicando claramente que la pérdida del contacto sensible con El la va a capacitar para tener contacto maternal con todos sus discípulos.

2. Muerte de San José

La primera renuncia impuesta a María fue la de San José. En él había María ejercitado todo el amor sensitivo aprendido en su trato con Jesús. Al serle arrebatado, queda ese amor proyectado a la universalidad de los hombres, a cada uno de los cuales aplicará el amor sensible que a José tuvo.

La muerte de San José parece tuvo lugar muy poco antes de empezar Jesús su vida pública. Así parece indicarlo el vivo recuerdo que todavía conservan de él los nazaretanos cuando dicen: «¿No es éste (Jesús) el hijo del artesano?

(Lc. 4,22: «¿No es éste hijo de José?») ¿No se llama su madre María?» (Mt. 13,55). Por otra parte aparece claro que para entonces ya había muerto, pues en Mc. 6,3 no se le nombra: «¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, y de José, y de Judas, y de Simón? ¿No viven también sus hermanas entre nosotros? Y se escandalizaban de El» (Mc. 6,3). Es, pues, claro que cuando Jesús predica en Nazaret, al principio de su vida pública, José ya no vivía, pero su recuerdo aún se mantenía vivo en el pueblo.

Difícilmente podemos hacernos cargo del dolor de María y de la cuantía de su renuncia, al aceptar, esclava siempre del Señor, la voluntad divina.

Treinta años lo llevaba asociado a Ella tanto en el amor como en el servicio a su Jesús, a quien, por decirlo así, ni amaba sola, ni servía en nada sola, sino en todo asociada a José, dechado de esposos y de padres. Asociación inimaginable en toda actividad y todo afecto, ya que nada había en ella que a Jesús no se ordenara.

Con él de modo ejemplar y perfecto había Ella como en arquetipo realizado su deseo de llevar consigo toda la creación a Cristo.

A él había dado todo su amor de esposa virginal, en comunión perfectísima de vida y sentimientos.

Y no estaba sola en el dolor. También lo compartía el Corazón de Cristo, que con José había intimado y en su consagración y familiaridad había gozado durante casi treinta años.

El dolor de ambos ni siquiera es endulzado por el amor que se complace en el bien del amado, aunque ese bien implique renuncia a su compañía y trato. San José *no pasaba a mejor vida*: su salvación era sólo en esperanza; no gozaría de Dios hasta que Jesús consumara nuestra redención y la de él. La posesión y gozo de Dios en Cristo era así para San José indudablemente superior a la posesión y gozo de Dios —sólo en fe y esperanza— que le aguardaba en el seno de Abrahám.

Mas si el dolor de la renuncia de María fue grande, no menores fueron sus frutos, tanto para nosotros, como para la misma gloria de San José.

Muerto José, el amor sensible de María en él concretado por fuerza ha de tornarse universal: ansiará comunicarlo a todos los hombres, a todos los hijos que Dios ha de ir dándola. Al modo que se asoció a José al amor y trato con su Divino Hijo, así buscará asociarnos a nosotros. Y así como en él realizó plenamente su deseo de llevar consigo a Cristo toda la creación, así buscará llevarnos a nosotros. En su trato con José aprendió cómo amarnos a nosotros, cómo engendrarnos hijos de Dios, cómo asociarnos en todo consigo.

Esa es la gloria de San José: no sólo servirnos a nosotros de modelo en nuestras relaciones con el Corazón de Cristo, sino también ser como modelo e inspirador de nuestra Dulce Madre por lo que mira a lo que ha de hacer por nosotros y en nosotros. El mismo amor que a él tuvo y tiene, es el que María quiere tenernos a nosotros.

Por eso mismo, María, que asistió a su esposo en el tránsito de su muerte, nos asistirá también visiblemente, sensiblemente, a cada uno de sus hijos, consolándonos en ese trance decisivo, defendiéndonos de nuestros enemigos, confirmando nuestra fe y nuestra esperanza, asegurándonos de su intercesión omnipotente, Ella a la que rogamos: «Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Y si, por nuestras infidelidades no expiadas, no puede llevarnos inmediatamente al cielo, también en eso nos trata como a San José, certificándonos así de su materno amor. Pues como a San José, aunque inocente, no quiso su gran amor llevarlo directamente al cielo, así nosotros sabremos y sentiremos que nuestra espera en el Purgatorio en nada disminuye ni hace menos el inconmensurable amor con que nos ama.

Por eso sin duda, José, que había de ser el prototipo de cuanto María había de hacer con sus hijos, hubo de morir en tiempo y circunstancias en que aún no pudiera ir al cielo, para que nos sirviese de modelo a la inmensa mayoría de los hijos de María que, asistidos por Ella en nuestra muerte, hemos todavía de esperar ansiosamente en el Purgatorio a que Ella nos lleve al cielo.

Y así como José fue mensajero de alegría a los justos del seno de Abrahám, anunciándoles y hablándoles del amor de Cristo y de María, y de la inminencia de la redención, así nosotros al ir al Purgatorio seremos mensajeros de alegría, hablándoles del amor con que nos trató María, para que seguros de ese amor, y más en él confirmados a cada alma que llega, sepamos que su cariño de Madre está abreviando el tiempo de nuestra espera, y sintamos más y más inminente nuestra liberación.

3. Renuncia al trato sensible con Jesús

La Virgen, que había de amarnos y cuidarnos «con el mismo amor y desvelo con que amara y cuidara a su Jesús» (Pío XII, Denz. 2291), aprendió en el trato con El todos los matices del amor sensible con que había de mimarnos y atraernos, todas las delicadezas de las atenciones y cuidados con que había de protegernos.

La expresión, diríamos material, de ese amor y esos cuidados no puede tener del todo el mismo objetivo que el que informó su actitud con su Divino Hijo, aunque sí tenga la misma forma y la misma intensidad, transferida de su Hijo Jesús a nosotros.

Su Hijo es Dios, y lejos de necesitar ser salvado por otros, El es el Salvador de todos. Nosotros somos hombres y necesitamos ser salvados. A procurar esa salvación nuestra asimilándonos y uniéndonos a su Hijo Jesús se dirigen el amor y cuidados de María hacia nosotros preferentemen-

te, mientras en nada contribuyeron a la salvación de su Jesús, Salvador de todos.

El ejercicio sensible de ese amor materno, que busca de modo eficaz nuestra salvación, uniéndonos y asimilándonos a su Jesús, lo llevó a cabo María de modo perfectísimo con su esposo José. Por eso, obtenido con perfección su término, le fue arrebatado José para que ese ejercicio de amor y cuidado sensible pudiera universalizarse con relación a todos nosotros.

E igualmente convenía fuera privada del contacto sensible con Jesús, para que el amor sensible con que a El le amaba, falto de la presencia del objeto concreto, pudiera más fácilmente universalizarse, extendiéndose a todos y cada uno de nosotros.

Por eso, muy poco después de la separación de José, hubo también María de separarse del trato sensible con Jesús, quedando en absoluta soledad, para que el inconmensurable amor sensible en que su Corazón se había formado y modelado rompiera en inagotables avenidas sobre todos sus hijos.

Esa separación sensible se inicia en la vida pública de Jesús; se consuma con su muerte en la cruz. No en vano es en esa muerte cuando se promulga la Maternidad universal de María.

Durante la vida pública, el contacto sensible de María con Jesús es mínimo. En muchas ocasiones y largos períodos incluso inexistente. El contacto espiritual es, en cambio, íntimo y total, según más arriba expusimos.

Asociada totalmente a la actividad y misión de su Hijo, y siendo sus propios sentimientos como un eco a distancia de los de El, siente y comparte todas las alegrías que su Divino Corazón experimenta al contacto de los que creen en su palabra; todas sus amarguras al contacto de la resistencia e ingratitud de los hombres.

Y es María quien prepara interiormente las almas para que crean en El y no resistan. Es Ella quien, como Madre,

comunica fe y vida a los creyentes. Es Ella quien por ellos vela y los protege para que no se aparten de Jesús, dando alcance cada vez más universal a su función de Madre. Es Ella quien los mantiene vinculados y unidos a su Divino Hijo.

Jesús siente la presencia de su Madre, la acción amorosa de su Madre en cuantos en El creen, y se goza en ella. El quiso que la fe de sus primeros discípulos se iniciara y robusteciera por obra y cooperación de su Madre en las bodas de Caná (Jo. 2,11). E igualmente quiso que su Madre misteriosamente cooperara al nacimiento, conservación y robustecimiento de la fe de cuantos sucesivamente habían de creer en El.

El contacto de María con su Jesús ausente, y con los creyentes también localmente ausentes, es espiritual. Pero establecido ese contacto por vía de espíritu, vuelca sobre Jesús y sobre cuantos en El creen todas sus ternuras sensibles, toda la riqueza variadísima de su amor pasional, que puede ya en todos desbordarse una vez que con todos ha establecido contacto espiritual.

Es el ejercicio creciente de su Maternidad sobrenatural, asociada en todo a la obra salvadora de su Hijo, lo que caracteriza a María en su absoluta y dolorosa soledad de Nazaret. Toda la ternura que hacia su Jesús experimenta la vierte en cuantos creen en El y a El se asimilan como miembros y hermanos suyos, hijos de Dios e hijos de María. Y también siente con Jesús todas sus amarguras por las resistencias, ingratitud, frialdad e incredulidad de los hombres.

Sigue así sintiéndose Madre de Jesús, a quien consuela y acompaña, a quien ofrece la reparación continua y hermosísima de su amor inagotable. Gracias a Ella, nunca Jesús se sintió solo.

Y esa reparación en su soledad de Nazaret no sólo es de Madre de Jesús, sino también de Madre nuestra, revirtiendo a sus hijos en toda clase de bienes.

El primero de ellos, hacer que Jesús no se canse, ante tanta frialdad, del trato con los hombres. Viéndose así ama-

do y acompañado de su Madre, todo lo aguanta, todo lo soporta con infinita paciencia, nada ahorra o en nada se cohibe de cuanto pueda favorecer nuestra salvación. Ella mantiene así a Jesús entre los hombres como nuestro Salvador.

El segundo de ellos, es prodigarse sin límites sobre cuantos creen en Jesús, embelleciendo, hermoseando, purificando sus almas, para que en ellos halle Jesús consuelo y morada deleitable. Como Madre que los está engendrando, desarrollando y cuidando, Ella ama a Cristo en el corazón de todos ellos, para que en todos ellos se sienta Jesús satisfecho, como reclinado en el seno de su Madre.

Cuantos más son los que en Jesús no creen, y más acerbamente le resisten, tanto más se derrama María en los corazones de cuantos en El creen y le reciben, para en ellos, con ellos y por ellos amarle y agradarle.

Es el tercero, el interés con que María asocia consigo en su reparación a cuantos en Cristo va engendrando como hijos, moviéndolos a tener en sí los mismos sentimientos de Cristo —que Ella tan bien conoce—, excitándolos en ellos, para que «sientan en sí mismos lo mismo que Jesús siente en sí» (Filip. 2,5). Todas las amarguras de amor de María se esfuerza Ella en imprimirlas en sus hijos, asociándolos a su obra corredentora, para que del todo se transformen y transfiguren en Jesús.

Si la predicación pública de Jesús llena el Evangelio, la acción fecunda oculta de su Madre llena el Corazón de Jesús, y de El refluye en los corazones de todos sus hijos.

Y nada más diremos de esa acción oculta de María en su soledad, de esa universalización creciente de su Maternidad, que el lector hará bien en por sí mismo meditar.

Especialmente las almas contemplativas hallarán en María el modelo egregio de su propia fecundidad espiritual. Cuanto más, con María y como María, se escondan y como anulen en su soledad de oración, tanto más participarán de la eficacia de su maravillosa fecundidad. Si el grano de trigo

sembrado en tierra no muriere, permanecerá él solo; mas si muriere, entonces dará mucho fruto (Jo. 12,24).

Lamentábase Teresa de Jesús de no poder predicar como Javier. Nuestro Señor le reveló que con su oración había salvado más almas que el santo misionero. Y Santa Teresita fue proclamada patrona de las misiones sin haber jamás salido de su convento de clausura. Si el alma en oración y retiro contemplare a su Madre sola en Nazaret, y como de todos olvidada, comprenderá fácilmente y sentirá la eficacia divina de su anulación.

4. La Madre en la Pasión y Muerte de Cristo

Con su pasión y muerte nos mereció Cristo ser hijos de Dios, y hermanos y miembros suyos. En su entregarse a la muerte por nosotros quiso consumar nuestra redención.

Si con su muerte nos mereció ser hijos de Dios y hermanos y miembros suyos, es evidente que con esa misma entrega a la muerte nos mereció ser hijos de María, pues somos hijos de Ella en cuanto hijos de Dios y hermanos y miembros de Jesús.

Y si Cristo entregándose a la muerte nos mereció ser hijos de su Madre, es igualmente evidente que María, al renunciar a su Hijo entregándolo por nosotros a la muerte, mereció ser Madre nuestra.

También aquí era menester renunciar en cierto modo al objeto concreto de su amor materno sensible para que ese amor pudiera debidamente universalizarse, aplicándose, siempre el mismo, a todos y cada uno de sus hijos.

Mas dos cosas conviene advertir a este respecto.

Es la primera que, aunque la Virgen María mereció ser Madre nuestra por su participación —como oferente y doliente— en la pasión y muerte de Cristo, el efecto de ese mérito es retroactivo. Por eso verdaderamente nos engendró ya

como hijos suyos al concebir a su Unigénito en la encarnación del Verbo.

Retroactividad correlativa a la del mérito de Cristo, cuya muerte redentora mereció retroactivamente para María el ser concebida inmaculada, así como el ser enriquecida de toda la plenitud de gracia debida a la que es Madre de Dios. E igualmente, aunque con su pasión y muerte nos mereció ser hijos de Dios como hermanos y miembros suyos —la misma Iglesia nace de su costado abierto por la lanza—, ya en el primer instante de su encarnación se presenta como Cabeza nuestra, que exige ser completada con sus miembros, a los que desde ese primer instante de su ser humano conoce y ama singular e individualmente con amor inefable (Denz. 2289).

Esto explica el que en la tradición se nos afirme, tanto que la Virgen María nos llevó en su seno desde el momento mismo en que concibió a Jesús, como que fue constituida Madre nuestra al pie de la Cruz. El merecer ser Madre nuestra se da en la Cruz. La fecundidad merecida con que nos concibe está ya actualmente presente y actuante cuando engendra al Verbo encarnado.

Es la segunda, que aunque creemos que María verdaderamente merece ser Madre nuestra al pie de la Cruz, ese mérito en nada acrece su santidad, su gracia ni su amor, total e insuperablemente alcanzados en su ser Madre del Verbo.

Ese mérito no aumenta su gracia: sólo extiende su aplicación, universalizando más y más la manifestación de sus efectos.

Nuestra filiación de María es, en efecto, extensión, participación y como copia de la filiación con relación a Ella de su Divino Hijo: somos hijos de María en cuanto incorporados a su Hijo Jesús. La perfección de nuestra filiación —ni individual ni colectivamente considerada— no puede añadir ni un ápice a la perfección de la filiación de Cristo: antes simplemente manifiesta, al participarla, la inagotable riqueza y potencialidad activa de esa filiación.

Por eso, nuestra filiación de María ningún grado de perfección añade a su maravillosa fecundidad virginal, y así en nada aumenta su perfección y gracia: sólo manifiesta la inagotable riqueza que posee. Como Jesús no crece en santidad al hacérnosla participar a nosotros al incorporarnos como miembros suyos, así tampoco crece la santidad o hermosura de María, al comunicarnos su vida como a hijos.

Merece así María, no el aumento de gracia, ya imposible, sino la multiplicación de sus efectos, el inagotable fluir de sus reflejos.

A la misma conclusión llegaríamos considerando que la gracia santificante dice relación a la unión con Dios, no a las creaturas: el que sea Madre de todos los salvados en nada perfecciona o aumenta su relación con Dios como Madre de Dios.

Pero pasemos ya a describir el amor de María como Madre, en cuanto manifestado y ejercido en la pasión y muerte de su Divino Hijo.

María sale de su soledad para asistir a su Divino Hijo con su presencia sensible en la hora de su pasión y muerte, acompañándole en todos sus dolores.

Jesús necesita y quiere ahora su presencia. Para sentirse consolado y animado, al contemplar en Ella el amor con que le corresponderán los redimidos; para que Ella, en nombre de la creación entera, lo ofrezca al Padre en sacrificio de reparación y de alabanza; para que, sustituyendo Ella al Padre que aparentemente le abandona, no se sienta Jesús destituido del reposo en el seno que su amor filial busca y desea, sin el que no puede vivir ni existir, puesto que su ser es «ser en el seno»; para que asociada en todo a su obra redentora sea constituida «Madre de todos los vivientes», y así nos sea a todos verdadera transmisora y dadora de la vida que Cristo nos merece en la Cruz; para que, en fin, estemos seguros de que, «no siendo el discípulo más que el Maestro» (Mt. 10,24), y así no recibiendo tampoco nadie cruz superior a la suya, sepamos todos que, como El, goza-

remos del consuelo de la presencia sensible de nuestra Madre en la hora de la muerte, y conozcamos que aunque siempre espiritualmente nos está unida, su presencia se nos hará tanto más palpable cuanto mayor sea nuestro dolor y nuestra cruz.

Por todo esto, y por otros motivos que Dios sabe, el Espíritu Santo que en todo la guía, la lleva al encuentro de su Jesús en Jerusalén, cuando Este va a consumar su obra en la pasión.

Ni creemos fuera ajena la misma petición expresa de Jesús a su Madre: de ese Jesús que anunciara a los apóstoles su muerte sin que ellos acabaran de entenderle. Mas cuán bien le entendería su Madre, cuando le comunica que va a llegar su hora, y cuán bien hubo de entender los deseos de su Corazón de que no le faltara entonces su compañía. Y Ella, «la esclava del Señor», no podía faltarle: no le faltó.

Los Evangelistas nos la presentan sólo en el momento cumbre: en pie, junto a la Cruz. Era el Viernes santo. Mas para que allí tan oportuna y puntualmente estuviera, es evidente que *ya se hallaba* en Jerusalén acompañando a su Jesús. Nadie podrá dudar que el día anterior, el jueves santo, en que se instituyó la Eucaristía ya puesto el sol, en la última cena, María estaba con El.

Las conversaciones con Ella, en gran parte de corazón a corazón, fueron un secreto para los apóstoles: su misma discreción les obligaría a retirarse cuando les veían hablando, o simplemente estando juntos Madre e Hijo: de Ella no tenían celos. Mas sólo a medias pueden ser secreto para nosotros, que en gran parte podemos contemplar la materia de ellas. Procuremos, pues, seguirlas en los pasos principales: la institución de la Eucaristía, la Oración del Huerto, la cruz, el costado abierto.

Capítulo V

LA MADRE DE DIOS EN EL SACRIFICIO PERPETUO DE SU HIJO: LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA

En la última Cena predomina en el Corazón de Jesús el gozo: diríamos incluso que el gozo lo anega por completo: «Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc. 22,15).

Gozo que parece acrecentarse en la institución de la Eucaristía: «Tomad y comed... esto es mi Cuerpo...; Tomad y bebed: éste es el cáliz de mi sangre... que por vosotros y por muchos se está vertiendo» (Mt. 26,26-28; Mc. 14,22-24; Lc. 22,19.20).

Los apóstoles se entristecen, presintiendo la próxima muerte y ausencia de Jesús. Mas Jesús parece como totalmente olvidado de sí mismo y del dolor que le espera, para gozarse en consolar a sus discípulos.

La tristeza sólo le invadirá al llegar al Huerto, cuando, separándose y como arrancándose de sus discípulos ya consolados, «empezó a sentir tedio y pavor» (Mc. 14,13), diciendo a Pedro, Santiago y Juan como despedida: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38; Mc. 14,34).

Ese gozo de Jesús, ni siquiera enturbiado por el abandono y apostasía de sus amados, que no sólo tiene presente, sino que incluso claramente les anuncia para esa misma no-

che, sólo tiene una explicación: el trato y conversación con su Madre que precedió a la última Cena.

Se han de nuevo reunido para consumar juntos la obra que también juntos iniciaron al tomar el Verbo carne en su seno. Con Ella puede Jesús comentar sin velos cuanto ya está inminente. Ella es la única que perfectamente comprende y penetra cuanto Jesús le dice. Con Ella puede expansionarse su Corazón apenas sin palabras. Como sin duda se había expansionado ya tantas veces sobre este tema desde los doce años.

1. El consentimiento de María a la Pasión de Cristo

Ahora le comunica que es llegada la hora en que el Padre desea de Ella dé su consentimiento para el sacrificio del Hijo.

Como el Padre quiso necesitar de su consentimiento, o al menos contar con él, para que el Verbo se encarnase, y la encarnación esperó hasta que este consentimiento fuera dado, y sólo entonces dio el Padre su Hijo al mundo, así quiso necesitar del consentimiento de María para que el Verbo encarnado se inmolase, y la inmolación esperó a que ese consentimiento fuere prestado, y sólo entonces el Verbo encarnado se inmoló para la salvación del mundo, según el deseo y beneplácito del Padre.

Convenía se contase con ese consentimiento de María:

Primero, para que así como el Hijo se ofrece a la muerte por obediencia al Padre, así también lo haga por obediencia a la Madre: en esa obediencia la reconoce verdaderamente por Madre, como en ella reconoce al Padre por verdaderamente Padre. María se somete al Padre —cosa normal en la familia—; pero el Hijo se somete al Padre y a la Madre.

Segundo, para que la creación entera, resumida y compendiada en María —abismo de perfección en el que Dios vertiera toda la plenitud de los dones y excelencias crea-

dos— honrara debidamente al Padre, ofreciéndole a su Divino Hijo como oblación de infinito valor, digna del Padre.

Tercero, para que así como Dios no dio a su Hijo al mundo sino previo el consentimiento de María, así ese Hijo no redimiese ni salvase al mundo sino previo el consentimiento de su Madre.

Cuarto, para que se guardase el recto orden, mostrando el Hijo en su Humanidad beatísima una dependencia de su Madre análoga a la que en todo tiene del Padre en su Divinidad y en su Humanidad: la dependencia de la Madre no puede menos de honrar al Padre.

Quinto, para que María se asocie de verdad como corredentora a su Divino Hijo, al hacer depender la misma redención de su libre asentimiento.

Sexto, para que María se inmole a sí misma con su Hijo, con la misma libertad de su Hijo, y así asocie consigo la creación entera al sacrificio de Cristo en honor al Padre. Pues de verdad, al consentir María en la muerte de su Hijo, Ella realmente se inmola no menos que su Hijo, pues mucho menos le hubiera costado y dolido sustituirlo en el sacrificio que consentir en él: y con gozo y prontitud grande lo hubiera sustituido para ahorrarle a El todo dolor.

Finalmente, era también necesario se esperara ese consentimiento para que el amor de nuestra Madre no se mostrara indigno del amor de nuestro Padre Celestial. Si «tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16.17), no menos había de poder decirse, si de verdad María es nuestra Madre: «Tanto nos amó nuestra Mamá María, que entregó por nosotros a su Hijo Unigénito para que por El seamos salvos.»

Y María, la siempre esclava del Señor, no denegó ese consentimiento que el Padre deseaba de Ella, y que el Hijo en nombre del Padre le pedía, antes con prontitud fidelísima lo prestó: «He aquí la esclava del Señor: hágase en Mí según tu beneplácito.»

Pero si fue pronta y fidelísima en darlo, inconmensurable hubo de ser su dolor al prestarlo, pues el sacrificio de su Hijo y cuantos dolores y afrentas lo acompañarán le duelen a Ella inconmensurablemente más que si propios fueran.

El «Sí» de Jesús impregnará de tedio y de pavor, de tristeza y de muerte su Corazón divino en la noche de Getsemaní.

El «Sí» de María hubo igualmente de impregnar de tedio, pavor y mortal tristeza el Corazón de nuestra Madre: su noche de Getsemaní precedió a la de Cristo, como su consentimiento hubo de preceder al de Jesús, para que el «Sí» del Hijo se prestara por obediencia al Padre y a la Madre.

2. El gozo de Jesús ante el heroísmo de su Madre

Si pudiéramos penetrar un poco ese tedio, pavor y tristeza entrañados en el incomprensible «Sí» de nuestra Madre, entenderemos el gozo de Jesús en la Ultima Cena como las últimas oleadas del antes por El experimentado al contacto con su Madre.

Gozo de contemplar la generosidad y compasión de su Madre. Gozo de saber que no se hallará sólo en su pasión. «No estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jo. 16,32), dirá a sus apóstoles. Casi con más verdad puede decir: «y tampoco estoy solo, porque mi Madre está conmigo, acompañándome en todos mis dolores y afrentas, confortándome en ellos». Presencia diferente: pues el Padre, presente siempre, le estará *sensiblemente* ausente; la Madre le estará *sensiblemente* presente, supliendo, sustituyendo, y como representando en ese aspecto al Padre.

Y gozo, sobre todo, por ser El mismo el consolador de su Madre: gozo de consolar a los que amamos. Sólo podríamos comprender el gozo de Jesús al consolar a su Madre, si, cosa imposible, comprendiéramos el amor con que la ama. Cristo, en su agonía del Huerto, quiso ser consolado

por un ángel. Mas en la agonía de su Madre quiso ser El mismo el consolador, no delegando ese cuidado en nadie.

Sabemos el amor y ternura con que Jesús, olvidado en todo de sí mismo, consuela a sus apóstoles amados. San Juan nos describe esa consolación en el Discurso de la Cena.

Ignoramos los detalles de la consolación que dio a su Madre. Sólo sabemos dos cosas: Que por una parte superó en amor y delicadeza a la consolación dada a los apóstoles, cuanto supera la ternura que hacia su Madre experimenta a la que pudiera hacia sus apóstoles sentir. Esta se nos presenta ya como insuperable. Ello nos explica se silencie la consolación dada a la Virgen: toda expresión humana de ella hubiera resultado del todo inapta para dárnosla a conocer.

Lo segundo que sabemos es que María, a diferencia de los apóstoles, no sólo como sorbía todas las palabras de su Hijo, sino que perfecta y exhaustivamente las entendía, penetrando todo su sentido y significado. Aunque no por eso mitigaran su dolor, profundo como el mar, porque igualmente profundo y abisal era su amor. Pero si el dolor no se lo quitan —ni era deseo de Jesús quitárselo—, lo mezclan con gozo inenarrable: el gozo de la glorificación del Padre, de la glorificación de la Humanidad de su Hijo, de la salvación del mundo, de todos los hijos que la misma Virgen irá teniendo.

Echando, pues, un velo sobre esa consolación que el mismo Jesús quiso ocultarnos, por cuanto nos sabía incapaces de entenderla, nos detendremos tan sólo en un aspecto o faceta de ella, que con seguridad podemos deducir de la misma institución de la Eucaristía.

3. Consuelo que el Corazón de Jesús prodiga a su Madre

Uno de los modos más ordinarios y eficaces de consolación es distraer al amado afligido, atrayendo su atención hacia otras cosas que puedan alegrarle.

Y este fue indudablemente uno de los modos de consolación de que Jesús echó mano con su Madre, apartando su atención de su propio sacrificio, una vez que María consintió en él, para concentrarla en todos los innumerables hijos en que se había de plasmar su inexhausta fecundidad virginal gracias a la eficacia del sacrificio de su Unigénito, en el que Ella ha consentido, y como consecuencia maravillosa de él.

Por el Hijo, que temporalmente ha renunciado para ofrecerlo en sacrificio al Padre por la redención del mundo, le presenta Jesús y pone ante los ojos los innumerables hijos que van a nacer de Ella, induciéndola a poner en todos y cada uno de ellos el mismo amor que a El le ha tenido, a esforzarse y ocuparse en formarlos y hacerlos en todo semejantes a su Hijo Unigénito.

Somos así nosotros el elemento destacado del consuelo que del Corazón amantísimo de su Divino Hijo recibe nuestra Madre María. Y sobre nosotros, más que sobre otra cosa alguna, trató y se extendió la conversación consoladora de Jesús con su Madre Beatísima.

Otros elementos hubo sin duda en sí más importantes. Tal es la glorificación que a la Humanidad de Cristo se seguiría de su pasión —también a la Virgen le diría sin duda: «Amándome como me amas, debes más bien alegrarte, porque voy al Padre» (Jo. 14,28; cf. Lc. 24,26). Pero para comprender y gustar esto no necesitaba María muchas palabras, Ella en todo enamorada del Padre, y cuya contribución a esa ida al Padre de su Jesús ya estaba consumada en su «Sí» prestado a la pasión y muerte de su Hijo.

Tal es también la misma salvación e inconmensurable glorificación de María, que dimana y dimanará a Ella del sacrificio de su Hijo. Esa consolación la experimentará plenamente María tras su asunción gloriosa a los cielos. Mas ahora, aunque Jesús se lo indicara, no creemos la consolara gran cosa. Olvidada totalmente de sí misma y de su propio interés, y totalmente enamorada de su Hijo, pensamos que, por

lo que mira a sí misma, hubiera preferido carecer de toda gloria, y aun condenarse eternamente mientras permaneciera en el amor, antes que ver a su Hijo padecer y morir. Si en algo desea su gloria, no es como gloria suya, sino como gloria de su Hijo, que en la de Ella se ha de manifestar.

Por eso Jesús, que tan bien la conocía, halló aquí el modo de consolarla bajo el prisma del amor desinteresado, y no de un egoísmo en Ella del todo inexistente.

Le declararía el gozo inefable que su Corazón experimentaba al sentirse así amado por Ella; el gozo inenarrable que de ese amor suyo recibirá eternamente; la gloria que eternamente El tendría al poder manifestar en la magnificencia y hermosura de Ella toda la valía y todos los frutos de su redención, todo el amor infinito con que nos ha amado; la induciría a alegrarse de ser Ella, «la esclava del Señor», la gloria de su Dios, la manifestación eterna cumbre de su bondad infinita, para que en Ella, con Ella y por Ella, toda la creación conozca, glorifique y alabe a Dios; le haría sentir la realidad palpable de lo que constituye toda su dicha de enamorada: que su Amor sea amado, alabado y glorificado. Y le diría que para que ese amor de Ella fuese posible, para que el Corazón divino pudiera eternamente gozarse en su seno, de toda eternidad determinó morir por Ella para asegurarse el gozo de su amor, la morada de su seno virginal.

A esa luz ve María la pasión de su Hijo, no como gloria propia, sino como gloria y gozo inenarrable en Ella de su Divino Hijo; y así de verdad la consuela, no el gozo propio de su amor, que nada cuenta para Ella, sino el gozo de su Hijo al sentirse amado por Ella: ése es el gozo que la hace feliz en su dolor.

Mas tampoco para esta consolación necesitaba Jesús muchas palabras: ya Ella lo sabía perfectamente; bastaba recordárselo. Ni tenían que describirle su cooperación a ese gozo de su Jesús: bastaba decirle «Sí», dejarse amar por El, dejar que El se gozara en Ella y en las maravillas en Ella

obradas; y eso lo había hecho ya siempre hasta entonces, y lo haría por toda eternidad.

4. Innumerables hijos en que florecerá la fecundidad inagotable de la Madre

En cambio, sí necesitaba hablar con Ella, y largo y tendido, sobre nosotros, pues siendo nuestra Madre, había de cuidar detalladamente de todos y cada uno de nosotros; había de fatigarse e ingeniarse de continuo hasta lograr nuestro perfecto desarrollo, transfigurándonos en su Jesús.

Cuántas veces la Virgen María habría sobre esto preguntado a su Jesús, durante los años de intimidad con El, no podemos ni siquiera imaginarlo. Pero no estaremos desacertados pensando que si la materia de la mutua conversación interna de Corazón a Corazón fue sobre todo la mutua hermosura en cuya contemplación se deleitaban, la materia y objeto de su conversación externa fuimos todos y cada uno de nosotros, a cuya salvación había de ordenarse toda la actividad externa tanto de Jesús como de María.

Y nosotros, y lo que con nosotros había de hacer la Virgen constituida en Madre nuestra, fuimos el objeto principal de la conversación externa con que en la hora de su supremo sacrificio procura Cristo distraer a su Madre.

Hecha por Ella la renuncia de su Hijo, por su oblación voluntaria al Padre, Jesús le presenta a los innumerables hijos que ha de engendrar, y en los que ha de depositar el amor que a El le tiene. Ese es el premio de su renuncia.

Premio bien mísero a primera vista, y más aflictivo que consolador: por Dios se le dan los hombres; por el Justo los pecadores; por el compendio de toda hermosura se le da nuestra fealdad y miseria; por el Hijo divino renunciado y ofrecido se la incita a hacer hijos suyos, y como tales amarlos, a los asesinos de su Hijo. Pues todos los hijos de María

somos asesinos de Jesús: son nuestro pecados la verdadera causa de su muerte.

Por complacer a Cristo, María nos acepta como hijos. Por complacer a su Madre, Jesús la dota y enriquece con todos los medios para que pueda transformarnos y divinizarnos. Ella nos recibe pecadores. Pero nos entregará a Dios totalmente transformados en su Hijo Unigénito, a El en todo asimilados.

Por su obra materna, multiplicará la presencia de Jesús en todos sus hijos: en todos y cada uno de ellos acabará contemplando el esplendor y hermosura de su Jesús; y así en todos ellos amará a su Jesús y se maravillará más y más de su riqueza inagotable.

Si en los principios de nuestra filiación mariana todo es preocupación, solicitud y cuidado —y aun muchas veces honda pena— para María, en la consumación de esa filiación todo será gozo y alegría para Ella, pues en cada uno de nosotros volverá a hallar perfecto al Jesús que por nosotros renunció y ofreció al Padre.

5. Jesús pone en manos de María la Eucaristía, dándole su mismo Cuerpo y Sangre como alimento con que nutra a sus hijos

Y para que María esté segura de esa consumación, y así pueda como gozar ya de presente en ella, Jesús pone en sus manos la Eucaristía, le da su mismo Cuerpo y Sangre preciosísimos, para que como alimento los dé a sus hijos.

Alimentándolos así con Cristo mismo, cuya santidad y eficacia sólo Ella bien conoce, la Virgen está segura de su éxito, de que logrará hacer de todos sus hijos otros Cristos, que vivirán por la misma vida de Jesús, como su Jesús vive por la misma vida del Padre.

Es así la Eucaristía la máxima consolación con que Je-

sús conforta a su Madre en su aceptación de la Pasión. Por eso Jesús muestra tanto gozo al instituirla: el gozo de saber cuánto alegra a su Madre.

La Eucaristía no se instituye directamente para nosotros, ni directamente se nos da a nosotros, aunque sí indirectamente.

La Eucaristía se instituye para María, se le da a María, para que tenga con qué alimentarnos y criarnos a nosotros. El alimento suele ganarlo el padre, proporcionarlo el padre. Pero se le entrega a la madre, para que ella lo distribuya a los hijos.

Es, pues, evidente, que siendo la Eucaristía el alimento de los hijos de Dios, Jesús la entrega y da a la Madre de esos hijos, para que Ella se lo distribuya y dé. Es para Ella para quien instituye la Eucaristía: para que nunca le falte el pan divino con que alimentar y criar a los hijos que engendra. Y para que en ellos, aunque todavía imperfectos, goce ya como en su Jesús: pues al darles a Jesús como alimento, ve ya a Jesús en ellos, en ellos contempla a su Jesús, en ellos goza de su Jesús.

Mas aun por otra vía podemos ver claro cómo la Eucaristía ha sido entregada a María, instituida para María.

La Eucaristía, así como todos los sacramentos, han sido entregados a la Iglesia —son propiedad de la Iglesia—, como medios con que pueda santificar a sus hijos, y transformarlos en Cristo. Mas María es «Madre de la Iglesia». Si a la Iglesia, como a madre, se le entrega la Eucaristía y demás sacramentos, mucho más ha de decirse que se entrega primariamente a María; y que de Ella, como de Madre, deriva a la Iglesia y a todos y cada uno de nosotros. Y así como la Iglesia usa de sacerdotes para su consagración y distribución, así María usa y se sirve de la Iglesia y de los sacerdotes para la consagración y distribución del Cuerpo sacratísimo de Cristo, que es suyo, y a Ella se le entregó.

6. La entrega de la Eucaristía a María como a su total e inmediata destinataria explica los detalles extraños de su institución

Esta entrega de la Eucaristía a María, como a su total destinataria, explica no pocos detalles, a primera vista harto extraños, en su institución.

Es el primero el gozo de Jesús al instituirla: «Con deseo grande he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc. 22, 15): gozo aparentemente puro y sin mezcla, pues lo desea con todo su deseo.

Gozo extraño, pues Jesús sabía perfectamente cómo íbamos a tratarle, y cuán mal, irreverente y fríamente, la inmensa mayoría de nosotros. Que, pese a ello, por amor nuestro se quedara con nosotros, todavía se explicaría. Mas que en esa decisión de quedarse con nosotros parezca anegarlo el gozo con olvido del dolor, ya es del todo inexplicable.

Pero se aclara si pensamos en María, en la que Jesús encuentra cuanta complacencia y gozo pueda recibir de lo creado.

Es el gozo inenarrable de consolar a su Madre amada, de enriquecerla de tal modo que nunca le faltará el alimento con que pueda alcanzar el perfecto desarrollo de sus hijos. Cuanto más inenarrablemente ama a María, tanto más inenarrable es el gozo que experimenta al entregarle en propiedad permanente, antes de separarse visiblemente de Ella, el Cuerpo y la Sangre que de Ella ha recibido, para que con ellos alimente a sus hijos hasta hacerlos perfectos hijos de Dios, otros Jesús.

Y es también el gozo de saber que siempre hallará en la Eucaristía la correspondencia de amor y el mimo que El desea, sin que a ello empezcan nuestras ingratitudes y frialdad.

Entregándose directamente a la Virgen María, y sólo a través de Ella y por Ella a nosotros, sabe que si nuestra

compañía y nuestro amor pueden fallarle, nunca le faltará la compañía, la adoración, el amor y la ternura de su Madre.

Es Ella quien, como verdadera propietaria del Cuerpo y Sangre de Cristo, como término total de la donación hecha por Cristo, lo pondrá en cada sagrario, cual lo puso en el pesebre de Belén, y allí lo estará amando y adorando, cual en Belén lo hiciera.

Es Ella quien lo pondrá en el corazón de cada uno de sus hijos por la comunión, y allí permanecerá con El, haciéndole deliciosa la estancia con la ternura de su amor, aunque yo lo olvide nada más recibirle.

Cierto que para todo esto se servirá de los sacerdotes como instrumento; pero la presencia del instrumento no elimina, sino que supone la de la causa principal. Nada haría ni podría hacer el instrumento, si por ésta no fuera movido y actuado. Y la causa principal, la verdaderamente dadora, como propietaria, de la presencia de Jesús en el Sagrario y en el alma es la Virgen María: Ella quien lo pone en el Sagrario; Ella quien nos lo da en la Comunión; Ella quien nunca lo deja solo ni destituido de su maravilloso amor.

Por eso Jesús no se cansa ni cansará nunca de estar en el Sagrario. Ni se cansa de dársenos en la Comunión. Dondequiera que esté, se halla deliciosamente instalado en el seno de su Madre. Con Ella le basta para sentirse dichoso; aunque, precisamente por Ella, no deja de dolerle la aflicción y pena que sus hijos le causamos al no aprovechar debidamente su magnífico don: «Si conociéramos el don de Dios como María lo conoce» (cf. Jo. 4,10).

7 La presencia de María en la Eucaristía según San Luis Griñón de Monfort

Todo esto supone la presencia de María en la Eucaristía.

Presencia ciertamente misteriosa, pero no por eso menos real.

Presencia cuya explicación creemos nada tiene de difícil, aunque en nada disminuya su misterio: el misterio de Dios y de su divina omnipresencia.

Si alguna creatura participa de la vida divina, vive la vida de Dios y actúa en virtud de esa vida, esa es la Virgen María. Cuanto de su propia vida ha Dios comunicado a la creación elevada al orden sobrenatural, lo ha dado todo a Ella para que de Ella, cual de fuente en la que el don divino se remansa, derive a los demás y en ellos se derrame.

Mas la vida es acto, actividad. En cuanto María participa y vive de la vida de Dios, en tanto participa y comulga con Dios en su modo de obrar, en su mismo obrar, y por tanto en su modo de estar presente, en su omnipresencia. Pese a todo, María no es Dios, y así tampoco simplemente omnipresente. Mas la multiplicación de su presencia corre pareja con su incomprensible participación de la vida divina.

Está así presente donde quiere —pues nada puede querer no conforme con el beneplácito del Padre—; y ciertamente quiere estar presente dondequiera esté su Hijo —es especialmente si allí se halla expuesto al abandono—, para allí amarle, contemplarlo, acompañarlo y adorarlo.

Y no menos lo quiere su Divino Hijo, que, como Verbo encarnado, no sabe sino vivir en su seno, actuar en su seno —lo propio del Verbo es «ser en el seno de otro»—. Su Hijo que, al instituir la Eucaristía, le entregó directamente a Ella su Cuerpo y Sangre para con ellos alimentar a sus hijos.

Es, pues, evidente, que dondequiera se halle Jesús Eucaristía, allí está con El su Dulce Madre, tanto por deseo de Ella, cuanto por gusto y petición de El, que es omnipotente.

Y aún osaríamos añadir más. Amándonos María a cada uno de nosotros con el mismo amor que a su Unigénito, desea naturalmente estar con cada uno de sus hijos; y no pudiendo menos de cumplirse todos los deseos de la Amada de la Trinidad Beatísima, ciertamente está, de modo misterioso, pero realísimo, con cada uno de sus hijos.

Presencia real que viene entrañada en su misma Maternidad universal: si nos estamos haciendo hijos de Dios (Jo. 1,12), es evidente que sólo podemos irnos haciendo hijos de Dios en el seno de nuestra Madre. Y nunca la Madre está tan real y totalmente presente al hijo como cuando lo lleva en su seno, aunque entonces el mismo hijo sea incapaz de advertirlo.

Mas por cuanto la explicación de esa presencia, al no quitarnos su misterio, podría dejar frío y como escéptico a algún lector que todavía no la haya suficientemente gustado y experimentado en la oscuridad de la fe —cual se siente y palpa y reconoce al amado en la oscuridad de la noche—, le recordaremos que esa presencia real eucarística de María ha sido gustada, sentida y afirmada por los santos, que de Ella se sirvieron para unirse a Jesús en sus comuniones.

Baste como muestra el testimonio de San Luis Griñón de Monfort, el gran devoto de María:

«Después de la Sagrada Comunión, estando recogido interiormente y con los ojos cerrados, introducirás a Cristo en el Corazón de María y se lo entregarás a su Madre, la cual lo recibirá amorosamente, lo colocará dignamente, lo adorará profundamente, lo amará perfectamente, lo abrazará estrechamente, y le hará en espíritu y en verdad muchos oficios que nos son desconocidos por estar nosotros envueltos en espesas tinieblas. O bien te mantendrás perfectamente humillado en tu corazón, en la presencia de Jesús que reside en María; o te considerarás como esclavo a la puerta del palacio del Rey, en donde está para hablar con la Reina, y mientras Ellos hablan entre sí sin necesidad alguna de ti irás en espíritu al cielo y por toda la tierra a rogar a las creaturas que den gracias, que adoren y amen a Jesús y a María en tu lugar. O también podrás tú mismo pedir a Jesús en unión de María, la venida de su reinado a la tierra por medio de su Santísima Madre, o la Divina Sabiduría, o el amor divino, o el perdón de tus pecados, o alguna otra gracia; pero siempre por María y en María... Acuérdate de que, cuanto más dejes a

María obrar en la Comunión, tanto más será Jesús glorificado; y dejarás tanto más obrar a María para Jesús, y a Jesús en María, cuanto más profundamente te humilles y más los escuches con gozo y silencio, sin que te importe nada el ver, el gustar o el sentir; porque el justo vive en todo de la fe, y particularmente en la Sagrada Comunión que es acto de fe» (*Tratado de la Verdadera Devoción*, nos. 270-273).

Difícilmente se podría inculcar con más insistencia y claridad la presencia eucarística de María.

Así se nos hace diáfano y patente el gozo de María y el de su Jesús en la institución de la Eucaristía.

Gozo de María, al disponer a manos llenas de ese alimento divino para sus hijos. Gozo al poder contemplar, adorar y amar a su Jesús no sólo en todos los sagrarios, sino también en todos los corazones de sus hijos, que así se le hacen amables por la presencia en ellos de Jesús, hermosos por iluminados y transformados con su luz y esplendor. Gozo de poder estar dondequiera esté su Hijo, haciéndole compañía y reclinándolo en su seno, haciéndole deleitable con su amor la estancia entre los hombres. Gozo de multiplicar sus cuidados y sus servicios a su Jesús en cuantos lugares o personas El more.

Gozo de Jesús, al enriquecer así a su Madre, para que nada le falte con que atender a los hijos. Gozo al verla contenta repartiendo a sus pequeñuelos un pan que sabe nunca le escaseará. Gozo al ver el gozo de Ella en amarle y adorarle y estar con El. Gozo al sentirse por Ella tan amado cuanto su Corazón humano puede y es capaz de desear en cada sagrario de la tierra, y en cada corazón que le recibe. Gozo inefable al venir al puerco y sucio establo de mi corazón, porque allí lo recibe y atiende María, y allí lo pone, como Madre y ama de casa que en lo posible me ha adecentado, y suple con su amor y atenciones cuanto en mí echaría de menos... o de más.

Como sintió gozo en nacer en el establo de Belén, y en yacer en el pesebre, porque allí la Virgen María le dio a luz,

y allí sus brazos lo recibieron y estrecharon, así siente gozo en venir al establo de mi corazón, porque en mí lo pone y reclina María, su Madre y mía, y en mí lo reciben y acarician sus amorosos brazos.

La venida de Jesús a mí por la Comunión sería tan inexplicable e imposible sin la presencia de María como lo sería su nacimiento en el establo de Belén sin la presencia y acción de Ella, de la Amada de su Corazón, que le convierte en verdadero cielo cualquier lugar o persona en que Ella le reciba, atienda, ame y abrace.

Bien pudo, pues, decir Jesús, y con El su Dulce Madre y nuestra: «Jamás podréis imaginaros con cuánto anhelo hemos deseado comer esta Pascua con vosotros» (cf. Lc. 22,15).

Y aunque el gozo predomine, y como lo anegue todo, no está ausente el dolor, que por eso la Misa es sacrificio, y está Jesús en la Eucaristía como víctima.

Dolor que procede de la plenitud inefable del amor, y por eso ya hablamos de él en EL AMOR.

Baste aquí indicar que si la dicha es plena en la comunicación de amor entre María y Jesús en la Eucaristía, al amarnos María como Madre, sufre al ver cuán poco aprovechamos el Don que Ella nos hace. Y con Ella sufre su Jesús, que en Ella y por Ella nos ama. Y ambos multiplican sus esfuerzos y sus planes para triunfar de nuestra ingratitud e inconsciencia hasta llevarnos al perfecto conocimiento de ese Don, en el que está la vida eterna.

8. El momento escogido por Jesús para la institución y promulgación de la Eucaristía

Otro detalle bien extraño en la Eucaristía es el momento escogido para su institución y promulgación.

Por cuanto podemos rastrear, los Sacramentos, aunque expresa o veladamente preanunciados durante la vida públi-

ca de Jesús, sólo después de su resurrección fueron instituidos y promulgados.

Así nos consta expresamente del de la penitencia (cf. Jo. 20,23, donde da a sus apóstoles el poder de perdonar pecados, y Lc. 24,47) y del bautismo (Mt. 28,19; cf. Mc. 16,16). Y lo mismo cabe suponer de los demás sacramentos que aparecen en uso en la primera tradición apostólica, indudablemente como fruto de la enseñanza de Jesús resucitado, cuando durante cuarenta días les habló del reino de Dios y les instruyó en él (Act. 1,3): la imposición de manos para la confirmación (Act. 8,15-18); la imposición de manos para los diversos grados de ordenación (Act. 6,6; 2 Tim 1,6; 1 Tim. 4,14; 5,22 —imposición que falta en la Ultima Cena, aunque se les dé el poder y mandato de consagrar: mas el *rito* sacramental se precisaría después); el matrimonio (Efes. 5,22); la extrema-unción o unción de los enfermos (Jac. 5,14).

Son así los sacramentos frutos de la pasión redentora de Cristo, dados a la Iglesia como medios de santificación y salvación tras su resurrección, aunque algunos de ellos se preanunciaron ya antes.

Y así parece connatural: si la Iglesia nace del Corazón de Cristo abierto por la lanza —esa Iglesia que Jesús adquirió con su sangre (Act. 20,28)— mal podía confiársele el tesoro de los sacramentos antes de que hubiera nacido, antes de que existiera.

Mas el Sacramento de los sacramentos —al que todos los demás se ordenan y dicen relación—, la Eucaristía, constituye la excepción. No sólo los tres Evangelios sinópticos, sino también San Pablo (1 Cor. 11,23) tienen exquisito cuidado en precisarnos el momento de su institución y promulgación; en la última cena, en la víspera de su pasión, en la misma noche en que había de ser entregado. Cual si vieran un misterio escondido en la elección de ese momento.

La excepción se nos presenta tanto más extraña cuanto la Eucaristía es recuerdo y conmemoración de la Pasión de Cristo y de su muerte —«haced esto en memoria mía» (Lc.

29,19; 1 Cor. 11,24.25), «anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (1 Cor. 11,26)—, y verdadera reproducción y actual copia de la muerte sacrificial de Cristo, cual lo ha definido el Concilio Tridentino (ses. 22, cap. 2 Denz. 940, y can. 3, Denz. 950), y cual lo parece inducir el mismo Cristo, cuando en la institución nos dice de su sangre: «que por vosotros y por muchos es vertida o se vierte» (Mt. 26,28; Mc. 14,24; Lc. 22,20: los tres usan el participio *presente* —no futuro— *exjynnomenon*, «que *es* derramada, o que se vierte», destacando con ello la perpetuidad siempre actual del sacrificio eucarístico —sacrificio perpetuo—; aunque la liturgia romana, siguiendo la traducción vulgata más común —tiene variantes en presente también—, haya adoptado el futuro «que será derramada», por referencia al sacrificio sangriento de la cruz que sobrevendrá enseguida, y que la eucaristía conmemorará y reproducirá).

No deja en verdad de ser extraño que la conmemoración se instituya y establezca antes del hecho que ha de ser conmemorado; que la reproducción se haga ya *antes* de que tenga lugar el hecho sacrificial que reproduce. Si algún Sacramento había de instituirse después de la pasión y muerte de Cristo, parece que ése debería ser la Eucaristía.

Añadamos, aunque sólo sea incidentalmente, que si la Eucaristía celebrada por los apóstoles y sus sucesores multiplica la presencia del Cuerpo de Cristo ya glorioso, la celebrada por Cristo en su institución multiplica su presencia cuando no ha sido glorificado, lo que potencia extraordinariamente el milagro y maravilla de la transubstanciación entonces obrada —sospechamos que en realidad hubo, como en el parto virginal, una glorificación anticipada misteriosa y oculta del cuerpo de Jesús presente por la consagración, ya que el mismo Jesús alude a su condición gloriosa para inducir a los cafarnaitas a admitir su presencia eucarística (Jo. 6,63)—. También, pues, bajo este aspecto parece que la Eucaristía debía haberse instituido e iniciado tras la glorificación de la humanidad de Cristo.

9. Papel desempeñado por la Madre en esa institución

Mas toda extrañeza desaparece cuando miramos el papel desempeñado por la Virgen María en la institución de la Eucaristía.

En primer lugar, ésta se entrega a Ella como Madre de la Iglesia, para que de Ella la Iglesia la reciba, como el mismo mundo recibió de María al Verbo encarnado. A la madre se la provee de medios para alimentar y criar al hijo ya antes de que el hijo nazca. A María, Madre de la Iglesia, se la provee de medio con que sustentar a sus hijos antes de que la misma Iglesia nazca del Corazón de Cristo.

La Eucaristía —como donación del mismo Cristo a su Madre— es el máximo consuelo con que la mima el Corazón de Jesús para aliviarla del dolor de su consentimiento a su pasión y muerte. Es natural que ese consuelo se le diera en su mismo consentimiento de renuncia a Cristo, antes de la pasión, para que en ésta se sintiera confortada. Y si, como sospechamos, en la institución se hace presente el cuerpo de Cristo ya ocultamente glorificado —como oculta es también su presencia—, ese estado glorioso percibido por María le hace experimentar de presente la gloria declarada que a su Hijo espera tras su pasión y muerte, sobremanera consolándola en ella.

Añadamos que al darse la Eucaristía directamente a María —y sólo por Ella a la Iglesia—, Ella seguirá dándola a cuantos la aman, no hayan roto con Ella y la reconozcan como Madre, aunque se hayan separado del cuerpo de la Iglesia —bien que sigan perteneciendo al alma de ésta, por su amor a María—.

Vale la pena que el lector advierta: cuantos se han separado de la Iglesia conservando su amor y veneración a María, conservan la Eucaristía: la Madre sigue alimentándolos con el alimento divino. Mas cuantos se han separado de la Iglesia renunciando a María, a su amor y veneración, han perdido la Eucaristía, ya no poseen la Eucaristía; se han

separado voluntariamente de la Madre, y ya no hay quien les dé el alimento divino. Curiosamente, ésta situación de hecho no tiene excepción, al menos por nosotros conocida. ¿No muestra ello claramente que sólo María, como Madre nuestra, es la poseedora de la Eucaristía, y su administradora para cuantos hijos se sientan a su mesa? ¿No muestra ello que Jesús sólo quiere dársenos en la Comunión por manos y de manos de María?

Y es también la Eucaristía anticipadamente instituida, el consuelo de Jesús, el gozo que ha de confortarlo en su pasión.

Consuelo actual, porque eucarísticamente presente en la Virgen María durante toda la pasión, la tendrá así asociada en ella, haciéndola sentir todas sus angustias y dolores, en los que ya no se encontrará solo.

Consuelo proyectado hacia el futuro, que apacigua las angustiosas previsiones que de él tuvo en su agonía. Al darse a la Virgen María para que lo distribuya entre los hombres, Jesús está seguro de que mientras esté entre los hombres —«todos los días, hasta la consumación del siglo» (Mt. 28, 20)— será amado siempre y en todo lugar por su Madre entre esos mismos hombres con un amor perfecto, tal cual El lo desea.

Y así la amargura de la ingratitud y desamor humano que experimenta en su agonía y pasión viene iluminada y compensada por el gozo de la correspondencia plena de amor que esa misma humanidad le dará hasta el fin de los siglos a través del Corazón de su Madre.

Es la contemplación de ese amor de su Madre —y nuestra— en la Eucaristía lo que consuela y anima a Jesús en su pasión, lo que le hace parecer como nada y en nada tener cuanto sufre, para obtener el gozo de esa correspondencia de amor.

Mas si la visión de la Eucaristía dada a su Madre como alimento para sus hijos, y del amor con que la Virgen le obsequiará siempre en ella —tanto en nombre propio como en nombre de sus hijos—, es el consuelo de la pasión de

Cristo, lo que le hace como palpar la eficacia y el inefable fruto de ella, es natural que la instituyera antes de esa pasión, para que la contemplación del amor de la Virgen en ella le sirviera de consuelo pleno.

Insinuemos finalmente que es tal la cuantía y hermosura del Don que Jesús nos hace al dársenos a sí mismo en la Eucaristía, que quiso del todo asegurarse de ser siempre tratado con amor, como por amor El se nos entrega. Por eso confió y dio ese Don directamente a su Madre, para asegurarse así siempre la correspondencia de amor deseada, aun en el caso de que, al Ella distribuirlo a sus hijos, éstos lo menosprecien y traten mal.

No por eso dejará Ella de volvérnoslo a distribuir, que la madre no deja de alimentar a sus hijos por más que éstos desprecien y arrojen muchas veces el alimento que les da. Pero Ella no dejará nunca a Jesús sin amor; Ella le compensará siempre por nuestro desprecio. A toda deficiencia humana, incluida la de la Iglesia como constituida por hombres viadores, suplirá siempre la entrega amorosa de la Virgen María.

10. La Virgen María y el sacerdote

Esto nos lleva a esclarecer otro punto, que esperamos nos ilumine algo la relación de la Virgen María con el sacerdote.

El sacerdocio implica fundamentalmente un doble poder: poder de consagrar el Cuerpo físico de Cristo; poder de santificar el Cuerpo místico de Cristo. El primero se ejerce por la consagración en la Santa Misa; el segundo, de modos varios, pero principalmente por el sacramento de la confesión o penitencia, que devuelve la justificación al pecador que la ha perdido, y cuya administración es *exclusiva* del sacerdote.

Dos cosas extrañas cabe observar en la institución del sacerdocio. La primera es que es escalonada y como sucesiva.

El sacerdocio en su función primaria y más excelente, la

de consagrar el Cuerpo físico de Cristo, dándole así en cierto modo poder sobre ese mismo Cuerpo, es instituido en la Ultima Cena, estrechamente vinculado a la misma Eucaristía, cuando Jesús dice a sus Apóstoles: «Haced esto en memoria (o conmemoración) mía.»

El sacerdocio en su segunda función de santificar el Cuerpo Místico de Cristo, mediante la justificación del pecador por la absolución sacramental, es más bien instituido tras la resurrección de Cristo. Es Cristo, ya resucitado, quien confiere el poder de perdonar pecados a los mismos apóstoles a los que ya en la Ultima Cena confiriera poder sobre su Cuerpo físico: «Alentó sobre ellos y díjoles: Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonareis los pecados les serán perdonados; y a quienes los retuviereis, les serán retenidos» (Jo. 20,22.23).

La segunda es el distinto grado de validez de los poderes así sucesivamente concedidos.

Sabido es que la validez del poder consecratorio es absoluta: una vez que el sacerdote haya sido ordenado, su consagración es válida para siempre, aunque rompa con la Iglesia: la validez no depende así de su unión con la Iglesia, *no depende de la Iglesia* (y por tanto no deriva de ella), sino de que haya sido de verdad ordenado.

La validez, en cambio, de su absolución depende ciertamente de su ordenación sacerdotal; pero no sólo de ella, sino también de su unión con la Iglesia, e incluso de la delegación expresa o implícita de la Iglesia.

Y es que por la absolución sacramental ejerce un poder judicial sobre los hijos de la Iglesia, en quienes por lo mismo no puede potestativamente actuar sin la anuencia de ésta. Es la Iglesia la única que, en definitiva, tiene poder y autoridad sobre sus hijos, y así nadie puede ejercer en ellos poder o autoridad sino en cuanto de ella los reciba.

Otros actos sacerdotales sobre esos hijos de la Iglesia tendrán validez si no implican ejercicio de poder o dominio sobre ellos, sino simple favor o beneficio —cual sucede, vgr.

con la extremaunción administrada a los fieles, o incluso con la misma ordenación sacerdotal: ambas dan algo sobrenatural al ungido u ordenado; pero en ninguno de los dos casos se da sumisión o subordinación alguna del ungido u ordenado al ordenante o al que le ha ungido—.

En una palabra: el poder sobre los hijos de la Iglesia —Cuerpo místico de Cristo— que por la absolución ejerce el sacerdote, lo recibe de la Iglesia, y de ella actualmente depende la validez de su ejercicio. Mas el poder que por la consagración ejerce el sacerdote sobre el Cuerpo físico de Cristo, no lo recibe de la Iglesia, y así tampoco de ella depende la validez de su ejercicio.

Esto parece claramente indicar que si bien se da a la Iglesia directamente el poder en exclusiva sobre el Cuerpo Místico de Cristo —«lo que en la tierra atares será atado en el reino de los cielos» (Mt. 16,19)—, no se le da de la misma manera el poder sobre el Cuerpo físico de Cristo, del cual es más bien receptora mediata y beneficiaria no exclusiva —recibiéndolo de manos de María, su Madre—, a la vez que en cierto modo transmisora por la ordenación —cuando es dentro de ella que se ordena—, pero sin modificar en nada en esa transmisión las características de ese poder y de su ejercicio.

De ahí la división y separación de los dos poderes en la institución del sacerdocio, y que el poder sobre el Cuerpo físico de Cristo se diera antes de que la Iglesia misma naciera del costado abierto de Cristo, mientras el poder de perdonar pecados se les otorga ya nacida la Iglesia, para que aparezca que sólo en la Iglesia y con la Iglesia pueden ejercerlo.

11. Unión especialísima del sacerdote, en su función eucarística, con la Virgen María

Esto nos indica la unión especialísima que el sacerdote, en su función eucarística, tiene con la Virgen María.

La Eucaristía, según vimos, se entrega a la Virgen María para alimento de sus hijos. Ella, en todo de acuerdo con su Hijo, se elige en los apóstoles las causas instrumentales de su acción. Y como los dones de Dios y su vocación son sin arrepentimiento (Rom. 11,29: Dios no se arrepiente de sus dones ni de su vocación), así los de María en todo unida y asimilada a su Divino Hijo. Por eso el poder dado a los apóstoles —así como a los sacerdotes suyos, llamados por Dios (Hebr. 5,4)— es de validez y eficacia irretractables, sin que en nada dependa en cada uno de ellos de las disposiciones de la Iglesia —a la que, en cuanto constituida por hombres viadores, afecta el arrepentimiento y la mudanza—.

La Iglesia, visible entre nosotros como hija de María, será la que después normalmente designe las personas que han de servir a María de instrumentos para la acción eucarística, y les transmite el poder sacrificial; pero no entra en sus atribuciones el limitar o circunscribir ese poder, por lo que a su eficacia mira, ya que de él no es autora, sino simple transmisora.

Y ni siquiera transmisora necesaria o exclusiva, ya que es bien sabido que la ordenación sacerdotal es válida aunque la haga un obispo que *ya no* pertenezca a la Iglesia.

Diríamos que el sacerdote, una vez constituido en su orden, por lo que mira a su poder consecratorio del Cuerpo de Cristo, dice ya sólo relación directa con la Virgen, y de Ella sólo directamente depende: de Ella, que nunca se arrepentirá de haberlo escogido sacerdote, nunca se volverá atrás de su elección, nunca le retirará el poder concedido.

Dada la presencia eucarística de María, de que hablamos más arriba, es evidente que el sacerdote, en su función eucarística, y por pecador y aún maligno que sea, nunca se encuentra solo, sino acompañado de la Virgen María, que prodiga todas sus atenciones de amor al Jesús que el sacerdote consagra, y que le hace grato venir a las manos del sacerdote, incluso pecador y del todo indigno, porque con ello también viene a las manos de María.

En realidad es la Virgen María, a quien directamente se ha entregado el Cuerpo de Cristo, la que lo pone en manos del sacerdote que consagra —como otrora en Belén lo pusiera en manos de los pastores y de los reyes—, la que por manos de ellos lo distribuye como alimento entre sus hijos.

Síguese de esto la estrechísima unión que ha de tener el sacerdote con María en su culto y amor al Jesús Eucaristía, al Jesús que cada día consagra y hace venir sobre el altar del sacrificio, al Jesús que por sus manos distribuye María, usando de él como de hermano mayor que la ayude y sirva en su atender a los más pequeñuelos.

En esa intimidad, María desea verlo asociado en todo a Ella, como vio y tuvo asociado a San José en el culto y veneración y servicio del Verbo encarnado.

Ella quiere comunicar al sacerdote, y hacerle participar con Ella, todo su amor, toda su santidad, toda su ternura para con Jesús, que con tanto amor y absolutez pone en sus manos. Ella da todo lo suyo al sacerdote para que, si quiere, como propio a Jesús lo ofrezca —todo lo de la Madre es de los hijos—.

Ella quiere que el sacerdote de tal modo se le entregue y le sea dócil que pueda Ella amar a su Jesús en, con, y desde el corazón del sacerdote. Que si éste, al ser canal del amor de María, limita con su pequeñez la cuantía de las aguas de su amor, no mude la naturaleza de ellas: que aunque sea para Jesús pequeñita, Jesús halle en esa fuente limpia y fresca, aunque en chorro pequeño, el agua del amor de María, con sabor sólo de María. Que también Jesús y María hallan su encanto en reposar y deleitarse cabe la fuente pequeña y llena de verdor y de frescura.

Ella suple y compensa todas las deficiencias, toda la frialdad, incluso toda la iniquidad del sacerdote. Pero, ¡con cuánta pena por él, al verle separado de Ella, disociado de Ella, desconocedor del Don divino sabrosísimo que Ella pone en sus manos!

Ella inenarrablemente goza —cual madre orgullosa de

su hijito—, cuando puede presentarlo a su Jesús estrechamente unido y asociado a Ella en la adoración y en el amor, aunque sea con todas las deficiencias inherentes a la debilidad y fragilidad humanas, que Ella no se cansa de lavar, purificar y compensar con su amor materno. Los limacos no nos impiden beber con gusto el agua que está manando de la fuente; tampoco Jesús tendrá asco en beber el agua de nuestra fuente si el agua que de Ella brota es agua y amor de María, aunque nosotros pongamos los limacos.

Son así los sacerdotes, como unidos íntimamente a Ella en el trato con Jesús Eucaristía —cual José lo estuviera en Belén, Egipto y Nazaret—, quienes más pueden alegrar, consolar y dar gozo al Corazón de María, si, pese a toda su fragilidad y miseria, a Ella se unen, para en Ella, con Ella y por Ella amar a Jesús Eucaristía, amándole con el amor de Ella, ofreciéndole como propio el amor de Ella, pues todo lo de la Madre es verdaderamente propio de los hijos.

Y su gozo es sobre toda ponderación cuando de tal modo le entregamos nuestro corazón y se lo damos que Ella pueda, como poseedora de él, amar a su Jesús en nuestro corazón, ser Ella misma el amor de nuestro corazón, el que de nuestro corazón mane para saciar la sed de amor de su Jesús.

Y son también los sacerdotes quienes más la contristan, cuando estando físicamente tan unidos a Ella y a su Jesús, su corazón se halla lejano, su pensamiento ausente, sus afectos extraviados, por no asociarse a su Dulce Madre en el amor, ni servirse en su trato con Jesús del amor de Ella.

¡Si supiéramos servirnos de María, asociándonos a Ella en nuestro trato con Jesús, sirviéndonos del amor de Ella como propio! Pues es tal el deseo que la Virgen Madre tiene, por el honor de su Hijo, de que sus sacerdotes lo traten bien con Ella y como Ella, que por poco que a Ella recurran la hallarán siempre su aliada para asociarlos a su santidad y a su amor.

A esa santidad está Ella siempre llamando al sacerdote, que quiso asociarse al amor a su Jesús.

Por eso nunca es tarde para que el sacerdote alcance la santidad o conversión total a que la Virgen le invita. Por muchos años que un sacerdote lleve de pecados, frialdad y sacrilegios, en el momento que él quiera, aunque sea el último día de su vida, hallará siempre a la Virgen, no sólo dispuesta, sino ansiosa de revestirlo de la santidad de Ella, para gloria y gozo del Corazón de su Hijo.

Ojalá comprendiera el sacerdote que para él *nunca es tarde;* que en cualquier momento que él lo quiera, la encontrará para abrazarlo, como Madre de misericordia, que supla y compense todas sus deficiencias.

Madre de misericordia inagotable es María para todos sus hijos. Para sus hijos sacerdotes es «la Madre *de todas* las misericordias», y como tal la hallarán siempre.

Y cuando decimos *de todas,* es porque su efusión sobre el sacerdote que a Ella recurre será tal que ni vestigio o consecuencia alguna quedará en él, ni en este mundo ni en la eternidad, de todas sus anteriores miserias, frialdades o pecados. No se verá eternamente en El más que el amor de la Virgen amando a Dios en y por su pequeñito corazón humano; más que la santidad de la Virgen que como sol viste de luz todo su ser.

Si cuando no amaba todavía, ha puesto en sus manos la Santidad infinita que es su Hijo, mucho más la pondrá en su alma no más ame.

12. Misericordia total e inimaginable comprensión de los Corazones de Jesús y de María con relación a sus sacerdotes

Esto nos lleva como de la mano a tratar de un último aspecto de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, que nos muestra hasta qué extremo llega la totalidad de la misericordia del Corazón de Jesús y del de su Madre —hechos en todo uno— para con sus sacerdotes, y la compren-

sión inimaginable que tienen de sus flaquezas y aun apostasías, para olvidarlas totalmente todas cuando a Ellos se vuelven y convierten.

Cuando Jesús da por primera vez la comunión a sus apóstoles, y les hace sus sacerdotes eucarísticos dándoles dominio y poder sobre su Cuerpo, ordenándoles hagan en lo sucesivo lo mismo que El ha hecho, en la primera consagración eucarística, Jesús sabe —y así incluso se lo anuncia— que esa misma noche le abandonarán todos, que incluso el jefe de ellos le va tres veces a negar, apostatando. Y como lo sabe Jesús, lo sabe también la Virgen María, en todo a El asociada.

¿Por qué no esperó Jesús tres días más a instituir la Eucaristía, cuando ya resucitado le seguirían ya fieles sus apóstoles, hasta recibir la confirmación en gracia con la venida del Espíritu Santo?

Porque tanto El como María querían poner de manifiesto el misericordiosísimo y sincero amor con que aman, y la totalidad con que se entregan a los sacerdotes, y aun a cuantos comulgan, por pecadores que sean o hayan de ser, para que así nunca desconfiemos de su amor.

Nos maravilla el amor con que se entrega a sus apóstoles, el amor inefable que les muestra tener en toda la conversación de la Ultima Cena con ellos, la delicadeza con que les consuela. Y todo eso sabiendo, y anunciándoles, que esa misma noche le abandonarán todos, todos le serán infieles. Para que sepan, en la humillación de su caída, que no por eso el Corazón de Jesús ha cambiado para ellos, que los sigue amando como siempre, que los compadece en su desgracia, y que esa compasión tendrá eficacia para sacarlos de ella.

Por eso, anunciada su caída, les consuela asegurándoles su conversión —«y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc. 22,32)—, certificándoles que como Buen Pastor volverá a reunirlos consigo tras haber sido dispersados en el día de la tormenta.

¿Se hubiera dado esa conversión, al menos en todos ellos, sino hubieran todos experimentado en la Ultima Cena el dulce atractivo del amor fidelísimo y a toda prueba con que Jesús les amaba, amor que fue como el imán irresistible que de nuevo a El los atrajo?

Y así quiso Jesús consolar, y hasta enseñar, a su Dulce Madre, para que no la desanimara la inconstancia de los corazones a los que le entrega como alimento, de las manos sacerdotales en las que lo pone como víctima y compañero de viaje.

¡Cuántas veces sabe Ella que el sacerdote en cuyas manos lo pone en la Santa Misa será tan inconstante y lábil en su amor que ese mismo día le traicionará y entregará por el pecado grave! ¡Cuántas veces sabe lo mismo de tantos de sus hijos en cuyo corazón lo siembra por la comunión!

Mas aleccionada por la conducta de Jesús, nos lo entrega igualmente con amor de Madre; amor lleno de ternura, de pena, de compasión hacia nosotros, que llora ya de antemano nuestra caída para ya de antemano impetrarnos con sus lágrimas el perdón de su Jesús.

Y si mil veces se repiten nuestras caídas y traiciones, mil veces vuelve Ella a darnos su Jesús, con el mismo amor misericordioso.

Ella sabe la eficacia salvadora y transformadora de ese manjar divino que nos da; que aunque no asegure la impecabilidad de aquellos hijos suyos que con amor lo reciben, como no la aseguró en los apóstoles, sí asegura siempre su conversión y resurrección, cual la aseguró en ellos. Conversión quizá muchas veces reiterada —casi infinitas veces reiterada, cual sucede en la mayoría de nosotros—; pero que Ella sabe que al final acabará siendo total, definitiva, irretractable, con nuestra entrega total al amor.

Ella sabe la verdad absoluta de la promesa de su Hijo: El que le coma no morirá jamás, tendrá vida eterna, vivirá por y de la misma vida de Jesús, como Este vive por y de

la misma vida del Padre, y hasta a su cuerpo lo resucitará como propio en el último día (Jo. 6).

Todo en futuro. Pero un futuro que la fe de la Virgen fidelísima ya ve y gusta como presente. Y exulta de gozo contemplando, no la miseria que somos cuando Ella nos alimenta con su Hijo, sino la hermosura divina de que Ella sabe que su Hijo nos revestirá.

Hermosura cuya consumación Ella apresura con su amor y adoración al Hijo en nosotros, con sus plegarias al Hijo por nosotros, con los cuidados, mimos y ternuras que Ella nos prodiga, los alientos que nos infunde, la infatigable constancia y paciencia con que vuelve siempre a lavarnos de todas nuestras manchas y suciedad como la mamá hace con su pequeñín.

¡Si penetráramos como Ella que todo el que con amor, aunque pequeño y lábil, come a Jesús, tendrá vida eterna! ¡Cómo nos esforzaríamos en hacer y reiterar lo mejor y más frecuentemente posible nuestras comuniones, por más que de presente no percibamos su eficacia!

Y qué seguros nos sentiríamos siempre del perdón de Jesús, aunque cada media hora tuviéramos que volver a pedírselo, si le suplicáramos ese perdón para que con él consuele a nuestra Madre, que sufre al vernos manchados, y exulta de alegría al contemplarnos limpios y luminosos.

Capítulo VI

LA MADRE DE DIOS EN EL OFERTORIO DE LA MISA PERSONAL DE JESUS: LA ORACION DEL HUERTO, Y SU AGONIA

Obtenido el consentimiento de su Madre, se dispone Cristo a prestar su propio consentimiento a la Pasión, para que se cumpliera lo que de El estaba escrito en el profeta: «Se ofreció porque El mismo quiso» (Is. 53,7), y también las palabras de Jesús: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi alma (o vida), para de nuevo tomarla. Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy o renuncio de mí mismo, y tengo poder para ponerla (en el altar del sacrificio), y tengo poder para de nuevo tomarla o recobrarla. Este mandato recibí de mi Padre» (Jo. 10,17.18). «Para que conozca el mundo que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago» (Jo. 14,31).

La misma libre voluntariedad nos afirma reiteradamente San Pablo: «Me amó, y se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2,20), «Se entregó a sí mismo por nosotros como oblación sacrificial y víctima a Dios en olor de santidad» (Efes. 5,2), «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Efes. 5,25).

1. La oración del huerto, Ofertorio de la Misa personal de Jesús

Ese consentimiento lo da Jesús en Getsemaní. Su oración en el Huerto es como el Ofertorio de su Misa personal, de su sacrificio, con que había de consumar para siempre todos los santificados. Sacerdote eterno, «con esa única y singular oblación suya va a consumar eternamente a los santificados» (Hebr. 10,14).

Cuanto va a seguirse en la pasión y muerte sacrificial de Cristo es continuación, y como efecto y realización, de esta oblación libre de Cristo en Getsemaní, en la que también especificó todas las intenciones por las que ese sacrificio ofrecía.

Cristo, desde el primer instante de su concepción en el seno de la Virgen, había ya hecho esta oblación y ofertorio de sí mismo: vino para hacer la voluntad del Padre, salvando al mundo por su sacrificio; y esa voluntad del Padre fue siempre como su manjar y alimento: «Al entrar en el mundo dijo: Hostia y oblación tú no quisiste; mas (a cambio de esto) me diste un cuerpo: no te agradaron los holocaustos por el pecado. Entonces dije: He aquí que vengo: en el principio del libro (de mi vida) está escrito de mí: que haga, oh Dios, tu voluntad... en la cual voluntad somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez» (Hebr. 10,5-7.10).

Mas convenía que al llegar el momento de cumplir la obra para la que el Padre le enviara, dando cumplimiento a su inmolación, *se actuara* la aceptación de ese sacrificio, con todo el dolor presente que el sacrificio ya inminente implicaba.

También su Madre había dado ese consentimiento total desde el momento de la encarnación de su Hijo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»; y Dios quiso que ese su consentimiento se reactuara, con todo el

dolor que implicaba la inminencia del sacrificio en que consentía.

Ese ofertorio lo quiso hacer Jesús a solas, como sumo, único y eterno sacerdote. Pero afectiva y místicamente acompañado por todos sus miembros: «Sosteneos aquí, y velad *conmigo*» (Mt. 26,38). Tanto ansiaba esta participación nuestra que incluso para su aislamiento físico —relativo, porque los quiso localmente muy próximos: a un tiro de piedra (nuestra distancia del Sagrario)—, hubo de arrancarse de ellos —«*avulsus est ab eis*» (Lc. 22,41)—. Somos sus miembros, y al arrancarse de nosotros siente como si le *arrancaran* sus miembros.

Si tal dolor le causa arrancarse de sus apóstoles, ¿cuál sería su dolor al arrancarse de su Madre?

La unión afectiva y espiritual de sus apóstoles le falló, al menos en gran parte, pese a la proximidad local en que se hallaban. La unión de su Madre, no le falló: fue perfecta e íntima, pese a la mayor lejanía local.

Pero antes de entrar en esa participación y comunicación de María en el Ofertorio de su Hijo, veamos de determinar algunos aspectos que nos esclarecen ese Ofertorio de Jesús.

2. El Verbo encarnado, en su mismo vestido y ser de siervo se sabe y siente vivamente Hijo amadísimo del Padre, que nada puede negarle de cuanto El le pida

En la oración del Huerto, el Verbo encarnado, Jesús, se sabe y siente vivamente —en su mismo estado de siervo que ha adoptado, en su vestido de siervo que con todas las terribles consecuencias que entrañaba ha tomado— verdadero Hijo amadísimo del Padre; y como a Padre omnipotente le suplica en su vestido de siervo, sabiendo que nada puede negarle de cuanto le pida.

Ese sentimiento de filiación divina destaca, si cabe, en la oración del Huerto más que en ningún otro momento de la

vida de Jesús. En los tres espacios de reiterada oración se dirige a El como a Padre; más aún, cual nos lo indica San Marcos, como a Papá, *Abba*: nombre con que los niños pequeños llamaban a sus padres, y que expresa la filiación en su sentido propio. La misma forma obstinadamente porfiada de la súplica de Jesús nos recuerda la tenacidad con que los niños pequeños saben pedir —y lograr— lo que quieren de sus padres.

Coincide San Pablo, cuando nos dice en la Carta a los Hebreos —aparentemente refiriéndose especialmente a esta agonía del Huerto—: «El cual (Jesús) en los días de su carne, ofreciendo con gran clamor y lágrimas preces y súplicas al que es poderoso para salvarlo de la muerte, fue escuchado por su reverencia (*eulábeias* = piedad, espíritu filial con que ora y suplica: es decir: fue escuchado porque es hijo y suplica *como Hijo*). Y siendo ciertamente Hijo de Dios, aprendió la obediencia por sus sufrimientos; y así consumado, se hizo causa de salvación eterna para todos los que le obedezcan a El, llamado por Dios pontífice según el orden o rito de Melquisedeq» (Hebr. 5,7-10).

3. El Verbo encarnado ora al Padre en su vestido y ser de siervo, y en ese mismo estado y ser de siervo se le somete totalmente

El Verbo encarnado ora al Padre en su estado y vestido de siervo, voluntariamente asumido —«en los días de su carne» (Hebr. 5,7)—, con su voluntad humana, y para la glorificación del ser humano que ha asumido.

Nada podía pedir en su ser divino —idéntico al del Padre—, ni para su ser divino —el mismo del Padre, infinito e incapaz de aditamento alguno—, ni con su voluntad divina —la misma e idéntica del Padre—.

Es, pues, claro que el Verbo, Hijo de Dios, pide en su estado y ser de siervo, para ese su ser de siervo y con su

voluntad y apetencias de siervo en las que ansía ser glorificado por la inundación de la divinidad.

Mas esa voluntad de siervo con la que el Verbo pide, y en la que será escuchado por ser verdadera voluntad del Hijo —«fue escuchado» (Hebr. 5,7)—, estaba del todo sometida y conforme a la voluntad divina —única y la misma para el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—, y en nada la resistió jamás, ni aún en esa oración agónica del Huerto. Pide, pues, todo y sólo lo que el Padre desea que pida, y éste es un nuevo título por el que conocemos fue atendido en toda su petición, pues pedía lo que el Padre deseaba oírle pedir; lo que el Padre, por tanto, ansiaba concederle.

Esa sumisión total —aunque no tan claramente la absoluta falta de resistencia a ella—, está indicada en la misma oración del Huerto —«No se haga mi voluntad, sino la tuya; no como yo quiero, sino como tú»; en la Carta a los Filipenses —«Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte» (Fil. 2,8)—; y en la misma Carta a los Hebreos —«por lo que padeció aprendió la obediencia» (Hebr. 5,9).

Más importante aún: esa sumisión, *con ausencia de toda clase de resistencia*, ha sido definida como verdad de fe católica por la Iglesia en el Concilio III de Constantinopla (a. 680-681), por lo que sabemos que hasta los primeros movimientos, inclinaciones y disposiciones de la voluntad humana de Jesús fueron siempre, y en todo momento, tales cuales la voluntad divina —del padre, Hijo y Espíritu Santo— quería que fueran.

Por lo importante que es tener esto presente si queremos contemplar a Jesús en su pasión, y a El unirnos, transcribimos la definición de este Concilio ecuménico:

«(Predicamos y confesamos en Cristo) dos naturales voluntades no contrarias... sino siguiendo su humana voluntad, y no resistiendo o repugnando (*reluctantem*), sino más bien sometida a su divina y omnipotente voluntad. Pues convenía que la voluntad de la carne se moviera (o actuara), pero se sometiera a la voluntad divina, según el sapientísimo

San Atanasio. Pues así como su carne se dice y es carne del Verbo de Dios, así también la natural voluntad de su carne se dice y es propia del Verbo de Dios, según El mismo dice: «porque bajé del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del Padre que me envió» (Jo. 6,38), diciendo voluntad suya propia la que era (voluntad) de su carne. Pues también la carne se hizo propia de El. Pues del mismo modo que su santísima e inmaculada carne animada no pereció deificada (al ser deificada), sino que permaneció en su propio estado y ser (razón), así también su voluntad humana no pereció al ser deificada, sino más bien *fue salvada*, según el divinamente inspirado Gregorio (Nacianceno) que dice: «Pues su querer, el que en el Salvador es entendido, no es contrario a Dios, del todo y totalmente deificado» (Denz. 291).

No es la voluntad la que quiere, ni la carne la que siente o entiende, sino la Persona cuya es la voluntad y la carne. Siendo el Verbo divino y eterno, la Persona de Jesús nada quiere con su voluntad humana, sino lo que el Verbo divino quiera querer, sentir, o como inclinación experimentar.

Por eso dice Fray Luis de Granada que no hemos de medir el amor de Cristo por los sufrimientos a que se abrazó, sino a la inversa: sus sufrimientos por el amor que le impulsó a tomarlos, pues Cristo sufrió y se angustió cuanto quiso, como quiso, cuando quiso, y en la medida que quiso.

4. Cristo fue escuchado y atendido en cuanto a su Padre pidió

Cristo fue escuchado y atendido siempre en su oración, lo que vale también especialmente de la oración del Huerto, concediéndole el Padre el cumplimiento y satisfacción de cuantos deseos, aún los más mínimos, en ella su Jesús expresó.

Ello es consecuencia necesaria de que ningún deseo tiene el Verbo en y con su naturaleza humana, ninguna petición

hace en ella, con ella o por ella, que no sean del todo conformes con la voluntad del Padre, que es como su manjar, y así pide siempre lo que el Padre quiere darle, desea lo que el Padre quiere concederle.

Esta eficacia absoluta de la petición y deseo de Cristo nos la afirma claramente la Escritura: «El cual, *en los días de su carne*, ofreciendo con gran clamor y lágrimas preces y súplicas a Aquel que podía salvarle de la muerte, *fue escuchado* por su piedad (o espíritu filial con que pedía)» (Hebr. 5,7).

Y el mismo Jesús dice: «Padre, te doy gracias porque me escuchaste; Yo ya sabía que Tú *siempre me oyes*, mas lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que Tú me enviaste» (Jo. 11,41.42).

«Y ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para esto vine a esta hora (= para que Tú me salves). Padre, glorifica tu nombre. Y vino una voz del cielo: Glorifiqué, y de nuevo glorificaré... Y dijo (Jesús): No por mí vino esta voz, sino por vosotros» (Jo. 12,27.28.30): Jesús no la necesita: ya sabe ha sido escuchado.

Igualmente: «Yo nada he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió me ordenó lo que he de decir y hablar... Por tanto, cuando yo hablo, lo hablo según el Padre me lo dijo» (Jo. 12,49.50). Y así, cuanto habla y suplica Jesús en Getsemaní es el mismo Padre quien quiere lo hable y se lo suplique, para atenderlo.

«No puede el Hijo hacer nada de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre: cuanto El hace, también igualmente lo hace el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que El hace... para que todos honren al Hijo como honran al Padre» (Jo. 5,19.20.23).

Jesús «sabe que el Padre puso todas las cosas en sus manos» (Jo. 13,3), y esto hasta tal punto que sabe que *puede pedir* al Padre le libre de padecer y morir, y el Padre se lo concederá. Mas no lo pide, ni quiere pedirlo, porque es el mismo amor al Padre el que le impulsa a querer morir:

«¿Es que crees que no puedo pedir a mi Padre, y me proporcionaría *ahora mismo* más de doce legiones de ángeles?», dice a Pedro, cuando intenta defenderlo con la espada (Mt. 26,53).

No pidió Cristo al Padre lo librara de la muerte temporal —aunque sabía que, de pedírselo, le libraría de ella—; antes, por amor al Padre, se ofrece voluntariamente a esa muerte: «para que conozca el mundo que amo al Padre, y obro según el mandato que me dio el Padre» (Jo. 14,31), ¿no beberé el cáliz que me dio mi Padre?» (Jo. 18,11). «Yo doy mi alma por mis ovejas... Por eso me ama el Padre, porque doy mi alma para de nuevo tomarla: nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de mí mismo; y tengo potestad de darla, y tengo potestad de tomarla de nuevo. Este mandato recibí de mi Padre» (Jo. 10,15-17.18).

5. Lo que Jesús pidió y obtuvo en su oración de la agonía del Huerto

Si Cristo obtuvo cuanto pidió, intentemos averiguar qué es lo que pidió —y obtuvo— en su oración de la agonía del Huerto.

Aparentemente, atendida la estructura de su oración cual nos la transmiten —enormemente sincopada— los Evangelistas, parece pedir al Padre le libere de la muerte; y lo mismo parece indicar la Carta a los Hebreos cuando dice: «ofreciendo con gran clamor y lágrimas preces y súplicas al que podía salvarle de la muerte» (Hebr. 5,7).

Mas dado que Cristo murió —aunque para resucitar al tercer día—, es evidente que su súplica infaliblemente atendida no mira a la liberación de la muerte temporal, sino a la liberación de la muerte eterna: es para triunfar definitivamente sobre ésta que se ha hecho hombre y se ofrece ahora en sacrificio.

Efectivamente, para Jesús la verdadera muerte es la eter-

na. La muerte temporal no la ve Jesús como muerte, sino como tránsito dichoso a la vida eterna, que es también para El la única verdadera vida.

Así dice, en relación a sus ovejas: «Yo vine para que tengan vida, y la tengan más abundante» (Jo. 10,10), lo que en nada obsta a que todas sus ovejas sigan sujetas a la muerte temporal, que es para ellas mero tránsito a la vida eterna.

Igualmente dice a los judíos: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan bajado del cielo, para que si alguno lo comiere *no muera*. Yo soy el pan vivo que bajé del cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jo. 6,49-52).

La muerte a la que sigue la visión divina no es para Jesús muerte, sino tránsito a la vida —y vida eterna (Jo. 17,3. 24)—, llevados a ella por el mismo Jesús que viene a recogernos: «De nuevo vendré a vosotros, y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros» en el seno del Padre (Jo. 14,3).

Lo que nosotros llamamos muerte —temporal—, es en realidad la entrada en la vida eterna, el encuentro con nuestro amor Jesús para vivir con El y en El eternamente en el seno del Padre, donde El mora y está. Sólo la muerte que no lleva a la posesión y gozo de Dios es verdadera muerte para Jesús.

Por eso nos dice: «El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no viene a juicio, sino que *pasa de la muerte a la vida*» (Jo. 5,24).

Que este tránsito a la vida no sea para Jesús muerte, lo afirma El explícitamente a los judíos, y con igual claridad así se lo entendieron los judíos, sin que El en nada les rectificara o corrigiera: «Si alguno guarda mi palabra, jamás gustará la muerte. Dijéronle los judíos. Ahora conocemos que estás endemoniado. Abrahám murió, y también los profetas. Y tú dices: Si alguno guardare mi palabra no gustará la muerte jamás. ¿Acaso eres tú más que nuestro Padre

Abrahám que murió? Y los profetas también murieron. Respondió Jesús... Abrahám vuestro Padre exultó para ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría... Antes de que Abrahám fuera hecho, Yo soy» (Jo. 8,51-53.56-58).

Adviértase bien que si la muerte de los que creen en Jesús fuera de verdad *muerte*, todos los que creen en Jesús *gustarían la muerte*, aunque luego resucitaran. Y Jesús dice no la gustarán.

A esos, que son sus ovejas. «Yo les doy —en presente— vida eterna, y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano» (Jo. 10,28).

Los que, antes de su venida, murieron esperando en El —patriarcas y profetas (Jo. 8,52), los muertos en gracia en el desierto (Jo. 6,49.59)— de verdad murieron, aunque temporalmente, porque su muerte no fue tránsito a la vida eterna, que sólo más tarde les había de dar Jesús. Los que tras su venida mueren creyendo en El, *no mueren*, sino que «pasan de la muerte a la vida» (Jo. 5,24).

El mismo Jesús insiste en esta diferencia cuando dice a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque hubiere muerto, *vivirá*; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás» (Jo. 11,25.26).

Por eso, la misma muerte de Jesús —su hora— nos la presenta San Juan, no como muerte, sino como tránsito al Padre, glorificación plena de Jesús en su Humanidad: «Sabiendo Jesús que vino su hora para pasar de este mundo al Padre... y conociendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que de Dios salió, y a Dios va...» (Jo. 13,1.3). Y esa ida al Padre es para Jesús alegría suma, por muchos dolores que acompañen su tránsito: «Si me amáseis, ciertamente os alegraríais, porque voy al Padre» (Jo. 14,28).

No pide, pues, Jesús en su oración del Huerto el ser liberado de lo que nosotros llamamos muerte —precisamente para morir por nosotros vino al mundo—, sino la liberación de la muerte eterna: glorificando su Humanidad, glorificándonos también a nosotros como miembros suyos, dó-

ciles en todo a su moción. Y la pide *sólo para sí* —«pase *de mí* este cáliz»—, porque tanto nos ama que considera realmente salvación suya, y como suya la siente, la de cuantos creen en El y le aman.

Por eso San Pablo, en su Carta a los Hebreos, tras decirnos con cuanta aflicción suplicó al que podía librarlo de la muerte, y asegurarnos que su súplica fue oída, nos dice los frutos de esa súplica, y por consiguiente lo que en ella pidió: su glorificación y nuestra salvación: «Y ciertamente como fuese Hijo de Dios, aprendió con sus padecimientos la obediencia: y *consumado*, se hizo causa de salvación eterna para cuantos le obedecen» (Hebr. 5,8.9).

Pidió, pues, y obtuvo, su propia glorificación por lo que mira a su Humanidad, y la salvación y glorificación de cuantos le obedecen, a los que inserta a Sí mismo como miembros haciéndoles partícipes de su vida y de su gloria. Pero para ser compasivo con nosotros, e indulgente con todas nuestras debilidades y resistencias (Hebr. 4,15.16), quiso aprender experimentalmente cuánto había de costarnos a nosotros la obediencia a El, mediante los inenarrables sufrimientos que por obediencia al Padre El aceptó (Hebr. 5,8).

6. El objeto de la petición de Jesús en el Huerto, aclarado por su oración sacerdotal, que San Juan nos refiere

Este objeto de la petición de Jesús en el Huerto podemos verlo aún más claro por otra vía.

Los tres Sinópticos nos dan la oración de Jesús en el Huerto. En ese Ofertorio de su Misa y Sacrificio Jesús expone al Padre lo que desea como fruto de ese sacrificio que le ofrece: precisa sus intenciones en él. Y las expresa con angustia inenarrable, porque con el Ofertorio *ya empieza* actualmente el sacrificio.

San Juan, aunque nos dice que Jesús entró en el Huerto con sus discípulos (Jo. 18,1), evidentemente para orar, nada

nos dice de esa oración, ni de su contenido. No lo dice porque acababa de decírnoslo, con todo detalle, en la oración sacerdotal de Jesús que clausura su Ultima Cena (Jo. 17,1-26).

La Iglesia la ha considerado siempre como ORACION SACERDOTAL DE JESUS, es decir, oración vinculada a su sacrificio, que especifica los frutos que en y por su sacrificio pide.

Si ahí pide cuanto como fruto de su inmolación desea, es evidente que esa misma y no otra es su petición en el Huerto: variará el acento de *angustia* con la iniciación *actual* del sacrificio en el Ofertorio; no puede variar —sería incluso absurdo que variase— el contenido de la petición de Jesús, casi inmediatamente antes con detalle expresado como síntesis de todos sus deseos. Diríamos que la oración de la última Cena es como la explicitación calma y detallada de las intenciones de la Misa antes de empezarla; la del Huerto es como la recopilación de esas mismas intenciones en el Ofertorio.

Es, pues, evidente que el contenido de la petición de Jesús en el Huerto —aunque no la angustia de ella— se nos hace lúcido y transparente a la luz de la Oración Sacerdotal inmediatamente anterior que con todo detalle nos describe San Juan (Jo. 17).

Es a esa luz todavía tranquila y serena que entenderemos la oración del Huerto de la que los Sinópticos destacan la angustia, más visible a los apóstoles que la oración misma, dada la pequeña distancia que de Jesús les separaba y el sueño que pertinazmente les invadió.

En la oración del Huerto hay tres períodos de súplica, netamente separados entre sí por una visita a los apóstoles dormidos. Así está clarísimo en San Mateo; claro, aunque no tan diáfano en San Marcos; mientras San Lucas resume sin hacer separación, aunque añadiendo detalles de su agonía.

Hay, pues, ciertamente tres oraciones diferentes, separadas entre sí. También, creemos, tres peticiones diferentes, aunque hechas *casi* con las mismas palabras —las dos últi-

mas con las mismas, según Mateo y Marcos; la primera ligeramente diferente, según Mateo—; aunque dentro del motivo básico idéntico se multiplicaban las expresiones de Jesús, según parece indicarnos San Lucas cuando dice: «Hecho en agonía oraba más prolijamente» (Lc. 22,43).

San Juan nos detalla esas tres oraciones o peticiones, en su contenido muy semejantes —las dos últimas en verdad de contenido idéntico, variando sólo sus destinatarios—.

Primero, ora Jesús por sí mismo, pidiendo su glorificación: «Yo te glorifiqué sobre la tierra: consumé la obra que me diste para hacer: y ahora, glorifícame Tú, Padre, junto a Ti, con la gloria que tuve junto a Ti antes que el mundo existiese» (Jo. 17,4.5).

La consumación de la obra que el Padre le encargara culmina con su pasión y muerte redentora. Jesús pide a cambio que le glorifique en su Humanidad y vestido de siervo, con la misma gloria que eternamente ha tenido y tiene en su forma y ser divino en el seno del Padre: que a los ojos de toda creatura aparezca también en su vestido de siervo como Hijo de Dios.

Segundo, ora por sus apóstoles y discípulos actuales: por cuantos actualmente ya creen en El y le aman (Jo. 17,9-19): que el Padre los cuide como ovejas suyas, los santifique, y finalmente los glorifique con El.

Tercero, ora por los que en el futuro han de creer en El, por la predicación —inmediata o mediata— de los que ya han aceptado su doctrina (Jo. 17,20-26).

Y esa petición por cuantos creen en El —presentes o futuros— adquiere un matiz de voluntad absoluta e incondicionada cuando para ellos pide la salvación: salvación que es la misma de Cristo, como sumergidos en su gloria, participando de ella y en ella gozándose por toda eternidad: «Padre, *quiero* que los que me diste estén conmigo donde Yo estoy (= en el seno del Padre): para que vean mi gloria o esplendor, el que Tú me diste: porque me amaste antes de la creación del mundo» (Jo. 17,24).

En la tranquilidad que impregna la oración sacerdotal, Jesús todavía hace distinción clara entre El mismo y los que en El creen o han de creer, bien que frecuentemente insista *en la unidad* de El con ellos (Jo. 17,21.22.23).

En la oración del Huerto diríamos que esa distinción como se desvanece de la conciencia de Jesús. De tal modo se siente siervo, padeciendo y actuando con su vestido de siervo, que se siente totalmente solidario de la suerte de los siervos: la salvación suya es salvación de los siervos; la salvación de los siervos, como miembros suyos, es salvación *suya*. Por eso la súplica del Huerto es personal y como individual y singular: Jesús pide *sólo* para Sí: «pase *de mí* este cáliz» es la tónica fundamental de sus tres horas de oración.

Lo que a primera vista pudiera parecernos egoísmo y solipsismo en la oración del Huerto nos descubre así la inmensidad del amor con que Jesús nos ha amado al ofrecerse en sacrificio. Al pedir mi salvación —la de cuantos en El creen— *como suya*, es como si dijera al Padre: Si no los salvas a ellos es como si no me salvaras a Mí: los amo tanto que no me sentiré salvado si a ellos no los salvas conmigo.

Así, esa petición de Jesús, en singular, confiere a cuantos en El creen y le aman la misma certeza y seguridad de salvación y glorificación que la que obtiene el mismo Cristo para su Humanidad beatísima y santísima.

7. Asociación íntima de María a la oración y agonía de Jesús

Puestos estos prenotandos, que juzgábamos necesarios, podemos pasar a contemplar la oración del Huerto, y cómo María acompaña a Jesús en Ella, consolándolo, animándolo, confortándolo.

Unido Jesús indisolublemente a Ella, en la primera hora pide —y obtiene— su salvación y glorificación por lo que mira a su humanidad, a su condición de siervo voluntaria-

mente asumida hasta sus últimas consecuencias. Y junto con esto obtiene la salvación de su Madre «predestinada de toda eternidad *con el mismo decreto* de predestinación que su Hijo», según nos enseñan los Papas (Pío IX y Pío XII, cf. Denz. 3031).

La glorificación de la Humanidad de Cristo es así *impensable* sin la glorificación y salvación de María: si Dios de toda eternidad no los pensó separados, sino mutuamente vinculados en un mismo decreto, menos podremos nosotros objetivamente pensarlos separadamente.

Advirtamos también que si la salvación de Cristo por lo que mira a su humanidad —pues en su divinidad no necesita ser salvado ni glorificado— es efecto del decreto eterno de predestinación del Padre —que abarca junto con El a la Virgen María—, no tiene Cristo la salvación en su humanidad sino como don del Padre, por lo que no hemos de extrañarnos se la pida en la oración del Huerto.

En la segunda hora, pide —y obtiene— la salvación de sus apóstoles y de cuantos actualmente creen en El, mientras perseveren en esa fe. Y la pide y obtiene como salvación *propia suya.*

En la tercera, pide y obtiene la salvación de cuantos en el futuro han de creer en El, perseverando en esa fe. Y la pide y obtiene también *como salvación propia suya.*

Y a cada petición precede la visión y como experiencia de la desgracia infinita del estado de condenación de los siervos, que provoca la plegaria angustiosa que los ha de liberar haciéndolos hijos.

8. Primera hora de oración: Jesús pide y obtiene su salvación y glorificación en cuanto hombre, y con ella la de su Madre

«Y tomando consigo a Pedro y a los hijos del Zebedeo —Santiago y Juan (Mc. 14,38)— empezó a contristarse y afli-

girse» (Mt. 26,37). Jesús entra en la tristeza *porque quiere* (empezó, en activa).

Esa tristeza va en aumento, anegando cual mar su Humanidad, hasta sentir pavor y tedio: pavor de sí mismo, tedio de sí mismo (Mc. 14,33). Tanto pavor y tedio de sí mismo, que desearía no ser, aniquilarse, pues les dice: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38; Mc. 14,38).

Está bien claro que no es la muerte temporal la que le asusta. Lo que más bien se siente impulsado a desear es una muerte eterna de aniquilación total, para evadirse del pavor y tedio que siente de sí mismo.

Nada podía con más evidencia mostrarnos con cuánta verdad y crudeza el Verbo se anonadó a sí mismo, tomando y haciendo verdaderamente suya la forma de siervo. En Getsemaní, aunque sea y se sepa Hijo, se siente siervo con todas las consecuencias de su haberse hecho siervo; se siente partícipe en todo de la suerte de los siervos —aunque no de su pecado (2 Cor. 5,21; 1.ª Jo. 3,5)—, se siente con ellos irremediablemente condenado en su Humanidad beatísima, si la omnipotencia divina no salva y deifica a esa Humanidad, por el Verbo asumida a su Persona, pues «Dios, aunque no hubiera conocido el pecado, le hizo pecado por nosotros» (2 Cor. 5,21), y Jesús, para liberarnos de la maldición, quiso «hacerse maldito» por nuestro amor (Gál. 3,13).

Sólo teniendo en cuenta la intensidad inconcebible con que Jesús ama a su Padre con su voluntad humana podemos atisbar lo abisal de ese pavor y tedio, al sentirse alejado de su Padre, condenado, como maldito, a la separación de su compañía y trato: preferible es el no ser a esa separación. De ahí la insistencia, a la vez que generosidad amorosa, con que pide su salvación, con que la espera de la omnipotencia y amor de su Padre.

Y así convenía sintiera Jesús, si de verdad, y no de mentirijillas se hizo siervo, haciendo de verdad suya la condición humana, y no la angélica (Hebr. 2,16).

Para, por su encarnación, liberar de la condenación a los

hombres, tenía que descender hasta ellos, participando de su misma condenación, hecho uno con ellos y con su desgracia.

Sólo así, al ser Jesús liberado por el poder divino, podrán con El liberarse cuantos a El adhieren, a El se unan, a El se cuelguen para salir con El, de modo que «todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jo. 3,15).

Para en algún modo entender el modo y la terribilidad de esta vivencia de condenación en su humanidad por parte de Jesús —por parte de la Persona divina del Verbo encarnado y hecho verdaderamente siervo —téngase bien presente lo que más arriba dijimos, al tratar del Magnificat, sobre la distinción de alma y espíritu, sobre lo que aquí ya no volveremos.

Sí debemos, en cambio, para entender esa vivencia determinar aquí el sentido y significado de lo que es la condenación, para saber en qué forma Jesús la sintió en sí.

Condenación es la separación psicológica de Dios, la privación de la unión experimental saciativa con Dios, por parte de aquellos seres que, por elevación sobrenatural, tienden a esa posesión y comunicación y radicalmente la ansían.

Separación o alejamiento, ya de todo el ser de la Persona, ya de aspectos o esferas de ese ser en los que sobrenaturalmente está y se siente ordenado a esa posesión divina.

Ese alejamiento psicológico de Dios —en la totalidad del propio ser, o en esferas de ese ser que sobrenaturalmente se ordenan variamente a esa posesión, y por ella suspiran— constituye el máximo dolor posible en creatura, en cuanto privación del sumo Bien: es lo que se llama «la pena de daño» —es decir, de condenación propiamente tal—, o privación divina, por contraposición a las penas de sentido, que derivan de la acción de las creaturas o de la privación de lo que de éstas naturalmente deseamos.

Si la privación o alejamiento psicológico de Dios es eterno e irretractable, tenemos la condenación eterna —cual

el infierno de los condenados—; si es temporal, tenemos la condenación temporal, tanto más dolorosa cuanto mayor es el amor y la tendencia hacia Dios, aunque ese mayor amor hace también más intenso el consuelo y gozo de la esperanza— purgatorio, seno de Abrahám—. Es en este sentido que el Catecismo da el nombre de *infierno* no sólo al eterno de los condenado sino también al seno de Abrahám y al Purgatorio, así como también al Limbo de los que mueran con sólo pecado original, si este caso se diere.

Adviértase que la condenación es separación o alejamiento *psicológico* de Dios, no ontológico.

Siendo Dios inmenso, los mismos eternamente condenados están siempre de necesidad en el seno de Dios —«En El vivimos, nos movemos y somos» (Act. 17,28)—, y ellos lo saben; aunque psicológicamente ni lo perciban, ni gusten de su hermosura y dicha a la que radicalmente se proyectan, y esa es la insatisfacción y dolor tremendo de su pena de daño, que afecta hasta las más profundas raíces de todo su ser.

Igualmente, siendo Dios no sólo el Creador, sino el Conservador y sustentador de todo ser, y el cooperador como Causa primera de todas sus acciones y operaciones, nada que exista o *sea* puede estar ontológicamente separado o lejos de Dios, sino íntimamente penetrado por El, que lo sustenta en su ser, lo conserva y lo actúa. El condenado, *sabiendo* esa presencia, carece de su *vivencia* psicológica que con todo su ser ansía.

La condenación, incluso la eterna —como separación psicológica dolorosísima e irremediable de Dios— no implica *de necesidad*, en cuanto tal, el odio a Dios.

Sólo lo implica cuando procede o va acompañada de un acto libre con que por orgullo se odia a Dios. Tal sucede en los demonios, y en cuantos hombres los imitan en su elección personal libre e irretractable contra Dios, odiándolo sin motivo por amor a sí mismos, porque les molesta y humilla la excelencia divina. Mas ese odio libre y sin motivo

—«odio gratis» (Jo. 15,25): se odia a Dios porque es bueno—, precede a la condenación, y en cierto modo la causa; y luego, por ser irretractable por la perfecta libertad que lo informa, la acompañará eternamente.

Ese odio aumenta el dolor de la creatura, porque introduce en ella misma una escisión radical que todo lo abarca, un despedazamiento interno que se extiende a todas las reconditeces del ser del condenado.

Todo su ser tiende a Dios, y a la vez se condena y odia radicalmente esa tendencia: se odia a Dios por amor desordenado al propio ser, y a la vez se odia al propio ser porque radicalmente tiende a Dios. Y en el mismo odio a esa tendencia hay escisión, porque el mismo acto de odiar, *por ser*, necesariamente tiende a Dios y por El suspira. Aunque por otra parte, sirve también en cierto modo el odio de inútil y desesperado desahogo, como el ladrido desesperado del perro encadenado y hambriento al manjar que no puede alcanzar, que es a la vez mayor tormento, y también desahogo que no hace más que fatigarle.

Cuando en la condenación, aún eterna, no interviene como precedente y determinante un acto libre personal individual que desencadena la separación psicológica, la condenación no entraña odio a Dios, o, al menos, no lo entraña necesariamente. Así lo ha enseñado la misma Iglesia, cuando condena la proposición 49 de Bayo, que decía: «A causa de la voluntad habitual dominante sucede que el párvulo que muere sin el sacramento de regeneración (= bautismo), cuando alcance el uso de razón, *tendrá actualmente odio a Dios*, blasfemará a Dios y resistirá a la ley de Dios» (Denz. 1.049).

Si, pues, alguno muriere sin elección libre personal, con sólo el pecado original, ciertamente se condenará eternamente, se sentirá eternamente alejado y separado de Dios; pero no le odiará, ni de El blasfemará, ni se rebelará contra su ley o providencia.

Acerca de si este caso de condenarse con sólo el pecado original se da de hecho o no, tratamos por extenso en otro

lugar, inclinándonos por la negativa (véase: *El acto final y el dato revelado*, en CRISIS). Pero de darse —y de no mediar la redención de Cristo se hubiera dado muy frecuentemente, pues incluiría también a todos los adultos que murieran sin haber cometido pecado grave personal— ese estado de condenación sería sin odio.

Si se nos pidiera describirlo, yo diría que ese estado es un estado de tristeza y como melancolía casi infinita, al verse separado del Infinito Bien por que suspira; pero tristeza y melancolía llena de paz, sin división ni despedazamiento interno, al aceptar plenamente la disposición divina.

Tanto mayor y más viva la tristeza y melancolía de la ausencia cuanto mayor sea el amor al Ausente y del Ausente. Pero también tanto mayor y más profunda la paz, por más profunda y viva la aceptación de la voluntad divina y la complacencia en ella. Sentirá tedio de su propia existencia separada de Dios; pero tanto mayor gozo en la existencia de Dios y en su bondad y dicha infinitas cuanto más le ame.

En el símil del perro sería la tristeza y melancolía de no poder alcanzar el manjar de mano de su amo, al que fielmente ama y se somete, y al que nunca querrá morder: un perro fiel se dejará matar por su amo sin protesta, y sin dejar de amarlo.

Cierto que no puede dejar de parecernos extraño que Dios deje condenarse así a quien le ama. Pero no olvidemos que para evitar esa condenación de los que le aman se hizo hombre y murió, de modo que nadie que cree en El y le ama perezca.

Ese amor del condenado por sólo el pecado original sería sobrenatural por el objeto: como elevado al orden sobrenatural, y de él caído, tiene ansias de la posesión sobrenatural de Dios, y de su visión, sin la que ya no podrá ser feliz. Pero no sería sobrenatural por parte del principio elicitivo, pues carecería de gracia tanto habitual como actual —ordenándose ésta última a la adquisición o perfeccionamiento de la gracia habitual o santificante—.

Por eso, tendría *amor*, pero no caridad como virtud teológica, que es un amar a Dios que el Espíritu Santo obra *en* y *con* nosotros —«La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom. 5,5).

Teóricamente, quizá pudiera darse también condenación perpetua con amor sobrenatural, es decir, para un alma en gracia. No nos parece fácilmente inteligible ni admisible: si la gracia nos hace hijos de Dios casi nos parece imposible que Dios se hiciera eternamente inaccesible a sus hijos, y a los que como a hijos ama. Pero también nos parece aventurado negar que Dios pudiera haber dispuesto un orden así en su Providencia, que haría a sus hijos por la gracia armonía eterna de pena y de gozo, que testificaría a la vez la infinita hermosura y atractivo divinos y su no menos infinita transcendencia.

De hecho *sabemos* que, por la redención de Cristo —de quien nos deriva toda gracia, y con ella toda nuestra filiación divina (Jo. 1,16)— el estado de gracia santificante es incompatible con la condenación eterna. Incorporándonos la gracia de Cristo como miembros suyos, sería eterna la condenación de Cristo si eternamente se condenaran los a El por la gracia y el amor incorporados.

Pero sí puede darse, y se da, la condenación *temporal* con el amor sobrenatural de caridad y el estado de gracia que lo acompaña y del que procede.

Tal sucedió con los muertos en gracia antes de Cristo, en el infierno llamado «seno de Abrahám», hasta que Jesús descendió a ellos y los liberó. Tal sucede aún ahora con las almas que en el Purgatorio esperan la posesión divina.

Prescindiendo de los tormentos del sentido —que ciertamente se dan en el Purgatorio—, por lo que mira a la situación de esos condenados temporales —es decir, psicológicamente separados de Dios temporalmente—, su estado podemos describirlo como de tristeza y melancolía por la ausencia del Objeto de su amor. Y al mismo tiempo de paz total,

resignados y totalmente entregados al beneplácito de Quien tan exclusiva y totalmente aman. Y también de gozo inefable, de complacencia inenarrable en la perfección y dicha de su Amado, que saben infinita. Su manjar es que se cumpla en ellos la voluntad del Amado: y ese pan les es dulzura inefable en medio de su tristeza, melancolía y lágrimas.

Paz y dicha que hace su estado enormemente diferente del de los eternamente condenados embriagados de odio, y aun de los posibles e hipotéticos eternamente condenados sin odio —con sólo pecado original—, pero sin la dulzura suavísima y verdaderamente divina del amor sobrenatural.

La condición de ese estado podemos en parte —sólo en parte— entenderla por la nuestra, ya que también nosotros mientras vivimos, aunque transfigurados interna y ontológicamente por la gracia y capaces de amor sobrenatural, estamos condenados, es decir, psicológicamente separados de Dios, por cuanto la gracia *no suele* caer en experiencia.

La tendencia sobrenatural a Dios, junto a su no aprehensión psicológica, produce en todo hombre un estado de insatisfacción profunda, que ningún bien creado puede del todo compensar o silenciar. Mas el goce y prosecución afanosa de esos bienes nos distrae del vacío profundo y radical, haciéndonoslo de tal modo tolerable que, con frecuencia, casi no lo notamos de modo actual.

Mas cuando la caridad se inflama y crece, cada vez más se exaspera el deseo de Dios y más pierden atractivo los bienes creados hasta psicológicamente casi desaparecer, sacando de ellos el alma mucho más tedio que distracción o consuelo: «y la caballería, a vista de las aguas descendía», dice San Juan de la Cruz (*Cántico Esp.*). Ante la inundación de la caridad divina desaparece el ejército agitado o caballería de los seres creados, acabando por hacerse casi imperceptibles y sin atractivo, a la mirada del alma enamorada.

En ese estado, el amor a Dios es a la vez el mayor gozo del alma y su mayor tormento, cual de fuego que quema sin

acabar nunca de consumir del todo, cual describe el mismo Santo en la «Llama de amor viva».

Mas si en ese amor ardiente Dios se sustrae casi del todo a la experiencia del alma, el amor engendra una tristeza de ausencia casi desesperada, y tedio de vivir: de un vivir que ya no tiene objeto, pues psicológicamente nada atrae o satisface la actividad vital: ni las creaturas que no ama; ni Dios a quien inmensamente ama, pero que se le presenta o a quien siente como absolutamente inaccesible.

Tedio de vivir, pavor de sí mismo y de su estado, aunque tedio y pavor en el fondo resignados por el amor que la llena. No se olvide que el mismo San Juan de la Cruz llama Purgatorio, e identifica sustancialmente con él ese estado en su «Noche Oscura». No hay en esta vida tormento psíquico comparable al del alma ya casi del todo enamorada, pero que sólo experimenta y vive su impotencia de alcanzar al Amado.

En el Purgatorio, el amor ha alcanzado ya su cima máxima —ni la gracia ni la caridad crecen tras la muerte—, su desarrollo total: el alma, diríamos, ya es sólo amor; sólo amar es su vida y su vida es sólo amar. Ninguna creatura puede ya distraerla ni atraerla: salió del mundo para enfrentarse al Ser Divino, único que cuenta ya para ella. Y no alcanza ese Ser, y se siente totalmente impotente para alcanzarlo hasta que Dios graciosamente la eleve a Sí.

Teniendo todo esto presente se nos hará en algún modo accesible la condenación que sintió Cristo, la Persona divina del Verbo, en su ser de esclavo, que por infinito amor quiso asumir y hacer suyo.

Al tomar el Verbo y hacer suya la naturaleza humana, la tomó en todo como la nuestra, «excepto el pecado» (1 Petr. 2,22; Jo. 8,46; Hebr. 4,15).

Quiso en ella ser y sentirse siervo como nosotros —«el Siervo de Yahveh» es el nombre que le da Isaías—, participando de nuestra condición, comportándose en todo como siervo.

Pudo ciertamente glorificar esa naturaleza suya en el instante mismo de asumirla —y a nosotros nos parecería lo normal—; pero no quiso, para mostrarnos más su amor rebajándose a nuestro nivel. Quiso que esa glorificación fuera fruto de su muerte y obediencia redentora, de la que también había de derivar nuestra glorificación y salvación: una misma muerte sacrificial del Verbo encarnado produce su glorificación y la nuestra.

Esa naturaleza humana asumida está *físicamente* unida a Dios, no sólo como toda creatura —que de necesidad «vive, se mueve y es en Dios» (Act. 17,28)—, sino también de un modo nuevo, único y maravilloso, que supera toda comprensión creada, pues pertenece a la Persona del Verbo, es naturaleza del Verbo encarnado, de Jesús.

Pero la Persona de Jesús no quiere todavía glorificarla, manifestar en ella la gloria divina que como a naturaleza de Dios le pertenece. Por eso el mismo Jesús pedirá al Padre en la Ultima Cena que le glorifique en esa naturaleza *con la misma* gloria con que eternamente está glorificado en su naturaleza divina. Diríamos que Jesús, en su vida mortal —«en los días de su carne» (Hebr. 5,7)— quiso sentirse psicológicamente alejado de Dios, condenado por lo que mira a su naturaleza humana.

La unión hipostática lleva consigo, con relación a la naturaleza humana asumida, otros dos elementos, que hacen diferir su estado del nuestro.

Es el primero la transformación interna y divinización total de esa naturaleza por la gracia santificante y la inhabitación plena en ella del Espíritu Santo. Desde el primer momento de su existencia, *toda la gracia* —cuanto pueda significarse o caber en la palabra y concepto de gracia— se halla en esa naturaleza, de donde, como de fuente inagotable, derivará a cuantas creaturas la participen (Jo. 1,14).

Pero es una divinización todavía oculta, no aparente a lo exterior —y la gloria es manifestación—: la gracia, como tal, no cae en experiencia natural, y mucho menos en expe-

riencia sensible. Puede uno estar en gracia, y sentirse —no: estar— alejado de Dios.

El segundo elemento es que el alma humana de Jesús, en cuanto espíritu, necesariamente tuvo siempre —aun en el Huerto y en la Pasión— la visión intuitiva de Dios. Así lo enseña la Iglesia (Denz. 2289). Y así lo deduciríamos con certeza aunque la Iglesia hubiera callado a este respecto.

El entendimiento humano, en efecto, percibe su propio Yo, el sujeto de todas sus acciones, tiene conciencia de la persona. Siendo en Cristo ese Yo divino, el entendimiento humano de Cristo percibe a Dios, intuye a Dios, ve a Dios. Y de esa visión emana en su voluntad un amor inenarrable a Dios, una entrega rendida y enamorada a su beneplácito: su manjar es cumplir el beneplácito del Padre.

En ese aspecto no hubo en toda la vida de Jesús ningún alejamiento psicológico de su Humanidad con relación al Verbo o al Padre, sino unión plena inconcebible, dicha infinita.

Pero no sólo es de Jesús el alma como espíritu, sino tam bién el alma como alma, como animadora de un cuerpo aun no glorificado —aunque sin pecado, en «estado similar a un cuerpo de pecado» (Rom. 8,3)—, como actuante en y con ese cuerpo, e incluso como actuante sola, pero acompañada por acciones de la carne, que como un eco paralelo en y con ese cuerpo de carne produce. Todos los actos racionales o discursivos, todos los afectos y decisiones múltiples de la voluntad, provocados, ya necesaria, ya libremente por los objetos mudables, todas las sensaciones y pasiones, todo aquello en fin por lo que Jesús está inserto en este mundo y es del mundo y pertenece al mundo, inserto en la sucesión y en el tiempo. Pues no es el alma como espíritu —fijo e intuitivo— lo que nos inserta en el mundo cambiante, sucesivo y temporal, sino el alma como alma, como relacionada a la materia que informa, como animadora de la carne.

Todo eso *es del Verbo*, es de Jesús, Verbo encarnado. Pero en todo eso quiso, por amor nuestro, y para participar más

nuestra suerte y abajarse hasta nuestra mísera condición de esclavos para así sacarnos de ella, sentirse incapaz de establecer contacto psicológico con Dios: contacto que hubiera colmado toda su dicha, anegando todo su ser en ella.

En todo ese dominio humano quiso el Verbo encarnado sentirse psicológicamente alejado de Dios, condenado en su ser de esclavo, hasta que con su poder divino, en premio a su pasión y como verdadero mérito de ella, se liberara y nos liberara consigo de toda esclavitud y alejamiento.

La voluntad humana de Jesús, aunque sometida en todo a la voluntad divina propia y del Padre, naturalmente deseaba y ansiaba esa liberación glorificadora de todo el ser humano, y por eso la pide en la oración de la Ultima Cena.

Tanto más cuanto más o menos la gustaba, según el beneplácito divino, a lo largo de su vida mortal. En cierto modo análogo a como muchas veces experimentan en todo su ser la comunicación y dicha divina las almas en gracia, totalmente a Dios entregadas, lo que les hace desearla más y más, y sentir más el Bien que les falta, sufriendo aún más por la espera de la ausencia.

A veces esa redundancia en su ser humano corporal alcanza una verdadera glorificación transitoria de la misma carne, oculta a los demás generalmente, pero de la que conocemos tres momentos cumbres: su nacimiento virginal, en que la misma carne reviste la *sutilidad* propia de los cuerpos gloriosos resucitados; la transfiguración en el Tabor, en que se anticipa ante sus tres predilectos la gloria que habría de tener su Humanidad tras la resurrección; la institución de la Eucaristía, en que su Cuerpo aún mortal reviste un modo de presencia propia de los cuerpos gloriosos bajo las especies eucarísticas.

Mas todas esas redundancias maravillosas no hacían más que exasperar en el ser humano total de Jesús el ansia de la comunicación divina plena psicológica.

Es esa ansia lo que convierte toda la vida terrena de

Jesús en «cruz y martirio», como nos la describe la Imitación de Cristo.

La intensidad, extensión y amplitud de esa redundancia —nunca plena del todo hasta la glorificación humana de Jesús—, era en cada momento y circunstancia cual la disponía y quería la voluntad divina de Jesús —idéntica a la del Padre, y por eso voluntad o beneplácito del Padre, al que se conforma siempre la voluntad humana de Jesús—.

Y el mismo Jesús quiso que esa redundancia se interrumpiera totalmente en su pasión, especialmente al entrar en ella con el Ofertorio de la Oración del Huerto. Quiso, como dice San Ignacio, que «su Divinidad se ocultara», para manifestarse como a solas y abandonada su Humanidad, en cuanto igual a la nuestra: partícipe de nuestras miserias, nuestra lejanía de Dios, nuestra incapacidad para alcanzarlo, nuestra condenación irremediable si el poder omnipotente misericordioso divino no la remedia.

Aun en este estado sigue en su entendimiento humano la visión intuitiva de Dios, pero sin que ninguna consolación derive de ella a las demás esferas de su Humanidad. Algo así como en las purificaciones pasivas del espíritu sigue el conocimiento de fe, más que nunca anclada en Dios, junto con la caridad de esa fe derivada; pero ningún consuelo deriva de ese conocimiento y caridad, que en nada disminuyen en el alma la impresión terrible y pavorosa que del alejamiento de Dios experimenta.

Quizás otro ejemplo más llano puede ayudarnos a entender ese estado de Cristo dentro de la unidad de su Persona divina, y a pesar de la intuición que de esa Persona tiene su entendimiento humano.

Supongamos una persona humana total y absorbentemente enamorada —padre, hijo, esposo, esposa—. Toda su dicha es la comunicación con el amado, cuya hermosura y atractivo conoce. Mas se queda sordo, y ya no puede oírlo; ciego, y no puede verle; sin tacto, y no puede sentirlo ni palparlo, incapaz de saber si lo acaricia o no. Aunque sigue conocien-

do y amando al amado, y en eso goza, sufre indeciblemente al no poder oír su voz, ni ver su rostro, ni palparlo o sentir su contacto, sus besos y sus abrazos. En toda esa esfera se siente irremediablemente separado de la persona amada, sin poder contactar con ella.

Jesús, Hijo del Padre, le contempla y goza con visión eterna plenísima y exhaustiva; le ve también intuitivamente con su entendimiento humano, y en esa visión goza. Pero ese mismo Jesús se siente irremediablemente alejado de su Padre amado, y sin posibilidad de establecer con El contacto en todo lo que mira a sus facultades racionales y afectivas discursivas, en todos sus sentidos, en toda su carne.

En todo eso se siente separado del Padre y condenado, y su dolor es tanto mayor cuanto más conoce con su entendimiento divino y humano la hermosura de ese Padre, de quien en todas las demás esferas de su ser humano se siente separado, y separado irremediable y eternamente, si el Padre, a quien todo es posible, no pone a ello remedio.

Cual la persona dicha estará suspirando por recobrar la vista, el oído y el tacto para poder gozarse, no sólo en conocer, sino también en oír la palabra del amado, ver su rostro, sentir la suavidad de su contacto, hablar con él, así la Persona del Verbo encarnado está ansiando la total glorificación de su naturaleza humana, para poder en todas las esferas de su ser unirse a su Padre, estar con El, vivir su vida.

Es en el sacrificio de su pasión y muerte por obediencia al Padre donde Jesús se rebaja diríamos totalmente a nuestra condición humana, con todas las consecuencias en ella entrañadas, compartiendo con nosotros la misma muerte, signo y expresión de nuestra condenación (Rom. 5).

Es en esa pasión y muerte cuando se abaja hasta lo más hondo de nuestro estado caído y alejado de Dios —por eso en su pasión «se esconde su divinidad»—, para, haciéndose uno con nosotros, sacarnos consigo de ese estado, salvándo-

nos consigo a cuantos a El nos dejemos libremente unir e incorporar, por la fe en El.

Es entonces cuando con toda verdad quiso sentirse condenado con nosotros, con nosotros separado en su carne de la posesión divina, para que la glorificación y salvación de su carne —concedida por el Padre a su súplica y sacrificio de obediencia— fuera también salvación y glorificación nuestra.

Por eso en la Escritura aparece claro que la misma «obediencia hasta la muerte» que causa nuestra salvación, ésa misma quiso Dios causara y como mereciera la glorificación de Cristo en su carne.

La oración del Huerto es el Ofertorio, en el que Jesús especifica, según el deseo del Padre, las intenciones de su sacrificio, los fines por los que lo ofrece, los bienes que por él desea y quiere obtener.

Bienes de que actualmente se siente privado, que sabe que sólo del poder infinito del Padre puede obtener, y que por eso pide con gemidos inenarrables.

Jesús *quiere* sentirse privado de ellos, para así más intensamente pedirlos y obtenerlos, no sólo para El sino también para nosotros.

Esa voluntariedad de Cristo la indican claramente los Evangelios: «*empezó Jesús* a contristarse y afligirse» (Mt. 26,37), «empezó Jesús a tener pavor y tedio» (Mt. 14,33): es Jesús el que empieza, el que voluntariamente se hunde en ese estado, que el Padre desea de El para que le invoque.

Y todo lo pide Jesús con confianza filial como premio a su obediencia, como fruto de su inmolación, como reflejo de la gloria que con ella da a su Padre.

En la primera hora de la oración del Huerto Jesús pide su propia glorificación, su propia salvación, intención primera de su sacrificio: «Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti... Yo te glorifiqué sobre la tierra: consumé la obra que me diste para hacer: y ahora glorifícame Tú, Padre, junto a Ti, con la gloria o claridad que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera». (Jo. 17,1.4.5). La obra

la consuma en la pasión, y a cambio de ella pide ser glorificado en su Humanidad *con la misma* gloria que eternamente tuvo y tiene en su divinidad *junto al Padre*: unión manifiesta, clara, con el Padre, en su Humanidad.

Para ambientarse a esa súplica, sintiendo la magnitud del don que pide al Padre, Jesús quiere sentirse eternamente condenado o psicológicamente separado de su Padre. Eternamente, porque eterno era nuestro estado de condenación o separación de Dios, al que se abaja, si el poder infinito divino no lo remedia. Sólo por la intervención de ese poder —intervención que Jesús instantemente pide hasta ser escuchado— no será eterna, como tampoco lo será la nuestra, la de cuantos en El crean y a El adhieran.

Es esa experiencia o vivencia de separación eterna lo que causa al alma enamorada de Jesús «tristeza hasta la muerte», «tedio y pavor de existir». Existencia llena de amor y eternamente privada de alcanzar al Amado, ¿cómo no va a dar tedio y pavor al que la vive?

Es con ese pavor, tristeza y tedio que Jesús se postra en tierra para clamar con lágrimas «a Aquel que puede librarlo de la muerte (eterna)» (Hebr. 5,7), no cejando en su oración filial hasta sentir que ha sido oído: «fue escuchado o atendido por su cualidad filial, porque era Hijo» (Hebr. 5,7).

En esa primera oración está Jesús del todo solo, pavorosamente solo en su humillación y desamparo; y lo está por propia decisión. Ninguna plegaria de creatura podía ayudar poco o mucho a alcanzar la salvación humana del Creador hecho hombre, del Salvador de todos. Sólo la plegaria del Hijo podía alcanzar glorificación *junto al Padre* para la naturaleza humana del Hijo.

Por eso Jesús «se arrancó de ellos» (Lc. 22,41). Los ama tanto que los quiere cerca consigo, ya que por amor a ellos se bajó al estado de ellos: por eso los quiere cerca aunque no puedan ayudarle. Por eso le cuesta tanto apartarse de ellos, aunque sólo sea a distancia muy pequeña, que «se arranca de ellos» como de miembros suyos. Y si tanto le

dolió arrancarse de ellos, ¿qué no le costaría arrancarse de su Dulce Madre?

Por eso también les pide que «aguanten con El y velen» para acompañarlo, mas no que oren (Mt. 26,38; Mc. 14,34). Oración que en cambio les pedirá tras esa primera hora, en que la oración será ya por nuestra salvación, a la que debemos y podemos cooperar: «Velad y orad para que no caigáis en tentación» (Mt. 26,41; Mc. 14,38). (¡Cuántas veces también Jesús en el Sagrario sólo nos pide que *estemos con El* simplemente, haciéndole compañía en su dolor, y sintiendo con El!).

En esa primera hora, Jesús, cargado con la maldición del mundo y «hecho él mismo maldito» por amor nuestro (Gál. 3,13), se enfrenta solo, suplicante, ante el Padre, para lograr la destrucción de la maldición, la muerte de toda enemistad con Dios en sí mismo (Efes. 3,14.16).

Y para que esa soledad fuera más absoluta, y el peso más exclusivamente soportado por su Hijo, dispuso el Padre que hasta sus discípulos le fallasen, y dejaran, durmiendo, de consolarle con su compañía, para que se cumpliese lo profetizado por Isaías: «Yo sólo pisé el lagar; y de entre todos los pueblos no hay ni un varón conmigo que me acompañe» (Is. 63,3).

Cuán cuidadosamente quiso Dios que el profeta eligiera la palabra *varón* (*ish*), en vez de la común *hombre* (*adam* o *enosh* = individuo de la especie humana), para indicarnos que no quiso que su Hijo, ni aun ahora, estuviera del todo solo. Con El está estrechamente unida «la Mujer» (Gén. 3,15), su Madre, en todo a El asociada cual nos lo inculca Pío XII (Denz. 3031).

Ella asiste a la oración de Jesús, está con El y le consuela, sufriendo con El su desolación: y con gusto se ofrece a estar privada de Dios eternamente, en la agonía que ello supondría para su casi infinito amor, con tal de que su Hijo sea liberado de esa agonía, glorificado en su Humanidad.

Si ontológicamente nunca estuvo Jesús solo en su pasión

—«Mi Padre está conmigo» (Jo. 16,32), eficazmente aunque no experimentalmente confortándolo (divinidad presente, aunque escondida, cual nos dice San Ignacio)—, tampoco estuvo nunca psicológicamente solo, pues siempre sintió experimental la compañía y compasión de su Madre, en la que en cierto modo percibía como en reflejo la hermosura y amor del Padre. Jesús es EL AMOR: y el Amor no puede ni concebirse solo.

Veamos, pues, esa súplica de Jesús al Padre, *sintiendo* a su Madre espiritualmente presente.

«Papá, todas las cosas te son posibles» (Mc. 14,32-36). «Padre mío, si es posible, (y lo es, pues para Dios todo es posible), pase de mí este cáliz; pero no se haga como yo quiero, sino como Tú» (Mt. 26,39).

En San Mateo nos parece se presenta la petición de Jesús como absoluta; sólo deja en manos del Padre *el modo* con que ha de atenderle: «no *como* yo quiero, sino como Tú». Pero en cuanto a la substancia de lo que pide y desea, está de antemano seguro de que se le concederá.

En San Marcos —que no distingue la materia de esta primera petición de la que informaría las dos siguientes (cf. Mc. 14,39), cosa que cuidadosamente distingue San Mateo, que sólo da *unas mismas* palabras a la segunda y tercera oración, por lo que parece transcribirnos más fielmente la primera, que San Marcos compendiaría con las otras—, parece presentarse la misma petición de Jesús, no sólo el modo de atenderla, como condicionada: «Haz pasar de mí este cáliz, pero no lo que yo quiero, sino lo que Tú» (Mc. 14,36).

El cáliz que Jesús desea pase de El es la separación eterna psicológica de Dios, la condenación eterna cual la expusimos más arriba. De atenernos a San Marcos, Jesús, aún pidiendo la salvación o glorificación de su humanidad, no sólo dejaría en manos del Padre el modo, sino también la substancia y realización de la misma, en anonadamiento completo de su ser humano.

La plegaria se reitera una y otra vez, siempre la misma, y cada vez más angustiada, durante una hora entera.

Es la plegaria terca del niño pequeñito a su papá, hasta que le obliga: «puedes darme esto, quiero que me lo des, y para eso me entrego a la muerte; pero haz lo que a ti te plazca». No hay padre que pueda resistirse mucho tiempo a una plegaria así incansablemente repetida con gemidos y lágrimas. Menos podía resistirla el Padre Celestial, que *quería* que su Hijo se la hiciera.

Por eso nos dice la Carta a los Hebreos que «fue escuchado por su actitud filial» (Hebr. 5,7).

Cuando, al final de una hora, sabe ya concedida por el Padre su petición, se levanta, expresando agradecido su deseo ya absoluto y sin condición: «Glorifícame junto a Ti con la gloria o esplendor que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera» (Jo. 17,5), «Padre, te doy gracias porque me oíste: mas Yo ya sabía que siempre me oyes» (Jo. 11, 41.42).

Sabe que el Padre le glorificará a través de su obediencia hasta la muerte, pues convenía que «Jesús, coronado de gloria y honor por la pasión de su muerte... fuera consumado mediante la pasión, como autor de la salvación de los hijos de Dios que llevaría a la gloria: consumarlo a El, por quien y para quien son todas las cosas» (Hebr. 2,9.10).

Habiéndose hecho hombre, «debió en todo semejarse a sus hermanos —incluso sintiendo en su propia carne la condenación y maldición— para hacerse misericordioso... y propiciar los delitos del pueblo» (Hebr. 2,16.17).

¡Quién podrá sospechar siquiera la compasión de Jesús al vernos condenados, habiendo El como experimentado vitalmente la desgracia de esa maldición y condenación! ¡O la disposición total con que se entrega a la muerte para, pagando nuestros pecados, arrancarnos de la muerte eterna!

Sólo contemplando esa primera hora de agonía de Jesús podemos hacernos cargo de cuánto desea y cómo procura nuestra salvación.

Pero también, «siendo Hijo de Dios, quiso aprender la obediencia a través de sus sufrimientos, consumado por ella, hecho causa de salvación eterna para cuantos le obedecen a El» (Hebr. 5,8.9).

Si Cristo no hubiera aprendido en sus sufrimientos *cuánto cuesta* la obediencia, ¿cómo podría comprender nuestras resistencias y pataleos, nuestras desobediencias y rebeliones repetidas? El aguante infinito de que Jesús hace gala con cada uno de nosotros se nos hace inteligible al contemplar su agonía del Huerto, su sacrificio de la Cruz.

A la vez, con su ejemplo nos induce a sobreponernos a nuestras rebeldías, a amar entrañablemente la obediencia, por más que muchas veces desfallezcamos en ella. Para enseñarnos el camino, quiso que la vía de su glorificación fuera su anonadamiento y su obediencia hasta la muerte: «Se humilló a sí mismo anonadándose, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le exaltó, y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los celestes, terrestres e infernales, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria del Padre» (Fil. 2,8.11).

El nombre sobre todo nombre es el nombre divino. Jesús era y es Dios. Dios de toda eternidad, como Hijo eterno del Padre. Pero quiso el Padre que el que era, como Hijo suyo, Dios eterno en su naturaleza divina, no fuera deificado en la naturaleza humana que asumiera sino mediante su obediencia y muerte en esa misma naturaleza. La deificación de la Humanidad de Cristo quiso Dios fuera merecida por su obediencia hasta la muerte.

Si el Padre quiso fuera efecto de su sacrificio, es igualmente evidente que el Padre quiso la pidiera en el Ofertorio de ese sacrificio como intención primera de él. Quería que la pidiera, y quería atender su petición: y de tal modo le glorificará y divinizará en su misma carne que todo el que la contempla sentirá en ella la majestad de Dios, cayendo en adoración ante ella. Tan esplendente será en su vestido de

siervo, que cuantos le vean como siervo se sentirán compelidos a adorarlo como Dios.

De la misma gloria eterna que el Verbo tiene en el seno del Padre por su divinidad, *de esa misma* gloria se verá revestido el Verbo en su humanidad, total y *manifiestamente* deificado en el ser de siervo que asumiera. Por eso dice: «Glorifícame junto a Ti con la gloria o esplendor, que junto a Ti tuve antes de que el mundo existiera» (Jo. 17,5).

Y el gran consuelo del Corazón de Jesús en esa primera hora de angustiosa y agónica oración —en realidad el único consuelo— fue su Madre, la Virgen María.

Jesús no quería sentirse solo ante el Padre. Abajado por amor nuestro hasta nosotros, no quería sentirse sin nosotros: «Aguantad aquí y velad conmigo» (Mt. 26,38; Mc. 14,34). Los discípulos le fallaron, durmiéndose. Su Madre no le falló: espiritualmente la sentía a su lado, estaba a su lado, acompañándole en su desolación. Y no sólo espiritualmente, sino físicamente: eucarísticamente presente en el Corazón de su Madre, en Ella sentía también, y con Ella, toda la agonía del Huerto.

Su alma, «triste hasta la muerte» por no sentir al Padre, sentía y como palpaba la presencia del alma de su Madre, llena de su misma tristeza, participando en todo su angustia y su dolor.

En María puso el Padre —precisamente para que, en la hora del abandono, en cierto modo le sustituyera a El en el amor a su Hijo— toda la suma de perfección y entidad de amor que, dividido, repartiera en todo lo creado. Aún más, puso su mismo amor infinito, al entregarle y hacer bajar sobre Ella al Espíritu Santo (Lc. 1,35), Amor substancial del Padre, para por medio de María y en María poder el mismo Padre amar y consolar a su Jesús en la hora del abandono.

Jesús se siente así amado y compadecido por toda la creación —por cuya salvación se anonada e inmola—, al verse así por Ella compadecido, amado y acompañado. En Ella, por Ella y de Ella recibe, en su estado de maldición por

nosotros abrazado, todo el agradecimiento y la ternura que de los esclavos a cuya condición se abaja pudiera desear su Corazón humano, que, siendo Amor, hubiera desfallecido de no hallarse como inmerso y recreado en ese amor casi infinito de su Madre, tan similar al de su Padre.

En ese amor de María percibe reflejado el amor de su Padre, que actualmente no experimenta en sí, haciéndole insistir más y más en la súplica a El, del todo confiada: su Padre sigue amándole, pues que le deja todavía gustar el amor incomprensible de la Madre, reflejo y esplendor maravilloso del del mismo Padre.

Y viéndola a Ella se anima en su agonía. Bien vale la pena haberse hecho maldición para estar con Ella, gozar de su amor, y liberarla a Ella, la Amante y la Amada, de toda maldición.

En la hermosura ya presente de Ella ve y palpa Jesús el fruto de haberse El abrazado a la maldición; y *ve* y *siente* la seguridad del triunfo sobre ella, no sólo sabiendo que será escuchado por ser Hijo, sino también *sintiendo* que es escuchado, al ver el fruto de su petición ya presente en la hermosura incomparable de su Madre.

Ella le deleita con su generosidad y amor purísimo: pues de tal modo desea ver glorificado a su Hijo que con gusto se ofrecería a estar eternamente separada de Dios con tal de saber a su Hijo dichoso y glorificado. Ella le hace como presente esa glorificación futura para animarle y confortarle.

Ella, en fin, le anima a soportar la lejanía divina hasta que el Padre quiera, para así salvar a los hombres, hijos de Ella; para así poder sentir de tal modo su desgracia que ya siempre incansablemente los compadezca en su miseria.

Por complacerle a El, obedeciendo al Padre, aceptó Ella su pasión. Consecuente, persevera ahora con su amor de Madre induciéndole a El a perseverar en esa pasión, sometido al Padre. La obediencia *sensible* a su Madre cercana hace así más llevadera su obediencia al Padre sentido ahora lejano.

Finalmente, el mayor consuelo de Jesús, al contemplar

a su Madre, llena de amor por El, y a la que tanto ama que para sentir el gozo de estar con Ella y ser de Ella y para Ella se hizo esclavo, tomó vestido de siervo, se sujetó a condición de siervo, y quiso en todo ser tratado como siervo. Al pedir al Padre, insistente y confiadamente como niño pequeño, su salvación y glorificación, sabe que está pidiendo la salvación y glorificación de su Madre.

El sabe que están ambos predestinados con un mismo y único decreto antes de toda creatura (Denz. 3031): que su salvación es, por deseo y decreto eterno del Padre, la salvación de su Madre; su glorificación, la glorificación de su Madre: y que el Padre ha querido que esa salvación y glorificación común a ambos fuera concesión y don a la súplica afligida de su Hijo, y efecto de su sacrificio por obediencia, cuya intención está precisando ahora Jesús en este Ofertorio de su Misa.

¡Cómo le induciría la contemplación de su Madre, la Amada, a perseverar en esa súplica con gran clamor y lágrimas hasta sentirse escuchado y atendido en ella! ¡Cómo le impulsa a abrazarse con gozo a la inmolación sacrificial que el Padre le pide!

Y cuando se levanta de su postración, y da por terminada su primera súplica, sabiendo y sintiendo que el Padre, como siempre, le ha escuchado, ¡qué agradecimiento le tendría por haberle concedido, no sólo la glorificación que para sí le pidiera, sino la glorificación de su Madre, a la que ve ya elevada sobre toda creatura, asociada a su dominio sobre todas las cosas!

Una y misma es la naturaleza humana de Cristo y la de María: salvada y glorificada en Cristo, de necesidad está salvada y glorificada en María. La coincidencia incluso externa será tal que el cuerpo o carne de María, como el de Cristo, no verá la corrupción del sepulcro: como el de Cristo llevado al cielo «al término de su vida terrena» (Denz. 3032), participará enseguida y para siempre de la unión divina. Incluso recibirá Ella también «un nombre sobre todo

nombre»: no el nombre divino, pero sí el nombre de Madre de todos los salvados, y Reina de todo lo creado: su nombre, sin ser divino como el de Jesús, será ciertamente «sobre todo nombre creado», y Ella incomparablemente superior a todo lo creado.

Así, la salvación de los que antes de toda creatura fueron por el Padre predestinados por un único y mismo decreto, fue también la primera merecida y alcanzada por la plegaria y sacrificio del Verbo encarnado, Cristo Jesús.

9. Matices que reviste la petición de la segunda y tercera hora

Ganado el primer combate por nuestro Salvador, se apresta animoso al segundo y al tercero: lograr la salvación y glorificación, librándolos de la condenación eterna, de cuantos de presente creen en El, y de cuantos creerán en el futuro.

No necesitamos extendernos en esto, pues es lo que más ordinariamente conocen y contemplan las almas de oración.

Pero sí conviene destacar algunos de sus aspectos, que nos muestran el infinito y delicadísimo amor con que Jesús nos amó, y por nosotros se entregó.

Lo primero que advertimos es que Jesús pide la salvación de cuantos creen o han de creer en El, no como salvación de ellos, sino como *suya propia*: «*Pase de mí* este cáliz... si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». En cambio, en la oración de la Ultima Cena pide la salvación de sus apóstoles y de cuantos han de creer en ellos, *como de ellos*, aunque redunde en gloria de Jesús.

Esto nos muestra hasta qué punto se anonadó Jesús en su primera hora de oración, identificándose con nosotros y con nuestra suerte, para mejor y más eficazmente liberarnos.

De tal modo se ha hecho uno con nosotros que parece

decir al Padre: «Nada hemos ganado con que nos hayas dado la salvación a Mí y a mi Madre: ni yo ni Ella nos sentiremos salvados.

»No Yo, porque no sólo los siento hermanos míos, sino también *miembros* míos, y como tales me los has dado Tú. Mal puedo sentirme Yo salvado mientras verdaderos miembros míos permanezcan condenados, eternamente alejados de Ti, sin verte, poseerte ni gozarte.

»No mi Madre, porque mal puede Ella sentirse salvada y a Ti unida mientras vea a verdaderos hijos suyos, que conmigo ha engendrado incorporándolos como miembros a Mí por la fe y el amor, eternamente privados de tu presencia. Si verdaderamente la has hecho Madre de ellos, como la hiciste, no podrá ser feliz en tu presencia si la separas eternamente de aquellos que engendró, y como hijos ama.»

Lo segundo es que si la primera petición de Jesús era absoluta, al menos por lo que mira al resultado —consecución infalible de la glorificación de Cristo y de su Madre—; la segunda y la tercera son condicionadas a la libertad humana.

Cristo y su Madre, a El asociada, lograrán infaliblemente del Padre la salvación de cuantos perseveren en la fe y el amor. Pero, amantes delicados, a nadie quieren imponer esa fe y ese amor. La desean ardientemente, y la piden al Padre: gracias a esa petición serán innumerables los que crean y se salven; gracias a esa petición la posibilidad de la fe y del amor se ofrecerá a todos, de modo que de verdad por todos ora Jesús, y por todos muere *para hacer* a todos *posible*, y hasta fácil la salvación. Pero no todos aceptarán la fe o perseverarán en ella, y así no todos se salvarán.

A Jesús y a su Madre les duele esa condenación —es el cáliz que beben y no les es ahorrado—. Pero sólo pedirán —y conseguirán y lograrán— la salvación de los que crean.

Abajado Jesús a la condenación humana, sacará consigo de esa condenación a cuantos a El adhieran y a El se aferren. Quienes se nieguen a adherir a El permanecerán eter-

namente en el estado de condenación en que ya estaban. Jesús no los condena: simplemente ya estaban condenados, y en esa condenación Jesús los deja por cuanto se niegan a recibir de El la salvación (cf. Jo. 3,17.18).

Jesús se abate al nivel de todos, y se hace obediente hasta la muerte en que todos los siervos incurrieron, para ofrecer la salvación a todos, ponerla al alcance de todos. Si Cristo muere para poner la salvación al alcance de todos, sólo quiere merecer y dar por esa muerte la salvación a aquellos que en El crean y a El se unan: a los que de El se cuelguen confiados para por El ser llevados al Cielo.

Su muerte por nosotros tiene así un sentido y plenitud enormemente diferente cuando se dice que muere *por todos*, y cuando se nos dice que muere *por muchos*, que «da la vida por sus ovejas» (Jo. 10,11).

Muere por todos *para hacerles posible* a todos el acceso a la vida mediante la fe en El; muere por sus ovejas, *para darles* y conquistarles la vida. Por eso la doble expresión bíblica: «morir por todos», y «morir por muchos», ni tiene el mismo sentido, ni es equivalente, ni es mucho menos intercambiable: debe dejarse a cada una en el lugar que está puesta, sin osar cambiarla por la otra, lo que falsearía totalmente el sentido de la Escritura.

Se salvarán todos y sólo aquellos que se dejen engendrar hijos de Dios por Jesús y María, y que mueran sin destruir libremente en sí esa filiación divina renunciando libremente a Ella. Esa es la voluntad del Padre; esa es también la voluntad de nuestro Redentor Jesús, y de nuestra Madre María, por mucho que les duela que muchos no quieran servirse de su amor. Y Jesús sólo rogó por los que en El creen o han de creer; sólo para ellos pidió —y obtuvo— la salvación; sólo la salvación de ésos figura en la intención sacrificial de su Misa en la cruz, expresada en el Huerto.

Gran dolor sin duda tuvieron en la agonía del Huerto al ver cuántos habían de no querer aprovecharse de su gran abatimiento. Y el dolor les fue aún más vehemente cuando

vieron a algún hijo ya engendrado renunciar libremente, y como matar, destruir y aniquilar su filiación, cual el caso de Judas —¡y cuántos Judas había de haber después!—.

Es sobre todo *para evitar* que los hijos ya engendrados, por muchos pecados que cometan, renuncien a su filiación divina, que Jesús y su Madre prolongan su angustiosa oración. Gracias a ella, todos los pecadores hallarán en el Padre tesoros infinitos de amor y de perdón, siempre que lo pidan por Jesús y María, siempre que sigan queriendo ser hijos de María.

Lo tercero que observamos nos parece consecuencia de lo anterior. Jesús, tras acabar su primera oración, para la que pidió a sus apóstoles simple acto de presencia y compañía —«aguantad aquí y velad»—, que vimos le fallaron, vuelve ahora a ellos para pedirles *colaboración* activa con El en la segunda y tercera hora de oración: va a orar por su salvación, y ésta necesita de su colaboración. Ahora, no sólo han de velar con Jesús y estar con El, sino también *orar con El*: «Velad y orad, para que no caigáis en tentación» (Mt. 26,41; Mc. 14,38): precisamente *orar* es expresar nuestro deseo de recibir del Padre la salvación por medio de Jesús. Orar es unirse a Cristo, asirse a El y como colgarse de El, para que así consigo nos saque de la condenación en que yacemos.

Por fallar esta colaboración con Jesús en la oración —y así, colgados de El, unirse al Padre— sobrevendría la caída de todos durante la pasión. Caída que, contemplada por Jesús y su Madre en la segunda hora de oración, les llenó de angustia por sus amados, obligándoles a prolongar por ellos su dolorosa súplica hasta merecerles y obtener para ellos la conversión, y luego la final perseverancia: «Yo oré por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc. 22,32).

Finalmente destaquemos la unión y asociación perfectísima de María con su Hijo en la segunda y tercera hora de oración.

Jesús no ora solo, sino que su Madre —ya por El y con El salvada— ora con El: una misma petición brota de ambos: de Jesús pidiendo la salvación suya en todos sus miembros; de María pidiendo la salvación suya y de Jesús *en todos sus hijos.*

Y la visión que de todos y cada uno de ellos tiene el Hijo la comunica y extiende a la Madre, para así sentirse por Ella acompañado en la angustia de su oración.

Y diría que es María como el principio *sensible* de su fortaleza, al ver cómo desea su Amada que le salve todos los hijos que le ha dado, al ver cómo le porfía a que no desfallezca, ni ceje en su plegaria hasta alcanzar del Padre la salvación de todos ellos.

10. Segunda hora de oración: Jesús pide y obtiene la salvación de los que ya creen en El

Teniendo en cuenta todo esto, y uniéndonos a María en su amor, sentimientos y plegarias, contemplemos la segunda hora de oración, en que Cristo pide la salvación de sus apóstoles y de cuantos en El ya creen de presente.

El conocimiento habitual perfectísimo que el entendimiento humano de Cristo tiene de todo lo existente— de todo lo que Dios conoce por ciencia de simple visión—, se vuelve, al imperio de su voluntad, *actual* por lo que mira a todos y cada uno de los que en El creen, así como a cuanto a ellos se refiere, en todo su detalle. Y lo ve todo como algo propio suyo —«mi cáliz»— porque es de sus miembros. Y de todo hace partícipe a su Madre, que igualmente lo siente *como suyo* por doble partida: por ser de sus hijos, y por ser de su Hijo.

Su apostasía en la pasión, sus caídas y debilidades, sus sufrimientos y persecuciones, su amor, su apostolado, su martirio: todo lo ven y sienten Jesús y María como suyo:

es el cáliz que por amor beben, haciendo propios los dolores y peligros de sus hijos.

Y también sus gozos, sus éxitos, sus amores, sus ascensiones a la santidad. Y ¡cómo gozan ambos en ello y se consuelan! Bien vale la pena sufrir por ellos y con ellos tanto dolor que acabará en salvación gloriosa.

Y unidos ambos a todas esas caídas y peligros, sintiendo sus persecuciones, no se cansan de clamar una y otra vez: «Padre Santo, guarda a los que me diste» (Jo. 17,11), no los dejes perderse. Y al hacer suyos todos esos dolores, amores y persecuciones, les dan ante el Padre el mismo valor santificador y redentor de la pasión de Cristo, —¿no es acaso la misma pasión de Cristo en sus miembros?—, y las lágrimas de María por sus hijos conmueven al Padre, como le conmovieron las derramadas por su Hijo al pie de la Cruz.

Presionado por su Madre, Jesús insiste en su súplica hasta lograr del Padre la salvación de todos ellos —«exceptuado el hijo de perdición» (Jo. 17,12), que no quiso aceptarla, o si no quiso aceptarla, pues si la aceptó, también él la alcanzó—.

A esa segunda hora de oración deben los apóstoles y discípulos del Señor su salvación: a ella el mérito sobrenatural de todas sus obras. En esa segunda parte de su Ofertorio, Jesús los asocia consigo y con su Madre en la pasión: una misma víctima con El, una misma glorificación con El.

Jesús vuelve gozoso a ellos, sabiéndolos ya elegidos y salvados. Los halla dormidos y sonríe. Esta vez los deja dormir, no los despierta. ¿Para qué despertarlos? Ya están salvados por la oración suya y de su Madre: ya pueden dormir.

11. Tercera hora de oración: Jesús pide y obtiene la salvación de cuantos en el futuro han de creer en El

Y pasa a la oración tercera: a pedir, con su Madre al lado, la salvación de cuantos han de creer en El por la pre-

dicación inmediata o mediata de sus discípulos, hasta que la humanidad termine su vida mortal sobre la tierra.

La dilatación del conocimiento *actual* del entendimiento humano del Redentor supera aquí toda nuestra comprensión, e igualmente la supera su angustia. Y conocimiento y angustia los comparte enteros con su Madre, para que con El pida y obtenga del Padre la salvación de todos los innumerables hijos que hasta el fin del mundo irá engendrando.

Con conocimiento distinto y singular contemplan a cada uno de nosotros, me contemplan a mí. Y asisten a cuanto me acaece. Y todo lo mío lo sienten como *propio,* lo sufren como *suyo.* Y como propia y verdaderamente suya piden al Padre mi salvación; y la piden insistentemente hasta lograrla: «Padre, quiero que los que tú me diste estén conmigo allí donde Yo estoy, para que vean la gloria que me diste» (Jo. 17,24).

Pero para lograr esto tiene Jesús que estar con ellos, en todo lo de ellos, sufriendo lo de todos ellos, sintiendo como propios todos sus pecados, todos los peligros de condenarse que correrán, para poder así pedir insistente su propia salvación en ellos.

El peso del dolor y angustia de Jesús no podemos comprenderlo. Sobre El pesan todos los dolores, todos los pecados, todas las infidelidades, todas las persecuciones, todos los desfallecimientos, todos los peligros de cuantos han de creer en El.

Y pesan también sobre su Madre, que llora y sufre con cada uno de sus hijos, con cada una de sus miserias, de sus dolores, de sus caídas, de sus persecuciones. Como también gozan ambos y se alegran en sus levantamientos y reiterados arrepentimientos, en sus amores y oraciones, en sus esfuerzos, en la salvación que empieza a vislumbrarse.

No es extraño que ante tanto peso Jesús desfallezca hasta el punto de venir un ángel del cielo a confortarlo (Lc. 22,43).

Basta con que cada uno de nosotros piense los peligros, las incertidumbres por las que pasa su salvación, tantas ve-

ces en situación desesperada por mis pecados, mi tibieza, mis infidelidades y apatía; por las insidias del demonio, por la seducción de la carne, por la persecución y odio del mundo: ése es el cáliz de Jesús, y de su Madre y mía. Y haciéndolo todo suyo, y suya mi salvación, insisten en pedirla hasta lograrla: «Guarda en tu nombre a ése que me diste» (Jo. 17, 11), «Guarda en tu nombre y salva y protege a ese hijo mío que Tú me hiciste engendrar.»

Y somos tantos, que Jesús desfallece ante esa marea de iniquidad y debilidad nuestra, que con su angustia y plegaria ha de superar y vencer.

El ángel que se le aparece pensamos era de los que se cuidaban de María. Es su Madre quien se lo envía, para mediante él hacérsele Ella físicamente más presente: por eso el ángel se le aparece también *visiblemente*, cosa del todo innecesaria de no ser representante y embajador de su Madre que a su agonía está asistiendo. Y le conforta porque le hace presente el deseo de su Madre —que para el Hijo amante y obediente es una orden—, de que aguante e insista hasta obtener la salvación de todos sus hijos.

Por eso Jesús, tras la aparición del ángel, «hecho en agonía», convertido todo en El en pura agonía, al ver la agonía de su Madre por tantos hijos que amenazan perderse, multiplica sus súplicas: «hecho en agonía oraba con más prolijidad, oraba más y más» (Lc. 22,43).

Y es tal el terror que siente ante la sola perspectiva de que pueda condenarse un hijo de su Madre y no poder consolarla, que el temor como bloquea su Corazón, suspendiendo así la circulación superficial de la sangre: no queda ya sangre en sus venas, acumulada toda en el Corazón para dar fuerza a la plegarai que de él brota: «Padre, pase de Mí este cáliz: que no tenga Yo la vergüenza eterna de ver condenado a un hijo de mi Madre. ¿Cómo podría mirar su rostro afligido, sintiéndome incapaz de consolarla?».

Por ellos se ofrece a todo. Hasta que el Padre accede a

su petición: Ningún hijo de María se perderá, nadie que crea en Jesús y a El recurra se condenará.

Es entonces cuando sobreviene el sudor de sangre, que arroya hasta la tierra. No es un sudor de angustia. Lo creemos más bien sudor de gozo: gozo exultante al saber oída su oración. Desaparecido el terror que le causaba la condenación de sus amados, de los hijos de su Madre, por reacción gozosa de su triunfo la sangre, antes agolpada en el Corazón por el pavor, con tanta fuerza de exultación vuelve a fluir que rompe los vasos periféricos, y arroya hasta la tierra.

Es como las primicias de su sangre, que Jesús ofrece aquí agradecido al Padre, por haberle atendido en cuanto le pidió, consumándolo a El con la glorificación de su Humanidad, y concediéndole la salvación eterna de todos cuantos le obedezcan y a El se vinculen por la fe (Hebr. 5,9). El será el Sacerdote Unico y Sumo, que podrá perdonar y salvar a cuantos El desee, y siempre que lo desee (Hebr. 5,10). No ha de temer ya más por los hijos de su Madre, puesto que en sus manos pone su salvación.

12. Paz y serenidad del Corazón de Cristo tras el ofertorio de su Misa personal

El Ofertorio ha terminado. La paz inunda el Corazón de Cristo, al sentir concedidos los fines por los que se ofrece en sacrificio.

Y esa paz ya nada podrá turbarla. La serenidad de Cristo en toda su pasión es admirable: nada creado le turba, pues todo lo creado está en su mano, dado por el Padre. Cuando sus enemigos, como jauría de perros, se lancen sobre El, sólo harán con El lo que Jesús quiere que hagan; lo que está deseando le hagan para mostrarnos su amor.

La Víctima se va disponiendo al sacrificio, acercándose a él; pero con paz.

Paz y señorial dominio en el prendimiento. Paz en las humillaciones y dolores del proceso religioso y civil. Paz en la terrible flagelación y coronación de espinas. Paz serena en el camino de la Cruz.

Paz y dolor inmenso; pero dolor al que se entrega porque quiere —«se ofreció porque El mismo lo quiso» (Is. 53,7)—; dolor y humillación a que se abraza gozoso, porque ve y palpa ya sus frutos.

Y en todas esas humillaciones y dolores le acompaña su Madre. Su reparación y cariño le compensan con creces del desvío de la humanidad entera.

Y también Ella sufre el inmenso dolor con paz y gozo. Sabe que se está gestando la glorificación de su Hijo adorado: «¿No sabíais que todo esto había de padecer Cristo para así entrar en su gloria?» (Lc. 24,26). Sabe que se está obrando la salvación de todos sus hijos.

Y sabiéndolo, se dirige al lugar de la crucifixión, donde la quiere su Jesús presente, para que asista a la consagración de su Misa, en su pasión y muerte, tomando parte en ella como oferente y como víctima, para que con El sea corredentora, con El fuente de vida para todos sus hijos.

Unidos a Ella y con Ella asistamos al Ofertorio del Huerto, ofreciéndonos con Ella; a la consagración de la cruz, muriendo espiritualmente con Ella; a la comunión del Costado abierto, sepultándonos con Ella en el Corazón traspasado de su Hijo, del que hemos de hacer nuestra morada inviolable.

Capítulo VII

LA MADRE DE DIOS EN LA CONSAGRACION DE LA MISA PERSONAL DE JESUS: MARIA AL PIE DE LA CRUZ

«Estaba junto a la Cruz María su Madre» (Jo. 19,25).

«Estaba la Madre dolorosa, llorosa junto a la cruz, mientras pendía el Hijo» (Liturgia, *Stabat Mater*, de Giacoppone de Todi).

«Viendo Jesús a su Madre, y al discípulo al que amaba, allí presente, dice a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Y después dice al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora la tomó el discípulo consigo» (Jo. 19,26.27).

1. Marco temporal de la pasión de Cristo

El día judío empieza y acaba con la puesta del sol. La noche se divide en cuatro vigilias, de tres horas cada una. El día en cuatro partes u horas fundamentales —prima, tercia, sexta y nona de los romanos—, con tres horas cada una. Siendo variable la longitud de días y noches a lo largo del año, también lo era la longitud o duración de vigilias y horas. Mas como la pasión de Cristo tuvo lugar en el equinoccio de primavera, en que días y noches son iguales, las horas en que transcurre esa pasión son idénticas a las nuestras.

Todos los misterios de la Pasión de Cristo tienen lugar en un solo día, el Viernes Santo, que empieza con la puesta del sol de nuestro Jueves Santo, y acaba con la puesta del sol de nuestro viernes, con que empezaba el sábado, que aquel año coincidía con la Pascua (Jo. 13,1).

La Ultima Cena se inicia tras la puesta del sol de nuestro Jueves, es decir, con la noche del viernes. Jesús la anticipó un día con relación a la Pascua judía, que sería a la noche siguiente (Jo. 13,1).

Cena larga: por lo solemne, por los numerosos himnos y oraciones, por la narración que en ella había de hacerse de las gestas del Exodo. Normalmente se prolongaba durante la primera vigilia o vela de la noche, de las seis a las nueve, o aún más.

La última Cena de Jesús ciertamente se prolongó bastante más, ya que tras ella lavó Jesús los pies a sus apóstoles, instituyó la Eucaristía, y luego se extendió en palabras de consolación a los suyos, con el Discurso de la Cena que nos trae San Juan, y que Jesús clausura con su Oración sacerdotal (Jo. 13-17).

Casi seguro no saldría del Cenáculo hasta bien mediada la segunda vigilia, hacia las once de la noche, si no algo más tarde.

Del Cenáculo al huerto de Getsemaní hay quince minutos escasos. Hacia las once y media estaría ya Jesús en el Huerto. Sitúa debidamente a sus apóstoles, toma luego consigo a Pedro, Santiago y Juan, para que sean testigos y compañeros de su agonía como lo fueran de su transfiguración.

Ya a solas con ellos, comienza su agonía: «Empezó Jesús a sentir tedio y pavor» (Mc. 14,33), y díjoles: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38; Mc. 14,34), «aguantad aquí, y velad conmigo» (Mt. 26,38; Mc. 14,34).

Ese breve período antes de las doce, en que habla con sus apóstoles y les da las últimas instrucciones, ya llena de tristeza y agonía su alma, corresponde al período de once y media a doce del día, en que es crucificado, y dirige sus

primeras tres palabras a los hombres: final de la segunda vigilia, correspondiendo al final de la hora de tercia.

De doce a tres de la noche, tres horas de oración solitaria y agónica de Jesús. Corresponden a las horas de tinieblas de sexta a nona: ofertorio correspondiente a la consagración e inmolación: en el uno y en la otra, tinieblas en el alma de Jesús.

A las tres de la mañana llega Judas. Hacia las tres y media comienza el juicio con Anás, Caifás y el Sanhedrín. Duraría hasta las 4 y media, en que ya reunido todo el Sanhedrín, se le condena a muerte. Hacia las cuatro —dos horas antes de salir el sol— canta el gallo por primera vez. Cerca de las cinco se encierra a Jesús, para ser atormentado por los sayones: al pasar al calabozo, mira a Pedro (Lc. 22,61), canta el gallo por segunda vez, y Pedro llora amargamente.

De cinco a seis, preparan a toda prisa el plan para que Pilatos refrende la sentencia de muerte.

A las seis sale el sol, y, con el día, comienza la hora de prima, de seis a nueve de la mañana.

Hacia las seis y media estarían ya ante el Pretorio, pidiendo audiencia a Pilatos. Tenían prisa en madrugar, pues deseaban que el pueblo no se enterara de lo que hacían contra Jesús, temiendo un tumulto (cf. Mt. 26,5; Mc. 14,2).

Pilatos, que los aborrecía y despreciaba, se haría el remolón, y les haría esperar por lo menos media hora. Hacia las siete pasadas, sale Pilatos y les invita a entrar en la sala del tribunal. Niéganse ellos para no contaminarse, lo que aumentaría el desprecio y rencor del pretor, que ha de hacer el juicio fuera de la sala, para que ellos puedan hacer la acusación desde la calle. Ello haría que, con Jesús ya entregado a él, les hiciera esperar todavía más, y se propusiera salvar a Jesús.

Entre siete y media y ocho saldría con Jesús a la vista de sus acusadores, empezando el juicio, que Pilatos procuraría alargar en su deseo de salvarle.

Hacia las nueve, en que comienza la hora de tercia —que

va de nueve a doce—, llegaría la multitud, pidiendo, según costumbre, el indulto de un condenado a muerte en honor de la Pascua, que caía al día siguiente, sábado.

Esa multitud nada sabía de lo acaecido a Jesús. Los Pontífices lo habían llevado todo en secreto, pues de tal modo temían la simpatía del pueblo hacia El que habían antes decidido no proceder contra El en día festivo para no provocar una rebelión popular —«no en día de fiesta, para que no haya rebelión popular» (Mt. 26,5; Mc. 14,2)—: fue la traición de Judas la que les hizo anticiparse y alterar sus planes.

Pilatos ve en la petición del pueblo una ocasión de liberar a Jesús, ofreciéndoles soltar a Este: sabía que el pueblo le veneraba y quería, y que sólo por envidia le entregaran las autoridades judías.

Mas encontrándose el pueblo, sin esperarlo, con los Sumos sacerdotes y los miembros del Sanhedrín, a los que veneraban como a autoridades religiosas y como a reliquia mísera de una independencia política por la que todos anhelaban, no podían menos de escucharles antes de tomar su decisión, sin duda inicialmente favorable a Jesús.

Entre discursos, conversaciones y deliberaciones, seguramente pasó más de una hora —de nueve a diez— para cambiar la disposición del pueblo, haciendo pidieran la muerte de Jesús y la liberación de Barrabás. Sería entre diez y diez y media cuando todo el pueblo clama: «Crucifícale, crucifícale».

Ordena entonces Pilatos la flagelación, que ordinariamente precedía a la crucifixión. Y tras ella, los soldados, que pertenecían a la legión itálica, constituida en su mayoría por españoles, creyéndole ya condenado a muerte, hacen irrisión de Jesús y le coronan de espinas. Entre flagelación y coronación de espinas e irrisión de la soldadesca pasaría cerca de una hora.

Serían, pues, casi once y media cuando Pilatos hace el último intento de salvar a Jesús, presentándolo al pueblo

para excitar su compasión, flagelado y coronado de espinas, «hecho gusano y no hombre» (Sal. 21,7): «He aquí al Hombre» (Jo. 19,5).

Fallado este último intento, como fallaron todos los demás, y arreciando el griterío popular, Pilatos, tras sentarse en su tribunal para pronunciar sentencia, se lava las manos, y lo entrega al centurión para que lo lleve a crucificar. «Era la víspera de la Pascua, cerca de la hora de sexta», nos dice San Juan (19,14).

Comienza así el Viacrucis hacia las once y media: diez minutos bastaban para llegar al Calvario, aunque quizá tardaran algo más por mor de la muchedumbre.

Entre once y media y doce crucifican a Jesús: todavía en la hora de tercia —que va de nueve a doce—, y por eso dice San Marcos: «era la hora de tercia cuando le crucificaron» (Mc. 15,25). San Lucas, en cambio, precisa más el período de esa hora cuando, coincidiendo con San Juan, nos dice que «era *casi* la hora de sexta» (Lc. 23,44).

Nada especial sucede, ningún signo milagroso, hasta sonar la hora de sexta, a las doce del mediodía. Mas en ese breve lapso —de diez o quince minutos— tienen lugar las tres primeras palabras de Jesús.

Al ver el título de la cruz —JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS—, mientras algunos miembros del Sanhedrín van a protestar ante Pilatos —diez minutos les bastaban para llegar hasta él—, otros se dedican a insultar al Crucificado, ridiculizándole ante el pueblo.

En tanto María, ayudada por San Juan, se va abriendo paso para llegar al pie de la cruz. Viéndola Jesús acercarse, siente compasión por los que ve serán sus hijos, y así pide el perdón por ellos: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

Llega María al pie de la Cruz, y el Buen Ladrón, quizá recordando a su propia madre, siente pena por su dolor, y proclama la inocencia de Jesús como puro hombre. El agradecimiento de María le impetra entonces la luz para que le

reconozca y confiese como Rey eterno. Y Jesús le dice: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23,43).

La intervención oculta de María en estas dos palabras nos parece evidente. Si nadie nace a la vida sobrenatural si no es por su acción materna (Credo del Pueblo de Dios), fue por Ella que el Buen Ladrón nació a la vida eterna, fue por Ella que obtuvieron el perdón los injuriadores que, gracias a la plegaria de Jesús, se convertirían más tarde.

Seguidamente, viene la tercera palabra de Jesús, declarando la Maternidad universal de su Madre, con ocasión de su gozo por haber engendrado a vida eterna al Buen Ladrón: «Mujer, he ahí a tu hijo» (Jo. 19,26). Y luego al discípulo amado: «He ahí a tu Madre» (Jo. 19,27).

Todavía brillaba la luz, pues Jesús ve a María y al discípulo amado, y éstos le ven a El. Ese breve período de luz corresponde al entretenimiento de Jesús con sus apóstoles en el Huerto, cuando ya su alma «estaba triste hasta la muerte». Como quizá la entrega de Jesús a los gentiles con todo el proceso de Pilatos, que abarca las horas prima y tercia —de las seis de la mañana hasta casi las doce del mediodía—, corresponde a la entrega que Jesús hace a todos los hombres de sí mismo en el misterio eucarístico de la Ultima Cena, que ocupa casi las dos primeras vigilias de la noche —desde las seis hasta cerca de las doce de la noche.

Proclamada María como Madre universal, suenan las doce con la hora de sexta: las tinieblas cubren la tierra durante tres horas, de sexta a nona —de doce a tres de la tarde— (Mt. 27,45; Mc. 15,33; Lc. 23,44). Corresponden a las tres horas de Oración del Huerto, con sus tres intenciones de salvación.

Las tinieblas externas declaran y simbolizan las tinieblas internas que se apoderan del alma de Jesús y de su Madre: «Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas» (Lc. 22,53).

Quizá por eso San Juan es el único evangelista que ni menciona las tinieblas que sobrevinieron. Asociado ya en

todo a María como hijo, y partícipe con Ella de los dolores y tinieblas interiores del alma de Cristo, la oscuridad exterior le pareció sin relevancia ante la marea de tiniebla interior que le inundaba: probablemente, ni siquiera la advirtió.

María acompaña ahora a su Jesús físicamente, como le acompañara espiritualmente en Getsemaní. En silencio total; pero en comunicación plena y total de corazón a corazón.

También Jesús guarda silencio casi las tres horas.

Sólo hacia el final de ellas, al acercase la hora de nona (Mc. 15,34) vuelve a hablar. Pero no ya con los hombres, sino sólo con su Padre. Las palabras cuarta, quinta, sexta y séptima se suceden en brevísimos intervalos, mostrando la aceleración de nuestra salvación al acercarse la muerte de Cristo.

Era cerca de la hora de nona (Mc. 15,34): está a punto de terminar la tercera hora de agonía de Cristo, en que merece la salvación de cuantos en el futuro han de creer en El.

Los ve ahora aun incrédulos, creaturas separadas de Dios, destinadas a condenación. Por eso Jesús, hecho uno con ellos, identificándose con ellos para así salvarlos, se queja a Dios, no como Hijo a su Padre —que todavía no son hijos los que han de creer en El, y con los cuales se identifica—, sino como creatura al Creador: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34).

E inmediatamente expresa al Padre su deseo: *Sitio*, «Tengo sed» (Jo. 19,28). Pues un soldado corre a ofrecerle vinagre para aplacar su sed (Jo. 19,29; Mt. 27,48; Mc. 15,36), mientras otros, entendiendo mal la palabra anterior (Mt. 27,47; Mc. 15,35), intentan en vano disuadirle para que espere a ver si viene Elías a socorrerle (Mt. 27,48; Mc. 15,36). Ambas palabras las dijo así Jesús prácticamente seguidas.

Mas la palabra de Jesús «Tengo sed» no iba dirigida a los hombres, sino a Dios, de quien, hecho uno con los que han de ser sus miembros, espera el remedio: «Tuvo sed de Ti mi alma» (Sal. 62,2), «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a Ti, Dios mío; tuvo sed

mi alma del Dios fuerte y viviente: ¿cuándo apareceré ante tu faz?» (Sal. 41,2.3).

Vinculada esta palabra a la anterior, no es su sed personal física como Cabeza la que Jesús expresa —aunque indudablemente la padeciera—, sino la sed que tiene en sus miembros, en cuantos han de creer en El, y por quienes ofrece esa hora de agonía, que ya en el Huerto le hiciera sudar sangre.

Ve la tibieza de los que han de creer en El, su poca sed y ansia de Dios. Y en ellos, con ellos y por ellos siente El esa sed vehementísima, y pide a Dios se la aplaque.

Y mientras el soldado compasivo, equivocando sus palabras, intenta saciar su sed corporal con vinagre —que vinagre son todas nuestras míseras correspondencias de amor a Cristo—, el Padre le sacia la sed de Dios que en nosotros y por nosotros tiene —supliendo El la tibieza de nuestro deseo—, concediéndole la salvación de cuantos han de creer en El: todos ellos «aparecerán ante la faz del Padre» (Sal. 41,3). Todos ellos, en Cristo, con Cristo, y por Cristo, contemplarán a Dios eternamente, y se sentirán saciados y dichosos en su seno.

Por eso Jesús, viendo concedido y cumplido su deseo —«Padre, *quiero* que aquellos que me diste estén conmigo allí donde Yo estoy, para que vean (como suya) la gloria que me diste» (Jo. 17,24)—, no más gustar el vinagre (Jo. 19,30), dice: *Consummatum est* (Jo. 19,30): «Se acabó», no tengo nada más que desear; «Todo está cumplido», pues todos mis deseos han sido satisfechos.

Por eso ya, sintiéndose no sólo en sí mismo —cual siempre se sintiera y se supiera—, sino también *en nosotros* Hijo del Padre, viéndonos ya miembros suyos, engendrados hijos de Dios por toda eternidad, dice en y con nosotros con filial confianza: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46): el de El como Cabeza nuestra, y el nuestro como de miembros suyos. En El, con El y por El, y así también como El, somos hijos del Padre, y con la misma confianza

suya entregaremos al Padre nuestro espíritu en la hora de la muerte, uniéndonos a la entrega que El ya hizo en nuestro nombre al morir en la cruz.

Por eso, inclinando su cabeza como aprobando gozoso la predestinación de cuantos habían de creer en El, expiró.

Sonaban justamente las tres de la tarde, iniciándose la hora de nona, que se prolongaría hasta las seis, con la puesta del sol que iniciaría el sábado, que aquel año coincidía con la Pascua (Jo. 13,1), y en el que no se podía hacer trabajo alguno.

A su muerte sobreviene el terremoto; se rasga de arriba abajo el velo del templo que cubría el Santo de los Santos, señalando el término de la Antigua Alianza e inicio de la Nueva; y vuelve a resplandecer la luminosidad de la luz, declarando la cesación de las tinieblas en el espíritu ya glorificado de Cristo, así como el esplendor de la fe y la esperanza en el alma de María, sabedora de que la redención ya está obrada, y de que su Hijo es actualmente del todo feliz.

Señalan así esas tres últimas horas del día el triunfo de Jesús —cuyo mismo sepulcro será glorioso (Is. 11,10)—, glorificado ya en su espíritu por el Padre, como las tres últimas horas de la noche habían señalado su humillación al haber sido condenado por los hombres que venía a redimir, en el inicuo proceso religioso.

Ante los prodigios obrados, el pueblo recapacita y se arrepiente; el centurión que mandaba el piquete de ejecución confiesa a Jesús como Hijo de Dios; y el grupito de fieles a Jesús se arracima cabe su cruz.

Mas los Sinedristas y sacerdotes se endurecen. Se alarman viendo el cambio de mentalidad en el pueblo, y tienen prisa por hacer desaparecer el cuerpo de Jesús. Tomando pretexto de la inminencia de la Pascua, recaban de Pilatos se les quiebren las piernas a los reos para acelerar su muerte, y así retirarlos antes de puesto el sol. Van los soldados, quiebran las piernas a los ladrones; mas uno de ellos, viendo a Jesús ya muerto, se limita a atravesarle el costado con la

lanza, abriendo su Corazón. Debían ser como las cuatro de la tarde.

Casi topándose con los sacerdotes, José de Arimatea pide audiencia a Pilatos, para que le conceda el cuerpo de Jesús. Tras informarse de que Jesús ha muerto, accede Pilatos a su petición.

Vuelve José de Arimatea al pie de la cruz, donde encuentra a Nicodemo con el lienzo para envolverlo y los aromas para embalsamarlo. Serían las cuatro y media cuando lo bajan de la cruz.

Sólo quedaba hora y media para embalsamarlo y enterrarlo. El tiempo urgía, y por eso eligen la tumba nueva que José de Arimatea se había excavado para sí en un huerto suyo, a unos treinta metros del lugar de la crucifixión.

Mientras a toda prisa lo embalsaman, amortajan y entierran, el sol se va hundiendo en el ocaso.

Cuando las santas mujeres vuelven con los aromas que también ellas habían ido a comprar para contribuir al embalsamamiento de Jesús, ya no queda tiempo para nada: se corre la piedra del sepulcro, el sol se hunde en el ocaso, y comienza el sábado y la Pascua. Las mujeres tendrán que esperar al amanecer del primer día de la semana —el futuro domingo—, para satisfacer su anhelo de ungir también ellas al Señor.

Jesús permanece así en el sepulcro una pequeña parte del viernes, todo el sábado —desde el ocaso del sol de nuestro viernes hasta el ocaso del sábado, con que empieza el domingo—, y parte de la noche con que se inicia el domingo. En esa noche, probablemente a media noche, resucita Jesús, Luz del mundo y Salvador de cuantos creen en El. Al amanecer, descubren las mujeres el sepulcro abierto y vacío.

Durante todo el sábado, así como la noche que le precede y le sigue, permanecen juntos los discípulos (Jo. 20,19), arracimados al lado de su Madre, que procura animarlos y consolarlos, reavivando su esperanza.

Su espíritu materno está como desdoblado. Acompaña gozosa al espíritu glorioso de su Hijo en su descenso liberador a los infiernos, y anhelando el momento de su resurrección, para verle totalmente triunfante.

Pero también acompaña a los otros hijos que Jesús le ha dado, compartiendo su tristeza, al no poder comunicarles su alegría de cuanto contempla con su Jesús.

En ese período de tensa espera, no fueron ciertamente los discípulos los que consolaron a María, sino María la que intentaba consolarlos y animarlos como a hijos pequeñitos que creían haber quedado huérfanos para siempre, pese a la promesa de Jesús, que instantemente la Virgen les recordaría: «No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros» (Jo. 14,18).

Así comienza a ejercer su oficio materno con nosotros: manteniéndonos a su lado, para que Jesús nos encuentre con Ella cuando quiera manifestarse; recordándonos su infinito amor y sus promesas, cuando parece indefinidamente ocultársenos. Amor que se nos hace palpable, aun en la mayor oscuridad, al sentir que nos la ha dado como Madre, y verla a nuestro lado, acariciándonos.

2. Presencia de María al pie de la Cruz

Quiso el Padre Celestial que María asistiera a su Hijo y le consolara al pie de la Cruz:

1.º) Para que en algún modo, y en cuanto posible fuera, le sustituyera a El con su Hijo Unigénito encarnado, a quien, en sus eternos designios, quiso denegar toda su consolación en esa hora. Todo su amor al Hijo se transforma así en agradecimiento a la Madre que no le deja abandonado y solo en su hora de angustia.

Por ese agradecimiento quiere el Padre obligarse a la Virgen María para infaliblemente concederle cuanto le pida en la hora de necesidad y angustia de cualquiera de cada

uno de sus hijos. Lo que Ella hizo por el Hijo del Padre, lo hará infaliblemente el Padre Omnipotente por todos y cada uno de los hijos de Ella, cuando la vea por ellos afligida.

2.º) Para infaliblemente concederle asistir a la muerte de cada uno de sus hijos, confortándolos y protegiéndolos en esa hora. Queriendo que nos ame como a su Hijo, quiere, que como a El le asistió en su muerte, así nos asista a nosotros con su presencia, consuelo y protección. Por eso es infalible la plegaria que tantas veces le repetimos: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y *en la hora de nuestra muerte.*»

3.º) Para que unida y asociada a todos y cada uno de los dolores redentores de su Hijo, con quien acerbísimamente los padece, estuviera también así unida y asociada, como Corredentora, al valor y mérito redentor de esos dolores y sobre todo a la aplicación del fruto de ellos a los hombres, de modo que nada de ellos nos derivara sino en María y por María, verdadera Madre de todos los vivientes, verdadera dadora a todos ellos de cuanto sea o implique vida sobrenatural y divina.

Si el Padre quiso que su Hijo no sufriera solo ni a solas ninguno de sus dolores redentores, sino en todos acompañado de su Madre, igualmente ha de querer que su Hijo no aplique solo y a solas fruto alguno de su redención, sino acompañado de su Madre, asociándose a su Madre en esa aplicación, como se la asoció en los dolores que la merecieron. Toda santificación la obrará así Jesús en, con, y por su Madre, de cuyas manos piadosas recibimos cuantos bienes Jesús nos mereció y ganó.

4.º) Para que allí su Divino Hijo la promulgara verdadera Madre nuestra, a fin de que en el mismo momento de redimirnos y merecernos vida eterna nos declarara que esa vida sólo con y por la Virgen María nos la transmitirá. Como de Adán en el orden natural a nadie deriva la vida humana, sino con, por, y mediante Eva, «la madre de los vivientes»,

así a nadie comunicará la vida sobrenatural y divina el nuevo Adán Cristo, sino, con, por, y mediante la nueva Eva María, Madre de cuantos han de poseer la vida eterna.

Toda vida natural humana procede de Adán —incluida la de la misma Eva—; pero a nadie la comunicará sino en, por, y con Eva. Y toda vida sobrenatural divina procede de Cristo —«por quien la gracia fue hecha» (Jo. 1,17)—, incluida la de su Madre María. Pero ya a nadie transmitirá esa vida sino en, con, y por la Virgen María.

5.º) Para que en esa promulgación se nos dieran a conocer los dolores y sufrimientos —copia exacta de los de su Hijo Jesús—, que a la Virgen María le costó y supuso el ser Madre nuestra, a fin de que como hijos la compadezcamos, tiernamente la amemos, más agradecimiento la mostremos, más cuidado exquisito pongamos para no aumentar y exacerbar sus angustias y dolores con nuestros pecados, infidelidades y tercas resistencias.

Y para que, conociendo esos dolores, más totalmente confiáramos en Ella en nuestras tribulaciones y agonías, sabiendo que todas las sufrió Ella junto a la Cruz; y todas, como Madre, las sigue sufriendo por simpatía en cada uno de nosotros, que así nunca estaremos solos ni abandonados en dolor o sufrimiento alguno que nos aqueje en este valle de lágrimas, hecho paraíso anticipado por su sonrisa, su compañía, su compasión hacia nosotros.

6.º) Y para que, finalmente entendiéramos, que sólo asociándonos y uniéndonos a Ella, podremos participar de la pasión de Cristo, capacitándonos para hacer nuestros sus dolores, sintiéndolos como nuestros, estando con El junto a la Cruz, cual inmediatamente vamos a ver.

3. Disposiciones para contemplar la Pasión de Cristo unidos a María

La disposición fundamental para contemplar útil y fructuosamente la Pasión de Cristo es sentirla *nuestra*: conocer,

percibir y hasta sentir nuestra identidad con Cristo: que su carne es la nuestra; y así, cuanto padece en su carne padecerlo yo verdaderamente en mi carne, porque su carne es la mía.

Esta identidad nuestra con Cristo se nos sugiere en la Sagrada Escritura, la desarrollan los Santos Padres, y en ella insiste la Liturgia en todo el tiempo de Pasión y de Pascua, al darnos con profusión lecciones de Padres que la inculcan.

Cristo obra activamente esa identidad por su misma encarnación, por la que hace suyo todo lo nuestro, y nuestro todo lo suyo: «Oh admirable comercio: el Creador del género humano, tomando cuerpo animado, se dignó nacer de la Virgen; y procediendo hombre sin simiente, nos dio su Divinidad» (Liturgia).

Cristo salva sólo lo que asume o hace suyo: abajándose hasta mí, se une conmigo, hace suyo todo lo mío, y mío todo lo suyo, para que su misma salvación sea mía, y la mía suya.

El hombre individual es libre. Por eso la identidad obrada activamente por Cristo, para que se obre en mí pasivamente ha de ser por mí voluntaria y libremente aceptada. Esa aceptación se inicia por la fe, con que me adhiero a El, y como me cuelgo de El para que consigo me saque a salvación; se perfecciona por el bautismo, que ontológicamente me injerta en Cristo como miembro suyo; se consuma por la Eucaristía que hace que incluso físicamente su carne pase a ser mi carne, su sangre mi sangre. Todo esto destacan los Santos Padres.

Pero si ontológicamente la identidad está lograda en el que cree, se bautiza y comulga, psicológicamente no se percibe: la fe no cae en experiencia, ni tampoco las realidades divinas que nos da. De ahí nuestra dificultad para sentir la pasión de Cristo como propia, percibirla como propia.

Mas la Virgen María, como Madre de Jesús, connaturalmente siente como propia suya la pasión de Cristo y todos sus dolores: Cristo es carne de su carne, y sangre de su san-

gre: no puede tener dificultad alguna para sentir como suya la carne de Cristo con todos sus dolores.

Por eso, si psicológicamente queremos de verdad sentir como propia la pasión de Cristo, no tenemos vía mejor —quizá, no tenemos otra vía— que unirnos a la Virgen María para sentirla en Ella y con Ella.

Nos es fácil sentirnos hijos de Ella, por la necesidad psicológica que tenemos de madre en el orden sobrenatural. Mas si nos sentimos hijos de Ella, nada más fácil que afligirnos si la vemos afligida, y sentir como nuestros sus dolores: y así, por Ella y con Ella, sentiremos como propia la pasión de Cristo y todos los dolores de ella.

Esa disposición fundamental de sentir como propia nuestra la pasión de Cristo, en virtud de nuestra mística y misteriosa identidad con El, se nos sugiere en la Escritura. Basten algunos textos, entre los muchos que podrían aducirse.

San Pablo nos dice: «Sentid en vosotros lo que Cristo Jesús siente en sí» (Fil. 2,5), refiriéndose de modo concreto al anonadamiento de Cristo Jesús en la encarnación (Fil. 2,6.7) y a su humillación y obediencia en la muerte de cruz (Fil. 2,8).

Jesús nos dice: «El que me come a Mí vivirá por mí» (Jo. 6,5.8): si por la comunión vivimos por El, es evidente que por El y en El hemos de sentir sus mismos sentimientos como propios, ya que El es nuestra propia vida y principio de acción y sentimiento.

San Pablo nos recuerda reiteradamente que Cristo es nuestra Cabeza, y nosotros sus miembros: es evidente que toda herida o mal de la cabeza repercute en los miembros.

Jesús nos dice que El es la cepa, y nosotros los sarmientos de esa cepa (Jo. 15,5): es evidente que no sólo toda herida o enfermedad del sarmiento afecta a la cepa, y es de la cepa, sino que aun mucho más toda herida a la cepa, todo mal de la cepa, afectará a los sarmientos, será de los sarmientos.

Y esa comunicación mutua se hace por una verdadera uni-

dad misteriosa, y como misteriosa identidad, entre nosotros y Cristo: «Padre, que sean uno como Tú y Yo somos uno: Yo en ellos, y Tú en Mí» (Jo. 17,22.23).

Esa unidad, no por misteriosa menos real, destaca la Liturgia en el Oficio de Semana Santa, casi osaría decir de un modo temerario, como en la lectura de Sábado Santo —tomada de un Padre anónimo griego—, donde Jesús, bajado a los infiernos, dice a Adán: «Levántate, salgamos de aquí; pues tú en Mí, y Yo en ti, *somos una e indivisa Persona.*»

Y en la lectura del Miércoles Santo, tomada de San Melitón, obispo de Sardes, nos inculca la identificación de Jesús con cuantos en El creen y son sus miembros: «Este (Jesús) es el que en muchos muchas cosas padeció: Este es el que en Abel fue asesinado, en Isaac atado por los pies, y en Jacob peregrinó, y en José fue vendido, y en Moisés expuesto, y en el cordero degollado, y en David perseguido, y en los profetas deshonrado.» Mas si Jesús se identifica conmigo de tal modo que hace suyo de verdad todo lo mío, no menos he yo de hacer mío y sentir como mío todo lo de El.

Acercándose el tiempo de Pasión, en el Jueves de la Semana IV de Cuaresma, la Iglesia propone al sacerdote un resumen espléndido de las disposiciones con que ha de contemplarla con la lectura de San León I Magno, Papa, (Sermón 15 de la pasión del Señor), de la que entresacamos algunos fragmentos:

«El verdadero venerador de la pasión del Señor, de tal modo mire a Jesús crucificado con los ojos de su corazón, que conozca que la carne de El es la suya propia (la del que lo mira)». Si he de sentir como carne mía la carne de Cristo, es evidente que he de sentir como propios de mi carne todos los dolores que Cristo sufre en la suya, que he de ver como mía. Este sentimiento se da connaturalmente en la Virgen María: sólo uniéndome a Ella lograré se dé también en mí. Ella veía como propia la carne de Jesús, pues se la había dado: También yo he de darle mi carne —que

El en la encarnación quiso asumir—, para sentirla en la cruz propia mía.

«A ninguno de los débiles se ha negado la victoria de la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la pasión de Cristo, la cual si a muchos aprovechó de los que ejercían su crueldad en El, cuanto más ayudará a aquellos que a El se convierten. Quitada ha sido la ignorancia, templada o disminuida ha sido la dificultad». Por ser la carne de Cristo mi carne, y sus dolores así dolores míos, también su victoria en la cruz es victoria mía, por débil que yo personalmente sea: pero sólo si siento como mía la carne de Cristo, que me ha hecho miembro suyo; sólo si siento como míos sus dolores. Por eso la oración de Cristo y su pasión sólo aprovechan a los que, creyendo en El, a El se convierten y se unen. Por eso, su oración aprovechó *a muchos* de los que le injuriaban, es decir, a quienes luego se convirtieron; no *a todos*, pues nada aprovecha a quien no se convierte a El.

Si veo la carne de Cristo como propia, y siento su pasión como propia, asociándome a El, las cruces pequeñas o grandes que personalmente me afecten me parecerán ligeras, pues Jesús, en correspondencia, hará siempre suya, y soportará como propia de El, toda pasión y crucifixión mía, haciéndome sentir que su carga es ligera y su yugo suave, por llevarlo El conmigo: «templada ha sido la dificultad». Nada importa mi debilidad, si es mía la victoria de Cristo. Y así lo confirma El: «En el mundo padeceréis congoja y opresión, mas confiad: Yo he vencido al mundo» (Jo. 16,33): su victoria sólo puede aprovecharme y consolarme porque es victoria mía.

Y sigue San León: «Pues nada hizo o padeció que no fuera para nuestra salud, de modo que la virtud que residía en la Cabeza residiese también en el Cuerpo.»

Es otro motivo para sentir con Cristo: si El hace mío todo lo suyo —su victoria, su pasión, su fortaleza—, también he de hacer yo todo lo suyo mío. No sea tan ruin que le diga: Tu victoria, sí, que sea mía, y sea mía tu fuerza, para que

yo pueda entonces soportar las pequeñitas cruces que voy teniendo; pero tus dolores no quiero considerarlos como míos, no quiero hacerlos míos.

Luego nos muestra San León el fundamento de esta nuestra comunión con la pasión de Cristo: la identidad misteriosa que Cristo, en virtud de su misma encarnación, quiso con nosotros establecer:

«Pues, primero, aquella misma suscepción de nuestra sustancia en la Divinidad, por la cual el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, ¿a qué hombre, sino al infiel, dejará sin participar de su misericordia? Y ¿a quién no le es común la naturaleza con Cristo, si recibe al que asumió su naturaleza, y es engendrado y regenerado por el mismo Espíritu con que El eternamente está engendrado? Finalmente, ¿quién no reconocerá en El sus propias debilidades?».

Por su encarnación toma todo lo nuestro y nos da todo lo suyo, si yo le recibo por la fe, y a El adhiero: al recibirle a El, recibo a Cristo entero, no sólo como hombre, sino como Dios; y, participando su misma filiación divina, soy engendrado y regenerado por el mismo Espíritu con que El eternamente está engendrado.

Ser engendrado y recibirlo es la misma cosa, según nos dice San Juan: «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron; mas a quienes le recibieron les dio potestad para ser hechos hijos de Dios» (Jo. 1,12). Mas quien no cree en El, ni le recibe, aceptando su don, nada aprovechará de la encarnación de Cristo: seguirá eternamente condenado: «El que no cree en mí, ya está juzgado» (Jo. 3,18), porque libremente rechaza el don que Dios le ofrece. Quien, en cambio, le recibe, se siente uno con Cristo, y por eso reconocerá en las debilidades y dolores que por su amor Jesús abrazó sus propias debilidades y dolores: «¿Quién en El no reconocerá sus propias debilidades?», nos dice San León. Y por eso, por ser de Cristo, «se gloriará en sus propias flaquezas, como signo de que en El habita la virtud de Cristo» (cf. Cor. 12,15).

Por eso también acaba San León con un canto exultante a esa unidad de Cristo con cuantos en El creen:

«Nuestro es lo que exánime yació en el sepulcro, y lo que al tercer día resucitó, y lo que sobre todas las alturas de los cielos ascendió a la majestad del Padre; de modo que si por el camino de sus mandatos caminamos, y si no nos avergonzamos de confesar lo que en la humildad contribuyó a nuestra salvación corpórea, también nosotros seamos llevados al consorcio de su gloria».

El cadáver de Cristo en el sepulcro es mío y es el mío; mía su resurrección; mía su salvación y glorificación, y su ascensión a los cielos. De ahí que San Pablo nos diga: «en el bautismo fuisteis consepultados con Cristo, en el cual también resucitasteis, por la fe en la operación divina que le resucitó de entre los muertos» (Col. 2,12; cf. Rom. 6,5-8).

¿Cómo mío? Si me uno a Jesús haciéndome uno con El, injertándome en El como miembro suyo y cumpliendo sus mandatos; si no me avergüenzo de verle padecer en su carne, si siento como míos sus dolores.

En esta identidad nuestra con Cristo insiste también la Liturgia del tiempo pascual, por ser la base firme y segura de nuestra esperanza de gloria. Nos limitaremos a dar, sin comentario, algunos fragmentos de las lecturas que esa Liturgia nos ofrece, para que el lector las medite:

«En figura de pan se te da el Cuerpo de Cristo, y en figura de vino se te da la Sangre, de modo que recibiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo *te hagas concorpóreo y consanguíneo con El*. Pues así nos hacemos portadores de Cristo, distribuido en nuestros miembros su Cuerpo y su Sangre. Así nos hacemos consortes de la divina naturaleza... Lo que parece pan, no es pan, aunque así sea sensible al gusto, sino el Cuerpo de Cristo; y lo que parece vino, no es vino, aunque tal parezca al gusto, sino la Sangre de Cristo» (*Catequesis de Jerusalén*, Cat. 22. MG. 33,1098-1106. Sábado infraoctava de Pascua).

«No hay duda, dilectísimos, de que la naturaleza humana

ha sido asumida por el Hijo de Dios en tan gran conexión, que no sólo en aquel hombre que es primogénito de toda creatura, sino que también en todos sus santos sea *un único y mismo Cristo;* y así como no se pueden dividir los miembros de la cabeza, así tampoco de la cabeza se pueden dividir los miembros... Así, pues, todas las cosas que el Hijo de Dios hizo y enseñó para la reconciliación del mundo, no sólo las conocemos en la historia de las cosas pasadas, sino que también las sentimos en la virtud de las obras presentes... Pues la participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo no otra cosa hace sino que pasemos a convertirnos en lo que recibimos; y así en todas las cosas llevemos en el espíritu y en la carne al mismo con quien hemos conmuerto, con el que hemos sido consepultados y conresucitados» (San León Magno, Papa, *Sermo* 12 *De Passione*, 3, 6-7. ML. 54, 335-357. Miércoles de la Dom. II de Pascua).

«Somos miembros suyos... y el cáliz, que proviene de la creatura, confesó ser su Sangre, con la que aumenta nuestra sangre; y el pan, que proviene de la creatura, confesó ser su Cuerpo, por el que aumenta o hace crecer nuestros cuerpos. Así, pues, cuando el cáliz mezclado y el pan hecho recibe la palabra de Dios, y se hace Eucaristía de la Sangre y del Cuerpo de Cristo, de los cuales se aumenta *y en los que consiste la substancia de nuestra carne,* ¿cómo niegan que sea capaz de la donación de Dios que es vida eterna, la carne que se alimenta con la Sangre y Cuerpo de Cristo, y es miembro de El?... Porque somos miembros de su Cuerpo, de su carne, y de sus huesos» (San Ireneo, *Adv. Haereses,* Lib. V, 2,2-3. Jueves después del D. III de Pascua).

«Todos somos Uno, porque el Padre está en Cristo, y Cristo está en nosotros. Está El en nosotros por la carne, y nosotros estamos en El; mientras que, con El, lo que nosotros somos está en Dios. Y hasta qué punto estamos en El por el Sacramento de la Carne y Sangre comulgada, El mismo lo testifica diciendo: «Y este mundo ya no me ve; mas vosotros me veréis, porque Yo vivo, y vosotros viviréis; porque

Yo en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros.» Si quisiera que se entendiera sólo la unidad de voluntad, ¿por qué expuso un cierto grado y orden de consumar la unidad, sino a fin de que, estando El en el Padre por la naturaleza de la Divinidad, nosotros por el contrario en El por su corporal nacimiento, y El de nuevo en nosotros por el misterio de los Sacramentos, fuese creído que inhería?... Y cuán natural sea en nosotros esta unidad, El mismo lo testificó: El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí, y Yo en él. Pues no estará uno en El, sino aquel en quien El mismo estuviese: sólo teniendo asumida en sí la carne de El, que la suya asumió. Y el sacramento de esta perfecta unidad ya lo había enseñado más arriba, diciendo: Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, así el que comiere mi carne, también él vivirá por Mí. Vive así, pues, El por el Padre; y así como El vive por el Padre, del mismo modo nosotros vivimos por su carne... Esta es la causa de nuestra vida: que en nosotros carnales tenemos a Cristo permaneciente por la carne; y en nosotros vencedores por aquella condición en la que El vive por el Padre» (S. Hilario, *De Trinitate*, Lib. 8, 13-16. ML. 246-249, Miércoles del D. IV de Pascua).

«Muchos un solo cuerpo somos, y miembros unos con relación a los otros... Así, pues, es necesario que todos sintamos mutuamente las mismas cosas» (S. Cirilo de Alejandría, *Epist. Ad Romanos*, 15, 7. Sábado de D. IV de Pascua).

«Así como la cabeza y el cuerpo de un solo hombre, ése mismo es un hombre, así aquel Hijo de la Virgen y sus miembros elegidos El mismo es un solo hombre y un solo Hijo del hombre. «Todo, dice la Escritura, e íntegro Cristo», a saber, todos los miembros juntos un cuerpo, el cual con su Cabeza un solo Hijo del hombre, el cual con el Hijo de Dios un solo Hijo de Dios, el cual el mismo con Dios un solo Dios. Así, pues, todo el cuerpo con la Cabeza Hijo del hombre, e Hijo de Dios, y Dios. De donde aquello: «Quiero, Padre, que así como Tú y Yo somos uno, así también éstos sean uno con

nosotros». Así, según este sentido en las Escrituras célebre, ni el cuerpo sin cabeza, ni la cabeza sin cuerpo; ni sin Dios la cabeza y el cuerpo, Cristo total» (S. Isaac Abad, *sermo* 42. Viernes del D. V de Pascua).

«Cristo es el vínculo de la unidad, siendo, el mismo, Dios y hombre... Y del mismo modo que la virtud de su carne hace concorporales a aquellos en quienes está, del mismo modo, creo, el Espíritu de Dios, que habita uno e indivisible en todos, a todos nos reduce a la unidad espiritual... Así pues, todos somos uno en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo: Uno, digo, por la identidad de hábito, uno por la conformación según la piedad, y por la comunión de la santa carne de Cristo, y por la participación de un único y santo Espíritu» (S. Cirilo de Alejandría, *In. Evang. Joannis*, Lib. II, 11. Martes del D. VI de Pascua).

Cristo sólo salvó lo que asumió e hizo suyo. Asume naturaleza humana individual, con todo lo que ésta entraña, y se salva y es glorificado en esa naturaleza humana, en la que está predestindo con decreto eterno junto con la Virgen María, a la que afecta ese mismo decreto absoluto (Pío IX y Pío XII).

Mas en esa naturaleza humana suya asume también, de modo realísimo, aunque misterioso, a cuantos en El creen y se dejan incorporar a El como a Cabeza por el bautismo, y se hacen con El concorporales por la Comunión eucarística. A todos esos salva, y su salvación es verdadera salvación de Cristo en ellos: no estaría Cristo íntegramente salvado si los que ha hecho de verdad miembros suyos siguieran condenados.

Uno es el Hijo del hombre —cabeza y miembros—: no se puede sacar de la mazmorra de la condenación y oscuridad y tinieblas —en que la humanidad yacía— la Cabeza, sin que de necesidad hayan de seguirla los miembros. Si uno se está ahogando, y le sacamos del agua la cabeza antes de que se ahogue, necesariamente hemos librado también del ahogo y de la muerte a todos los miembros, que seguirán

a esa cabeza. La salvación y glorificación de Cristo, Cabeza nuestra, es así de verdad salvación y glorificación nuestra.

Pero nuestra unidad con Cristo en salvación y glorificación exige nuestra unidad con El en la pasión: Sólo «seremos conglorificados con El, si con El compadeciéremos» (Rom. 8,17). A la identificación de Cristo conmigo ha de corresponder, siendo yo libre, mi identificación activa con El.

Si Jesús se identifica conmigo, es evidente que desea me identifique yo con El: que, como verdadero miembro suyo, sienta en mí y como propios y a mi modo todos los dolores y molestias de mi Cabeza. Debo, pues, mirar como mía la pasión de Cristo en la Cruz, sentir mi carne crucificada en la crucifixión de su carne, percibir como míos todos sus dolores: así he de asistir a su pasión, así contemplarla, participarla, hacerla mía.

Mas al no caer en experiencia esa nuestra unidad e identificación con Cristo, se nos hace, más que difícil, psicológicamente imposible, al menos a la mayoría de los que creemos en Cristo, sentir como propia nuestra su pasión, sus dolores y su muerte.

Pero lo que aisladamente se nos presenta quizá como imposible, se nos vuelve posible y hasta fácil, y en cierto modo connatural, si nos unimos a María; si, como hijos pequeñitos, contemplamos desde sus brazos la pasión de Cristo.

Es evidente que la Virgen María, de modo del todo connatural, sufrió como propios todos los dolores de la carne de Cristo, que era carne de su carne. Si, haciéndome pequeñito, me sintiera Hijo de la Virgen María, y puesto en sus brazos la viera a Ella sufrir y llorar, creo que por esa vía de filiación de María se nos harían propios sin darnos cuenta los dolores de Jesús: el hielo cristalizado y duro de nuestro corazón se fundirá entonces en avenida de lágrimas y ríos de aguas vivas. De otro modo nos va a ser imposible.

Si el niño pequeño ve a su madre triste o llorando, él mismo se entristece y sufre como propia esa tristeza de su madre, y llora también y se siente acoquinado y pobrecito.

Si yo logro sentirme hijo de la Virgen, contemplando cómo Ella sufre y llora, haré propios, sentiré como propios los dolores de Ella, y como son de Jesús, la pasión de Jesús pasará a ser propia mía.

Esa es la vía que nos propone como infalible la misma Iglesia en su Liturgia (Fiesta de los Dolores de la Virgen), para lograr asociarnos a la pasión de Cristo:

«¿Qué hombre no llorará, viendo a la Madre de Cristo en tan gran suplicio? ¿Quién será incapaz de contristarse, contemplando a la Madre de Cristo doliente con su Hijo? Ea, Madre, fuente de amor, hazme sentir la fuerza y violencia de tu mismo dolor, haz que llore contigo. Haz que arda mi corazón amando a Cristo Dios, para que le sea consuelo. Santa Madre, hazme esto: graba profundamente en mi corazón las heridas todas del Crucificado. Condivide conmigo las penas de tu Hijo llagado, que por mí se digna padecer. Hazme llorar contigo filialmente... contigo deseo estar junto a la cruz, y asociarme a tu llanto... No me seas ya más amarga, hazme llorar contigo. Haz que yo soporte como mía la muerte de Cristo, úneme a su pasión... Hazme ser herido con sus heridas, empapándome y embriagándome de la cruz y de la sangre de tu Hijo» (*Stabat Mater*).

4. Dolores de María al pie de la Cruz: amplitud e intensidad

Llega María al pie de la cruz casi inmediatamente después de la crucifixión, pues es proclamada Madre nuestra antes de que sobrevengan las tinieblas, a la hora de sexta (doce del mediodía).

En ese primer breve período siente los dolores de Cristo por ser de su Hijo, enseñándonos cómo unirnos a la pasión de Cristo, sintiéndola como propia nuestra.

En esos dolores debemos contemplar: Primero, su amplitud e intensidad: Segundo, su fecundidad. Una vez declarada

Madre nuestra, revestirán un matiz nuevo, al sufrirlos como dolores nuestros, haciendo suyos todos los dolores de sus hijos.

Por lo que mira a la amplitud e intensidad, cuantos a Jesús le afectan físicamente en su cuerpo, a María le afectan en el alma y corazón: todos los sufrimientos de Jesús, físicos o morales, exteriores o interiores.

Se cumple la profecía de Simeón: «Una espada de dolor atravesará tu alma, para que se conozca el secreto de muchos corazones» (Lc. 2,35).

Si la espada atravesando el cuerpo ocasiona la muerte, mucho más la causará atravesando el alma, principio de vida. Si el alma de María es atravesada, con toda verdad podemos decir muere al lado de su Jesús: la lanza que atraviesa a Cristo inerte, traspasa el alma de María (S. Bernardo).

Si Jesús había dicho: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38), es decir, con tristeza tal que me provocaría la muerte si el poder de Dios no lo impidiera, es evidente que la tristeza y agonía de María al pie de la cruz era causa más que suficiente de muerte: si físicamente no murió, no es por falta de eficacia a su dolor, sino debido a la divina fortaleza con que Dios milagrosamente la asistió.

Por eso es la Reina de los mártires, aunque ahí físicamente no muera. Por eso también no es de necesidad muriera más tarde para subir al cielo, movida del deseo de asociarse a su Hijo, que por nosotros y por Ella quiso morir: esa asociación la tuvo entera, total y perfectísima por la virtud de su voluntad, en la agonía de su corazón y en la angustia de su alma al pie de la cruz.

A esa muerte interior de María debemos asociarnos. Sólo así entenderemos la intensidad de sus dolores: si vemos la espada traspasando el alma de Ella podremos en algún modo entender la intensidad de su dolor.

Por lo que mira a la amplitud de esos dolores, no hay un solo sufrimiento de Cristo que Ella no haga suyo por la compasión de su amor.

Suyos hace, asociándose a ellos, los dolores físicos de Jesús, que ve y contempla, así como la irrisión y deshonor de que es objeto.

Pero hay otra asociación más dolorosa que escapa a la mirada de nuestros ojos exteriores: la atisbamos y como adivinamos por la comunicación perfecta y total que sabemos se daba entre los Corazones de la Madre y del Hijo. Cual la viera el V. P. Hoyos, es una asociación como de dos espejos que se miran: cuanto pasa por el uno se refleja con toda exactitud en el otro. Todos los dolores y sufrimientos del Corazón de Jesús se reflejan así, y *se viven* exhaustivamente en el Corazón de la Virgen María.

Para saber, pues, la amplitud y extensión del sufrimiento de María junto a la cruz, hay que conocer la extensión y amplitud de los dolores de Jesús, pues todos los compadeció con El la Virgen Madre como dolor propio. De esos dolores hablamos largamente en EL AMOR. Por eso aquí nos limitamos a una breve indicación:

Un punto de partida firme nos certifica al menos del límite mínimo de lo que Jesús padeció. Sabemos quiso cargar sobre sí todos los pecados del mundo para expiarlos, haciéndolos suyos: «He aquí el Cordero de Dios, que toma sobre sí los pecados del mundo» (Jo. 1,29.36), nos dice el Bautista: los hizo suyos «hecho maldito por nosotros» (Gál. 3,13).

Hace suyo, en primer lugar, el pecado original: si suyo el pecado, también suyas las consecuencias. Todo sufrimiento que haya en el mundo, toda muerte, toda enfermedad, todo dolor es consecuencia del pecado original. Todas esas consecuencias del pecado las tomó Jesús sobre sí, y físicamente las hizo suyas, para destruirlas en la cruz. No podrá haber ningún dolor, ningún sufrimiento físico humano, de uno solo de todos los hombres que haya habido, hay, o habrá hasta el fin de los siglos, que Jesús no hiciera suyo y sufriera como suyo en la cruz: quiso hacer suya toda nuestra debilidad y miseria.

Pero el dolor principal de Jesús es el pecado mismo. No cometiéndolo El jamás, en su inocencia absoluta (Jo. 8,64; 1.ª Petr. 2,22; Hebr. 4,15), quiso hacerse, por amor y mística u oculta identidad, sujeto de atribución de todos los nuestros.

Aquí sí que su dolor supera inconmensurablemente al dolor de los hombres todos de todos los tiempos, al sentirse pecador ante su Padre. E igualmente lo supera el de la Virgen María, que hace también suyos esos pecados, por ser de su Hijo, y ante el Padre se siente avergonzada, postrada, anonadada, en unión con su Hijo Jesús. Los hombres solemos sentir mucho las consecuencias del pecado, poco el pecado mismo. Jesús y su Madre son mucho más sensibles al pecado mismo que a sus consecuencias.

Jamás podremos imaginarnos la vergüenza, el oprobio que damos a la Virgen María cada vez que pecamos, aunque a veces esos pecados nos parezcan ligeros, pequeñitos, infidelidades mínimas. Para Jesús, ante su Padre, no hay infidelidad pequeña.

Jesús nos asume a Sí mismo tal como somos, para purificarnos con su dolor, con su vergüenza, su sacrificio, su inmolación. Conocedor de la miseria y desgracia del pecado, El siente en mí la vergüenza, oprobio y dolor de él, que yo soy casi del todo incapaz de sentir. Todo pecado nos perdona el Padre por el dolor que de él siente Jesús en nosotros, para consolarle y convertir en gozo su dolor. Todo pecado nos perdona el Hijo por el dolor que de él siente con nosotros y en nosotros muestra Madre María, para trocar en gozo su amargura.

Quizá si pensáramos un poquito en esto rompiéramos más fácilmente de una vez con tanto torpiezo reiterado, tanto caer y levantarnos para volver a recaer de nuevo. Si miráramos a nuestra Mamá, viendo que nos sigue queriendo, pero que se siente abochornada con aquello de que yo no me abochorno, quizá finalmente le dijéramos: «Por no verte así abochornada, voy a serte fiel en esta cosa pequeñita, voy a vencerme para no darte dolor.»

A esa misma amplitud y extensión del dolor de Cristo y de su Madre podemos llegar por otra vía, al menos con relación a los dolores de cuantos en El creen o han de creer.

Cristo ha hecho miembros suyos a cuantos creen en El. Si no hay dolor del miembro que no sufra el sujeto de él, tampoco puede haber dolor de ningún miembro de Cristo, de nadie que en El crea, que Jesús no sufra en la cruz: es ese dolor suyo lo que da eficacia al nuestro. Recordemos las palabras de San Melitón: «Este es el que en muchos —en todos sus miembros, pasados, presentes y futuros— muchas cosas soportó», desde el Abel asesinado hasta el último hombre que en el mundo exista.

Se nos hace difícil comprender cómo fuera posible que Jesús sufriera todos los dolores de los hombres todos de todos los tiempos. Mas no olvidemos la observación de Fray Luis de Granada: Jesús, siendo Dios, padeció todo cuanto quiso; y así hemos de guardarnos, al contemplar la pasión de Cristo, de deducir el amor que nos tiene de lo que por nosotros padeció, sino, por el contrario, esforzarnos en descubrir lo que por nosotros padece, partiendo del amor infinito que sabemos nos tiene: pues es el amor el que le lleva a sufrir, y sufrió lo que quiso, cuanto quiso y como quiso.

La Virgen María, al ser espejo tersísimo que reproduce y vive cuanto pasa en el Corazón de Cristo, sufre y padece todo lo de Cristo: Ella, única entre todos, verdaderamente hace suya en su totalidad la pasión de Cristo y su crucifixión.

La extensión y amplitud de la pasión de Cristo se nos hace en algún modo inteligible siendo El Dios. Mas cómo la Virgen María, siendo creatura, pudiera soportar todos los dolores de los hombres todos de todos los tiempos se nos hace del todo inconcebible: sólo la fe nos hace conocer el hecho.

María se nos presenta así como el ejemplo perfecto y exhaustivo de lo que es la victoria de Cristo como nuestra, la virtud y fortaleza de Cristo hecha nuestra. Porque en Ella, al sentir totalmente como suya la pasión de Cristo, hace

Cristo residir del todo su propia virtud, su propia fortaleza, su propia victoria. Por eso es incomprensible la fortaleza de la Virgen al pie de la cruz: porque es fortaleza divina, es la misma fuerza y virtud de Cristo que inhiere en la cabeza, la que también inhiere en Ella por su participación en su pasión. En Ella, y plenamente sólo en Ella, se cumplen las palabras de San León, más arriba citadas.

Esa fortaleza de la Virgen María ha de maravillarnos, pero también servirnos para no amilanarnos con temores vanos. No nos asuste la cruz, pues Jesús está deseando comunicarnos por medio de su Madre la misma fortaleza que a Ella comunicó, dándonos por manos de Ella la misma victoria sobre el pecado, la corrupción y la muerte que Ella tuvo, y que con su Hijo consiguió al pie de la cruz.

Por estas vías podemos en algún modo entender la amplitud e intensidad de los dolores de María. Jamás, en cambio, la entenderemos si nos limitamos a considerarla sólo como compasión natural de una madre con su hijo. No se trata de una madre cualquiera. Se trata de la Madre de Dios. No se trata de dos corazones que simpaticen: se trata de dos corazones que laten al unísono, que tienen como una misma y única vida. Se trata de una asociación, no sólo connatural entre madre e hijo, sino querida por el Padre de toda eternidad entre esa Madre y ese Hijo, al que quiso dar como compañera y asociada en todo la Bienaventurada Virgen María.

Al dársela al primer Adán, dijo de Eva: «Hagámosle una ayuda semejante a él» (Gén. 2,18). Cuánto más debió decir de su Hijo Unigénito, al verle de toda eternidad clavado en la cruz: Pobrecito, vamos a darle una Ayuda semejante a El. Y no sería María ayuda semejante a El, que efectivamente le pudiera ayudar, confortar y acompañar en todo, si sólo como a cuentagotas hubiera podido participar el dolor de Cristo, la actividad redentora de Cristo.

Mas pasemos ya al segundo aspecto de esa asociación: la fecundidad de los dolores de la Virgen María.

5. Dolores de María al pie de la Cruz: su fecundidad corredentora

Los dolores de Cristo son redentores para todo el que cree en El; victoria para cuantos de sus manos la quieran recibir.

Los dolores de María son de tal modo corredentores con los dolores de Cristo, que Jesús no quiere de hecho salvar a nadie, ni a nadie engendrar hijo de Dios dándole ser y vida sobrenatural, si no es con la actividad de la Virgen María. Si mi salvación se debe a los dolores y pasión de Cristo, mi inserción en esa salvación, mi generación sobrenatural, ha de deberse *también* a los dolores y pasión de la Virgen María.

Adán no engendró ningún viviente humano, si no en Eva y con Eva. Jesucristo, clavado en la cruz para darnos vida eterna, a ninguno engendrará a esa vida, sino en María, con María y por María. Nadie, nos dice Pablo VI en su CREDO DEL PUEBLO DE DIOS, nace a la vida sobrenatural, si no es por su acción materna; nadie se desarrolla poco o mucho en esa vida sin la colaboración de esa misma acción materna.

Cuanto Jesús hizo o soportó, por nuestra salvación lo hizo y soportó, nos decía el Papa San León. Mas si nada de salvación nos comunica sino en, con y por su Madre, es que nada hizo o soportó sino asociándose a su Madre en todo su hacer y soportar. Así se nos indica su asociación a todos los dolores de Cristo. Como diría San Alberto Magno, lo que Jesús nos mereció con su pasión, eso mismo nos conmerece y transmite Ella con su compasión.

De esa asociación plena en el dolor acabamos de hablar. Detengámonos aquí un poco en la fecundidad de tal asociación.

Fecundidad que Jesús mismo proclama en la cruz, ya antes de empezar las tinieblas, al declararla Madre nuestra universal. Pero, aun antes de proclamarla Madre nuestra,

quiso como hacerla pregustar la eficacia de su dolor, la realidad de su maternidad.

Ante las injurias y sarcasmos de los que ante El pasaban, reacciona Jesús pidiendo al Padre: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

Pero entre el inicio de las injurias y la plegaria de Jesús media un breve intervalo: el que va tardando la Virgen María en acercarse a la cruz. Viéndola Jesús acercarse, y contemplando su dolor al ver cómo le ofendían, sabiendo la va a proclamar muy pronto Madre de todos los hombres, se siente movido a compasión; y mirándola, y viendo en Ella a la humanidad que va a redimir, hace su súplica: es la presencia de Ella que le anima a pedir: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

La oración de Cristo fue eficaz, no para todos —la salvación sólo se da a quienes quieran recibir a Jesús—, pero sí para muchos de los que le ofendían: Fueron tantos los sacerdotes, escribas, fariseos y doctores de la Ley convertidos por la predicación apostólica, que la primitiva Iglesia corrió peligro de judaizar. Y esa conversión fue debida a la oración de Jesús.

Pero como nadie se convierte y es engendrado a la vida sobrenatural si no es por la acción de la Virgen María, es evidente que en esa oración de Jesús estaba Ella presente, actuando junto con Jesús para engendrarlos a la vida eterna. Para cuantos injuriadores que, engañados y seducidos, creían agradar a Dios con lo que hacían, conservando en su corazón algo de rectitud y buena voluntad, fueron salvadores los dolores de la Virgen, cuya «alma es atravesada para que se descubran o hagan manifiestas las disposiciones secretas de muchos corazones» (Lc. 2,35). Su sufrimiento fue semilla que, sembrada en el corazón de ellos, les desveló poco a poco la verdad, haciendo germinar primero y florecer después la pequeña disposición buena que tenían, hasta lograr su generación a la vida eterna.

Mas el fruto de esa fecundidad no lo vio entonces María.

Debió sí, presentirlo, en el gozo que la anega al ver a Jesús pedir por ellos. Y en mensaje secreto, de corazón a corazón, debió decirle: Era justo lo que yo de ti estaba esperando. Y también El le transmitiría del mismo modo: Porque sabía que tú lo deseabas y esperabas, por eso he pedido Yo perdón por ellos.

Pero hubo otro fruto de la fecundidad de su dolor que María experimentó de inmediato.

En la desesperación de su dolor, los dos ladrones crucificados con Jesús hallan como desahogo asociándose a las injurias de los demás (Mt. 27,44).

Al acercarse más la Virgen María, la vio también el Buen Ladrón, seguramente cuando ya casi estaba al pie de la cruz. Notando su aflicción, se dio cuenta de que era la Madre de Jesús, y le dio pena de que hubiera oído sus insultos, de haber tan brutalmente acrecido su dolor. Recordando sin duda el cariño de su madre, que experimentara de pequeño, se hace cargo del dolor de la Virgen: siente compasión de Ella, y en silencio rumia entristecido cómo reparar el dolor que la ha inferido.

De ahí arranca la conversión del Buen Ladrón. Como arrancaría la nuestra, si supiéramos compadecernos de Ella cuando pecamos, si tuviéramos compasión de Ella enseguida de pecar, y lo sintiéramos por Ella. ¡Qué fácilmente empezaría entonces nuestra conversión, qué pronto sobrevendría nuestro perdón!

Esa primera compasión por María va abriendo su corazón, descubriendo la simiente buena que aún quedaba en él: simiente oculta, enormemente oculta, soterrada por el peso de las iniquidades y crímenes de muchos años. Los dolores de la Virgen la hacen manifestarse y germinar: y empieza a florecer, empieza a abrirse para recibir a Jesús por la fe.

Lo primero que hace es intentar hacer olvidar a la Madre las palabras injuriosas que le oyera, proclamando la inocencia de Jesús como puro hombre, como hijo de la mujer afligida que allí está. Y dice al Mal Ladrón: «¿Tampoco tú

temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Y nosotros padecemos lo que merecemos; pero éste es inocente, y nada ha hecho» (Lc. 23,40.41).

Yo quisiera se abrieran nuestros ojos para ver el agradecimiento que hubo de sentir hacia el Buen Ladrón la Virgen Madre. Casi nos es imposible imaginar cómo debió exultar de agradecimiento el Corazón de la Virgen, al ver que entre todos los que insultaban a Jesús hay uno que sale en su defensa, uno que lo declara inocente. Y ese uno está crucificado con el mismo Jesús, sufre físicamente, en lo externo y según a todos aparece, como el mismo Jesús.

¡Qué gozo debió sentir María, y qué agradecimiento, al ver al Buen Ladrón, olvidado de sus propios dolores, reconocer que cuanto él padece es justo, pero que no es justo que Jesús lo padezca!

Es ese agradecimiento de la Virgen —¡cómo nos la conquistaríamos, por poquísimo que hiciéramos por Ella!— lo que debió moverla a pedir interiormente a su Jesús, y a suplicar al Padre Celestial, ofreciéndole a su Hijo como se lo estaba ofreciendo, gozosa por la salvación del mundo (Beato Eadmero), aunque participando de todos sus dolores: «Padre, no me defraudes: puesto que le estoy tan agradecida de que haya salido por mi Hijo en estas circunstancias, atráelo a tu Hijo: Nadie puede ir a El si Tú no lo atraes; y Yo sé que mi Jesús no rechazará jamás a quien Tú le lleves.»

Por ese agradecimiento de la Virgen, por su súplica ardiente, por su ansia de que acabe de abrirse su corazón, se abre con una facilidad y rapidez que nos deslumbra.

Tras proclamar que Jesús es inocente, viendo en El sólo a un hombre, Hijo de María, la mujercita a la que afligido ve llorar, casi inmediatamente se vuelve a Jesús, atraído a El por el Padre, que así quiso mostrarnos cuánto goza en atender toda súplica que María le haga por sus hijos.

Es como si el cielo se hubiera abierto para él: toda la luz de la fe le penetra a raudales, haciendo manar en su interior ríos de aguas vivas. ¡Qué pronto, con el Espíritu

Santo que la hace fecunda, engendra la Virgen a sus hijos, si éstos se acercan a Ella, y la acompañan en su dolor!

Es entonces cuando pide a Jesús: «Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino» (Lc. 23,42). Ya lo reconoce por Rey universal y eterno. Sabe ya que la muerte de Jesús es transitoria; que, por tanto, también la propia muerte suya es transitoria. Sabe que va a morir, y no le importa; pues sabe que también muere Jesús, pero para ir a su Reino; y lo único que desea es que en ese reino le reciba, aunque en su humildad no se atreva a pedirlo, sino sólo a sugerirlo: se contenta con que allí lo recuerde. Ya no le importa la muerte. Mejor diría: ya no cree en la muerte: sabe que la muerte es tránsito a la vida, si muere unido a su Jesús (Jo. 5,24).

En la respuesta de Jesús vemos la eficacia sobre El del deseo y plegaria de su Madre. No le dice: Sí, con el tiempo vendrás a mi Reino. O: Después de purificarte bien, vendrás a mi Reino. O: Después de que pases mucho tiempo alejado de Mí en el purgatorio, vendrás a mi Reino; pero antes... comprenderás que no vas a estar donde Yo sin haberte previamente purificado.

Todo esto podía decirle aunque su Padre se lo atrajera. Pero también es su Madre dolorosa y agradecida quien se lo lleva. Y por eso —por Ella—, le dice simplemente: «En verdad, en verdad te digo (= te aseguro y garantizo) que *hoy mismo* estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23,43). Da como la impresión de que es a su Madre, aun más que al Buen Ladrón, a quien quiere dar seguridad.

Hoy mismo. Son ya casi las doce, y el *hoy* acaba a las seis de la tarde, con la puesta del sol. Y ni aun tuvo que aguantar esas horas, porque a la hora de Nona, en que expira Jesús, alarmados sacerdotes y autoridades por los portentos obrados, acuden a Pilatos, pidiéndole rematen a los que estaban en la cruz, para quitar luego los cadáveres de la vista del pueblo.

Serían apenas las cuatro de la tarde cuando acabaron con los ladrones, machacándoles las piernas, mientras a Je-

sús, ya muerto, le abrían el costado con la lanza. Su entrada en el Reino fue tan rápida, que cuatro horas después de prometido ya gozaba de él.

Como a él, nos alienta Jesús en nuestra cruz diciéndonos: ¿No ves que pronto vas a estar conmigo en mi Reino? Aunque te toque sufrir como al Buen Ladrón, es tan breve esa crucifixión, tal y tan interminable la dicha de estar siempre conmigo, y conmigo reinar eternamente, que nada son los sufrimientos de este mundo ante la magnitud de gloria que te espera (cf. Rom. 8,18).

Y baja el Buen Ladrón con Jesús a los infiernos: baja gozoso, como de visita. Jesús va a sacar de su mazmorra a los cautivos; pero él va con el Rey, escoltándolo como su primer soldado.

Porque efectivamente, el Buen Ladrón se convirtió en el primer soldado de Cristo Rey: su primer soldado humano. Los ángeles, al menos muchos de ellos, le acompañarían también y harían escolta. Pero de los hombres, el único que baja a los infiernos junto con Jesús para sacar de allí a cuantos esperaban su santo advenimiento, es el Buen Ladrón. Baja con Jesús: como soldado, centinela, paje y pregonero, para anunciar con su voz a todos la llegada del Rey, dándoles prisa y como sacudiéndolos de su modorra secular, para que salgan pronto.

Cuando de allí salen son ya muchos e innumerables los soldados que lleva consigo Cristo Rey: todos los rescatados y salvados, los por El redimidos. Pero jamás eternamente olvidará el Corazón de Jesús a su primer soldado, que los dolores de su Madre convirtieran de enemigo en amigo, y se uniera codo a codo con El, cuando todos le creían derrotado y aplastado. Mientras el Reino de Jesús dure —y su Reino no tendrá fin (Lc. 1,33)—, seguirá atendiendo Jesús la súplica humilde que en la cruz escuchara de sus labios: Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

Imposible nos es imaginar el goce y consuelo de la Virgen, al comprobar y gustar la fecundidad de sus dolores. Al

sufrir, casi diría desesperadamente, sin ver la más mínima luz, se la quiso Jesús hacer sentir de modo experimental y palpable: «Mira —le diría al Corazón— por lo que estoy sufriendo Yo; y mira por lo que estás sufriendo Tú: ya tenemos un hijo, y me lo engendraste Tú con tu dolor.»

Por eso, a raíz de esa palabra, vendrá casi inmediatamente la tercera, en que Jesús la declara Madre universal. Tras hacerla experimentar palpablemente su Maternidad, le declara luego que no se trata de un caso particular: en adelante, y desde siempre hasta siempre, todos serán engendrados a la vida eterna por Ella.

Mas antes de contemplar esa Maternidad, procuremos aprender del Buen Ladrón a aguantar nuestra cruz: sabiendo que es muy breve, que va a pasar enseguida, por horrorosa que nos parezca y pueda ser. Las cuatro horas que él en la cruz pasó también fueron horrorosas, culminando en el dolor acerbo del crurifragio, que provoca su muerte. Pero, ¡qué breve fue! Sepamos aguantar, sabiendo que pasa como sombra la figura de este mundo.

Y sepamos también que Jesús ve cuanto sufrimos, y lo sufre con nosotros y en nosotros. El se da cuenta de cuánto sufre el Buen Ladrón: amándole ya como a miembro suyo y como a hijo de su Madre la Virgen, siente indecible compasión por él. Mas la compasión de Jesús no es algo estéril: hace, cual vimos nos decía San León Magno, que «la virtud que inhiere o reside en la Cabeza, esté también en los miembros». Y así, la fortaleza misma de Jesús se transvasa y como pasa al Buen Ladrón, que la comunica y siente como propia. Y así sabemos que no desfalleció, puesto que Jesús de modo absoluto le asegura: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

En medio de los dolores externos que padece, ya predomina el gozo: está como soñando ya, mecido en su esperanza cierta: «¡Huy! ¡Cuándo acabará esto para estar contigo en tu Reino?»: es el gozo del que espera el término que va a cumplir todo su deseo: «Hoy. No tengo que esperar ni a maña-

na, el sufrimiento no durará más de hoy: hasta que el sol se ponga: ¡Seis horas todavía! Pero, qué bien: son ya sólo seis horas.»

Su cruz en adelante fue más gozo que cruz. Sufre mucho, ciertamente; pero con gozo, con paz, con fortaleza. Como sufriría con gozo y paz un jornalero al que un día, con látigos, forzaran a cavar durante ocho horas, pero diciéndole: «Es el último día que trabajas: porque antes de que el día acabe aparecerá un filón de oro, y ese filón es tuyo y para ti: en adelante te vas a sentar como un rajá, y vivirás de rentas.» Creo que nuestro pobre jornalero se animaría bastante a trabajar aunque le salieran ampollas y durezas. Al pobre Buen Ladrón le salía de todo en la cruz; pero no maldice: más bien goza.

Ni olvidemos el consuelo que le da el sentirse ya hijo de la Virgen. A medida que pasan las horas en la cruz, se ilumina cada vez más su corazón. Y cuando oyó que Jesús daba a la Virgen como Madre al «Discípulo amado», entendió y sintió perfectamente que, como «madre del discípulo amado», la hacía igualmente Madre suya: ¿Cómo no sentirse «amado de Jesús», tras la promesa de tenerle siempre consigo en su Reino?

Y desde ese momento, creo debió sufrir más por ver lo que la Virgen sufría en él y con él, que no por lo que él mismo padecía.

Mas pasemos a contemplar brevemente la fecundidad de los dolores de María como modelo de la fecundidad de los nuestros.

6. María corredentora como modelo nuestro

Como hijos de María, hemos de imitar su fecundidad, llevando almas a Cristo, transmitiéndoles la vida sobrenatural.

Como los de Ella, y con Ella, ningún dolor nuestro es infecundo, ningún sufrimiento. Con una condición: que no sea

mío sólo, sino de Jesús en mí. Lo que se logra haciendo míos sus dolores, y haciendo los míos suyos.

Primero, como la Virgen y con la Virgen, hacer míos los dolores de Jesús. Si siento como propia y sufro como propia la pasión de Cristo, si me duelo de su dolor, me abochorno de su abochornamiento, siento como propia su vergüenza por los pecados del mundo, todos sin excepción, sabiéndolos de Jesús, y por ser suyos míos, y así, como niño pequeño, infante recién nacido (1.ª Petr. 2,2) y pequeñín, en brazos de la Virgen, lloro con Ella y con Ella sufro, porque Jesús llora y sufre con Ella, entonces todo ese dolor de compasión con Jesús será fecundo: tanto más fecundo cuanto más a El me asocie.

Por eso la Iglesia ha aprobado y defendido siempre las Ordenes contemplativas, incluso sacerdotales, que renunciando a todo ministerio externo se dedican a la oración. Por eso San Jun de la Cruz, hablando de los Carmelitas que, aunque contemplativos, se dedican también al ministerio externo, llega a decir: Si alguno fuere llamado a la vida contemplativa, por muy buen predicador o confesor que sea, y por mucho fruto que parezca hacer, libérenle de todo los superiores para que se dedique sólo a la oración, porque hará con ella mayor bien a la Iglesia y a las almas que con todos sus otros ministerios.

¿Cuándo verdaderamente se da esa oración tan redentora? Cuando, unidos a la Virgen, nos asociamos a la pasión de Cristo, y con El sufrimos y padecemos, sintiendo propios nuestros todos sus dolores. Por eso es tan fecunda para la generación de la vida sobrenatural de los hombres, tan salvadora, la vida de oración: es vida que realmente se une a Cristo en su pasión y crucifixión por el amor. Sólo por la cruz se va a la gloria: seremos con Cristo glorificados, si con El padecemos. Seremos redentores con Cristo si con El padecemos y sufrimos para redimir a los demás. Así suplimos o completamos en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo.

Mas no sólo los dolores de Jesús, hechos nuestros, son

fecundos. También hay dolores nuestros, que de nosotros proceden, arrancan y se originan, y también ellos *pueden* —y *deberían*— ser fecundos. A todo hombre, siga a Jesús o no, le toca un lote no pequeño de dolor y sufrimiento: y todos, sin excepción, han de pasar el dolor de la muerte.

Esos dolores propios, si se limitan a ser propios, no son redentores: toda actividad o pasión humana, por grande o fecunda que parezca, no sólo es menos fecunda que la unión contemplativa con Cristo, sino del todo infecunda e inútil si falta la unión con Cristo. Mis sufrimientos *como míos* no son redentores. Mas se hacen redentores cuando los uno a Cristo, dejándole sufrir en mí y conmigo, como miembro suyo, cual El desea.

Hecho miembro suyo, si yo me dejo informar por El, si me uno a El como se unió María, el propio dolor mío ya no es sólo mío: es dolor de Cristo en mí, más que mío.

La Virgen María sufría por asociación con Cristo. Pero a la vez que el dolor que Ella padecía es reflejo y vivencia perfectísima de los dolores que padece Jesús, también son a la vez dolores propios. El sentimiento que Ella por compasión y unión con su Hijo tiene, es también sufrimiento verdadero físico de Ella. Como sufrimiento de Ella, es también fecundo; pero sólo porque vuelto todo su ser como un espejo al Corazón de Jesús, cuanto Ella en sí misma padece lo refleja y hace suyo el Corazón de su Hijo. Los dolores reflejados en el Corazón de la Virgen, y hechos de Ella, Jesús volvía a sentirlos en su propio Corazón, pero ahora como dolores de Ella, y porque eran de su Madre.

Si yo me uno a Jesús, y sé, fiado en su amor, que El sufre todo lo mío en mí y conmigo, puedo ofrecer al Padre todos mis sufrimientos y dolores como verdaderos dolores de su Hijo, que los padece en mí y conmigo. Entonces son fecundos esos dolores míos: desde el dolor de muelas hasta el de los uñeros, todo es dolor de mi Jesús.

A esa unión nos incita Jesús diciendo: «Yo os puse para

que déis fruto y vuestro fruto permanezca y sea abundante» (Jo. 15,16).

El fruto deseado por Jesús es la salvación de las almas: cuanto hizo o soportó, no otra finalidad tiene: para eso vino: para salvar a cuantos crean en El, para darles vida, y vida eterna.

Hay un fruto en nuestra propia santificación. Otro en la santificación de los demás. Ni uno ni otro lograremos, sino en cuanto unidos a Jesús: «Permaneced en mi amor. Sólo entonces daréis mucho fruto, y vuestro fruto permanecerá. Porque así como el sarmiento no puede producir fruto alguno, sino en cuanto unido a la vid, así vosotros no podréis dar fruto alguno si no estáis a Mí unidos. Yo soy la cepa o vid; vosotros los sarmientos: Sin Mí no podéis hacer nada» (Jo. 15,1-9).

Contemplando a María al pie de la cruz, aprendamos de Ella esta unión con Cristo. Adhiramos y como peguémonos a El, formando una sola cosa, una sola vida, un solo ser, como el sarmiento con la cepa. La cepa se forma y constituye con el conjunto de todos los sarmientos: no hay separación.

Y que esa asociación sea doble: haciendo mío todo lo de Jesús, especialmente sus dolores; y haciendo de Jesús todo lo mío, sobre todo mis sufrimientos y dolores, incluso aquellos que deriven de mis propias faltas y pecados personales. Que así como hizo Jesús propios suyos mis pecados, así también cuantos dolores se me derivan de ellos cargan sobre su Corazón y son de El.

Ahí está su mérito: ahí su virtud y su fecundidad.

Mas si no quiero dejarle que haga suyos mis propios dolores, por mucho que yo sufra, no habrá fecundidad. Serán como los dolores del Mal Ladrón: no le salvaron. Porque no eran dolores de Jesús: no lo eran, porque no dejó a Jesús sufrirlos como propios, dejándole que lo hiciese miembro suyo.

7. María declarada Madre nuestra

Los Evangelios Sinópticos nombran reiteradamente a San Juan, junto con su hermano Santiago y San Pedro. San Juan, en su Evangelio, aunque muchas veces nombre a otros y traiga palabras de ellos, nunca se nombra a sí mismo, ni aun en aquellos casos en que manifiestamente habla de sí —como cuando en Jo. 1,40 nombra a Andrés, silenciándose a sí mismo—.

Sólo a partir del Discurso de la Cena, la noche que iniciaba el viernes en que Jesús debía morir, se nos introduce; pero no por su nombre, sino como el «discípulo amado», y en tercera persona, mientras en ese mismo Discurso designa a tantos otros por su nombre. Y sólo él se designa como «el discípulo amado»: los otros tres Evangelistas, así como los Hechos y las Epístolas, parecen ignorar totalmente este apelativo.

La razón de que se introduzca como «discípulo amado», y en tercera persona, es clara si se considera que el centro de ese «discípulo amado» son las palabras de Jesús: «Mujer, he ahí a tu hijo», y al discípulo amado: «he ahí a tu Madre».

Si se nos hubiera presentado como JUAN, sería la Virgen María madre de Juan: se trataría de una adopción particular, singular, concreta y exclusiva. Mas los términos que utiliza San Juan nos indican la universalidad absoluta de la Maternidad de María. Por eso decía León XIII que en San Juan «ha visto siempre la Iglesia a todos los cristianos», hechos hijos de la Virgen. La expresión «el discípulo al que amaba Jesús» (Jo. 19,26) se aplica a todos los que creen en El: a todos y a cada uno los ama de tal modo que muere por ellos; a todos y a cada uno se les entrega en la Eucaristía como alimento: más no podía amarlos.

Hay dos destinatarios de esta tercera palabra de Jesús. El primero es su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo» (Jo. 19,26): palabras que transforman el Corazón de la Virgen María, para, desde ese momento, dócil a la Palabra de Dios cruci-

ficado ante sus ojos, comportarse en adelante como Madre de todos y cada uno de los que han de creer en Jesús, amándolos y cuidándolos con la perfección suma con que Ella sabe siempre conformarse a la voluntad de Dios.

El segundo destinatario es «el discípulo al que Jesús amaba» (Jo. 19,26): cuantos, creyendo en El, se hacen sus discípulos y se insertan en El como verdaderos miembros: Cada uno de ellos puede en verdad decir «Me amó, y se entregó por mí» (Gál. 2,20): a la muerte en la cruz, a la anonadación en la Eucaristía, dejándome hacer en El y con El cuanto yo quiera. Dice, pues, a cada uno de nosotros: «He ahí a tu Madre» (Jo. 19,27).

Pero sólo oirán y entenderán esa palabra, sacando de ella el gozo de *sentirse* protegidos y arropados por la Virgen María, aquellos que, acompañándola al pie de la cruz, se asocian a sus dolores, dejándose por Ella transformar en la imagen de Jesús crucificado (Jo. 19,26).

Todos los apóstoles eran «discípulos amados por Jesús», y así a cada uno de ellos en singular van dirigidas las palabras de Jesús: «He aquí a tu Madre». Pero sólo oye y gusta esas palabras de Jesús *entonces* el que de hecho está entonces al lado de su Madre, acompañándola en su dolor.

Si queremos, no sólo saber en fe que María es Madre nuestra —para esto basta la proclamación de Jesús con las palabras que a Ella le dirige—, sino también gustar las delicias de su Maternidad y experimentar palpablemente la dicha de ser por Ella mimados, se requiere intentemos asociarnos a sus dolores y sentir en todo con Ella: sonriendo cuando Ella sonríe, gozando cuando Ella goza, sufriendo cuando Ella sufre, ya en la cruz, ya en el Sagrario, ya en cada uno de sus hijos cuando lo ve apartado, u olvidado, o pecador, o remiso en el amor. El alma que quiera *experimentar* la maternidad de María, procure sentir en su corazón como propios todos los sentimientos de su Madre, y especialmente sus dolores.

Ese acompañarla en sus dolores no consiste tanto en

nuestros sufrimientos personales, cuanto en olvidar el sufrimiento personal egoísta haciendo nuestros los sufrimientos suyos. No es el que mucho sufre quien necesariamente experimenta que María es su Madre, sino el que sufre con María los dolores de Ella, olvidando los propios, y el que en los propios recurre a Ella poniéndose en sus brazos, percibiendo ya el propio dolor y sufrimiento, más que como propio, como de la Virgen, que en nosotros y con nosotros como Madre los sufre.

Para ser hijos de la Virgen, y por Ella realmente protegidos, basta creer en Jesús, siendo sus «discípulos amados». Mas para experimentar esa filiación nuestra y gozar de su Maternidad, es menester vivir con Ella: Todo hijo goza de la protección de la Madre; pero sólo el que con ella vive recibe sus mimos y caricias.

Para ser hijo de Dios he de creer en Jesús y recibirlo (Jo. 1,12.13). Pero sólo de María lo puedo recibir: no estaré con Jesús, si no estoy con su Madre. De la misma Madre que El tomó naturaleza humana, de esa misma Madre he de recibir yo la naturaleza divina que Jesús quiere darme en «maravilloso comercio e intercambio» (Liturgia): Si por Ella viene Dios a mí, tomando de Ella humanidad para así darme su Divinidad, es evidente que no se me comunicará la naturaleza divina del Hijo de Dios si no es por la Virgen María, por la que el Hijo de Dios se me da: y entonces soy no sólo hijo de Dios, mas también hijo de Ella.

Jesús mismo me la da por Madre, mas para dármela ha de hallarme cerca de Ella, jugando a su puerta (Prov. 8,34), hecho un arrapiezo sucio y hambriento, que espera a ver si Ella asoma y me atiende. Cuando Jesús me vea así junto a Ella, le dirá: «Mira: ése es tu hijo: ya puedes empezar a cuidar de él»: y Ella entonces me recibirá en su casa, y viviré con Ella, y Jesús me hará sentir la voz de su palabra: «He aquí a tu Madre.»

Vista la condición de nuestra filiación mariana, contemplemos ahora la realidad de la Maternidad de María en su

doble faceta: como inculcada y mandada a María —«He ahí a tu hijo»—; como inculcada a nosotros —«He ahí a tu Madre». Aunque relacionadas ambas, y mutuamente completándose, son en cierto modo independientes. No hay en Jesús palabra ociosa.

«Mujer: he ahí a tu hijo». Sé que por deseo expreso del Padre Celestial manifestado por su Divino Hijo —la Palabra o Verbo del Padre— en la ocasión más solemne, en que me está redimiendo clavado en la cruz, María es Madre mía. Conociendo su fidelidad perfecta a esa Palabra (Lc. 1,38), tengo certeza absoluta y consumada de que Ella, no más oír a Jesús respecto a mí «he ahí a tu hijo», acepta ser mi Madre con todas las consecuencias: me da la vida sobrenatural, cuidando de dármela y redármela día tras día; me cuida, alimenta, protege y defiende; me lava cuando me mancho, me levanta cuando caigo, me asiste si estoy enfermo, me busca cuando me pierdo, llora por mí cuando me ve malo. Todo eso incluye la maternidad: si en algo desfalleciera María, ya no se comportaría como Madre mía, y así habría abandonado su disposición constante: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

¿Quién podrá creer que María, precisamente al pie de la cruz cuando la Palabra de Dios llega a Ella encarnada y anonadada en su Hijo Unigénito, se resista a esa Palabra que le dice de mí «He ahí a tu hijo», retractándose de toda su disposición habitual de «esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»?

No dudemos, pues, jamás de que su cariño a cada uno de nosotros supera inconmensurablemente al amor, providencia, cuidado y entrega que con su hijo pueda tener la mejor madre del mundo. No hay mujer en el mundo que con tanta entrega, desvelo y afán siga las inclinaciones naturales de su corazón, como María tiene desvelo, afán y entrega para cumplir la palabra de Dios a Ella: «He ahí a tu hijo».

Hubiera Jesús podido, sin intimar nada a su Madre, limitarse a decir al discípulo amado: «He ahí a tu Madre».

Ya sería grande mi alegría, al poder mirarla e invocarla como a Madre. Pero siempre cabría la sospecha: Por orden de Jesús, yo he de tratarla como a madre; pero, ¿me tendrá Ella como hijo, no habiendo recibido indicación alguna de su Jesús a ese respecto?

Cierto que, siendo imposible se deje vencer por mí en generosidad y amor, si yo la amare como hijo no puede menos de amarme Ella como Madre. Mas visto lo ruinmente que yo me porto como hijo, si como yo la trato me tratare estoy para el arrastre. Y si la orden de Jesús se diera sólo a mí, no tenía por qué ser más madre mía que yo hijo de Ella.

Mas si prescindiendo de mí, y antes que a mí, le dice de mí a Ella: «He ahí a tu hijo», ya poco importa lo que yo sea. Por parte de Ella, el cariño, el desvelo, la entrega, el amor materno, el cuidado, la preocupación, las fatigas que por mí se va a tomar, serán las propias de la que siempre dice: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Diciendo Jesús a Ella, antes que a mí, «He ahí a tu hijo», me da la certeza de la protección incansable de la Virgen, de su perdón generoso, de su olvido de todas mis ofensas: Ella será madre perfecta mía, aunque yo sea mal hijo. Al decirla «He ahí a tu hijo», le pide y manda vuelque en mí el mismo e idéntico amor que a El, como a Hijo suyo, tiene. Por eso Pío XII no vacila en afirmar que María nos ama y cuida con el mismo amor y desvelo con que atendiera en la cuna a su Jesús cuando aún mamaba.

Un gozo inefable debe así anegarme: Prescindiendo de lo ruinmente que me porte, tengo una Madre que me ama más que todas las madres del mundo, que me cuida y por mí se sacrifica con toda emulación, que me quiere con el mismo amor con que ama a su Jesús. Y esa Madre mía es Madre de Dios, disponiendo, en orden a cuidarme, de la misma omnipotencia divina.

Mi gozo tiene dos formulaciones: Mi madre es Madre de Dios; la Madre de Dios es madre mía. En la segunda rebajo

un poco a María, porque nada añade a su grandeza el ser mi; madre pero aumenta mi confianza en Ella, sabiéndola mi madre omnipotente. En la primera elevo a la Virgen María: la siento primero como madre mía, y parecía que iba a ser pequeñita como yo, débil como yo... Pero, mi madre es Madre de Dios.

Los pequeñuelos ensalzan a sus madres, cada cual como más y mejor puede, y en ellas se glorían. Nosotros, por más que la ensalcemos, nunca la ensalzaremos cual merece, ni en Ella nos gloriaremos cual conviene. Y por mucho que la rebajemos, para sentirla madre de nuestra pequeñez, nunca la rebajaré tanto cuanto Ella se ha abajado, queriendo ser Madre mía tal como soy, y con todo lo ruin que yo sea.

Al contemplar la promulgación de su Maternidad, no nos cansemos de gozarnos en lo que Ella, ya Madre nuestra, quiere ser, y es de hecho, para cada uno de nosotros.

La segunda faceta de la promulgación de la Maternidad de María está en las palabras que Jesús dirige a todo «discípulo amado»: «He ahí a tu Madre.»

Si las palabras dichas a María son de pura consolación y gozo para nosotros, las que a nosotros dirige declaran y expresan nuestra obligación.

Al intimarme: «He ahí a tu Madre», me está diciendo: «cuidadito de tratarla como Madre tuya, pues, siendo también Madre mía, te pediré estrecha cuenta del trato que la des.»

No me pide la trate como Madre suya, pues sabe mi incapacidad para dignamente tratarla como Madre de Dios. Le basta la trate como Madre mía, como todo buen hijo trata a su madre, lo cual ciertamente no supera mi capacidad. Por eso no me dice: «He ahí a *mi* Madre», sino: «He ahí a *tu* Madre»: trátala como madre tuya, que como a Madre de Dios ya sé no acertarías. Sólo eso me pide Jesús.

Todos los hijos humanos hacen no pocas malas faenas a sus madres, sin por eso dejar de tratarlas como madres. Así también nosotros a la Virgen María, sin que por eso dejemos

de tratarla como Madre nuestra, aunque bien podríamos decirla: «¡Pobrecita! Vaya lotería que te ha tocado siendo Madre mía.»

¿Cuándo trata un hijo a su madre como no madre? Cuando la desconoce de tal modo que nada o casi nada se preocupa o cuida de ella. Si pasa días, meses y hasta años sin ni siquiera saludarla, ciertamente ya no la tiene como madre, ni la trata como a madre, sino peor que a una extraña.

Si yo vivo día tras día, mes tras mes y año tras año sin pensar en la Virgen María, sin ni siquiera dirigirla mi saludo, Ella es mi Madre; pero yo no soy su hijo: ni veo en Ella a mi Madre, ni la trato como a Madre.

El hijo que trata a su madre como madre también la atenderá en cuanto necesite, y la recibirá en su casa, contento de que viva con él. Es lo que hizo San Juan con la Virgen María: «y desde aquella hora la tomó el discípulo consigo, o en su casa» (Jo. 19,27).

Como «discípulo amado», reciba a María en mi casa, entronizándola dentro de mí, y dejándola que, como ama de la casa de mi ser, disponga de mí y de todo lo mío como mejor le plazca, sin interferir su acción, ni poner límites a lo que Ella en mí disponga.

Mi ser es mi casa, de la que dispongo. Lo único de que verdaderamente dispongo es de mí mismo: de mi pensamiento, de mis deseos, de mi imaginación dispongo como me place; de mis fuerzas físicas y de mis sentidos dispongo normalmente también como me place. De lo que es externo a mí, aunque sea mío, no siempre dispongo: hay muchas limitaciones en la disposición de las cosas que creemos nuestras; no hay ninguna en la disposición de mí mismo por lo que respecta a las facultades espirituales; puede haberlas con relación a la disposición de las facultades físicas del cuerpo y sus sentidos —me pueden vendar los ojos, taponar los oídos, atar las manos, etc.—; pero ciertamente dispongo mucho más de mi cuerpo que de lo exterior a él.

Pues bien: en esta casa mía, en esta propiedad mía que

Dios me ha dado, en mi propio ser del que dispongo, he de recibir a la Virgen, entronizándola en mí como «reina y madre de misericordia», dejando a Ella todo mi cuidado y administración, para que, como ama y dueña, la asee y tenga en orden como verdadera Madre mía. Y Ella, por ser Madre de Dios, no estará sujeta a las limitaciones varias que a mí me afectan cuando quiero gobernarme por mí mismo.

8. Y el discípulo la recibió en su casa

Este recibir a la Virgen como Madre en nuestra casa implica una serie de elementos importantes para nuestra devoción mariana.

El primero, es darnos habitualmente cuenta de su presencia. Nunca está uno todo el tiempo en casa: va y vuelve. Muchas veces de tal modo actuamos en el orden exterior —trabajando, estudiando, caminando, hablando—, que casi ni nos damos cuenta de que existimos, de que todo eso procede de la riqueza de la vida interior. Pero cada vez que el hijo vuelve a casa, lo primero que hace es darse cuenta de la presencia de su madre, alegrarse de verla allí, gozarse de cómo ella lo ha dispuesto todo, de cómo ella le atiende en todo. Que cada vez que volvemos sobre nosotros mismos, lo primero que topemos no sea con nosotros, sino con nuestra Madre, a quien hemos entregado nuestro ser. Es la vida de familiaridad, de trato íntimo con la Virgen María.

Lo segundo, es entregarle verdaderamente la propiedad de nuestro ser, para que Ella disponga como quiera. No interferir en lo que la Virgen María dispone; no quejarnos a Ella de que unas cosas sean de este modo y otras de otro; no hacerle preguntas sobre su proceder: «¿Por qué, siendo Tú Madre mía, me has dado o permitido este sufrimiento, esta privación? ¿Por qué me has puesto aquí una silla, en lugar de una cama para dormir?». Sabe Ella bien dónde poner la cama, dónde poner la silla, y dónde el reclinatorio

para que me arrodille: cuando la madre da de comer al hijo, no le pone cama, sino silla.

¡Qué fácilmente nos comportamos con la Virgen de modo totalmente distinto al de un hijo con su madre! Y nos quejamos a Ella: «Pero, mamá, ¿por qué has dejado este vacío en mi alma? ¿Por qué permites esta tribulación? ¿Por qué dejas en mí esta debilidad? ¿Por qué no has limpiado este rinconcito de modo tal que yo vea mi alma toda pura, toda resplandeciente?».

Eso ningún hijo lo pregunta: llega a casa, y la toma como su madre la dispone. No me queje yo nunca a la Virgen María: cada vez que vuelvo sobre mí mismo y a mí mismo, en lugar de pensar egoístamente cómo había de ser mi alma, gócome sólo en contemplar la hermosura de mi Madre, sabiendo que mi alma va como ha de ir, porque es la Virgen María quien la lleva, la dispone y la ordena.

Imitemos con Ella la rendición que Ella con Dios tuvo. Si Ella dijo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», cada vez que yo vuelva a mi casita, recapacitando en mi interior, contemplándola a Ella dígale también: «Haz en todo lo que te dé la gana: hágase en mí según tu palabra, según tu deseo.» Si Ella me pregunta: «¿quieres que te haga esto? ¿quieres que te haga aquello?», «Hazlo como más rabia te dé, como a Ti más te guste: hágase en mí según tu palabra.»

Esta es la entrega pasiva de nuestro ser a la Virgen María, conformándonos con cuanto en nosotros disponga o con nuestra alma haga: ya cortando afectos, quitándonos amistades o amores; ya imponiéndonos amistades o amores; ya purificando zonas de nuestra alma, dejando quizás otras sin aparentemente cuidarlas y purificarlas. Nunca, ni aún con la mejor madre, están todas las habitaciones y rincones de la casa igualmente limpios: el plato y el vaso en que come y bebe el hijo están más limpios que el suelo donde pone los pies cuando se sienta para comer: no se entretiene fregando el suelo tanto como el plato. Y la habitación donde el

hijo de ordinario reside estará más limpia que aquella a donde raramente va, donde el polvo se acumulará más. Deje a la Virgen que haga conmigo lo que quiera.

Mas también hemos de procurar una entrega activa, consistente en la consagración positiva de nuestro ser: deseando, y suplicando a la Virgen María que Ella actúe, no sólo en nosotros, sino por nosotros y con nosotros; que se las arregle para que todos nuestros pensamientos, deseos, afectos, actividades, salgan justo los que Ella quiere, y como los quiere, de tal modo que incluso cuando, entretenido en actividad exterior del mundo, estoy olvidado de Ella, el principio motor que desencadene toda esa actividad mía sea realmente el deseo y la voluntad de Ella. Que Jesús, al verme obrar a mí, vea a su Madre obrar por mí y amar por mí.

Esa es la consagración activa, que lo hace todo en María, con María y por María. O mejor: que deja a la Virgen hacerlo todo en mí, por mí y conmigo.

Esto exige hacerse niños muy pequeños, para poder ponerse en sus brazos. Porque sólo cuando el niño es muy pequeño admite pasivamente, y da como bueno, cuanto su madre ha dispuesto, sin preocuparse de si una habitación está sucia o está limpia: le es igual revolcarse en el polvo que retozar en lugar limpio.

Sólo cuando es muy pequeñín lo hace todo guiado por su madre: va a comer, y no come solo —la madre le mete primero en la misma boca la comida, luego cogiéndole la mano con la cuchara se la lleva a la boca—; y cuando empieza a caminar, no anda tampoco solo, sino cogido del brazo por su madre. Y así en todas las cosas: cuando aprende a escribir, tampoco escribe solo: la madre coge su mano, y se la va guiando, y la escritura sale inseparable e indivisiblemente de los dos; y cuando aprende a hablar, ¡cuántas veces le repite la madre la misma palabra, y la dicen juntos hasta que la pronuncia bien!

Sepamos hacernos de verdad tan pequeños en brazos de María que nada querramos hacer solos, dejando que todo lo

haga Ella conmigo. Y, sobre todo, que nuestras relaciones con Jesús sean siempre en brazos de Ella: que desde sus brazos le besemos, desde sus brazos le hablemos, desde sus brazos le acariciemos; que el amor con que le amemos, sea el amor mismo de la Virgen, fluyendo a través de nuestro corazón, convertido en fuentecilla en la que Ella abreve a su Jesús. Entonces nunca nos rechazará Jesús, porque sería rechazar a su Madre.

Nunca llevaremos lo bastante lejos esta consagración activa, porque nunca sabremos hacernos suficientemente niños, cual Jesús quiere para que entremos en el Reino de los Cielos (Mt. 18,3). Si uno se hiciera hasta tal punto niño que todo lo hiciera en brazos de María, por Ella acompañado, guiado y actuado, ése ya estaría en el Reino de los cielos: para él este mundo se habría convertido en cielo: tal sería la experiencia palpable que tendría de la Maternidad de la Virgen y del amor con que Ella le rodea; y tal sería también la experiencia palpable que tendría de la presencia de Jesús, que siempre está con su Madre.

La consagración pasiva y activa lleva así el gozo de nuestra filiación y de su Maternidad a un verdadero paraíso. Mas lo normal no es llegar ahí: nos acercamos más o menos, pero no llegamos; podemos pregustar el paraíso, mas todavía no lo gustamos.

Al extremo opuesto de esta consagración total, hay algo que puede de tal modo distanciarnos de la Virgen, que nos haga perder, no sólo la experiencia y gozo de nuestra filiación, sino, a la larga, nuestra misma filiación, destruyéndola, al romper totalmente con Ella.

Tal extremo no son ni las resistencias, ni los pataleos, ni las faltas, ni siquiera los pecados que hacemos. Todo eso ciertamente nos impide, en más o en menos, gozar de su Maternidad; pero no parece ponga en peligro nuestra filiación. Lo que realmente la pone en peligro, y totalmente rompe nuestra experiencia de ella, es el olvido total, o casi total, de la Virgen María.

Tal olvido es bastante frecuente. Como no la vemos con los ojos, ni la palpamos con las manos, fácilmente acaba uno olvidándola, si de continuo no fomenta el amor hacia Ella. Y entonces sale de casa, de su interior, a la actividad exterior, sin saludarla a Ella, sin encomendarse a Ella, sin el precioso móvil de cumplir las tareas que la Madre quiere cumpla. Y cuando vuelve a casa, a su interior, aunque en sí tenga a la Virgen por no haberla echado todavía, se sienta a la mesa sin saludarla; recibe de Ella cuantos dones tiene sin darse cuenta que de Ella los recibe: le parece que todo eso se le debe por su trabajo, y no piensa en el cariño de su madre, y que la única paga que su Madre espera de él es la correspondencia de cariño.

Cuando se llega a esa frialdad, María acaba estorbando: estorba en nuestra casa. Porque, siendo Madre, cuando ve en mí un hijo que no hace caso alguno de Ella, Ella, como Madre, querrá amarme, acariciarme, mostrarme su cariño; y me asediará con sus preguntas: «¿cómo quieres esto, cómo quieres eso otro, cómo quieres que te dé gusto?». A todo eso, el hijo que ya no ama y la mira como a extraña, se sentirá cada vez más molesto, y acabará echando a la Virgen de su casa: nada querrá con Ella: Es el rompimiento total.

El demonio entonces, hallando mi casa limpia, pero vacía, sin Jesús ni María, que la han abandonado, entrará sin dificultad en ella, haciéndola su morada, y convirtiéndola en pocilga pestilente (Mt. 12, 44.45). Tal nos sucede cuando echamos a la Virgen de nosotros.

En nuestra relación con la Virgen suele darse mucha importancia a la fidelidad, haciendo cuanto nos diga, y evitando disgustarla. Y ciertamente, el mayor gozo que podemos darle es imitarla, cumpliendo con Ella en todo la voluntad divina.

Pero no nos hagamos ilusiones: por uno que alcance esa fidelidad total o casi total, siempre habrá más de mil que no la alcanzarán. No he visto todavía niño pequeño que agra-

de en todo a su madre, ni aun a lo largo de un día: rara vez pasa una hora sin que la madre se enfade con él y le llame la atención cinco o seis veces, o sin que al niño se le oiga, cuando le ordenan algo, responder con todo aplomo «NO», aunque después vuelva a decir «SI», a veces a base de azotes.

No nos hagamos ilusiones: no vamos a ser mejores hijos de nuestra Madre en el orden sobrenatural de lo que lo fuimos de pequeños en el orden natural. La Virgen es la mejor madre de todas las madres: Ella, la incomparablemente perfecta en todo, porque es Madre de Dios. Pero al hacerme a mí hijo suyo, soy *yo* quien soy hijo suyo, y tendré todos los defectos de un hijo cabezón, y le diré infinidad de veces «NO».

Ya mayorcito, sigue dando el hijo cotidianos disgustos a su madre, quizá no tan frecuentes, pero sí más graves, dándole excusas con que pretende engañarla.

Nada de eso rompe la relación filial, porque tanto el pequeñín que tantas veces dice «NO», como el grande que tantas veces hace su capricho dando falsas excusas a su madre, siguen tratándola como a su madre, y como a tal queriéndola; y luego olvidan que dijeron «NO» y que han hecho su santa voluntad, y se gozan de tenerla por madre. Y ésta también lo olvida todo, y una vez le ha dicho su hijo «SI», lo trata y acaricia cual si nunca hubiera dicho «NO».

No serán nuestras infidelidades transitorias, por muchas, dolorosas, e incluso graves que sean, y reiteradas, las que rompan nuestra familiaridad con la Virgen, ni las que nos priven de la experiencia deliciosa del afecto con que Ella nos rodea: ciertamente disminuyen esa experiencia; pero no la quitan.

Lo que nos quitará, primero, la experiencia de la hermosura de tenerla por Madre, y luego nos moverá finalmente a rechazarla, es simplemente la pérdida del amor a Ella, del trato gozoso con Ella. Sólo entonces se separará el hijo de

su madre, rompiendo con ella, cuando ya es para él como una extraña, a la que ya no trata ni habla nunca como a madre: y como Ella sigue empeñada en comportarse como Madre, no pudiendo aguantar más su cariño, la echa de casa, se separa de Ella.

Todo esto me inculca Jesús en su palabra: «He ahí a tu Madre.» A cada discípulo amado suyo está diciendo: «Trátala como a tu Madre; cuídala bien como Madre tuya, no como a Madre mía, que no podrías: nunca le prestarías obsequio bastante, ni se lo prestarás, como Madre mía; pero al menos trátala como a Madre tuya: eso sí está en tu mano.» Y con esto está Jesús contento: con que trate a su Madre como a Madre mía, que por tal El me la da.

Inspiremos nuestra conducta en la del DISCIPULO AMADO, que la toma consigo, la lleva a su casa, y ya no se separa de Ella.

Indudablemente, no siempre estaba San Juan con la Virgen María: era apóstol, tenía que predicar y actuar, y exhortar a los fieles yendo de unos a otros. Y es muy posible que mientras iba de un lado para otro pensara a veces bien poco en la Virgen María, que había quedado en casa. Pero cuando, fatigado, volvía a casa para cenar y dormir, ¡qué contento tenía Juan de encontrar allí a María y sentirla como Madre! ¡Cuán satisfecho estaba de que Jesús se la hubiera entregado! ¡Cómo se expansionaba su corazón contándole todo, y cómo dejaba que el Corazón de María se expansionase hacia él! ¡Cuán llena de gozo, paz e intimidad la mutua conversación y contemplación a solas, tras la jornada de trabajo!

Hagamos nosotros como él, y habremos atendido la palabra de Jesús que nos dice: «He ahí a tu Madre.»

Pero pasemos ya a contemplar la mutación afectiva que las palabras de Jesús —«He ahí a tu hijo»— obran en el Corazón de María, atendiendo sobre todo al nuevo matiz que por ello revestirán sus dolores con Cristo al pie de la Cruz.

9. Transformación del Corazón de María al ser proclamada Madre nuestra

Siendo Dios mismo quien la proclama y hace Madre nuestra, obra en María una transformación en orden al amor hacia nosotros, de modo que ya en todo obre y actúe connaturalmente como Madre nuestra.

El mejor modo de entender el alcance de esa transformación pienso es recurrir a lo sucedido en la encarnación del Verbo.

La Virgen amaba totalmente a Dios, ya antes de la encarnación. Pero ni lo amaba como a Hijo suyo, ni tenía con relación a El amor de Madre: no podía sentir formalmente ternura de Madre hacia su Dios, cuando aún no era Madre suya, ni sabía o sospechaba lo iba a ser.

Pero desde el mismo momento en que Dios se hace Hijo suyo, adquiere María hacia El verdadero amor y ternura maternales: desde ese momento su Corazón se desbordó en amor de Madre hacia su Divino Hijo. Y debiendo amarle con amor digno de El, alcanza entonces el mismo amor de la Virgen la máxima cima posible a toda creatura: se le da todo amor creado posible —natural y sobrenatural—, como se le da toda la gracia, para que con ese amor y esa gracia recree el Corazón de su Divino Hijo.

Al engendrar María al Verbo, sabe engendra también a cuantos, por creer en El, han de ser miembros suyos: y desde entonces nos ama como Madre. Pero su Corazón no ha sido todavía dilatado para ejercer esa maternidad, conociéndonos, amándonos y cuidándonos singularmente a cada uno.

Según los Padres, María nos engendra o concibe en la encarnación del Verbo, nos da a luz al pie de la Cruz: nos concibe en gozo al engendrar a Jesús, nos da a luz en dolor al padecer con Jesús.

La madre ama al hijo que lleva en su seno, pero no lo conoce todavía distintamente: su amor es de simple complacencia, y casi diría vegetativo, en cuanto apenas ha de hacer

nada intencionadamente por su hijo, que se desarrolla casi sin necesidad de intencionalidad alguna de ella.

Mas nada más nacer, se transforma totalmente el corazón de la madre con relación a él, adquiriendo ternuras y cuidados nuevos. Recibe primero la impresión de ver y palpar lo que ha engendrado, y experimenta gozo tal que le hace olvidar todos sus dolores, porque ha dado un hijo al mundo (Jo. 16,21). Vése luego necesitada de nmediato a atenderlo activamente, cuidando de todo lo de él, de modo que toda la actividad de la madre, no más nacer el hijo, se proyecta totalmente hacia el hijo, y se orienta intencionalmente hacia él.

Tal es el vuelco que da el Corazón de María al pie de la Cruz, al ser promulgada Madre nuestra. Desde entonces se orienta totalmente hacia mí —«he ahí a tu hijo»—, como hasta entonces se orientara hacia Jesús: su ocupación será pensar en mí, sentir conmigo, cuidarme, protegerme, desarrollarme hasta llevarme al cielo a la contemplación de Dios junto con Ella.

Su Corazón no sólo se transforma, sino que inconcebiblemente se dilata conociéndonos singularmente a todos y cada uno cual Jesús nos conocía, en el Corazón mismo de su Hijo que en el de Ella se reflejaba en la pasión. Y todos nuestros dolores —pasados, presentes y futuros—, que Jesús hizo suyos, los siente Ella en y con su Hijo, no sólo como de su Hijo, sino también como nuestros, ya hijos suyos.

Y si el amor que tenía a Jesús, absolutamente sumo desde la encarnación, ni creció ni podía crecer, sí pienso creció enormemente el amor a nosotros. Antes amaba inefablemente a los apóstoles, y a cuantos veía iban creyendo en Jesús; mas no creo les amara con la misma intensidad que a su Hijo. Mas al oír ahora «He ahí a tu hijo», se siente impelida, por voluntad del mismo Dios, a dirigir a mí todo el amor que a Jesús, como a Hijo suyo, tiene: ama así a todos y a cada uno de nosotros con el mismo, total, e idéntico amor con que ama a su Hijo Jesús.

Como la madre, al tener el primer hijo, le da todo su amor sin nada reservar para los que luego tenga, pero halla en su corazón el mismo amor entero y como nuevo para darlo singularmente a todos y cada uno de los hijos que sobrevengan, así María, dando todo su amor a su Hijo primogénito Jesús, nos da como en exclusiva a cada uno de nosotros ese mismo amor que a su Jesús tuviera: amor único y singular; pero total y singularmente poseído por cada uno de sus hijos.

Sólo penetrando ese amor absolutamente inconcebible con que Ella me ama a mí en singular, ofreciendo por mí su Hijo al Padre eterno para que yo me salve, podré contemplar debidamente sus dolores al pie de la Cruz, y sentirlos como propios míos. Copiando el amor del Padre Eterno (Jo. 3,16), tanto ha amado la Virgen María a los hombres, que, en oblación al Padre, entrega a su Hijo Unigénito a la muerte, para que todo el que en ese Hijo crea no se pierda, sino que tenga la vida eterna.

Y ese amor suyo a mí es mi seguridad. Siendo orden de Dios, su Hijo, que por nosotros y por Ella está muriendo, que me ame con el mismo amor con que a El le ama, no puedo poner límite alguno al amor con que por Ella me sé amado, ni jamás dudar de él. Y habiéndolo puesto Dios todo en sus manos, como administradora de la familia, y madre que ha de dar sustento a los pequeñuelos, vestirlos, lavarlos y desarrollarlos hasta que lleguen a adultos y contemplen a Dios, sé que todo el poder de Dios Omnipotente está en sus manos, para que pueda arreglarse para sacarme a flote: nunca temeré, por desesperada que mi situación sea ,por tempestades y aun naufragios que padezca.

«Ella es la esperanza de los desesperados» (San Efrén). Ella es la estrella del tempestuoso mar de nuestra vida, que nunca se eclipsa, que jamás tiene ocaso. Porque no es estrella que brille en el cielo, sino que irradia en el corazón de sus hijos, que en él le han dado albergue, recibiéndola en su casa.

Mas pasemos ya a indicar el matiz nuevo que revisten los dolores de María tras las palabras de Jesús: «He ahí a tu hijo.»

10. María sufre y hace suyos nuestros dolores

Hasta ahora María sentía como suyos, por ser de su Hijo todos los dolores de Jesús: los de los hombres todos de todos los tiempos, que Jesús hace suyos por ser consecuencia del pecado; y especialmente, el dolor más acerbo de todos: la humillación, vergüenza y bochorno de hacerse maldito por nosotros, revistiéndose de nuestros pecados. Jesús siente por mí el oprobio, que yo tan ligeramente siento, de verse pecador ante Dios, y así no podré en esta vida comprenderlo: sólo en el Purgatorio lo percibiré en su verdadera intensidad, adquiriendo así allí el último toque de conformación con la pasión de Cristo: en esta vida raramente llegamos a sentir ese bochorno, esa aniquilación de Jesús.

Pero al sentir María como propio ese bochorno de Jesús tenía un consuelo: sabía que su Hijo era inocente. Se abochornaba *con* Jesús; pero no se abochornaba *de* Jesús.

Tal consuelo desaparece al ser declarada Madre nuestra. Nosotros no somos hijos inocentes, cargados de culpas ajenas, sino inconcebiblemente pecadores, cubiertos de basura desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza: basura que emana como podre del interior de nuestro ser desordenado.

Haciendo, como Madre, todo lo nuestro propio suyo, ya no sólo siente con nosotros el oprobio y vergüenza de nuestros pecados, sino que hace propios suyos también todos nuestros pecados: se siente así en verdad enormemente pecadora, cubierta de estiércol y basura, ante Dios de quien está enamorada. No olvidemos que la vergüenza y oprobio del hijo es de verdad vergüenza y oprobio de la madre: si el hijo es criminal y malvado, la madre no se atreve a presen-

tarse en público, no sabe donde poner la cara, se siente partícipe de la maldad y criminalidad del hijo.

Antes, la Virgen podía levantar el rostro: todos tienen a Jesús por blasfemo y malo cuando lo condenan: Ella sabe lo hermoso e inocente que es.

Mas ¡ay! cuando es hecha Madre nuestra se le acaba ese gozo: ahora sabe que sus hijos son criminales totales, alejados de Dios, repletos de pecado e iniquidad.

Ni a su mismo Jesús ve ya inocente: siendo nosotros hijos de Ella por ser de verdad miembros de Cristo, la basura de esos miembros es basura del que los ha asumido como miembros, es basura y pecado de Cristo. Así se siente pecadora con Cristo y con nosotros; así se dispone a sentir con Cristo y con nosotros el alejamiento del Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34).

Nunca podremos alcanzar el dolor y oprobio de María, al sentirse en, con, y por nosotros pecadores, alejada de Dios, como nunca podremos alcanzar el dolor de Cristo abandonado del Padre y como alejado de El al hacer suyos nuestros pecados injertándonos a Sí como miembros.

Respecto a nuestros sufrimientos, empieza María a padecerlos de un modo nuevo, no sólo en unión con Cristo, y porque El los padece, sino en unión con nosotros, y porque a nosotros, hijos suyos, nos afectan. Todo dolor, angustia, enfermedad, turbación, tiniebla y muerte por que hemos de pasar sus hijos pesa sobre el Corazón de la Virgen al pie de la Cruz, no muriendo a su peso porque la divina Omnipotencia la sostiene.

En su unión con Cristo en el dolor, sabe la gloria que a Cristo espera. En su unión con nosotros, en ese primer momento en que nuestra redención aún no está obrada, ve incierta aún nuestra salvación, sufriendo como propia la agonía de nuestra condenación.

Conviene tengamos bien presente esta su unión con nosotros para nunca sentirnos solos, ni en la humillación del

pecado, ni en las turbaciones y angustias interiores, ni en los sufrimientos físicos o morales, ni en la misma agonía de la muerte: siempre estará Ella conmigo.

Primero, porque cuanto a mí me toque como lote de dolor o de pecado, estuvo la Virgen padeciéndolo conmigo, para que yo pueda refugiarme en Ella: todo eso mío, lo mismo mío, y por ser mío y de hijo suyo, quiso padecerlo al pie de la Cruz: nada puede afectarme, ni aun la angustia misma de la hora de mi muerte, que María no haya sufrido conmigo para mejor poder acompañarme. Por eso, en mis mismas faltas y pecados, no me deprima por mí, sino por Ella: acompáñela en su dolor, escóndame con Ella en su vergüenza, sumando la mía pequeñita, cuando debiera ser tan grande como la de Ella. Y en mi sufrir, olvide mi dolor para compadecer el dolor de Ella.

Segundo, porque al padecer María al pie de la Cruz todo lo de sus hijos, obtuvo, por ese sufrimiento, el deseo de su corazón, de volverlo a sufrir por separado en cada uno de sus hijos, de modo que *actualmente* me acompaña y sufre conmigo.

Constituida nuestra Madre, adquiere el derecho de vivir en nuestra casa, en el corazón de cuantos como Madre la reciben. Contrae desde entonces el compromiso de no dejar nunca solo a ninguno de los que creen en Jesús.

Según van naciendo a la vida divina a lo largo de los siglos, los toma Ella en sus brazos, reside en su interior como en su casa, cuida de sus cosas: nada se le escapa actualmente y *ahora* de cuanto a mí pueda acaecerme, de cuantas tribulaciones y penas puedan sobrevenirme; nada tampoco de los goces y alegrías que jalonan mi peregrinar por este mundo. Goza con mi gozo, ríe con mi risa, se alegra con mi alegría; pero igualmente se avergüenza con mi vergüenza cuando peco, sufre conmigo mis dolores, se siente perseguida cuando a mí me persiguen, uhmillada cuando a mí me humillan, moribunda conmigo cuando me llega la hora de morir.

Si advirtiéramos esto, sería grande nuestra paz: la paz

del niño que ve al lado a su madre sonriendo y animándole cuando le hacen una cura dolorosa, o le sacan una muela o las amígadalas, o lo van a operar. Sufre, pero tiene paz: sabe que cuanto se le hace bajo la mirada y con la aprobación de su madre, por mucho que le duela, es para su bien; y sabe que su madre, aunque le sonría, sufre con él, sintiendo como propio su dolor y su miedo.

¡Qué paz tendría si todo sufrimiento mío lo pusiera en brazos de María, viéndola sufrir conmigo, sabiendo nada se le escapa de cuanto ahora me sucede! ¡Qué valiente me fingiría para que Ella sufriera menos!

Yo sé que Ella, en cuyas manos está la omnipotencia de Dios, podía evitarme ese sufrimiento: no lo hace porque me ama; prefiere sufrirlo conmigo. Entonces me dolerá, y quizá grite y patee; pero ¡qué paz tendré! ¡Cuán seguro me sentiré al no hallarme solo!

Sepamos, pues, recurrir a Ella en nuestros dolores, en nuestras penas, en nuestros vacíos, sabiendo que simpatiza con nosotros, sufre en y con nosotros, y no nos deja solos.

Y en la hora de la agonía de la muerte, habiéndole tantas veces invocado «ruega por nosotros pecadores... en la hora de nuestra muerte», con cuánta certeza sabremos que no se ha hecho sorda a tanta carta, enviada a la Madre día tras día, pidiéndola me asista en esa hora. ¡Qué tranquilo puedo morir, aunque parezca que todo es desesperado por la vida pésima que haya llevado, sabiendo que Ella está a mi lado susurrando: «Aguanta: es sólo un momentín: te van a sacar la muela, te van a sacar el cuerpo.» «Pero tengo miedo de lo que va a pasar después.» «No te preocupes, que Yo estoy a tu lado: soy Yo quien te presentará al Padre Celestial: no tengas miedo, porque a mí no me rechazará.» ¡Cuán llena de paz será con Ella nuestra muerte! Podrá quizá ser dolorosísima —cual lo fue la de Jesús—; pero con Ella, ¡qué tranquilidad y paz!

Peor con mucho que la muerte natural es la muerte del pecado, en que tantas veces incurrimos. Sepamos echarnos

enseguida en brazos de María, viéndola abochornada con nosotros y por nosotros; y, uniéndonos a su vergüenza, desde sus brazos digamos a Jesús: «Yo no merezco tu perdón; pero ya puedes apresurarte a perdonarme para quitar la tristeza de tu Madre, para que deje de sentirse avergonzada en mí y conmigo.» Y Jesús, que la ama tanto, nos perdonará y reparará enseguida, para ver que su Madre sonríe y vuelve a estar contenta con nosotros.

Mas dejemos ya este matiz nuevo de los dolores de la Virgen para contemplar directamente su agonía en las tres horas de tinieblas, para la que la ha inmediatamente preparado su proclamación como Madre nuestra.

11. Las tres horas de tinieblas

Proclamada la Virgen Madre nuestra, y dilatado así su Corazón para que pueda acompañar a Cristo en todos sus dolores y sentir todos los de los hombres como propios de sus hijos, empieza la verdadera agonía de Cristo, simbolizada por las tres horas de tinieblas.

Lo anterior podemos compararlo a lo que sucedió a Jesús al llegar al Huerto de Getsemaní: pasan diez o quince minutos mientras va situando a los apóstoles, y toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, encargándoles velen y oren con El.

Las palabras que les dice «Manteneos aquí y velad conmigo», no serían tan escuetas como nos las dice el Evangelio: les daría las últimas recomendaciones, pasaría un poquito de tiempo. En ese tiempo, Jesús empezó ya a contristarse, a sentir tedio y pavor, diciendo a sus apóstoles: «Mi alma está triste hasta la muerte.» La agonía había empezado; pero aún, diríamos, una agonía exterior: no había absorbido todavía totalmente el alma de Cristo; por eso habla con sus apóstoles. Las tinieblas descienden sobre él en el momento que se separa de ellos, empezando sus tres horas de

oración. Entonces ya sólo habla con el Padre, porque con los apóstoles, si al cabo de una hora quiso hablar, es como si no hablara, porque estaban dormidos y no le respondieron; y cuando segunda vez volvió, viéndoles dormidos, ya ni les habló.

Semejantemente sucede en la cruz. La crucifixión de Cristo es un dolor acerbo, y siente ya la tristeza del alma. Pero no le envuelven todavía las tinieblas: es capaz de hablar con los hombres, con los que le rodean. La primera palabra la dirige al Padre, pero mirando a los circunstantes que le crucificaban e insultaban: se da cuenta de los insultos: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34). La segunda palabra la dirige al Buen Ladrón: hay luz fuera, y hay luz en el alma de Jesús: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23,43). La tercera palabra la dirige a su Madre, viéndola al pie de la cruz, y al discípulo amado, que está junto a Ella (Jo. 19,26.27): y hay luz fuera, porque Jesús ve a su Madre y al Discípulo amado, y la Madre y el Discípulo le ven a El; y hay luz todavía en el Corazón de Cristo en medio de su agonía.

Suenan entonces las doce, con que se inicia la hora de sexta, y sobrevienen las tinieblas: «desde la hora de sexta hasta la hora de nona las tinieblas cubrieron *toda* la tierra», nos dicen los tres Sinópticos (Mt. 27,15; Mc. 15,33; Lc. 23,44).

Son tinieblas reales exteriores, no naturales, sino enviadas por Dios, por lo que la oscuridad es absolutamente total. Por eso el público se asusta y comienza a arrepentirse, recordando las tinieblas de tres días en Egipto, donde la gente se palpaba, pero no se veía. La tiniebla total es carencia absoluta de luz: cuando no hay luz ninguna no se ve nada. Por eso sabemos que las palabras dichas a María aún eran en período de luz; de las de Jesús al Buen Ladrón, expresamente dice San Lucas fueron con luz, pues nos dice que después siguieron las tinieblas.

Hay una tiniebla absolutamente impenetrable: ¡no un eclipse, pues era luna llena —víspera de Pascua—, y el eclip-

se sólo puede darse en luna nueva. No se trata de eclipse alguno, sino de tiniebla que Dios envía, y por consiguiente tiniebla total, carencia absoluta de luz. No se nos dice que se hiciera de noche —cual a veces sueñan los artistas, al pintarnos luna y estrellas en la pasión—, sino que «las tinieblas cubrieron la tierra». Y cuando las tinieblas cubren la tierra tampoco hay luz de estrellas ni de luna: no se veía nada. Por eso el milagro pudo afectar a «toda la tierra», aun a aquellas regiones en que naturalmente era entonces de noche.

Esa oscuridad total «sobre toda la tierra», según unos afectó efectivamente a toda la tierra; según otros, sólo a la región circundante. Si lo primero, fue un signo para que toda la humanidad se diera cuenta en algún modo de lo que estaba acaeciendo —así San Dionisio Areopagita, que dice abarcaron las tinieblas a toda la humanidad—; si lo segundo, el milagro mira a hacer recapacitar a quienes crucificaron a Jesús, moviéndolos al arrepentimiento.

Mas de esa realidad de la tiniebla absoluta exterior hemos de pasar a otra realidad mucho más profunda: esa tiniebla no es más que símbolo y manifestación de la oscuridad y tiniebla que invade el alma y el ser humano de Jesús. El es la luz del mundo: si El está en tinieblas, ¿cómo no ha de haber tinieblas fuera?

Son las tres horas de agonía acerbísima de Jesús en la Cruz, en oscuridad humana total, que hace parangón con la oración del Huerto. Si el ofertorio de la Misa personal de Jesús es la oración del Huerto, la crucifixión es la consagración.

Consagración que consiste en inmolar la víctima. Y evidentemente, siente más lo tremendo de su agonía cuando realmente se entrega ya a la muerte que cuando antes se ofrece a morir. En paralelismo total, las tinieblas duran tres horas, como tres horas duró la oración del Huerto: en la oración del Huerto se ofreció a padecer lo que *ahora* está padeciendo. Por eso, para entender la agonía de Jesús en la

Cruz en las tres horas de tinieblas deben recordarse las tres intenciones que Jesús tuvo en el Huerto, de las que hablamos más arriba.

Jesús mismo afirma esas tinieblas interiores cuando dice: «Esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas» (Lc. 22,53), que se ejerció ya en Getsemaní, pero que del todo se desfoga en el Calvario, durante estas tres horas de oscuridad total. La oscuridad de fuera no es más que efecto de la oscuridad de dentro del Corazón de Jesús.

Las tinieblas del Corazón de Jesús se extienden por entero al Corazón de María: su agonía empieza así no más ser hecha nuestra Madre, para que conmereciera con Cristo nuestra salvación, nuestra generación a la vida sobrenatural.

Durante esas tres horas, ni Jesús dijo palabra hasta acercarse el final de ellas, ni la Virgen habló a Jesús: no hay contacto sensible entre los dos. Tampoco se ven: estando tan cerca la Virgen María podía tocar los pies de Jesús y sentir fluir su sangre; pero no podía ver el rostro de Jesús; ni siquiera podía ver sus pies, aunque pudiera palparlos y tocarlos. No hay comunicación entre los dos, ni de miradas, ni de palabras, porque pasa las tres horas en silencio absoluto, y cuando, acercándose el final de ellas, vuelve a hablar, ya no hablará nada con los hombres: las palabras cuarta, quinta, sexta y séptima no van dirigidas a los hombres: van dirigidas al Padre, sólo habla con el Padre.

12. Asociación y comunicación perfecta del Corazón de Jesús y el de María en las tres horas de tinieblas

No obstante, nunca hubo comunicación más íntima entre el Corazón de Jesús y la Virgen María.

Proclamándola Madre nuestra, la hace identificarse con nosotros, al igual que el mismo Jesús al redimirnos se identifica con nosotros sintiéndonos miembros suyos, haciendo suya nuestra tiniebla y condenación. Quiere que en esa iden-

tificación le acompañe la Virgen María de modo connatural, pues la madre siente naturalmente como propio y hace propio todo lo de los hijos; como Jesús siente y soporta como propio todo lo de sus miembros, que serán cuantos en El crean.

En esa identificación con nosotros Cristo se siente en la lejanía de Dios más espantosa, porque se abaja hasta los que estamos del todo separados de Dios para, haciéndose uno con nosotros, sacarnos consigo de la condenación, y llevarnos al Padre: para sacarme, ha de bajar a donde yo estoy. Y entonces la oscuridad y tiniebla es total —yacíamos en las sombras de la muerte—, aun siendo Hijo de Dios. Y total es la oscuridad y tiniebla de la Virgen María, porque es la misma nuestra, la misma de Jesús.

Por lo demás la comunicación se hacía de Corazón a Corazón, cual lo viera el Venerable P. Hoyos. Para que un corazón refleje lo de otro corazón no se requiere luz: basta la simpatía, estar tañidos por el mismo Espíritu. Y el mismo Espíritu Santo hacía reproducirse en la Virgen cuanto en Jesús sucedía, y en Jesús todos los dolores de la Virgen. Quizá para indicarnos esa comunicación, es San Juan el único que no nos habla de las tres horas de tinieblas: percibió tan vivamente la tiniebla interior de ambos Corazones, que parece cual si no reparara en la tiniebla exterior.

Jesús la quiere asociada a todos sus dolores, a todas sus tinieblas, a todas sus amarguras. No quiere hallarse solo en la cruz. Diría que tuvo miedo: miedo de nosotros: de nuestra resistencia tenaz a dejarnos salvar por El, haciendo así inútil su abajamiento y su pasión. Pero teniendo a su lado a la Virgen María se siente animado porque está redimiendo a la que sabe será fiel en todo y ha sido siempre dócil a su llamada; y sabe que con su ternura maternal moverá a muchos a dejarse salvar. Por eso la quiere a su lado.

Y la quiere también porque, al identificarse con nosotros, en cuanto identificado conmigo se siente odiado por el Padre. Y El, que es Corazón y es Amor, no hubiera podido

vivir ni un segundo en la cruz sin ser amado. Por eso necesitaba el amor de la Virgen María, que le acompañara y le hiciera vivir, al sentirse, en cuanto conmigo identificado en la Cruz, despojado y como desposeído del amor del Padre. No El personalmente —como Cabeza se sentía infinitamente amado—; pero en la cruz quiso sentirse uno conmigo, y entonces se siente infinitamente odiado, hecho maldito por mí. Y al ver que el Padre le hace objeto del amor incomparable de María, hecha ya Madre de los pecadores, percibe, aunque no sienta, que el alejamiento del Padre es sólo experimental y aparente, que aun en sus miembros es infinitamente amado por el Padre, pues los baña en el amor de María, don egregio del Padre.

Dado el paralelismo entre las tres horas de tinieblas y la oración del Huerto, si Jesús quiso a toda costa tener consigo unida en todo a María al pie de la Cruz, evidentemente también la tuvo unida consigo en Getsemaní.

Pero al mismo tiempo se nos indica cuánto más profunda fue la tiniebla del Corazón de Jesús en la Cruz: porque en Getsemaní la Virgen le acompañó en espíritu; pero era tal la oscuridad del alma de Jesús clavado en la cruz, y hecho uno conmigo, maldición conmigo, que necesitó la presencia física, sentirse palpado por su Madre, aunque no la viera. Y la Virgen no le falló: allí está a su lado, las tres horas de tinieblas, no dejándole solo ni un momento.

Ahí es también donde María conquistó para Ella todos los tesoros del Padre Celestial. Sólo atendiendo al amor infinito con que el Padre ama a su Hijo podemos columbrar lo que debía dolerle verle identificado con los pecadores, tratarlo como a pecador, y sustraerle el gusto y la satisfacción de sentirse amado. No de ser amado —pues le amaba infinitamente, viéndole obediente hasta la muerte y muerte de cruz—; pero, en lo humano, Jesús, en esas horas, no experimentó ni gustó el amor de su Padre. Su entendimiento humano lo contemplaba, tenía visión beatífica aún entonces; pero fuera del puro acto intuitivo de la contemplación, en

nada derivaba la consolación de esa visión en su naturaleza humana, ni en el pensamiento discursivo, ni en los afectos sucesivos, ni en los sentidos. Hay como un corte entre el puro acto intuitivo, todo él en el seno del Padre, y todo lo demás que no es ese acto intuitivo y de amor inmutable, en que todo es oscuridad, falta de luz, ausencia de todo gozo de amor.

Creo que nunca el Padre Celestial, por toda la eternidad, se hallará satisfecho de agradecer y pagar a la Virgen María el que le haya sustituido al pie de la Cruz, dando a su Hijo el amor que El, en sus designios eternos, no quería, o no podía en esos mismos designios, darle. Para eso la había elegido, y así se lo había notificado en su Inmaculada Concepción: para que diera en el mundo al Verbo en su humanidad, en cuanto encarnado, el amor que el Padre Celestial eterna e inmutablemente da a ese mismo Verbo en su Divinidad, teniéndole en su seno.

Por ese agradecimiento que el Padre le tiene, nada puede negarle que Ella pida para un hijo suyo. ¿Cómo negarle algo que por mí pida, cuando ve que por el Hijo de El hizo Ella tanto, que no le abandonó en ninguno de sus dolores? Cuando, viéndome ir tan mal, suplique al Padre: «Ten paciencia con él, que es mi hijo: arréglate Tú para salvarlo», estoy seguro que el Padre Celestial ha de decirla: «Así como trataste tú a mi Hijo, y no lo abandonaste, así Yo trataré a todos tus hijos: no los abandonaré.»

En medio de nuestros tropiezos hay una cosa cierta: el Padre va a tener conmigo la misma asistencia y protección que María tuvo con su Hijo: no se cansará de mí ni me abandonará, porque tampoco Ella le dejó ni abandonó.

La protección de María con Jesús, en lo externo, fue totalmente ineficaz: el designio de Dios es que muriera; en lo interno, en el consuelo, totalmente eficaz. La protección de Dios conmigo, omnipotente, totalmente eficaz. Toda la omnipotencia de Dios se ha concedido así a la Virgen María, y está en sus manos, para que Ella obre mi salvación: en Ella

está así toda certeza de nuestra salvación: en Ella, «vida, dulzura y esperanza nuestra».

13. La obra de salvación en la primera hora de tinieblas: salvación de Cristo y de María

Si hacemos la misma división en las tres horas de tinieblas que en las de la oración de Getsemaní, diremos que en la primera hora se inmola Jesús por su propia glorificación: había de entrar en su gloria mediante el sufrimiento. Es también la primera petición que hiciera en su Oración Sacerdotal: «Glorifícame, Padre, con la gloria o claridad que tuve ante Ti antes de que el mundo fuera hecho» (Jo. 17,1.5).

El Concilio de Toledo XI (Denz. 285), nos dice que Jesucristo, en cuanto Dios, no es predestinado ni salvado —sino más bien salvador y predestinador—. Pero en cuanto hombre, en su naturaleza humana, es predestinado —y por tanto salvado—.

A esa salvación parece aludir el Conc. III de Constantinopla, cuando dice: «Pues así como su santísima e inmaculada carne animada no pereció al ser deificada, sino que permaneció en su propio estado y noción, así su humana voluntad no pereció al ser deificada, sino que más bien *fue salvada*» (Denz. 291). Y en la Escritura se nos presenta la glorificación de Cristo en su Humanidad como fruto o corolario de su inmolación por obediencia, hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2,7-11; Hebr. 5, 8.9; 9,12; 12,2 etc.).

Cristo se inmoló sólo por nosotros, no por sí mismo (Denz. 122), para reconciliarnos con el Padre y darnos vida eterna: siendo El sin pecado, no necesita reconciliación ni inmolación para obtenerla.

Pero además de esta finalidad, diría extrínseca, de la inmolación de Cristo, hay otra finalidad más profunda, diría intrínseca, que mira a la glorificación de la Trinidad. Jesús se inmola por los hombres, pero se inmola por amor al Pa-

dre, por obediencia al Padre, para manifestar al mundo el infinito amor con que le ama (Jo. 10,17-18; 14,31): y a ese anonadamiento del Verbo encarnado corresponde el Padre glorificándole en su Humanidad. En el decreto de predestinación que mira a Cristo es así su crucifixión el camino para su glorificación.

En la Humanidad de Cristo hay que distinguir, por una parte, el aspecto puramente intuitivo de su entendimiento y voluntad. De necesidad, al Ser naturaleza de Persona divina, el entendimiento humano tenía que conocer la Persona a la que pertenecía, y yasí intuía la Divinidad: en ese aspecto tiene visión beatífica desde el primer instante de su existencia humana; y correspondiendo a esa visión, tiene un amor humano fijo, inmutable y estable al Padre Celestial. Pero todo lo que en Cristo hay de humano que no se refiera a ese aspecto intuitivo y fijo de su entendimiento y voluntad podía o no podía participar de la dicha de la unión con Dios. A lo largo de su vida, muchas veces Jesús la participó: todo su ser exultó frecuentemente en la alegría de cumplir la voluntad del Padre. Otras veces esa redundancia era menor. En la cruz, quiso El que fuera prácticamente nula: por voluntad de la misma Persona divina, que no quiso se extendiera el gozo de la posesión divina al resto de su humanidad.

Por eso la Teología nos dice que Cristo fue a la vez viador y comprehensor: comprehensor porque su entendimiento gozó siempre de la visión intuitiva y beatífica de la Divinidad. Viador, porque esa visión no redundaba, al menos de modo total, en la totalidad de su naturaleza humana.

Es como viador que está en el mundo; es como viador que ha de pasar de este mundo al Padre (Jo. 13,1): y ese tránsito lo hace por su pasión y muerte, que es la hora de Jesús, la hora ansiada de su glorificación total.

Era voluntad divina que la glorificación total de Cristo en su humanidad viniera por la pasión, que la ganara a pulso: que entrara en el cielo, no sólo por derecho de herencia

como Hijo, sino también como conquistador. Y es el Verbo como Persona divina encarnada quien redime y salva; y es el Verbo en su naturaleza humana predestinado y salvado. Por eso dirá a los discípulos de Emmaús: «¿No sabíais que era necesario que Cristo padeciera todo esto, y así entrara en su gloria?» (Lc. 24,26).

En esa primera hora se anonada así Jesús por amor al Padre, rebajándose hasta nuestra propia condición, con todas sus consecuencias: y nuestra condición era de condenados: y así Jesús se siente condenado en su condición de viador. Condenado, no por pecado propio, que jamás lo tuvo, sino por hacer suyo en la pasión todo lo que era nuestro: «el que no hizo pecado... llevó en su cuerpo nuestros pecados en el árbol de la cruz» (1.ª Petr. 2,22.24), y así sintió en su carne nuestra condenación como propia suya.

El dolor de ese anonadamiento de Jesús, al abajarse real y totalmente a nuestro nivel por amor al Padre, sintiéndose, por voluntad propia, condenado en su naturaleza humana, la profundidad abisal de su anonadamiento, de su descenso a lo más profundo de nuestra desgracia, podemos en cierto modo colegirlo por la magnitud del premio de su glorificación: si la glorificación humana de Cristo reúne en sí la de todos los salvados —a ellos deriva de Cristo, como miembros de El, la bienaventuranza eterna, y nada hay en ellos que de Cristo no fluya—, el anonadamiento y hundimiento voluntario de Cristo reúne en sí también la desgracia de todos los que estábamos condenados.

Condenación abrazada por amor: por eso más dulce; pero también, por ser de amor, más dolorosa en la ausencia divina psicológicamente percibida.

Pero hay todavía otra vía más fácil para entender el dolor de Cristo en esta primera hora: es la Virgen María.

Tanto Pío IX como Pío XII —en sus definiciones respectivas de Inmaculada y Asunción— nos dicen que un mismo y único decreto eterno de predestinación abarca simultáneamente a Jesús y a la Virgen: están predestinados —y por

tanto salvados—, por un mismo y único decreto eterno de Dios: la predestinación de ambos forma así unidad indisoluble e inseparable: la de Cristo en su Humanidad, y la de la Virgen María, de quien ha recibido su ser humano.

En esta unidad de decreto parece insinuársenos como si el fin primario de la encarnación del Verbo fuera la salvación de María.

No se puede salvar la naturaleza humana del Hijo, no puede ser glorificada, si no se salva y glorifica a la Virgen María. Como la glorificación humana de Cristo es absolutamente necesaria, por ser Hijo de Dios, se vuelve absolutamente necesaria la predestinación y glorificación de la Virgen María.

Todas las demás predestinaciones nuestras son condicionadas, aun supuesta la Encarnación: puedo aceptar el don divino, y puedo rechazarlo: la encarnación no depende así ni de mi aceptación ni de mi rechazo.

Pero no se hubiera hecho el Verbo hombre, sino con la seguridad de que la Virgen María no iba a rechazar la salvación, pues en virtud del decreto único de predestinación que afecta a ambos, no puede ser glorificado el Verbo en su Humanidad si María no se salvara. Y como es imposible que el Verbo no sea salvado y glorificado en su naturaleza humana, es evidente que no se hubiera encarnado de no tener asegurada en María la aceptación del don de salvación. Por eso a Ella, y sólo a Ella, pide Dios consentimiento para hacerse hombre. Su aceptación basta para la encarnación; sin su aceptación no se hubiera dado.

En esa primera hora quiso así Jesús sentirse personalmente como idéntico a la Virgen María, a la vez que es como prólogo para asociarla luego consigo en todo lo demás.

Dado el decreto de unidad de predestinación, se siente de tal modo identificado con la suerte de su Madre, que la salvación de Ella es salvación de Cristo, y la salvación de Cristo salvación de María.

Mas la Virgen, como creatura, no tenía ningún derecho

a la visión divina: no hay ningún amor creado, ninguna inocencia creada, ningún mérito creado, que merezca la visión de Dios, ni siquiera los de la Virgen María; podía merecer más o menos consolaciones, más o menos trato, más o menos intimidad; pero podía pasar toda la eternidad sin ver a Dios, cosa que para el alma que ama es terriblemente dolorosa.

Añadamos aún que el mismo amor, inocencia y mérito de María, inconcebibles, son efecto de la redención preventiva de Cristo, merecidos para Ella en esta primera hora de agonía en la Cruz: su misma Concepción inmaculada se debió a los «méritos de Cristo, Salvador del género humano» (Denz. 1641, definición de la Inmaculada): Ella es la primer salvada. Y de tal modo quiso Cristo la salvación de Ella que quiso vincular la suya propia a la de Ella.

Podemos, pues, considerar en esa primera hora a Jesús sintiéndose uno e idéntico con la Virgen María, participando de su suerte.

Conformándose a la voluntad del Padre, que los ha predestinado a los dos con un único y mismo decreto de predestinación, Jesús no quiere sea glorificada su Humanidad, a no ser que junto con Ella sea glorificada la Virgen María, de quien esa Humanidad ha sido tomada. Y estando Ella en estado de condenación mientras Jesús no la salve —también para Ella es Jesús Salvador único—, Jesús se siente con Ella condenado hasta que no merezca la salvación de Ella.

La agonía de Jesús en esa hora es sentirse alejado de Dios, como identificado a la Virgen María por la naturaleza humana que de Ella ha tomado. Y la Virgen se siente, en esa primera hora, culpable de todas las pasiones, sufrimientos y muerte de su Hijo. No culpable como pecadora, que nunca lo fue; sino culpable porque sabe que Jesús está padeciendo y sintiéndose con Ella alejado de Dios, porque quiere salvarla: de no ser por salvarla a Ella, ni se hubiera hecho hombre, ni padeciera nada en la Cruz.

No podemos ni concebir la acerbidad del dolor de Ma-

ría, no sólo por ver padecer a su Hijo, sino por saber era Ella la causa de que Jesús así padeciera, como Ella era la causa primera o principal de que Jesús se hiciera hombre, para elevarla a Ella hasta Dios.

Mas abandonemos la expresión «culpable de la muerte de Jesús», porque culpable deriva de *culpa*, que jamás tuvo la Virgen. Dejémoslo simplemente en que María se siente causa de todos los dolores de su Hijo, de su pasión y de su muerte.

En esa primera hora merece así Cristo la salvación de su Madre, y con Ella la salvación y glorificación propia en la humanidad de Ella recibida, pues no quiere su propia glorificación sino supuesta la de su Madre.

Anonadándose al abajarse hasta Ella e identificarse con Ella y con su suerte, Jesús logra en esa primera hora merecer la salvación de María y la glorificación de su propia humanidad.

Gracias a ese su abajamiento hasta la Virgen María, queriendo identificar con Ella su suerte, Cristo entrará en el Cielo, no sólo como heredero por ser Hijo del Padre, sino también como vencedor, que lo conquista por su propio triunfo y virtud.

14. La obra de salvación en la segunda hora de tinieblas: salvación de los que actualmente creen en El

Merecida de hecho ya por Cristo la salvación de la Virgen María, y con Ella la de su propia Humanidad, que eternamente ha querido vincular a la de su Madre, siendo predestinados ambos por un solo y mismo decreto, empieza la segunda hora de tinieblas, por la salvación de aquellos que actualmente han creído en El, pero que se han dispersado como ovejas que no tienen pastor, abandonándolo (Jo. 16,32; Mt. 26,31.56).

Toda salvación se verifica por identificación. Es decir: me salvo en cuanto Jesucristo se identifica conmigo, y me considera suyo, miembro suyo: sólo entonces siente Jesús

como propia la salvación mía, y, estando El salvo, me salva a mí. Por eso se salvan sólo los que creen en El.

El baja al abismo de nuestro condenación, haciéndose como uno de nosotros; pero, por ser Persona divina, tiene poder para salir de ese estado (Jo. 10,18). Y nos dice: El que quiera salir conmigo, que se agarre a Mí. Según nos arracimemos con El, y El nos arracime consigo como sarmientos de la misma Cepa y miembros del mismo Cuerpo, al salir El nos saca a nosotros: su salvación es la nuestra, y nuestra salvación es suya.

En la primera hora de tinieblas la agonía de la Virgen fue más bien pasiva, padeciendo de ser Ella la causa de los sufrimientos de Jesús para salvarla. Ahí nada podía hacer Ella: el Salvador de Ella era Jesús. Como Eva, al proceder de Adán, nada pudo hacer para recibir de El la vida, así María «hija dichosa de su Hijo» (Liturgia, Maitines de Sábado), nada podía hacer activamente para recibir la vida de Cristo.

Pero así como Eva, ya originada de Adán, concurre activamente a la generación de todos los demás hombres, así ya ahora María, en esta segunda hora de tinieblas, sintiéndose ya salvada en y con Cristo, por El vivificada, colabora activamente con El en la redención de todos los hombres, conmereciendo con sus dolores, como Jesús merece con los suyos, la salvación de cuantos actualmente creen en El.

Así en esta segunda hora de tinieblas, tanto Jesús como la Virgen María, aunque con distinto aspecto cada uno, se sienten identificados con los que entonces creían en El. Es la intención segunda, por Jesús expresada en la Oración sacerdotal, cuando ruega al Padre por todos los que han creído en El, pidiéndole que ninguno de ellos se pierda.

Ahora ya no sólo pide, sino que obra esa salvación, y para obrarla ha de identificarse con ellos: por eso siente ahora como propios suyos los pecados, las cobardías, las debilidades, la apostasía, la pérdida de fe de sus discípulos. Lo que es de mis miembros, es mío; lo que es del sarmiento, es de

la cepa: de la cepa es el fruto que da el sarmiento, de la cepa es la enfermedad que tenga ese sarmiento hasta que se ampute. Y mías son las satisfacciones y goces de cualquiera de mis miembros, míos los dolores y sufrimientos de cualquiera de ellos.

Jesús, merecida en la primera hora la glorificación de su Humanidad y la salvación de su Madre, vuelve ahora a identificarse con sus discípulos, sintiendo suya la perdición de ellos: se abaja de nuevo al profundo abismo de nuestra situación de condenados, y adhiere a sí, y hace suya, la condenación de todos sus discípulos: y como El, como Cabeza, ya está salvado, los saca consigo.

Y esa identificación, en otro aspecto, la hace la Virgen, que mantiene a Cristo en toda su fortaleza, contribuyendo con su amor a que no desfallezca ante la ingratitud de sus apóstoles.

¿Cómo se identifica con ellos? Sintiéndolos sus hijos, y como tales conociéndolos y amándolos. Su pensamiento va de un apóstol a otro, de un discípulo a otro, de una santa mujer a otra: y a todos los percibe como hijos, y siente su desgracia como propia, y suplica a Jesús sea paciente con ellos, los saque, libere y salve como a Ella la ha salvado.

Esta es la segunda hora de agonía, correspondiente a la segunda hora de la oración del Huerto y a la segunda petición de la oración sacerdotal por los que ya creen en El.

La eficacia se hace luego sentir. Asustados por las tinieblas, muchos del populacho van desfilando, dándose golpes de pecho, y los discípulos, que estaban contemplando todo desde lejos, aprovechan la ocasión para colarse, acercándose a la cruz. Probablemente, al final de esta segunda hora, ya estaban todos reunidos en torno a la Virgen, cabe la Cruz de Cristo, su Maestro. Y ciertamente lo estaban cuando su sepultura. Tal fue la potencia de la intercesión de María, sintiéndose Madre de los que ya creían; tal la identidad que Jesús estableció con cuantos en El creían, y la eficacia con que los arrastró y llevó consigo.

En efecto: los discípulos que ocultamente creían en El, disimulando su fe por temor a los judíos, dan ahora la cara, como José de Arimatea y Nicodemo, que definitivamente rompen con el Sanhedrín, y hacen las honras fúnebres a Cristo.

También estaban los apóstoles, pues saben perfectamente donde está el sepulcro —y allí corren Pedro y Juan sin preguntar a nadie—, aun cuando nadie sabía donde enterrarían a Jesús hasta el momento de su sepultura, para la que escogieron, dadas las prisas de la Pascua, el más cercano de que pudieron disponer, propiedad de José de Arimatea, a unos treinta metros del Calvario.

Y Tomás hace una descripción tan viva de las llagas de Cristo, especialmente de la del costado, en que quería meter su mano, que evidentemente las había contemplado y visto por sus ojos. Por lo demás, el mismo Evangelio nos dice cómo los suyos, que estaban mirando desde lejos, se fueron acercando: «Y estaban a distancia todos sus conocidos, así como las mujeres que le habían seguido desde Galilea, viendo estas cosas» (Lc. 23,49): evidentemente que al hallar libre el camino (Lc. 23,48) se apresuraron a acercarse, protegidos por las mismas tinieblas.

Es una manifestación externa maravillosa de la eficacia de esa segunda hora de agonía de Jesús, que quiso como consuelo para su Corazón, pero más aún como consuelo de su Madre, a la que está como diciéndole: «Ya ves que cuando te he hecho Madre de ellos es porque sabía que me los atraerías mira cómo todos tus hijos están ya en derredor de ti: y lo mismo sucederá con cuantos hijos engendres en el futuro.»

15. La obra de la tercera hora de tinieblas: la salvación de cuantos creerán en El

Pasan a la tercera hora de agonía, sin duda la más acerba. Corresponde a la tercera petición de Jesús en la Oración

sacerdotal, en que ruega por cuantos han de creer por la palabra de los apóstoles hasta el fin del mundo.

Ahí ofrecen Jesús y su Madre al Padre la pasión y muerte de Cristo por la salvación de cuantos han de creer en El, de cuantos ha de engendrar María a la vida divina.

Vimos que la salvación sólo puede hacerse por identificación de Cristo con los salvados: me salvo porque Jesús considera suya mi salvación, y suya mi condenación. A todo el que cree en El, lo hace El miembro suyo: no puedo yo, creyendo en El, condenarme, porque siendo miembro suyo mientras en El crea y en su amor permanezca, Jesús se sentiría condenado en mí: para liberar a uno de un peligro de muerte, no basta liberarle la cabeza, hay que liberar también el cuerpo y los miembros: la salvación de Cristo no sería perfecta si yo, siendo miembro suyo, me perdiera.

En esa hora, pues, Jesús se identifica conmigo, se siente uno conmigo, con cada uno de nosotros, con cada uno de los que hasta el fin del mundo han de creer en El; y tiene conocimiento actual absolutamente detallado y singular de cuantos han de creer en El. Conocimiento que totalmente se refleja en la Virgen María, que recibe ahí una dilatación que jamás podremos comprender, a fin de hacerle posible participar con Cristo en esa identificación.

También Ella, reflejando como espejo el conocimiento del Corazón de Jesús, conoce con detalle y singularmente a cuantos hasta el fin del mundo van a ser hijos suyos, creyentes en Jesús, sintiendo como propio de Ella cuanto les afecta: siente especialmente la condenación de ellos como condenación de sí misma, porque la Madre se siente condenada si ve que su hijo se condena; siente su salvación como salvación propia, porque la Madre se siente feliz con la dicha de su hijo.

La identificación de Jesús conmigo es como física, haciéndome su miembro; la de María es afectiva, la propia de la Madre con su hijo, que siente como propia la salvación y con-

denación del hijo. Y ambos ofrecen su dolor en esa última hora para la salvación de cuantos han de creer.

Fue ciertamente la hora más desoladora, si se puede hablar de más y menos cuando las tinieblas interiores eran absolutas, el abandono total, desde la hora de sexta hasta la de nona.

Doloroso era para Jesús en la primera hora identificarse con su Madre, viéndola incapaz de por sí misma alcanzar la salvación —sólo Dios es Salvador—, contemplando como condenada a la que estaba llena de bondad y de amor inconcebible a Dios. Y doloroso era para la Virgen verle padecer por Ella para llevarla a Dios. Pero ¡qué consuelo y alegría debía tener el Corazón de Jesús al identificarse con su Madre y participar de su suerte para salvarla! Al menos, al abajarse a nuestra situación de condenados, y unirse y hacerse uno con la Virgen, no se unió ni hizo uno con un montón de estiércol, sino con toda la hermosura del universo, aunque esa hermosura, como creada, no pueda alcanzar a ver a Dios.

En la segunda hora, al identificarse Jesús con apóstoles y discípulos, ¡ya hay tanta miseria que hacer suya y tanta cobardía —ambiciones humanas, huida de todos, negación de Pedro—! Pero en medio de todo, aun en su apostasía y pérdida de fe, estaban enamorados de Jesús, sufrían enormemente por su condena, y estaban tristes y cabizbajos. Tremendo tenía que ser para Jesús identificarse con ellos y hacer suyas todas esas miserias —¿quién podrá comprender lo que para Jesús representa verse revestido de pecado?—. Pero al menos se identificaba con aquellos que le amaban: había también consuelo. Y además eran menos: no se podían sumar tantas iniquidades.

Mas en la tercera hora le toca identificarse con cuantos han de creer en El, y lo mismo la Virgen con cuantos van a ser sus hijos: de verdad sienten como suyo todo lo mío: lo malo, y, digamos también, lo bueno. ¡Pero lo bueno era tan poco, y lo malo era tanto!

Ciñámonos a los que hoy creen en Jesús: todos son hijos de la Virgen y miembros de Jesús: con todos se identificó en esta tercera hora, condenándose en ellos para salvarlos, sacándolos consigo, que ya estaba salvado. Entre esos creyentes, muchos son verdaderos criminales, incluso condenados a muerte; otros cometen toda clase de vicios, iniquidades y barrabasadas; ni uno solo hallaremos que no sea enormemente pecador. Si me pidieran identificarme con todos ellos, yo diría asustado: tengo ya bastante con lo mío, así que no voy a cargar con todo lo de los demás, pues aunque me mataran cien mil veces no conseguiría pagar su deuda.

¿Qué gozo consolador podía sentir Cristo, haciendo verdaderamente suyo todo lo de los que hoy creen en El? ¿Qué gozo la Virgen María, al hacer suyas todas las miserias, pecados, desgracias y dolores, y toda la condenación merecida por los que hoy, creyendo, somos hijos de Ella?

Y los hombres de hoy son sólo un granito: hay que contar los hombres de todos los siglos de antes de Cristo, de todos los siglos después de El hasta que el mundo acabe. Y Jesús se hace uno con ellos. Incluso quiere hacerse uno con los que jamás han creído o creerán en El, porque a todos se les ofrece para que se agarren a El, creyendo. El se abaja a todos: por su parte, toma los males de todos, la condenación de todos, aunque no todos le entregan su propia condenación, adhiriendo a El para que les salve.

Ahora podemos hacernos cargo en algún modo del oprobio, vergüenza y angustia que hubo de sentir Jesús ante su Padre, al hacerse uno con todos los pecadores, que somos nosotros.

En esa identificación podía servirle de consuelo nuestro amor, cual le sirviera el de la Virgen y el de los apóstoles. Pero ¡qué calamitosamente le aman casi todos los que dicen amarle!

Aunque pasemos la vida diciendo a Jesús que le amamos, nuestro amor se parece al de los niños, a quienes preguntan los padres: ¿cuántas arrobas me amas? Quince millones,

treinta millones. Pero dile a ese niño que le entregue un caramelo: eso no son los treinta millones. Es muy fácil ofrecer millones a Jesús cuando no le damos nada, ni siquiera el más leve sacrificio, la renuncia más ligera por su amor.

Amar es pensar en otro, vivir para otro, gozarse en otro. ¡Qué poco nos gozamos en Jesús, cuán tibiamente le deseamos, qué mezquina es la dedicación a El de nuestra vida! Es mucho más lo que damos a cualquier persona que nos rodea que lo que damos a Jesús; mucho más lo que damos al mundo de afecto, de palabras, de trato, que lo que damos a Jesús de amor, de trato, de oración.

Eso explica que, al agudizarse ese sentirse condenado en nosotros y alejado de Dios, sin ni siquiera la mísera compensación de nuestro amor, ya hacia el final de la hora tercera, cerca de la hora de nona, alcance su cima el dolor y la agonía de Jesús. Y con El, el de la Virgen.

Su angustia es tal, que vuelve a hablar sin poder contenerse. Pero no a las creaturas: ni a los apóstoles, que ya están allí, ni a la Virgen María que no puede remediarle: sólo en Dios busca remedio.

Es cuando dice la cuarta palabra: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34).

Yo pensé mucho tiempo que esas palabras las dijo Jesús como Cabeza, atendiendo a su abandono personal en su humanidad. Quizá sí, aunque se sabía salvado y glorificado por su agonía de la primera hora.

Pero hay un dato curioso, que da mucho que pensar. Jesús se sabía verdaderamente Hijo de Dios, Hijo del Padre; pero aquí no le trata como a Padre: se dirige a El como creatura a Creador: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

En ello creo se nos sugiere claramente que Jesús habla al Padre en cuanto identificado y hecho uno con cuantos van a creer en El. En el momento de su crucifixión ninguno de cuantos creerían en El en el futuro creían todavía, ninguno estaba en camino de salvación, todos estaban actualmente

condenados o destinados a condenación. Y Jesús, haciéndose uno con ellos, es cuando se siente en ellos, con ellos y por ellos condenado y alejado de Dios: no como Persona individual —su salvación, aun en cuanto hombre, ya está lograda—, sino como Cabeza de todos los que han de creer en El.

Y por eso, porque aún no son hijos de Dios, porque aún no creen en Jesús, tampoco puede en ellos, con ellos y por ellos invocar a Dios como Padre: lo invoca como creatura al Creador. Al identificarse así con ellos quiere asumir su misma condición de creatura como asume su misma condenación, haciéndola propia suya. Es cuando dice, casi en un arranque de desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Debemos poner también esa palabra en boca de María, reflejo perfecto del Corazón de Cristo. Ella callaba: su corazón oraba. Y al ver la desgracia de sus hijos futuros, al contemplarlos todavía sin fe en su Jesús, y al conocer cuántas veces, aun una vez hechos hijos de Dios, iban a caer, exponiéndose a condenación, bien podía la Virgen, al sentirse una con sus hijos, decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Para eso me has hecho Madre de todos éstos, para dejarlos así?».

Casi inmediata a la cuarta palabra, sigue la quinta de Jesús: *Sitio*, «Tengo sed» (Jo. 19,28). Casi inmediata, porque San Mateo y San Marcos, que nos narran la cuarta, nos dicen que algunos —de los soldados— no entendiendo el arameo, creyeron que Jesús llamaba a Elías (Eli = Dios mío; pero ellos entendieron: Elías); y añaden que un soldado empapó una esponja en vinagre, llevándola a Jesús para que bebiera, mientras los otros le disuadían diciéndole: «espera a ver si viene Elías a socorrerle.»

Acción del soldado y palabras de Jesús: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (= Eli, Eli, lamma sabactani) fueron casi simultánes, según Mateo y Marcos. Pero entre ellas media la motivación de la acción del soldado, que nos da San Juan: Es el lamento que oye a Jesús:

«Tengo sed». Y movido a compasión, corrió, y le dio aquello de que disponía.

Solían llevar vinagre para hacer sus refrescos mezclándolo con agua —todo soldado tenía derecho a pedir en cualquier casa: fuego, sal y vinagre—. Pero para Jesús no lo mezcló con agua: vio que Jesús tenía mucha sed, y pensó que el vinagre sólo le haría más efecto. Mojó la esponja en vinagre, se lo ofreció a tientas a Jesús: Jesús lo gustó, y empapó con él sus labios y su lengua, reseca como teja al horno (Sal. 21,16).

El soldado hizo lo que pudo: le dio cuanto tenía: no tenía más: su acción no es de crueldad, sino de donación compasiva. Y hasta tal punto quiere darse que no hace caso alguno de las burlas: aunque todos le dicen: «espera, espera a ver si viene Elías», él no hace caso, y le da de beber.

Mas Jesús no decía esas palabras a los hombbres: la queja de su sed se dirige al Padre. Así lo tenemos en un salmo: «Tuvo sed de ti mi alma; y de cuantos modos mi misma carne te ansía a Ti» (Sal. 62,2). Y en otro salmo: «Como el ciervo desea y ansía las fuentes de las aguas, así mi alma te ansía a Ti, Dios mío. Tuvo sed mi alma del Dios fuerte y vivo: ¿cuándo apareceré ante la faz de Dios» (Sal. 41,2,3). No se trata de la sed corporal: la tenía y la soportaba con gusto por nosotros. Se trata de la sed que de Dios siente Jesucristo hecho uno con nosotros, identificado con todos los que habían de creer en El.

Vimos cómo sintió el abandono divino en cuanto hecho uno con nosotros: por eso invoca a Dios como creatura, porque le invoca en mí y conmigo, hecho uno conmigo, que soy creatura: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

No pudiendo el Padre soportar que su Hijo le trate como un extraño, inmediatamente le concede el don de la filiación divina para todos aquellos con quienes su Hijo se ha identificado, a fin de que también en ellos y con ellos pueda llamarle «Padre».

Es después de esto cuando Jesús, viéndonos ya hechos hijos de Dios, nos contempla en ese nuevo estado; pero tan poco sedientos del cielo, de amor, de Dios, que El, que vive en nosotros y es uno con nosotros, se exaspera en deseo de que Dios se comunique a mí: y en mí, conmigo y por mí, y supliéndome a mí, ansía para mí la visión divina: «¿cuándo apareceré ante tu faz?»

Se hace casi imposible concebir cómo yo pueda salvarme y llegar a contemplar el rostro de Dios, dado lo tibiamente que lo deseo. Nos preocupan todas las cosas del mundo, sudamos por todo lo de esta tierra, que vamos a dejar, pero apenas si aspiramos a Dios: ansia de Dios, deseo de Dios, sed de Dios... qué poquita tenemos.

Y si en algún momento, por sentirla Jesús tanto en mí, parece que se me comunica y la siento, ¡qué pronto procuro distraerme para no sentir la sed que en mí Jesús despierta! Por eso Jesús quiso, identificado con cada uno de los que han de creer en El, sentir por ellos y en ellos la ausencia de Dios, el ansia de ver su rostro: ansia, no de verlo El como Cabeza, sino de verlo en todos y con todos y cada uno de sus miembros.

Y pienso igualmente aquí que esa misma sed y esas mismas palabras están en la Virgen María. ¡Cómo ansiaba Ella y deseaba la salvación de cada uno de sus hijos, viendo que no hay otro bien para nosotros fuera de la contemplación del rostro divino! Y por nosotros, haciendo nuestras veces y supliéndonos, sintiendo como propia nuestra tibieza y flojedad en el deseo de Dios, deseaba y ansiaba, y tenía sed de Dios en mí y conmigo.

¿Por qué nos salvamos? Porque está la Virgen María deseando mi salvación con un deseo ardentísimo que yo no tengo, y Dios no puede negarse a ese deseo.

¿Por qué nos salvamos? Porque Jesús, ese Jesús que se nos da en cada comunión, que nos ha hecho miembros suyos, está deseando por mí, conmigo y en mí mi salvación con

un deseo que yo soy incapaz de participar; pero el Padre, para saciar esa sed de su Amado Hijo, me salva.

El buen soldado intentó calmar la sed de Jesús, y le dio lo que pudo: y lo que pudo fue sólo vinagre. Así quiso Jesús mostrar que también tiene sed de que nosotros le demos algo. Démosle lo que podamos; pero no olvidemos nunca que todo el amor que yo pueda dar a Jesús está avinagrado; no le puedo dar más que vinagre. ¡Qué amor tan imperfecto, qué correspondencia tan ruin y mísera, tan llena de infidelidades y pecados, de desfallecimientos y egoísmos!

No importa. No por eso deje de dárselo, que Jesús, que rechazó el vino mirrado con que quisieron aturdirle en el dolor, no rechazó el vinagre que a sus labios aplicó el soldado, antes con ansia lo recibió en su boca para aplacar su sed. No dudemos nunca en amar a Jesús y en servirle, por mísero que sea nuestro amor, por imperfecto y lleno de infidelidades que sea nuestro servicio: démosle lo que podamos.

Simultáneamente con lo que hace el soldado para aliviarle una sed que no puede por él ser aplacada, el Padre Celestial le atiende, y le apaga esa sed.

¿En qué conocemos que se la apaga? ¿Cómo se apagará la sed de Dios que tiene Jesús en mí, la sed de Dios que la Virgen María tiene en mí: sed de ver en mí y conmigo el rostro de Dios, no de verlo ellos separados de mí —lo están viendo—, sino de verlo en mí y conmigo? ¿Cómo aplacará Dios esa sed? Haciéndome a mí ver el rostro de Dios.

Y por eso, recibe entonces Jesús de su Padre Celestial la seguridad de que cuantos van a creer en El, dejándose incorporar a El como miembros, todos aquellos en quienes El siente sed de visión divina, sed de salvación, todos sin excepción llegarán a salvarse, contemplando el rostro de Dios. «¿Cuándo contemplaré el rostro de Dios?». Y Dios le dice: No te preocupes: todos aquellos en quienes Tú, mi Hijo Amado, tienes esa sed de contemplarme, todos contempla-

rán mi rostro: toda salvación de tus miembros ya está concedida.

Y lo mismo debió oír la Virgen María: Todos aquellos con quienes tú sufres, con quienes y en quienes tú deseas la salvación porque son hijos tuyos, mientras ellos viven aturdidos, y olvidados, y sin sed de Mí... pero mirando la sed de Mí que tú, mi Amada, en ellos tienes, no te preocupes: en ellos, y dentro de ellos y con su entendimiento, verás mi rostro: todos tus hijos llegarán a ver el rostro de Dios, y a ser eternamente felices en su seno.

Por eso, saciada su sed, dice Jesús la penúltima palabra —que San Juan pone como la última—. Y la dice de modo inmediato: Nada más tomar el vinagre dijo Jesús: *Consummatum est* (Jo. 19,30). Se puede traducir: «Todo está acabado» y «todo se ha cumplido».

«Todo está acabado»: Indica que Jesús ha obtenido del Padre lo que quería: la sed le ha sido calmada; ha obtenido la salvación de todos aquellos en quienes, como en miembros suyos, El sentía sed de Dios. Por eso dice: «Se acabó»: ya no tengo ningún deseo más que expresar, ya estoy satisfecho, ya no tengo nada más que hacer, pues vine al mundo y me he inmolado en la cruz sólo para eso: para que la sed que tengo en todos mis miembros, y la sed que mi Madre tiene en todos sus hijos, sea saciada con el esplendor de tu presencia: me lo has prometido; se acabó, no tengo nada más que hacer, llevé a cabo la obra para la que me enviaste al mundo. Por eso nos dice luego San Juan que inclina su cabeza, en gesto de asentimiento en todo al Padre, y emite su espíritu (Jo. 19,30).

Y también podemos decir :«Todo está cumplido»: es lo mismo. A veces lo interpretan: se cumplieron las profecías. Pienso tiene mucho más alcance: Está cumplido todo lo que mi Corazon deseaba, pues no deseaba más que la salvación de cuantos en Mí crean: para eso vine al mundo, para que nadie de los que crean en Mí se pierda. Y eso ya me lo has concedido: Todos los que crean en Mí verán tu rostro. Por

eso: todo se ha cumplido: mi misión al venir al mundo, y todos los deseos, todas las ansias de mi Corazón. Y también todos los deseos de la Virgen se cumplieron entonces.

Precisamente por eso viene la última palabra —que nos narra San Lucas—, y que indudablemente fue inmediata, puesto que San Juan pone la muerte enseguida de la anterior: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46).

Viendo Jesús eternamente salvados, y por tanto eternamente hijos de Dios, a cuantos han de creer en El, y sintiéndose con ellos identificado hasta el punto de ser El quien en ellos tiene la sed de Dios que los ha de llevar a la visión divina, al verlos ya a todos salvados, muestra su confianza en el Padre, y le entrega su espíritu: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46).

Ahora se siente ya Hijo. No Hijo sólo en su Persona, sino Hijo también en todos sus miembros, porque todos han sido ya regenerados, y todos tienen garantía de filiación divina, de salvación eterna: serán para siempre hijos de Dios. Por eso, la misma confianza y ternura *personal* que tiene y siempre ha tenido con el Padre, esa misma ternura le muestra al sentirse uno con nosotros, porque, en esta hora de entregar su espíritu, al sentirse uno con nosotros ya no se siente lejos de Dios: siente que cuantos creen en El son hijos de Dios y están salvados; que El es Hijo de Dios en ellos, y en ellos como en sus miembros está salvo.

Por eso, al decir «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», creo que, si bien significa *también* la entrega confiada de su espíritu al Padre por la muerte, no es eso lo principal, puesto que ha estado antes identificándose con nosotros. Lo principal creo es la entrega confiada que hace de nuestro espíritu y nuestra alma —la de cuantos en El creen— y que es espíritu de Jesús, porque yo soy de Jesús como el sarmiento es de la vid y constituye la vid. Es la entrega de todas nuestras almas, como diciendo al Padre: Te los confío con cariño filial: ya sé que me los salvarás. Es lo que

dijo en la Oración de la Ultima Cena: Mientras Yo estaba con ellos, Yo los guardaba. Ahora que los dejo, guárdalos Tú, santifícalos en la Verdad (Jo. 17,11-17).

Y por eso: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Y ahí he de ver cómo ve Jesús la salvación de mi alma como salvación de su propia alma, por cuanto al decir al Padre: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», está encomendando mi alma al Padre y dicéndole: Cuidadito, que es mi espíritu: en tus manos lo encomiendo; y no digas que es creatura y alejado de Ti: ya es tu hijo, que Tú me lo diste, y me has prometido que te va a ver eternamente.

La encarnación del Verbo es misterio absoluto. Y misterio igualmente absoluto es la Redención a la que la Encarnación se ordena. Ambos, misterio de contenido muy semejante, igualmente maravilloso y admirable.

Por la Encarnación, el Verbo eterno se hace unidad indisoluble con la naturaleza humana singular que asume: eternamente será ya Verbo encarnado. Por la Redención, el Verbo encarnado se hace unidad indisoluble con cuantos creen en El, con todos los salvados, que aceptan su inserción en El: y es en El, como Luz del Padre, en quien veremos la luz eternamente: nada podrá de El separarnos.

De ahí que nosotros, al saber que Jesús nos ha asimilado a Sí, hemos de asociarnos totalmente a esa confianza total del Hijo, y decir también cuando nos llegue la hora de la muerte: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», que es de verdad espíritu de tu Unigénito.

Y también, a lo largo de la vida: En tus manos, durante toda la vida terrena, encomiendo todas mis cosas: porque habiéndome hecho Jesús suyo, habiéndose identificado conmigo, y habiéndome la Virgen sentídome y sintiéndome aun ahora como hijo de Ella, sé que puedo fiarme de Ti en todo, porque descuidarme a mí sería descuidar a tu Hijo Unigénito eterno, y sería descuidar a su Madre.

Capítulo VIII

MARIA EN LA COMUNION DE LA MISA PERSONAL DE JESUS

«Al llegar a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas, mas uno de los soldados le abrió con su lanza el costado, e inmediatamente salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis... Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con aromas, según los judíos tienen por costumbre sepultar. Y había un huerto en el lugar donde crucificaron a Jesús, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que todavía nadie había sido sepultado. Y allí... pusieron a Jesús» (Jo. 19,33-35. 40-42).

«El costado, como en Adán, atravesado... mana una fuente de vida que vivifica al mundo con doble corriente: una de las cuales nos renueva en el bautismo y nos viste con inmortal vestidura; la otra alimenta en la mesa divina a los engendrados, cual la leche nutre a los pequeñuelos» (Teodoreto de Ciro, *De Incarnatione Domini,* n. 27, MG 75,1467: lectura del Lunes del Dom. 19).

«Habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también nosotros apareceremos, juntamente con El, en gloria» (Col. 3,3.4).

1. El costado abierto

Es significativa la insistencia con que San Juan nos impulsa a creer en la apertura del costado, con el agua y la sangre que de él fluyen: «Uno de los soldados le abrió con su lanza el costado, y al punto salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis.»

Tal insistencia no viene justificada por el cumplimiento de las dos profecías que cita a continuación, pues entonces debería haber dicho lo mismo cada vez que nos habla del cumplimiento de alguna profecía. Es por tanto indicio clarísimo de que Juan atribuye una importancia extraordinaria y un significado profundísimo a esa apertura del costado. Ese significado nos lo da la tradición, al exponer la narración de San Juan, lo que prueba que se enseñaba en la predicación apostólica.

La explicación de la tradición incluye dos elementos: la comunión eucarística, y el nacimiento de la Iglesia (bautismo, que se ordena a la comunión).

Haciendo coincidir la pasión de Cristo —su Misa Personal— con el sacrificio de la Misa, que la reproduce y actualiza, si la oración del Huerto es el Ofertorio y la crucifixión y muerte es la consagración e inmolación de la víctima, la apertura del costado es la Comunión, en que Jesús se entrega como alimento a los suyos: después de muerta la víctima era participada por los oferentes que comían de ella.

Por eso la Tradición ha visto en la apertura del costado, y en la Sangre que de él fluye, simbolizada la Comunión, en que Cristo se nos entrega como alimento y bebida. Y es en este aspecto en el que más insistiremos.

Mas hay también un segundo aspecto, enseñado por la Tradición: Del costado abierto de Cristo nace la Iglesia —como Eva nace del costado de Adán dormido—: tal nacimiento viene indicado por el agua que fluye del costado, materia del bautismo que nos regenera como hijos de Dios.

Siendo María «Madre de la Iglesia», propiamente nos da a luz en el dolor acerbo que experimentó en la apertura del costado de su Hijo ya muerto, pues en esa apertura nacemos. Asociación íntima de María a la herida del costado que hermosamente destaca San Bernardo: «La lanza que atravesó el Corazón de Cristo nada le hizo sufrir a El, pues su alma ya no estaba allí; pero traspasó con acerbísimo dolor el alma de la Virgen, que no podía arrancarse o separarse del cuerpo exánime de su Hijo.»

San Juan no menciona expresamente el Corazón de Cristo; la tradición más antigua tampoco parece hacer referencia a él: se limita a la apertura del costado. La tradición medieval va progresivamente viendo el Corazón mismo de Cristo atravesado por la lanza: la visión del Corazón se generaliza del todo a partir de San Buenaventura, y formará más tarde uno de los fundamentos de la devoción al Corazón de Jesús.

Buscando el soldado asegurar la muerte de Jesús, es evidente que la lanza con que le abre el costado se dirige a herir su Corazón: era un golpe muy ensayado por soldados y gladiadores: la espada o la lanza entraba por el costado derecho desguarnecido, y se dirigía a penetrar el corazón.

La lanza «abrió el costado», es decir, manifestó lo que había dentro. Cristo había muerto quebrándosele el Corazón: así lo sugiere la gran voz que dio al morir, que consignan los Tres Sinópticos (Mt. 27,50; Mc. 15,37; Lc. 23,46), conscientes de la importancia de su significado, y que hizo exclamar al centurión: «Verdaderamente este es Hijo de Dios» (Mc. 15,39; Lc. 23,47).

Su muerte fue totalmente voluntaria —de ahí que Pilato se extrañara de que muriera tan pronto—: muere por un acto de amor tan intenso que le quiebra o rompe el Corazón, derramándose de él la sangre y el agua que aún quedaba.

La lanzada abre, manifiesta lo que ya existía, abriendo

canal por donde fluyan la sangre y el agua emanados del Corazón ya antes roto por el amor.

La lanzada nos descubre así que Cristo consumó su redención por un acto de amor tal que su Corazón humano no pudo resistirlo. Al amor de Cristo debemos nuestra redención; a su amor nuestra regeneración por el bautismo; a ese mismo amor el ser alimentados, una vez ya engendrados hijos de Dios, con su misma carne y con su sangre. Por lo demás, si los santos, según San Juan de la Cruz, no mueren jamás de enfermedad —aunque así lo parezca—, sino de amor, mucho más Cristo, el Santo de los santos, murió de amor: de amor al Padre, y de amor a los hombres (Jo. 10,11. 15.17.18).

Agua y sangre emanadas del Corazón de Cristo debían naturalmente haberse mezclado. Por eso San Juan se maravilla de que salgan como cosas distintas y separadas. Así lo quiso Jesús para mejor significarnos el bautismo que nos genera hijos de Dios, y la Eucaristía con que como a hijos nos alimenta.

Ese doble simbolismo lo expresa bellamente San Juan Crisóstomo, en un texto usado por la Iglesia como segunda lectura de Maitines el día de Viernes Santo. Tras asegurarnos que el Enemigo se alejará de nosotros sin hacernos daño alguno, si ve nuestros labios enrojecidos con la Sangre de Cristo, que hemos bebido, pasa a exponer los simbolismos de la herida del costado:

«¿Quieres escrutar la virtud o poderío de esta Sangre? Quiero que mires de dónde primero corrió, y de qué fuente manó. Procedió de la misma cruz, y aquel costado del Señor fue su principio. Pues, muerto, dice, Jesús, y todavía pendiente en la cruz, se aproxima un soldado, el costado con su lanza hirió, y de allí agua y sangre fluyó. Lo uno símbolo del Bautismo, lo otro del Sacramento —el Crisóstomo reserva aquí el nombre de Sacramento para la Eucaristía, el sacramento por antonomasia al que todos se ordenan, la sacra realidad más misteriosa que Dios nos ha dado—. El sol-

dado abrió el costado, y derribó la pared del templo santo —o: abrió entrada en la pared del Templo santo—, y yo encontré un tesoro preclaro, y me regocijo de haber hallado riquezas refulgentes... Los judíos mataron la oveja, y yo conocí el fruto del sacrificio. Del costado, sangre y agua. No quiero que fácilmente pases sobre los secretos de tan gran misterio, pues me queda todavía una mística y secretísima explicación. Dije que aquella agua era símbolo del bautismo; y demostré que aquella Sangre era símbolo de los Misterios. Pues de estas cosas la Santa Iglesia es fundada: por la regeneración por el lavado del bautismo y la renovación del Espíritu Santo mediante el bautismo; y por los Misterios que de este costado aparecen salidos. Así, pues, de su costado Cristo edificó la Iglesia, como del costado de Adán su esposa Eva procedió. Justamente por esto también Pablo testifica diciendo: de su Cuerpo y de sus huesos somos. Indicando con esto su costado. Pues así como de aquel costado de Adán Dios quiso que fuera procreada la mujer, así de su costado Cristo nos dio agua y sangre, de donde la Iglesia fuese reparada o construida. Y como en el sueño de Adán dormido Dios abrió o hizo visibles los miembros del costado, así, después de su muerte, nos dio agua y sangre. Ve, pues, de qué modo Cristo unió consigo a su esposa; ve con qué manjar nos nutre: con el mismo manjar —o en virtud del mismo manjar—, nacemos y somos alimentados. Pues así como la mujer, obligándole la naturaleza de su afecto, se apresura a alimentar al recién nacido con su leche y con su sangre, así Cristo, a quienes El mismo regenera, con su propia Sangre siempre nutre.»

Aquí, como en el texto de Teodoreto citado al principio del capítulo, se hallan las dos ideas: el bautismo que nos regenera hijos de Dios; y la Eucaristía, misterio de los misterios y sacramento del todo secreto, con que los hijos de Dios son alimentados. Y ambas forman unidad, pues «con la misma Sangre con que nos alimenta, con ésa nos ha hecho nacer».

El costado abierto nos lleva al Corazón, como cada vez de modo más explícito vería la tradición. Y siendo el Corazón símbolo del amor, la Iglesia deriva, fluye y nace del amor infinito de Cristo. Nacemos hijos de Dios porque gratuitamente Cristo nos amó y nos dio su Corazón: «Me amó, y se entregó por mí» (Gál. 3,20).

Todo nacimiento de hijo de Dios es un efecto del amor infinito del Corazón de Jesús, que de par en par se abre y entrega al que engendra como hijo, para que en El encuentre riquezas infinitas, «riquezas inefables y refulgentes».

Toda generación —transmisión del propio ser a otro— se verifica por el amor. Nacemos de un acto de amor del Corazón de Jesús: amor eterno (Jer. 31,3), que se nos manifiesta en esa apertura del costado, en esa entrega total suya tras su muerte.

Aunque creo que nuestro nacimiento verdadero es en su mismo morir: cuando su Corazón se rompe por la violencia e intensidad de su acto de amor. La lanza no hace más que descubrirnos ese nacimiento haciendo salga el agua simbólica que nos lava, la sangre también simbólica con que nos alimenta: porque ahí, tanto el agua como la sangre, en su materialidad, diría fueron perdidas: agotan su ser en el significado de su simbolismo, y así ni valieron de lavado para nadie, ni de alimento para nadie.

Si todos nacemos hijos de Dios por amados y porque amados, no olvidemos que una es la Amada por antonomasia: la Virgen María.

Ella es la primer nacida del Corazón de Cristo. Si se aplica a la Iglesia la figura de Eva, nacida del costado de Adán dormido, mucho más ha de aplicarse a María, la nueva Eva.

La Iglesia no es la Nueva Eva, porque no es individuo, sino colectividad: somos un conjunto. La Virgen María sí es la Nueva Eva. Ella es la obra del amor infinito del Verbo, que de tal modo se enamora de Ella, que de Ella quiere

recibir naturaleza humana, en Ella y por Ella se hace hombre, y de Ella recibe lo que ha de ofrecer al Padre por nuestra redención.

Si algo puede concebirse como obra del Amor de Cristo, como manando de la fuente infinita del amor de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad —que es el amor de las Tres Personas, porque todo es común a las Tres—, y si algo puede decirse manando del amor humano que Cristo va a tener a los hombres, de su Corazón humano, ese algo es la Virgen María, LA AMADA por antonomasia, en la que se derramó cuanto de amor creado pueda darse en el universo.

Es así Ella la primer nacida del Corazón de Cristo: Hija y Esposa del que la engendró. Y sólo del Corazón de su Hijo nace. Pues todos los demás, la Iglesia misma, no nace *sólo* del Corazón de Cristo, sino también de la Virgen María, que por eso es Ella «MADRE DE LA IGLESIA». Como Eva nace sólo del costado de Adán; pero todo el resto de los vivientes, toda la humanidad —figura de la Iglesia—, procederá de Adán, pero por medio de Eva, en Eva y con Eva, así cuantos nacemos a la vida sobrenatural nacemos del Corazón de Cristo y del de su Madre.

Es así Ella la que primero brota del Corazón divino. Pero aunque de ese Corazón abierto brote, cuanto recibe se le dio por anticipado desde su misma Concepción natural. En atención a los méritos de su pasión, nos dice Pío IX, la preservó el mismo Jesús, desde el primer instante de su ser, de toda mancha, de todo pecado, comenzando a existir llena de gracia, como ya hija de Dios.

Todos nosotros —y con nosotros la misma Iglesia que constituimos—, nacemos primero, y renacemos después. María no nace y renace: nace ya renacida hija de Dios: en su mismo nacer tiene el renacimiento.

Ella es la obra de amor más bella, Ella la que por antonomasia procede del Corazón de Jesús.

2. María nos da a luz en la apertura del Corazón de Cristo

Eva procede de Adán solo: todos los demás humanos de Adán y de Eva, no sólo de Adán. Así como Eva es «madre de todos los vivientes», así María es madre de todos los renacidos, de toda la Iglesia.

Ella procede sólo del Corazón de Cristo; nosotros, hijos suyos, no sólo del Corazón de Cristo, sino también del Corazón y del amor de la Virgen María. Proclamada «Madre de la Iglesia», y madre nuestra, sabemos que nada puede nacer ya del Corazón de Cristo, si no es en, con y por la Bienaventurada Virgen María.

Pudo el soldado haber abierto el costado de Cristo vivo todavía, para con la herida causarle la muerte, y hubiera Jesús sentido el dolor de la lanzada. Mas quiso Jesús lo hiciera tras su muerte, de modo que ya ningún dolor sintiera, para mostrarnos que es El quien muere libremente y da su vida porque quiere, y sobre todo, para destacar el papel de María en nuestra generación.

El alumbramiento marca la cima del dolor del parto. María había padecido enormemente con Cristo en las tres horas de tinieblas, y, al verlo morir, con El murió en espíritu: la espada había atravesado su alma.

Mas faltaba aún su mayor dolor: cuando viene el soldado, y da esa lanzada al Corazón de Cristo, Este, cual nos dice San Bernardo, nada podía sentir: su alma estaba ausente. Pero el alma de María no se podía apartar de El: su cadáver estaba como animado por el alma de María, y Ella sí que sintió acerbamente la herida en el corazón. Y quiso Jesús que la sintiera para que nos diéramos cuenta del papel que la Virgen tenía en el abrimiento de su Corazón: se abre el Corazón de Cristo, ya exánime; se abre el alma de María y se nos hace patente con todos sus dolores. Es entonces, en ese dolor acerbo, que Ella nos da a luz a todos nosotros.

Recordemos, en fin, que el cadáver pertenece al pariente más cercano, y es posesión suya. María es así la dueña y

poseedora del cadáver de Cristo, ya muerto. Y su Corazón se abre en presencia de María, como diciéndole: «Soy tuyo ya, y no mío: cuanto mana de mi Corazón abierto es tuyo, como tuyo es mi cadáver. Mana el agua con que se han de regenerar a la vida, mana la sangre con que se han de alimentar todos mis hijos. Pero no mana de Mí como siendo mío: Yo ya no soy mío, que ya no tengo alma aquí, ya me he marchado, no soy aquí más que un cadáver a tu entera disposición: el cadáver es tuyo. Y así, todo lo que mana de este Corazón también es tuyo.»

Así nos indica Jesús cómo la Virgen María, dueña y poseedora de su cadáver, es la administradora de la gracia del bautismo, es la administradora de la Eucaristía: Madre y nodriza de todos los vivientes.

Y es, sobre todo, la administradora y la que nos comunica como suyo propio, como algo que es de Ella y exclusivamente de Ella, todo el Corazón de Jesús, que se abre para darnos la infinitud de su amor, que se abre para servirnos de refugio y de morada, para que podamos penetrar en El. Mas sólo penetraremos llevados de la mano de María, su Dueña; sólo recibiéndolo de María beberemos de El a raudales, saciándonos de su Cuerpo y de su Sangre.

3. María en la Comunión de la Misa personal de Jesús

Sacrificada la víctima, se participa de ella, comiéndola. Muerto Cristo, queda como alimento nuestro. Y en la apertura del costado domina, tanto y más que nuestro nacimiento, la Eucaristía con que se nos nutre una vez nacidos. En ella insiste, según vimos, el Crisóstomo: ella es el fruto de la muerte del Cordero, ella las riquezas refulgentes que hallamos en el Corazón de Cristo: el mismo Cristo que se me da en posesión como alimento.

Siendo María poseedora y dueña del cadáver de Cristo, dueña es también y poseedora de cuanto fluye de su Corazón

ya exánime: de la gracia de la regeneración y del misterio de la Eucaristía: Cuanto mana de ese Corazón, suyo es, y para Ella mana, y por Ella se nos comunica, engendrándonos y alimentándonos.

Igualmente, en la apertura del costado se destaca como Madre nuestra la Virgen María, dándonos a luz en el dolor acerbo que siente en la lanzada, que abre a la vez vía al sustento de la Eucaristía. ¿A quién se entrega el alimento que ha de servir para alimentar a los hijos? ¿Quién se encarga de distribuirlo entre ellos? ¿Quién cuida de que nunca falte, e incluso de forzar a los inapetentes a que coman? La Madre.

Es, pues, evidente, que la Eucaristía, destinada a alimentarnos ya engendrados, se entrega a la Virgen María para que con Ella nos sustente. Y es igualmente evidente que Ella es la Dueña y la Administradora de todas las riquezas y tesoros que del Corazón de Cristo dimanan, de todos los misterios que se me dan en la Eucaristía.

Ella está así presente en todas mis comuniones, y a todas ellas la he de asociar: Primero, dándome cuenta, con espíritu agradecido, que Ella es la propietaria del Cuerpo y Sangre de Cristo con que me alimento, Ella quien me entrega a Jesús. Segundo, sabiendo que es Ella quien lo pone en el Sagrario a mi disposición, y allí de tal modo lo cuida, mima y ama, que Jesús nunca se canse ni se aburra de estar ahí por mí. Tercero, conociendo que cuando me lo entrega por la comunión, no lo deja solo en mi interior, antes lo acompaña y de tal modo lo atiende, venera, ama y entretiene en mí, tras haberlo introducido en mi corazón, que jamás se podrá cansar Jesús de mi tibieza.

Se nos hace incomprensible cómo Jesús permanezca en el Sagrario, siendo tan olvidado y profanado. Mas se nos vuelve diáfano, al saber es nuestra Madre quien en ese Sagrario le mantiene, ahí le compensa de todo deshonor, y ahí le ama y repara todo olvido.

Más inexplicable aún se me hace el que Jesús persevere

dándoseme todos los días en la comunión cuando tan mal lo trato, tan pronto lo olvido, tan poco caso le hago en todo el día cual si fuera silla o mueble inanimado en mi casa colocado, tantas veces le profano por el pecado, le arrojo de mi corazón por mi rebeldía... y al día siguiente, El se me vuelve a dar. Incluso si uno le recibe en estado de pecado, o expresamente para llevarlo a injurias y profanar, Jesús se entrega igual.

Mas cuán bien se entiende ese aguante de Jesús, y esa entrega continua, si se mira a su Madre. Se ha entregado a Ella como a Madre nuestra para alimento de sus hijos, y nunca una madre deja de alimentar a sus hijos porque éstos desprecien el pan que les da, o con rabia lo echen pisoteándolo. La madre recoge ese alimento —nunca deja que se pierda nada—, lo limpia un poquito, y lo come ella. Pero al hijo, por caprichoso que sea, o reiterado que sea su rechazo, le vuelve a urgir y a porfiar para que coma de nuevo: ninguna madre niega la comida a su pequeño, por una o muchas veces que la rechace.

Es así la presencia de Ella lo que explica toda la conducta de Jesús en la Eucaristía, porque ha entregado su Cuerpo y Sangre a su Madre y nuestra, para que Ella se encargue de alimentarnos.

Finalmente, en el Jesús exánime con el costado abierto aparece la característica propia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar: la propia del cadáver, la más perfecta y absoluta pasividad.

Jesús Eucaristía se deja hacer sin protesta o resistencia alguna: se le puede tratar bien, con el cariño y respeto con que María, José de Arimatea, Nicodemo y los apóstoles trataron el cadáver de Jesús. Pero exactamente igual se puede coger el cadáver y echarlo a un muladar, o darlo a comer a los perros: el cadáver no protesta, se deja hacer. E igual es el comportamiento de Jesús Eucaristía.

Lo maravilloso es que el Jesús que se me da es vivo, está resucitado. Pero se me da en estado de víctima inmolada, y

procede en todo como víctima inmolada para ser mi alimento. Sabemos la pasividad total que tiene en la Eucaristía: allí se queda donde lo dejemos; se deja comer por cualquiera que lo desee recibir: si uno es bueno, si uno es malo: si uno le ama, si uno le odia; si uno le cuida, o le descuida, o menosprecia, por no decir que lo desprecia; si uno va en pecado o si va en gracia: no protesta absolutamente nada, en nada resiste.

Tras recibirlo, si le atendemos bien se hace a veces notar, para manifestarnos cuanto le agrada ser amado. Pero si lo tratamos mal, y lo olvidamos, no se queja: entonces se queda realmente como un cadáver en nuestro interior.

Si Jesús de tal modo se entregó a los hombres para que hicieran con El en la cruz cuanto quisieran, y ya muerto se dejó en manos de sus amigos para que de El dispusieran a su beneplácito, y finalmente se nos da en la Eucaristía a cada uno de nosotros, permitiendo hagamos con El cuanto nos plazca, ¿no será hora de que nosotros, al recibirlo, nos entreguemos también a El de tal modo que le dejemos hacer en nosotros, con nosotros y por nosotros cuanto El quiera?

No tengamos iniciativa propia, no querramos obrar, sino dejarnos obrar y actuar. No le digamos: «He aquí la esclava del Señor, *voy a hacer* tu voluntad», sino más bien, con nuestra Madre María: «He aquí la esclava del Señor, *hágase en mí* según tu voluntad».

4. Sepultura de Cristo y Comunión

Muerto Jesús, es sepultado. Si la apertura de su Corazón es ponerse a nuestra disposición en el Sacramento del Altar, su sepultura es la entrega a cada uno de nosotros por la Comunión.

Nosotros somos el sepulcro de Jesús: quiere dormir en nosotros, quiere descansar en nosotros, quiere esperar en nosotros la resurrección.

Aunque yo sea duro como piedra e insensible, El quiere ser enterrado en mi corazón. Y es la Virgen María quien cuida de ese entierro, la Virgen María quien lo pone en mi interior.

Aunque el Jesús que en mí pone está vivo, resucitado, glorioso, omnipotente, infinitamente activo, a mí se me ofrece como muerto: no acusa acción alguna, me sabe como pan, no noto nada en mí que me transforme. Mas sepa ser longánime en mi fe, sepa tener esperanza, sabiendo que Jesús se me entrega cual si estuviera muerto en la Eucaristía «para dárseme como prenda de la vida futura» (Sto. Tomás de Aquino): como es prenda de gloria y resurrección ese cadáver de Cristo, puesto en el sepulcro, que pronto va a resucitar glorioso.

Aunque nada sienta en mis comuniones, reciba con fe y agrado a Jesús en mi corazón, guárdelo de modo que nadie me lo robe, selle el sepulcro de mi corazón para que nada entre a turbar a Jesús que en mí reposa, quedándome yo dentro con El sin salir afuera con mis facultades y sentidos, viviendo enterrado con Cristo «en quien fuimos ya consepultados por el bautismo» (Rom. 6,4). Y estando a solas con El, esperar su resurrección y manifestación gloriosa en mí, atento a cuando dé signos de vida; contento en tanto de tenerlo en mí, aunque El se haga el muerto cual si no tuviera vida.

Cuán feliz se hubiera sentido la Magdalena de haber podido velar cabe el cadáver sepultado de Jesús, aunque tampoco para ella hubiera estado vivo: le hubiera hablado, sin tener respuesta; besado, sin reciprocidad; acariciado, sin recibir de Jesús ni una mirada. Igual me pasa a mí, al tener a Jesús en mi interior cual en sepulcro: ¿qué más da que parezca no oírme, que no me acaricie, que no me hable, que no haga aparentemente nada? Pero está aquí, y conmigo: eso basta para hacerme feliz.

Jesús, sepultado, desciende a los infiernos, y saca de allí las almas de los Santos Padres que estaban esperando su

advenimiento: va a dar vida a los muertos: para eso muere, para abajarse hasta los muertos; por eso libera a los muertos en su estado de cadáver.

No olvide que el Jesús que está en mí como muerto, es Dios y actúa como Dios: yo nada percibo de su acción porque aún no estoy transformado: aún no tengo oídos con que escuchar su divina palabra, ni ojos que puedan contemplar su rostro, ni manos con que palpar su ser divino. Soy sepulcro, y en el sepulcro no hay más que muerte, vacío, soledad, frialdad.

Pero Jesús baja a este sepulcro mío para resucitar a los muertos, iluminar a los ciegos, dar oído a los sordos, animar a los que estaban tullidos y no andaban, liberar a los que estaban ligados, disipar con su luz las tinieblas en que yacía yo sentado: El va vivificando cuanto en mí estaba muerto, aunque yo sea todavía incapaz de percibir la vida que El me trae.

Para de verdad transformarme, al dárseme en la Comunión se hace Vida mía —aunque yo nada note su acción—: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me comiere a Mí vivirá por Mí» (Jo. 6,58): Y esa vida florecerá gloriosa en el momento en que Jesús se manifieste, en el instante de la resurrección.

Tan cerquita estaba, que apenas si pasaron poco más de veinticuatro horas, y Jesús ya había resucitado. Igualmente está cerquita el momento de que Jesús manifieste en mí toda su vitalidad, de que se me muestre y me lleve consigo, de que en El y con El me resucite: «De nuevo vendré a vosotros, y os llevaré conmigo, para que allí donde Yo estoy, estéis siempre conmigo» (Jo. 14,3); «Padre, quiero que los que me diste, allí donde Yo estoy estén siempre conmigo, para que vean la gloria que me diste antes de que el mundo fuera hecho» (Jo. 17,24), y para que el amor con que me amaste, esté también en ellos» (Jo. 17,26).

El alma de María, su pensamiento y su Corazón, no se apartaban de Jesús en el sepulcro —aunque su cuerpo estu-

viera ausente—: y se asociaba a su descenso a los infiernos, gozándose en su obra liberadora. No menos acompaña a Jesús cuando le recibo en la comunión: no le deja sólo, asistiendo a toda su obra redentora en mí, y gozándose en ella.

Qué buenas serían nuestras comuniones si nos asociáramos a la Virgen María cuando recibimos a Jesús, encargándole a Ella que lo cuide, lo mime, lo mantenga en nosotros y le acompañe en toda su actividad, y pidiéndole que, al menos de vez en cuando, nos manifieste si hace algo para vivificarnos, si va resucitando lo que en nosotros está muerto.

Que Ella sea nuestra compañera en la misma comunión. Si nosotros nos dormimos ante el Cuerpo de Jesús —aburridos quizá de no ver en El manifestación de vida—, que Ella vele siempre para conservárnoslo y entretenérnoslo.

5. Se confirma lo dicho por la enseñanza de San Pablo

«Hemos sido consepultados con Cristo por el bautismo para (configurarnos a su) muerte» (Rom. 6,4; cf. Gál. 3,27), «consepultados con El en el bautismo, en el cual... resucitasteis» (Col. 2,12).

El bautismo nos hace hijos de Dios: y en ese estado, mientras peregrinamos, estamos consepultados con Cristo, esperando con El y en El la resurrección gloriosa. Mas el estado y ser de hijos de Dios comporta el vivir por la misma vida del Hijo Unigénito, lo cual se verifica por la comunión eucarística, según nos dice Jesús: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que *me comiere a Mí* vivirá por Mí» (Jo. 6,58), y también: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su Sangre, *no tendréis vida* (de hijos de Dios) en vosotros» (Jo. 6,54).

Nuestra consepultura con Cristo es así nuestra unión a El, nuestra asimilación a El por la comunión Eucarística, a la que se refiere y ordena el mismo bautismo, así como todos los demás Sacramentos.

De esa consepultura, y de la resurreción de que es prenda y que ya en esperanza poseemos —«y de la gloria futura se nos da prenda» (Sto. Tomás)—, así como de la mutación vital que ya actualmente implica en todo nuestro ser, nos habla un texto de San Pablo usado por la Iglesia en la Misa del día de Pascua: «Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra del Padre: aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. *Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios.* Cuando aparezca Cristo, Vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con El, en gloria» (Col. 3,1-4).

Por nuestra identidad mística con Cristo, su resurrección es nuestra: allí ha de estar nuestro corazón y nuestro afecto, donde está nuestro amor y nuestra vida. Desprendidos de todo lo terreno, «porque hemos muerto, y nuestra vida está con Cristo escondida en Dios»: un muerto nada de la tierra puede desear, ni vivir cosas de la tierra o de ellas preocuparse.

Pero, estando nuestra vida escondida en Cristo, no gozaremos experimentalmente de ella hasta que el mismo Cristo se nos manifieste en su esplendor glorioso: «Cuando aparezca Cristo, Vida nuestra, entonces también nosotros apareceremos con El, en la gloria».

La mariposa arranca del gusano u oruga, que se arrastra por la tierra; pero sólo llega a mariposa a través del estado de crisálida o ninfa. La crisálida se aisla del mundo circundante por el capullo que la envuelve, y en ese estado aparece como muerta: tiene vida que la transforma en mariposa, pero ni se ve desde fuera por impedirlo el capullo que la aísla, ni la misma crisálida la ve, por la oscuridad que la envuelve, aunque quizás en algún modo se dé cuenta de la gradual transformación que se va obrando. Ya transformada, rompe su capullo, y se eleva en los aires mariposa, reflejando los colores del sol.

El hombre natural es como gusano: hombre terreno, a la

tierra se ciñen todos sus deseos y actividades. Hecho cristiano, «está en el mundo, pero no es ya del mundo» (Jo. 17.11. 14.16), porque tampoco es del mundo Cristo, al que está asimilado, y al que posee como su nueva Vida: «Mi vivir es Cristo» (Fil. 1,21).

Vida oculta a los ojos exteriores, porque aislada por el capullo del cuerpo corruptible; Vida oculta al mismo que la posee, por la oscuridad de fe que le envuelve.

En la oscuridad de esa fe, Cristo, nuestra Vida, nos va transformando, asimilándonos cada vez más a su ser glorioso: a veces sentimos oscuramente la transformación que se está haciendo, a veces no; pero jamás la vemos claramente por la noche de fe. Cuando nuestra transformación en Cristo sea perfecta, dejaremos el capullo de nuestro cuerpo, y estaremos ya siempre con el Señor glorioso, sumergidos en su gloria y en su Luz.

El hombre, nada más concebido en el seno de su madre, tiene verdadera vida humana, que promueve su desarrollo humano. Pero vida oculta: oculta a todos los de fuera por el seno de la madre que le cubre; oculta a sí mismo, pues no tendrá conciencia de ella hasta que los órganos humanos se vayan formando. En la medida que la formación avanza, va teniendo conciencia de su vida; pero muy limitada. Cuando todos sus órganos estén formados, entonces nace: su vida se hace visible a todos, y la conciencia que de sí mismo tiene cobra toda su extensión: ningún órgano se formará en él después del nacimiento, aunque sí se desarrollen más y más los formados.

Engendrados por María a la vida divina de hijos de Dios, poseemos verdaderamente esa Vida, que es Cristo en nosotros. Pero Vida oculta: oculta a los de fuera, oculta a nosotros mismos. Según avanza la transformación divina que en nosotros obra esa Vida Cristo, la vamos oscuramente percibiendo en nosotros; pero sólo cuando estemos del todo hechos hijos de Dios naceremos a la Luz de la gloria trans-

formados en Cristo, y veremos su faz gloriosa, caídos los velos que nos circundaban y mantenían en oscuridad.

La Vida oculta que nos está transformando, es Jesús que se nos da en la comunión eucarística (Jo. 6,54.58): Vida oculta, Jesús oculto por los velos de los accidentes de pan y vino.

Embalsamado Jesús para su sepultura, sólo se veían los blancos lienzos que por entero le cubrían. Tras la consagración, sólo percibimos de Jesús los lienzos —blanco y rojo— de las especies eucarísticas, bajo las que El está: sólo los velos vemos y palpamos.

En el Sagrario se nos da el Jesús yacente y embalsamado a la vista de todos; la comunión lo entierra en nuestro corazón, convertido en su sepulcro hasta que aparezca glorioso.

En ambos estados, Jesús está oculto. Aunque realmente vivo —«una vez resucitado de entre los muertos, ya no vuelve a morir» (Rom. 8,9)—, y tan enormemente activo que nos va totalmente transformando, ni su vida ni su actividad misteriosa caen en experiencia. Ocultando a mis ojos tanto su ser divino como su ser humano, para mí está como muerto, místicamente muerto: sé por la fe que está en Mí y actúa en mí: no oigo su voz, ni escucho sus enseñanzas, ni siento sus movimientos, ni advierto su actuación. Con relación a mi experiencia, Jesús reviste la pasividad total propia del cadáver, que se deja por mí hacer y llevar a donde quiero, pero en nada acusa El su acción en mí.

Su amor le ha llevado a abajarse totalmente a mi nivel, cual se abaja la misma vida humana —la misma alma— al nivel del cuerpo del niño recién engendrado, para animarlo y desarrollarlo.

Ignorando ese amor con que se oculta, nosotros quisiéramos que se nos manifestara. Olvidamos que si viéramos su Luz sin estar nuestros ojos aún formados para verla quedaríamos irremediablemente ciegos, cual le sucedería al niño, de tres meses concebido, si se le expusiera a la luz, si se le hiciera nacer: y con la visión perdería la misma vida.

Si en el estado de transformación incipiente en que me

hallo se me manifestara Jesús en su gloria bajo los velos eucarísticos, me alejaría de El, cual se apartan de la luz los ojos enfermos o aun no formados totalmente. El Discípulo amado cayó en tierra como muerto al contemplarlo —y no del todo— en su gloria humana (Ap. 1,17). ¿Cómo resistiríamos nosotros su presencia, si se nos manifestara tal cual es? Huiríamos de El como los réprobos, por más que El nos invitara «Venid a Mí todos» (Mt. 11,28). Si se me da en la Eucaristía movido de su infinito amor, por el infinito amor que me tiene se me esconde en ella.

Con todo, ese mismo amor infinito que nos tiene le impulsa a comunicarse con nosotros, a medida que nuestra transformación va avanzando, haciéndonos capaces para sin daño recibirla. Y así manifiesta de mil modos su presencia al alma que le ama, y se le hace sentir en su interior, de modos sorprendentemente siempre nuevos, cada vez más maravillosos y deleitables, a medida que el alma se va dejando transformar más y más por El. Pero siempre sin dejar ver su faz, que sólo en el cielo contemplaremos, cuando nuestra formación de hijos de Dios esté acabada.

Y así, «hasta que venga» (1 Cor. 11,26), la Eucaristía reproduce la encarnación, pasión y muerte de Cristo, así como su sepultura, en y con cada uno de nosotros, hasta llevarnos a la resurrección gloriosa y a la ascensión a los cielos.

«Hasta que venga»: Venida doble: singular a mí, a cada uno de nosotros, cuando llegue mi hora de pasar al Padre (Jo. 13,1), formado ya perfecto hijo de Dios por mi Vida Cristo, que en mí mora, y se me manifieste Jesús glorioso para llevarme consigo, y hacerme estar ya con El por siempre, en el seno del Padre donde El mora. Venida colectiva para toda la Iglesia peregrinante, cuando en Ella se cumpla «la edad de la plenitud de Cristo» (Ef. 4,13), por haberse formado ya todos los miembros que han de integrar su Cuerpo Místico.

Entonces cesará la Eucaristía. Para la Iglesia en su conjunto —y para el mundo—, en su venida final, para llevar consigo a cuantos en El creyeron. Para mí en particular, cuan-

do Jesús, preparada mi morada en los cielos, venga para llevarme consigo (Jo. 14,3). Pero si cesará la Eucaristía, no cesará jamás la realidad en ella contenida, ni la unión con Jesús: caen los velos que lo ocultaban, pero permanece la unión íntima con Jesús, abrazados eternamente a El ya tal cual es.

Lo digo porque un tiempo yo casi lamentaba el ir al cielo, por parecerme que no tendría allí la unión que ahora tenemos con Jesús Eucaristía, la intimidad que ahora está a mi alcance, la exclusividad que ahora caracteriza mi posesión de El. No quisiera que otros cayeran en mi inconsciente error: ni la intimidad ni la exclusividad de nuestra unión cambian o disminuyen al ir al cielo. Sólo caen los velos que a mí me la ocultan, sólo se abren mis ojos, ya formados, para verla y gozarla: siempre estaré con Jesús (1 Cor. 11,26; Jo. 14,3; 17,24), en insesión con El, «sentado con El en su mismo asiento» (Ap. 3,21), hecho verdaderamente uno con El.

Mientras llega esa hora, acompañándome de la Virgen María que de El no se separa, permanezca gozoso en fe con mi Jesús, fiándome totalmente de El, seguro de su inminente manifestación y venida para llevarme consigo.

Los apóstoles y las santas Mujeres velaron mientras Jesús estaba en el sepulcro. Pero velaron lejos de donde Jesús estaba, y así no vieron su resurrección. Yo puedo y debo velar al lado de Jesús, contemplándolo, pues siendo su sepulcro, conmigo lo llevo a dondequiera voy: «Dichoso el siervo aquel, al que su Señor, al venir, lo hallare vigilando» (Lc. 12,37).

Aislándome y separándome del mundo, como lo estaba Cristo sepultado por la piedra que cerraba su sepulcro, no me canse de estar con El a solas, de contemplarlo en mi interior: aunque no lo sienta, por arideces que pase, aunque a veces me parezca que Jesús ha muerto ya del todo en mi corazón, y no sienta más que frío. No sentiré más que frío —¿qué otra cosa puede sentirse en un sepulcro?—; pero sé que aquí está Jesús, y que vive, y que resucitará muy pronto

en mí, absorbiéndome en su gloria, si me hallare velando cuando se manifieste, cuando amanezca para mí en la luz de la gloria, y me lleve consigo.

Y velando está conmigo a su Jesús, y manteniéndolo en mí con su amor maravilloso, la Virgen María que me lo da, y en mí reiteradamente lo resepulta y siembra. Yo podré, cansado, dormirme, mas no Ella. Y por mucho que Yo durmiere o cabeceare, cuando Ella vea que la Vida escondida que hay en mí va a aparecer en gloria y absorberme en su victoria, como Madre mía me despertará —«ruega por nosotros... en la hora de nuestra muerte»—, y con Ella contemplaré la manifestación gloriosa de Cristo, su resurrección gloriosa en mí y conmigo, cual otrora resucitara en Sí; y Ella misma me presentará a El como hijo suyo, para que consigo me lleve al seno del Padre.

Seré entonces invenciblemente atraído a El por el amor, para ya siempre estar con El (1 Tes. 4,17). Mi sepulcro quedará vacío: sin Jesús y sin mí. Pedro y Juan sólo pudieron ver los lienzos arrollados e inertes en la tumba: los lienzos que cubrieron y ocultaron a Jesús. Tal quedará mi cuerpo: cual lienzo inerte y arrollado, cumplida su misión de ocultar mi vida escondida en Cristo hasta el momento de su manifestación gloriosa: como lienzo inerte y flácido lo verán los hombres de este mundo. Mas yo no estaré allí, sino por siempre en Jesús y con Jesús, sumergido en su gloria y en su Luz.

Y aun ese lienzo, por haber sido *su* sepulcro, acabará glorificándolo el Señor, como miembro suyo glorioso: «Yo le resucitaré en el último día» (Jo. 6,39.40). Resurreción *psicológicamente* inmediata a mi encuentro con Jesús, pues su Vida gloriosa, que es la mía, no admite, como eterna, duración sucesiva o temporal: no tendré así tiempo ni ocasión para echar de menos, en el cielo, mi cuerpo. Tanto más que, siendo Jesús mío y Vida mía, por sus ojos veré y por sus sentidos percibiré: «En su Luz veremos la Luz» (Sal. 35,10).

6. El descenso a los infiernos y la Comunión

Del descenso de Jesús a los infiernos, la Iglesia, el día de Sábado Santo, nos pone una lectura muy hermosa, de autor griego anónimo, que bien podemos aplicar a la comunión.

«¿Qué es esto? Hay un silencio grande en la tierra. Silencio grande, y después soledad. Silencio grande, porque duerme el Rey. La tierra tembló y descansó, porque Dios en su carne durmió, y resucitó o despertó a los que dormían desde siglos. Dios en la carne murió, y al infierno excitó, o despertó.»

Ese silencio, soledad y paz hemos de tener en la comunión: no buscar nada, quedarnos reclinados en Cristo en pura fe, con silencio, en soledad con El: tras haber contemplado su pasión, gozarnos en su posesión: maravillados, contemplarle dormido, cuidando de no despertarle.

«Pues ciertamente primero al primer padre va, como quien busca a la oveja perdida; a los del todo en tinieblas y en sombras de muerte sentados, a ésos va El a visitar: a Adán del todo cautivo, y con él a Eva, igualmente cautiva, salvándolos y liberándolos de todos los dolores, va Dios Hijo. Entró el Señor a ellos, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la Cruz. Cuando Adán, nuestro primer padre, le vio, golpeándose el pecho por el estupor —al ver todas las heridas de la cruz—, ante todos exclamó y díjole: El Señor mío está con todos. Y Cristo, respondiendo, dice a Adán: Y con tu espíritu. Y tomándole de la mano, le levanta diciendo: Despierta tú, que duermes, levántate de entre los muertos, y como Luz tuya brillará para ti Cristo, pues Yo soy tu Dios, que por ti me hice hijo tuyo; que por ti, y por éstos que de ti nacieron, ahora digo, y por mi propio poderío impero a los que están atados con cadenas: Salid; y a los que están en tinieblas: Iluminaros; y a los que están dormidos: Levantaros. A ti, pues, te mando: Despierta tú, que duermes, pues no para esto te hice, ni te modelé precisamente para que permanecieras atado en el infierno. Le-

vántate, o resucita, obra de mis manos; levántate, imagen mía, porque a mi imagen y semejanza fuiste hecho. Levántate, salgamos de aquí, pues tú en Mí, y Yo en ti, *una e indivisa Persona somos* (= Jesús salva a los que identifica con El: constituye como una sola persona con Adán). Por ti Yo, siendo tu Dios, me hice hijo tuyo. Por ti, siendo Señor, tomé tu aspecto servil. Por ti, Yo que soy sobre todos los cielos vine a la tierra y bajo la tierra. Por ti me hice hombre, libre entre los muertos cual si fuera un hombre sin ayuda. Por ti, que saliste del jardín del Paraíso, Yo fui entregado desde el Huerto a los judíos, y en el huerto —o jardín— fui crucificado. Mira los esputos de mi faz, que ciertamente por tu causa recibí, a fin de restituirte al primitivo espíritu de vida que de Mí recibiste. Mira las bofetadas de mis mejillas, que soporté para reformar tu hermosura corrompida, conformándola a mi imagen. Mira la flagelación de mis espaldas, que recibí para aventar la carga de todos tus pecados, que a tu espalda había sido impuesta. Mira mis manos, bien clavadas al leño con clavos por ti, que en otro tiempo extendieras tu mano al árbol maligno. Dormí en la Cruz, y la lanza penetró en mi costado: todo por ti, que en el paraíso te dormiste, y de tu costado a Eva produjiste o hiciste manar. Mi costado sanó el dolor de tu costado; mi sueño te sacará a ti del sueño del infierno; mi espada retendrá tu espada que contra ti se dirigía. Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó a ti de la tierra del paraíso, mas Yo no te coloco ya de nuevo en el paraíso, sino en el trono celeste. El enemigo te prohibió o impidió acudir al árbol que significaba la vida; mas Yo, que soy la Vida, ahora estoy contigo unido. Ordené a un querubín que cual siervo te guardare; hago ahora que los querubines te adoren en su lugar cual conviene a Dios. El trono querúbico ha sido dispuesto, los mensajeros y criados están a punto para cumplir las órdenes y servir, se ha ya construido el tálamo nupcial, adornadas las eternas mansiones y tabernáculos, abiertos los tesoros de los bienes,

y el Reino de los cielos desde antes de los siglos ha sido preparado.»

Veamos a María, acompañando en espíritu a su Jesús en ese descenso a los infiernos, gozándose en la liberación que lleva a cabo. Dentro del dolor de tener a su Hijo sepultado, y estar de El materialmente separada, en Ella predomina ya el gozo, por la fe vivísima que tenía, y porque los sufrimientos de su Hijo ya han pasado. En los apóstoles predomina la tristeza del abandono en que se sienten, porque ni su amor había extinguido el egoísmo, ni su fe era tan viva.

Y el descenso al infierno se repite en cada comunión mía, descenso en que María le acompaña. Yo no me doy cuenta, pero El está ya obrando mi liberación, mientras María gozosa le contempla. Estoy muerto y podrido. Como estaría podrido Adán después de tantos siglos, y todos los patriarcas y santos que a Cristo precedieron: podridos en sus cuerpos; y diría también, podrida su alma —aunque el alma no admita putrefacción física—, por cuanto yacían sentados en tinieblas y oscuridad de muerte, en una espera tensa e impotente, en un aguante que parecía interminable: ¡Cuánto vendrá la salvación!

En esa oscuridad de fe me encuentro yo, pero sé que ya está conmigo Jesús mi Redentor. Al descender donde yo yazgo en las sombras de muerte, me susurra claramente que se me da como Vida: «Quien me comiere a Mí, vivirá por Mí» (Jo. 6,58).

Ese futuro «vivirá» entraña dos aspectos de una misma Realidad, que es Jesús, Vida nuestra, ya oculta, ya manifiesta. Al dárseme Jesús en la comunión, siendo El la Vida (Jo. 14,6) automáticamente obra en mí como vida: se quiere convertir, y en cuanto mi libertad no le limita se convierte, en principio de vida de todas mis acciones, hasta el punto que con San Pablo puedo decir: «Vivo yo, mas ya no yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál. 2,20). Pero esa vida no se manifestará a mi experiencia hasta que Jesús se me muestre tal cual es, cuando venga glorioso a llevarme consigo

(Jo. 14,3;17,24). En tanto sólo en fe lo percibo, ofreciéndose a mí experiencia como cadáver: sé que obra, porque la fe me lo dice; pero no percibo ese su obrar vital.

Y esa venida es inminente. Nuestra peregrinación parece larga, porque la estamos pasando: la misma experiencia vital de la vida ya transcurrida se va encogiendo como un acordeón, fundiéndose todos sus planos, cual si fuera un instante: al morir, ¡cuán breve y como nada nos parecerá! No más que una breve noche pasada a la intemperie.

Es la noche de fe que pasamos con Jesús en el sepulcro de nuestro corazón, enterrados con El: no hay más que esperar con calma, sabiéndolo a mi lado, aguardando expectante el momento en que ese Jesús, que ahora se me da sin que lo sienta, se manifieste de pronto, inundándome de su luz y de sus bienes, para llevarme a su misma gloria y Vida, a su mismo Reino, con todas las delicias y hermosuras para mí allí preparadas y de las que nos hablaba la lectura: aunque ahora esté como en infierno, no tenga miedo: muy pronto de ese infierno de mi tiniebla, impotencia y corrupción me sacará Jesús.

Sepa, pues, mantenerme en la esperanza, en esta vela tensa. Como velaron María y los apóstoles las noches de viernes y sábado santos. Con María y como María, vele el poquito de tiempo de esta vida, esperando con ansia el momento de que Jesús se manifieste y me lleve consigo. Que en ese estado de muerte en que Jesús se me entrega, cual cadáver, está obrando mi vivificación y salvación, cual lo hizo al bajar a los infiernos con cuantos en El tenían colocada su esperanza.

7. La soledad de María en nuestro corazón

Sepultado Jesús, la Iglesia quiere concentremos nuestra contemplación en la Virgen María. Como ha dedicado a Cristo todos los domingos —«día del Señor»—, por razón de

su resurrección en ese día, así ha dedicado a María todos los sábados, por razón del sábado santo.

La Liturgia anterior reunía en ese día la conmemoración de la soledad de María con su gozo en la resurrección de su Hijo, cuya celebración anticipaba. La liturgia actual enmudece todo el sábado santo, para que cada fiel acompañe a María en su dolor y soledad, como si tras la muerte de Jesús sólo Ella quedara para el hombre. Así lo ha dispuesto, movida por el Espíritu Santo, para que en los tiempos de presente apostasía, que tanto hace sufrir a nuestra Madre, destacara su misión actual de Madre reparadora y corredentora, en cuya acción e intercesión radica la esperanza de sus fieles hijos: vida, dulzura, y esperanza nuestra.

Esa consagración total del sábado santo a la soledad de María —y con él todos los sábados del año—, parece estarnos sugiriendo como si, muerto Jesús, sólo Ella quedara para el hombre: después, gracias a Ella, volverá a resucitar Jesús en nuestros corazones.

Hay algo que jamás deberíamos olvidar: Si Jesús muere en nuestro corazón, nos queda siempre la presencia, la piedad, la misericordia de la Virgen María como Madre nuestra, que llora nuestra ruina, e implora nuestra resurrección.

Cuán bien lo experimentaron los apóstoles tras la muerte de Cristo. Reunidos con María ya para el sepelio del Amado que creían para siempre perdido, con Ella se retiran al Cenáculo, sin fe, sin esperanza, pues no acaban de ver claro que Jesús ha de resucitar.

Cual polluelos que todo lo han perdido y no saben donde buscar refugio, se apiñan junto a la Virgen María hasta que Jesús resucita. Tras esto, en parte se dispersan y separan, cual consta por las apariciones. Mas cuando, en otra manera muy distinta, vuelven a perderlo en la Ascensión, de nuevo desorientados se cobijan junto a María, con la que están y oran hasta el día de Pentecostés, en que el Espíritu Santo desciende sobre ellos.

Que nosotros también, cuando todo oscurece, y nos pare-

ce que todo lo perdimos, como pollitos desvalidos corramos a cobijarnos bajo el manto de la Virgen, a sentir el suave calor de su seno, escondidos bajo la sombra de sus alas: y saber entonces en Ella y con Ella sufrir, en Ella y con Ella esperar, en Ella y con Ella tener paz.

Esa muerte de Jesús en mí puede ser sólo aparente, en las desolaciones interiores, en que el alma, aunque quiera ser fiel, no acierta para nada: tiene un cadáver delante en su Jesús, no tiene un ser vivo. Entonces apegarse bien a Ella, hasta que Jesús vuelva a manifestarse y consolarnos.

Muchas veces esa muerte de Jesús en mí es por desgracia también real, cuando por el pecado mortal vuelvo a crucificarle (Heb. 6,6). Y puede ser muerte que se prolongue días, meses y años, como la de quienes habitualmente viven en pecado sin levantarse de él. Pero siguen rezando sus tres avemarías a la Virgen, cobijándose cada noche bajo la sombra de sus alas; y como si tuvieran miedo a las tinieblas de la noche, cuando no acaban de tenerlo a las tinieblas del pecado y de la ausencia de Jesús —Luz del mundo—, corren a Ella y se refugian en Ella. Jesús está muerto en sus corazones; pero María sigue presente, asegurando la resurrección futura.

Siempre le queda al pecador la Virgen María: si la invoca, si sabe reunirse con Ella, y en su regazo esperar, ya llegará la resurrección de su Hijo en él, que no puede definitivamente ausentarse del corazón en que su Madre aún mora.

¿Cuándo? Sólo la Virgen lo sabe, pues aunque a nosotros se nos revelara, en el día de la tribulación lo olvidaríamos. A los apóstoles les había dicho reiteradamente Jesús que al tercer día resucitaría: fue igual, se olvidaron. Somos todos tan olvidadizos que todas las promesas se nos esfuman cuando sobrevienen la tribulación, las tinieblas, y la muerte.

Mas nunca desespere el alma, a quien Dios le dio tal Madre, tan buena, tan tierna y poderosa, tan llena de comprensión que sigue amando y considerando como hijos a los mismos que dan muerte a su Hijo; que llora y ruega por los

que le abandonan, por los que le traicionan, por los que cobardemente huyen cuando le ven en peligro. Que de todo hubo entre los apóstoles.

La negación de Pedro, por ejemplo, fue una verdadera puñalada dada al Corazón de Jesús, verdadera muerte dada a Jesús en su corazón. Mas ¡cómo lo recibió la Virgen cuando lo vio llorar! Y ¡cómo le alentaría a confiar en Jesús, a que no tuviera miedo, que ya volvería a resucitar Jesús en él, y volvería a sentir todavía más esplendente el amor que Jesús le tuviera, como así fue después!

Todo sucede como si tras la muerte de Jesús sólo Ella quedara para el hombre. Mas así como el sábado da lugar al domingo, así cuando me queda la Virgen María dará lugar a la resurrección de Cristo en mi corazón. Pero no pase el día ni la noche sin Ella. Y puede venir una noche como la del viernes al sábado santo, y seguirla otra como la del sábado santo al domingo, y exasperarme yo por la noche inacabable; y exasperándome en la impotencia de estado de muerte de mi vida empecatada, llegar a pensar que jamás veré la luz de la resurrección: Pero ¿cuándo, cuándo resucitará en mí mi Jesús?

No tengas miedo: reposa en tu Madre. Donde está Ella resucitará Jesús.

8. María reparadora, suplente e intercesora en la Eucaristía

En efecto, María es en la Eucaristía para nosotros reparadora, suplente y maravillosa intercesora.

En la reparación de María al pie de la cruz destacan tres aspectos. Primero, acompaña a Jesús, sintiendo con El todos sus dolores y congojas, por ser de su Hijo: en nada le deja solo. Segundo, hace propios suyos todos nuestros pecados y dolores, por ser de sus hijos, y se presenta así afligida ante Jesús, para que, compadecido de Ella, nos perdone y reme-

dic, para así perdonar y remediar el dolor de su Madre en nosotros. Tercero, suple al Padre eterno en el amor y ternura hacia Jesús, cuando, en los divinos designios, el Padre le abandona para que más plenamente obre nuestra redención: y el agradecimiento inefable del Padre por esa sustitución la convierte en infalible intercesora en favor nuestro: nada le negará al Padre que por sus hijos pida, recordando lo que por su propio Unigénito hiciera.

Y ese triple aspecto de reparación hemos de copiar nosotros en la Eucaristía, que reproduce su pasión y muerte. Primero, esforcémonos en sentir con Jesús, acompañándolo e identificándonos con El por el amor. Segundo, hagamos, en su presencia, propios nuestros todos los pecados de los hombres, y todas sus miserias y dolores, presentándonos a Jesús con ellos, e implorando su perdón y su remedio; no pidamos venganza, sino piedad: y Jesús, viéndonos en su presencia, se compadecerá de nuestra carga y de nuestro dolor, y perdonará los pecados del mundo. Tercero, intercedamos instantemente, pidiendo ese perdón y ese remedio como única medicina que pueda curar nuestro dolor.

Mas para que esa reparación nuestra sea válida, hagámosla unidos a María, pues la reparación que sola hizo en la Cruz, la sigue haciendo en la Eucaristía acompañada de nosotros: por eso tiene validez la nuestra.

Si la Eucaristía es renovación y prolongación actual del sacrificio de la Cruz, es igualmente renovación, prolongación y reactualización continua de la reparación de María.

Como Jesús se hizo presente al mundo, y se le dio por medio de María, así también por medio de Ella se hace presente en cada sagrario y se da a cada alma en cada comunión: como lo dio al mundo en Belén, lo entregó a los pastores que venían a adorarlo, lo puso en brazos de los Reyes Magos, y lo ofreció en la cruz para salvación del mundo.

Jesús es don infinito del Padre, que «tanto amó al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16.17). Pero esa donación nos la hace

el Padre por medio de María. Por Ella se encarna el Verbo, por Ella se entrega a los hombres, ofreciéndole Ella se inmola por nosotros en la cruz, por Ella se nos hace presente en la Eucaristía, y se entrega a cada alma en la Comunión.

Nadie nace a la vida sobrenatural, o se desarrolla en ella, si no es por la acción materna de María (Credo del Pueblo de Dios). La Eucaristía es fuente de gracia y principio de crecimiento para la Iglesia; la comunión desarrolla y hace crecer la vida divina en el alma de los redimidos, cual contribuye el alimento al crecimiento y desarrollo de la vida natural. Es, pues, evidente que la Virgen María, sin la que ningún desarrollo en esa vida divina puede darse, toma parte activa en la presencia de Jesús Eucaristía en medio de la Iglesia, toma parte activa en cada comunión nuestra. Ella es la Compañera amante del Corazón de Jesús en la Eucaristía y en nuestras almas, cual lo fuera en la cruz.

Si Jesús permanece en el Sagrario a pesar de nuestros olvidos, desatenciones, desprecios, profanaciones y sacrilegios, se debe a que la Virgen María le acompaña como en la cruz. Ella le adora de continuo por nosotros, le ama por nosotros, le pide tenga paciencia con nosotros y nos espere sin desfallecer; Ella nos excusa y defiende, y hasta nos alaba ante El como Madre nuestra que es, ingeniándose para propiciarlo y contentarlo.

Ella es en la Eucaristía la gran Consoladora del Corazón de Jesús, su indefectible Compañera en el dolor y en la alegría; la Gran Reparadora, que satisface por nuestros desacatos, supliendo nuestras deficiencias con su amor y entrega generosa; la Gran Abogada y Defensora, que nos excusa y defiende ante Jesús. Y por verla a Ella contenta y satisfacer las ansias de su Corazón de Madre nuestra, permanece Jesús en el Sagrario, acogiéndonos siempre que a El acudimos, por más que le hayamos olvidado y despreciado.

Cuántas veces excusará ante El nuestros pecados, ponderándole las dificultades con que tropezamos en el cumplimiento de su Ley; destacando y haciendo valer nuestros bue-

nos deseos ineficaces, nuestra mínima buena voluntad; recordándole somos todavía tan pequeñuelos que no puede esperarse de nosotros sino que nos ensuciemos y caigamos.

Cuántas veces excusará ante El nuestro olvido, recordándole que, aunque oprimidos por las preocupaciones cotidianas, y entre tanta distracción que nos absorbe, es tan veraz nuestro amor que hallamos tiempo para acordarnos alguna vez de El, para visitarle siquiera sea raramente y distraídos, para acompañarle media hora los domingos, para recibirle, aunque fríos, de vez en cuando.

Así destaca ante su Hijo la sinceridad y verdad de nuestro amor, que brota y germina, aunque raquítico, en medio de tantas dificultades, afectado por tantas deficiencias; y le asegura que esta plantita de nuestra vida sobrenatural, con tanto esmero por Ella engendrada y cuidada, acabará por florecer esplendorosa en el día eterno.

Por muy poco que le demos como base, le facilitamos el camino para su reparación. Por mínimamente que la invoquemos —¡oh bendita práctica de las Tres Avemarías!—, ya tiene Ella bastante para poder decir a su Jesús: Es verdad que ese hijo mío no te ama, ni se acuerda poco o mucho de Ti; pero me ha encargado a Mí de hacerlo por él, de amarte y adorarte en su nombre, de ofrecerte como suyas mi pureza, inocencia, humildad y santidad, de las que él sabe carece. Soy su Madre, y así todo lo mío es suyo. ¿No te bastará lo que por Mí te ama, lo que por Mí te ofrece?

Y aun cuando yo del todo la olvidare a Ella, no por eso Ella me abandonará. No podrá decir a su Hijo que le está amando en nombre nuestro, por delegación nuestra, ya que nuestra libertad no se lo ha autorizado. Pero sí le recordará que es, pese a todo, nuestra Madre, que todo lo suyo es nuestro, que le ama por nosotros, aunque totalmente nos olvidemos de El y de Ella; que es pura, humilde, santa, incomparable, por nosotros; que todo lo suyo es nuestro, y como nuestro debe Jesús mirarlo: que no debe indignarse con nosotros, contento de que Ella lo ame por nosotros.

Y para que su Madre no se aflija, llorando inconsolable por nosotros, tendrá el Hijo infinita paciencia: y aguantará todo, y hará hasta lo imposible, y sufrirá lo inconcebible, para lograr atraernos, alegrando así el Corazón de su Madre. Así se entiende que Jesús permanezca en el Sagrario como Víctima, que nos espere siempre a todos, que nos reciba a todos y siempre, de cualquier modo que a El nos acerquemos. ¡Si supiéramos la riqueza que se nos ha dado, al dársenos a María por Madre!

Y es Ella quien nos lo da en la Comunión, suplicándonos no le dejemos caer. Pero aunque tantas veces lo dejemos caer por el pecado tras haberlo recibido de sus manos, siempre vuelve a entregárnoslo. Diría puede más en Ella el amor a nosotros, sus hijos desvalidos, que el amor a su Unigénito. Por eso lo da a todos: incluso a quienes lo blasfeman y profanan: por amor a su Madre, Jesús se convierte entonces en estiércol de la higuera estéril, que por tal le tienen muchas veces nuestras almas. Y todo lo soporta, porque si le tratamos como estiércol y basura, allí está nuestra Madre para compensarlo y adorarlo, para apreciarlo como a infinito tesoro.

Pues es Ella quien le recibe, atiende y acompaña en nuestro interior: y ahí le ama y adora por nosotros; ahí compensa nuestra frialdad, nuestro olvido y despego, con su amor, sus atenciones y su entrega. Ni un solo instante le deja solo; en todo momento ama a Jesús en nuestro nombre, en nosotros y por nosotros. Y también se esfuerza en amarle *con nosotros*, despertándonos a lo largo del día para que, aunque sólo sea como furtivamente, contemplemos a Jesús y en El gocemos.

Ella es quien, acompañando a Jesús en nuestro corazón, cual lo hiciera en el establo de Belén, le hace sentirse feliz y de verdad amado en nuestro interior.

Por eso todas las almas devotas de María su Madre encuentran en Ella el medio facilísimo de agradecer a Jesús sus comuniones, ofreciéndole como propios el amor, la soli-

citud, las atenciones, la virtud, santidad, pureza y humildad de la Virgen María; y encargándola a Ella que converse en nuestro nombre con Jesús, lo mime, atienda y ame en nuestro nombre.

Ella es la Gran Suplente nuestra. Por eso Jesús no se cansa de venir a establecer en nosotros su morada, porque en esta morada le acompaña María, la incomparable. Yo le invito y recibo. Mi Madre le atiende.

Capítulo IX

LA ORACION EUCARISTICA UNIDOS A MARIA

1. La Eucaristía y el trato con Jesús

La Eucaristía —«Dios con nosotros»— es el centro de la vida cristiana; el medio en que brota espontánea la oración, como brotaba en los Apóstoles la conversación con su Maestro mientras vivía en el mundo con ellos. Ahora vive *con nosotros* cuando se ofrece en el Altar, cuando está reservado en el Sagrario; y *en nosotros* cuando se nos da en la comunión.

Por la Comunión se hace Vida nuestra, uniéndonos consigo en misteriosa identificación, «pues no otra cosa hace la participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo que hacer *pasemos a ser lo que tomamos*, y que en todo y por todo llevemos en nuestra carne y nuestro espíritu al mismo en quien fuimos conmuertos, consepultados y conresucitados» (San León Magno, *Sermo* 12 *De Pasione*, lectura de Maitines del miércoles de la semana 2.ª de Pascua), de modo que «su Sangre... exprimida en el lagar de la Cruz, hierve por propia virtud en los amplios vasos de quienes con corazón fiel le reciben» (San Gaudencio de Brixia, Jueves de 2.ª semana de Pasión).

La obra redentora se lleva a cabo por identificación de

Cristo con nosotros y tiene dos momentos: el de merecimiento, y el de ejecución.

En el primero —en su Misa Personal— *merece* la salvación de cuantos han de creer en El, a la vez que lleva a cabo y ejecuta su propia glorificación, así como la salvación de cuantos justos habían muerto creyendo en El, pues subió al cielo acompañado de ellos.

El segundo momento —el de su Misa eucarística— señala la ejecución progresiva de la salvación de cuantos morirán creyendo en El tras su glorificación personal: se prolonga para cada uno de nosotros «hasta que venga» a llevarnos consigo en nuestro morir; se prolonga para la Iglesia «hasta que venga» glorioso a juzgar a vivos y muertos (1 Cor. 11,26).

En el primero, el Verbo, encarnándose, se abaja hasta lo más profundo de la miseria humana, participando incluso nuestra muerte y condenación. En el segundo, ya glorificado en su Humanidad, vuelve a abajarse y anonadarse para estar con cada uno de los que en El creen y hacer propias todas las miserias de ellos.

En el primero, se esconde su Divinidad bajo el velo de la Humanidad Beatísima. En el segundo, la misma Humanidad, por estar ya glorificada, ha de esconderse bajo los velos eucarísticos, para poder así abajarse hasta nosotros y con nosotros estar y convivir.

En el primero, ya muerto, baja a los infiernos para identificarse con el podrido Adán, y de allí sacarle: «Levántate, salgamos de aquí; pues tú en Mí, y Yo en ti, *somos una indivisa Persona*» (Maitines de Sábado Santo). En la Eucaristía, tras su inmolación por la consagración, viene por la comunión al sepulcro de mi corazón, y haciendo suya mi propia corrupción me dice como otrora a Adán: «Levántate, salgamos de aquí y vayamos al Reino de mi gloria: pues tú en Mí, y Yo en ti somos una e indivisa Persona, y así no me separaré de ti para ir al Padre, si tú no vienes conmigo.»

Así, en la Eucaristía, se reproduce y actúa día tras día en cada alma y en la Iglesia toda la vida de Cristo para en todo

conformarnos con El: su encarnación, su pasión y muerte y sepultura, su resurrección y ascensión a los cielos, ahora en mí y conmigo. Por eso decimos en el Canon: «Por esto, recordando, Señor, nosotros tus siervos, y también tu pueblo santo, la bienaventurada pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, así como su resurrección de entre los muertos y su gloriosa ascensión a los cielos...»

Conmigo vive y padece, conmigo muere, conmigo desciende a los infiernos del Purgatorio. Dándoseme como *Viático*, no se separa de mí en ninguna etapa del camino, hasta que con El entre en el seno de la gloria del Padre.

Y en todas las etapas de ese camino se identifica Jesús conmigo, haciendo suyo todo lo mío: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí... y Yo le resucitaré en el último día» (Jo. 6,58.55). Por la consagración se abaja hasta mí para poder asumirme; por la comunión me asume a Sí como verdadero miembro suyo, haciéndome vivir de y por su misma Vida.

Todos mis sufrimientos, humillaciones y pecados son así de verdad sufrimientos, humillaciones y pecados de Jesús en mí y conmigo, como miembro suyo: mi muerte es muerte suya, suya mi sepultura, suyo mi descenso al Purgatorio, suya mi asunción a la gloria. En esa asunción deja de ser Jesús para mí el por mí anonadado, para mostrárseme eternamente como el Jesús glorioso y envolverme en su misma gloria: «Y os llevaré conmigo, para que siempre estéis conmigo allí donde Yo estoy» (Jo. 14,3), y así «siempre estaremos con el Señor» (1 Tes. 4,17): «Padre, quiero que donde Yo estoy allí estén también conmigo aquellos que me diste, para que vean mi gloria» (Jo. 17,24).

En la Eucaristía va repitiendo así Jesús en y con cada uno de nosotros su encarnación, su pasión, muerte y sepultura, su descenso a los infiernos, su resurrección y ascensión a los cielos, hasta que el último de sus miembros participe de su gloria.

Por aquí vemos cuál ha de ser nuestro trato con Jesús en la Eucaristía: familiar y extasiado como el de los apóstoles. Mejor, como el de la Virgen María en su casita de Nazaret: junto con Ella, adoremos a Jesús en nuestro corazón, que por morada permanente han elegido; junto con Ella, estemos siempre con El, como El está siempre con nosotros: siempre con El, ya conversando, ya callando en muda adoración y silencioso gozo de su presencia. ¡Cuántas veces María estaría callada; pero su mirada, la de su corazón aunque no siempre la de sus ojos, estaba fija en su Jesús: en El estaba todo el gozo de su Corazón!

Así entendemos el significado de las palabras de Jesús: «Es necesario orar siempre sin desfallecer jamás» (Lc. 18,1). Si El está siempre conmigo, y a mí atento, también yo he de estar con El, siempre a El atento.

Y también está clara la finalidad que he de buscar en ese trato: mi asimilación perfecta a El, puesto que El quiso asimilarse a mí: «Sentid en vosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí» (Fil. 2,5).

Asimilación a El en su estado de siervo, que tomó de la Virgen María: procure así recibir de mi Madre María la pequeñez, humildad, obediencia, amor y ternura que a Ella caracterizaron, sintiéndome, con Ella y con Jesús, siervo de Dios: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Asimilación a El en su estado divino, dejándome vivificar por El como hijo de Dios —que para eso se me da como Vida—, dejando al Padre que en El y con El me haga su hijo.

Y asimilado así a Jesús, entrar con El en el trato con su Padre, haciendo que «su beneplácito sea en todo mi manjar» (Jo. 4,34), como lo fue de su Hijo en su estado y ser de siervo.

Así me introducirá Jesús al trato con la Trinidad Beatísima, asociándome a la glorificación que El da al Padre en el Espíritu Santo, glorificándole en mí y conmigo, hecho ya en El hijo de Dios.

2. Nuestro trato eucarístico con la Trinidad Beatísima

En efecto, toda la misteriosa identificación que con nosotros hace Jesucristo no tiene otra finalidad que en el Espíritu Santo glorificar al Padre, no sólo El personalmente, hecho siervo, sino también en y con nosotros. Tanto en la cruz como en la Eucaristía —hecho aquí uno con nosotros— se ofrece en sacrificio al Padre en el Espíritu Santo, dando a la Trinidad Beatísima una gloria digna de Ella por parte de la creación.

Al encarnarse el Verbo, es El quien, como Dios verdadero, glorifica al Padre con gloria divina, anonadándose ante El en su vestido y ser de siervo: y le glorifica en el Espíritu Santo, en el Amor Infinito substancial que del Verbo procede hacia el Padre, y que le mueve a anonadarse ante El en su ser de siervo. Y la gloria que le da, aunque prestada en su naturaleza humana, es de verdad divina e infinita, por ser prestada por la Persona divina del Verbo, cuya es la naturaleza humana que asumió «hecho de Mujer» (Gál. 4,4).

Y el Padre manifiesta al mundo su gloria glorificando a su Hijo en su vestido y ser de siervo con la misma gloria que de toda eternidad le ha dado en su Divinidad al engendrarlo: «Glorifícame con la gloria que tuve ante Ti antes de que el mundo existiera» (Jo. 17,5). Y lo glorifica en el Espíritu Santo, es decir, movido del Amor Infinito substancial y personal que del Padre procede hacia su Hijo. Así se manifiestan a la creación, y son ante ella glorificadas, las Tres Personas Divinas: el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Y en esa glorificación mutua, la misma creación, en la naturaleza humana y creada del Verbo encarnado, entra con toda propiedad en la Vida interna trinitaria y en la corriente eterna de mutua glorificación: «Por lo cual Dios le exaltó, y le dio el nombre sobre todo nombre (= el nombre divino)» (Fil. 2,9).

Mas es voluntad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, que el Verbo, al encarnarse, no sólo asuma como propia

y suya una naturaleza humana singular, sino que también injerte en ella, como reales y verdaderos miembros suyos, partícipes de su Vida y de su gloria, a cuantos crean en El y le reciban: «Que sean uno, como nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí... Quiero que donde Yo estoy, estén también ellos conmigo, para que vean mi gloria» (Jo. 17,22. 23.24).

Esa glorificación nuestra —activa y pasiva, como la de su Beatísima Humanidad, como la que El da y recibe en su estado de siervo— nos la merece Jesús en el sacrificio de la Cruz; pero la actúa y ejecuta en y con cada uno de nosotros en la Eucaristía, reproduciendo en nosotros su encarnación vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos.

Por la consagración se vuelve a hacer Emmanuel, «Dios con nosotros», que, aunque oculto, y por muchos desconocido (Jo. 1,26), atiende con infinito amor y omnipotencia las súplicas de cuantos a El recurren, nos libera de la opresión del demonio (Act. 10,38), hace suyas nuestras miserias y pecados para remediarlas, y en su anonadamiento persevera, ofreciéndose al Padre por nuestros delitos, perdón y conversión.

Por la comunión es «Dios en mí y conmigo», sepultado en mí y conmigo, hecho uno conmigo, que me hace vivir de su misma Vida como miembro suyo (Jo. 6,58), y que ansía me deje del todo vivificar por El (Fil. 1,21; Gál. 2,20). Todas mis acciones y pasiones vitales son ya acciones y pasiones del mismo Cristo en mí: mi obrar, mi sentir, mi padecer y gozo, y aun mi muerte, son obrar, sentir, padecer, gozar y morir de Cristo en mí: en mi vida reproduce su vida; en mi muerte reitera su muerte sacrificial.

Glorifica así en mí conmigo al Padre en el Espíritu Santo con verdadera gloria divina, trinitaria. Y así, en reciprocidad de amor, será en mí y conmigo glorificado por el Padre con la misma gloria con que a El le glorifica.

Así, unidos a Cristo y con El identificados, damos a Dios gloria divina digna de El; y con esa misma gloria seremos

a nuestra vez glorificados cuando totalmente nos dejemos informar y vivificar por Cristo, Vida nuestra.

Es así la vida del creyente una ascensión continua hacia la glorificación total de Dios, iniciada por nuestra asociación a Jesús hecho siervo por nosotros en la Eucaristía, y consumada en la gloria del cielo, tras nuestra perfecta transformación en Cristo.

Ya ahora, por nuestro injerto en la Humanidad de Cristo como miembros suyos, entramos por la fe en la corriente trinitaria. Ya ahora, partiendo de nuestro trato e intimidad con Jesús en su estado de víctima y de siervo, hemos de pasar, en El, con El y por El, al trato de las Tres Divinas Personas: del Padre como ingénito, del Hijo como Dios Unigénito, del Espíritu Santo santificador, Dios procedente del Padre y del Hijo.

En ese trato inició Jesús a sus apóstoles al enseñarles el Padrenuestro: «Siempre que orareis oraréis así: Padre nuestro...». Trato que les desveló del todo con la venida del Espíritu Santo. Trato del que hizo participar siempre plenamente a la AMADA de su Corazón, e íntima compañera y asociada en todo, la Virgen María.

Trato único, porque única es la Divinidad de las Tres Personas divinas. Trato a la vez con matices característicos diferentes personales, porque también distintas las Tres Personas divinas con las que debemos intimar.

Mas para mejor entender esa unidad y a la vez variedad de nuestra intimidad con las Tres Personas divinas que, al dársenos Jesús, nos han elegido por morada (Jo. 14,23; 1 Cor. 3,16; 6,19), tengamos presente que Jesús merece, pide y obtiene nuestra salvación en cuanto hombre, en su ser de siervo —único en el que puede pedir y someterse al Padre—; pero obra esa salvación en cuanto Dios, uno con el Padre. En cuanto hombre —en estado de víctima que reviste en la Eucaristía, que sólo en cuanto hombre puede asumir—, no es predestinador, sino más bien predestinado, como nos dice el Conc. XI de Toledo, y como nos inculcan Pío IX y Pío XII

—que asocian a su predestinación la de la Virgen María por un único y mismo decreto eterno del Padre—.

En cuanto hombre, pide, obtiene y merece su salvación en sí y en nosotros —al hacernos miembros suyos—. En cuanto «Dios Salvador» (Lc. 1,47) la decide, ejecuta y lleva a cabo.

En su ser divino, que comparte con el Padre y el Espíritu Santo en unidad perfectísima, es Jesús predestinador, como lo es el Padre, y como lo es el Espíritu Santo.

Mas aunque todo lo referente a la predestinación sea indivisiblemente obra de las tres Divinas Personas, que todo lo poseen en común, la predestinación misma *se atribuye* al Padre: por derivar de El a las otras dos Personas —como les deriva su ser y actividad divinos—; y porque nos salvamos haciéndonos hijos de Dios, hijos del Padre, y así solo el Padre puede comunicarnos participación en el ser divino que a su Hijo diera por generación eterna. Por eso Jesús dice: «Nadie viene a Mí si mi Padre no le atrajere» (Jo. 6,44); por eso la Iglesia nos hace pedir al Padre en el Canon de la Misa: «líbranos de la condenación eterna, y cuéntanos en el número de tus elegidos».

La salvación, en cambio, *se atribuye* al Hijo —«Dios Salvador» (cf. Act. 4,12)—, pues el decreto de predestinación se lleva a ejecución dándonos el Hijo la participación del Ser Divino que del Padre El hereda: «Tanto amó Dios al mundo que le dio su mismo Hijo Unigénito, para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jo. 3,16). Como el Padre creó todo por su Hijo (Jo. 1,3), así salva a quienes salva por su Hijo, haciendo que el Hijo les haga partícipes del ser divino que del Padre recibe.

La santificación *se atribuye* al Espíritu Santo, por cuanto nuestra transformación interna en hijos de Dios, y así predestinados y salvados en y con Cristo, la obran el Padre y el Hijo por la donación del Espíritu de Ellos, que nos haga participar de su ser y de su vida divina, y, «derramado en nuestros corazones» (Rom. 5,5) nos haga amar con amor divino en el seno mismo de la Trinidad Beatísima.

Por esa diversidad de atribuciones podemos entender la unidad y variedad de nuestras relaciones trinitarias, en Cristo y con Cristo, en su hábito y ser de siervo. Y también la continuidad ininterrumpida que ha de revestir nuestro trato con la Trinidad, cuya morada somos.

3. Oración eucarística al Padre

La primera oración que Jesús enseña a sus apóstoles es la oración al Padre: «Siempre que orareis, oraréis así: Padre nuestro...».

Y la oración litúrgica de la Iglesia, especialmente la empleada en la Misa o sacrificio eucarístico, se dirige casi exclusivamente al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Y en el mismo Jesús, en su hábito de siervo, prima la oración a su Padre, como podemos ver tanto en su Oración sacerdotal (Jo. 17), como en la oración del Huerto.

Y es ello natural, tanto porque es el Padre el origen y primera Fuente de donde «deriva todo don perfecto» (Jac. 1,17) tanto en la creación como en el mismo interior de la Trinidad; cuanto porque, derivando de El todo lo suyo al Hijo y por Este al Espíritu Santo, toda oración hecha al Padre lo es igualmente hecha al Hijo y al Espíritu Santo, toda oración que llega al Padre llega igualmente al Hijo y al Espíritu Santo: todo es uno y común en las Tres Divinas Personas.

Jesús, en cuanto Dios, es Uno con el Padre, en todo igual e idéntico a su Padre: nada puede pedir ni obtener, sino que es, por derecho propio —aunque heredado y recibido— dador de todo bien y salvación, junto con el Padre y el Espíritu Santo.

Jesús, en su Humanidad y como hombre —hecho siervo y vestido de siervo—, es inferior al Padre (Jo. 14,28), se le ofrece en sacrificio, le obedece hasta la muerte, y muerte de cruz, pide y obtiene su glorificación (Jo. 17,5), y la de

cuantos a El adhieren por la fe (Jo. 17,11.15.17.20.24): nada de esto hace la Persona de Jesús en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre; mas por ser Persona divina quien lo hace, tiene mérito y valor infinito cuanto en su Humanidad hace, e infaliblemente obtiene cuanto en su Humanidad pide.

En la Eucaristía, Jesús se hace presente formalmente en cuanto Hombre: en estado de víctima, anonadado, ofreciéndose en sacrificio al Padre, reactuando su Pasión, y orando al Padre por nosotros: cosas todas que sólo en cuanto hombre le competen. La misma fórmula de la consagración mira formalmente a hacernos presente la Humanidad de Cristo: su Sangre viva, y por tanto en una carne animada de alma espiritual; su Carne viva, y así internamente regada por la Sangre y animada por su alma espiritual; «Cristo resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir jamás» (Rom. 6,9), y así, aun en su estado de Víctima en el Sagrario, es un Jesús vivo, incorruptible y glorioso, aunque anonadado por mi amor.

Cierto que también la Divinidad de Cristo —Cristo entero— está realmente presente en el Sagrario, como también lo estaba en Jesús en su agonía y pasión. Pero no en virtud formal de la consagración, sino en virtud de la unión hipostática o personal: la Humanidad de Cristo, doquiera esté, es siempre Humanidad del Verbo, sujeto último de todas sus acciones: jamás dejará el Verbo lo que una vez asumió. Por lo demás, Jesús, en cuanto Dios, es omnipresente: no necesitamos de la consagración eucarística para tenerlo presente; sí, en cambio, la necesitamos para tenerlo presente en cuanto Hombre.

En la Eucaristía perpetúa así Jesús su acción sacrificial, hecho uno con cada uno de nosotros, como se hiciera uno con todos los humanos en su agonía del Huerto y de la Cruz. Ahí ora y suplica por nosotros, pidiendo nuestra salvación y glorificación, o mejor, su salvación y glorificación en cada uno de nosotros, como la pidiera en su Oración Sacerdotal (Jo. 17) y en la oración del Huerto de Getsemaní.

A esa oración se asocia la Virgen María, a la que dice de cada uno de cuantos ve presentes ante el Sagrario, o le reciben en la Comunión: «He ahí a tu Hijo» (Jo. 19,26), para que también Ella sienta como propio nuestro estado de condenación. Y a Ella quiere también asociarnos a nosotros, como miembros suyos, para que con El y con Ella pidamos la salvación y glorificación de Cristo en nosotros; el gozo de María, Madre nuestra, en nosotros. Asociación que siempre está en nuestra mano, pues nos basta ofrecer como propia la oración de Jesús, Cabeza nuestra: «¿Nada adelantáis en la oración? Entonces sea bastante para vosotros ofrecer a Dios las preces que nuestro Salvador hace por nosotros en el Sacramento del Altar, ofreciendo su fervor para reparar vuestra tibieza» (Santa Margarita María de Alacoque, *Cartas*, texto usado por la Iglesia en el Oficio de la Santa).

Identificado con nosotros, y con nuestra desgracia, su oración repite la del Huerto: «Padre, a Ti todo te es posible: si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga como Yo quiero, sino como quieres Tú.»

Yo soy el cáliz de amargura para Jesús Eucaristía: cáliz de amargura por su Madre, al verme tan desemejante a Ella; cáliz de amargura al sentirse El causa de amargura para su Madre, por haberla hecho Madre mía sabiendo cuánto iba a contristarla resistiendo a su ación y a sus cuidados; cáliz de amargura para El, porque haciéndose uno conmigo en la Eucaristía, se siente condenado en mí, alejado en mí de su Padre Celestial, y cargado con todos mis pecados que hace suyos. Agonía procedente del amor loco e incomprensible que le lleva, no sólo a darme por Madre a su propia Madre, sino a hacerse, hecho uno conmigo, solidario de mi maldición y condenación.

Y soy cáliz de amargura para María —que hace suya siempre la oración de Jesús—, porque sintiéndome hijo suyo, y como a tal amándome por orden expresa de Jesús, me ve tan distante y distinto de su Hijo: cáliz vacío de amor desinteresado, pero lleno de ingratitud, debilidad ,malicia, ruindad

y pecado; fruto de su vientre, no bendito como Jesús, sino maldito, alejado de Dios, en estado actual de condenación. Y amándome como a hijo, hace suya mi miseria y condenación, se abaja hasta mí, e intenta levantarme consigo.

Para ayudarla en su impotencia de creatura, Jesús le da su mismo Cuerpo y Sangre para que con ellos nos alimente, asegurándola así que logrará mi transformación en El, haciéndome perfecto hijo de Dios. Pero pasan los meses y los años, y su amor de Madre se exaspera, viéndome siempre con las mismas debilidades y miserias.

Por eso, unida a su Jesús, insiste en su plegaria al Padre: «Padre, a Ti todo te es posible: si es posible, pase de mí este cáliz: que de cáliz de maldición se transforme en cáliz de bendición, rebosante de amor y de hermosura. Tú que hiciste en Mí grandes cosas, vuelve a hacérmelas en este hijo mío, hazlo fruto bendito de mi vientre, en todo semejante a mí como hijo mío, en todo semejante a tu Jesús. Que cuando yo lo mire, pueda ver en él a mi Jesús; que cuando Tú lo mires, veas en él a tu mismo Hijo Unigénito, reconociéndolo así por hijo tuyo, y como a tal lo glorifiques eternamente. Mas no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú: no según la impaciencia que a Mí como Madre me consume, sino por los pasos que en tu eternidad tienes previstos. Pero hazlo, pues sólo Tú lo puedes: muestra conmigo en este hijo que me has dado tu absoluta omnipotencia; alegra el Corazón de tu Hijo Unigénito, que por él se está inmolando; alegra también mi Corazón de Madre, ya que tal Tú me hiciste.»

Sólo comprendiendo el amor inconcebible con que María nos ama, y el amor infinito que lleva a Jesús a hacerse uno conmigo, abajándose a mi infierno de iniquidad para sacarme consigo a su incorrupción y gloria, podremos comprender la agonía y continuidad de esta plegaria: de la plegaria de Jesús y de María en la Eucaristía.

El sacrificio eucarístico de Jesús —reproducción y actualización en mí y conmigo del de la Cruz— perdura hasta que

consigo me vea glorificado. Y así también hasta entonces perdura ininterrumpida su súplica:

«Padre, a Ti todo te es posible. También te es posible convertir en fruto de bendición este fruto maldito al que Yo me he abajado: hacer hijo tuyo a éste que ya he hecho Yo hijo de mi Madre. Si es posible, pase de Mí este cáliz: el cáliz de ver así afligida a mi Madre por este hijo suyo que no acaba de salir de su estado de condenación y de pecado, pues, perdonado tantas veces, vuelve siempre a reincidir; el cáliz de sentirme en él y con él Yo mismo pecador y condenado, débil, lleno de corrupción y de pecado, vacío de amor a Ti, sin deseo vehemente de contemplar tu rostro, lejos de Ti, y sumergido en las preocupaciones de la tierra; el cáliz de ver a este hijo de mi Madre tan ajeno a la perfección y docilidad de Ella; el cáliz de ver a éste, que ya he hecho hijo tuyo como miembro mío, tan lejos de ostentar en sí tu divina imagen, tan ignorante del amor infinito con que Tú le amas, tan poco sediento de morar en tu seno y de recrearse en la contemplación de tu Divino Rostro, tan lejos de ser aún esplendor y figura de mi substancia y de mi gloria, como Yo lo soy de la tuya. Pase de Mí este cáliz, ya que Tú todo lo puedes, y sólo Tú lo puedes. Pero no se haga como Yo quiero, sino como quieres Tú: con la espera y tardanza que Tú quieras, por las vías y modos que Tú quieras, a través de las simas, humillaciones y pecados que Tú quieras. Pero hazlo: Mira a tu Hijo Unigénito haciendo suyo todo lo de este hijo tuyo e hijo de mi Madre. Como por él perseveré en la Cruz hasta que Tú quisiste, así permaneceré en él y con él anonadado en el Sacramento del altar hasta que Tú quieras: hasta que lo lleve glorificado conmigo a tu presencia.»

La petición del Hijo hecho siervo es siempre escuchada por el Padre (Jo. 11,42; 17,24; Hebr. 4,7). Por eso, aunque de mí mismo estoy ya condenado, mi salvación es cierta en virtud de esa plegaria eucarística, por mucho que tarde todavía en llevarse a ejecución.

No romperá el Padre mi filiación mariana, ni destruirá mi incorporación al Hijo. Si esa ruptura se diere, no será obra del Padre, ni de Jesús víctima por Mí, ni de mi Madre María, sino obra exclusivamente mía. Y no obra de mis pecados —por cuya remisión y remedio se están de continuo inmolando—, sino de mi expreso y libre rechazo de la Víctima que por mí se ofrece (Hebr. 10, 26), de mi expresa repulsa a aceptar a María como Madre.

Por eso he de unirme a su oración y hacerla mía: al así unirme, y hacer mía su oración y su deseo, ya no rechazo a la Víctima que por mí se está inmolando, ni a la Madre que sobre mí vuelca su amor, antes quiero hacer mío todo lo de Ellos.

Mas esa oración no puedo hacerla solo: he de hacerla en brazos de María y unido a mi Jesús. No conociendo a Dios, la oración al Padre se me haría imposible si la hiciera solo. Mas si me pongo en brazos de María, y hago mía su plegaria, repitiendo con Ella sus palabras, aunque mis ojos estén legañosos y casi ciegos, estando en brazos de mi Madre veré su rostro, y por la hermosura de Ella y su ternura podré en algún modo concebir y sospechar la hermosura y ternura del Padre que tal Madre me dio.

Tampoco veo la Divinidad del Hijo. Pero entreveo su resplandor a través del vestido de siervo bajo el que entrañablemente se me entrega en la comunión. Y así, en el seno de María, viendo el reflejo del Padre y del Hijo en la hermosura de Ella, que ésa sí está a mi alcance, y viendo la hermosura de Jesús en su vestido de siervo, también a mi alcance, ansíe ver el rostro del Padre y la Divinidad del Hijo, e inste en la oración eucarística de Jesús, por mí hecho siervo, y de su Madre.

Y que esa oración nuestra así asociada sea desinteresada. Si en algún tiempo o lugar hemos de procurar el verdadero amor puro, es en la Eucaristía, donde Jesús y su Madre nos dan tan maravilloso ejemplo de él. Pidamos, pues, al Padre que nos libre de la condenación eterna, no porque sea un

mal nuestro, sino para que desaparezca la agonía del Corazón de Jesús en y con nosotros, la angustia de nuestra Madre: que nos cuente en el número de sus elegidos, no para dicha nuestra, sino para que se inunde de gozo y de consuelo el Corazón de su Unigénito, y exulte de alegría el Corazón de nuestra Madre.

Y así digámosle con Ellos: «Padre, a Ti todo te es posoble.» Si algo se presenta como absolutamente imposible es el salvarme a mí, haciéndome hijo de Dios, que viva de su vida y eternamente me anegue en su gloria y beatitud. Pero lo que es imposible para el hombre, y aun para toda creatura, es posible para Dios: hasta hacerme a mí Dios incorporado a su Hijo para vivir por la misma Vida de El, actuar por la acción de El, entender por el entendimiento infinito de El, amar con su mismo amor infinito. Arraiguemos bien nuestra fe en esa omnipotencia: sólo si creemos pediremos sin vacilar; sólo si confiamos obtendremos lo que esperamos: «esperanza de Dios, tanto obtiene cuanto espera» (San Juan de la Cruz): «Bienaventurada Tú, que creíste, porque se cumplirá en Ti cuanto el Señor te dijo» (Lc. 1,45): nunca creeré bastante en la omnipotencia del Padre, ni me fiaré bastante de su Bondad.

«Si es posible —como lo es—, pase de mí este cáliz»: el cáliz de mi condenación, de mi lejanía de la perfección divina de hijo de Dios, de mi disconformidad con el Hijo Unigénito. Cáliz para mí amargo, no por ser desventura mía, sino por ser desventura de Jesús en mí y conmigo, y angustia de mi Madre. No quiero desear mi salvación como dicha y bienaventuranza mía: salvación o condenación como mías carecen de importancia. Pero sí la quiero y pido como salvación en mí de tu Unigénito, de tu Hijo que en mí se siente condenado; te la pido como salvación de mi Madre, que en mí y conmigo se siente condenada. Para gozo de Ellos, para alegría y consuelo de Ellos, pase de mí este cáliz de ser tristeza y agonía para Ellos: llena de alegría el Corazón de Ellos en mí. Yo no merezco que me salves, sino que me condenes;

pero Ellos sí merecen que los salves en mí, que les des el gozo que para Ellos te pido.

Atiende la súplica de mi Madre, hazla feliz, que es Madre de tu Hijo: para que en mí, por mí y conmigo vuelva a alabarte: «hizo en mí grandes cosas el que es Poderoso»: siendo yo hijo de Ella, sólo se sentirá feliz cuando hayas hecho en mí lo mismo que hiciste en Ella. Atiende la súplica de tu Unigénito que, hecho uno conmigo, siente como propia mi desgracia y mi condenación; que sufre y padece todo lo mío como suyo por haberme hecho miembro suyo; que sólo cuando me glorifiques se sentirá feliz en mí y conmigo.

Para dicha de El, atiende mi plegaria. Mejor: atiende la plegaria que El en mí te hace, pidiendo su glorificación en mí y ofreciéndose a Ti como víctima para obtenerla: no desprecies ni rechaces el amor de tu Unigénito hasta mí abajado. Que no sea ya más cáliz de amargura para El y su Madre: hazme cáliz rebosante de amor para Ellos: en el que beban, y en el que se gocen. Que también en mí, conmigo y por mí, se sientan totalmente felices: que no me duelen mis pecados y condenación por ser desgracia y ruina mía, sino porque son agonía indecible para Ellos.»

Sólo el espíritu de compunción nos hará posible asociarnos a esta súplica: sólo sintiendo vivamente nuestro estado de pecado y condenación podremos unirnos a la oración de Jesús y de María, que se sienten condenados en nosotros. No basta orar con Jesús en brazos de María, movidos de amor puro a Ellos, y con fe inconmovible en la divina Bondad y Omnipotencia: la petición misma se hará imposible si no nos asociamos a los sentimientos de Jesús y de nuestra Madre, si con Ellos no sentimos la actualidad de nuestra desgracia y condenación. Por eso dice la Escritura que el verdadero sabio o conocedor: «abrirá su boca en la oración, y suplicará por sus delitos; luego si el Señor quisiere, lo anegará en espíritu de inteligencia... y en su oración alabará a Dios» (Eccli. 39,7.8.9). Si sintiéramos nuestra desgracia cual la sienten Jesús y María, no nos cansaríamos de asociarnos

a su angustiada plegaria: y nuestro clamor, unido al de Ellos, llegaría hasta Dios. Toda nuestra dificultad para orar con Ellos se debe a la carencia de conciencia viva de nuestra condición de pecadores y de condenados: que nunca será bastante, porque nunca será como la que Ellos en mí y conmigo tienen.

Finalmente, nuestra plegaria ha de imitar el abandono filial de la de Ellos:

«Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú»: Como mi Jesús dejó en tus manos el momento de su glorificación, y mi Madre el de su asunción a los cielos; como ambos dejan en tus manos el momento de su glorificación en mí y conmigo, así yo quiero dejar en tus manos, con filial y entera confianza, el momento de mi transformación total en tu Unigénito, de mi asimilación a mi Mamá Celeste. Por mucho que se multipliquen y perduren mis miserias y pecados, no por eso dejaré de confiar en Ti, de estar seguro de Ti, sabiendo me salvarás para gloria de tu Hijo y dicha de su Madre.

En brazos de la Virgen, perseveremos en esta oración, pidiendo con Ella y con Jesús lo mismo que Ellos piden, con sus mismas palabras e intención. Y cuando, cansado, desfallezca, limitándome a simplemente estarme con Ellos ofrezca como propia la súplica de Jesús y de María, que jamás desfallecen: ame al Padre por el Corazón de Jesús, ámele por el Corazón de mi Madre: haga mía su adoración, su inmolación y su entrañable amor.

Si así a Ellos me asociare, no sólo les seré agonía, sino también fuente de gozo; ni todo en Ellos será petición por mí al Padre, sino también acción de gracias exultante.

Cuando el niño cae, se asustan sus padres, pero gozan al verlo enseguida levantarse; si muere, inenarrable es su aflicción; pero exultante la alegría si lo ven resucitar. Sé así que en mis mismos pecados, si enseguida me arrepiento y pido ser perdonado para consuelo de Ellos, les soy causa de alegría inenarrable: sé que cada vez que me levanto, hago brotar

en Ellos himnos de alabanza y exultante acción de gracias al Padre Celestial, que por amor de Ellos me perdona (cf. Lc. 15,7.10).

¡Qué dicha experimentan los padres cuando su niño balbucea las primeras palabras! No menos dicha sienten Jesús y María cuando ven que empiezo a torpemente orar, a invocar su nombre, a llamarles papá y mamá: y dan gracias al Padre Celestial por la transformación divina que en mí se va operando.

Todo progreso del pequeño es motivo de gozo para los padres. Así todos mis progresos, por mínimos que sean, son alegría para Jesús y mi Madre, y como augurio cierto de mi futuro perfecto desarrollo: y exultan y alaban al Padre, que me va configurando cada vez más como hijo suyo, semejándome a su Unigénito.

Por eso he de esforzarme yo en esos progresos, en los detalles mínimos de cada día, en las atenciones de que es capaz el pequeñín, para ser alegría de su Corazón. Y con Ellos he de dar gracias al Padre: por cada éxito, por cada plegaria, por cada pequeña victoria, por cada pasito dado sin tropiezo: gracias porque ha querido hacer felices a mi Mamá y a mi Jesús. Como se alegra el niño en sus progresos pequeñitos porque ve en ellos la alegría de sus padres, así alégreme yo, no porque sean progresos míos, sino porque veo cuánto alegran a Jesús y a mi Madre.

Uniéndonos así a la petición y agonía de Jesús y de María, e igualmente a sus alegrías y gozos, a sus acciones de gracias y de alabanza al Padre, en Ellos y con Ellos acabaré conquistando al Padre Celestial.

4. Oración eucarística a Dios Hijo

El Padre concede a Jesús cuanto le pide: su oración es siempre atendida (Jo. 11,42; 17,24; Hebr. 4,7). Pero la concesión la hace el Padre a su Hijo directamente, no a nosotros ni a nuestra plegaria.

La acción predestinadora y salvadora del Padre consiste en llevar a Jesús aquellos que El le pide, en entregárselos para que El obre su salvación: «Nadie viene a Mí si el Padre no le atrajere» (Jo. 6,44.46); «Tuyos eran, y Tú me los diste» (Jo. 17,6.9.12.24).

Una vez entregados así al Hijo, nuestra salvación depende ya exclusivamente de Este: Es Jesús el único que nos juzga, declarándonos dignos o indignos de entrar en el cielo: «El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo... y le dio potestad de hacer juicio, porque es el Hijo del Hombre» (Jo. 5,22.27). Nuestra dicha es que, entregados al Hijo, sabemos que Este nos salvará, porque para eso vino al mundo, haciéndose uno con nosotros: «No envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El, a fin de que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jo. 3,17; 12,47; Lc. 9,56): «Nadie viene a Mí, si mi Padre no le atrajere; y al que venga a Mí Yo no lo echaré fuera» (Jo. 6,44).

Si Jesús pide y merece nuestra salvación como hombre, la obra como Dios: sólo el Poder divino puede hacernos hijos de Dios. Y todo el Poder divino está en Jesús como herencia y donación del Padre: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra» (Mt. 28,18), «todas las cosas puso el Padre en sus manos» (Jo. 13,3), «todo lo que tiene mi Padre, es mío» (Jo. 16,15).

Si nos unimos a Jesús en su estado de siervo para obtener la predestinación del Padre, y en su estado de siervo le tratábamos, también hemos de tratarle como a Dios, pidiéndole obre en nosotros la salvación que por su muerte en hábito de siervo quiso del Padre merecernos.

Y tanto más hemos de procurar conquistarlo y propiciarlo cuanto nuestro comportamiento con El en su ser de siervo, tan indigno, en cierto modo ha de mover a su Persona divina a rechazarnos, aunque en definitiva no lo hará por ser salvador de cuantos en El creen. Pero puede indefinidamente retardarla por nuestra ingratitud.

Si para el Padre no hay más camino que el Hijo, para el Hijo no hay más camino que la Madre: nadie irá a El, si no es por María, cual insistentemente nos recuerdan los Papas. Unidos, pues, a Ella en la soledad eucarística, con Ella insistentemente roguemos a su Hijo, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, para que emplee su omnipotencia en nuestra santificación y salvación.

Con Ella y en sus brazos, digamos a Jesús la oración de Ella:

«Jesús Dios, a Ti todo te es posible, y sólo Tú eres mi Salvador: si es posible, pase de Mí este cáliz; mas no se haga como Yo quiero, sino como quieres Tú.»

Así pide María a su Hijo Dios cambie el contenido de maldición que llena mi corazón y es como el vestido con que ante Ella aparezco (Sal. 108,18), y me haga de una vez «fruto bendito de su vientre». De continuo gime y suplica por nosotros y en nosotros para obtener de su Hijo Dios nuestra transformación. Transformación que vimos también pide Jesús en su hábito de siervo, en su ser de inmolado, pero a la que diría se resiste la Persona divina del Verbo, al contemplar cuán mal le trato en su ser humano por el que es «Dios conmigo».

María no pide sola: hace que el Espíritu Santo, Esposo suyo, pida en Ella y en mí como Amor Infinito del Padre y del Hijo, «con gemidos inenarrables» al Hijo (Rom. 8,26). Sabemos que el Espíritu Santo ni pide, ni ora nada como Persona divina, pues oración implica inferioridad del que ora; pero nos hace orar (San Agustín): y nos hace orar haciéndose El mismo comprincipio, por la gracia, de nuestra oración, para que sea divinamente acepta: ora conmigo y en mí (Rom. 8,26); ora gozoso con María, en María y por María, su Esposa, con la que tiene que colaborar para que Yo nazca hijo de Ella, como colaboró con Ella para que concibiera a Jesús.

También se sirve María —y con Ella he de servirme yo— del Padre Celestial para conquistar al Hijo-Dios, pidiéndole

le recuerde que nos ha entregado a su Hijo, no para que nos condene, sino para que nos salve (Jo. 3,17; 12,47; Lc. 9,56), y recordando al Hijo su promesa de no rechazar jamás a los que el Padre le ha entregado (Jo. 6,44).

Y también se sirve ante la Persona divina de su Hijo de la naturaleza humana que Ella le dio, de los sentimientos de su Corazón humano, idénticos a los de Ella, recordándole cuánto sufre por mí su Corazón humano en su estado y ser de siervo en la Eucaristía: «Puesto que en tu estado y ser de Dios puedes curarle, y Yo para eso lo he traído a Ti, y él se ha dejado arrastrar y ha venido, aunque remolón y con el espíritu ausente, ¿por qué no te ahorras ya todos esos dolores, y me los ahorras a Mí, rompiendo las avenidas de tu amor omnipotente, para que desaparezca la angustia de tu Corazón humano, y del mío, a fin de que en adelante puedas Tú beber en él el amor mío, y Yo beba en él el amor tuyo?».

Pues de tal modo quiere María verme transformado en su Hijo que, al amarla yo a Ella, sienta que es el mismo Jesús quien la ama en mí; y al amarme a mí, sienta que está amando a su Jesús, en mí, conmigo y a través mío. Por eso le pide me haga de una vez «fruto bendito de su vientre», para que pueda presentarme a El, afligido por mí en la Eucaristía en su ser de siervo, no como cáliz del hiel y maldición, sino como «cáliz suyo rebosante» (Sal. 22,5), lleno del mismo amor de Ella.

Que al decirle Jesús «He aquí a tu hijo», pueda gozar añadiéndole en verdad: «Este cáliz mío, que como hijo te entrego, de tal modo lo he tranformado ya en mí que es cáliz rebosante de mi mismo amor divino a Ti, que de él hago fluir: Yo estoy ya en él, como el Padre está en Mí (Jo. 17,23): Yo lleno de mi Padre, él lleno de Mí, para que en él me encuentres a Mí y en Mí te goces.»

Entonces seré yo cáliz rebosante de mi Madre María, cuando todo el amor que de mí fluya sea ya amor de Ella, que en mí, conmigo, por mí y a través mío ama a su Divino Hijo.

Y entonces seré cáliz rebosante de Jesús, cuando todo amor mío a mi Madre, sea amor de Jesús en mí, que en mí fluya como río de aguas vivas, como fuente inagotable de la que mi Madre beba.

Hasta que esa transformación plena se consiga, insistirá María en su plegaria con angustia creciente: «Pase de Mí este cáliz de amargura: cámbialo en cáliz de gozo puro inagotable».

Y como Madre es impaciente. Raquel dijo a Jacob: «Dáme hijos, si no quieres que muera» (Gén. 30,1). ¿Cuánto más María pedirá a Jesús con agonía de muerte por los hijos ya engendrados?: «Sálvame a este hijo, si no quieres que muera: ya estoy harta de esperar y de aguardar. ¿Para qué quieres toda tu omnipotencia? Aunque él no lo merezca y te resista, hazlo por Mí, compadécete de Mí.»

Y el Corazón humano de Jesús, hecho por mí siervo y esclavo en el Sagrario, se estremece de pena viendo sufrir por mí a su Madre; y su pena y dolor humanos, pero de mérito infinito, mueven al Verbo en su Divinidad a hacer el milagro y maravilla de transformar lo que es pura bajeza y ruindad en la misma divinidad de Cristo, en imagen viva del Redentor, por El en todo actuada.

Tanto más que con María se entristece y sufre en nosotros el Espíritu Santo que Ella nos ha dado, y al que contristamos cada vez que pecamos (Ef. 4,20): también El, unido a la angustia de María, le suplica en Ella y en nosotros nos convierta en cáliz de gozo, dóciles a El en todo: que de una vez nos disponga para que El pueda hacer fluir en nosotros ríos de aguas vivas (Jo. 7,38,39): los mismos ríos de agua viva y de amor que El, como Amor Infinito, hace fluir de continuo en el Corazón de María y en el Corazón humano de Cristo. También El, en María y en mí le dice: «Pase de mí este cáliz: que Tú lo pasaste muy amarago en la Cruz; pero ahora me toca pasarlo también a Mí en cada alma, a la que con María hago nacer.

Por todo esto, la oración de María por sus hijos es del

todo infalible: sus deseos coinciden con la voluntad del Padre Celestial, que lo dio al mundo para salvarlo. Cumplir la voluntad del Padre es el manjar del Hijo. Por eso Jesús nos dice: «Y al que venga a Mí —atraído por el Padre—, Yo no lo rechazaré» (Jo. 6,44).

Mas para apresurar la hora de la concesión de tanto bien, unámonos nosotros a la plegaria de la Virgen, quitando así las resistencias libres que oponemos al don de Cristo.

Y como presupuesto que condiciona esa oración, y con espontaneidad la hace fluir, he de percibir claramente mi desdicha y estado de condenación, y vivamente experimentar hasta qué extremo soy para mi Madre cáliz de amargura, al verme tan distante de su Hijo, cuando en todo me quisiera a El conforme. Sólo entonces podremos pedirla: «Ea, Madre, fuente de amor, hazme sentir tu dolor, para que llore contigo» (*Stabat Mater*).

Sólo entonces podré desear y pedir la salvación, no como mía, sino como de mi Madre en mí, que ahora en mí y conmigo se siente condenada. Mirándome a mí, nada importaría me salve o me condene: ni la dicha de Dios ni la perfección del Universo van a perder nada con que yo sea eternamente desgraciado. Mas mirando a María que me quiere como Madre, y su aflicción por mí, he de desear mi salvación y sin cesar pedirla: para consuelo y alegría de mi Mamá, que no se siente salvada si yo, siendo su hijo, no me salvo.

Deséela y pídala igualmente para que sienta gozo el Corazón humano de Jesús, hecho siervo en mí y conmigo en el Sagrario, solidario de todo lo mío por amor inefable: si como Dios nada me necesita, como hombre ansía mi amor, mi entrega a El, mi salvación. Puesto que en su hábito de siervo ha de aguantar el trato que yo le dé, jamás podré imaginar cuánto desea que mi trato con El sea de amor. Mirándole así a El y a mi Madre, nada desearé tan empecinadamente como que me convierta cuanto antes en cáliz de bendición y de amor: para que mi Mamá no se sienta abochornada de mí ante su Jesús; para que Jesús no se sienta

abochornado ante su Madre por haberla hecho Madre de un hijo tan ruin; para que su Corazón no se sienta en mí desamado y postergado cuando en la comunión le recibo.

Deséela y pídala también, en brazos de mi Madre, para alegría y gozo del Espíritu Santo que en mí mora, a ruegos de su Esposa María. No busque mi alegría, sino la de Ellos; ni aun el gozo de saber su alegría: básteme desear que Ellos la tengan, aunque yo del todo la desconociere. Que aunque yo nunca hubiera de obtener mi salvación como mía, que Ellos al menos tengan siempre alegría en mí, gozo en mí, descanso en mí.

Hagamos esa petición unidos a María y en sus brazos. Pero aún más, dejemos la haga Ella, en su nombre y en el nuestro: encargarle a Ella que la haga, y estarnos a su lado, confiando en su plegaria y no en la nuestra. Nuestra asociación activa a Ella ha de ser más bien al principio de nuestra oración ante el Sagrario: luego dejarla a Ella silenciosos, y sólo de vez en cuando, mirando su agonía, volvernos a unir activamente a Ella, pidiendo a Jesús que la consuele.

Y en sus brazos sintámonos en el seno del Padre, en el que Ella mora. Y aunque en EL AMOR (Lib. VI, cap. III) dijimos que hemos de abandonar en manos de ese Padre la hora de nuestra unión con Cristo, pienso no estará mal que le demos un poquito de prisa: Que pasan los días, que pasan los años, que nos hacemos viejos, y no llega. Ya sé que llegará, porque eres mi Papá, y me has dado a tu Hijo, y has hecho a su Madre Madre mía. Mas por El, por mi Mamá, por el Espíritu Santo a quien en mí contristo, ¿no querrías apresurar un poquito esa hora? Mas no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú; pero, por favor, aunque no por mí, apresúrala por Ellos.

Y con María unámonos a Jesús en el Sagrario en su estado de siervo. Creo que es Dios, y sé que es como Dios que puede y quiere remediarme, es como Dios que atiende la plegaria de María. Pero, incapaz yo de entenderle y de conocerle como Dios, trátelo como esclavo mío, siéntalo como

esclavo mío, que a tanto se ha abajado por mi amor; y así, avergonzado y confundido en su presencia, esfuérceme yo en ser esclavo de El, consuelo siempre para su Corazón. Así le daré todo el camino hecho, para que El, como Dios, pueda hacer en mí toda su obra, al no hallar en mí ya resistencia: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y en brazos de María, viéndolo en su estado de siervo, no nos cansemos de decirle: «¿Quién me dará a Ti, hermano mío, que te encuentre mamando en los pechos de mi Madre —en cuyo seno me has Tú mismo colocado—, y allí te bese y me una a Ti, y ya nadie me desprecie?» (Cant. 8,1). Porque desde que la hiciste Madre mía, me tiene en sus brazos, por sucio, ruin y pecador que sea, y sufre al verme de Ti tan alejado: Dále el gusto de que nos tenga juntos, perfectamente unidos: perdóname, hermoséame y transfórmame de tal modo que, al mirarme, goce de verme «fruto bendito de su vientre», como fruto bendito eres Tú.

Si así usamos de María nuestra Madre, si nos servimos de Ella para conquistar a su Hijo, ¡cuán pronta y perfecta será esa conquista!

5. Oración eucarística al Espíritu Santo

Conquistado el Hijo, no es El, sino el Espíritu Santo que nos da, el encargado de deificarnos, transformándonos en Cristo. El es El Espíritu Deiforme, cual reiteradamente lo llaman los Santos Padres, porque su oficio es darnos la forma de Dios.

Sin ese Espíritu en nosotros, todo es debilidad e inmadurez. Por eso Jesús encarga a sus apóstoles que ninguna iniciativa tomen hasta ser revestidos del Espíritu Santo: «Les mandó no alejarse de Jerusalén, esperando allí la Promesa del Padre... Y recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y entonces me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Act. 1,4.8).

Estando El en nosotros, nos transforma en paraíso divino, regado y fecundado por el mismo Dios: «El que cree en mí, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas... Y esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los creyentes en El; pues no había sido dado todavía el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jo. 7,38.39).

Siendo nuestra transformación y salvación obra del Amor Divino, es connatural que tal obra se atribuya al Espíritu Santo, Amor substancial infinito trinitario del Padre y del Hijo. Así predestinación y salvación es obra indivisa de las Tres Divinas Personas, concurriendo cada una con su matiz personal propio, aunque derivado en el Hijo y el Espíritu Santo, como es derivado u originado su mismo Ser.

Por el Espíritu Santo, como espíritu que es de Jesús, obra Jesús en nosotros como Vida nuestra, e interiormente nos asimila y transforma. Por eso dice: «Conviéneos que Yo me vaya; pues si no me fuere, no vendrá a vosotros el Paráclito; mas si me fuere, os lo enviaré... Cuando viniere a vosotros ese Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad, pues no hablará de sí mismo, sino que cuanto oyere (de Mí) os lo hablará, y os anunciará lo que ha de venir. El me glorificará, porque de Mí recibirá y os lo anunciará. Todo lo que tiene mi Padre es mío: por eso dije que recibirá de Mí y os lo anunciará» (Jo. 16,7-15). Sólo en cuanto Cristo es Dios puede el Espíritu Santo recibirse de El. Sólo cuando el Hijo Dios ha sido conquistado nos envía el Espíritu Santo para que le glorifique, haciéndole vivir, no sólo en Sí, sino en nosotros.

Por eso nuestra oración ha de dirigirse al Espíritu Santo, que nos ha sido dado para deificarnos. Oración imposible si pretendemos hacerla solos: es la Persona divina que menos conocemos —hasta su nombre es metafórico, y no propio—: Mal voy a orar a quien tan mal conozco.

Pero María, Esposa suya, le conoce, y fue siempre docilísima a su acción. Unidos a Ella, la oración al Espíritu Santo y su conquista se hace para nosotros la más fácil. Y tam-

bién la más inmediatamente eficaz: tanto por su deseo de ser fecundo en y por María, cuanto porque su voluntad es *la misma* que la del Padre y del Hijo, quienes, al dármelo, quieren ya por eso mismo deificarme.

Por eso, si la petición al Padre es angustiosa, como la de Jesús en Getsemaní y en el Calvario, la petición al Espíritu Santo ha de ser, sí, insistente, pero sin angustia, con plena y alegre confianza. Diría que su conquista ya está hecha. Su gozo es darlo al Padre y al Hijo, que le han remitido mi persona para que la deifique. Su gozo es complacer a la Virgen María como a Esposa, ejerciendo en Ella su fecundidad, haciéndome «fruto bendito de su vientre», como hiciera a Jesús cuando María lo concibió.

Fecundada por el Espíritu Santo para engendrar a Jesús, también ha de ser María fecundada por El para engendrarme a mí. Por eso, cuando le dice de mí Jesús en el Sagrario: «He ahí a Tu hijo», se vuelve Ella al Espíritu Santo para que la dé fecundidad y eficacia para hacerme hijo suyo, del todo semejante a su Jesús. Y viendo el estado de debilidad en que se inicia la vida sobrenatural que Ella me da, no cesa de implorar a ese Divino Espíritu:

«Como Dios, a Ti todo te es posible: si es posible, pase de mí este cáliz; peor no se haga como yo, en mi impaciencia de Madre, quiero, sino como quieres Tú, cuyas vías superan toda mente creada.»

Es esa plegaria insistente de María la que hace que el Espíritu Santo, queriendo en todo como a Esposa complacerla, no se canse de mí, ni cese en su obra santificadora, pese a mis resistencias, hasta convertirme en cáliz de consolación para María.

Y a la plegaria de María se une Jesús en el Sagrario, en su hábito de siervo, no cesando de recordar a ese Divino Espíritu que nos ha entregado a El para que nos santifique y deifique: que nos convierta en cáliz de consolación y gozo para su Corazón cuando con El tratamos en el Sacramento

de su amor: que sólo entonces descansará y reposará en nosotros cual desea, y se hallará en nosotros a sus anchas, cuando halle en nosotros el mismo amor a El con que su Madre le ama, porque el mismo Espíritu que ama en Ella ama en nosotros.

Es deseo de Jesús, al decir a su Madre «he ahí a tu hijo», ofrecerme a Ella como cáliz rebosante del mismo amor que El la tiene, recibiendo de mi el mismo amor que de El recibe, para que en todo me sienta ya como hijo suyo. Es ese deseo de Jesús el que presiona y da al Divino Espíritu, para que al presentarme a su Madre en la comunión pueda decirle: «Te lo ofrezco como cáliz rebosante de mi amor, para que te sientas amada por este hijo tuyo con el mismo amor con que te he amado y amo Yo.»

Y no menos es deseo de María ofrecerme a su Hijo como cáliz rebosante del mismo amor que Ella le tiene. Hecha mi Madre, todo lo de Ella es mío, y mío su amor: Jesús quiere le ame con el amor de su Madre, que sólo el Divino Espíritu puede hacer fluir en mí. Y cuando al venir a mi corazón lo encuentra destartalado y sucio, como el establo en que quiso por primera vez nacer, es María quien por mí le atiende y le consuela, haciéndole grata su morada: Te ofrezco este cáliz en que he puesto todo mi amor, este corazón del hijo que me diste; y aunque él no tiene nada, te quiero amar en él y por él con el mismo amor que yo te tengo, de modo que al beber el amor que de él mana, sientas de verdad que es mi amor lo que bebes: en medida pequeñita, porque pequeñín es él; pero con la misma agua que de Mí fluye: deléitate en él como en fuentecilla, en que reposes y gustes de mi amor.

Así, tanto Jesús como María obtienen del Espíritu Santo haga fluir en mí ríos de agua viva: agua viva que es el mismo amor de María a su Jesús, y de Jesús a su Madre. Si el amor de ambos es el Espíritu Santo que sobre Ellos descendió y en Ellos mora, también el Espíritu Santo será en nosotros ríos de amor. Y para que no haya en mí más

aguas que las que El haga fluir, busca ese Divino Espíritu totalmente deificarme y transformarme.

Unámonos a María en su oración. Ella impetró su venida sobre los apóstoles «que reunidos perseveraban todos en oración *con María*, la Madre de Jesús» (Act. 1,14). A Ella unidos, pidámosle al Jesús del Sagrario nos lo envíe. Y con Ellos supliquemos a ese Divino Espíritu someta con su Poder nuestra libertad, quiebre todas nuestras resistencias, bloquee cuanto de desordenado surja en nosotros, y luego lo anegue, transforme y vivifique con su inundación divina, haciéndonos hijos perfectos de María.

Y sepamos que nada agradará tanto al Espíritu Santo como acceder a nuestra petición para agradar a María.

El es la única Persona divina que no tiene directamente fecundidad interna trinitaria: el Padre es originante; el Hijo originado y originante; el Espíritu Santo es sólo originado.

Pero la fecundidad que le faltaba, la adquiere por vía indirecta en la Encarnación del Verbo: y es en María y con María que quiere ejercerla. Con Ella y en Ella santifica la naturaleza de María para pasarla al Verbo por la generación de la Madre. Y esa naturaleza humana del Verbo se inserta real y propiamente por el Verbo en la Trinidad Beatísima. Y el Espíritu Santo, que en María, con María y por María, le da esa naturaleza, adquiere fecundidad interna trinitaria con relación al Verbo, por razón de la Humanidad que Este asumió. Si es verdad que El procede del Padre y del Hijo, también es verdad que la naturaleza humana que el Verbo asume y hace suya, insertándola así en la Trinidad, la recibe del Espíritu Santo, quien en unión con María se la traspasa.

Ni se limita esa fecunddad a introducir la Humanidad de Cristo en el seno de la Trinidad sino que también introduce en Ella a cuantos creen en Cristo, deificándolos con fecundidad ilimitada y maravillosa: Es El, quien en María y con María engendra a todos los hijos de Dios, para introducirlos a todos en la Trinidad Beatísima incorporados al Hijo.

Su fecundidad sobrepasa así toda comprensión. Y es en

cierto modo fecundidad interna trinitaria, que hereda del Padre y del Hijo, pues aunque directamente no se termine a las otras dos Personas en su Ser divino, es capaz de convertir en verdaderos *hijos de Dios* a cuantos crean en Jesús, por muchos e innumerables que sean: a todos los introduce en la Trinidad, haciéndolos vivir de la misma Vida trinitaria: y todos son fruto de la fecundidad del Espíritu Santo. Fecundidad que no ha querido ejercer sino en, con y por la Virgen María.

Espíritu deificador, nos convierte en dioses, hijos del Altísimo. Espíritu vivificador, a El se debe toda vida: especialmente la sobrenatural y divina que es comunicación específicamente suya. Comunicación que hace con María y por María pues sólo con Ella, en Ella, y por Ella se nos transmite esa Vida.

De ahí podemos colegir cuán feliz se siente el Espíritu Santo con la Virgen María, sin la que ninguna fecundidad quiere ejercer; cuánto gozo tiene en complacerla; cuánto le agrada su petición por mí: «Si es posible, pase de Mí este cáliz: a este hijo ahora aún ruin y lleno de pecado y de miseria, hazlo Tú «hijo bendito de mi vientre», pues no es sólo hijo mío, sino que entre los dos lo engendramos.»

El Espíritu Santo no rechazará esa petición por mí: con su omnipotencia dominará mi libertad rebelde, y de mi ser hará fluir ríos de amor, para gozo de mi Mamá, y gozo de El en Ella.

Aunque el Espíritu Santo sea para mí la Persona divina más desconocida, su conquista es para mí la más fácil si interviene María. Fácil si me uno a Ella, que del todo lo tiene conquistado: si desde los brazos de Ella le suplico deje de ser yo cáliz de amargura para mi Madre, trocándome El en cáliz de bendición, de amor y de gozo para Ella.

Pídale, sobre todo, que someta mi libertad, aunque sea rebelde; que use de su infinito poder conmigo, sin hacer ningún caso ni respeto de mi libertad, ya que yo se la entrego por manos de María: que aunque luego patee, El se encar-

gue de llevarme por sus caminos sin hacer caso de mis resistencias.

Y exultemos en acción de gracias en nuestra oración eucarística: la misma *eucaristía* significa «acción de gracias».

Gracias al Padre y al Hijo por todas las maravillas que quisieron obrar en María por el Espíritu Santo; gracias especialmente por la dación a Ella, total y exclusiva, de ese mismo Espíritu. Gracias al Espíritu Santo porque ha querido hacer fecunda la virginidad de María para engendrar al Verbo, y para engendrarme a mí y a cuantos en Jesús creen.

Gracias al Espíritu Santo porque de tal modo se ha entregado a la Virgen María que nada quiere hacer, sino en Ella, con Ella y por Ella: su entrega total a Ella es nuestra seguridad, pues es a mi Madre a quien se entrega. Como Persona divina es esencialmente activo, y para que actúe en nosotros nos lo envía Jesús. Y su actividad en mí no se recortará, porque carece de límites el ansia de mi Madre en su deseo de verme idéntico a su Divino Hijo: Ella le estará excitando de continuo para que obre y apresure mi transformación.

Gracias a nuestra Madre, porque al ser Madre mía ha querido sea mío todo lo suyo, para que como propio y mío pueda ofrecerlo a las Tres Divinas Personas.

Y ya que todo lo suyo es mío, suplíquele sobre todo me haga heredar su pequeñez y su docilidad; que ya que Jesús me la dio por Madre, y Ella me ha hecho hijo suyo, me dé lo que de Ella es propio: el ser pequeñín del todo, no resistiendo a la acción del Espíritu; el ser completamente dócil a las mociones de ese mismo Espíritu Santo.

Que Ella en mí, y yo en Ella y con Ella, digamos siempre: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Para que también juntos por toda eternidad digamos: «Miró la pequeñez de su sierva, e hizo en mí grandes cosas el que es Poderoso.»

Que Ella cuide y vele para que el Divino Espíritu nos defienda, santifique y vivifique en todo y siempre; que Ella

haga no se canse de nosotros cuando tantas veces le resistimos y en nuestro interior le contristamos. Que cual Ella, como Madre, me aguanta, así me aguante El.

6. Nuestra asociación plena a María en la oración eucarística

La oración trinitaria eucarística, al simplificarse, se hace y debe hacer simultáneamente a las Tres Personas divinas en unión con nuestra Madre: lo que en Dios está unido e indiviso, no lo separemos nosotros.

No obstante, al principio, quizá convenga hacerla por separado, cual la describimos, para ejercitarse en ella: lunes, martes y miércoles, al Padre; jueves y viernes al Hijo; sábado al Espíritu Santo, procurando el domingo unirlas las Tres en nuestra adoración y oración eucarística. Una vez adquirido cierto hábito, espontáneamente la adoración y oración se dirigirá simultáneamente a las Tres.

A la vez, hemos de ir procurando salir de la adoración y petición individual y singular o particular nuestra para convertirla cada vez en más universal. Nuestra oración será tanto más eficaz para nosotros cuanto más sea universal por todos los redimidos. Por eso el mismo Jesús nos enseñó a usar siempre la fórmula universal: «Siempre que orareis, oraréis así: Padre *nuestro*...».

Así se irá perfeccionando también, y haciéndose más plena, nuestra unión con la Virgen María y con Jesús en la Eucaristía.

La Virgen María se siente Madre de todos, y por todos se angustia. Jesús se siente hermano de todos, y Cabeza de todos, y así por todos se inmola, quiere hacer suyas las miserias y pecados de todos. Si me uno a ellos, he de participar no sólo su agonía por mí, sino también su agonía por todos los redimidos. De lo contrario, mi unión y comunión con ellos será sumamente parcial e imperfecta.

Hay muchos que no se acercan, o se acercan poco a la Eucaristía, y así no dejan a Jesús hacer propias sus miserias y pecados para destruirlos. Nosotros hemos de servir de intermediarios, presentándolos a Jesús y a la Virgen en nuestra oración eucarística, haciéndoles presentes todas sus miserias y pecados, hablándoles de ellos, ponderando las cosas buenas que hay en ellos.

Muchas veces no sabemos qué decir en nuestra oración. Cuánta materia tendríamos si le fuéramos hablando a Jesús y a nuestra Madre, uno por uno, de cuantos conocemos y tratamos, acabando finalmente por encomendarles a todos los desconocidos en conjunto, que yo no conozco, pero que Ella como Madre, y El como Redentor, tan bien conocen y tanto aman: «Yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a Mí». (Jo. 10,14).

Ningún gozo mayor podemos dar a María que hablarle de sus hijos; ninguno mayor a Jesús que hablarle de sus hermanos, de sus redimidos, de sus miembros, por los que se está inmolando. Amando como aman, tienen gran alegría en oír nuevas de sus amados, en conversar con nosotros sobre ellos y de ellos.

Mas para que esa conversación nuestra sea agradable a la Virgen y a Jesús, es menester que sea de alabanza y de excusa de nuestros hermanos, nunca de acusación.

Una madre podrá quejarse de sus hijos, incluso hablar mal de ellos; pero ni aún en ese caso tolera que los demás los acusen: lo que busca con sus quejas es que se les defienda y excuse, ponderando las cosas buenas que tienen: y entonces su corazón se alegra. Y lo mismo pasa con el padre. Nunca gozan tanto como cuando les alaban a sus hijos, e interpretan bien todas sus desatenciones, y eficazmente los excusan ante ellos.

Si así lo hacemos, será verdadera nuestra reparación eucarística: llenaremos de gozo y de consuelo el corazón de nuestra Madre y de Jesús: y los moveremos a derramar sus

bendiciones y sus mimos sobre nosotros y sobre cuantos en nuestra oración les recordamos y encomendamos.

Recorriendo a cada uno de los que tratamos y conocemos, destacar ante Jesús y María todo lo bueno que tienen, todo el amor, por mísero que sea, que en sus corazones anida, todas sus buenas intenciones y deseos. Y felicitarles a Jesús y a María por tantos bienes como en esos hijos suyos han derramado; y sobre todo destacarles cuánto les quieren, cuánto desean y han deseado amarles, por más que el amor eficaz sea anegado por las debilidades. Con esto les llenaremos de alegría, dándoles el consuelo que desean, disminuyendo su agonía.

Lugo presentarles los desvíos en que caen, los pecados que quizá cometan: y verlos enormemente más pequeños que los míos. Y así como yo espero misericordia, pedirles que con mayor razón han de tener misericordia de todos ellos, sanándolos de todas sus debilidades, perdonándoles todos sus pecados, inflamándolos en su divino amor.

Y suplicar por ellos con entera confianza: si confío que me perdonan y remedian a mí siendo tan malo, mucho más he de confiar que les remediarán a ellos. Y hacer presente a nuestra Madre y a su Divino Hijo que si a ellos se mostraran como a mí se me muestran, si a ellos los atrajeran como a mí me atraen, les amarían inmensamente más que yo, y les serían mucho más fieles. E insistir sin desfallecer hasta que los atraigan y enamoren.

Para hacer bien esto no conozco más que un medio: sentir sinceramente que yo soy inmensamente peor que todos los demás: que todos serían mucho mejores y más fieles que yo si recibieran las gracias y comunicaciones de fe que yo recibo, la inundación de amor con que me regalan aún viéndome pecador y miserable.

Si uno se tuviere, poco o mucho, por mejor que aquellos por quienes ora, no sabrá excusarlos sinceramente, no sabrá alabarlos, antes sin darse cuenta los acusará: y entonces no consolará a los Corazones de Jesús y de María, sino

que aumentará su aflicción: aflicción por los hijos distantes; aflicción por mí, que tan poco entiendo la belleza de esos Corazones.

Y tampoco mi oración por ellos será confiada, y así resultará ineficaz. Pues lo que precisamente me hace confiar y tener certeza de ser en favor de ellos escuchado, es que sé y siento que de mí se compadece siendo mucho peor que todos ellos, y así ya no puedo dudar se compadecerá de ellos, más dispuestos que yo a recibir la divina misericordia.

Esa persuasión con que los tengo a todos por mejores, por pecados que vea en ellos, ha de ser sincera: la hipocresía la detesta Dios.

Sinceridad que nada cuesta al que se enfrenta a sí mismo y a sí mismo se conoce. Yo sé mi miseria y ruindad, sé que estoy condenado si Jesús no me salva, percibo el abismo de mi malicia, resistencias y egoísmos. Mas de los demás sólo veo lo exterior, desconociendo su malicia interna. Uno en quien viera todo pecado imaginable puede ser más agradable a Dios que yo: si él hubiera recibido las gracias e ilustraciones recibidas por mí, pudiera haber sido a ellas mucho más fiel que yo, mucho menos pecador que yo; y si yo no hubiera recibido las gracias e ilustraciones de que él carece, todo el desorden actual de mi vida me hace razonablemente suponer que hubiera pecado mucho más que él. Y en tal caso, ciertamente es él menos culpable, menos mísero ante Dios que yo. Si con tanta ilustración y gracia, tantos perdones y mimos, sigo siendo tan ruin y malo, ¿quién podrá imaginar lo que sin todo eso hubiera sido?

Pero aún hay más. Jesús nos dice: «Y tengo otras ovejas que aún no pertenecen al redil; pero también ellas oirán mi voz, y se hará un solo redil y un solo Pastor» (Jo. 10,16). Yo no las veo ahora como ovejas; pero Jesús las ve y ama ya ahora como ovejas suyas, en las que se complace: las ve, no sólo como son ahora, sino como serán después. Cualquier discípulo de Cristo pudiera haberse considerado superior a San Pablo, viéndolo perseguidor; mas en pocos de ellos

se complacería tanto Jesús, viendo el «vaso de elección» que haría de él, cuando le hiciera oír su voz, y sabiendo la fidelidad y heroismo con que a esa voz se sometería cuando le llamara. Muchos cristianos pudieran considerarse más agradables que Agustín, viéndolo pecador; mas en pocos se agradaría tanto Jesús, viendo cómo había de entregársele enamorado tras su conversión. Nosotros sólo vemos el estado presente: Dios contempla el futuro ya como presente: para El todo es presente.

Si esto advierto, jamás me constituiré en acusador de nadie; antes a todos los excusaré, a todos alabaré ante mi Dios. Y aguantaré con alegría a aquellos con quienes Dios me ha hecho convivir, dando por cierto que me aguantan mucho más ellos a mí: que no son ellos los culpables, sino yo, de las dificultades de nuestra convivencia.

La humildad, *que es la verdad,* es así condición necesaria, y creo también suficiente, para que nuestra oración por los otros sea verdadera y agradable a Dios, que así la atenderá; y para que nuestra reparación sea realmente tal, llenando de gozo a Jesús Eucaristía y a mi Dulce Mamá: tanto más gozo y consuelo, cuanto más miserable y pecador yo soy, si en ellos busco perdón y remedio.

Y esa oración por los otros, con el espíritu dicho —de humildad y de verdad—, hacerla insistentemente a las Tres Divinas Personas, cual expusimos en los apartados anteriores: pidiendo su remedio y el nuestro para consuelo del Corazón de nuestra Madre y del Corazón humano de su Hijo Jesús, víctima eucarística por todos.

Este es el apostolado de la oración. Tan eficaz, que remediaría todos los males, tanto propios como ajenos. No perdamos tiempo buscando cómo hacer el bien, disponiendo de medio tan eficaz como sencillo.

Que cuando Jesús en la Eucaristía me pregunte como a Caín: «¿Dónde está tu hermano?», yo pueda con verdad responderle: Aquí está: en mi corazón te lo traigo.

Capítulo X

LA MADRE TRAS LA RESURRECCION

1 María, en su soledad, inicia el ejercicio de su Maternidad Espiritual

Sepultado Jesús, la Iglesia conmemora la soledad de María, durante el Sábado Santo. Soledad mezcla de gozo y de tristeza, aunque pensamos predomina aquél.

Gozo, porque su fe le dice la gloria y dicha de Jesús una vez muerto. Tristeza por la pena de la ausencia sensible del objeto de su amor. Mas la pena de esa ausencia ya se había iniciado con el comienzo de la vida pública de su Hijo. Y no terminaría con la resurrección gloriosa de éste, sino que se prolongaría hasta el día en que Ella misma subiera en cuerpo y alma a los cielos. Grande es esa nostalgia del Amado; pero no menor el gozo de saber su dicha, pues que el amor piensa más en su Amado que en sí mismo.

Mas no concibamos esa soledad de María como un aislamiento, un mero ensimismamiento. Desde la sepultura de su Hijo hasta su resurrección está intensísimamente ocupada con los nuevos hijos que Jesús le ha dado al morir, pues «Ella, abrazando de todo corazón la herencia de inmenso trabajo dejada por su Hijo al morir, *inmediatamente* comenzó a desempeñar con todos los oficios maternales» (Pío XI, Enc. *Lux veritatis*, Denz. 2271).

Sabemos cuánto necesitaban los apóstoles de esos cuidados maternales: nunca tanto necesitaron de una Madre. Su fe debilitada, si no extinguida; su amor cribado por la prueba, hasta el punto de que *todos* le abandonaron y dejaron solo —tras tantas protestas de jamás abandonarle, e incluso de dar su vida por El y con El—. Difícilmente podemos imaginarnos su estado de casi desesperación: su misma esperanza en la resurrección, reiteradamente por Jesús anunciada, se debilita y decae: quizá porque en el fondo la temían: ¿qué diría Jesús resucitado ante su cobardía? ¿Cómo no iba a temer Pedro enfrentarse con El tras haberle negado?

Todo está perdido, porque perdido Jesús. Todo perdido, porque saben han sido infieles.

Quiso Jesús que María empezara a ejercer esa maternidad en tales circunstancias para que nosotros, por pecadores que seamos o hayamos sido, por hundidos que nos encontremos, sepamos que nos queda siempre la Madre: tanto más atenta a nosotros, y con nosotros tierna y misericordiosa, cuanto más ruines, débiles, miserables y despojados de todo bien y esperanza nos ve.

Ella los recoge y reúne, como la gallina a los polluelos: juntos los encuentra Jesús al resucitar —a los apóstoles y a las santas mujeres—, juntos estarán después de la resurrección, juntos esperarán la venida del Espíritu Santo: juntos con la Madre de Jesús, que los ha reunido tras su dispersión en el Huerto. Forman una sola familia: ausente Jesús, el lazo de unión de esa familia es la Madre.

Una Madre que, por orden del mismo Jesús, los está amando ya con todo y el mismo amor con que ama a Jesús. Y los ama así hallándolos pecadores, traidores a su Hijo.

Un bálsamo de paz y de consuelo se derramó sobre todos los corazones, cuando se vieron así amados y perdonados por la Madre del Señor. Ya no pueden dudar de que Jesús les ha perdonado también y olvidado todo, al ver como su Madre los perdona, los ama y los consuela, los conforta en sus inquietudes, y les inunda de paz.

Esa es su primera actuación materna: estar con sus hijos, amarles, y darles con su amor una paz y seguridad interior que tanto necesitaban todos ellos. Ella es la certeza del amor de Jesús: de un Jesús ausente y ahora perdido, pero que, estando con su Madre, volverá. Jamás podremos alcanzar a imaginar la ternura que la Madre desplegó con sus hijos, acurrucados cabe Ella, en la terrible noche de abandono del viernes al sábado, todo el sábado, y la noche del domingo.

En segundo lugar, Ella reenciende su fe vacilante, reanima su esperanza, ya hablando a todos juntos, ya yendo de uno en uno para reanimarle en su tristeza, o confortarle en su temor. Y eran tantos los hijos, y tan necesitados, que pienso pocos momentos pudo pasar la Virgen en soledad, recreándose en la obra que en tanto su Jesús llevaba a cabo en el infierno. Dada su vida interior tampoco necesitaba esa soledad: armonizaba egregiamente su misión y actuación de Madre en lo exterior con la contemplación interior.

Nunca ponderaremos bastante esa labor de captación obrada por María en los apóstoles y discípulos. Pero no olvidemos que esa misma labor de captación hace en nosotros. Cuando todo se nos ha ido al garete, y hemos sido infieles a Jesús y a él traidores, pecando gravemente, o nos hallamos fríos y tibios negándole mil cosas, y nos parece que Jesús no puede amarnos ya, es cuando la Virgen María más está a nuestro lado, recogiéndonos, animándonos, volviendo a llevarnos a Jesús. Cuando todo se ha perdido, nos queda siempre nuestra Madre: ¡si supiéramos usar de Ella y de Ella servirnos, refugiándonos en su seno!

Por eso Jesús la declara Madre cuando los apóstoles le pierden, para que yo sepa que, aun cuando le pierdo a El, no por eso me quedo sin Madre «vida, dulzura y esperanza nuestra».

Y la misma paciencia inagotable que tuvo con Jesús para desarrollarlo en su vida natural, esa misma tendrá conmigo para desarrollarme en la vida sobrenatural, sin cansarse por torpe que yo sea.

También los apóstoles eran torpes y duros de mollera (Jo. 14,9; 16,12; Lc. 24,25; Mc. 9,31.33), y por añadidura María los recoge en un momento en que están totalmente hundidos, en que todos han fallado más o menos gravemente en la fe y en el amor.

Así lo dispuso Jesús para que nadie pensara: «Es Madre de los santos.» No. Quien verdaderamente tiene necesidad de Madre es el pequeñín, el que no vale para nada, si no es para caer ymancharse. Al adulto es agradable tener madre: pero no la necesita tanto, puede prescindir más fácilmente de ella.

Es propio de la Madre jamás desalentarse con su pequeño, derrochar con él paciencia inagotable, por resistente, torpe o tozudo que sea. Inimaginable es también la paciencia que María derrochó con los apóstoles, tan tenaces, obcecados y duros de mollera; inimaginable mucho más la que derrocha con cada uno de nosotros.

Pero aunque el amor de Madre no admite desaliento, sí puede teñirse de temor y angustia, especialmente si aparecen signos de retraso mental. Y en el orden sobrenatural, ¿no somos todos verdaderos retrasados mentales, sin excluir los mismos apóstoles cuando María los tomó por hijos? Cuántas veces se preguntaría —y cuántas veces se preguntará refiriéndose a mí—: «¿Lograré Yo sacar algo de éste?».

María sabía nos sacaría a flote, porque mediaba por medio el poder de su Jesús que la había hecho Madre nuestra, y no iba a quererla una madre fracasada. Si Jesús la ha hecho mi Madre, Ella hará en mí la obra de Madre.

Pero en el momento en que toma a sus apóstoles no había visto aún el término de su Maternidad, ni palpado su fruto maravilloso, y así debía sentirse un poquitín acoquinada.

Para confortarla en su misión de Madre se le da la contemplación de los primeros frutos ya maduros de su Maternidad: contemplación que hubo de renovar totalmente su Corazón, llenándola de aliento.

2. En la aparición de Cristo resucitado y de los santos que le acompañaban María contempló el término glorioso de su Maternidad espiritual

La primera aparición de Jesús resucitado fue a su Beatísima Madre. El Evangelio la silencia por evidente: supone tenemos inteligencia (San Ignacio de Loyola). Quizá también la silencia por inefable.

Mas aunque la silencie, con toda evidencia la sugiere.

Cuando las santas mujeres van al sepulcro para ungir a Jesús, indudablemente invitaron a María, que era la más interesada. Ella no va: sabe ya que no está en el sepulcro: ya lo había visto resucitado.

La Magdalena anuncia a Pedro y Juan que el sepulcro está vacío. Indudablemente, antes que a ellos, lo dijo a María —junto a la que estuviera al pie de la cruz—. Pedro y Juan corren al sepulcro: María se queda en casa. No aparece en Ella curiosidad alguna, ni anhelo o inquietud.

Todo esto nos indica que Ella sabe perfectamente que *a esa hora* ya había resucitado. Mas no podía saber que a esa hora ya había resucitado si Jesús no se le había aparecido: porque la promesa de Jesús era que resucitaría al tercer día, pero podía ser a la noche, al amanecer, a la mañana o a la tarde, mientras fuese el domingo, el tercer día —primer día el viernes, segundo el sábado, tercero el domingo, según el modo de contar tanto hebreo como griego—. Si Ella no tiene curiosidad por ver el sepulcro, es que sabe que ya está vacío.

Jesús resucitó en la noche del sábado al domingo —según la tradición, a media noche—, pues que las mujeres, que salen el domingo cuando aún era oscuro, hallan el sepulcro vacío. Creemos a María se debe la anticipación de la resurrección de Cristo, como a Ella se debió la anticipación de la hora de su manifestación en las bodas de Caná (Jo. 2,4.5. 7.11).

El plan primero divino parece era que Jesús cumpliera en sí literalmente la figura de Jonás, estando en el sepulcro tres días y tres noches (Mt. 12,40). El deseo y súplica de la Virgen anticipó esa hora: Jesús está en el sepulcro sólo una noche y media (la del viernes al sábado, y mitad de la del sábado al domingo): un día entero —el sábado—, y dos partes mínimas de otros dos (viernes y domingo, que empezaba con la puesta del sol del sábado). Sabiendo Jesús esta anticipación debida a su Madre, habla generalmente de su resurrección *al tercer día*, sin hacer mención alguna de las tres noches, fuera del caso en que alude a Jonás.

En la aparición de Cristo a Ella suele insistirse casi exclusivamente en el gozo de verlo resucitado, aunque se mencione también la visión de todos los santos que le acompañaban. Sobre todo no se insiste en el matiz del gozo que experimentó al verlos a todos como hijos suyos.

Cierto que tuvo un gozo enorme, primero por Jesús, en quien ve el fruto de los sufrimientos de la pasión. Pero quisiera destacar un poco su gozo de Madre, no sólo de Jesús, sino de todos los redimidos.

Ahora ve por primera vez lo que llegarán a ser todos los hijos que le han sido dados, al contemplar la transformación gloriosa de innumerables de ellos, a los que Jesús ha sacado consigo del seno de Abrahám. Y esa visión la anima en su oficio de Madre con cuantos todavía peregrinamos, y especialmente con los discípulos de Jesús.

Muchos de esos santos habían resucitado con Cristo, apareciéndose a muchos en Jerusalén (Mt. 27,52.53; cf. 1 Cor. 15,22.23). Vio en ellos la Virgen María el término total y perfectísimo de su Maternidad con relación a los hombres: ahora ya sabe el resultado feliz que sus desvelos tendrán.

Entre los resucitados estaba indudablemente San José: de resucitar alguno, antes que nadie debía resucitar él. Y María al verlo se gozó en su gloria, no sólo como de Esposo suyo, sino también como de hijo suyo, pues también la vida y ser sobrenatural le fue comunicado por la Virgen Ma-

ría: y él la saluda y da gracias, no sólo como a esposa, sino como a madre suya.

Ante Ella, reconociéndola su Madre y como a tal amándola, vienen Adán, Eva, los patriarcas ante y post diluvianos, Abrahám, Isaac, Jacob, los Profetas, y el incontable número de salvados, cuyos nombres nos son desconocidos a nosotros. Y todos la saludan como Madre, todos le dan gracias por la vida recibida, pues su Maternidad se extiende a todos los por Cristo redimidos y salvados.

Quizá de los primeros se acercara el Buen Ladrón, que quiso ya en la cruz consolarla. Cierto no se quedaría atrás, diciéndola: «Salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres —ahora ya puedes alegrarte y felicitarte—, bendito el fruto de tu vientre Jesús, y benditos somos todos éstos, fruto también de tu vientre, que aquí ves como ejército innumerable.» Y todos y cada uno la saludan, todos y cada uno la rodean con su amor y ternura filial ya eterna, todos le dan gracias por haber aceptado darlos a luz en los dolores de la cruz.

Y en todos y cada uno de ellos ve María el esplendor de su Hijo. Y experimenta la alegría propia de una madre que hubiera perdido a sus hijos de pequeñitos, y ya de grandes los vuelve a encontrar. Así es su gozo ahora al verlos, y va de uno a otro contemplándolos, y como deseosa de servirles y mimarles.

Y si su gozo de Madre es inefable, más inefable e incomprensible nos es aún la dilatación que entonces recibe su Corazón para conocerlos y amarlos a todos *singularmente*: de lo contrario no se hubiera sentido Madre de ellos. Y cual su curiosidad de Madre exigía, hubo de conocer también en ese momento —y ya para siempre— las peripecias que vivieron, las calamidades que pasaron: y cómo Dios, para complacer su deseo de Madre, les había de todas ellas liberado; y cómo la acción futura de Ella, aunque quizás entonces por ellos desconocida, eficazmente les alentó en todas sus desgracias.

Tras esa visión, que le muestra el término glorioso de su acción materna, hubo María de sentirse animada a pasar por todo y aguantarlo todo en el ejercicio de su Maternidad con los que quedábamos en el mundo como hijos suyos: no la desanimarán todos nuestros desfallecimientos y pecados: sabe que con su ayuda y la del Espíritu Santo que Ella nos dará, saldremos a flote.

Cuando veía las resistencias, la dureza, la poca mollera de los apóstoles, diría: «¡Bah! es que son tan pequeñines; pero ya crecerán, ya sé cómo acabarán.» Como se anima la madre con el recién nacido, sabiendo los progresos que irá haciendo, soñando cuando pronunciará las primeras palabras, y empezará a andar.

Y tan bien los cuidó, que los que recibe como hijos recién nacidos y pequeñajos, acabarán siendo tan gloriosos que San Pablo los pone como primeros, aun antes que los Profetas.

3. María en las apariciones a los apóstoles

Las primeras apariciones de Jesús resucitado se presentan muy confusas en el Evangelio: cada uno tenía por su parte sus propias comunicaciones, y era tal el bullicio y la alegría, con idas y venidas, que ningún narrador sería capaz de ponerlas en orden: de ahí la dificultad de armonizar los Evangelios.

Mas yo quisiera destacar el papel de la Virgen María en todas estas apariciones. No sólo todos iban a contarle a Ella lo que habían visto —cosa que Ella aprovecharía para confirmarlos en la fe, la esperanza y el amor—, sino que ninguna aparición o comunicación de Jesús tuvo lugar si no es por medio de Ella, por la intervención de Ella. Si no hay gracia que no nos venga por sus manos, gracia, y grande, eran esas apariciones, y así sin duda en todas interviene Ella.

Pero esa intervención, siempre en gran parte oculta y misteriosa, parece desvelársenos especialmente en algunas de ellas.

Así la primera aparición, a la Magdalena: acompañó junto a la cruz a la Virgen, y se unió a su dolor: cuando María vio a su Jesús resucitado, hubo de darle prisa para que la uniera a su gozo como ella se había unido a su pena, y así logró de su Hijo fuera la primera a quien se apareciera. Y por el mismo motivo sigue la aparición a las santas mujeres, que también la acompañaron en la cruz. María recordaría a su Hijo lo bien que en la pasión se portaran, para que se diese prisa en consolarlas.

También la tristeza que observaba en Pedro, inconsolable por su negación, movió a María para que lograra de su Hijo se le mostrara antes que a los demás apóstoles. San Pablo nos habla de una aparición particular a Santiago el Menor: según la tradición habría hecho voto de no comer ni beber hasta ver a Jesús resucitado: la Virgen como Madre deseaba verle comer, y así precipitaría la aparición a él.

Pero donde aparece más evidente la intervención de la Virgen es en los discípulos de Emmaús y en el episodio de Santo Tomás.

Uno de los discípulos que van a Emmaús se llama Cleofás. Con María estaba al pie de la cruz su hermana —en sentido amplio, pues la tradición hace a María hija única— María de Cleofás, sin duda esposa de éste, o bien su madre (era frecuente tomara el hijo el nombre del padre). Desanimados, se separan del grupo, hartos de esperar, mientras María de Cleofás seguía esperando cabe la Virgen María, inquieta por su esposo o hijo. La Virgen le prometería arreglarlo. Y Ella encargaría a su Hijo que, como Buen Pastor, recogiera las dos ovejas que se ausentaban del redil: «ésos me los tienes que pescar y atraer, que son hijos míos; no me los dejes por el camino». Y tan bien los repescó Jesús, que a la noche ya estaban en el redil con todos. La aparición de Emmaús se nos presenta como totalmente obra de la Virgen.

El episodio de Tomás es muy curioso. El mismo Tomás es sumamente original. Indudablemente era simpatiquísimo a la Virgen —simpatía de afecto sensible, pues a todos los quería igual, y a cada uno con matiz distinto, cual hacen las madres con los hijos—. Es como el niño botarate, pero de corazón de oro, que suele haber en las familias: aunque todos lo ven como botarate, la madre lo quiere mucho.

Esta simpatía particular de María aparece en el Evangelio de San Juan: es de los apóstoles que más nombra, y siempre con cariño: arrojado y decidido en el episodio de la resurrección de Lázaro: «vayamos y muramos con El» (Jo. 11,16); preguntón en la Ultima Cena: «Señor, ignoramos a dónde vas, y ¿cómo podemos saber el camino?» (Jo. 14,5); terco y desafiante tras la primera aparición a los apóstoles reunidos, estando él ausente (Jo. 20,25); confesando mejor que nadie la divinidad de Cristo, cuando Este acepta su reto y le hace introducir la mano en el costado: «Señor mío y Dios mío» (Jo. 20,28); de magnífico compañerismo, yendo a pescar con los otros toda la noche sin ser él pescador (Jo. 21,2.3).

Si Juan, ya anciano, recuerda de tal modo a Tomás —cuando los demás lo silencian casi por completo, y el mismo Juan es tan parco en nombrar a los apóstoles—, es sin duda porque formaba parte de los recuerdos de sus conversaciones con María en las largas noches de Efeso: la simpatía de la Madre se transfirió al hijo que la custodiaba y con Ella convivía.

Al volver Tomás de parranda, no cree a los demás que Jesús se ha aparecido. Seguramente la Virgen se lo diría y certificaría también, y entonces sin duda internamente lo creyó; pero tomada su postura con los apóstoles, no quiso dar su brazo a torcer: «Tú, como madre, es natural que lo creas; pero yo no.» Mas la Virgen lo encomienda a su Jesús: «cuidadito: ya sabes lo botarate que es, y lo cabezón que es; pero también es bueno como el pan, y es hijo mío: no me dejes mal».

A las plegarias de María, aceptó Jesús su desafío, dándole la lección que seguramente la Virgen le pedía, y a los ocho días se le aparece, y le hace meter su mano en el costado.

San Juan recordará siempre la ocasión en que reclinó su cabeza en el pecho de Jesús y sintió latir su Corazón lleno de amor (Jo. 13,23). Lo que sintió Tomás al tocar ese mismo Corazón, introduciendo hasta el fondo su mano en la herida del costado, podemos deducirlo de sus palabras: «Señor mío y Dios mío» (Jo. 20,28): no sólo cree en la resurrección de Cristo, sino que más que ningún otro es anegado en la contemplación de su Divinidad.

Como siempre, Jesús cumplió con creces el deseo de su Madre, mucho más allá de lo que Ella misma pidiera. Y Tomás se convierte en el testigo más preclaro de la resurrección de Cristo; por él sabemos sin lugar a dudas el modo de crucifixión de Jesús —clavado y traspasado—; y él es quien más claramente nos testifica en el Evangelio la Divinidad de Cristo, testimonio que Jesús aprueba cuando dice: «Porque me viste, Tomás, creíste; dichosos los que no vieron y creyeron» (Jo. 20,29). También él fue dichoso, porque creyó lo que en ningún modo podía en este mundo ver: que Jesús era Dios verdadero de Dios verdadero: el mismo Padre se lo reveló.

La tradición quiere que también sea Tomás el testigo de excepción de la resurrección y asunción de María a los cielos. Y también por botarate: llegado tarde, quiere ver a su Madre por última vez: y no para hasta que la desentierran, hallando todos el sepulcro vacío. Aunque más bien pensamos que la Virgen no murió —sería glorificada sin pasar por la muerte—, esa tradición muestra cuánto el pueblo cristiano sentía acerca de la simpatía de María por Tomás, y del amor de Tomás por su Celestial Madre.

Veamos, pues, a María ejerciendo esa misión de Madre con todos los apóstoles y discípulos tras la resurrección. Ya por acción invisible ante Jesús, rogándole, a cada uno que se

despistaba como oveja descarriada: «Cuidadito, a por él» —así con los de Emmaús y con Santo Tomás—. Ya por acción externa: de ánimo, de consuelo, de exhortación a creer en las promesas de Jesús, así como previniéndoles de que pronto les va a dejar. Pues la ascensión de Jesús, que se acercaba, iba a ser como un mazazo para ellos: aunque no desolados como tras la pasión, se iban a sentir de nuevo como totalmente abandonados, y sin duda de ellos brotó la queja de nuestro poeta: «Y dejas, Pastor santo, tu grey en este valle abandonada...?».

4. La Madre en la Ascensión

La ascensión es fiesta de alegría por Cristo. Pero también fiesta de tristeza, por cuanto quedan privados de su presencia sensible: aunque tristeza temperada por la fe, que les dice va a detentar todo poder para usarlo en favor nuestro desde el cielo.

Y este matiz de tristeza no sólo afecta a los apóstoles, sino también, y mucho más, a la Virgen María, a la que esa ausencia había de ser mucho más dolorosa, porque incomparablemente mayor era su amor.

Gozo intenso en el triunfo del Amado; pena y nostalgia no menos intensa en la ausencia del Amado. Pudo ir con El al cielo: era lo natural: siendo Ella «primogénita de toda creatura» (Eccli. 24,5) junto con su Hijo, era connatural fuese con El la primera en alcanzar la bienaventuranza eterna. Pero prefirió quedarse con nosotros, con los hijos que la necesitaban, cumpliendo aquí abajo su misión con ellos.

También le era dulce cumplir esta misión. Si el amor a su Jesús la movía a irse con El al cielo, el amor a los hijos que quedaban aquí la inducía a quedarse con ellos en la tierra. Y esto último eligió.

Si Jesús hubiera seguido viviendo en la tierra, no creo deseara su Madre abandonarlo para entrar Ella en la visión

divina. Si se le hubiera ofrecido, sin duda hubiera dicho: Tengo a mi Hijo, que es Dios, y he de cuidarlo. No olvidemos que viviendo como vivió para el amor y del amor, nunca se buscó a sí misma ni pensó en su propia dicha, sino sólo en la dicha del Amado, en servir al Amado.

Al quedarse con los demás hijos que Jesús le confía, le duele no ir al cielo con Jesús. Pero de preguntarle: ¿quieres ir o quedarte?, sin duda hubiera respondido: Si haces que éstos no sean hijos míos, sí quiero ir; mas siendo ellos hijos míos, que tanto me necesitan, mientras Tú ya no me necesitas, no quiero ir.

Naturalmente, como Madre verdadera, ha de querer quedar, no con el Hijo que no la necesita, por dicha grande que sea el estar con El, sino con los hijos que la necesitan. El cariño y amor de Madre que con relación a nosotros se le ha dado lleva consigo en Ella esa renuncia temporal al cielo. Y es en esa renuncia donde se nos manifiesta cuán verdadera y propiamente se sabe y siente Madre nuestra.

Y bien que la necesitaban los apóstoles. En ellos predomina sobre la alegría por el triunfo de Jesús el sentimiento de su propio abandono. Llevaban más de tres años en que Jesús lo era todo para ellos, incluso en lo económico: nunca les faltó con El nada, ni habían de preocuparse de la comida, bebida o vestido: no sólo los llenaba con su amor, sino que con El nunca nada les faltó (Lc. 22,35.36).

Separados de El por su pasión y muerte, se arraciman al lado de la Madre, en la que como por instinto perciben la presencia del Amado perdido, el efluvio de su perfume. Junto a Ella siguen una vez resucitado, sintiéndose como una sola familia bajo la Madre: juntos están en las primeras apariciones; en grupo cuando se les muestra en Galilea; reunidos en la ascensión; en un mismo domicilio con María mientras esperan al Espíritu Santo.

Con Jesús resucitado se renueva su alegría. No lo ven siempre presente como antes. Pero Jesús no se cansa de darles agradables sorpresas, y ellos están siempre pendien-

tes de sus apariciones. Jesús los instruye más que nunca antes. La Virgen María cuida de mantener, durante las ausencias, siempre vivo el pensamiento de Jesús en ellos, el anhelo de El, la esperanza de El, el ansia de que se manifieste de nuevo.

También en nosotros hay momentos en que Jesús profundamente se manifiesta. Pero hay otros muchos en que simplemente ha de vivirse la vida de fe: es lo más ordinario mientras somos llevados peregrinos por el Señor. Y es en esa vida de fe donde grandemente necesitamos el auxilio de nuestra Madre, para, uniéndonos a Ella, ver con sus ojos a Jesús: sentirnos como ciegos, pero en sus brazos, y siendo Ella nuestro lazarillo.

Siempre que desaparece Jesús, lo único que nos queda es apelotonarnos al lado de la Virgen, para que Ella nos hable de Jesús, nos lo dé a conocer, excite nuestra esperanza en El, encienda nuestro vacilante amor a El.

Así lo hacían los apóstoles en esos cuarenta días. Así lo hemos de hacer también nosotros, especialmente cuando nos desaparece en la Eucaristía: sabemos que está; pero no lo vemos: nos es como cadáver. Sabemos que le recibimos, pero sin experiencia alguna de su presencia. Como Jesús resucitado estaba siempre con sus apóstoles, observando lo que hacían; pero sólo le veían cuando El quería manifestárseles. Nunca usaremos bastante de la Virgen: sabiendo que Ella lo está ahora contemplando en los cielos, quedarnos a su lado, pedirle vele con nosotros a Jesús en nuestro corazón, nos despierte para amarle, nos mantenga vigilantes para cuando El quiera manifestársenos.

Subido Jesús al cielo, saben los apóstoles que ya no le verán más en este mundo. Acostumbrados a su enseñanza, enamorados de su compañía, se sienten ahora desamparados, huérfanos, sin guía. Aparentemente, el Pastor Santo ha dejado su grey abandonada en este valle de lágrimas. Tan bien comprende Jesús su estado de desánimo, que positivamente les manda no tomen iniciativa alguna hasta que el Espí-

ritu Santo descienda sobre ellos, revistiéndolos de la virtud de lo alto.

Y ellos, acoquinados, se vuelven a Jerusalén, y se arracinan al lado de María, viviendo junto a Ella más de ciento veinte discípulos, que estaban aprendiendo de día en día a amarla como verdaderos hijos, sintiendo cómo Ella los amaba cual verdadera Madre.

El choque fue extremadamente duro para los apóstoles; radical el cambio de orientación en sus vidas. Y quizá no hubieran sabido soportarlo si no fuera por la presencia entre ellos de María.

En adelante no verán más a Jesús hasta que vayan al cielo. Tampoco oirán su voz, si no fue quizá muy raramente: vivirán de la fe y por la fe —«el justo vive de fe—», (Hab. 2,4) y pasarán no pocas oscuridades y vacilaciones.

En todo caso, pierden totalmente la propia iniciativa; ¡tan sencillo cómo era antes preguntar a Jesús cuanto deseaban y seguir su orientación! Mas en adelante, habrán de esperar pasivamente la orientación del Espíritu que Jesús les va a enviar, el cual testificará en sus corazones, pero cuando El quiera y como El quiera. San Pablo vio una vez a Jesús y oyó su voz: no sabemos le viera u oyera nunca más. San Pedro es liberado de la cárcel por un ángel que le habla —¡cuánto más gozara de que le hablara Jesús!—, y en la admisión de los gentiles a la fe —paso tan decisivo—, ni siquiera el ángel se le aparece: sólo una visión simbólica, que únicamente entenderá cuando lleguen los emisarios de Cornelio.

A la comunicación exterior de Jesús, a la que estaban habituados, sucederá la comunicaión interior, por medio del Espíritu que va a enviarles, y que les aclarará, aunque sin voz sensible, cuanto Jesús quiere de ellos: pero sólo en el momento que lo quiere, sin que parta de ellos iniciativa alguna.

A la larga, ganaron con el cambio, convirtiéndose en instrumentos dóciles al Espíritu Santo, sintiéndose simplemen-

te instrumentos, y viviendo así vida divina. Jesús les habló de esa ganancia (Jo. 16,7-15). Pero ¡cuán duro hubo de ser a su sensibilidad!

Pues la comunicación del Espíritu, siendo realísima y continua —como es continua la vida—, no suele caer en experiencia, apenas si se nota.

Jesús dijo: «Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba. Del que cree en Mí, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas» (Jo. 7,38). Y se refería al Espíritu que habían de recibir cuantos creen en El (Jo. 7,38).

La iluminación divina brota en las almas con la misma suavidad con que las fuentes manan en un terreno húmedo, fecundándolo y embelleciéndolo todo. Pero uno no nota los borbotones, ni advierte ruido. Cuando éste se nota, sobre todo si es frecuente, más bien es señal de que no está el alma empapada en la vida divina, ni responde a su acción de modo suave y como connatural.

Y, en todo caso, por empapado en agua que esté el terreno, la fuente brota donde ella quiere, no donde nosotros queremos. El Espíritu me ilumina donde El quiere y cuando El quiere (Jo. 3,8), no donde yo quiero y cuando quiero.

Por eso, sólo amoldándose al Espíritu se logra la necesaria negación y renuncia de sí mismo: gracias a El pudieron los apóstoles decir: «Ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí» (Gál. 2,20).

Y ese desprendimiento y autonegación que Cristo quiso —y obró—, en sus apóstoles, también la quiere y hace en nosotros.

Tras la conversión a Dios y el triunfo sobre dificultades, dudas o pasiones que impiden la decisión de seguirle, sucede un período de consolación interior: como sentir, palpar y como ver a Jesús. Aunque no se le ve, tan claramente se percibe su presencia que el alma es feliz, cual lo eran los apóstoles cuando conversaban con El aun no glorificado en este mundo, o cuando ya resucitado se lo encontraban cuando menos lo esperaban.

Mas luego Jesús se retira: quiere vivamos su presencia en pura fe, y que el contacto sensible o espiritual que antes teníamos se convierta en contacto puramente sobrenatural, no sensible ni espiritual. Es el contacto que tiene el alma con Cristo por la presencia en ella del Espíritu Santo: una misma alma, que informa a la Cabeza y a los miembros.

Es presencia de vida, y por eso no se nota. Cuando un miembro está sano, ni nos damos cuenta de que existe, a no ser por reflexión expresa. Sólo cuando funciona mal, resistiendo a la acción de la vida en él, acusa su presencia: imaginamos sin darnos cuenta de que tenemos cabeza; vemos sin reparar tenemos ojos; comemos sin advertir tenemos estómago; actuamos con las manos sin reparar en ellas. Sólo cuando alguno de mis miembros está enfermo me doy cuenta de que actúa, por el dolor que la actuación produce.

El alma tarda en darse cuenta de este cambio: piensa que Dios está lejano, y por eso suele sufrir mucho. Acostumbrada a experimentar la presencia divina, no acaba de pasar de experimentar transitoriamente la presencia de la vida a simplemente de modo continuo *tenerla*.

Cuando Jesús sube a los cielos, es cuando empieza a ser vida interna de ellos, y ellos a vivir por Jesús: nunca habían estado tan unidos a Jesús como cuando Jesús se constituyó en vida de ellos, siendo principio de todas sus acciones mediante el Espíritu Santo que se les comunicó. Pero normalmente actuaban movidos por el Divino Espíritu sin darse cuenta de que eran movidos, salvo en los casos en que se hallasen en gran dificultad. Cuando uno camina bien no advierte tiene pies, ni se da cuenta de los movimientos que ejecutan: sólo cuando le duelen o se siente pesado los advierte.

Cuando el niño goza más en andar, es cuando aún no sabe andar bien, cuando empieza, porque entonces se da cuenta, sabe cada paso que da. Pero aunque ya no goce tanto, su andar es mucho más perfecto cuando él ya no sabe los pa-

sos que da, porque los da tan bien que ya no tiene que pensar en ellos.

Ese es el tránsito que hay tras la ascensión. Pero el primer achuchón es muy duro para los apóstoles. Y también es muy duro en nuestra vida espiritual pasar del gozo de la experiencia de la presencia divina al gozo de la fe en esa presencia: aunque, a la larga, es mucho más perfecto y permanente el gozo de la fe.

Cuando soy movido o sacudido desde fuera, me doy perfecta cuenta, porque el movimiento no sale de mí. Mas si yo me muevo desde dentro, ni me doy cuenta de que me muevo: me muevo porque quiero, pero no me doy cuenta de los movimientos que hago.

Mientras vivió en el mundo, Jesús actuaba en sus apóstoles desde fuera, y así ellos se daban perfecta cuenta. Subido a los cielos, los mueve desde dentro, como Vida de ellos por medio de su Espíritu: tan connaturalmente que, habituados a la acción externa, ni se dan cuenta de que son actuados, por la suavidad y connaturalidad con que el Espíritu de vida, interna a ellos, procede. Aunque la transformación y divinización del alma es en este caso incomparablemente superior.

Los diez días que pasan hasta Pentecostés nos están como significando este período de tránsito, en que, perdida la experiencia sensible y como externa de Jesús, todavía no acabamos de percibir en fe su presencia interior como Vida nuestra, siéndonos así período de aflicción y espera.

Para no desfallecer, volviendo atrás, unámonos como los Apóstoles a María, esperando en paz, reclinados en Ella, la manifestación de la Vida en nosotros.

5. La Madre en la dación del Espíritu Santo

Subido Jesús al cielo, vuelven los apóstoles y discípulos al Cenáculo, donde pasan diez días «perseverando en la oración con María la Madre de Jesús» (Act. 1,14).

Diez días son muchos días, sobre todo cuando no se sabe el término: entre ellos tendería a cundir el desaliento, y más de uno debía impacientemente preguntarse: «Y ahora, ¿cuándo llegará?».

Mas ahí está la Virgen, despertando la fe y la esperanza en todos y cada uno de ellos, poniendo optimismo en sus corazones, recordándoles la promesa de Jesús: tan bien lo hizo que ninguno abandonó el recinto sagrado, ninguno desfalleció en la oración.

A esa acción externa de la Madre hemos de añadir su acción interna: deseando intensísimamente para todos la venida del Espíritu Santo, pidiéndola instantemente al Padre, y al Hijo, y al mismo Espíritu Santo que ya residía con toda plenitud en su Corazón de Madre. Peticiones que sin duda aceleraron la venida, como también aceleraban la preparación del corazón de los apóstoles y discípulos para recibirlo.

Respecto a esa venida, que señala el nacimiento de la Iglesia, manada como en germen del Corazón abierto de Cristo en la cruz, recordemos las palabras de San Bernardino de Siena: A María se le ha dado jurisdicción sobre todas las gracias del Espíritu Santo, de modo que Ella las otorga a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Es así evidente que el Espíritu Santo es dado por la Virgen María a los apóstoles y discípulos.

En el tercer misterio del Rosario conmemoramos la venida del Espíritu Santo sobre la Virgen María y los apóstoles. Personalmente creo no descendió sobre la Virgen, sino que de Ella se transmitió a los apóstoles, y en esa transmisión *se manifestó* su inhabitación plena en Ella. No descendió sobre Ella, porque ya con toda plenitud había descendido en la encarnación del Verbo, —«el Espíritu Santo descenderá sobre ti»—, dándosele ya entonces la totalidad de la gracia, y consiguientemente la totalidad del Espíritu que es su fuente. No podía aumentar en Ella la inhabitación del Espíritu Santo, que ya totalmente se le había dado.

Si está ahí Ella, no es para recibir el Espíritu Santo,

sino para atraerlo sobre los apóstoles, o mejor dicho para transmitírselo.

Como propiamente la vida del alma es la presencia e inhabitación del Espíritu Santo en ella, si la Virgen María, como Madre, nos es transmisora de la vida sobrenatural, necesariamente es también transmisora del Espíritu Santo, que envían el Padre y el Hijo desde el cielo: pero lo envían a través de Ella y por medio de Ella.

Ella no podía comunicarlo hasta que el Padre y el Hijo lo quisieran; pero podía apresurar esa comunicación, y la apresuró o anticipó. Y la comunicación misma se hace, no sólo por su intercesión, sino a través de Ella, recibiéndolo todos de la plenitud con que en Ella habita. Como tampoco el Verbo se hizo hombre dándose al mundo hasta que el Padre y El mismo lo quiso; pero no se dio a ese mundo sino por Ella.

Con la dación del Espíritu Santo comienza el ejercicio ya permanente e ininterrumpido de la Maternidad de María.

Si el Espíritu Santo, que se comunica a todos los discípulos de Jesús, deriva de la plenitud y totalidad con que Ella lo posee, es evidente que toda actividad sobrenatural, toda acción o pasión sobrenatural que tendrán en adelante esos apóstoles y discípulos será conocida y *vivida* por la Virgen María. Porque es el mismo Espíritu que con toda plenitud habita en Ella el que, participadamente derivado de Ella, es principio de las operaciones sobrenaturales de los demás. Y por eso, estando en Ella en plenitud y totalidad, todo cuanto participadamente hace en apóstoles y discípulos tiene Ella impresión viva de estarlo viviendo.

De ahí que creo nunca hubo ya secreto alguno en los apóstoles con relación a la Virgen María: conocía cuanto en ellos sucedía. No sus cosas o actos puramente naturales —si es que alguno había en ellos *puramente* natural—; pero sí todo acto sobrenatural de ellos, y toda dificultad o resistencia a la moción del Espíritu Santo, lo percibía María como acto que el Espíritu Santo hacía desde Ella, y como resis-

tencia que Ella misma experimentaba en sus hijos a la acción de ese Espíritu: como verdadero Esposo, ninguna acción de fecundidad divina quiere obrar ese divino Espíritu si no es en y con su Esposa María.

De ahí que en adelante, el cuidado de María por sus hijos sin que ellos lo adviertan, es mucho más profundo, extenso e íntimo con cada uno de ellos del que cualquier madre pueda tener con su pequeñuelo.

A las madres se les escapan muchas cosas de la vida natural de sus hijos, aunque les baste cualquier indicio para sagazmente adivinarlas: mas no todo lo conviven con ellos.

A nuestra Madre la Virgen María nada se le escapa de nuestra vida sobrenatural, por ser mera participación de la plenitud y totalidad que Ella tiene. Verdaderamente, todo lo convive con nosotros. Ojalá también nosotros lo convivamos con Ella.

6. La Madre desde la venida del Espíritu Santo a su Asunción al cielo. María, mientras vivió en la tierra, presente a cada apóstol y a cada cristiano: Santiago y la aparición del Pilar

Los apóstoles tenían mandato de evangelizar primero a Jerusalén y a los judíos, luego a los samaritanos, y finalmente a todo el mundo (Act. 1,8).

La tradición les hace permanecer durante diez años en Palestina, hasta la persecución del rey Agripa (a. 45 p.C.), que da muerte a Santiago el Mayor, e intenta hacer lo mismo con San Pedro; éste, liberado por un ángel, se va a Antioquía, señalando la dispersión de todos los apóstoles, quedando sólo en Jerusalén Santiago el Menor, como encargado de esta Iglesia.

En ese período pone la tradición la composición del evangelio de San Mateo, en arameo, para usos de los judíos.

En ese tiempo también se extiende la Iglesia por Judea,

Galilea y Samaria (Act. 9,31), ésta última evangelizada por el diácono Felipe (Act. 8,5-13), y oficialmente incorporada a la Iglesia por Pedro y Juan (Act. 8,14-18). Se inicia la admisión de los gentiles, con el centurión Cornelio y su familia: pero no por iniciativa apostólica, sino por iniciativa directamente divina, que ordena a Pedro admitirlos (Act. 10,1-11,18). Se inicia también el apostolado fuera de Palestina, pero más por obra de discípulos que de apóstoles, e inicialmente sólo entre judíos de la diáspora o prosélitos: eunuco de la reina Candace de Etiopía (Act. 8,38) y primeros conversos de Antioquía (Act. 11,19).

Obra de discípulos es también el inicio de la evangelización de los paganos en Antioquía (Act. 11,20.21): a ellos se unen, primero Bernabé, enviado por los apóstoles desde Palestina (Act. 11,27.28), y luego Pablo, traído de Tarso por el mismo Bernabé.

En ese período, a la acción maternal interna de María, que dijimos en el apartado anterior, hay que añadir su acción externa, de larga convivencia con los apóstoles y primeros discípulos, que aprenden a descubrirla más y más como Madre suya, a la vez que adhieren más a Ella, como lo único visible que les queda de Jesús.

Esta convivencia de María y los apóstoles la silencia la Escritura: pero nos es fácil deducirla.

San Juan había recibido a María en su casa, vivía con Ella como con Madre suya. Apareciendo siempre juntos en los Hechos de los Apóstoles, en ese primer período, Pedro y Juan, es evidente que Pedro la veía y trataba todos los días: jamás podremos alcanzar a comprender la transformación que ese trato continuo con la Virgen obraría en Pedro. Y dada la preeminencia y prestigio de éste, es de evidencia que los demás apóstoles, e incluso los primeros creyentes, imitaban su conducta con María, frecuentaban su trato, y así iban experimentando cada vez más su cariño de verdadera Madre, y aprendiendo a amarla y tratarla en todo como Madre.

Podemos estar ciertos que al llegar la dispersión y separarse de Ella, ya todos la sentían como Madre, la veneraban como Madre, confiaban en Ella como en Madre, y se encomendaban a Ella como a Madre. Fueron ellos precisamente los que transmitieron este sentimiento filial a los primeros cristianos. Sabemos cuán arraigada estuvo en todas las iglesias el amor a la Virgen. Nada extraño: fue amor que les llevaron e inculcaron los evangelizadores, que les transmitieron su fe.

Llegada la dispersión, María sigue a San Juan a Efeso. En adelante cesa la convivencia externa con los apóstoles. Pero no cesó su cuidado interior, su presencia materna en todos ellos, por medio del Espíritu Santo que en ellos derivadamente, y en Ella plena y totalmente moraba y actuaba.

De esa acción interna de María conserva la tradición un ejemplo egregio que la ilustra: el de Santiago, apóstol de España. Y con él lo hizo antes de la dispersión de los demás, por lo que hubo de contarlo a todos antes del martirio, para que todos supieran que a donde quiera que fueran, Ella, como Madre, jamás los abandonaría ni dejaría solos.

No está en la Escritura la venida de Santiago a España. Menos aún la aparición del Pilar, mucho más tardía en las fuentes.

Pero una cosa es segura para el que lee sin prejuicios la Escritura: Santiago no estaba en Palestina durante ese período. Casi inmediatamente tras la venida del Espíritu Santo, se ausentó para predicar el Evangelio en tierras lejanas, probablemente porque sabía por revelación de Jesús —que le había anunciado su martirio— no le quedaba mucho tiempo, y quería aprovecharlo.

Esa ausencia es ciertísima. En el Evangelio, especialmente en los tres Sinópticos, aparecen siempre juntos Pedro, Santiago y su hermano Juan. La formación de ese grupo, fuera de la mutua simpatía, parece deberse al mismo Jesús, que los asoció consigo —y a ellos solos— en la resurrección de la hija de Jairo, en la transfiguración en el monte Tabor, y

finalmente en la agonía de Getsemaní: juntos estarán también cuando Jesús se les aparece, ya resucitado, a orillas del lago (Jo. 21,2).

Tras la venida del Espíritu Santo, el grupo se deshace: en los primeros capítulos de los Actos aparecen siempre juntos Pedro y Juan. Brilla por su ausencia Santiago: ni una sola vez se nombra con ellos. Es claro que Santiago no estaba entonces en Palestina: de haber estado, no lo eliminaran de un grupo que Jesús mismo había consolidado, y menos siendo San Juan hermano de Santiago.

Por primera vez se nombra, a los diez años, con ocasión de su martirio por Agripa, martirio que señala la diáspora general de los apóstoles, comenzando por Pedro, que se despide de los fieles de Jerusalén, en casa de Marcos (Act. 12,17).

Pero hay en ese martirio otro detalle que nos sugiere cuál había sido la ocupación de Santiago en todos esos años. Agripa deseaba dar un golpe definitivo contra los cristianos, acabando con los que le parecían sus cabezas (Act. 12,3).

Y al primero que coge y martiriza el rey Agripa es a Santiago: lo que indica que *en aquel momento concreto*, Santiago era el apóstol más conocido en Jerusalén, aquél de quien más se hablaba. Sólo después de él echará mano a San Pedro, reconocido por todos como cabeza de la Iglesia, pero no el objeto de más comentarios en aquel momento.

¿De dónde le venía a Santiago esa fama? Ciertamente, no de lo que había hecho en Palestina: aparentemente no había hecho nada. Pero entenderemos perfectamente esa fama si nos damos cuenta que acababa de volver de su lejana y prolongada expedición misionera, contando y no acabando de cuanto le había sucedido, y despertando la santa emulación de los demás apóstoles, que ya deseaban imitarle: era el héroe del día. Y como todos hablaban de él, y todo el mundo comentaba sus hazañas, al primero que echa mano el rey Agripa es a Santiago, decapitándolo. Y por eso, tras

su muerte, que vio agradaba a los judíos, va a por Pedro: se ve claro iba por las cabezas.

Es, pues, ciertísimo —y se deduce de la lectura de los mismos Hechos de los Apóstoles—, que Santiago había pasado esos diez años, que van de Pentecostés hasta su propio martirio bajo Agripa, predicando fuera de Palestina.

Ni un solo país, fuera de España, ha pretendido que Santiago fuera su evangelizador. Todos en cambio suelen conservar la tradición de quien fue para ellos el transmisor de la fe —Egipto, San Marcos; Mesopotamia e India, Santo Tomás; Escitia y Tracia, San Andrés, etc.—. Si hubiera diez países que se atribuyeran la predicación de Santiago, podría dudarse de que evangelizara a España. Siendo España la única que se lo atribuye, vindicándolo como su apóstol, ya es indudable fue él quien nos evangelizó.

Por eso en la Edad Media, con instinto verdaderamente cristiano, todos lo admitieron, y la peregrinación a Santiago fue tan importante como la de Roma y Jerusalén: y ciertamente no por la importancia política de España, que en verdad era entonces bien escasa.

Es así evidente que Santiago predicó en España, aunque ignoremos el motivo por el que nos escogió: quizá porque quiso llevar el Evangelio hasta los confines del mundo —que nosotros ocupábamos por occidente—, llevado de su impetuosidad por cumplir los deseos de Cristo —«hasta lo último de la tierra»—, (Act. 1,8); quizá porque de tiempo había una numerosa colonia judía en España —algunos dicen que desde los tiempos de Salomón, que enviara sus naves a Tarsis—; quizá por instigación de los soldados conversos de la cohorte itálica —de origen español—, que parte tan destacada tomaron en la pasión del Señor, y de los cuales muchos se convirtieron —algunos ya a raíz de la muerte de Jesús—. Fueran los que fueran los móviles ocasionales humanos, quien verdaderamente le trajo a nuestras tierras fue el impulso del Espíritu Santo, por el que los apóstoles se dejaban guiar tras haberlo recibido.

Si la venida de Santiago a España se puede demostrar, no nos sucede lo mismo con la aparición de la Virgen a él *en el Pilar*. No se puede demostrar: se toma o se deja. Pero sí se puede deducir y quizá no única, sino reiterada.

Es evidente que, cuando Santiago se marchó a su misión, se despidió de la Virgen María. Aunque ya en sí es de evidencia que así lo hiciera, hay en él un detalle que nos daría de todos modos la certeza.

Era hermano de Juan. No podía marcharse sin despedirse de él, y más tras haber estado juntos siempre cuando acompañaban a Jesús. Mas Juan vivía con la Virgen María: no iba a marcharse sin saludar siquiera a Esta, estando en casa de su hermano. Y lo menos que podía hacer era encomendarle cuanto iba a emprender, tanto más que debía ir algo asustado ante lo desconocido: el Espíritu Santo lo impulsaba; pero ignoraba el término a dónde le conduciría.

Si nosotros nos encomendamos a las oraciones ajenas, y los mismos apóstoles —según consta por sus cartas, sobre todo en San Pablo— se encomendaban a las oraciones de los fieles, ¿cuánto más se encomendaría Santiago a las oraciones de la que sabía era Madre de Dios, y también Madre suya? ¿Con cuánta ansia e insistencia le pediría que se acordara de él?

Y la Virgen, con cariño materno, se lo prometería, dándole toda clase de seguridades, tanto más que debía sentir especial predilección por él, tanto por ser hermano de Juan, como por ser el primero que va a anunciar a su Hijo a tierras lejanas, y sabe es el primero que por El dará su vida. Cómo le animaría, y le insistiría que no se preocupara, que siempre le tendría consigo en sus empresas, que no lo abandonaría.

Si partimos de que María, según dijimos, asistía sobrenaturalmente, ya en vida, al desarrollo de toda actividad sobrenatural de sus hijos, por desarrollarla ellos en virtud de la participación del Espíritu Santo, que Ella con toda plenitud y totalidad poseía, es evidente que asistió y convivió

todas las predicaciones, angustias, éxitos y fracasos de Santiago, sin que fuera óbice alguno la distancia local que de él le separaba.

La predicación de Santiago fue en gran modo fructífera a la larga, gracias a ese apoyo de María: En el siglo IV ya era prácticamente católica toda España, y tras dar innumerables mártires en la persecución de Diocleciano —Zaragoza con las Santas Masas o Innumerables, Mérida con Santa Eulalia, Alcalá con Justo y Pastor, Valencia con San Vicente de Huesca etc.—, brilla con luz propia con poetas como Prudencia, obispos teólogos como San Paciano, historiadores como Orosio, continuador de San Agustín.

Pero en vida, no parece, según la tradición, que Santiago viera muchos frutos: sólo lograría hacer siete discípulos verdaderamente fieles, que luego San Pedro ordenaría como obispos de diversas diócesis españolas.

Y con éxitos o sin ellos, hubo de experimentar no pocos fracasos, y padecer profundas depresiones, hasta llegar a casi desesperación —cual San Pablo nos narra de sí mismo—, pasando verdaderas agonías, tanto mayores cuanto más grande era su celo de la salvación de las almas. Muchas veces debió pensar que el cáliz que Jesús le dijo bebería quizá no fuera precisamente el martirio de su Jesús en la Cruz, sino el de su agonía en Getsemaní. Si entonces se durmió, en vez de acompañarle velando, serían incontables las noches que en España pasó en vela, participando de su agonía.

Es evidente que la Virgen María, viéndole en esas agonías deprimido, espiritualmente le alentaría y socorrería innumerables veces. Y cuando bajó tanto que la agonía se hizo inaguantable, debió recordar María a su Divino Hijo que ya que a El le había enviado el Padre un ángel a confortarlo, le dejara a Ella confortar, como Madre, a ese otro Hijo suyo.

Es entonces cuando se le aparece en carne mortal: es decir, no en visión imaginativa o sensitiva, que da sólo apariencia —cual sucede de ordinario con las apariciones de Jesús y de María una vez subidos a los cielos—, sino con

una verdadera bilocación de la Virgen María, que físicamente se le presenta, y con él trata y conversa, cual lo hiciera otrora en Palestina: y le da el consuelo que él tanto deseaba, y del que ya casi desesperaba: que la fe por él con tantas angustias plantada no será jamás desarraigada del pueblo al que se entregó y por el que sufrió.

Ni ha de extrañarnos eso. Si ha habido tantos santos que se han bilocado —algunos numerosas veces—, ¿por qué poner tantas pegas a que la Virgen se bilocara, o aun simplemente se trasladara a donde Ella quisiera? Lo que a tantos santos Dios concedió, no pudo negarlo a su Madre, a la que hizo Madre de los hombres, acuciándola con el deseo de visitarlos.

Por eso creo que el de Santiago es sólo uno de los muchísimos casos en que debió bilocarse para confortar a sus apóstoles, cuyas peripecias seguía, como Madre amantísima y verdadera de cada uno de ellos. Su cariño maternal debía moverla a visitarlos y aparecérseles, sobre todo cuando los veía en extremo necesitados de su consuelo.

Imitando a Santiago, los demás apóstoles se despedirían igualmente de la Virgen al dispersarse, encomendándose a Ella. Cuando San Pedro fue a casa de la madre de Marcos a despedirse de los discípulos, no dejaría también de despedirse de María, si es que, lo que creemos más probable, no salieron juntos —Pedro, Juan y María— camino de Antioquía, siguiendo luego hasta Efeso Juan y la Virgen María.

Y creo sería rarísimo hubiera un solo apóstol al que María no apareciera alguna vez como a Santiago, pues todos hubieron de pasar grandes depresiones, y Ella, que se sentía y era su Madre, no dejaría de confortarlos en su agonía: ninguno emprendió su misión sin encomendarse a Ella: y el contacto era tan íntimo que la tradición nos dice todos fueron informados de su próximo tránsito al cielo reuniéndose con Ella para despedirla, aunque Santo Tomás llegara algo retrasado, para mejor confirmar su asunción.

En realidad, lo único que de Jesús tenían visible todavía en este mundo era su Madre, en la que cada vez más veían

resplandecer la imagen de Jesús, porque cada vez más se abrían sus ojos para ver, y su entendimiento para conocerla en su riqueza inagotable. No fue así única la aparición en Zaragoza, sino reiterada repetidamente, aunque las ocasiones nos sean desconocidas.

Y esa presencia y convivencia misteriosa que tenía con cada uno de los apóstoles la tenía también con cada uno de los por ellos convertidos. Si nadie nace a la vida sobrenatural si no es por Ella, ninguno se convertía o era justificado sin la acción materna de Ella: no podía, pues, no darse cuenta de los hijos que iba teniendo, y que de Ella verdaderamente nacían.

De ellos cuidaba con todo cariño, y a todos atendía singularmente, cual madre a sus hijos. Y el Espíritu Santo, principio de vida sobrenatural en todos esos convertidos, sigue siendo en ellos participación de la totalidad con que Ella lo posee.

Por eso la dejó Jesús en este mundo: para en el ejercicio de su maternidad darle un matiz de ternura, de misericordia, de comprensión de todas las miserias humanas, que jamás hubiera adquirido si la hiciera subir junto con El a los cielos.

Si con El hubiera ascendido, la experiencia diríamos *sensible*, palpable, de convivir nuestras miserias como de hijos suyos, se hubiera reducido al pequeño período que hubiera estado con los apóstoles desde la pasión y resurrección de Cristo hasta su ascensión. Apóstoles que, aunque tuvieran sus miserias, eran, comparados a nosotros, verdaderas joyas, formadas directamente por el mismo Jesús como cimiento de su Iglesia, y llenos de amor a El.

Pero a medida que con la predicación apostólica se convierte la gente, cuántos pecados contemplaría la Virgen en sus hijos, cuántas miserias, cuántos desalientos y desgracias, que Ella sentiría como Madre: así cada vez percibe más la grandeza inconmensurable de la tarea que le había sido encomendada, y la ternura y paciencia que con sus hijos había

de tener, haciéndose cargo de todas sus debilidades, sin extrañarse de ninguna de ellas. Ahí es donde aprendió a ser «madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra». No hubiera connaturalmente podido ser para nosotros desde el cielo «madre de misericordia», si antes, en la tierra, no hubiera experimentado, palpado, y vivido como inmersa en las miserias de sus hijos.

Y por eso la dejó Jesús en el mundo. No sólo la necesitaban los apóstoles. Lo necesitaba también Ella para alcanzar la cima de la perfección *connatural* de la acción materna que Jesús quería de Ella *para todos*; y así todos necesitábamos se quedara.

Es verdad que Ella siempre tuvo esa perfección connatural suma *con cada uno* de los que actualmente eran sus hijos. Pero tenía que dilatarse su corazón para tenerla con todos los innumerables hijos que hasta el final de los tiempos ha de engendrar: y a eso sí la ayudó la experiencia variadísima de nuestra miseria, conviviéndola de modo prolongado.

No es lo mismo saber cómo se ha de ser madre de un solo hijo, y más si es bueno, que acertar cómo ser madre de muchos, y éstos díscolos. Para que fuera «madre de los pecadores» era menester experimentase en la compasión de su carne las variadísimas heridas de pecado que a sus hijos puedan afectar.

7. María asunta al cielo para poder estar presente a todos sus hijos

Supera toda ponderación la dilatación que el Espíritu Santo obró en la Virgen María para que pudiera así convivir y sentir con todos los hijos que iba, por su gracia, engendrando.

Pero por más que el Espíritu Santo la dilatase, llega un momento en que, aumentando más y más el número de sus

hijos, a medida que la Iglesia crece y se desarrolla, la Virgen María halla difícil el cumplir connaturalmente con todos y cada uno de ellos su misión de Madre: por más que el Espíritu Santo la dilate, hay un término en la misma materia del cuerpo y en la limitación del ser creado: no basta ya el obrar sobrenaturalmente; es menester sumergirse del todo en la vida divina para participar de su divina omnipresencia.

Puede esto ilustrarse con la dilatación natural que experimenta toda madre: aunque dándose del todo al primer hijo, su corazón se dilata para amar y atender igualmente con totalidad a cada nuevo hijo que le viene. Mas si el número creciere siempre, cuando tuviera veinte hijos, aunque amándolos a todos y por todos y cada uno preocupada, si tres por su debilidad extrema absorben su cuidado, en parte oldará a los otros, no podrá atenderlos tanto. La dilatación obrada por el Espíritu Santo en María a cada nuevo hijo que le hace engendrar es incomparablemente superior a la dilatación natural de la madre, pero en definitiva, también tiene una limitación en el mismo sujeto creado.

Es entonces cuando la Virgen María desea ir al cielo. Para ver a Jesús y estar con El, cierto. Para ver a Dios, y gozar de El ya sin velo alguno, cierto. Pero también por amor a nosotros, para mejor atendernos a todos y a cada uno.

En este mundo vivía la vida divina, pero no de modo plenamente manifiesto: su modo de vivirla era humano, no divino. Subida a los cielos, vive ya de modo manifiesto la Vida de Dios: como propiamente le ve, así propiamente participa de su vida y de su actividad. Y estando Dios presente a todas y cada una de sus creaturas, María, al participar de la vida y actividad divina con relación a las cosas, ha de participarla cuando menos según las necesidades y deseos de su oficio de Madre. Si realmente es Madre de todos, su participación en la vida divina implica igualmente partici-

par su acción y su presencia en todos y cada uno de los que Ella se sabe y siente Madre.

De esa dilatación sin término ni ribera de nuestra Dulce Madre, subida a los cielos, nos habla León XIII: «Magnánimamente tomó Ella (desde la cruz) sobre sí las tareas de este singular y laborioso oficio, mostrándose con toda verdad Madre de la Iglesia... Mas apenas puede decirse cuánta amplitud y poderío advino a todo esto cuando al lado de su Hijo fue elevada a la cumbre de la gloria celestial que a su dignidad convenía y a la excelsitud de sus méritos. Pues desde allí, por divina disposición, de tal modo comenzó a velar por la Iglesia, de tal modo a asistirnos y favorecernos Madre, que, habiéndosele entregado casi inmensa potestad, fuera para todo tiempo administradora de la gracia que había de derivar del sacramento o misterio de la humana redención, en cuya ejecución fuera Ella instrumento y coadyuvadora. De ahí que rectamente las almas cristianas se dirigen a María como llevadas por un impulso connatural, confiadas le narran y cuentan sus planes y trabajos, sus angustias y gozos, y como hijos encomiendan a su cuidado y bondad sus personas y cosas» (León XIII, Enc. *Adiutricem populi*, 5 sept. 1895).

Con la misma facilidad y connaturalidad con que Dios está presente a todos y actúa en todos, así la Virgen María, viviendo de la Vida divina y partícipe de su actividad, está presente a todos y cada uno de sus hijos, y actúa en todos y cada uno de sus hijos, que lo reciben todo de sus manos, puesto que Ella es «para todo tiempo administradora de la gracia» que nos deriva de la redención humana.

Estuvo así María en la tierra por amor nuestro, mientras pudo connaturalmente convivir con cada uno de nosotros y participar nuestras miserias. Y fue al cielo por amor a sus hijos, cuando ya sólo desde el cielo podía gozar de la dilatación necesaria para atendernos a todos y a cada uno.

Pudiera Jesús haberla llevado antes consigo, para que nos estuviera desde el principio presente con ese modo divino.

Pero, ¡qué distinto es el cuidado que la Virgen María tiene de mí ahora, después de haber visto y pregustado las miserias de millones de sus hijos, palpándolas sensiblemente en este mundo, envuelta Ella misma en ellas, sufriéndolas sin la compensación de la visión de Dios, que la hace feliz! Eso puso en Ella una ternura sensible, y un saber sufrir con nosotros, que nunca hubiera tenido de haber ascendido al cielo con su Hijo.

Por eso hemos de agradecer a Jesús la dejara por Madre sensible entre los hombres durante muchos años —cuántos no lo sabemos—. Nosotros necesitábamos de su amor *natural* de Madre: si su amor sobrenatural era perfecto desde el primer instante de aceptarnos por hijos, su amor natural había de formarse compartiendo y conviviendo las miserias de sus hijos.

Ya formada en su amor natural, cual nosotros lo necesitábamos y deseábamos, sube a los cielos, cuando esa subida es necesaria para poder extender a todos y cada uno de sus hijos, siempre en aumento, su amor maternal tierno y misericordioso.

Y quiso subir al cielo en cuerpo y alma, no sólo para gloria de su Hijo y suya, sino para bien nuestro, por amor nuestro, para no perder el contacto sensible y pasional con nosotros: si hubiera ido con sólo su alma, seríamos incapaces de comprender la ternura, la delicadeza, la sensibilidad de su amor, ni podríamos entender las penas que causamos a nuestra Madre.

Estando en el cielo en cuerpo y alma, sabemos que nos ama con el mismo Corazón, la misma ternura, la misma delicadeza, la misma misericordia, la misma alegría, la misma tristeza muchas veces también, con que nos amaba cuando estaba en este mundo.

Pero con una diferencia: que ahora no sólo está espiritualmente presente a cada uno, sino físicamente presente, al vivir la Vida de Dios y participar de su omnipresencia y de su acción en cada uno de sus hijos. El cielo, lejos de sepa-

rarla de nosotros, la permite unírsenos mucho más íntimamente.

Podemos así con verdad sentirnos en su seno, sabiendo actúa en nosotros, llora con nosotros, goza con nosotros, se preocupa y cuida de todas nuestras cosas, previene los peligros y los males antes de que nos lleguen, rogando enseguida al Espíritu Santo: Cuídamelo bien, que por ahí va a entrar el enemigo.

Y cuando nos ve caídos y postrados, llora sobre nosotros, como sobre su Jesús muerto, y queda inconsolable hasta lograr nuestra resurrección. Por eso el Corazón de Jesús apresura la conversión y resurrección de cuantos invocan a María, para que Ella no llore inconsolable por ellos.

Mas de esa presencia de la Virgen María en nosotros, y de cómo el cielo no la separa de mí, hablamos ya en LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS. E igualmente expusimos allí cuanto se refiere al dogma de la Asunción.

Por eso pasaremos ya a considerarla como Madre Celeste, contemplando la acción de su amor en cada uno de nosotros.

INDICE

PRÓLOGO 5

LIBRO PRIMERO

LA MADRE EN EL EVANGELIO

CAP I. MARÍA TIENE CONCIENCIA DE SU MATERNIDAD DIVINA 9

1. Conocimiento en la Anunciación 9
2. Conocimiento manifestado en la Visitación . . 11
3. El Magnificat como revelación del alma de María 14
4. Alma y espíritu: su diferencia 16
5. La división de alma y espíritu ayuda a entender la futura pasión de Cristo 19
6. El Magnificat y la plenitud de comunicación divina al alma y espíritu de María 27
7. María se vuelve al Padre Eterno 29

CAP. II. LA MADRE EN EL NACIMIENTO E INFANCIA DE JESÚS 31

1. Adoró al mismo a quien dio a luz 31
2. El testimonio de la Liturgia 33
3. Jesús recuerda a la Madre su misión divina, cuando Esta lo reencuentra en el Templo . . 36
4. Motivos del comportamiento de Jesús . . . 41
5. Jesús se fiaba totalmente de su Madre, contando en todo con Ella 43

CAP. III. LA MADRE EN LAS BODAS DE CANÁ 45

1. María se sabe Madre de Dios, y como tal actúa, en las bodas de Caná 45
2. María actúa como Madre nuestra en las bodas de Caná 47
3. Por María se origina la fe de cuantos creen en Cristo 48
4. Presencia activa de María en la unión de cada alma con Cristo 49
5. Acción protectora de María en los esposos cristianos 53

CAP. IV. LA MADRE Y LOS HERMANOS DE JESÚS . . . 55

1. Textos evangélicos que nos hablan de esa relación 55
2. Ocultación de la Madre, y su unión espiritual con el Hijo 56
3. María y el clan de los parientes de Jesús . . 57
4. María convierte a la fe a los hermanos de Jesús 59
5. La actitud de Jesús 61
6. Las palabras de Jesús 61
7. El recibimiento de Jesús 63
8. Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que mamaste 65
9. Palabras de San Juan Crisóstomo 66

CAP. V. LA MADRE AL PIE DE LA CRUZ 69

1. Cristo quiere asociar a su Madre a su pasión . 69
2. El corte o división de alma y espíritu obrado por Dios en el Hijo y en la Madre 71
3. María asociada al dolor y al gozo de su Hijo en la pasión 73
4. María asocia a todos sus hijos a ese dolor y gozo 76

5. Ultima mención de la Madre: María en Pentecostés 78
6. La Madre prepara e impetra a todos sus hijos el don del Espíritu Santo 79

LIBRO II

AMOR DE MADRE

CAP. I. EL AMOR DE LA MADRE 85

1. Por qué nos ceñimos al amor 85
2. Intensidad y cima suma del amor de María en su Maternidad divina 87
3. Manifestaciones variadísimas y efectos inagotables del amor de la Madre 88
4. En cada manifestación y en cada efecto está todo su amor de Madre de Dios y Madre nuestra 91

CAP. II. AMOR DE CONTEMPLACIÓN EXTÁTICA GOZOSA . . 93

1. Inhabitación activa del Verbo en quien le ama 93
2. Transformación y deificación que causa . . 95
3. Características únicas de la inhabitación del Verbo en el seno de María 97
4. Características que cualifican el amor materno de María con relación al Verbo 101
5. La primera etapa del amor materno de María . 105
6. Gozo del Verbo hecho Siervo en los nueve meses de unión en soledad con su Sierva María, en cuyo seno mora 108
7. Aprendizaje del Verbo hecho Siervo en esos nueve meses 110
8. Aprendizaje de la Madre con su Maestro Jesús . 115
9. Fijeza y variedad del amor extático de María, a solas con el Verbo Encarnado 116

10. Descripción que de ese amor en soledad nos hace la Escritura 119
11. Intimidad y comunicación de la Madre con el Verbo Encarnado en su seno 129
12. Correspondencia del Corazón de Jesús, y unión operativa en la fecundidad 132
13. María, nuestro modelo en el trato con Jesús . 137

CAP. III. AMOR DE SERVICIO 141

1. Continuidad de la consagración interior . . 142
2. Continuidad testificada por la Liturgia . . 143
3. Continuidad testificada por el Evangelio . . 145
4. La consagración exterior 149
5. El servicio al Amado 150
6. Insuficiencia y limitaciones de ese servicio, y asociación a él de San José 154
7. María y José, modelos egregios que imitar en nuestro servicio a Jesús 156
8. Intimidad 158
9. Imitación 160
10. Reparación 163
11. Nuevo matiz que adquieren las relaciones de la Madre y el Hijo, al cumplir Este los doce años 167
12. María aprende a ser Madre nuestra 169
13. María se inicia en el ejercicio y práctica de su Maternidad espiritual 173

CAP. IV. AMOR DE RENUNCIA Y SACRIFICIO, QUE CULMINA EN LA CRUZ 183

1. La preparación al sacrificio y a la total renuncia 183
2. Muerte de San José 185
3. Renuncia al trato sensible con Jesús . . . 188
4. La Madre en la pasión y muerte de Cristo . . 192

Cap. v. La Madre de Dios en el sacrificio perpetuo de su Hijo: la institución de la Eucaristía . . 197

1. El consentimiento de María a la pasión de Cristo 198
2 El gozo de Jesús ante el heroísmo de su Madre 200
3. Consuelos que el Corazón de Jesús prodiga a su Madre 201
4. Innumerables hijos en que florecerá la fecundidad inagotable de la Madre 204
5. Jesús pone en manos de María la Eucaristía, dándole su mismo Cuerpo y Sangre como alimento con que nutra a sus hijos 205
6. La entrega de la Eucaristía a María como a su total e inmediata destinataria explica los detalles extraños de su institución 207
7. La presencia de María en la Eucaristía según San Luis Griñón de Monfort 208
8. El momento escogido por Jesús para la institución y promulgación de la Eucaristía . . . 212
9. Papel desempeñado por la Madre en esa institución 215
10. La Virgen María y el sacerdote 217
11. Unión especialísima del sacerdote, en su función eucarística, con la Virgen María . . . 219
12. Misericordia total e inimaginable comprensión de los Corazones de Jesús y de María con relación a sus sacerdotes 223

Cap. vi. La Madre de Dios en el Ofertorio de la Misa personal de Jesús: La oración del Huerto, y su agonía 227

1. La oración del Huerto, Ofertorio de la Misa personal de Jesús 228

2. El Verbo Encarnado, en su mismo vestido y ser de siervo se sabe y siente vivamente Hijo amadísimo del Padre, que nada puede negarle de cuanto El le pida 229
3. El Verbo Encarnado ora al Padre en su vestido y ser de siervo, y en ese mismo estado y ser de siervo se le somete totalmente 230
4. Cristo fue escuchado y atendido en cuanto a su Padre pidió 232
5. Lo que Jesús pidió y obtuvo en su oración de la agonía del Huerto 234
6. El objeto de la petición de Jesús en el Huerto, aclarado por su Oración Sacerdotal, que San Juan nos refiere 237
7. Asociación íntima de María a la oración y agonía de Jesús 240
8. Primera hora de oración: Jesús pide y obtiene su salvación y glorificación en cuanto Hombre, y con ella la de su Madre 241
9. Matices que reviste la petición de la segunda y tercera hora 264
10. Segunda hora de oración: Jesús pide y obtiene la salvación de los que ya creen en El . . . 268
11. Tercera hora de oración: Jesús pide y obtiene la salvación de cuantos en el futuro han de creer en El 269
12. Paz y serenidad del Corazón de Cristo tras el Ofertorio de su Misa Personal 272

CAP. VII. LA MADRE DE DIOS EN LA CONSAGRACIÓN DE LA MISA PERSONAL DE JESÚS: MARÍA AL PIE DE LA CRUZ . 275

1. Marco temporal de la pasión de Cristo . . . 275
2. Presencia de María al pie de la Cruz . . . 285
3. Disposiciones para contemplar la Pasión de Cristo unidos a María 287

4. Dolores de María al pie de la Cruz: amplitud e intensidad 298
5. Dolores de María al pie de la Cruz: su fecundidad corredentora 304
6. María Corredentora como modelo nuestro . . 311
7. María declarada Madre nuestra 315
8. Y el Discípulo la recibió en su casa . . . 322
9. Transformación del Corazón de María al ser proclamada Madre nuestra 329
10. María sufre y hace suyos nuestros dolores . . 332
11. Las tres horas de tinieblas 336
12. Asociación y comunicación perfecta del Corazón de Jesús y el de María en las tres horas de tinieblas 339
13. La obra de salvación en la primera hora de tinieblas: Salvación de Cristo y de María . . 343
14. La obra de salvación en la segunda hora de tinieblas: Salvación de los que actualmente creen en El 348
15. La obra de la tercera hora de tinieblas: La salvación de cuantos creerán en El 351

CAP. VIII. MARÍA EN LA COMUNIÓN DE LA MISA PERSONAL DE JESÚS 363

1 El costado abierto 364
2. María da a luz en la apertura del Corazón de Cristo 370
3. María en la Comunión de la Misa Personal de Jesús 371
4. Sepultura de Cristo y Comunión 374
5. Se confirma lo dicho por la enseñanza de San Pablo 377
6. El descenso a los infiernos y la Comunión . . 384
7. La soledad de María en nuestro corazón . . . 387

8. María reparadora, suplente e intercesora en la Eucaristía 390

CAP. IX. LA ORACIÓ EUCARÍSTICA UNIDOS A MARÍA . . 397

1. La Eucaristía y el trato con Jesús 397
2. Nuestro trato eucarístico con la Trinidad Beatísima 401
3. Oración eucarística al Padre 405
4. Oración eucarística a Dios Hijo 414
5. Oración eucarística al Espíritu Santo . . . 421
6. Nuestra asociación plena a María en la oración eucarística 428

CAP. X. LA MADRE TRAS LA RESURRECCIÓN 433

1. María, en su soledad, inicia el ejercicio de su Maternidad espiritual 433
2. En la aparición de Cristo resucitado y de los Santos que le acompañaban María contempló el término glorioso de su Maternidad espiritual . 437
3. María en las apariciones a los Apóstoles . . . 440
4. La Madre en la Ascensión 444
5. La Madre en la dación del Espíritu Santo . . 450
6. La Madre desde la venida del Espíritu Santo a su Asunción al cielo. María, mientras vivió en la tierra, presente a cada Apóstol y a cada cristiano: Santiago y la aparición del Pilar 453
7. María asunta al cielo para poder estar presente a todos sus hijos 462

INDICE 467